



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

**La Historia general y natural de las Indias
de Gonzalo Fernández de Oviedo como texto
fundacional de las crónicas del Nuevo Mundo:
mecanismos narratológicos y proceso de escritura**

Ana María Guillamón Pérez

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

***La Historia general y natural de las Indias de
Gonzalo Fernández de Oviedo como texto
fundacional de las crónicas del Nuevo Mundo:
mecanismos narratológicos y proceso de escritura***

Ana María Guillamón Pérez



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

TESIS DOCTORAL

***La Historia general y natural de las Indias de
Gonzalo Fernández de Oviedo como texto
fundacional de las crónicas del Nuevo Mundo:
mecanismos narratológicos y proceso de escritura***

**Programa de doctorado: Estudios Lingüísticos, Literarios y
Culturales**

**Línea de investigación: Tradición y Originalidad en la Literatura
Española e Hispanoamericana**

Departamento de Filología Hispánica, Teoría de la Literatura y
Comunicación

Facultad de Filología y Comunicación
Universidad de Barcelona

**Doctoranda: Ana María Guillamón Pérez
Directora y tutora: Mercedes Serna Arnaiz**

2023

“Una cosa de las que más se han espantado los indios de cuantas han visto entre los cristianos son las letras, e que por ellas nos entendamos con los ausentes.”

Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* (1959, 119, Libro, cap. XXVIII, p. 323).

“(...) haría un tintero de mi corazón,
una fuente de sílabas, de adioses y regalos,
(...).”

Miguel Hernández, “*Me sobra el corazón*”, [‘Otros poemas sueltos’,
1935-1936], (*Breve antología*, 1978, p. 24).

“arribare mi pluma, y do la llama
la voz de vuestro nombre alto y profundo
seréis vos solo eterno y sin segundo,
(...).”

Garcilaso de la Vega, Soneto XXI, (*Obras completas*, 2021, p. 21).

A mi esposo y a mi padre; siempre luz.

Agradecimientos

Quiero agradecer, en primer lugar, a mi directora de tesis y maestra la Dra. Mercedes Serna, porque gracias a ella hoy escribo estas líneas. Gracias por la toda confianza y el cariño, por la palabra amiga en el momento oportuno, la comprensión y todas las enseñanzas recibidas.

Quiero mencionar aquí a Milagros Arano, compañera que me tendió la mano para guiarme por este camino. Por tenderme la mano.

Mi gratitud también a los miembros del equipo investigador y a los compañeros de trabajo de la Universidad Autónoma y de la Universidad de Barcelona por acogerme y darme esta oportunidad única. Ha sido un placer trabajar así, en familia.

Y, por supuesto, dar las gracias a mi familia. Tan importante... Ya lo saben. Y, especialmente, un gracias enorme a mi hijo, a Álex, que ha aguantado estoico mis encierros, para que culminase esta tarea. Gracias a todos vosotros; por estar. Después de tanto, en tan poco tiempo.

Y también a mis amigos. A esos que siempre te esperan. Gracias a ti, Elena, por tus consejos; y a ti, Isa, por tu paciencia.

Resumen

La *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo deviene el más extenso y detallado tapiz narrativo sobre las materias y sucesos acontecidos en aquel Nuevo Mundo, tras la arribada de Colón hasta 1549. Esta crónica resulta pionera al abrir nuevos caminos en el “arte” de historiar y de representar las realidades indianas, aunando tradición y ruptura, sensibilidad estética y estilo conversacional, rasgos heredados e innovación formal.

Desde una consideración literaria, y aún sin desprenderse de la mentalidad medieval, la *Historia* posee atisbos de gran modernidad. El cuidado de las formas fue un rasgo propio de la concepción historiográfica del humanismo. Desde el ámbito filológico, se pone atención a la forma de interpretar, estructurar y narrar unos episodios en los que convergen, indudablemente, el dato preciso con los motivos imaginativos, legendarios y utópicos; la narrativa histórica con la prosa de ficción. Y se le otorga protagonismo al texto de Oviedo, priorizando el análisis práctico.

Siendo historia objetiva y verdadera, la subjetividad permeabiliza la crónica de Oviedo, embriagada por los delirios de contar del autor, por la narrativización de la experiencia y por su metarreflexividad narrativa. En su obsesión de pintarnos las maravillas del mundo descubierto, Oviedo advierte que el lenguaje y los recursos narrativos resultan insuficientes para aprehenderlas con fidelidad plena. Testigo de vista y recopilador excepcional, elabora una descomunal obra *in fieri*, aumentada y revisada durante casi tres décadas, incorporando un torrente de datos legitimados por testigos oculares, que los constataban. Se evidencia así la excepcionalidad de este cronista, que establece un sistema metódico de referencias testimoniales, aunque no pueda evitar el desorden narrativo y cronológico por el que tanto se le ha criticado. Defensor reconocido de la lengua castellana, su lenguaje sencillo y fluido acusará las vacilaciones propias del siglo XVI. El estilo directo y un tono informal perseguirán la complicidad con el lector, al que conquistará con sus pinceladas de humor, sus juegos binarios al estilo petrarquista, su buena conversación y la incorporación pictórica para expresar aquello limitado por el lenguaje. Por consiguiente, esta investigación aprehende la crónica como artefacto histórico y literario, frente a la exigencia que asume nuestro cronista de darle a la historia lustre y amenidad, de seducirnos y conquistarnos con su *ars narrandi*

Palabras clave

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *HISTORIA NATURAL Y GENERAL DE LAS INDIAS, LITERATURA COLONIAL*, XVI.

Abstract

La Historia general y natural de las Indias by Gonzalo Fernández de Oviedo becomes the most extensive and detailed narrative tapestry on the matters and events that occurred in that New World, after the arrival of Columbus until 1549. This chronicle is a pioneer in opening new paths in the "art" of history and representation of Indian realities, combining tradition and rupture, aesthetic sensibility and conversational style, inherited traits and formal innovation.

From a literary consideration, and still without breaking away from the medieval mentality, *History* has glimpses of great modernity. The care of forms was a characteristic of the historiographical conception of humanism. From the philological field, attention is paid to the way of interpreting, structuring and narrating episodes in which the precise data undoubtedly converge with the imaginative, legendary, and utopian motives, historical narrative with fictional prose. And prominence is given to Oviedo's text, prioritizing practical analysis.

Being an objective and true story, subjectivity permeates the Oviedo chronicle, intoxicated by the author's delusions of telling, by the narrativization of experience and by its narrative metareflexivity. In his obsession with painting for us the wonders of the discovered world, Oviedo warns that language and narrative resources are insufficient to apprehend them with full fidelity. An exceptional eyewitness and compiler, he elaborates an enormous work in fieri, augmented and revised for almost three decades, incorporating a torrent of data legitimized by eyewitnesses, who verified them. Thus, the exceptionality of this chronicler is evidenced, who establishes a methodical system of testimonial references, although he cannot avoid the narrative and chronological disorder for which he has been criticized so much. Recognized defender of the Castilian language, his simple and fluent language will show the vacillations typical of the 16th century. The direct style and an informal tone will pursue complicity with the reader, whom he will win over with his touches of humor, his Petrarchan-style binary games, his good conversation and the pictorial incorporation to express what is limited by language. Therefore, this research apprehends the chronicle as a historical and literary artifact, facing the demand that our chronicler assumes to give history luster and amenity, to seduce and conquer us with his *ars narrandi*.

Key words

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, LA HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, COLONIAL LITERATURE, XVI.

0. ÍNDICE

0.	Índice	14
0.	Abreviaturas y siglas utilizadas	17
1.	INTRODUCCIÓN	20
1.1	De los capítulos de esta tesis:	20
1.1.1	Tema, objetivos y corpus documental	20
1.1.2	Hipótesis y estado de la cuestión	24
1.1.3	Metodología y estructura	39
1.1.4	Convenciones de abreviaturas, citas y criterios ortográficos	46
1.2	Primeras puntadas	54
1.2.1	Génesis, defectos y repuntes de originalidad	54
1.2.2	El Nuevo Mundo y las incertidumbres: el fundamento de todo	76
1.2.3	Los ropajes del cronista	79
1.2.4	Y la entretela de la <i>Historia</i>	88
1.2.5	'Que es cosa de notar'	90
2.	TRADICIÓN Y MODERNIDAD: modelos, fuentes y paradigmas culturales de Oviedo	96
2.1	Oviedo, particular tejedor de historias y subjetividades	96
2.1.1	Historiar significa interpretar	96
- 2.1.1.1	El criterio personal	100
- 2.1.1.2	La validez del yo	107
- 2.1.1.3	Actores convenientes	215
- 2.1.1.4	Escritura <i>pro domo sua</i>	240
2.1.2	Coda: el autor importa	268
2.2	Al hilo de una vida: vocación, bagaje humanístico e intelectual de Oviedo	276
2.2.1	El artífice-artista	276
2.2.2	En las mallas de lo biográfico	288
- 2.2.2.1	La vocación	288
- 2.2.2.2	Una actitud intelectual	296
2.2.3	La <i>historia</i> de Oviedo: semblanza	318

- 2.2.3.1 Sobre una biografía	318
- 2.2.3.2 Raíces y forja de un escritor en ciernes: 1497-1514.....	323
- 2.2.3.3 Cronista de Indias, padre de la <i>historia</i> : 1514-1535.....	338
- 2.2.3.4 Escritura de la <i>historia</i> , fortaleza del alcaide: 1535-1557	352
2.2.5 Cuadro cronológico: vida y obra	363
2.3 Dependencias con la tradición.....	365
- 2.3.1 EL argumento de autoridades: un ejemplo	365
- 2.3.2 Sobre las autoridades de la <i>Historia</i>	372
3. MECANISMOS NARRATOLÓGICOS de la <i>Historia</i> : prólogos y otros capítulos escogidos	397
3.0 Retórica e historia, comunión renacentista	397
3.1 La <i>inventio</i>	399
3.2 La <i>dispositio</i>	405
3.3 La <i>elocutio</i>	413
3.3.1 Rasgos elocutivos de la <i>Historia</i>	413
3.3.2 Los proemios: análisis textual	416
3.3.3 Florilegio. Otros capítulos selectos: análisis textual.....	423
4. CONCLUSIONES	429
Bibliografía.....	440

0. ABREVIATURAS Y SIGLAS UTILIZADAS

AGI: Archivo General de Indias.

BNM: Biblioteca Nacional de Madrid.

*BYQ*¹: *Batallas y Quinquagenas*, Gonzalo Fernández de Oviedo, transcripción de José Amador de los Ríos y Padilla, prólogo y edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso, 3 vols., Real Academia de la Historia, 1983 (vol. I), 2000 (vols. II y III).

Batallas y Quinquagenas, prólogo y edición de Juan Bautista A Valle-Arce, Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1989.

CRC: *Catálogo Real de Castilla*, Gonzalo Fernández de Oviedo,

DC: *Libro del muy esforçado et inuencible Cauallero de la Fortuna propiamente llamado Don Claribalte (1519)*, Gonzalo Fernández de Oviedo, prólogo de Agustín G. de Amezúa, Fundación Conde de Cartagena, 1956.

LA: *Laberinto de amor que hizo e toscano el famoso Juan Bocacio/ agora nuevamente traduzido en nuestra lengua castellana*, Sevilla, Andrés de Burgos, 1546.
[traducción]

LB: *Libro primero que trata del blasón de todas las armas, diferencias de ellas e de los escudos e, diferencias que en ellos hay e de la orden que se dice guardan en las dichas armas para que sean ciertas o falsas* [Manuscrito, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Madrid].

LCR: *Libro de Cámara Real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario*, Gonzalo Fernández de Oviedo, edición de Santiago Fabregat Barrios, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006.

¹ Se diferenciarán las ediciones con la fecha de publicación.

LVDC: Los viajes de Colón, nota preliminar de Jaime Delgado, Colección Cisneros, Atlas, Madrid, 1944.

MGFO: Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo, edición de Juan Bautista Avalle-Arce, vols. I y II, North Carolina Studies in The Romance Languages and Literature, Chapel Hill, 1974.

NH: Naturalis Historia, Cayo Plinio, edición de Josefa Cantó, Isabel Gómez Santamaria, Susana González Marín [...] *et alt*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2007.

QNE: Quinquagenas de la nobleza de España, Gonzalo Fernández de Oviedo, en *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, edición de Juan Bautista Avalle-Arce, vols. I y II, North Carolina Studies in The Romance Languages and Literature, Chapel Hill, 1974.

RAH: Real Academia de la Historia.

RSPRF: Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia, Gonzalo Fernández de Oviedo, en *Gonzalo Fernández de Oviedo, Prisión del Rey de Francia (1525-1533)*, edición y estudio de Jorge Martín García, Textos Recuperados XXXVI, Ediciones Universidad de Salamanca, 2019.

RVSYST: Regla de la Vida Spiritual, y Secreta Theologia, de Pietro da Lucca. “[que de lengua toscana en romance castellano traduxo el capitan Gonçalo hernandez de ouiedo y Valdes ...], Imp[ri]miose e[n] ... Seuilla: por Dominico d[e] Robertis, a 18 dias de hebrero 1548.”

1. INTRODUCCIÓN

1.1 DE LOS CAPÍTULOS DE ESTA TESIS:

1.1.1 Tema, objetivos y corpus documental

La presente tesis, titulada **La *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo como texto fundacional de las crónicas del Nuevo Mundo: mecanismos narratológicos y proceso de escritura**², principia sus ejes en la fundamental transcendencia que, desde una consideración literaria, alcanza esta obra, al ser pionera en la gestación del género, *in statu nascendi*, de las crónicas indianas; y defiende la incipiente modernidad de esta monumental *Historia*³ que, como una de las pocas fuentes primarias de la colonización española de las Indias, adquiere carácter canónico, inaugural, y, por ende, innovador, en tanto que asienta escuela en los modos de narrar unas nuevas realidades sin precedentes en un periodo de profunda conmoción del conocimiento y de la conciencia del hombre europeo. El eje temático, en consecuencia, es la teorización de los aspectos formales de la crónica de este escribano real. Para ello, esta investigación se detiene exhaustivamente en los mecanismos narratológicos y en el proceso de su escritura.

El corpus textual principal lo constituye, por esta razón, principalmente la propia crónica de Fernández de Oviedo. Para la investigación, se ha tomado como fuente principal la edición de Pérez de Tudela (Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*; edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, 5 vols., Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Atlas, 1959). Se trata de la reedición completa más moderna y actualizada con la que se cuenta en la actualidad y, aunque cumpla ya más de medio siglo, el estudio preliminar, el aparato crítico de notas,

² Esta tesis se inició enmarcada en el Proyecto de investigación “Tradición y Originalidad en la Cultura Humanística de Indias. Géneros, Paratextos y Traducciones en el Mundo Atlántico (SIGLOS XVI-XVII)”, dirigido por Guillermo Serés Guillén (FFI2017-87858-P); y se ha continuado dentro del Proyecto de I+D+I-PGC Tipo B “Humanismos Ibéricos. Circulación de Textos, Géneros y Discursos de Poder en la Monarquía Católica (Siglos XVI-XVIII)”, PID2020-116532GB-I00, dirigido por Guillermo Serés Guillén y Bernat Hernández, en el área de ‘Cultura: filología, literatura y arte’.

Como beneficiaria de una beca predoctoral para la Formación de Profesorado Universitario (ref. FPU17/01866) entre los años 2018 y 2023, he contado asimismo con el soporte del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España.

³ A partir de ahora, y para las citas, se simplifica el título de la crónica con el término *Historia*.

las láminas, y, en especial, los índices (el Índice Sumario de los Cincuenta Libros de la Obra y el Índice onomástico y toponímico) han sido de gran utilidad para propiciar su estudio desde un doble enfoque: un análisis fragmentario y acotado a párrafos o capítulos y otro desde una perspectiva holística, oteada la crónica como un todo unitario. Dada la relativa modernidad de la edición, y su claridad textual, se ha mantenido la grafía y los arcaísmos lingüísticos que presenta la edición de Pérez de Tudela, casi sin actualizaciones. Desde una perspectiva filológica, y a la luz de la ecdótica, se ha preferido difundir el texto sin demasiadas alteraciones ni correcciones ortográficas, preservando y procurando que llegue el original de la manera más fidedigna posible.

Por ser la primera publicación completa de la *Historia* ovetense se ha cotejado, no obstante, la edición preparada entre 1851 y 1855, en cuatro volúmenes, por don José Amador de los Ríos para la Real Academia de la Historia. De esta ha interesado especialmente su prólogo, “Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo” (pp. V-CVII) donde Ríos enaltece de tal manera a Fernández de Oviedo que esta introducción entusiasta se recuerda como el mayor panegírico elaborado sobre la figura de este cronista de Indias. Se ha analizado asimismo el “Prólogo” de la única edición completa americana de la *Historia*, que a cargo de Natalicio González y con catorce volúmenes, se publicó en Asunción de Paraguay por la Editorial Guaranía entre los años 1944 y 1945.

Sin embargo, tal y como señala Karl Kohut, el conocimiento de la conciencia teórica del cronista es materia prima imprescindible para interpretar adecuadamente los impulsos y las directrices tanto de su creatividad como de su producción, por lo que es ineludible el estudio previo del posicionamiento ideológico de Oviedo, de su concepción de *Historia* como género cronístico, de los obstáculos que tuvo que sortear y, asimismo, de las condiciones en que se gestó su texto.

El análisis de sus modelos y fuentes y el influjo que su obra magna tuvo tanto para sus contemporáneos (la *Historia* se tradujo en el siglo XVI a varias lenguas) como para centurias posteriores iluminan el quehacer literario del que fuera veedor de las Indias Nuevas, cronista del Nuevo Mundo y gobernador de Darién.

Este enfoque posibilita la exploración de unos paradigmas culturales de cronología amplia (la tradición clásica; el Medievo y el Renacimiento; y la literatura postcolonial) que permiten dilucidar no solo la eclosión y desarrollo del género cronístico sino, asimismo, el poso indiscutible que la *Historia general y natural* de Fernández de

Oviedo ha dejado para la génesis y la madurez de la literatura hispanoamericana contemporánea. La bibliografía crítica más autorizada al respecto es, por supuesto, una fuente secundaria indiscutible. Por consiguiente, el conjunto de materiales textuales a consultar se amplía considerablemente.

Una metodología comparativa visibilizará el influjo del enorme caudal de referentes del cronista (desde Ptolomeo, Aristóteles, Vitruvio, Ovidio, Cicerón, San Agustín, Petrarca, Erasmo a, especialmente, Plinio el Viejo, entre otros) que dejaron huella en la literatura ovetense; y la autoridad que constituyó de forma indiscutible tanto para cronistas y humanistas coetáneos o próximos a su tiempo (Bernal Díaz del Castillo, el Inca Garcilaso, fray Toribio de Motolinía, López de Gómara, el padre Acosta, Zárate, Cieza de León, Pietro Bembo, Giovanni Batista Ramusio...) como para los escritores hispanoamericanos del XIX y del XX, quienes tomaron como fuente y origen de la historiografía literaria del continente americano a los cronistas primitivos y, en especial, a Oviedo, cuya obra se considera, *stricto sensu*, la primera historia globalizadora de la América española.

Por ello, se propone como objetivo principal el demostrar el carácter fundacional y la *auctoritas* que, desde una consideración literaria, alcanza la *Historia general y natural de las Indias* de Oviedo tanto para los cronistas del XVI como para la literatura hispanoamericana de siglos posteriores. Se defiende la singularidad de una crónica que se incardina en el testimonio verdadero, pero que, inoculada de subjetividades, se torna personal, interesada y altamente emocional; irrigada ‘literariamente’ por una retórica que legitima la narrativización de la propia experiencia. Para este fin, se da protagonismo al comentario filológico del texto ovetense, analizando la concepción de ideas y su intención comunicativa (*inventio*); la macro y micro estructuración textual (*dispositio*) de los Libros, prólogos, capítulos y secuencias narrativas; y, especialmente, recalando en la estilística y en la destreza expresiva de Oviedo: se escudriñan los ademanes de su forma narrativa, el registro, la modalización, los remiendos, las figuras retórico-literarias o los aspectos lexicográficos; elementos, estos últimos, que en la preceptiva de la Retórica clásica atañían a la *elocutio*.

En lo concerniente a los objetivos secundarios, se establecen tres pilares elementales, que coinciden con la estructura capitular de este trabajo de tesis. En primer lugar, la investigación se centra en conocer el contexto novohispano, el posicionamiento ideológico y la conciencia crítica del cronista. En tanto se camina con la pretensión de

otorgarle preponderancia al análisis textual de la crónica, el segundo capítulo combina ya el aparato teórico con el estudio narrativo de los renglones ovetenses. Este bloque inspecciona el enfoque objetivo-subjetivo del historiador; reconstruye su andadura vital al hilo de su pulsión vocacional; y explora, a propósito de la herencia intelectual y cultural de Oviedo, los modelos y las fuentes que determinaron su proceso escritural. El tercer capítulo parte de la teoría para desmenuzar, desde una consideración literaria, la *Historia* de don Gonzalo. A partir de los fragmentos seleccionados, y en un encuadre eminentemente analítico, se reconocen los aspectos formales de su prosa, los recursos narratológicos y los mecanismos escriturarios de esta crónica; se examina, asimismo, su originalidad y las intertextualidades, y se detectan las concomitancias y discrepancias de la obra de Oviedo con sus coetáneos y el legado historiográfico que dejó tanto para la posteridad.

Por consiguiente, para la consecución del objetivo principal, o sea, la defensa del carácter fundacional, en el ámbito de la literatura, de la *Historia*, en tanto género neófito, es preciso un análisis crítico, minucioso y profuso del abanico instrumental que determinó el trazado de la escritura ovetense. En este sentido, si bien el interés hacia su crónica desde la literatura ha florecido enormemente en las últimas décadas, y con estudios parciales muy loables, se nota la ausencia de una teorización pormenorizada sobre la consideración literaria de la *Historia general y natural de las Indias*. Pese a desempeñar un papel cabal, fundacional, en la creación de una nueva literatura capaz de conceptualizar y sistematizar una realidad inédita, el exceso de afectación y de superioridad ovetense, la leyenda negra y la imagen denigrante del Oviedo-monstruo que proyectó el libelo de Las Casas han dividido durante años a la crítica, llegando a sustentarse, en ocasiones, que el Oviedo de la *Historia* no solo dista de ser un historiador clásico, sino que por su naturaleza áulica, se aleja de ser verdadero escritor.

En consecuencia, esta tesis formula una investigación que, desde una índole formal, desentrañe los modos escriturarios de Oviedo y que ponga énfasis en su valor literario, deteniéndose en el origen de su vocación; en sus aptitudes narrativas y en su inclinación artística a elaborar textos didácticos, de fácil comprensión lectora, agradables y cumplimentados con filigranas caligráficas y dibujos; en la textualidad de su crónica respecto a las poéticas y retóricas de su tiempo⁴; en su correspondencia con la

⁴ Para un estudio más exhaustivo véase González Boixo, 1999.

historiografía clásica, medieval, renacentista e, inclusive, barroca; en la valoración de los rasgos ficticios de su crónica y su relación con la narrativa de ficción anterior y contemporánea; o, entre otros, en su apuesta por la lengua castellana y por un estilo límpido, claro, de extraordinaria vivacidad y elocuencia.

La tesis propone, principalmente, un análisis estético-literario del texto ovetense, de sus mecanismos narrativos. Esta investigación persigue establecer puentes entre el pasado y el presente de la literatura hispanoamericana, al bucear en los vínculos que se establecen entre los textos primarios de América (en este caso, la crónica de Fernández de Oviedo) y los más contemporáneos. El estudio de las relaciones entre el autor, su tiempo y su propia obra; de sus dependencias con la tradición; y de la herencia intelectual y cultural que Oviedo legó para generaciones posteriores convidarán al diálogo y al entendimiento entre el pasado y el presente de la literatura hispanoamericana.

1.1.2 Hipótesis y estado de la cuestión

Después de casi cinco centurias, las formas escriturales y narratológicas de la crónica americana de Gonzalo Fernández de Oviedo demandan aún un enfoque protagonista. Precisan de un estudio que privilegie el comentario filológico-literario de esos renglones, que recale detenidamente en su recursividad discursiva, en los contornos de las palabras, en las ocurrencias estructurales específicas o en las piruetas retóricas que el cronista elabora para atrapar a sus excelsos lectores. En su dimensión formal, son plurales las secuencias narrativas, los proemios o los capítulos de la *Historia* que quedan todavía por explorar, territorios prosísticos que permanecen en la sombra tras decenios de olvido. Son retazos que atesoran la subjetividad del autor, que involucran su bagaje intelectual y que testimonian tanto su teoría narrativa, como su manifestación práctica, funcional.

Es sabido que esta crónica, que se presume tan “verdadera” en su referencialidad, resulta una inestimable fuente histórica y memorialística para la interpretación y comprensión del encuentro con el Nuevo Mundo. Empero, además de memoria, “somos lenguaje” (Alonso, 2019, p. 30). Y en tanto producción escrita, requiere, asimismo, de un abordaje cimentado en su análisis textual práctico, que venga acompañado de confrontaciones intertextuales y contextuales.

La crónica de Oviedo es una ilustrativa y híbrida amalgama de cuadros descriptivos, pasajes elegíacos y épicas historias, de vívidas anécdotas -propias o ajenas-, y de relatos adoctrinadores o moralizantes transmitidos, tras las arduas decisiones que, sobre esos actos de escritura, estima el escritor. Los testimonios y los borradores del madrileño, en los que bulle el acopio de tantos datos desnudos (arraigados en lo que presumiblemente define como verdad, lo real y fidedigno) representan la materia prima del escribano. Pero la voz narrativa, la trama, la linealidad o las figuras literarias, por citar algunos, son recursos compositivos que debe determinar constantemente el cronista, y que requerían, en el XVI, de ciertas aptitudes y conocimientos retórico-literarios. Esos modos narrativos y estilísticos de trasladar el conocimiento a su *Historia*, de “vestir” los datos adecuadamente y matizarlos de significaciones, en función del sentido y la intencionalidad comunicativa que el autor quiso darles, resultan sumamente relevantes para la interpretación textual.

Aseveraba Gadamer (1977) que “ninguna palabra tiene en sí misma el sentido que transmite” (Medina-Moya, 2014, p. 44), y, por consiguiente, el sentido del texto habita entonces en la sintonía que se establece entre una palabra con las restantes, en su ordenación, su coherencia, su cohesión y su avituallamiento. Por ende, interesan las maneras ovetenses de engarzar vocablos, de insuflarle fuerza persuasiva al discurso, de brindarle emotividad o de otorgar belleza descriptiva. Y deviene tan fundamental el análisis de esos giros discursivos (del testimonio autorizado, del cuestionado, y, asimismo, de lo inventado), como del de las formas narrativas que los envuelven; mecanismos retóricos que descubren tan a las claras su naturaleza de escritor y mediante los que la *Historia* se explica estructural y temáticamente, se legitima, y, a la par, se singulariza.

En lo concerniente al estado de la cuestión, y en un análisis diacrónico, se registran vacuidades y/o fluctuaciones en la recepción de la crónica y en el interés generado en el ámbito investigador.

Siendo la *Historia general y natural de las Indias* “la primera” (Bénat-Tachot, 2002, p. 201) y la más frondosa obra historiográfica escrita, en el XVI, *in situ* sobre el Nuevo Mundo y sobre la consiguiente empresa colonizadora española; y siendo, a la fecha, una de las crónicas más integradoras, poliédricas e interdisciplinares legadas por un testigo y, además, compilador-funcionario de la Corona española; llama la atención la poca difusión y fortuna editorial que la han acompañado durante estos casi cinco siglos.

Aunque el *Sumario* (Toledo, 1526) y la I parte de la *Historia* (Sevilla, 1535) gozarán de “una fase inicial de éxito indudable” (Bénat-Tachot, 2002, p. 202) durante esos decenios conocidos como los del “Siglo de los Descubrimientos”, la realidad es que no es hasta finales del XIX, con la panegirista edición de Amador de los Ríos (1851-1855), que la obra podrá ver la luz en su totalidad. Si bien su cronística es leída, celebrada y traducida por sus contemporáneos, los insidiosos líbelos de Las Casas (Bolaños, 1990b, p. 42) y la imagen antiindigenista que se difunde de Oviedo casi lapidan al cronista durante el transcurso de los posteriores siglos XVII y XVIII.

De las minoritarias aproximaciones que se registran en ese período, despunta la ingente labor de recopilación y estudio que, durante la segunda mitad del XVIII, realiza Juan Bautista Muñoz de algunas partes manuscritas -y en muy mal estado- de la *Historia*. Estos textos ovetenses se conservaban en el Monasterio de Monserrat desde 1734, año en que la viuda de Salazar y Castro los depositara en el convento y, tras el trabajo desempeñado por Muñoz, pasaron a formar parte del amplio corpus de esa célebre Colección Muñoz que en 1817 llegó a manos de la Real Academia de la Historia (RAH). También Amador de los Ríos se hace eco en las páginas introductorias a su edición de la *Historia* de un intento fallido de publicación de la crónica ovetense a finales del XVIII:

Manifestaba no obstante el diligente don José Álvarez Baena, en sus *Hijos ilustres de Madrid*, que en 1775 había dado comisión el marqués de la Sonora, secretario del Despacho de Indias, á don Francisco Cerdá y Rico, oficial de la misma secretaria, para que, encontrados ya en poder del marqués de los Trujillos y en la biblioteca Colombina algunos libros de los no publicados, ampliara sus investigaciones al descubrimiento de los restantes. Baena declaraba por último que, á excepción del libro XXVIII, noveno de la segunda parte, «todo se bailaba copiado, comprobado y en disposición de imprimirse» (...). Pero (...), pedidas las copias de Cerdá al Ministerio de Gracia y Justicia de Indias, solo pudo averiguarse que (...) cuatro volúmenes de la *Historia general de Indias* que tenía recogidos (...) ó habian desaparecido, ó nunca se habian entregado (“Advertencia”, Amador de los Ríos, *Historia*, 1851-1855, p. VI)

Con todo, aún habrá de esperar hasta bien entrado el siglo XX para que la riqueza de la *Historia* atraiga a los investigadores de uno y otro lado del océano, a propósito de una segunda edición en España, la de la BAE (1959), mucho más accesible para el lector, o la edición americana de Guaranía (1944-1945), en Paraguay.

Cabe señalar que, sobre las distintas publicaciones, la trayectoria editorial y la mala estrella que acompañó a su autor se han pronunciado con sobresaliente esmero distintos especialistas. Entre otras, resultan esencialmente relevantes, para guiarnos en la búsqueda del corpus documental ovetense y de las celebradas o desafortunadas impresiones de la *Historia*, las tareas investigadoras de Remedios Contreras (1982), de Álvaro Félix Bolaños (1990a, 1990b), de Bénat-Tachot (2002), de Mariano Cuesta (2017) o el exhaustivo inventario de las ediciones de cualquiera de las partes de la *Historia general y Natural* que Martha Elena Venier, Fernando Villanueva y Arturo Frappe proporcionan en su libro *Documentos de la Conquista* (2014, pp. 131-139). Este volumen cobija en su haber una recopilación de las fuentes originales y sus copias, del “destino vario de las crónicas” (2014, p. ii) y de su accesibilidad en línea, en archivos o en bibliotecas, de inestimable valía para los interesados en la historiografía colonial indiana. Como reiteran todos estos estudiosos, el acto de agrupar los textos de Oviedo y de ponderar su circulación (ya su difusión, ya su reprobación y estancamiento) en el tiempo convida a reflexionar sobre el binomio autor-lector, la vehiculización de la censura, las pautas de interpretación y las consecuentes repercusiones en la recepción/transmisión de la crónica, instalándonos en el horizonte de expectativas de esos lectores dispares -y más o menos prejuiciados por el estigma de la leyenda negra- que nos precedieron (Mira Caballos, 2019)⁵.

Inmersos en este trayecto, recalamos, así, en que el temprano debate ético sobre los modos de la Conquista con respecto al trato a los indios⁶ (Alonso Baquero, 1992) y la

⁵ El historiador sevillano analiza en este ensayo las relecturas de la Leyenda Negra española. Afirma que esta tiene mucho de leyenda, y de “falsa” (p. 94), porque esa manera de proceder era universal, y no solo española. Porque “en los patrones morales de la época, las matanzas, las torturas o las amputaciones eran algo común que en absoluto escandalizaban” (2019, p. 94), y porque, aunque fueron crueldades las que pusieron en práctica los conquistadores españoles en tierras amerindias, “los demás, los acusadores – franceses, alemanes, italianos, holandeses o ingleses– se comportaban igual o peor” (2019, p. 94). Por ello, concluye:

Hubo Leyenda Negra, porque en tanto se culpó a los españoles de actuar con una brutalidad y una violencia extrema. Y fue leyenda porque culpaba a los españoles de una forma de actuar que era idéntica a la que han usado otros pueblos antes y después de los españoles. Por tanto, hubo Leyenda Negra pero también historia negra, practicada por todos los europeos del siglo XVI (Mira Caballos, 2019, p. 100).

⁶ Como señalaba Miguel Alonso Baquer, en aquel siglo XVI “todos los príncipes cristianos se creían autorizados para iniciar una guerra (...) dijeran lo que dijeran los teólogos” (1992, p. 21). No obstante:

El problema ético brotó cuando la situación fue percibida como nueva. La conflictividad se estaba extendiendo entre españoles e indios sobre el territorio americano. Era sobre aquellos territorios del Nuevo Mundo donde los Reyes Católicos, por un momento, habían soñado con la implantación de una sociedad sin guerras. La reiteración de los combates en las Indias, - no la reaparición de la lucha armada en Italia o Flandes- fue lo que provocó la discusión sobre los justos títulos o sobre la legitimidad de la violencia. (...) El pensamiento español del siglo

narrativa de legitimación de la empresa imperial por parte de nuestro cronista entran en confrontación apenas publicados los primeros Libros de la *Historia* (1535, Sevilla; 1547, Salamanca). Ciertamente, el rol documental que adquiere la *Historia* de Oviedo para la tesis del doctor Ginés de Sepúlveda⁷, en ese debate de crecido cariz humanista y moral como fue la ‘Controversia de Valladolid’ (1550-1551), coloca al cronista oficial en el centro de la diana de las críticas que eleva Las Casas; argumentaciones lascasianas que se tejerán con indisimulada animadversión hacia su persona y desembocarán en altas dosis de menosprecio y ensañamiento contra don Gonzalo en la *Apologética Historia* de fray Bartolomé. En la labor de enmarcar este debate histórico que tuvo lugar hace quinientos años, y por analizar sus repercusiones, se han ocupado con rigor y empeño hasta hoy⁸ numerosos especialistas.

En el examen de estas confrontaciones ha resultado primordial para esta investigación el volumen que Ángel Losada (1975) dedica al estudio de los discursos apologéticos que entablan Sepúlveda y Las Casas. Por supuesto, imprescindibles son las obras del dominico (*Historia de las Indias*, la *Brevísima* y la *Apologética Historia*) y del doctor cordobés (*Historia del Nuevo Mundo*⁹). Como subraya Ramírez de Verger sobre esta última, aunque el andaluz acude a los testimonios de Anglería, Gómara y de Cortés, “los dos primeros libros del *De orbe Novo* (...) son deudores de Gonzalo Fernández de

XVI sobre la guerra y la paz recorre la estela del Descubrimiento (...). Un mundo que no necesitaba ver legitimadas las empresas contra el Islam en las orillas del Mediterráneo e en las riberas del Danubio junto a Viena y que apenas le daba importancia a la licitud de los desplazamientos de compañías de soldados entre las fronteras internas de Italia, le dio importancia suma a la justicia de la conquista americana (...). Lo que provocó dentro de España fuertes remordimientos de conciencia era la lucha contra los indios por parte de un puñado de conquistadores. El pensamiento español del siglo XVI fue valiente. La Corona asumió la responsabilidad por todo lo bueno que llevara a la paz y por todo lo malo que llevara a la guerra en un espacio (...) donde estaba ética y religiosamente obligada a fundar una utopía (Alonso Baquer, 1992, p. 21).

Una valentía que cultivaría y plasmaría, asimismo, Oviedo, atestando su crónica de mordaces críticas hacia los abusos de ese *milite* codicioso y cruel con el amerindio pacífico.

⁷ Señala Losada que Sepúlveda, quien nunca pisó suelo indiano, “apoyó su doctrina sobre la vida y costumbres de los indios” (Losada, p. 43) descritos en la *Historia* de Oviedo; razón que explica la saña con la que el Obispo arremetió contra el historiador madrileño:

Según Fernández de Oviedo, cronista oficial, autoridad que Sepúlveda utiliza a su favor como argumento de hecho, el indio americano era un ser un tanto infrahumano. Las Casas en su *Apologética Historia* y en no pocos pasajes de la *Apología* (...) dedica toda una parte a deshacer lo que él considera ‘patrañas’ de Fernández de Oviedo (Losada, p. 15).

⁸ Uno de los acercamientos más actuales a esa célebre controversia tuvo lugar el pasado octubre de 2021 en la #66Seminci de Valladolid, con la presentación del cortometraje “La Controversia de Valladolid” dirigido por Juan Rodríguez-Briso. En https://youtu.be/VApmeEw_3g

⁹ Hemos seguido la edición de Antonio Ramírez de Verger para esta obra de Sepúlveda- cuyo título original fue *De Orbe Novo* y que “aparece en los manuscritos detrás de la *Historia* de Carlos V” (Ramírez de Verger, 1987, p. 12) -.

Oviedo” (Antonio Ramírez de Verger, 1987, pp. 15-16), y no únicamente como “su fuente directa, sino también la forma de emplearla, que consiste en ir resumiendo los capítulos de Oviedo” (p. 15). Otorgan, asimismo, luz sobre las divergencias ideológicas frente al indio y respecto a las rivalidades entre ambos historiadores los trabajos, entre otros, de Hanke (1985), Soria (1989), Bolaños (1990a), Fernández Buey (1992), Coello (2001), Myers (2007), Beckjord (2007), Manero (2009), Pardo Galván (2011), Vanina M. ^a Teglia (2010a, 2010b, 2012b, 2013), Marco Geuna (2014), Patisso (2014) o la biografía que Bernat Hernández (2015) ha elaborado del dominico. Finalmente, tras la revisión de los textos ovetenses, de sus casuísticas y dinámicas editoriales, se evidencia que esa imagen –a nuestra óptica, hiperbolizada- y cristalizada del ‘Oviedo-denigrador de indios’ le pasa perenne factura al autor de la *Historia general y natural de las Indias*.

Empero, y como se ha mencionado, desde hace unas décadas ya puede hablarse de cierta tendencia de restablecimiento de esta singular figura de nuestra temprana historiografía colonial. En esa exploración de antecedentes e indagación de contribuciones al estudio de la *Historia* y de su autor, las pesquisas nos impelen con fuerza hacia el siglo XX, con un renacimiento del interés por Oviedo y su obra que eclosiona con nervio y afanes renovadores a mediados del pasado siglo, y lo hace en distintas direcciones.

Tanto es así que, en 1941, se crea “la sección hispalense del madrileño Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo”, centro establecido meses antes e “integrado dentro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas”¹⁰. También a propósito del IV Centenario de la muerte de Oviedo germinan, en 1957, plurales artículos –como los monográficos que la *Revista de Indias* (vol. XVII), en sus números 69-70 (julio-diciembre) dedica en homenaje al cronista madrileño, con las participaciones señeras de Pérez de Tudela, Ballesteros, Castellero, Ferrando, Álvarez López, Zoraida Vázquez o De la Peña y Cámara-.

El corpus literario e historiográfico del autor acerca a los investigadores. Ese mismo año igualmente Marticorena Estrada (1957) focaliza su atención en el Fernández

¹⁰ Para una información más exhaustiva sobre estos orígenes, visítase el portal de la ‘Escuela de Estudios Hispano-Americanos’, en <http://www.eeha.csic.es/historia.php>

de Oviedo traductor, argumentando que el cronista se habría encargado de traducir *Laberinto de amor* de Boccaccio al castellano. La tesis de este reconocido historiador peruano, especialista en historiografía colonial indiana, estriba en el encuentro de una escritura inédita¹¹ que desvela la cesión y traspaso de los derechos de impresión de dicho libro “a Rodrigo de Ayala, beneficiado de Aznalcázar y a su hermano Alonso de Alfaro, librero y vecino de la ciudad hispalense” (Marticorena, 1957, p. 300). Al respecto se pronuncia también Avalor-Arce, quien en sus “Preliminares” (pp. 7-17) a su edición de *BYQ* (1989) incluye esta ‘traducción’ en el corpus escritural de Oviedo, especificando que:

tabulé catorce obras del cronista; una de ellas, el *Laberinto de amor* (Sevilla, Andrés de Burgos, 1546), suele correr con el nombre de Diego López de Ayala, vicario y canónigo toledano, y así se la identifica en la biblioteca de la Hispanic Society of América, donde se halla el ejemplar que fue del bibliófilo Salvá (p. 7)

No obstante, esta cuestión no ha dejado de examinarse en el transcurso de los años.

En su volumen de 2007, la historiadora sevillana Carmen Álvarez incidía en el carácter precursor de Oviedo como autor-editor¹² y explicaba que, pese a que pudiese el cronista haber concedido estos derechos de impresión a terceros sobre esta supuesta traducción y también sobre el *Sumario*, “no tengo constancia que se hiciera uso de esta cesión” (2007, p. 78), pues sabemos hoy que este librito vio la luz por primera vez en los talleres Ramón Petras (Toledo, 1526), con costes a cargo de don Gonzalo, y con el título *Oviedo: de la natural ystoria de las dichas Indias o Sumario de la natural Historia de las Indias*; y que el *Laberinto de amor* “ni siquiera aparece recogida en el elenco de sus obras” (Álvarez Márquez, 2007, p. 78).

¹¹ Según este crítico, el documento fue aportado por los doctores A. Muro Orejón y J. Hernández Díaz en el *Catálogo de los Fondos Americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla* (t. V, ns. 1065 y 1069). Estos textos se corresponden con unas escrituras que Oviedo suscribió en Sevilla el 23 de abril y el 4 de mayo de 1526. La segunda escritura atañe a la cesión por parte de Fernández de Oviedo de los derechos para imprimir la traducción de la obra más famosa de Boccaccio, *Il Corbaccio*, escrita en torno a 1355 y subtitulada *Laberinto d'Amore*. Consultado el Índice de ese tomo V del *Catálogo de Fondos* que el Instituto Hispano Cubano de Historia de Americana tuvo a bien colgar en su web, localizamos los asientos de estos manuscritos ovetenses (ns. 270, 1.061, 1.069) en el *Catálogo de los Fondos Americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla*, tomo V, siglos XV y XVI, Sevilla, 1937 [1938], p. 516. http://www.institutohispanocubano.org/tomos/TOMO_V.pdf

¹² A propósito del binomio autor-editor, esta especialista argumentaba que “entre los primeros ejemplos documentados se encuentra el del madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo” (Álvarez, 2007, p. 78), quien en abril del 1523 “cede y traspasa (...) el privilegio de impresión que se le había concedido para imprimir durante diez años” (2007, p. 78) la *Historia* a Rodrigo de Ayala y a su hermano. No obstante, Oviedo no solo mantuvo sus derechos, sino que costeó los gastos de publicación de sus escritos cronísticos.

Y en la misma línea, hace tan solo unos meses, David González (2022) escudriñaba de nuevo ‘las traducciones castellanas’ de esta obra de Boccaccio y trataba de conferirle algo de luz a las atribuciones que, como traductor, se le otorgaron a Oviedo. El estudioso, que señalaba el interés que la edición sevillana del *Laberinto de Amor* sigue despertando, mencionaba los trabajos de López-Vidriero (1992, p. 302) y Muñiz Muñiz (2003, p. 538) -a quienes “no se les ha escapado que tal título remite al *Corbaccio* del propio Boccaccio, que en muchos talleres italianos salió con el título *Laberinto d’Amore*” (González Ramírez, 2022, p. 74)-, y planteaba esto último como posible motivo de confusión que podría haber dado lugar al repetido “desliz” (p. 74) de atribuirle a Oviedo la traducción del *LA*.

Sea como fuere, en los fondos¹³ figura don Diego López de Ayala como traductor de esa edición, sobre la que González deja abierta esta otra hipótesis para una cuestión todavía irresoluble:

A pesar de que Álvarez Márquez pensó que podría tratarse de la traducción del libro de Boccaccio que Andrés de Burgos imprimió más tarde¹⁴, O’Conner (2011, 107-108) ha considerado más bien que el título podría haber sido recordado, años después, por Andrés de Burgos, que era de la misma ciudad y quizá habría tenido noticias de aquella obra inédita de Fernández de Oviedo” (González Ramírez, 2022, p. 74).

Más fructuoso ha resultado, sin embargo, el escudriño de los fondos epistolares del cronista. Desde los cincuenta, se registra un interés creciente por la correspondencia ovetense, que atestigua, asimismo, la significación que va granjeándose Fernández de Oviedo entre los investigadores del XX. Así, en 1949, el profesor Eugenio Asensio, gran conocedor del Humanismo y “bibliófilo consumado” (Egido, 2009, p. 84), rescata una

¹³ El ejemplar, consultado online en la ‘Biblioteca VirtualAndalucía’, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, reza de este modo: “*Laberinto de amor que hizo en toscano el famoso Joan Boccaccio (...)*, Sevilla: En casa de Andrés de Burgos, 1546. Traductor: Diego López de Ayala (Palau). En Biblioteca Nacional (Madrid), signatura: R/5376. N.º de registro: 1000955. Código de barras: 111110009797”. <http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/es/consulta/registro.do?id=1000873>

¹⁴ En su profuso y riguroso estudio sobre la impresión, la circulación y el comercio de los libros en la ciudad de Sevilla durante el siglo XVI, Álvarez Márquez deja en el aire la cuestión, sin rechazar la posibilidad de que la traducción anónima que tomara en 1546 Andrés de Burgos fuera la que cedió Oviedo:

Es posible de que se tratase de una traducción al castellano de la obra de Giovanni Boccaccio, de la que Andrés de Burgos hizo la primera edición en 1546 de una traducción anónimo con el título *Laberinto de amor* que hizo en toscano el famoso Juan Boccaccio ahora nuevamente traducido en nuestra lengua castellana, en cuya segunda edición, llevada a cabo por Juan de Ayala en Toledo en 1549, se precisa que la hizo Diego López de Ayala, asistido en una pequeña parte por el capitán Diego de Salazar (Álvarez Márquez, 2007, pp. 78-80).

epístola, “que es más bien un boletín de victoria” (Asensio, 1949, p. 570), de Oviedo a su amigo al Cardenal Pietro Bembo, fechada el 20 de enero de 1543, sobre la expedición del capitán Francisco de Orellana en el Amazonas, y que Bautista Ramusio difundiría en el tercer volumen de su colección *Delle navigatione e viaggi* (1555). Comunicación epistolar que también contempla Stelio Cro como esencial “para entender mejor el alcance que en la conciencia historiográfica del Renacimiento tuvo la llegada de noticias” (Cro, en Solano y Del Pino, 1982, p. 53) del Nuevo Mundo. Por ello, en su artículo lista y ahonda en el carteo entre Bembo, Oviedo y Ramusio, y reflexiona sobre sus implicaciones históricas.

Y las cartas ovetenses se erigen igualmente centro de estudio del historiador hispano-alemán Enrique Otte. Para este americanista, el pretender dar con la significación y transcendencia de nuestro cronista (y de cualquier otro de los contemporáneos a Oviedo) demandaba indiscutiblemente de una inmersión en los fondos archivísticos, a la caza y captura no solo de los documentos oficiales y protocolarios, sino también de la correspondencia comercial y personal de quien fuera, en aquella primera mitad del XVI, empresario, gobernador y “personaje central” (Otte, 1977, p. 123) en tierras indianas. De hecho, los inicios investigadores del autor de *Cartas privadas de emigrantes a Indias: 1540-1616* (Otte, 1988) viraron hacia el escrutinio de estos legajos que testimoniaban “la actividad económica de conquistadores y primeros pobladores, las remesas de metales preciosos y, en definitiva, la explotación de las colonias más tempranas, en particular, las pesquerías de perlas” (Ruiz y Lacueva, 2009, p. 3). Con este propósito, en 1956 Otte escoge de entre ocho cartas otra misiva de Oviedo, ésta dirigida a Felipe II, para darla a conocer en el volumen XVI de la *Revista de Indias*. En 1958, vuelve a interesarse por los textos inéditos del cronista, analizando esta vez una miscelánea de documentos que prueban que, entre 1527 y 1529, Oviedo “como escribano del juzgado, del gobernador y escribano público (...) llega a ser uno de los hombres más influyentes de la ciudad” de Nicaragua (Otte, 1958b, p. 632). Y, aún sin desasirse de Fernández de Oviedo, vuelca en otras 50 páginas (Otte, 1958a) su análisis sobre las aspiraciones y las actividades que, al margen de la escritura, movieron los entusiasmos de don Gonzalo en el Nuevo Mundo.

Arribados a 1963, se publica otro indispensable, el inventario que Daymond Turner ofrece de una presumible reconstrucción de la ‘Biblioteca ovetense’ -y que

deviene fuente documental de inmenso valor para esta tesis-. Un académico que, prendido en las mallas del historiador de Indias, define la *Historia* como la “primera enciclopedia de América” (Turner, 1964, p. 267), examina el tesoro natural que esconden las ilustraciones de la crónica (Turner, 1985) y vara en la prosa de Oviedo (Turner, 1983), reproduciendo las críticas ajenas y sus propias conclusiones a propósito de los aciertos y las debilidades estilísticas¹⁵ de don Gonzalo.

Pero, además, el nombre del cronista comienza a ocupar capítulos enteros y a rezar en los títulos de tomos dedicados a la historiografía colonial indiana. En 1959 ve la luz el célebre libro del argentino Alberto M. Salas, a propósito de Mártir, Oviedo y Las Casas, con unas 100 páginas (pp. 63- 158) destinadas al esbozo biográfico de nuestro historiador y al estudio crítico del *Sumario* y de la *Historia*. Incardinado, igualmente, en un bosquejo panorámico, Edmundo O ‘Gorman estampa en *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI* (1972) sus reflexiones sobre el autor de las *Décadas*¹⁶, sobre fray Bartolomé, Joseph de Acosta y, también, sobre Fernández de Oviedo, al que, aprehendido desde una óptica histórico-filosófica, le otorga un papel principal¹⁷ y pionero en lo que el mexicano denominó “la invención de América” (1972, p. 58).

¹⁵ Con esta sentencia sobre el estilo de Oviedo, se cierra el artículo:

The style is conversational, familiar and highly personal. It reflects the author’s real gifts of observation and description as well as ironic humor. In rendering it into English I have attempted to preserve such characteristics as his non-stop sentences, his repetitiousness (...).

Véase Turner (1983, pp. 333-334)

¹⁶ Las *Décadas del Nuevo Mundo*, de Pedro Mártir de Anglería, resulta un “libro extraño paradójico, tanto en su forma como en su contenido” (O’Gorman, 1972, p. 13). Sus páginas son el producto de treinta y dos años de recopilación de datos, materializados casi a modo de ensayo, en “un híbrido entre epístola y libro” (O ‘Gorman, 1972, p. 15), escritos en latín, de oídas y con “una curiosa mezcla de arrogancia y de poquedad, de incertidumbre y de convicción” (O ‘Gorman, 1972, p. 18).

¹⁷ El estudioso “sitúa a Oviedo en el lugar de iniciador de una de las etapas de ese gran proceso explicativo del Nuevo Mundo, que en otra ocasión designé con el nombre de la conquista filosófica del América” (p. 53). Con el pretexto de dar respuesta a las preocupaciones cronísticas y literarias de Oviedo, O’ Gorman concluye: “ha pasado de la novelaría de un *Claribalte* a la literatura moral de la *Respuesta* y a los libros de verdad como son la *Relación* y el *Sumario*...; pero algo más, América es ya el objeto de su consideración intelectual” (1972, p. 44).

Y apostilla, con estas exaltadoras líneas, “la magna contribución” (1972, p. 58) y la “alta significación” comunicativa (1972, p. 58) de la *Historia*:

Lea ahora el lector a Oviedo, y verá cómo el descubrimiento, la justificación jurídica de la conquista, el concepto de hombre americano, la evangelización, todo, todos los grandes temas de nuestra historia primitiva, se organizan en torno a la fe y a la esperanza con que Oviedo contempla la historia de su tiempo y el destino del hombre. Y a diferencia de un caos periodístico y circunstancial como el que nos ofrece un Pedro Mártir, (...) surge de las páginas de la *Historia general y natural* ... una imagen inteligible de la empresa de las Indias (...) (1972, pp. 57-58).

Para un análisis más exhaustivo, véase, también de O ‘Gorman, *La invención de América* (1984)

Y, en esa línea, los postrimeros decenios nos van trayendo tantos otros trabajos fundamentales, que aprehenden a Oviedo desde variedad de enfoques plurales. La figura de Oviedo sigue acaparando miradas en el último tercio del siglo. En 1978, tiene lugar la conmemoración del V centenario del nacimiento del autor, que congrega en un evento internacional¹⁸ en Costa Rica a diversos estudiosos de España y América (Mariano Cuesta Domingo, Francisco de Solano, Carmelo Sáenz de Santamaria, Annie Lemistre, María Molina de Lines o Josefina Plana, entre otros) para abordar distintos aspectos de Oviedo y de su crónica, desde su interpretación de la conquista y la colonización, su labor de etnógrafo y su percepción del indígena costarricense, sus aportes científicos en cuestiones de botánica y plantas medicinales, o sobre la actitud crítica de don Gonzalo para con sus fuentes.

De igual modo, se revalorizan las otras obras de Oviedo. A Valle-Arce recalca en el *Sumario* (1963), en el *Claribalte* (1978^a), en las *BYQ* (1989) o en una “obra olvidada” ovetense, la *RVSYST* (2004). Valero Moreno (2009) repara también en un autógrafo del *LCR*, que se consideraba “perdido o inexistente” (2009, p. 361), y subraya que, como ocurre en la *Historia*, “la presencia constante del yo en la obra de Oviedo impulsa la cualidad testimonial de su escritura, fuertemente vertebrada por la memoria” (Valero, 2009, p. 374). Igualmente Miranda (1950), Cobo (1986), Baraibar (2010) o Rodríguez López-Vázquez y Rodríguez López-Abadía (2016) se detienen en el *Sumario de la Natural Historia*. Esta pequeña joya publicada en 1526 sigue sorprendiendo y acaparando en la actualidad por doquier la atención de los investigadores. Sin ir más lejos, en el cercano 2017, Júlio Manuel Rodrigues Costa argumenta la identificación de una copia de esta obrita, hoy “bajo la custodia de la Biblioteca Municipal de Oporto, Portugal” (p. 179). Por su parte, Fabregat Barrios (2003b, 2006) presenta una edición crítica del *LCR*; las *BYQ* son centro de atención de Pérez de Tudela (1983, 2000); el *Claribalte* atrae a Merrim (1982), Rodilla (2009) y a Del Río Noguerras (1985), quien también se interesa por las *BYQ* (1991); y en el *CRC* lo hacen Nieto Soria (2014) o Romano de Thuesen (1992), especialista ovetense que insiste en la vinculación ‘vida-obra’¹⁹ al examinar la ingente producción de Oviedo.

¹⁸ Este Congreso se publica como *Memoria del Congreso sobre el Mundo Centroamericano de su tiempo (24, 25, 26 y 27 de agosto de 1978). V Centenario de Gonzalo Fernández de Oviedo*.

¹⁹ Evelia Romano de Thuesen subraya la necesidad de hilvanar el panorama bibliográfico de Oviedo al biográfico y, en lo concerniente al *CRC*, examinar “la particular coyuntura en que se genera y concreta el

Como se advierte, la estela del Alcaide va recobrando ese protagonismo que tanto ansió en vida con las distintas monografías que van a irse sucediendo a partir de finales del XX. El único libro destinado exclusivamente a la biografía de Oviedo sigue siendo hasta la fecha el de Ballesteros (1981). Siguiendo un criterio compositivo similar al de Gerbi, el biógrafo recompone la vida de Fernández de Oviedo desde diferentes enfoques cronológicos y temáticos. Sus vivencias de juventud, sus andanzas por Italia, los asuntos en las Indias y las últimas jornadas del Alcaide comparten espacio con un segundo apartado, de unas setenta páginas, destinado a retratar al geógrafo, al naturalista, al controvertido moralista y al historiador que habita en Oviedo. Empero, son muchos -José Amador de los Ríos (1851-1855, vol. I), Pérez de Tudela (1959, vol. 117), Miranda (1950), Pérez Valle (1977), Orjuela (1992), Fabregat (2006) o Cuesta (2017), por ejemplo- los que se han dedicado a esbozar semblanzas biográficas del cronista, como antesala a sus investigaciones.

El libro de Gerbi (1978) es, sin duda, una autoridad, con un acercamiento riguroso a este poliédrico personaje y a su crónica. El italiano le dedica a Oviedo toda la “Segunda parte”, más de cuatrocientas páginas de su volumen. Un estudio ameno y cabal, quizá de temática poliforme y, por ello, muy segmentado, pero de sumo interés porque recalca en la vida del cronista para elucidar “el trasunto intelectual” y la “triple convergencia Ítalo-española e indiana” (Pupo-Walker, 1989, p. 403) que determinan los criterios historiográficos ovetenses y su visión del mundo natural americano. De manera sintética, con notas precisas y apartados breves y entretenidos (que reparan incluso en los gustos culinarios o las manías numéricas de don Gonzalo), los capítulos se suceden, adquiriendo la consistencia de un caleidoscopio, en el que todas esas pequeñas proyecciones recomponen una imagen plural y divergente del Oviedo hombre, literato y cronista. Como concluye Romano de Thuesen a propósito de la publicación de Gerbi, “si bien se detiene particularmente en Oviedo como cronista de la *Historia General y Natural*, ofrece un estudio excelente sobre la formación cultural, las influencias y valores artísticos del madrileño” (1992, p. 100). Por ello, pese a tratarse de un trabajo con miras multiabarcadoras, esta obra establece las bases para poder edificar una exploración más

Catálogo, tanto en las vicisitudes personales del madrileño alcaide de Santo Domingo como en las de la España imperial regidora del Nuevo Mundo” (1992, p. 99).

somera sobre los modos escriturales del cronista, médula y fundamento de esta nuestra investigación.

Para comprender la representación de la naturaleza indiana y la relevancia del imperialismo en Oviedo, es imprescindible, asimismo, la publicación de Carrillo (2004). Este doctor en filosofía prende a don Gonzalo en su dimensión de historiador y ‘pintor’ del Nuevo Mundo, otorgando especial atención a las concepciones visuales y retóricas de la historia en el siglo XVI, a las influencias venecianas y a las virtudes estéticas del autor de la *Historia*. Un poso cultural y cortesano ovetense que ya ha rastreado Carrillo en 1998, a propósito de otro libro para el imperio, el *LB*; y un sentimiento de “pertenencia natural de Gonzalo Fernández de Oviedo al ámbito de la corte” (2003, p. 12) que se vincula con la “teatralización de la verdad” (2003) que lleva a cabo el historiador en su crónica.

También Kathleen Ann Myers ofrece más de 300 páginas al análisis del cronista. Su libro (2007) registra los vaivenes biográficos de un Oviedo entre el Viejo y el Nuevo Mundo, examina la importancia de la *Historia* para la interpretación natural, histórica y moral de Las Indias, se acerca al historiador en sus facetas de actor y autobiógrafo, y se detiene en las amazonas, en Cortés y en las ilustraciones que socorren los renglones de la crónica.

El libro de Pardo Tomás (2002) defiende el talante pionero del Oviedo científico, como comunicador de la Natura americana. Por su parte, en sus dos libros dedicados a Oviedo, Alexandre Coello apresa al cronista en su dos facetas: el historiador más naturalista (2002) y el historiador más ‘ficcional’ (2012). En este último trabajo, el profesor barcelonés examina en sus cuatro ensayos la *Historia* ovetense como un constructo que amalgama la verdad histórica -más o menos objetiva- y “las invenciones fantásticas” (Bellini²⁰, 2013, p. 220).

²⁰ Asevera Bellini, en su reseña a “*Historia y ficción. La escritura de la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés*” de Coello de la Rosa:

En sí el libro constituye un original aporte a la interpretación de la *Historia* de Oviedo desde el punto de vista histórico y ficcional y contribuye a llamar la atención del lector sobre un texto de difícil lectura, por su extensión y por estar dedicado a tiempos generalmente abocados al olvido después de la celebración del V Centenario del Descubrimiento, y sin embargo siempre vigentes y fundamentales para quienes se interesan no solamente en la historia de América, sino en el nacimiento de su literatura ficcional (Bellini, 2013, p. 219).

Posiciones historiográficas desde donde se ha pronunciado en sus varios trabajos Karl Kohut (1992, 2005, 2007), escudriñando el poso y la consciencia humanista de este historiador que deja expresa constancia en sus excursos metarreflexivos sobre la responsabilidad que acomete en su oficio de cronista oficial. Y visión humanística ovetense que igualmente ha sido motivo de estudio de González Echevarría (1983) o de Lerner (1993), entre otros.

Las últimas dos décadas escrutan, también, a Oviedo desde la multidisciplinariedad, en publicaciones más breves. En su investigación sobre el naufragio y el cautiverio, Conover (2013, pp. 124-141) compara los relatos que elaboran Mártir y Oviedo sobre la experiencia del naufragio Jerónimo de Aguilar entre los mayas y del papel de la armada de Cortés en su rescate. Baraibar, quien también examina al Cortés ovetense (2014b), profundiza asimismo en el concepto de autoridad (2014a) que reivindica el autor de la *Historia*, y, además, en 2017, analiza la forma en la que Fernández de Oviedo construye su discurso descriptivo de las ciudades del Nuevo Mundo. Y Egaña (2015) presenta “la trama alimentaria como seña clasificatoria de la naturaleza [que] abre, en Fernández de Oviedo, una nueva dimensión para comprender las Indias” (p. 595), en un estudio que explora la exaltación discursiva del cronista a propósito de las potencialidades alimentarias y farmacopeas del mundo natural indiano, y que subraya, desde otra perspectiva, nuevamente el talante pionero de Oviedo:

Si a Fernández de Oviedo se le ha atribuido ser precursor de un naturalismo europeo en Indias, así como el creador de uno de los primeros bestiarios indianos, no es osado afirmar que ciertos pasajes de su *Historia* componen uno de los primeros recetarios mestizos del Nuevo Mundo (Egaña, 2015, p. 597).

Igualmente, el calado verdadero o maravilloso de la crónica (Teglia, 2021), la habilidad novelística ovetense para relatar los naufragios de su Libro L (Castillo Durán, 2021), la dimensión más sensorial de la *Historia* (Coronado, 2022), las funciones del lector en la crónica (Baraibar, 2022), los orígenes familiares desconocidos de Oviedo (Abol-Brasón, 2023) o los ecos de sociedad que revolotean en las *BYQ* (Serna, 2023) son algunas de las contribuciones publicadas sobre el autor en los últimos dos años.

Y, por supuesto, tantas otras han sido las disertaciones doctorales que han florecido a propósito de Oviedo. Evelia Ana Romano de Thuesen (1992) transcribe y edita, en su investigación, el *CRC*. Santiago Fabregat presenta su edición al *LC* en su tesis de 2001. La de Martín García (2017) presenta la ‘Edición y estudio de *La Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia* de Gonzalo Fernández de Oviedo’. Y, focalizadas en los textos cronísticos ovetenses, la TDX de Vanina M.^a Teglia (2011) se detiene en las representaciones utópicas de América en Las Casas y Oviedo; Natalia Korotkikh (2018) inspecciona, por su parte, el pensamiento de los cronistas de Indias - entre ellos, el de Oviedo-, enmarcándose en la filosofía de la historia; la investigación doctoral, en portugués, de Lopes de Almeida (2013) escruta preferentemente el medievalismo de la *Historia* y del *Sumario* (entre otros aspectos, el pensamiento historiográfico de Oviedo o la impronta de los bestiarios en la narrativa de lo maravilloso-sobrenatural), y la tesina de máster de Oddo (2010) se vuelca en un análisis lingüístico del discurso cronístico ovetense, a propósito de los indigenismos incluidos en el *Sumario*.

A comienzo de los ochenta, Leonidas Emilfork refería a la particular circunstancia de que la *Historia* de Fernández de Oviedo hubiera “sido estudiada por la ciencia histórica sin que se haya examinado su escritura misma” (Emilfork, 1982, p. 23). Aunque mucho se ha progresado en materia ovetense, gran parte de las investigaciones privilegian aún hoy la formulación teórica de los modos de ‘historiar’, en detrimento del análisis práctico de este voluminoso texto. Ciertamente, trabajos como los de Orjuela (1992), Méndez²¹ (1992), Valcárcel (1997), o el exhaustivo -y para nosotros, modélico- estudio que Margarita Vásquez Quirós (2020) ha elaborado del calado retórico²² del *Sumario* procuran navegar entre los renglones ovetenses, calibrando su espesor literario y/o ficcional, reconstruyendo su retorización y plasmando las prácticas y convenciones escriturales del cronista. No obstante, esta *Historia general y natural de las Indias* - híbrida, corpulenta y con elevado afán historiográfico²³- demanda que se le otorgue un

²¹ La tesis de Méndez escudriña el calado esteticista de la *Historia*, con una primera parte que examina el discurso histórico y naturalista de la obra, y una segunda parte que repara en aspectos más concretos de la crónica, como la narrativa de lo maravilloso y lo sobrenatural, lo religioso, lo hiperbólico y lo patético.

²² Las más de ciento sesenta páginas que conforman el libro de Vásquez proponen una doble lectura del *Sumario*: el discurso histórico y la naturaleza de la ficción. La estudiosa escudriña profusamente la obra ovetense y se pronuncia, entre otras singulares del cronista, sobre el testimonialismo, las formas autobiográficas, la técnica descriptiva y el procedimiento retórico de este pequeño texto cronístico de Oviedo.

²³ Las aspiraciones del escritor-cronista son elevadas y sus deseos indisimulados, cuando defiende que su *Historia* “no es de las menores, sino de las más altas y más copiosas que se han escrito por un hombre desde

mayor protagonismo a su textualidad, que se descubran sus formas descriptivas, narrativas y dialógicas, y que se revelen las estrategias escriturales, con sus carencias o aciertos estéticos, siempre desde una metodología de análisis filológico-literario.

Con la pretensión de contribuir a menguar en algo esta carencia, que aún persiste, camina este trabajo de investigación. Una tesis que comparte con Emilfork ese anhelo de un “estudio más minucioso de los artificios de la escritura de Oviedo” (1982, p. 34) y que se teje enhebrándose a la palabra ovetense, para rescatarla del olvido. No solo desde su fundamento teórico, sino especialmente desde un marco de ejecución y conocimiento práctico. Porque, en definitiva, al margen de estudios y teorías, es el ingente texto de la *Historia*, en tantos recovecos aún tan desconocido, lo más valioso.

1.1.3 Metodología y estructura

En lo concerniente a la estructuración de este trabajo de investigación, la tesis se vertebra en:

-* Primeramente, en un **capítulo introductorio**, que, a modo sinóptico, recalca en las singularidades del autor y de su magna obra, desde una consideración histórico-literaria.

Estas páginas preliminares reivindican la perspicacia narrativa de este escrupuloso informador del Nuevo Mundo, que explora nuevos senderos historiográficos, hilando la riqueza natural indiana con la materia histórica y ribeteándolas con su personal interpretación de las Indias Occidentales. Miscelánea y densa *Historia* que, con efluvios de ensayo, se tiñe de excursos autobiográficos y confesionales, de aleccionadores *exempla*, paremias, alabanzas varias, recalcitrantes sermoneos, supersticiones, *mirabilia* y creencias fabulosas e, incluso, de logrados dibujos que socorren al cronista en su lucha con la palabra escrita. Porque desafío es su apuesta por la lengua romance; por un castellano que se acomoda en un estilo “conversador”, que, aun arrastrando rasgos medievales y su deuda con la tradición, acoge, vivo y sensible, un buen repertorio de americanismos y que, asido a los cauces retóricos, atraviesa el marco narrativo con cierta veta poética.

Adam acá en semejantes materias” y “en materia de calidad y cantidad en sí tan abundantísima, que sobrepuja al humano discurso de la vida” (*Historia*, 118, Libro XXII, proemio, p. 341).

Desordenado y repetitivo, Gonzalo Fernández de Oviedo no es un prosista armónico ni elegante; el término “pintoresco” (en su acepción de “curioso, atractivo, expresivo”) captura mejor su sustancia de escritor, sin desmerecerlo. Y es que lo farragoso de su discurso se disculpa cuando el meticuloso observador, influenciado por la *Silva* de Pedro de Mexía, nos ameniza con la “varia lección” de sus “depósitos”; cuando el Jardín indiano se colorea de rareza sensual y de divina belleza; o cuando el conmovedor patetismo inunda su Libro de los Naufragios (Libro L), con relatos que rozan lo apocalíptico.

La investigación escudriña las estrategias narrativas desplegadas por Oviedo para transmitir el Nuevo Mundo desde lo originario y comunicarlo de forma fidedigna, clara y comprensible. Que “como hermosa cosa es el mundo, y la más excelente pintura que jamás se puede ver ni arbitrar ni pensar” (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, p. 330), su logos aspira a recrear sensación de presencia, a seducir al lector con la experiencia subjetiva de Las Indias. Pero al trasladar al ‘lienzo’ todo ese saber empírico y vivencial, evidencia Oviedo sus conflictos con la palabra, con lo inefable. Historia de lo nuevo y de lo inconmensurable que, como toda *ars* humanística, demanda una *techné* habilidosa. *Historia* especular, metatextual, además, que se escribe explicándose a sí misma y revelando al escritor escribiendo, haciendo partícipe al lector de cómo se va gestando tan magna crónica.

El principio rector de su *Historia* es la *veritas*, la verdad llana y lisa -sin afeites ni adornos-, y no el estilo, reconoce modestamente el fidedigno historiador. Porque sus cincuenta libros se dirigen a todos los lectores – a sabios y a “vulgares y no leídos” (*Historia*, 117, Libro VI, cap. VIII, p. 158) –, sus renglones resultan menos elevados y más humildes; anecdóticos, coloridos y circunstanciales. Pero justo en esto último reside el acierto metodológico de Oviedo: en tierras indianas por más de cuarenta años, el ciclópeo y minucioso repertorio de testimonios propios y ajenos que, cual afamada perla del Mar del Sur, acaudala el Alcaide de Santo Domingo en su *General y Natural Historia* resplandece como imprescindible fuente de conocimiento en nuestros archivos. Y en las estancias de la memoria resuenan, además, los ecos de las elogiosas palabras que el erudito humanista Girolamo Frascatoro dedicaría a la obra del “signor Oviedo”: “cosi degna storia che forse ne la più bella, ne la più grata uscì mai in luce” (Carrillo, 2004, p.

248). Panegírico nada baladí de la cultivada élite italiana, que en el siglo XVI ennoblecía la sutileza de aquella ingente, progresiva, poliédrica y pionera *Historia* y que, hoy, “como un milagro del tiempo” (Salas, 1959, p. 150), restaura sutilmente las hebras poéticas que la anudan.

Si bien cada vez son más los que se detienen en examinar los entresijos de la frondosa cronística ovetense, esta continúa demandando más voces críticas; y siguen siendo plurales los recovecos que aún quedan por explorar de esta multidisciplinar *Historia*, que se erige como una de las fuentes primarias más extensas, ambiciosas y autorizadas de la historiografía indiana. Hacia esos recodos narrativos viaja esta investigación.

-* La tesis prosigue con otro bloque sólido, correspondiente al **segundo capítulo**, que se erige entorno a la figura de Gonzalo Fernández de Oviedo y su vocación como escritor.

En el 2000, en conversación personal con Verónica Tozzi, aseveraba Hayden White que nuestro “pasado tiene que ver con nuestros muertos y a ellos no podemos recordarlos con actitud aséptica”²⁴ (White, 2003, p. 9), desde un prisma desafectado. Es por lo que, pese a aspirar a la objetividad histórica, las crónicas de Indias cargan con alta dosis de emotividad, determinada por los “conflictos valorativos” del autor. Afinidades, compromisos, intereses y sentimentalismos varios que, como señala Tozzi, afloran en el plano estético del discurso, en “la dimensión poético-expresiva del escrito histórico” (White, 2003, p. 10).

Mas, “¿cuáles son los anteojos con los que el cronista madrileño intentó comprender y hacer entender aquella nueva realidad a sus lectores?” (Baraibar, 2010, p. 22). ¿Mira Fernández de Oviedo como cronista y fiel servidor del imperio castellano, o como vecino sentimentalmente arraigado a Santa María la Antigua del Darién? ¿Son sus perspectivas las del “hidalgo que quiere dejar la conquista del Nuevo Mundo en manos de caballeros de la Orden de Santiago?” (Baraibar, 2010, p. 24). ¿La del individuo aún anclado en la Antigüedad, “que suple la evidencia directa con la insistencia en la infalibilidad de sus fuentes” (Bolaños, 2017, p. 273) y que da credibilidad a leyendas clásicas europeas – convencido, por ejemplo, de que Las Antillas son “las tierras del mítico Héspero,

²⁴ Este fragmento se extrae de una conversación personal entre Hayden White y Verónica Tozzi (Buenos Aires, 2000), citada en la “Introducción” a *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos* (2003, pp. 9-10).

duodécimo rey de España” (Fabregat, 2003b, p. 78)–? ¿La del crédulo que se apega, con mayor o menor actitud “burlesca” (González Boixo, 2008, p. 297), y un fuerte poso pliniano, a fabulosos mitos –como el de la existencia del unicornio²⁵ y el de la Fuente de la Eterna Juventud²⁶; o el del nacimiento de hombres “mistos e monstruos”, de otros que matan con la vista o que poseen cola pelosa, y son muy veloces, y de brujas infernales (*Historia*, 121, Libro XLII, cap. VI, pp. 397-398), hechiceras dadas a “nigromancia e arte mágica”²⁷ y mujeres que paren “en el quinto año e son viejas al octavo” (*Quinquagena*, I, VI, en Avalle-Arce, *MGFO*, vol. I, 1974, pp. 52-53)–? ¿O su óptica es la del empírico naturalista que certifica, con sus ojos corporales, el provecho de la leche de coco para el mal de quijada (*Historia*, vol. 117, Libro IX, cap. IV, p. 284); que loa el sahumero del guijarro bañado en vino, por remediarle su dolencia de “puxo” (*Quinquagena*, I, XXXIX, en Avalle-Arce, *MGFO*, vol. I, 1974, pp. 175-176), y que alaba la carne de los gamos de Santa Marta²⁸ solo tras saborearla?

Al hacer converger todas esas miradas ovetenses, el prisma se desenfoca y nos proyecta a un poliédrico Oviedo y/en su compleja “circunstancia”²⁹. Porque el Veedor pronto desecha la túnica de mero observador y se atavía con galas de actor indiano, como participante activo que dialoga y actúa en concordancia con su mundo circundante, con lo que porta de antaño y con lo que transita por su alma. América no solo le proporciona un oficio, sino que lo convierte “en un indiano arraigado, un hombre de la tierra nueva” (Ballesteros, 1981, p. 162). En los cuarenta, Gonzalo “ya no sabía vivir en otro sitio” (p.

²⁵ Véase Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*; edición de Juan Bautista Avalle-Arce, Lengua y literatura, vol. 4, Salamanca, Diputación de Salamanca, 1989, pp. 356-357. **A partir de ahora se citará con la abreviatura BYQ.**

²⁶ Véanse *Historia*, 118, Libro XVI, cap. XI, p.102; 118, Libro XVI, cap. XIII, p. 105, y 120, Libro XXXVI, cap. I, p. 320.

²⁷ *Quinquagena*, I, XLII, en Avalle-Arce, *Quinquagenas de la nobleza de España*, en *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, vols. I, North Carolina Studies in The Romance Languages and Literature, Chapel Hill, 1974, p. 187. **A partir de ahora se citará con la abreviatura MGFO.**

²⁸ Véase el cap. XVIII, p. 165 del *Sumario de la historia natural de las Indias*, edición de Álvaro Baraibar (2010). **A partir de ahora Sumario.**

²⁹ Esta es una de las máximas orteguianas más célebres, ya promulgada por el filósofo en su primera publicación (*Meditaciones del Quijote*). Como señaló Rodríguez Rial del pensador, en su filosofía trató de que se:

hermanase *el yo y su circunstancia*, la razón y la vida, la ciencia de valor universal y el hombre concreto de carne y hueso, el anhelo de concepto y la querencia por el percepto, la necesidad de acceso a las esencias para el conocimiento, pero también *el estricto escrípulo en atender a las circunstancias* (2005, p. 10).

Las cursivas de la cita son mías.

Véase al respecto José Ortega Y Gasset, *Meditaciones del Quijote* [1914], edición de Julián Marías, México, Cátedra-REI, 1987, p. 71.

162), “allí estaba su patria” (p. 162): en su Fortaleza de Santo Domingo “sus habitaciones, su mesa de trabajo, la ordenación de sus cuadernos y de sus notas”; y en el exterior, y aun sin menospreciar a sus poderosos enemigos, su gente lo “estimaba como uno de los primeros de la ‘cibdad’”, sin olvidar el “estado del presbiterio para los principales entre los que se contaba” (Ballesteros, 1981, p. 162).

En la tradición, y con el impulso de Heródoto, la escritura de Vidas y la histórica han convergido para la fijación de la memoria del hombre (Dosse, 2007, p. 113). En esta línea, Oviedo escribe enredado en las mallas de lo biográfico, “como si estuviera obsesionado con la idea de que la letra salva, y de que por la literatura se gana lo perdido” (Avalle Arce, 1978b, p. 135). Y su corpulenta *Historia*, hilvanada por más de tres décadas, acaba conformándose “obra de una vida, una autobiografía en el sentido más profundo de la palabra” (Bénat-Tachot, 2002, p. 224), atiborrándose de memorias, impresiones, prefiguraciones, confidencias, ensoñaciones ...; hilando con preciosa caligrafía la particularidad ovetense. Un *pathos* fuertemente entretejido para emocionar al lector, y una “objetiva” *Historia General y Natural de Las Indias* que, con sus respuntes, pliegues y retazos de subjetividades nos impele hacia el conocimiento de Gonzalo Fernández de Oviedo. Porque el autor aquí sí importa.

Definía Blake a Oviedo como “prolífico erudito y escritor, un hombre de pluma en todos los sentidos” (1975, p. 537). Además, este “Néstor de los cronistas de Indias” (Coello, 2006, p. 48) tuvo el magno privilegio de convivir “con los que descubrieron, los que conquistaron y los que colonizaron América” (Asensio, 1949, p. 569), escribiendo su elefantina *Historia* desde “la ribera” (Blake, 1975, p. 542) indiana.

Por consiguiente, el presente bloque se apega al hilo vital y cultural de nuestro Alcaide. La primera parte ase las hebras biográficas de sus escritos y viaja a sus orígenes modestos; recorre estancias palatinas castellanas e italianas; descansa en el pupitre de quien, a primeros de siglo, ejerce el oficio de secretario inquisitorial; y se embarca con él rumbo a Las Indias, en la expedición de Pedrarias Dávila. La intención es capturar una vida que “superó los setenta y nueve años, jalonados de once travesías transoceánicas, tres matrimonios, abundantes cargos y nombramientos” y “una incansable y activa labor como escritor” que lega un corpus zigzagueado de luces y sombras (Fabregat, 2003b, p. 95). Un retrato del hombre y del cronista que es autorretrato, en tanto son sus escritos los

que lo definen en toda su complejidad: “hombre de una personalidad fuerte y desbordante” (Salas, 1959, 114). La segunda desempolva la biblioteca personal de Oviedo, “una de las más importantes y significativas de su tiempo” (Turner, 1971, p. 197), en la que, entre otros insignes nombres nos saludan -en letras castellanas, toscanas y, también, latinas- los Homero, Isócrates, Séneca, San Isidoro, Diógenes Laertes, Ariosto, Dante, Petrarca, León Hebreo, Juan de Mena, Pedro de Mexía, Sannazaro, Ramusio y, por supuesto, a la cabecera, Plinio con su fundamental *Naturalis Historia*. Fisga, asimismo, entre sus contactos intelectuales y se detiene en el ingente corpus escrito (desde el fabuloso *Claribalte* (1519), al precioso *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526), pasando por las traducciones de la *Regla de la vida spiritual y secreta theologia* (1548) de Pietro di Lucca y de *El Corbacho* de Boccaccio, por el nutrido *Catálogo Real de Castilla*, el breve *Libro de la Cámara Real del príncipe Don Juan*, las voluminosas *Batallas y Quinquagenas* -conocidas como *Batallas*³⁰ -, hasta sus memoriosas *Quinquagenas de la nobleza de España* -publicadas en 1974 como *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*³¹ o ciertas relaciones o memoriales de carácter político) con el fin de confeccionar los distintos “ropajes” del escritor. El capítulo se atavía con una última pieza dedicada a la trayectoria editorial de la *Historia* y su mala estrella.

-* Y el trabajo de investigación culmina con un último bloque. **Este tercer capítulo**, nuclear, se cuela en el taller del historiador, para desentrañar sus *instrumenta*, los mecanismos narratológicos y el proceso de escritura de esta crónica. Esa unidad se aferra a la imagen de una *Historia* trenzada por la biografía, la historia y la literatura. Y se cimienta sobre la formalización teórica y, especialmente, en el análisis práctico de la narratividad de la crónica.

Cual cajón de sastre, en esta *Natural y General Historia* se disemina todo el “bagaje cultural”, literario y retórico ovetense (Coronado, 2022, p. 485). De hecho, son plurales los propósitos y las formas que adopta el discurso de Oviedo en las tres Partes de su crónica, que desafía tantas veces la preceptiva de la cronística medieval y camina, paulatina, hacia la gestación de la historiografía moderna. Y es que todo converge y se afianza en el concepto de “ars historiae” (Pineda, 2007, p. 97) y una necesidad: la de

³⁰ Las citas a esta obra vendrán con la abreviatura *BYQ*.

³¹ La citamos con la abreviatura *MGFO*.

“utilizar los recursos estéticos que proporcionaba la historiografía renacentista italiana”, explica Coello, “para moldear el material heterogéneo y desigual del Nuevo Mundo y uniformarlo estilísticamente, haciendo inteligible” (Coello, 2012, p. 143) lo novedoso. La *utilitas*, fin supremo de la historia, se engalana en el Renacimiento con un vestido atractivo, la elocuencia, y, por ende, con todo ese repertorio retórico -incluida la creatividad literaria del cronista- que posibilite la transmisión exitosa de la “verdad” americana y que cumpla con las expectativas de un lector que crece y se torna más exigente. En su intención, su crónica es historia, con altas pretensiones de objetividad, y la hace siguiendo los criterios historiográficos, retóricos y epistemológicos de la época; sin embargo, el resultado es literatura. Por consiguiente, esta investigación aprehende la crónica como artefacto histórico y literario, frente a la exigencia que asume nuestro cronista de darle a la historia lustre y amenidad, de seducirnos y conquistarnos con su *ars narrandi*.

Como ya se ha expuesto, Fernández de Oviedo hilvana la verdad histórica a lo visto y lo vivido, acreditando en esa urdimbre su autoridad. En su cargo de cronista real, su escritura implica pragmatismo y claridad y, aunque a él le pese, cierta exigencia también de estilo. Conocedor de sus fallas y de sus talentos, la pluma de Oviedo se aferra a la cita erudita y cargante para elevar su discurso, y salpimenta el monótono tostón discursivo con la anécdota, la maravilla e, incluso, la fábula. Que bien sabe el historiador que la credibilidad depende tanto de las “virtudes personales” (Mortara, 1991, p. 29) de quien escribe como de la adecuación, la naturalidad, la corrección expresiva de su palabra y la benevolencia. Y a ella parece que invoque, como el genio a sus Musas, cuando intercala con un estilo vital sus coloridas memorias y relatos, salpicados de dulzura, humor o ironía. Que si buscamos en los bolsillos de este tejedor, siempre tiene a punto una minuciosa descripción o un atrayente cuento que nos persuade de abandonar tamaña lectura. Así, por sus dotes relatoras, y porque se desvela en tratar de orientar al lector en su laberíntico cronicón, y le promete, y se disculpa, y se enfada, y, en definitiva, impregna de su ser la misma escritura, el lector prosigue.

Sin ser obra de ficción, la subjetividad permeabiliza toda esta crónica de Oviedo, embriagada por los delirios de contar de su autor, quien al solemne hilo dorado sacro-imperial -que debe sostener las hazañas de los caballeros españoles en Las Indias- le entreteje un arco iris de filamentos discursivos que si, al inicio, potencian ese esplendor,

van perdiendo el lustre página tras página. A las capas de lirismo, exaltación y épica se adhiere entonces la nostalgia, el discurso del fracaso, la tergiversación o el mutismo ovetense, para según que dato, pues “aquél tienen por sesudo que se prescía de callar” (Avalle Arce, *MGFO*, vol. I, 1974, p. 90), advierte el Oviedo más filósofo en su desbordante *Quincuagena* I, XV (*QNE*). Y así la *Historia* deviene una escritura fragmentaria que engarza a lo fáctico motivos literarios y bíblicos, y que ejemplifica con cuentecillos, refranes, y altas dosis de sermoneo, en un espacio en el que la tópica (la *dignitas hominis*, la *sapientia et fortitudo*, el *speculum principis*, o la *magistra vitae*, etc.) y cuestiones más estéticas (como la afectación de modestia, la declaración de la *causa scribendi* (Mortara, 1991, p. 98) o el debate sobre *antiguos y moderno*) hacen aflorar al Oviedo más “*ensayístico*”, el más reflexivo. Junto a la gruesa red de intertextualidades, la profusa veta introspectiva que el parlero Oviedo embasta a su crónica “literaturizan”, en gran medida, esta totalizadora *Historia*.

Es un hecho que “la literatura por la literatura, el arte por el arte, la novela moderna, en las letras hispanoamericanas, nace en el siglo XX” (Serna, 2000, p. 79). No obstante, el calado utópico-maravilloso de esta crónica -donde el deslumbramiento poético se enmaraña con lo trágico-, la miscelánea genérica, la innovación formal y la poderosa conciencia de autoría en Oviedo atestiguan **la dimensión creativa del autor. En ella nos detendremos**, para mostrar cómo se hace tangible en una escritura tan histórica como literaria, embriagada de emociones y subjetividades. Porque de estas viene bien empapado el tejido que sostiene la personalísima *Historia General y Natural de las Indias*.

1.1.4 Convenciones de abreviaturas, citas y criterios ortográficos

Con la pretensión de agilizar la lectura, y dada la considerable extensión de la mayoría de los títulos ovetenses, se ha procedido a abreviar el nombre de las obras de Fernández de Oviedo: *DC* para su novela *Claribalte*, *LCR* para el *Libro de Cámara*, *BYQ* para las *Batallas* y *Quinquagenas* –“*Batallas* a secas, o *Quinquagenas dialogales*, nombre alternativo usado por el mismo Oviedo” (Avalle-Arce, 1989, p. 9) – y *QNE* como designación de las *Quinquagenas de la nobleza de España* –“que él denominó exactamente *Las quinquagenas de los generosos e illustres e no menos famosos reyes, príncipes, duques*,

marqueses y condes e cavalleros e personas notables de España (Avalle-Arce, 1989, p. 9) –.

Esta nominación abreviada resulta provechosa especialmente en la citación de las dos últimas referidas (*Batallas y Quinquagenas/ Quinquagenas*), porque trunca la confusión³² que pudiese darse en la identificación de esas dos obras “casi homónimas” (Avalle-Arce, 1989, p. 8)-, por poco con nomenclatura idéntica. Así pues, al referir a las *Batallas*, *BYQ*, seguimos las ediciones de Pérez de Tudela³³ (1983, para el volumen I; 2000, para los volúmenes II y III, a partir de la transcripción de José Amador de los Ríos) y la de Avalle-Arce (1989, en un único volumen). Con respecto a las *Quinquagenas*, *QNE*, acudimos a la poda que de la obra manuscrita elabora Avalle Arce, a su *MGFO*, que se publica en dos volúmenes en 1974.

Empero, en lo concerniente al corpus historiográfico indiano de Oviedo se ha desestimado el empleo de abreviaturas. En tanto elementos nucleares -y, por tanto, de sustancial relevancia- se ha preferido otorgarles cierto realce a estas obras, manteniendo sus títulos, pero sintetizándolos a un solo vocablo. De esta forma, la gran crónica de don Gonzalo se cita como *Historia*, el *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias*

³² De por sí, Juan Bautista Avalle-Arce hace mención expresa a esta coincidencia nominativa, con sus pertinentes aclaraciones. El estudioso arroja luz con estas líneas aclaratorias, diferenciando las *Batallas* de las *Quinquagenas -Memorias*, para él:-

Lo primero en la representación del nuevo y desconocido autógrafo de las inmensas *Batallas y quinquagenas* es deslindarlas de otra obra casi homónima debida asimismo a la pluma de Oviedo, también conservada en autógrafo voluminosísimo. Me refiero a las *Quinquagenas de la nobleza de España*. Esta última obra se conserva en tres hermosos infolios autógrafos en la sección de manuscritos *Quinquagenas* de la Biblioteca Nacional de Madrid, signaturas 2217, 2218 y 2219. El primer tomo de estas *Quinquagenas* (o sea, BNM, ms. 2217) lo publicó en Madrid y en 1880 Vicente de La Fuente para la Real Academia de la Historia. Ese tomo único publicado está plagado de errores de lectura y de transcripción, y de las poquísimas notas que añadió La Fuente al texto mejor no hablar. Yo publiqué esas *Quinquagenas de la nobleza de España* con el título *Las memorias de González Fernández de Oviedo*, dos volúmenes, Chapel Hill, 1974. Justifiqué mi cambio de título porque yo creía, y creo, que una acertada definición de las *Quinquagenas* sería llamarlas las memorias de un gárrulo y memorioso anciano (...) Mantuve íntegras las memorias vitales de Oviedo, vale decir, todos aquellos aspectos de las *Quinquagenas* que se podían considerar respaldados por las vivencias del autor. El inmenso volumen se redujo a la mitad, y entonces me sentí obligado a darle nuevo título a la obra, que la designase en forma más directa, ilustrativa y concreta. Resultado final: *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*.

Como corresponde a la categoría de *Memorias* (...), insistiré en mi nuevo título para facilitar su discriminación en las *Batallas y quinquagenas* que hoy edito (...) (Avalle-Arce, 1989, p. 8).

³³ No solo es preciso distinguir en *BYQ* y *QNE*. En lo que pertinente a las *BYQ*, el esfuerzo se acentúa a la hora de vincular ediciones y publicaciones con la clasificación de las *Batallas*. De las cuatro *Batallas* que prometía redactar Oviedo, “cada una a una materia diferente” (Avalle-Arce, 1989, p. 10), Pérez de Tudela publica una parte de la *Batalla Primera* en 1983 y concluye esta *Batalla* diecisiete años después, en dos volúmenes en el 2000. Por su parte, “aunque con total independencia de iniciativa y labor” (Pérez de Tudela, 2000, p. 8), Avalle Arce se ocupa en su mayoría de la *Batalla Segunda*.

se simplifica a *Sumario* y el *Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo denunciando abusos de Pedrarias Dávila y sus Oficiales en la Gobernación de Castilla del Oro* se reduce a *Memorial*.

Respecto a los criterios ortográficos, se han aplicado mínimas variaciones gráficas. Se han actualizado las citas concernientes a la edición de 1851-1855, a las *BYQ* y al *Memorial*, pero se ha tratado de preservar de la manera más fidedigna posible el texto editado para la BAE. Recordemos que, en 1959, Pérez de Tudela asumía el desafío de revisar el texto ovetense que había publicado el siglo anterior Amador de los Ríos. En esa tamaña empresa, este historiador madrileño modificó en su momento la puntuación, dividió los pasajes más extensos, modernizó las grafías e introdujo apéndices³⁴ de suma valía para la comprensión lectora de la crónica. La *Historia*, que ya gozaba de por sí de un castellano a la llana y un estilo natural (accesible al lector actual), nos llega mucho más pulida, tras el ingente trabajo filológico de Juan Pérez de Tudela.

Conviene, en este punto, hacer una apreciación. En verdad, la naturalidad del lenguaje ovetense no comporta sencillez discursiva. En la *Historia*, el *logos* es claro y comprensible, fundamentado en la palabra fácil y el lenguaje cercano. Empero, el discurso se presenta abigarrado, con recovecos, apartes y digresiones que lo enrevesan y que complican especialmente su estructura formal. La incontenible verborrea del cronista y sus afanes por contarle absolutamente todo, por escribir una historia integral, salpimientan su escritura de barroquismo, acomodada siempre en la disparidad genérica y temática, y en la sobreabundancia. Ese abarrotamiento derivado de su afán acumulativo estresa sobremanera la lectura. Es cierto que, en algunas ocasiones, la *Historia* fluye, con relatos dinámicos, tramas simples y duraciones breves. Suelen estas secuencias regirse con verbos declarativos (*verba dicendi*), como *decir*, *contestar*, *afirmar*, *pensar*, y predominio de verbos predicativos, que fomentan la acción; historias en las que prontamente se llega al momento climático, con narraciones lineales que se sirven de un lenguaje directo y un estilo sencillo, de elipsis y también de conectores temporales (*por manera que*, *resumiendo*, *después*, *luego que...*) dirigidos a cohesionar y sintetizar al

³⁴ Respecto a estas adaptaciones, se pronunciaba así, en el primer volumen de la *Historia*, Pérez de Tudela: Reproducimos el texto que publicara José Amador de los Ríos, (...) si bien hemos modificado la puntuación en aquellos lugares que parecía conveniente hacerlo para mayor claridad o justeza expresiva del texto o para aligerar, dividiéndolos, los párrafos demasiado extensos. En cuanto a la ortografía, (...) hemos adoptado el uso moderno, aunque respetando aquellas formas que pueden significar una variante fonética (Pérez de Tudela, 1959, vol. 117, pp. CLXXIV- CLXXV).

máximo el texto. Mas, la estilística narrativa de Oviedo, que se presume llana y aligerada, se enraíza paradójica y esencialmente en el cúmulo, en el acopio desmedido y desordenado. Defendemos que el castellano “popular” de la *Historia* no diluye ni un ápice lo intrincado de su escritura. Prolifera un lenguaje sumamente expresivo, anclado en la narrativización de la experiencia, que gusta de la adjetivación y del discurso heterogéneo, con el aditamento de elementos complementarios que se yuxtaponen al principal. Un énfasis narrativo que se socorre del epíteto, de la sinestesia y del pleonasma en sus secuencias topográficas o en los múltiples retratos que pueblan la *Historia*; que se auxilia de la paráfrasis, de paralelismos, símiles y metáforas para hilvanar conceptos y relaciones; de la gradación, la concatenación o el polisíndeton para encadenar ideas; o del apóstrofe, la grandilocuencia, el humor y la ironía, como técnicas argumentativas de persuasión: todo un despliegue retórico para emocionar y convencer al lector. Siempre ahincado en último fin, Oviedo atiborra, asimismo, la crónica de constantes saltos temporales (analepsis, prolepsis, comienzos en *in media res*, finales truncos...) que requieren de pertinentes conectores para cohesionar e incentivar el interés por lectura tan desordenada (*antes desto, después de lo cual...*). A ello le sumamos la sobredosis de detallismo de la que adolece el texto y la complejidad estructural y discursiva: oraciones sumamente largas, series de enumeraciones, proliferación de elementos análogos o contrapuestos, reiteraciones y parlamentos prolongados. Esta narrativa demorada y complicada se proyecta también en el uso de construcciones de conexión muy dilatadas para resolver cuestiones de foricidad. Así, la narración se va hilvanando -y retardando la trama- con fórmulas cohesivas demasiado extensas (“*Prosiguiendo el propósito comenzado de nuestra historia...*”, “*Antes de que se diga lo que en este camino subcedió, después de lo que es dicho, quiero...*”, “*Dígase ahora lo que después se le siguió que fueron muchos trabajos...*”) que bien pudieran haberse solventado con deícticos o fórmulas más breves y agilizadoras. No obstante, este modo narrativo de Oviedo responde a sus ansias por esclarecer los conceptos, por refrescar continuamente la memoria y hacerle llegar al lector la materia de forma que se entienda. Sean ya secuencias narrativas, vocablos o simples signos ortográficos, todo en la *Historia* suma y contribuye a dotar de luz sus expresiones sobre el Nuevo Mundo. Y con todo ese arsenal escritural lo logra sobradamente.

Desde la Ecdótica, se postula la edición de los textos de la forma más fiel a los manuscritos originales. Consideramos, por ende, que más enmiendas al texto ovetense resultarían innecesarias, y contribuirían a alejarlo más del *usus scribendi* de Gonzalo

Fernández de Oviedo. De esta manera, esta preservación puede resultar otro estímulo más para el lector interesado en el conocimiento lingüístico de los escritores del siglo XVI y en el estudio etimológico de nuestra lengua castellana.

Por ello, se conservan ciertos posos latinos, como arcaísmos vocálicos (*línia, experiencia* ...) o consonánticos (*proprio*), y sus inestables vacilaciones (*obediencia/obidiente*). También, las metátesis, las duplicaciones consonánticas (ej. *rreligión, rrenglones, rretitud, ...*), las variaciones atestiguadas en las sibilantes y en sus grafías <s>, <ss>, <ç>, <c> y <z> (ej. *professaron, escupiesse, propóssito, ...*), las incertidumbres (*lesción, leción, lección*), y las contracciones, como la de preposición + pronombre (ej.: *dellos, entrellos, desta, estotros...*), que tanto abundan. Se mantienen, en estos casos, asimismo, las tildes (ej. *dél, quéste*).

Se registra en la prosa castellana de Oviedo la pervivencia aún del grupo consonántico latino <ct>, especialmente en cultismos (*auctor, delicto, fructa, Sanct...*), que no hemos alterado. Documentamos, de igual manera, la convivencia con la caída de ese dígrafo <ct>, en vocablos como *letor*.

La crónica muestra además las vacilaciones entre la <f-> y la <h->: a veces *fecho*, otras *hecho* (ej. “e *fizo hacer* un castillo cuadrado...”) ³⁵, así como incertidumbres frente a grafiar o no la <h-> (ej. en ese mismo verbo, se observa *ay, pero haziendo*; o *trahía, con <h>*, pero *ombres*, sin ella). Se documentan igualmente las confusiones en la representación gráfica entre la <y> y la <i> (ej. *oyr, yr, ysla, reynos, perjuyzio, Ytalia, Ysidoro...*). También el uso alterno e indistinto ³⁶ de los nexos *e/y* para coordinar las oraciones copulativas (ej. “Pareciósme tan grande novedad y tan varia leción, e tan apartado caso...”) ³⁷. Todas estas alternancias se reproducen según la fijación textual de Pérez de Tudela.

Es muy habitual, además, en la prosa ovetense el dígrafo <sc> o <ç> (*pareisce, nasción, nescesidad, creciendo, obedescieron...*), que se preserva. Se conservan igualmente las formas verbales arcaicas (“*le vido*”, “*turarían*”, “*vernéis*”, “*rompido*”,

³⁵ *Historia*, 117, Libro II, cap. VI, p. 26.

³⁶ En la actualidad, ante una palabra que se inicia con el sonido vocálico /i/ la conjunción copulativa y pasa a sustituirse por *e*. En la historia, ambas conjunciones aparecen sin norma aparente, asomando según el libre albedrío del autor.

³⁷ *Historia*, 117, Libro VI, cap. LI, p. 222.

“*amáredes*”) y las evoluciones contráctiles características del castellano renacentista (ej. *parésceme*, *desbaratáronlos*, *enriquecídose*...).

Lo mismo ocurre con el par consonántico <qu>, en palabras como *quanto*, *quarenta*, *quassi*, que transcribimos según el original.

Con todo, se ha modernizado la acentuación, suprimiendo las tildes de palabras que hoy ya no la tienen (ej. *fue*, *dé*, *dió*).

Otra de las pocas actualizaciones lingüísticas que hemos considerado oportunas deviene de la fusión -o desfonologización de algunos fonemas- y sus repercusiones gráficas. En este caso, hemos recalado en bilabial fricativa sonora - [β]- y su representación escrita. Durante la primera mitad del siglo XVI se evidencia la confusión entre la labial fricativa sonora /v/ y la bilabial sonora fricativa u oclusiva /b/. Este fenómeno, la indistinción entre los fonemas bilabiales, acarrea indeterminaciones en las grafías. El lector de la *Historia*, por ejemplo, se habitúa prontamente a la variación gráfica en *haver/haber* o en *vuelvan/buelvan*, o a la hegemonía de la para la /b/ = [β] en palabras como *cibdad*. Por otro lado, la herencia clásica lega también la indiferencia entre las letras <v> y <u> en su representación de la <v> latina (*avdiencia/audiencia*). La escritura ovetense registra frecuentes indecisiones en este caso concreto; se hace eco de esas alternancias entre la <v> y la <u>. Confusiones gráficas que sí se han solventado en estas páginas, dada su abundancia.

La RAE aconseja encarecidamente, asimismo, erradicar el ‘delito’ ortográfico de graficar la coma detrás del sujeto, cuando no corresponde. Siguiendo los criterios para la preservación ‘arqueológica’ del texto original, se ha considerado conveniente, por consiguiente, sustituir la denominada “coma asesina o criminal” -sita erróneamente entre sujeto y predicado- por *[sic]*, procediendo en nuestras páginas de este modo: ‘Las cosas grandes con estilo elegante *[sic]* es juguete de niños; poder explicarlas llana y claramente *[sic]* es oficio de varón sabio que entiende’. Así, señalaremos a partir de ahora con *[sic]* la eliminación de esa coma agramatical que, como se muestra a continuación, sí se mantuvo la edición de 1959: “Las cosas grandes con estilo elegante, es juguete de niños; poder explicarlas llana y claramente, es oficio de varón sabio que entiende” (*Historia*, vol. 121, Libro L, cap. XXIV, p. 379).

Finalmente, en el ámbito lexicográfico, se merita, en este trabajo, el férreo empeño de Fernández de Oviedo -que no debe minimizarse- por ‘nombrar’ adecuadamente todo lo concerniente al Nuevo Mundo. El utilitarismo, que determina el pulso de la cronística ovetense, y la “insaciable curiosidad” (Arrizabalaga, 2007, p. 324) mueven a don Gonzalo en el ingente escudriño, inventario y fijación de las lenguas indígenas. Al examinar, acaso sea superficialmente, el *Vocabulario de indigenismos* de Alvar Ezquerro (1977), se percibe la enorme aportación de Oviedo en estas lides. Como ya señaló en su día José María Enguita, “se documentan más de 380 indoamericanismos” (1980-1981, p. 204) en la *Historia*³⁸.

Por ello, estos vocablos amerindios se transcriben con rigurosa exactitud en nuestras páginas y siempre señalados en cursiva. Son curiosidades lingüísticas diseminadas por toda la crónica, que abundan más especialmente en los primeros quince Libros, más descriptivos y dedicados con mayor concreción a la naturaleza americana. Palabras que, en su singularidad, transmiten la idiosincrasia de la ‘maravillosa’ cultura amerindia, con expresiones tan dignas de mención como *cozumatle*³⁹, *beorí*⁴⁰, *hicotecas*⁴¹,

³⁸ Enguita, quien ha escudriñado con exhaustividad los indigenismos injertados en el *Sumario* y en la *Historia*, concluye que, en estas incorporaciones, “se descubre con facilidad el alcance provisional del tratadito escrito en 1526 frente al carácter más acabado del compendio impreso a partir de 1535” (1980-1981, p. 206). Más ducho en su labor, en la *Historia* tiene Oviedo una mayor conciencia de la importancia de insertar todos estos vocablos, por la mejor aprehensión y conocimiento del Nuevo Mundo. Para el estudioso, además, la *Historia* despunta porque:

Oviedo muestra notable interés por indicar la filiación de los indigenismos que emplea, circunstancia que los estudiosos valoran positivamente, pues gracias a su ayuda han podido ser despejados muchos problemas etimológicos (Enguita, 1980-1981, p. 208).

Y no solamente reside aquí el aporte del Oviedo-lingüista. Como indica Enguita en su libro fundamental *Para la historia de los americanismos léxico* (2004), la labor del cronista no solo consiste en la recolección de voces adquiridas por contacto directo, sino que se sirve de las relaciones y cartas que recibe, por la oficialidad de su cargo, para ir poblando el castellano de su *Historia* de insólitos americanismos.

Por consiguiente, a nuestro modo de ver, este volumen de Enguita (2004) resulta cabal para poder calibrar la contribución de Oviedo a la lengua española, desde su dimensión filológica. Y es que en esas páginas se torna nuclear el prendimiento del don Gonzalo preocupado por registrar toda realidad americana también a través de los neologismos. Tal y como reseña Gómez-Pablos, “la extensión y la riqueza” (2008, p. 204) de la *Historia* son tales que este investigador soriano, aunque repare en el Padre Acosta, en Góngora de Marmolejo o en Cristóbal de Molina, centra el grosso de su trabajo en el análisis de la obra de Oviedo. Desde el vocabulario arahuaco a las voces guaraníes o a la lengua de los nahuas; o, inclusive, al reparar en el léxico náutico o en los términos que Oviedo incorpora para abordar el tema del oro en las Indias, todo ese léxico ‘ovetense’ clama la atención del hispanista.

³⁹ Registra Oviedo la voz *cozumatle* para denominar a una especie americana de gato: “se llama un animal en lengua de Nicaragua y en la Nueva España, el cual es tamaño de un gato de los caseros de España” (*Historia*, vol. 118, Libro XII, cap. XXXIX, p. 55).

⁴⁰ El *beorí*, “que los cristianos llamas dantas” (*Historia*, vol. 118, Libro XI, cap. IX, p. 42).

⁴¹ Son “las *hicotecas* o menores tortugas, (...) la mayor dellas será de dos planos de luengo, (...) y cada día se venden por esas calles e plazas de esta cibdad de Sancto Domingo, e son sano manjar” (*Historia*, vol. 118, Libro XIII, cap. VIII, p. 63).

*aniguamar*⁴², *coyuco*⁴³, *quirnubataes*⁴⁴ o *irachas*⁴⁵. Un escruto lingüístico, el del historiador, que además no solo se detiene en el indigenismo y su correcta pronunciación, sino que va mucho más allá, procurando clarificar el contenido semántico que cada voz atesora, como cuando especifica que el vocablo *Apo* que emite Atabaliba “es nombre de los grandes señores” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. XIV, p. 82), o cuando su crónica rezuma efluvios de diccionario, con este tipo de entradas “enciclopédicas”:

Huracán, en lengua desta isla, quiere decir propriamente tormenta o tempestad muy excesiva; porque, en efeto, no es otra cosa sino grandísimo viento e grandísima y excesiva lluvia, todo junto, o cualquiera cosa destas dos por sí (*Historia*, 117, Libro VI, cap. III, p. 146).

La incorporación de esas tantas voces autóctonas singulares, junto a sus glosas aclarativas, representan unos de los mayores atractivos que aporta la *Historia*, en tanto centros de interés de etnógrafos, botánicos, biólogos, geógrafos, arqueólogos o historiadores. Y, por supuesto, es joya inapreciable para nosotros, los filólogos, y para el conocimiento etimológico de tantas palabras indígenas que, tras estos siglos de convivencia, ya han pasado a usarse habitualmente y a formar parte de nuestra proteica lengua española.

⁴² Especie de *batata*, que también llaman “*atibiuneix, guaraca, guarcaraica e guanagax*” (*Historia*, vol. 117, Libro VII, cap. IV, pp. 234-235).

⁴³ Refiere a un tipo de luciérnaga de la Isla Española, “que tiene los ojos resplandecientes como candelas, en tal manera, que por donde pasa volando, torna el aire vecino tan claro, como lo suele hacer la lumbre” (*Historia*, vol. 118, Libro XV, cap. VIII, pp. 84-85).

⁴⁴ Vocablo con el que los indios (*janaes timbús* y *janaes becuaes*) del río de la Plata, que llaman *Paranaguazú*, designan al “pescado que más comen” (*Historia*, vol. 118, Libro XXIII, cap. V, p. 360). En páginas anteriores, ha especificado Oviedo que *Paranaguazú* “quiere decir más grande, porque *paraná* quiere decir mar, e *guazú*, en la lengua de la gente de aquella tierra, quiere decir grande” (*Historia*, vol. 118, Libro XV, cap. III, p. 356).

⁴⁵ Voz de la lengua de Cueva para definir a las mujeres “que públicamente se dan a quien las quiere, (...) porque por decir mujer, dicen *ira*; e la que es de muchos o amancebada, dicenlas *iracha* (como vocablo *pluralitèr*, que se extiende a muchos)” (*Historia*, vol. 119, Libro XXIX, cap. XXVII, p. 320).

1.2 PRIMERAS PUNTADAS

1.2.1 GÉNESIS, DEFECTOS Y REPUNTES DE ORIGINALIDAD

“La *Historia general*, obra enormemente compleja que Oviedo escribió, reescribió, aumentó, revisó a lo largo de casi treinta años, desafía toda descripción simplona”
(R. L. Kagan, *Los cronistas y la Corona*)⁴⁶

Que la *Historia general y natural de Las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano* desalienta al investigador es una espinosa realidad que tuvo expreso deseo de plantear por escrito el reconocido americanista Juan Pérez de Tudela y Bueso en 1959, cuando se aventuró a editar en cinco tomos -con introducción, revisiones y notas-, en la BAE⁴⁷, dicha crónica íntegra. Como únicos precedentes, se contaba por entonces tan solo con una primera y pionera publicación española, la de Real Academia de la Historia, fechada entre 1851 y 1855, a cargo del ilustre don Amador de los Ríos; y con una segunda, más cercana en el tiempo, la de los 14 volúmenes que en 1945 editaba J. Natalicio González para la panameña Editorial Guaranía⁴⁸. Quedaba constatada, así, la poca fortuna editorial de la crónica ovetense, que había tenido que esperar tres siglos⁴⁹ para que la desempolvaren y la hicieran llegar de forma completa al común de los lectores.

Con la expectativa de haber cambiado esa dinámica adversa, y resultado de su exhaustivo y proteico acercamiento a los textos indianos de Fernández de Oviedo, extraía Pérez de Tudela dos poderosas certezas. Dos advertencias, a sopesar de antemano, para los interesados en la ópera cumbre del cronista madrileño, y de substancial utilidad para no dejarse vencer por el amilanamiento: una, que, considerándola en su totalidad, era la de Oviedo “un logro excepcional, por su grandeza” (Pérez de Tudela, 1959, p. CLXVII); y otra, que, lamentablemente, esta exigía “salvar un muro considerable: el volumen de la

⁴⁶ Richard L. Kagan (2010, p. 220).

⁴⁷ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*; edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, 5 vols., BAE, Madrid, Atlas, 1959. **Se citará el texto ovetense a partir de esta edición.**

⁴⁸ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, prólogo de J. Natalicio González, notas de José Amador de los Ríos, Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944-45.

⁴⁹ De las tres partes y los cincuenta Libros que conforman la *Historia* -sin tener en cuenta la posibilidad de que tuviera ya materiales de una cuarta- solo se publicaron en vida del autor los 19 Libros de la primera parte (Sevilla, 1535) y el Libro XX (sobre la aventura de Magallanes) de la segunda parte (Valladolid, 1557). En 1547, en Salamanca, salía una reimpresión de la primera parte.

propia *Historia general*, que es obra demasiado extensa para que se hayan contado muchos estudiosos capaces de acercarse a ella si no era como un centón propio solo de la consulta parcial” (Pérez de Tudela, 1959, p. CXL).

El halo de controversias ideológicas que ha acompañado – y juzgado- a la figura del escritor durante siglos, la ocasional⁵⁰ -y tantas veces desafortunada⁵¹- mención a su crónica en los manuales de Historia y los desorbitados precios que alcanza la obra son, todos ellos, férreos móviles que han “contribuido a obstaculizar su estudio.”⁵² Si bien en las últimas décadas cada vez han sido más los que se han detenido en escudriñar los entresijos de la frondosa cronística ovetense, la grandeza de la obra continúa demandando más voces críticas; y siguen siendo plurales los recovecos que aún quedan por explorar de esta multidisciplinar *Historia*, que se erige como una de las fuentes primarias más extensas, ambiciosas y autorizadas de la historiografía indiana.

Mas no es su magna extensión, ese ingente cúmulo informativo, el único estímulo para intrépidos y animosos estudiosos, interesados en tan variopintas particularidades y memorias de las colonias americanas. Un acicate mayor nos atrapa, cual tela de araña, a los renglones de su escritura. Me refiero a la habilidad narrativa de Oviedo para transmitir

⁵⁰ Pérez de Tudela argumentaba el grosor de la obra y el lascasianismo como dos losas que, inamovibles, han pesado en exceso en la recepción de la *Historia general y natural de las Indias*: “Motivos no han faltado, desde luego, que refuerzan la tendencia a quedarse, respecto a Oviedo, en la percepción de síntesis inmediata y de menor esfuerzo”, explicaba el americanista madrileño. “En primer lugar, su *Historia* (...) es demasiado voluminosa para que haya contado con numerosos estudiosos que la lean entera y atentamente” (1957, p. 430).

A todo ello, sumarle otro coadyuvante: “Y, por otra parte, ¿para qué complicar una noción que se presta a tan armonioso contrapunto como el de Oviedo-Las Casas, prestigiado por los crudos y resonantes latigazos prodigados al capitán por Fray Bartolomé en su crónica?” Para todas estas citas, véase Juan Pérez de Tudela y Bueso, “Rasgos del semblante espiritual de Fernández de Oviedo: la hidalguía caballeresca ante el Nuevo Mundo” (1957, p. 430).

⁵¹ En uno de los más extensos y acertados estudios sobre Oviedo y su obra, Gerbi se pronunciaba sobre la persistencia de la mala estrella de este cronista: “Para colmo de los males, en los últimos decenios la gloria de Oviedo ha venido ofuscándose, y los juicios sobre él se han hecho negativos y casi despectivos”. Véase Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, (1978, p. 156).

⁵² En los años setenta, Gerbi se quejaba de que “las primeras ediciones alcanzan precios que se cuentan entre los más altos de la antigua literatura americanista, y hasta la edición de la Academia de la Historia cuesta una suma bastante respetable” (1978, p. 157).

Poco han cambiado a 2021 los rumbos del mercado, cuando la edición de Pérez de Tudela, un tesoro de difícil adquisición, supera los 300 €.

el Nuevo Mundo desde lo originario, para escribir una nueva historia sobre una tela en blanco⁵³ y hacerla, como señalaba Michel de Certeau, inteligible⁵⁴.

Desde una consideración literaria, este rasgo resulta el más meritorio de los logros ovetenses, el de su caleidoscópico modo de representar de manera integradora y comprensible aquel Orbe Novo, y que cataliza no solo en la aprehensión de la noticia y su relato, sino también en la reflexión sobre su escritura, como puntualiza Kohut en este fragmento:

Fernández de Oviedo no escribió un tratado de historiografía, pero al intercalar sus reflexiones en el texto ha reunido, de modo paradigmático, la escritura de la historia con la reflexión sobre ella. El modelo teórico que se desprende de la metarreflexión del autor es tan híbrido como la crónica misma. Sin embargo, es precisamente esa hibridez la que constituye su grandeza, pues refleja las diversas exigencias -imposibles de conciliar- que le presentaba tanto la materia a trabajar como su oficio de cronista. *La Historia general y natural de las Indias* es, en su conjunto, la expresión de una filosofía de la historia (Kohut, 2005, p. 142).

Pues aunque Oviedo sostiene que es la verdad⁵⁵ de la historia, y no la causa formal, su mayor desvelo, sus reflexiones albergan evidentes preocupaciones sobre, por ejemplo, cómo clasificar materia tan variopinta –y entonces nos obsequia con la mezcolanza del Libro VI, denominado “De los depósitos”– o por el rigor estético⁵⁶ de su prosa, de manera que todo ello redunde en un mayor provecho para los lectores. No podemos obviar que en el siglo XVI la historia es un género con sus reglas y referencias, con unas

⁵³ Afirmaba Coello de la Rosa que “a lo largo de los siglos XVI y XVII, la historiografía indiana -sin duda el género literario más significativo de la historiografía española temprana- experimentó una notable expansión. Historiadores y/o cronistas de la época, como Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gómara o el mismo Fernández de Oviedo, produjeron una nueva historia en lo que Michel Certeau definió alegóricamente como escribir en una ‘página en blanco’, convirtiéndose en figuras clave de la nueva economía escriturística del Renacimiento español”. Véase Alexandre Coello de la Rosa, *Historia y ficción: La escritura de la ‘Historia general y natural de las Indias’ de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557)* (2012, p. 20).

⁵⁴ En *L’Ecriture de l’Histoire* (1975) Michel de Certeau “reflexionó sobre los condicionantes que influyen particularmente sobre los historiadores y sus producciones historiográficas: a saber, el lugar social de producción, los procedimientos de análisis y la construcción de un texto”. Véase el artículo de Tomás Elías Zeitler, “Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur”, en *Historiografías*, 9 (enero-junio, 2015), 65-80.

⁵⁵ Escribe Oviedo, “así las historias no son de presciar si con la verdad no son acompañadas. Esta no falta aquí: que fielmente escribo y en materia de calidad y cantidad en sí abundantísima, que sobrepuja al humano discurso de la vida” (*Historia*, 118, Libro XXII, proemio, p. 341).

⁵⁶ En el primer proemio de su copiosa *Historia* ya introduce el cronista su honda inquietud por sus carencias estilísticas: “porque aunque éstos que yo escribo no son de mucha industria o artificio ni de calidad que requieran prolija oración o ornamento de palabras”, lamenta Oviedo, “no han sido poco laboriosos, ni con la facilidad que otras materias se pueden allegar a componer escriptos” (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 10).

convenciones retóricas⁵⁷ y herramientas intelectuales establecidas. Y tampoco que Oviedo es historiador del Imperio y, como tal, quiere, y debe, escribir bien⁵⁸. Todo ello le concede al cronista ciertas hebras de autenticidad. Escudriñaremos, pues, los atributos ideológicos, científicos⁵⁹ y formales que determinan su escritura; desentrañaremos su unicidad como cronista de aquel maremágnum oculto, aquello que lo hace distintivo y que corrobora el carácter fundacional, inaugural e innovador de la polimórfica *Historia general y natural de Las Indias*.

Para la teorización formal de esta *Historia* se pasa, ineludiblemente, por la necesidad de acudir a investigaciones retóricas: aludir a las ideas que la originaron, al modo en que estas se disponen (la macro y la micro estructuración del texto) y a su *elocutio*, a los contornos del logos ovetense y sus formas de manifestarse. Palabras en tinta, y, por tanto, discurso “sosegado” que “presenta ya en su entramado mismo unos elementos recreados, precisamente, en un espacio teórico sin interlocutores presentes” (Lledó, 1985, p. 422). Escritos en soledad (ya en su peregrinaje indiano, ya en su fortaleza dominicana), a posteriori; y por tanto, meditados, tachados y reelaborados, como muestran sus originales manuscritos.

Ya Platón, por boca de Sócrates, señalaba en el *Fedro* las diferencias entre la palabra hablada y la escrita, posicionándose a favor de la espontánea oralidad de los diálogos. Según la filosofía platónica,

por esta misma ausencia de inmediatos oyentes, la obra escrita, y en ella su lenguaje, se modula *‘literariamente’*⁶⁰. Un lenguaje más rico, más recreado y elaborado, intenta sustituir todas las ausencias que provoca la desaparición del tiempo inmediato del diálogo, y la irreparable distorsión que comporta

⁵⁷ Es en la retórica donde se cobijan los procedimientos estéticos de la historia. Como señala González Echevarría, “se impone dar un paso atrás, anterior a la historia y la literatura, para analizar los cauces retóricos por los que empezó a deslizarse la gran narrativa de América” (1983, p. 17).

⁵⁸ Logra Oviedo sus propósitos, cuando incorpora la anécdota o cuando describe la naturaleza de Las Indias. “En su obra americana”, refiere Salas, “como observador atento de la naturaleza, que supo tratar con maestría, inigualable, su comportamiento es el de un verdadero naturalista, como los de entonces, veteados de poesía”. Alberto Salas, *Tres cronistas de Indias. Pedro Mártir de Anglería. Gonzalo Fernández de Oviedo. Fray Bartolomé de Las Casas*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 63.

⁵⁹ Recuerda Padgen desde qué posicionamiento se escribe la crónica ovetense, “que pretende crear una completa descripción del mundo bajo el dominio de la Corona de Castilla. Su intención era a la vez ideológica y científica”. Anthony Padgen, “Presentación”, *Naturaleza e Imperio. La representación del mundo natural en las Historia General y Natural de Las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Jesús María Carrillo Castillo, Madrid, Fundación Carolina/Ediciones Doce, 2004, p. 12.

⁶⁰ La cursiva es mía.

una palabra a la que nunca sabremos quién y desde dónde se le va a prestar oído (Lledó, 1985, p. 422).

Así pues, *Historia*, que no literatura, pero que leemos como texto literario, sustentado por un andamiaje que reconoce técnicas, formalismos, tropos y figuras de las antiguas Retórica y Poética (Literatura). La crónica de Oviedo, ya solo por su sólida orientación pragmática y persuasiva, se aviene a aproximaciones desde una metodología retórica, como “disciplina cuyo objeto de estudio posibilita acercamientos pragmáticos, estilísticos-literarios y lingüísticos al mismo tiempo” (López García, 1985, p. 603).

Por su miscelánea temática y su hibridez genérica, cabe señalar que en su estudio resultan obligados los enfoques plurales y cooperativos para propiciar un mejor conocimiento global de una *Historia* que se apellidó “general” y que se edificó con aspiraciones integrales. Desde el marco epistemológico, ese diálogo multidisciplinar y recíproco dota de coherencias a un texto que, en esencia, se le presenta al lector fragmentado y enmarañado, y que clama imperioso una mayor cohesión y sentido de unidad.

Por ende, la investigación sobre los mecanismos narratológicos empleados por Oviedo en su ciclópea crónica nos insta a estas miradas inter, multi y transdisciplinares, cuando fondo y forma se anudan inextricablemente; cuando la historia, la geografía, la etnografía, la política o la filosofía, por citar algunas, se auxilian de la pragmática, la semántica, la lingüística y todas aquellas disciplinas que atienden al lenguaje escrito y a sus modos -entonces, las artes retóricas- para materializarse. Son estas últimas las que confieren energías al discurso, las que granjean simpatías y convencen, las que embellecen y deleitan y, especialmente, las que posibilitan la transmisión de saberes.

Desde este caleidoscópico prisma, la *Historia general y natural de las Indias* se presenta compleja en sus materias y sus representaciones escritas. Controversial⁶¹, propagandística -fagocitada por el eurocentrismo y el inicial sobrepujamiento retórico de

⁶¹ El feroz vituperio que construye Las Casas contra nuestro cronista contribuye a la difusión que durante siglos se ha difundido del Oviedo ‘enemigo de los indios’. El fraile tilda de vergonzosa la escritura de Oviedo y de criminales las “mentiras falsamente escritas contra aquella gente tan sincera y modesta” que “convierten a su autor en una persona infame” (Bolaños, 1991, p. 606).

las hazañas de los españoles en las Indias- y oportunista⁶²; parcializada en el retrato que Oviedo construye de sí mismo y subjetiva “en la cuidadosa selección y matización de los hechos que quiere mostrarnos”⁶³ (Bolaños, 1990a, p. 589); tantas veces crédula o ingeniosa ante sus fuentes, aceptando, por ejemplo, la existencia de las temibles amazonas en su Libro de naufragios⁶⁴; desbordante en una materia que no discierne entre lo nimio, lo redundante y lo relevante, “víctima de invenciones enteramente pueriles (...), lo que demuestra su falta de sentido crítico” (Fueter, 1953, p. 327); “inflada en sus prólogos” (Salas, 1959, p. 297), caótica en su vertebración y desordenada en la cronología; aun de anquilosadas esencias medievalistas -apegada a creencias y férrea continuadora de la tradición historiográfica castellana-; y, asimismo, contradictoria -o al menos, fluctuante- en las exaltaciones de su discurso, mostrándose esplendorosa en sus inicios, y mudando a *historia* lúgubre, utópica y *literaria*⁶⁵, como lo constata su Libro L:

El primer cronista oficial de las Indias entra así en una implícita (o alegórica) denuncia de la calidad de la sociedad que explícitamente defiende en otros contextos. (...) El paso del discurso de Oviedo a estos límites utópicos explica sus grandes similitudes con *Utopía*⁶⁶ de Moro (...), quiso

⁶² Para Coello, “el énfasis en los aspectos negativos y brutales de la intervención española oscurece la coherencia de su obra”. Para el historiador barcelonés, esta crónica es “un texto contradictorio y conflictivo, reflejo del oportunismo político del autor”; una *Historia* también moral, pues su “objetivo no era otro sino el de defender los intereses de un proyecto imperial en el que el cronista creía firmemente”. Véase Alexandre Coello, “¿Indios buenos?, ¿Indios malos?, ¿Buenos cristianos?, la cara oscura de las Indias en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés”, *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 5 (2001), 79-104.

⁶³ El discurso ovetense adolece de cierta egolatría. Como argumenta Bolaños, cualquier dato le es útil a Oviedo “para la edificación de su imagen positiva” (Bolaños, 1991, p. 588).

⁶⁴ Cautó en Libros anteriores (VI, cap. XXXIII; X, cap. X; XXXIII, cap. XXXVI; XXXIV, cap. VIII; XLIX, cap. IV), Oviedo verifica, como testigo, la existencia de las amazonas, que “digo para mi descargo que yo hablo lo que vi. E lo que pudimos entender e se tuvo por cierto, es que aquestas mujeres que allí peleaban, como amazonas, son (...) aquestas que vimos (...)” (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXIV, p. 392).

⁶⁵ Ambas cursivas son mías, para subrayar que siendo *historia* se sumerge en lo *literario*.

⁶⁶ “Utopía” (‘Utopiae’) es el nombre inventado por Tomás Moro (1478- 1535) para esa isla ficticia e ideal de su libro, en la que los personajes dialogan a propósito de la república deseada. La obra, que se publicó en 1516, se enraza en cuestiones morales, económicas y políticas, con una férrea crítica a los desórdenes de la sociedad europea del siglo XVI. En su Libro I, y bebiendo del pensamiento platónico, Moro considera que para salvar la república son precisas algunas medidas: la supresión de la propiedad privada, en aras de una justicia distributiva; una penalización a los ambiciosos o a los poderosos corruptos; otorgar cargos a hombres competentes para el oficio, y no porque sean ricos. En definitiva, que se vele por el bien público y no solo por el personal.

Es en este talante moralista y de aspiraciones reformadoras que hallamos la influencia de Moro en la cronística de Oviedo. La *Historia* se torna intransigente con los codiciosos que se mueven en beneficio propio, en detrimento del bien del Imperio. El cronista construye su utopía de sociedad, que ejemplariza en la crónica con su discurso sobre la idealizada Santa María la Antigua del Darién. Asimismo, el tono panegírico de Oviedo respecto a la empresa universalista imperialista comparte sintonías con la defensa de la utopía colectivista que se eleva en la obra de Moro.

No obstante, Gerbi interpreta un viraje en la postura utopista de Oviedo por cerrar la *Historia* con los relatos de los naufragios. Según el estudioso, esas narraciones “eran una forma literaria bastante común ya en esos tiempos” (1978, p. 300) con las que se abrían muchas obras utópicas; pero en “la decisión de colocar los

finalizar su *HGNI* con el tono lúgubre y aterrador dedicado a la pérdida de barcos y de almas en mares embravecidos. (...) Este tono lúgubre está en franco contraste con la luminosidad y el optimismo de las relaciones históricas de los primeros libros de esta obra. (...) A la altura del libr. 47, cap. 5, Oviedo condena a todos los conquistadores de Indias comparándolos con ‘gentiles’ (...) por sus desordenadas ‘cobdicias’ (...). Para Oviedo la empresa americana constituyó un fracaso, que incluyó hasta los mismos aborígenes pues en ellos encontró “delictos e sucias e bestiales culpas” (...). El relato de Zuazo (...), siendo una narración histórica, se adentra en los pliegues del discurso literario⁶⁷ a través de la utilización sistemática de estrategias literarias con el propósito de producir un efecto duradero y transformador en el lector (...), como un discurso de oposición y de crítica de la sociedad hispana colonial (...). Se trata de un sueño bien intencionado de un humanista del siglo XVI que a través de su visión de América expresó su profunda insatisfacción con la sociedad europea (...). La utopía de Oviedo (Bolaños, 1992, pp. 108-124).

Estas perspectivas engloban sucintamente gran parte de las críticas desfavorables a la *Historia*. En contrapartida, durante años se ha acentuado la sofisticación de sus sensoriales descripciones sobre la naturaleza indiana (Álvarez⁶⁸, 1957; Esteve⁶⁹, 1964; Gerbi⁷⁰, 1978; Laín⁷¹, 1979; Carrillo⁷², 2004; Pardo Tomás⁷³, 2002; Coronado⁷⁴, 2022) o

nafragios al final de su escrito, y no al principio, como los utopistas” subyace “el realismo” (1978, p. 301) de Fernández de Oviedo,

Para todas estas concomitancias, se ha consultado la edición conmemorativa 1516-2016 de *Utopía* publicada por el Fondo de Cultura Económica en 2016.

⁶⁷ La cursiva es mía.

⁶⁸ El artículo de Álvarez se erige como panegírico del Oviedo naturalista, porque su obra es “un verdadero *corpus* de Historia Natural” de un mundo nuevo, cuyo mérito radica en haberse gestado “por camino virgen y senda apenas hollada por nadie” (Álvarez, 1957, pp. 586-587).

⁶⁹ Cita Esteve que como naturalista Oviedo “demuestra un talento muy superior al de su siglo” (p. 71).

⁷⁰ Para Antonello Gerbi, “Oviedo es, por varias razones, el mejor de los historiadores de la naturaleza americana”. Considera, además, que “para entender mejor su originalidad” es preciso atender a “cuál fue el punto de vista intelectual” desde el que describió e interpretó “la realidad física del Nuevo Mundo” (Gerbi, 1978, p. 24).

⁷¹ Asevera Laín que “Fernández de Oviedo admira, respeta y en gran parte sigue el saber antiguo; mas (...) quiere asimismo servir a tres básicos imperativos intelectuales, la experiencia, la verdad y la precisión”, y añade que “sólo así se entenderá cabalmente lo mucho que de «natural» tiene su *Historia*” (1979, p. 31).

⁷² “Oviedo iba a desarrollar una muy original propuesta de comprensión e intervención de lo natural”, afirma Carrillo, “que se desmarca y polemiza tanto con las economías de identificación de los primeros descriptores de América- Pietro Martire- como con las posiciones académicas contemporáneas”. Una concepción “a la vez ecosistémica y referida a la experiencia de lo natural” que “casi tres siglos más tarde, Alexandre von Humboldt encontrará tan encomiable en Oviedo” (Carrillo Castillo, 2004, p. 145).

⁷³ En su conocido estudio sobre *El tesoro natural de las Indias*, Pardo Tomás asevera que “el afán más constante en la escritura de Oviedo va dirigido a la precisión descriptiva y a mantener la credibilidad de lo que afirma” (2002, p. 60). Destaca el carácter “precursor” de su obra (p. 70) e incide en la relevancia que adquiere en Oviedo la transmisión de información tras la experiencia de los sentidos: “por lo que respecta a las plantas, dejaba siempre muy claro si había probado o no los alimentos o los remedios medicinales que describía” (Pardo Tomás, 2002, p. 62).

⁷⁴ Sostiene Coronado que en la descripción del Nuevo Mundo “el cronista empleó categorías culturales (sensoriales) de su época y aquellas adquiridas por la lectura de los escritores clásicos” y considera que los sentidos fueron las herramientas empíricas e inductivas en el método de producción de conocimiento por parte de Fernández de Oviedo” (2022, p. 483).

la capacidad de Oviedo de amalgamar lo científico, lo histórico y lo artístico, -cimientos, por cierto, de la novela moderna-. Ha subrayado, asimismo, la crítica, como característicos rasgos ovetenses, las insistentes apelaciones del escritor a la experiencia, en aras de enfatizar la verdad del relato, las múltiples estrategias metatextuales, o esa prosa castellana de Oviedo, conversacional y popular; singularidades que dotan al discurso del historiador de nuevas texturas y que le confieren, aún hoy, a esta crónica, vigencia, trazas de contemporaneidad.

Y es que con la salvedad de las anacronías de ese castellano del siglo XVI, da la sensación de que Oviedo escribiera para nuestros días, para el hombre de todos los tiempos⁷⁵. Su texto fluye, se repite y se explica por sí solo, con esa forma capitular, condensados proemios, abundantes llamadas de atención al lector y develadores razonamientos finales, que desnudan la intencionalidad del autor. ¿Orden dentro del desorden? Sí, en verdad, detectamos cierto método frente a ese aparente caos, que se aposenta en la *Historia*. Y, asimismo, una tendencia obsesiva hacia la acumulación de testimonios, aunque ello le suponga el sacrificio de la disposición y del estilo⁷⁶.

Y como sabe Oviedo de esos excesos, pide excusas⁷⁷ y lo equilibra con la palabra sencilla, vehiculando en “lenguaje vulgar”⁷⁸, para el presente y el futuro, la verdad sobre la que dice cimentar su *Historia*:

Así que, no es la lengua, en que estos tractados míos están, griega ni extranjera ni de las menos loables, sino la que yo sé e me es natural e la principal e mejor de las vulgares, e bastante para decirse en ella todas las virtuosas e altas materias que en otras se pueden explicar, sin defecto alguno;

⁷⁵ Para Oviedo la historia es *doccere, magistræ vitæ*; de ella se aprende. “Decía (...) Tucídides que la historia es un tesoro que nunca le deberíamos quitar de la mano por ayudarnos della”; por ende, incide en una lectura reflexiva de la historia, “por la semejanza que los hechos pasados e sus acontecimientos han e son conformes a los que tractamos e cuasi semejantes las causas; e tanto es más verdadero tesoro quanto de más varias cosas avisa (...)” (*Historia*, 120, Libro XXX, cap. LIV, p. 257).

⁷⁶ “Some historians claiming a humanist understanding of their task, like Gonzalo Fernández de Oviedo or Francesco Sansovino, let the primary narratives speak for themselves to a remarkable extent, sacrificing order and style to authenticity”. En Joan Pau Rubies, “Travel writing and Humanistic culture: A blunted impact?”, en *Journal of Early Modern History*, 10 (1-2), (2006), 141.

⁷⁷ Escribe Oviedo que lo mueve la verdad, que “por su respeto me comporte e sufra el lector con paciencia las faltas del estilo con que procedo”. La *captatio benevolentiae* se despliega entonces pertinentemente, para obtener la buena disposición del lector: “y alcance yo, por cortesía de su comedimiento, aqueste don, para que me quede sospecha que a él soy grato y apacible, y desculpado con los que en esta facultad historial quisieren reprehender lo que hasta aquí he escripto” (*Historia*, 118, Libro XXII, proemio, p. 341).

⁷⁸ Subrayaba Ernesto J. Castellero que “su extensa *Historia* y sus otros trabajos fueron redactados en un sencillo y vulgar lenguaje que el autor adoptó para que el comprendieran mejor sus contemporáneos españoles, según su propia manifestación” (Castillero, 1957, pp. 538-539).

e tan próxima a la latina, que oso afirmar que ningún latino dejará de la saber o entender en poco tiempo, e por consiguiente el castellano será antes latino que ninguno otro de otra nasción. (...) e como **soldado a la llana** digo en la materia lo que he **visto y entendido** en treinta años de experiencia e curso que ha que pasé a estas Indias e las veo, bien sé que así como mis tractados lleguen a Italia, Alemania e Turquía, e **pasen por diversas gentes** (...) serán traducidas y **escritas en diversas lenguas**; pero todas las veces que los intérpretes o trasladadores se quisieren apartar o desviar, por descuido, de lo que digo, texto e afirmo, han de ocurrir a estos originales en la verdadera *Historia* (...) ¿Parésceos, amigos míos (...) que fuera justo que una historia tan alta e nunca vista, e tan deseada e cierta, e tan famosa e grande, e tan maravillosa e auténtica, como la que tengo entre manos, e por mandado del Emperador nuestro señor, como su cronista e historiógrafo de estas partes escribo, fuera justo redactarla **en sermón extraño?** (...) **Ande la verdad sobre todo**; e dígala e óbrela cada uno como mejor supiere y entendiere, que es más a lo cierto e conforme al servicio de Dios; al cual yo doy infinitas gracias por la misericordia que conmigo ha usado, pues **sin elegancia ni circunloquios ni afeites ni ornamento de retórica**, sino llanamente, ha dejado llegar a tal estado esta *General e Natural Historia de Indias*, conforme a verdad (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXX, pp. 416-417).

Y así, se repara prontamente en “su estilo de conversador” (Salas, 1959, p. 137), espontáneo, pero también en su escritura abigarrada que dimana de su “incontinencia verbal” (Avalle, 1978b, p. 129) y con la que el febril escritor apresa el “grandioso cielo histórico de descubrimiento, conquista y colonización” (Avalle, 1978b, p. 120). Se advierte, también, cómo Oviedo ve, palpa⁷⁹, saborea y olfatea vívidamente, indagando la insólita realidad indiana. Y lo hace sin precedentes, con sus innatas dotes de observador⁸⁰ y la preocupación autopsica de ese hombre renacentista que se reivindica como autor⁸¹. O se percibe, asimismo, que “en no pocas ocasiones su pluma se desliza hacia ese mundo, impreciso y ambiguo, entre la historia y la ficción” (Arrom, 1983, p.

⁷⁹ Existe un interés muy particular de Gonzalo Fernández de Oviedo por lo alimenticio. Pragmático, observa lo nutritivo indiano desde un punto utilitario.

⁸⁰ Esa verborrea de la que adolece Oviedo, considerada una falla discursiva en el oficio de novelista, resulta capital cuando deviene cronista de un Orbe nuevo. A colación, se pronunciaba así Avalle Arce: “adolecía de dos defectos capitales para el oficio: la verborrea y lo explícito. Pero los defectos se volvieron virtudes cuando Oviedo descubrió su verdadera vocación, de observador universal de su tiempo y sus circunstancias” (Avalle Arce, 1978a, p. 101).

⁸¹ Refiriendo Hartog a los “padres de la Historia”, a Herodoto y Tucídides, concluye que: “desde sus primeras palabras Herodoto marca, reivindica el incipiente relato al inscribir en él un nombre propio, el suyo (...). Se asume así como el autor de su *logos* (...)”. Considera el autor que “se asiste a un ascenso del egotismo: clara voluntad de firmar y de reivindicar la calidad del autor (...), el historiador recurre a la vista y el oído: ve y oye, se informa, recaba diferentes versiones y las relata”. Y “al centrar su método en la autopsia (el hecho de ver por sí mismo), la suya propia y la de los demás, Tucídides no rompe con la tradición (...) sino que la reformula (...)”. Como Tucídides, este es el concepto de autoridad que asume Oviedo, con “la autopsia en el centro de su epistemología”. Véase François Hartog (2008, pp. 15-32).

114), hilando la anécdota vista con la de oídas, y confrontando lo autobiográfico⁸² a la fabulación, cual novelas históricas de William Ospina⁸³ o Pedro Ángel Plasencia⁸⁴.

Desde esa frontera entre lo posible y lo “increíble”, entre lo testimonial y lo ficcional, narra, por ejemplo, Oviedo con sumo detalle⁸⁵ el curioso y espeluznante relato del degüello del cacique don Carlos, cuyo desarrollo alcanza verdaderos tintes de cuento de terror, rociando, de este modo, los intersticios de su *Historia* de literatura:

Estando yo en la provincia de Nicaragua el año de mil e quinientos e veinte y nueve años, se siguió que un martes, dos días de hebrero de aquel año (...) un religioso de la Orden de Sancto Domingo, llamado frey Diego de Loaysa, baptizó a un cacique (...). E pusiéronle de nombre a este cacique Carlos; e asimismo se baptizaron muchos niños y algunos viejos de aquella plaza de Ayatega, que son de la lengua de Nicaragua. Este cacique, algund tiempo antes tuvo guerra con otros indios de la lengua de los chondales, e en cierta batalla o recuento lo desbarataron sus enemigos e le degollaron e dejaron por muerto; lo cual se le parecía bien en *la garganta rompida, e parecía que estaba con muchas costuras e señales de la degolladura, por la cual él decía que se le salía lo que comía*⁸⁶. E parece ser que, aunque le cortaron la orgánica e otras interiores partes de la garganta, e le dejaron sus enemigos por muerto, sus indios recobraron su cuerpo (...), e lo llevaron, herido como es dicho, e sin le coser cosa alguna, le llevaron cuasi muerto a la dicha plaza; e quitada la corteza en un pie e tronco de un ciruelo dístos, rascaron aquello que, entre la flor o tez de la corteza e el árbol, hay, no tocando en la madera (...), e de aquellas raspaduras le echaron en la herida, e con aquello soldó e sanó. E decía él que había pasado algo más de tres años que había pasado lo que es dicho. *Yo le vi e hablé, e estuve*⁸⁷ a su baptismo, e comí aquel día en aquella plaza con aquel reverendo padre. E el cacique que he dicho, se baptizó de su grado (...), e allí se contó e tractó lo que tengo dicho, e así lo decía el mismo cacique e otros de sus indios que lo vieron.

⁸² Como relator, injerta sabrosos detalles vitales, anécdotas y memorias en sus escritos, desdibujando las fronteras entre lo histórico y lo biográfico. “La naturaleza personal, vital diríamos, de la obra de Oviedo constantemente referida a la propia experiencia, a las palabras de “yo lo conocí”, “yo vi”, “probé”, “gusté”, “olí”, “lo sufrí” hacen extrañamente confusa la delimitación de la materia histórica y la biográfica.

⁸³ William Ospina, *El país de la Canela*, Mondadori, 2012.

⁸⁴ Pedro Ángel Plasencia construye su novela *El cocinero de Indias* en torno a la figura de Mateo Alegre, un joven cocinero mulato al servicio de Gonzalo Fernández de Oviedo. Con ellos y con la expedición de Pedrarias Dávila se embarca el lector hacia el Nuevo Mundo y padece las vicisitudes de este criado, que llegado a su ancianidad, adolecerá del mismo mal que su antiguo amo: la imperiosa necesidad de fijar sus memorias indianas por escrito. Pedro Ángel Plasencia, *El cocinero de Indias*, Colección Maestros de la Novela Histórica, Ediciones Lacre, 2017.

⁸⁵ Nótese cómo el dato testimonial le confiere al relato veracidad, pese a tratarse de una curación poco creíble. Para hacerlo más fidedigno, Oviedo sitúa con detalle al personaje en tiempo y espacio, describe minuciosamente la escena del degüello y, finalmente, se erige como testigo de vista, certificando que él se espantó al verle las cicatrices en la garganta.

⁸⁶ Nótese la significativa crudeza de esta frase, elemento nuclear de la secuencia descriptiva. La cursiva es mía.

⁸⁷ Recurre aquí el narrador al tópico del “testigo de vista” para validar su relato.

(...). Por cierto, oído el caso, *era cosa para espantar*⁸⁸ verle al cacique la garganta e los hoyos o burujones que tenía por donde le había degollado, como él e otros de sus indios principales lo contaban (*Historia*, 117, Libro VIII, cap. XXI, p. 261).

O rompe la tediosa monotonía de cartas, memoriales y relaciones -que, por su oficial cargo, va recibiendo e incorporando- con la inserción de insólitos casos, como ese de los puercos “monteros” y su correspondiente moralina, que rezuma el aroma de los tradicionales bestiarios medievales⁸⁹. Cuidada en detalles es esta anécdota que, a modo de *exemplum*, pretende ser didáctica, aleccionadora, pero que, leída hoy y en profundidad, tiene su intrínquilis, en tanto que subvierte las conductas del hombre natural (el indio) y esos porcinos:

E traía este indio en su compañía una puerca o dos puercos mansos a él, e con aquella compañía hacía su vida e comía e dormía con ellos, e había doce años, o más, que andaba alzado, e era ladino, e hablaba nuestra lengua castellana muy bien⁹⁰. E como acaso este capitán e su gente dieron con este indio e su porcesca compañía, los cristianos mataron luego aquellos dos puercos o puercas, en un instante, sin saber su propiedad (...) por poder reparar su hambre, que había día que no habían comido carne. Cuya muerte mucho pesar e dolor para aquel indio (...): "Esos puercos me daban a mi la vida e me mantenían e yo a ellos; eran mis amigos e mi buena compañía; el uno se llamaba tal nombre, e le otro se decía el tal, e la puerca se llamaba la tal (como él los tenía nombrados)"⁹¹. El un puerco decía que era muy gran ventor, e el otro era más recio e más pesado, de presa, e muy denodado; de forma que el uno hacía el oficio de sabueso, e el otro de lebrél, e la puerca era consorte e coadjutor de los dos cuando era el tiempo que convenía ayudarlos. E así como era de día, este indio salía de su rancho e decía a sus compañeros los puercos⁹²: "Ea, amigos, vamos a buscar de comer"⁹³. E así lo hacían; e el ventor tomaba la delantera (...) e seguíanle el otro puerco e la puerca, e tras ellos iba el indio (...) e comenzaban su batalla, mordiéndose; (...) e como llegaba el indio con sus varas, daba favor a sus compañeros, e con ellas le hería (...) e le mataban presto. El cual muerto, le abría el indio e daba las interioras a sus compañeros (...), e asaba lo que (...) él comía; e lo restante del defunto animal, hecho pedazos, lo cargaba sobre los dos puercos e puerca

⁸⁸ Oviedo dota la secuencia de un conveniente *pathos*. Ha combinado los elementos descriptivos de modo que el lector se horrorice ante la escena descrita; más, por si es menester, incluye su propia lectura de los acontecimientos: “era cosa de espantar”.

⁸⁹ Urdapilleta ha analizado el influjo de los bestiarios medievales en la crónica de Indias, con la conclusión de que fue leve, pero rastreable. Respecto a nuestro historiador, Urdapilleta afirmaba que “muy atento al provecho que podía extraerse de los animales, Oviedo no descuidó la amplificación retórica, ni la especulación fabuladora ni el gusto por la anécdota” (Urdapilleta, 2014, pp. 237-270).

⁹⁰ Recalemos en la etopeya del indio, al que dibuja rebelde y astuto. También lo distingue con esa alusión al perfecto dominio “nuestra lengua castellana”, en tanto considera el autor que lo propio español es superior a lo indígena.

⁹¹ Nótese el empleo del discurso directo, que registra con fidelidad las palabras del indio.

⁹² Ante semejante descripción, estamos atendiendo a una humanización de esos animales. Además, como “compañeros”, el indio los considera semejantes.

⁹³ Se reproduce un lenguaje coloquial, que dota de realismo al personaje.

(...). E (...) lo comían poco a poco (...). E las noches, el dicho indio se acostaba entre aquella bestial compañía (...). E, luego, otro día, si no tenían carne, o no hallavan *hovos*, o no era tiempo de tal fructa, el indio sabía hallar ciertas raíces, con que daba de comer a aquella su compañía (...) (*Historia*, 117, Libro VI, cap. LI, p. 221).

Asimismo, los fundamentos morales del historiador se conjugan con las virtudes discursivas. En sus *Institutiones oratoriae*, Quintiliano defendía la necesidad de la bondad como rasgo inherente del buen orador -*como un vir bonus dicendi peritus*- (Martín, 2020, p. 34). Como *Historia* al “servicio de la edificación moral del lector” (Bolaños, 1991, p. 589), este relato concluye con su pertinente interpretación, a la que no podemos negarle su trasunto literario:

Parescióme tan grande novedad y tan varia la lesión, e tan apartado caso de quanto está dicho, ni visto, ni escrito (...). Ved (...), seyendo los puercos para ser monteados, se convirtieron, con la costumbre, en ser monteros e hacer el oficio que no les competía, e el indio, *siendo animal racional e humano hombre*⁹⁴, se convertía en puerco, o hacía su vida bestial, de la forma que es dicho. Así que, esto procedía de la larga consuetud que aquel indio había ejercitado enseñando aquellas bestias en tal montería, pegándoseles una entrañable amistad al oficio, juntamente con la necesidad de ser alimentados; (...) Y el indio, apartándose de la excelencia de la razón y, sin tener cuenta ni respeto ni temor a su Dios, huyendo de los hombres, se contentaba de venir con bestias y ser bestial (*Historia*, 117, Libro VI, cap. LI, p. 222).

Se ha señalado que la historiografía **literaria** hispanoamericana eclosiona con las crónicas de Indias. A partir de los setenta, Hayden White⁹⁵, Walter Mignolo⁹⁶, González

⁹⁴ La naturaleza racional del hombre indígena pasará a ser núcleo del debate de la Controversia de Valladolid. Las Casas arremeterá contra Fernández de Oviedo por alegar que los indios no son seres racionales y que no tienen humanidad, porque el cronista los equipara a las bestias. Sin embargo, estas líneas de la *Historia* desvelan que Oviedo los distingue de los animales, que no les niega a los indios su condición humana ni su capacidad para razonar. Es anclado en dimensión teológica-moral que Oviedo sitúa en una escala inferior al natural, por haber olvidado a Dios y resistirse a ser bautizado.

⁹⁵ Sobre Hayden White consúltense *El contenido de la forma. Narrativa y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992; *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, introducción de Verónica Tozzi, Barcelona, Ediciones Paidós/ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2003; *Metahistoria*, Fondo de Cultura Económica, 2010.

⁹⁶ Véase de Mignolo “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”, en *MLN*, 96 (1981), 358-402; “El lado oscuro del Renacimiento”, *Universitas humanística*, 67, (enero-junio 2009), 165-203; y “Texto y contexto discursivo: el problema de las crónicas indianas”, en *Texto y contexto en la Literatura Iberoamericana. Memoria del XIX Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana*, Madrid, 1980, pp. 223-233.

Echevarría⁹⁷, Enrique Pupo-Walker⁹⁸ o Karl Kohut⁹⁹, entre otros¹⁰⁰, analizaban las maneras en que se construyó el discurso historiográfico indiano, las formas narrativas y estilísticas de esas crónicas, en su dimensión más literaria. Cuestiones estéticas que en los tiempos de Oviedo se vinculaban a la elocuencia y a la poética, que eran materias retóricas¹⁰¹, y que, por consiguiente, y como ya mencionamos, no pueden dejar de otearse desde esa perspectiva. Más aún cuando sabemos que en la crónica ovetense la primacía de la verdad, lo histórico, se ve salpimentado por lo ficticio¹⁰², por toda esa serie de relatos y digresiones que recuperan lo legendario, lo mítico o lo teológico cristiano en aras, como se ha visto, de aleccionar¹⁰³ al lector. Y que la Retórica, según Aristóteles¹⁰⁴, era la facultad para convencer; el arte para hallar lo necesario para persuadir¹⁰⁵ al auditorio de lo argumentado. Así lo subraya Coello en la contraportada de su publicación *Historia y ficción*:

La *Historia general y natural de las Indias* (1535-1549), de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (...) se compone de relatos y narraciones legendarias, interpolaciones episódicas, digresiones anecdóticas, diálogos ficticios, en suma, estilos de contar experiencias vividas, impregnadas de providencialismo y de otros juicios de valor procedentes de una formación retórica tradicional –Aristóteles, Cicerón, Quintiliano- y de la pastoral judeocristiana. (...) Oviedo incorpora múltiples planos alegóricos e imaginativos (...) que (...) pertenecen a una formación textual poética o literaria de plena actualidad durante el Quattrocento italiano. Pero la

⁹⁷ Para González, los cronistas de Indias “ocupan un lugar prominente” en la tradición de la literatura hispanoamericana, “como inicio y origen de la narrativa de América” (González, 1983, pp. 9-10).

⁹⁸ Enrique P. Walker, *La vocación literaria en el pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Gredos, 1982.

⁹⁹ Véase, de Kohut, su *Historia y Ficción: Crónicas de América*, coordinación a cargo de Ysla Campbell, Colección Conmemorativa V Centenario del Encuentro de Dos Mundos II, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992; y su *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, edición de Karl Kohut, México, El Colegio de México, 2007.

¹⁰⁰ Son indispensables, asimismo, los estudios de Gerard Genette (1993), Paul Ricouer (1995; 1999) y Roland Barthes (2009).

¹⁰¹ Para arrojar luz sobre la relación entre la retórica y la historia en el siglo XVI, veáanse las retóricas de Aristóteles y Vives, y los trabajos de Ernst Robert Curtius (1995), Heinrich Lausberg (1983), José Antonio Mayoral (1994), B. Mortara Garavelli (1991), James J. Murphy (1999), Paul Oskar Kristeller (1982; 1999), Elena Artaza (1988), Garrido Gallardo (2009), Pozuelo Yvancos (2009), Tomás Albadalejo (2009), Kurt Spang (2009) y Paul Oskar Abbott (1999).

¹⁰² Tanto es así que al autor de esta “historia verdadera” Arrom lo denomina “creador de ficciones” (Arrom, 1983, p. 119)

¹⁰³ El “yo” que escribe la *Historia general* está revestido de integridad moral y se erige, persistentemente, modelo ejemplar de sus narraciones. Su Libro XXIX, dedicado a señalar las crueldades y codicias de los españoles en Las Indias, evidencia ese rasgo moralista inherente del cronista.

¹⁰⁴ Véase de Aristóteles su *Retórica*, edición de Quintín Racionero, Madrid, Gredos, 1990, I, 2, pp. 25–26.

¹⁰⁵ Conocedor de tantos “parlanchines”, alega Oviedo que el arte de la persuasión no es exclusivo de las clases eruditas, que muchos que van a España “(y en especial los que van a pedir gobernaciones e nuevas conquistas, e saben medianamente menear la lengua para allegar gente)” derraman “palabras entre los que no lo entienden, todos los tales que le escuchan, piensan que todo cuanto acá hay, sin que quede isla ni palmo ni rincón de la Tierra Firme e de las Indias” lo han visto y “lo tienen muy bien entendido (e aun no dejan esos tales predicadores de hablar en todo)” (*Historia*, 120, Libro XXXV, cap. V, pp. 299-300).

utilización del ornato retórico no invalida su compromiso con la verdad histórica del siglo XVI, pues su fin consistía en proporcionar al lector una lección moral (Coello, 2012).

Pero ¿qué hay de los valores culturales del autor; de su erudición? Pese a que se le ha atribuido una naturaleza autodidacta, Fernández de Oviedo fue “a su manera, un hombre de gran cultura” (Padgen, 2004, p. 15). Manuel Ballesteros, que dedicó 259 páginas al estudio de la vida y obra del cronista, escribía que el biografiado se halla cautivo “en las mallas de la cultura y las costumbres de su tiempo” (Ballesteros, 1981, p. 8). En tanto que el escritor, el artista, no puede escapar de su “yo”, y siguiendo la máxima orteguiana de atender al hombre “solidariamente a su circunstancia” (Pérez de Tudela, 1957, p. 396), se siente aquí la necesidad de dilucidar “la cuestión biográfica”; de imbricar, con rigurosidad, vida y obra ovetenses, por cuanto la convulsa carrera vital de Gonzalo Fernández de Oviedo incide en su ideario estético y en la ejecución de su escritura.

Grosso modo, su semblanza retrata a un curioso y tenaz observador siempre apegado a las letras, que, ya desde su infancia, tuvo la costumbre de convertir en material literario “todo aquello que lo rodeaba”¹⁰⁶. A un hombre del XVI, con una caligrafía exquisita que, por la necesidad y el azar, hizo de la escritura su oficio y su vocación. Prolífico autor, tuvo además la jactancia de ir disseminando en sus manuscritos suculentos retazos vitales, de gran interés para el constructo biográfico, desde sus tempranas experiencias en las cortes castellana o italiana a sus postreros días en su atalaya de Santo Domingo.

Su propia obra nos devuelve a un individuo de una despierta sensibilidad estética que gustó de la vida cortesana siendo mozo de cámara del príncipe don Juan¹⁰⁷; que con

¹⁰⁶ Señala Giuliani que “durante toda su vida, Oviedo tuvo la costumbre de anotar sus observaciones sobre todo lo que le rodeaba”. Véase *Historia general y natural de las Indias*; edición de J. L. Giuliani (1991, p. 31).

¹⁰⁷ De aquellos primeros años en la corte, al servicio del primogénito de los Reyes Católicos, extrajo Oviedo no pocos saberes, que propiciarían su vocación historiográfica desde la juventud. Desde ese privilegiado entorno principesco, en aquellos cinco años el joven e inquieto mozo de cámara conoció el intento de asesinato del Rey Católico, fue testigo del devenir de insignes personajes; participó del bullicio de la fastuosa boda de los príncipes Juan y Margarita, lloró el fallecimiento de su joven señor y padeció las consecuencias de esa pérdida. Como señala Fabregat, “al margen de su posible e hipotético contacto con los saberes académicos”, esta etapa “al servicio del príncipe don Juan le proporcionó como más valiosa enseñanza la de aprender a manejarse en el protocolario ambiente palaciego” y, con ello, “el conocimiento en definitiva de no pocos entresijos que posibilitaban el ascenso jerárquico, y, al mismo tiempo, el

sus “habilidosas” facultades en el arte de cortar con tijeras se granjeó, en Milán, no solo la admiración de Ludovico Sforza sino la del mismísimo Leonardo Da Vinci; que anduvo peregrinando por centros de intrigas y saberes, cerca de los Medici o los Borgia, iniciándose en el arte de la conversación, batallando con los versos ‘al itálico modo’, o vibrando con la belleza y armonía de la Italia renacentista, antes de embarcarse en la expedición de Pedrarias y establecerse en el Nuevo Mundo.

De su predilección por la cultura italiana y renacentista quedan sobradas evidencias tanto en su obra indiana como en sus *Quinquagenas*, donde Oviedo “desahoga” todo su conocimiento de la historiografía y la literatura italianas (Gerbi, 1978, pp. 202-206). Unido en amistad a Pontano y Sannazaro, y muy cercano también a Pietro Bembo, Gerolamo Frascatoro y Giovanni Battista Ramusio, procuró el español mantenerse siempre informado de lo que se gestaba en Florencia, Milán, Venecia o Mantua, en especial sobre aspectos científicos y literarios. Resaltaba Gerbi, especialmente, el relevante papel de nuestro cronista en la difusión de avances geográficos, como divulgador, junto a Bembo y Ramusio “de la verdadera fisonomía de la América del Sur” (Gerbi, 1978, p. 206), y concluía que:

Oviedo fue lector asiduo de poetas, historiadores, tratadistas y moralistas italianos; (...) que su mirada intelectual estaba enderezada, más allá de la remota península ibérica, hacia las tierras aún más remotas de Italia, y más precisamente hacia el centro más fervoroso de actividad literaria, hacia Venecia con su pléyade de editores, de doctor prófugos y de escritores de profesión; y que de la historiografía humanística florentina y de la erudición veneciana tomó Oviedo incansablemente elementos formales y sustanciales de su técnica descriptiva y de su visión del mundo (Gerbi, 1978, p. 206).

No obstante su erudición, la definición de Oviedo como humanista sigue siendo “controvertida”¹⁰⁸, en tanto que la suya sería, según el aserto de Gerbi, “más de índole medieval que humanística” (Kohut, 1992a, p. 52). Para Coello y Rubiés, Fernández de Oviedo se habría movido de acuerdo con los estándares humanistas clásicos, pero “en

nacimiento de una aspiración vital, la cortesana (...)”. Véase Fabregat, “Estudio preliminar” al *Libro de Cámara* (2006, p. 15).

¹⁰⁸ Fueter, por ejemplo, alegara que “Oviedo no tenía ninguna relación con el humanismo” (1953, p. 322).

clave popular”¹⁰⁹, dejando que el peso del testimonio hablase por sí mismo, sacrificando el orden y el estilo por la autenticidad¹¹⁰.

Excesivamente barroco y menos elegante en sus formas que otros cronistas coetáneos, se ha menospreciado su intelectualidad autodidacta. De acuerdo con Álvarez, existe “desde el principio en él una vocación manifiesta y decidida hacia el ejercicio de las letras” (1957, p. 542), pero apegada a su inquietud natural por escudriñar, “entender” (p. 545) y “consignar por escrito” (p. 542) cualquier ínfimo detalle visto u oído; rasgos estos que sugieren su “actitud netamente renacentista, espontánea y reflexiva” (p. 544). De su periplo vital y sus reflexiones autobiográficas esbozamos ciertamente el retrato de un hombre siempre curioso y ávido de conocimientos, con notorias ansias de formarse culturalmente y férreos propósitos de “forjarse un porvenir” (p. 543). Y es desde este enfoque que adquiere grosor el humanismo de Oviedo: la sapiencia del Gonzalo de juventud – esa que Gerbi define de “buena, pero no refinada educación” (1978, p. 162)- se va a ir perfilando en paralelo a su peripecia vital y a la gestación de su obra, engrosándose lentamente con lecturas, aprendizajes y experiencias, y evolucionando como lo harían, asimismo, sus variaciones estilísticas¹¹¹.

Aplazando este debate a posteriori, cabría tener bien presente, no obstante, en la lectura de su *Historia*, la actitud inquisitiva que nuestro historiador del Viejo Mundo adoptó frente al Nuevo. Marroquín ha señalado el carácter renovador de la crónica ovetense:

La historiografía de Fernández de Oviedo muestra los inicios del proceso epistemológico mediante el cual la historia en Indias se transforma en método de investigación y descripción de la realidad (Marroquín, 2015, p. 93).

Sea explorador, descubridor, investigador o precursor, todos estos calificativos hilan la *Historia* de Oviedo al concepto de “modernidad”, por encima de etiquetas y

¹⁰⁹ Para Coello, “Oviedo no rompió con la autoridad textual que caracterizó al humanismo de la primera mitad del siglo XVI, sino que lo reformuló en clave «popular»” (Coello de la Rosa, 2016, p.147).

¹¹⁰ “Some historians claiming a humanist understanding of their task, like Gonzalo Fernández de Oviedo or Francesco Sansovino, let the primary narratives speak for themselves to a remarkable extent, sacrificing order and style to authenticity” (Joan Pau Rubies, 2006, p. 141).

¹¹¹ La *Historia*, tan híbrida y miscelánea, se caracteriza por su variedad estilística. Sin embargo, estamos de acuerdo con Fabregat al señalar cierto giro estilístico en la prosa de Oviedo, especialmente a partir de su nombramiento oficial como cronista, encauzando su escritura hacia un estilo llano. (Fabregat, 2006, pp. 68-69)

marbetes de humanismo. “En la discusión sobre los antiguos y modernos que nace del humanismo Fernández de Oviedo se cuenta decididamente entre los modernos”¹¹², señalaba Kohut, tras leer las opiniones de Maravall sobre el historiador indiano. Y es que la curiosidad de Oviedo por desentrañar el conocimiento, por la indagación “científica” del mundo natural, o su apuesta por la lengua vulgar nos susurran al hombre renacentista, al individuo espontáneo que se sabe actor, además de contemplador, que “tiene honda inquietud por conocer y narrar” (Álvarez López, 1957, p. 546) el Mundo.

Relator minucioso de su viaje y estancia por Las Indias, el cronista nos guio, además, por los sinuosos y oscuros vericuetos de su *Historia*, compleja y contradictoria, y tan necesitada de un faro que la iluminase. Nos fue disseminando pistas para no vernos naufragar ante el diluvio narrativo. Rasgo innovador este como pocos, “Fernández de Oviedo es, tal vez, el cronista más consciente de su tarea” (Kohut, 2005, p. 139). Es esa consciencia de autor, su yo desplegándose y explicándose, un logro discursivo de Oviedo al que nos aferramos en estas siguientes páginas.

Desde todas estas perspectivas, siguiendo ese hilo de Ariadna, decidimos aproximarnos a la magna obra de Oviedo, focalizando la mirada en los mecanismos retóricos¹¹³ y narratológicos¹¹⁴ desplegados por un historiador con plena consciencia de lo dificultoso de su tarea. Y con la humildad necesaria para enfrentarnos a colosal crónica, entramos en su taller para alumbrar modos escriturarios y proceso compositivo de tan hercúlea obra, partiendo de esa sola pero sólida premisa: la singularidad del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.

Aseveraba Borges que la originalidad es una quimera¹¹⁵, en tanto que crear consiste en reescribir, eso sí, de forma cautivadora, lo ya existente en la tradición¹¹⁶; que la escritura (que es memoria) y la verdad son tiempo, y, por consiguiente, movibles y

¹¹² Señala Kohut que Maravall “llama a Fernández de Oviedo ‘una de las figuras de nuestro Renacimiento’” (Kohut, 1992, p. 66).

¹¹³ “La riqueza de las crónicas se encuentra precisamente en la variedad de formas que surgen de las posibilidades que la retórica de la época ofrecía, y cómo éstas se entremezclaban o alteraban, según las circunstancias sociales y culturales de cada cronista” (González Echevarría, 1984, p. 155).

¹¹⁴ Ante el problema de cómo narrar lo que acontece, *La Historia* se consolida como un receptáculo de naturaleza heterogénea, donde confluye el modelo ideal de la historiografía humanista del XVI con múltiples modalidades discursivas. Véase Mora (2001).

¹¹⁵ “Yo creo que la originalidad es imposible. Uno puede variar muy ligeramente el pasado, cada escritor puede tener una nueva entonación, un nuevo matiz, pero nada más”. Jorge L. Borges, “Diálogo entre Susan Sontag y Jorge Luis Borges”, en *Quimera. Revista de literatura*, nº 400 (marzo 2017), pp. 39-46. Consultado en <https://www.revistaquimera.com/dialogo-entre-susan-sontag-y-jorge-luis-borges/>

¹¹⁶ Es la concepción borgeana de que todos los libros se reducen a uno.

volubles a los cambios de perspectivas, por cuanto el texto (la historia) se mueve y se reescribe, como lo hace la vida misma. Que la verdad se compone de múltiples verdades; y la historia, de múltiples versiones.

Cuatrocientos años antes de las reflexiones del gran maestro argentino, sobre análogas deducciones se había ido edificando la *Historia general y natural de las Indias*. Oviedo había ido tejiendo un cuerpo vivo, una crónica “general” comprendida como un todo en constante renovación, contando relato tras relato sobre la marcha. Envuelto en la vorágine de experiencias propias y de terceros, el cronista fue plenamente consciente de los zurcidos y recosidos de su *Historia*; de que, cual almazuela¹¹⁷, se confeccionaba a retazos noticiosos que iban llegando en el fluir vertiginoso de la historia indiana. En su compulsivo afán de recabar fuentes, un testimonio contradecía, en múltiples ocasiones, al anterior; y la verdad se tornaba mutable, se desplegaba en otras “verdades”.

¿Cómo delimitar los márgenes de la veracidad, cuando día a día desborda el precipitado flujo de noticias novedosas? Ante semejante caudal informativo y frente a la grandiosidad de las materias que se traía entre manos, optó por prender todas las fuentes –no sin dejar constancia de sus dudas¹¹⁸– tal cual arribaban, engrosando los libros de capítulos y temas, susceptibles siempre a la continua revisión.

Su intento de objetividad histórica lo llevó a contemplar, desde los primeros manuscritos, el acopio de fuentes -que “lo que no ve el historiador, forzado es que escriba por diversas informaciones” (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LV, p. 264)-. Y esas mismas ansias lo impelieron, asimismo, a incluir la reflexión sobre su firme propósito de verdad en su *Historia*, a injertar en el texto sus propias cavilaciones y dubitaciones respecto a la creación y proceso narrativo de su crónica legítima y verdadera. Este criterio metodológico, por y para la consecución de la mayestática objetividad, propiciaría, sin embargo, una retórica con anchas solapas de subjetividad, con un yo textual en continua

¹¹⁷ Sinónimo de la voz inglesa “patchwork”. Con este término se definían los tapices confeccionados a partir de retales. Véase Fundéu, “Glosario de moda”, 2015-2017, p. 17, consultado en <https://fundeu.es/documentos/glosarioModaFundeuRAE.pdf>

¹¹⁸ Escribe el cronista: “Y como solo Dios es el que sabe y puede entender a todos, yo, como hombre, podía estar engañado, y no tan al propio informado como conviene”, y añade “pero oyendo a muchos, voy conociendo en partes algunos errores, e assi voy e iré enmendando donde convenga mejor distinguir lo que estuviese dudoso o desviado de lo derecho” (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV, p. 259).

pronuncia y reivindicación. Una prosa autoreferencial, anclada en el conflicto del autor con su escritura, tal y como muestra este fragmento aclaratorio:

Tornemos a nuestro camino, que es bien largo por sí, sin que más lo dilatemos nosotros. Pero como sea el propósito de esta materia, yo debo ser excusado en lo que he dicho: que todo *esto conviene a ella y es delectable lección*¹¹⁹ para cosmógrafos, a los cuales más que a otros de otras lecturas me es fuerza de contentar e satisfacer en este caso, porque tengo de ser por ellos corregido; a cuya doctrina y cortesía me humillo, pues que hablo en cosas de que, aunque tenga alguna experiencia, por lo que he andado en el mundo, no estoy sin necesidad grande de aprender lo que no he destas materias e otras estudiado. Puesto que, en la verdad, no será todo a mi cargo lo que no estuviere tan puntual e justamente dicho como convenga, sino al de las diversas opiniones de los auctores que sigo, o me han informado, donde yo no dijere “esto vi”. Mas si afirmare, testando de vista, yo seré a quien se deba culpar de lo que no estuviere conforme a toda retitud e verdad (*Historia*, 118, Libro XXI, cap. IX, pp. 334-335)-.

Observamos en esta secuencia el tópico de la *humilitas* autorial, con el que el cronista pide excusas por sus posibles yerros y, de paso, comunica, de forma velada, lo modélico de su conducta -aspecto que no es baladí para granjearse la benevolencia del lector-. Es perceptible también en el pasaje el énfasis a su experiencia y su avidez de conocimiento, e, igualmente, la asunción de la necesidad de otras voces testimoniales para convencer, a quien lee, de la rigurosidad e imparcialidad de todo lo narrado. Y, obviamente, cómo la noción de sujeto-autorial -y la subjetividad- cristalizan con los múltiples voes que inundan estos renglones.

Otro mecanismo primordial en su taller narrativo fue el de la reescritura. Así, “porque este libro no solamente ha de servir en esta parte primera”, advertiría diligente ante el lector¹²⁰, “pero excusarme ha de replicar en la segunda, o tornar a reescribir muchas cosas de éstas a que me podré referir cuando convenga hablar de ellas en los libros de adelante” (*Historia*, 118, Libro XIII, cap. I, p. 57). Y de este modo, por ejemplo, la *Historia* atestigua dos fuentes y dos versiones diferentes de la muerte de Atahualpa -

¹¹⁹ Nótese aquí la concepción horaciana del enseñar y dar placer (*prodesse et delectare*) al lector a través de los textos. La cursiva es mía.

¹²⁰ Sus llamadas al lector, jugosas y abundantes, amenizan sus discursos e introducen nuevos relatos. Del ingente surtido que prolifera en su crónica, sirvan estas dos de ejemplo: “Escribiendo yo en limpio estas historias de la primera parte, para la segunda impresión, se siguió (...)” (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XV, p. 175); “pues he seído largo en este capítulo, porque la materia lo sufre y era necesario hacerse así, quiero acordar al que me oye que, como prudente letor, quiera colegir deste capítulo y lo que contiene (...)” (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XV, p. 167).

“porque en otras partes he dicho que de lo que no he visto daré los autores (e así lo he hecho en estos mis tractados)” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. XIII, p. 81)-.

La de Francisco de Jerez, apuntillada con las siguientes lucubraciones:

Dice el cronista que a Francisco de Jerez se le olvidó de decir en su relación que no fue él sólo el que esa su relación ordenó. En la original que yo tengo firmada de su nombre, no procede con buen estilo; pero arrimándome yo a lo que él escribió e a lo que he podido inquerir de la prisión e muerte injusta de Atabaliba, he escrito con toda limpieza de mi pluma aquello que es dicho, e lo demás que él calló o no lo supo, e lo que ha subcedido después que él vino a España (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. XIV, p. 83).

Y la de la carta Hernando Pizarro a la Audiencia Real de Sancto Domingo, de la que refiere, no con cierta ironía, de este modo:

Y pongo a la letra lo que a estos señores escribió, porque aunque en muchas cosas se conforma con lo escrito por Francisco de Jerez, escribano e secretario del gobernador Francisco Pizarro (a quien hasta aquí he seguido en los capítulos precedentes), también en algunas cosas lo dice de otra manera, e hay otras particularidades que convienen a la inquisición de aquellas materias e verdad de la historia. E como este capitán fue mucha parte en los negocios de Atabaliba y en las cosas de aquellas partes, no es de preterir lo que en esta su epístola dijo (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. XV, p. 84).

Además de reclamarse como autor verdadero, de mostrar su talante ejemplar, y de quejarse, con su acidez habitual, sobre los detractores de su obra:

Ningún historial yo sé que haya habido en España, que enseñase lo que escribiese (...). E demás desto, tampoco sé que semejantes historias se examinasen en el Consejo Real ni por otra persona más de a quien toda la obediencia e servicio se permite, que es el mesmo príncipe o soberano. Todo esto es al revés en estos mis tractados, pues que lo que en ellos se dice, se pone al juicio común de los que lo vieron e saben (...). Y, por tanto yo, como obidiente, escribo bajo estas reglas¹²¹, e doy infinitas gracias a Dios por ello, porque todo es para más seguridad de mi consciencia e para más auctoridad destas historias¹²², e para confundir la mala inclinación de los murmurantes,

¹²¹ Nótese cómo la retórica, en esta secuencia narrativa, se vuelca en el ensalce del autor y de su obra. El discurso se torna apologético y, a la par, mordaz. Por momentos, el texto subraya la sumisión del vasallo fiel al Rey y a su Dios. En otros, la prosa se torna inquisitiva y maldiciente, contra los malos murmurantes.

¹²² Los rasgos etopéyicos quedan bien definidos: obediente, apegado a las reglas y cabal (“para más seguridad de mi consciencia”). Todo ello va a persuadir al lector de la integridad del cronista, y va a consolidar la *auctoridad* de su *Historia*.

e para que a ninguno le quede queja de mí (que justa sea), e convierta su odio sobre su propria culpa, si culparme quisiere (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. XV, p. 84).

De la extensa y laberíntica exposición a la metaliteratura, a una *Historia* explicándose a sí misma y revelando al escritor escribiendo, haciendo partícipe al lector de cómo esta se fue gestando y salvando obstáculos narrativos. Resorte imprescindible para no perderse en ese centón informativo, el carácter autorreflexivo de este autor no solo halló acomodo en las dedicatorias y proemios, sino que fue irrumpiendo en cualquier recoveco de la obra, “refrescando” la escritura y otorgándole ciertos rasgos de modernidad, como se aprecia en estas tres secuencias narrativas.

En la primera, el historiador medita sobre la duplicación de nombres y la confusión lectora que esto puede acarrear, y procura dar las pertinentes aclaraciones:

Pero porque los que leyeren esta *General Historia de Indias* se verán en ella duplicados nombres, así como cabo Blanco, que el uno está ciento e veinte y cinco leguas desta parte del golfo de Magallanes, y el otro cabo Blanco está en el embocamiento del río de la Plata, (...), e otro está (...), hase de advertir en las partes que se ponen estos cabos Blancos, que son muy diferentes en las alturas, e muy apartados unos de otros, e por allí se entenderá que no es uno mismo el cabo, aunque el nombre lo sea. Pero no deo de culpar en alguna manera a los descubridores que les dan un mismo nombre (...); pero no es inconveniente por ser en tan diversas provincias, y tan lejos unos de los otros, e no impide cosa alguna aquesto a la memoria e orden que puede llevar el letor. *Así continuaré*¹²³ su lección hasta el fin destes tractados (*Historia*, 118, Libro XXI, cap. IV, pp. 315-316).

En esta segunda, reflexiona sobre los datos aportados y el saber de los lectores; y para que “mejor los entienda el letor”, arroja más luz al respecto:

He pasado brevemente por tantos mares y puertos de las costas que serán nombrados, porque aunque se saben dónde están, no se han podido inquirir, ni el tiempo breve ha dado lugar a se entender puntualmente los secretos de la tierra adentro. En lo más de lo que está dicho, antes es de maravillarse de lo que se sabe, segund lo poco que ha que los cristianos navegan estos mares. Mas porque todos los que leen no son uno, y los que desta cosmografía carecen, no saben qué cosa es esta linia equinoccial que tan a menudo aquí se nombra, diré con brevedad lo que hace al caso, así porque en los límites y grados que se han relatado, mejor los entienda el letor, como

¹²³ Nótese cómo Fernández de Oviedo va insertando en la narrativa sus criterios metodológicos; especialmente aquellos que pueden resultar beneficiosos para la comprensión lectora.

porque en lo que está por decir, pueda con más claridad e aviso continuar esta lección e geografía della (...). E han de estar con la atención que lo pide la materia, e teniendo ésa, podrán mejor advertir dónde se halla o está el letor, en cualquier parte del mundo que quisiere mirar en ello (*Historia*, 118, Libro XXI, cap. IV, p. 316).

Y en la última secuencia, analiza, de forma retrospectiva, lo que escribió en su crónica, y lo que prometió que abordaría, para llevarlo a cabo. Además, por si la descripción narrativa resultara insuficiente para el lector, el autor le brinda un ilustrativo grabado, que facilite su interpretación. Y, además, anticipa lo que está por venir, tratando de otorgarle cierta coherencia estructural a sus capítulos:

Así que no me engañé en lo que dije en la introducción del libro XVI de la primera parte desta *General Historia*, afirmando que desde la punta del cabo de Sanct Agustín hasta la tierra del Labrador había, en la circunferencia de la parte interior de la Tierra Firme, tres mill leguas (...) Pasemos a lo demás y cúmplase lo prometido; mas pongamos aquí la figura y ejemplo de lo que está dicho, previniendo al letor que la línea interior es partida en diez partes de la anchura o espacio que hay círculo a círculo exterior (...) (Lám. 6ª, figura 4ª).

Aquí se da conclusión al libro XXI y de aquí adelante se tractará de las gobernaciones y descubrimientos particulares, siguiendo la vía que he traído en la geografía de la costa de la Tierra Firme. Y como tengo dicho en otro lugar, no ha de mirar el letor que un capitán o capitanes precedan unos a otros en el discurso de la narración, pues la causa lleva la costa continuada; y lo tal no es inconveniente, pue en cada libro e historia particular irá declarado el tiempo que cada uno sirvió; que aquello es más sustancial precedencia; y la más verdadera y loable de todas es la ventaja que en las obras de virtud, más famosa y honrosa fin hiciere cada uno de aquellos de quien se hiciere memoria (*Historia*, 118, Libro XXI, cap. XI, pp. 339-340).

En definitiva, luces y sombras la *Historia*; un claroscuro que inunda un proceso escritural tan prolongado como extenuante; y por tanto, aciertos y defectos compositivos que percibió el cronista, de los que fue sabedor, y sobre los que trató de reflexionar con detenimiento, mientras, a la par, contemplaba, curioso y absorto, los ires y venires de los españoles en aquel inmenso escenario americano, que no solo se escapaba a la palabra, sino que era inconmensurable. Pues, “no se puede acabar de escribir ni saber por diligencia humana, ni han bastado las vidas de los hombres que en esto se han ocupado, a decirlo todo, ni faltarán cosas que notar a todos los que son vivos o venrán después de nos.” (*Historia*, 118, Libro XIII, Proemio, p. 56).

1.2.2 EL NUEVO MUNDO Y LAS INCERTIDUMBRES: EL FUNDAMENTO DE TODO

“De las cosas más seguras, la más segura es dudar.”
(François de La Mothe Le Vayer, *Diálogo acerca de la divinidad*)¹²⁴

“Toda realidad es observada desde diferentes puntos de vista y puede ser analizada e interpretada de forma poliédrica en el sentido de que se construye a partir de miradas que responden a intencionalidades, preocupaciones y bagajes culturales o imaginarios diferentes.”
(Álvaro Baraibar)¹²⁵

La tradición historiográfica ha subrayado el impacto que supuso para los primeros relatores el Nuevo Mundo. Que las crónicas de Indias se constituyeran pilares fundamentales para el desarrollo posterior de disciplinas tan relevantes como la antropología, la etnología, la lingüística o la historia natural¹²⁶; o que, entre la plural nómina de cronistas de la España del XVI, figuraran historiadores de la talla de Mártir de Anglería, Oviedo, Las Casas o Acosta, que se enfrentaron a la misma realidad americana aportando enfoques tan dispares, subraya tanto la transcendencia como la originalidad que, para la época, alcanzó la cronística colonial.

Obviamente, el escenario de fondo, el choque entre Viejo y Nuevo Mundo, jugó un papel primordial para la eclosión de aquel singular género historiográfico. Aseveraba Fazio Fernández que “el descubrimiento y la conquista de América produjeron una revolución mundial de las ideas, de las ciencias, de la economía” (2009, p. 174), cerrando una etapa y abriendo otra. Ciertamente, si bien este proceso de disolución ya se había iniciado, lo que devendría a partir del 12 de octubre de 1492 no hizo sino acelerar y catalizar un cambio de mentalidad que puso en tela de juicio todas las certezas del Viejo Continente.

Ese ensanchamiento de los límites geográficos afectó al resto de fronteras (cosmológicas, cognoscitivas, ontológicas, sociales, culturales, religiosas, gnoseológicas) y, en palabras de Erasmo, originó, “como natural consecuencia, una conmutación

¹²⁴ Véase La Mothe Le Vayer (2005, p. 132), citado por B. Castany (2016, pp. 149-168).

¹²⁵ Véase Baraibar (2014a, p. 10).

¹²⁶ Véase Pérez Baltasar (1992, p. 310).

igualmente violenta en los recintos del alma”, obligando al hombre, a pensar, calcular y vivir en otras dimensiones. En el instante en que el mundo dejó de ser un todo definido y ordenado según patrones trascendentes, se experimentó una desintegración de los sentidos de relación y de coherencia; se tambaleó la verdad dada de antemano y el individuo perdió “la sensación que tenía antes de *saber dónde estaba* en el plan total de las cosas” (Toulmin, 1981, p. 9), porque incluso el *sentido natural* y de *vinculación* se ponían en duda. De esas sensaciones de dispersión y vacuidad y, especialmente, de la curiosidad por la novedad americana nació, “cazadora de lo nuevo, de lo inédito” (Rioseco, 2008), la crónica de Indias.

Sabemos de la naturaleza híbrida de estos textos indianos, de su multiplicidad de registros. Los titánicos esfuerzos de los primeros cronistas por “revelar”¹²⁷ aquel *mundus novus* tan insólito e inefable -sin disponer de antecedentes¹²⁸ ni *instrumenta* solventes a los que acudir- propiciaron escritos saturados de elementos dispares y formas heterogéneas, en los que el ingente flujo de novedosas noticias y la necesidad de apresarlas casi al vuelo imperaron sobre el orden y los modos de narrarlas¹²⁹. Los textos de los tempranos historiadores del Nuevo Mundo diluyeron las fronteras genéricas y temáticas, expandieron sus límites o los tornaron cristalinos, dificultando para los investigadores de historiografía colonial su clasificación.

No obstante, esa hibridez intrínseca hizo de la crónica de Indias el vehículo idóneo para dar cabida con sumo detalle a las vertiginosas y deslumbrantes novedades de los ignotos territorios descubiertos; registrando, desde ópticas muy diversas, el gesto espontáneo, la embriaguez y la cautela de los primeros testigos que se enfrentaron por

¹²⁷ De entre las cuatro acepciones que proporciona la RAE de este término, tres de ellas adquieren aquí una significación plena, porque subrayan algunos motivos centrales que impulsaron la escritura de esa cronística indiana: 1) “Descubrir o manifestar lo ignorado o secreto”; 2) “Proporcionar indicios o certidumbre de algo”; 3) “Dicho de Dios: Manifestar a la humanidad sus misterios”. El registro de la novedad y de la exultante belleza viene acompasado por el significado mesiánico y providencialista de la empresa española en los ignotos territorios americanos.

¹²⁸ En “El desarrollo de la práctica del gobierno indiano”, Horst Pietschmann incidía en que:

“No solo eran diferentes hombres, fauna y flora encontrados, sino que era imposible recurrir a antecedentes, no se tenían nombres para lo encontrado, de manera que el proceso de percepción y definición de lo hallado era mucho más difícil” (Horst Pietschmann, 2005, p. 12).

¹²⁹ La historiografía indiana “representa un **nuevo** género que se forma y se construye fundamentalmente para responder a la exigencia de contar lo ignoto” (Leonetti, 2013, p. 327).

Para este autor, el cronista “**se sirve de todo aquello de lo que le ofrece su cultura literaria**, utilizando y mezclando los diversos tipos textuales y discursivos que conoce – ensayo, narrativa de ficción, libros de viajes, poesía, épica –”. Y “en esta búsqueda concibe una pluralidad de nuevas fórmulas que se definen según la materia multiforme que tratarán y que producen esa polisemia que notamos en las crónicas indianas” (Leonetti, 2013, p. 327).

vez primera a algo jamás visto ni pensado, a uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la humanidad. Históricas, políticas, religiosas o personales, fueron muchas las causas por las que se escribieron, pero “nunca, evidentemente, por motivos intrínsecamente literarios” (Serna, 2000, p. 54).

La *Historia* de Oviedo, en este caso, aunaba pragmatismo (informar al monarca de todo lo que conquistadores y misioneros percibían e interpretaban de aquel nuevo espacio colonizado) con un deseo de armonizar naturaleza y religión. Gestó una nueva forma de percibir la alteridad y la diferencia y construyó un discurso que enaltecía el carácter mesiánico, providencialista e imperialista de la empresa colonizadora de Carlos V. Es al analizar su obra desde ese contexto novohispano que esta desborda “complejidad” (Coello, 2002, p. 25). La inextricabilidad de los discursos moral, político, religioso y cultural de su crónica la convierte en paradigma idóneo para el conocimiento de la transición epistemológica acontecida en aquella época. No en vano, frente al nuevo rumbo de la humanidad, Oviedo se comprometía a “*relatar*”¹³⁰ alguna parte de la conquista de estas Indias, (...) de su descubrimiento primero y de otras cosas que, aunque fuera de la natural historia, serán muy necesarias a ella para saber el principio y fundamento de todo” (*Historia*, 117, Libro I, cap. I, p. 11).

De ese *relatar* se despliega este trabajo de investigación. Porque como una de las pocas fuentes primarias de la colonización española de las Indias, y primera crónica ‘oficial’ escrita en América, la *Historia* de Oviedo -ingente, minuciosa, poliédrica, progresiva y pionera- asienta escuela en los modos de narrar el encuentro entre el hombre del Viejo Mundo y del Orbe Nuevo; en plasmar vívida –y, a veces, poéticamente- el cuadro de una recién descubierta “parcela del cosmos”¹³¹ y en representar, en castellano y a la llana, realidades sin precedentes en un periodo de profunda conmoción del conocimiento y de la conciencia del individuo europeo.

Por ende, el estudio de la palabra ovetense, de sus contornos, sus giros y sus relaciones, se establece como nuestro epicentro indiscutible.

¹³⁰ La cursiva es mía.

¹³¹ Para ahondar en la dimensión naturalista de Gonzalo Fernández de Oviedo, véase Enrique, Álvarez López (1957).

1.2.3 LOS ROPAJES DEL CRONISTA

-El historiador y el moralista

“(…) que sin haber andado, haver leído, a ver visto e haber vivido, no pudiera otro (sin estas particularidades) haver comprehendido estas relaciones e materias que entre manos tenemos.”

(Fernández de Oviedo, *BYQ*) 132

“e como dice Francisco de Petrarca en un diálogo de aquel su tractado *De próspera e adversa fortuna*, ‘ningún bueno muere mal, e ningún malo bien.’”

(Fernández de Oviedo, *Historia*)¹³³

Para la historiografía indiana, *La Historia General y Natural de las Indias* ocupa un lugar eminente. Su aporte histórico no solo interesa por su densidad y escrupulosidad informativa -casi enciclopédica- sobre el magno descubrimiento y el proceso colonizador, sino por constituirse la primera historia “oficial”¹³⁴ de la conquista confeccionada *in situ*, y por más de tres décadas¹³⁵, al calor y la simultaneidad de los acontecimientos americanos.

¹³² Oviedo, *Batalla Primera* (vol. III, 2000, p. 203).

¹³³ *Historia*, 120, Libro XLI, cap. III, p. 362.

¹³⁴ Sobre la oficialidad de la crónica ovetense, es preciso hacer algunas puntualizaciones. Tal y como señala Kagan, por mucho que lo persiguiera, Oviedo no logró nunca el cargo de cronista “real”, “en parte debido a su conflictiva personalidad y en parte a la oposición de (...) Las Casas, que se hallaba a punto de embarcarse en su propia historia del Nuevo Mundo”. Pese a postularse para el cargo regio en 1524 con su *Sumario*, y en 1532, con su *Catálogo de los reyes de España*, fracasó en sus intentos. No obstante, Carlos V le ofrecería “un pequeño estipendio, un salario y alguna que otra ayuda”, al conocer que “estaba escribiendo una historia más extensa del Nuevo Mundo”. La confusión extendida de considerar a Oviedo cronista real de oficio podría tener una base documental. Recuerda Kagan que en carta fechada el 20 de marzo de 1547 “el emperador se refería a él como ‘nuestro coronista de yndias’”. Véase Richard L. Kagan (2010, pp. 108-110).

¹³⁵ Escrita sosegadamente en el transcurso de varios decenios, no es posible, a ciencia cierta, precisar la fecha de gestación de esta *Historia*. Es muy plausible que Oviedo fuera recogiendo sus impresiones desde su llegada a Las Indias, en 1514. Recordemos que en 1526, con la redacción del *Sumario de la natural historia de las Indias*, Fernández de Oviedo ya ha dado sobradas muestras del acopio de materiales y documentos cosechados; corpus este que, en mayor o menos medida, pasará a engrosar su voluminosa crónica. Es más, a tiempos más remotos, y con la clara intencionalidad de enfatizar su temprana vocación de historiar las glorias de la Corona española, remonta el escritor su labor historiográfica, cuando en el Proemio de su *Sumario* asevera que:

muy más copiosamente yo tengo escrito y está en los originales y crónica desde que yo tuve edad [contaría entonces Gonzalo con 12 años] para ocuparme de semejante materia, así de lo que pasó en España, desde el año de 1490 años hasta aquí, como fuera della, en las partes y reinos que yo he estado (*Sumario*, 2010, p. 66).

Como se ha referido, en su ardua tarea de hacer una *Historia* ‘verdadera’, deviene Oviedo historiador espontáneo, enérgico y perseverante, que testimonia vívidamente el hecho casi inmediato, y que, cuando la noticia no es directa, se mueve afanoso tras los testigos, confrontando versiones y acumulando compulsivamente ingentes cantidades de fuentes sobre el mismo suceso. Compilador obsesivo, cabe señalar que de largo le viene la vocación de recopilar historias al madrileño; se siente cómodo en esos desempeños. Por ello, no importa que otra fuente informativa, de mayor o menor credibilidad, llegue tarde. En la “Introducción” al *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, y a propósito de las corrientes historiográficas renacentistas, apuntaba Miranda que:

El verdadero historiador, el docto, el que cultiva uno de los géneros literarios, más nobles y elevados, es aquél que funde su obra y le da forma en los crisoles y moldes grecolatinos. Sólo imitando a los historiadores clásicos en su contenido epopéyico, en su sentido didáctico y moralizador, en su tono grandilocuente, en su expresión sentenciosa y en el retórico estilo resultante, podrá alcanzarse la maestría requerida para ejercer oficio tan excelso y delicado (1950, p. 53).

Como Tito Livio, Fernández de Oviedo apresa la acción y al gran hombre de esa historia, y lo presenta según los patrones y la metodología del mencionado historiador romano, recopilando e imbricando hazañas antiguas a lo narrado, para establecer analogías y ensalzar la heroicidad de los cristianos españoles en las Indias. La crónica se trufa así de relatos legendarios, en los que desfilan Ulises¹³⁶ o Hércules¹³⁷, y de menciones al escritor romano, pues “quien quisiere saber muchas cosas de portentos, remita a las *Décadas* de Tito Livio” (*Historia*, 121, Libro XLIX, cap. X, p. 284), y “que de los hechos

De igual modo, es Oviedo quien nos sitúa cronológicamente los manuscritos finales de su mostrenca obra, datando esa **Tercera** parte en 1549, aunque la escritura probablemente se prolongara más allá de esa fecha, a tenor de su firme propósito de elaborar una **Cuarta**:

esta *General e Natural Historia de Indias* (...) que continúo desde el tiempo que estas partes se descubrieron por el primer Almirante de ellas, don Cristóbal Colom, año de mil e cuatrocientos noventa y dos, hasta el presente de mil e quinientos e cuarenta y ocho; e pues ha cincuenta años que en esto entiendo, creer se debe que es historia sin sospecha e digna de crédito, puesto que yo no pasé a estas partes con los primeros españoles que la vieron; pero halléme en la corte de los Reyes Católicos (...) cuando fue despachado, el año que he dicho, para esta empresa. Y conoscíle e víle muchas veces a él e a los demás principales que en ello se hallaron, como por el discurso de estos tractados lo digo; e soy llegado a tal edad, que comienzo a pasar de septenta años, e continuaré las historias de este jaez lo que Dios fuere servido para acompañen la vista, aliento, mano e disposición para escribir lo que más viniere a mi noticia (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXX, p. 417).

¹³⁶ Véanse *Historia*, vol. 117, p. 219; vol. 119, p. 196 y 363; vol. 120, p. 285 y 299.

¹³⁷ Véanse *Historia*, vol. 117, p. 18 y 40; vol. 118, p. 40, 41 y 295; vol. 120, p. 299; vol. 121, p. 127.

notables de los romanos poco supiéramos agora, si no hobiera quien los escribiese, así como Tito Livio” (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXIV, p. 373).

Y como Tucídides, intenta dilucidar la verdad, ora por presencia directa, ora mediante interrogatorio a fuentes presenciales¹³⁸. El analista Oviedo opina, pero el historiador Oviedo, muy consciente de su tarea, acumula. Cada testimonio nuevo da pie a su correspondiente injerto en la obra, permanente abierta, *in fieri*, que va engrosándose y desequilibrándose considerablemente. Con esa técnica historiográfica, que bascula, de este modo, entre “lo visto” y “lo oído”, y que no contempla la criba, va entretejiendo Oviedo un polifónico lienzo, en el que todo cabe. Que “todo buen autor o cronista”, para “conservar crédito” y “dejar limpios y seguros de calumnias sus renglones” así debiera proceder: “Lo que viere, testificarlo de vista llanamente; lo que oyere, decir a quien lo oyó; y lo que leyere, dar el autor” (*Historia*, 121, Libro XLVII, cap. XI, p. 165)¹³⁹.

No le ha sido favorable la crítica al historiador, pero no puede negársele el legado historiográfico que nos ha dejado. Definido como “el gran primer cronista de Indias” (O’Gorman, 1972, p. 42), “Néstor de los cronistas”¹⁴⁰, el “nuevo Heródoto del NM” (Coello, 2012, p. 58) y como “el primero que compuso una verdadera historia” (Fueter, 1953, p. 325), asevera Arrom que “es justo que en el recuento de los iniciadores de la narrativa hispanoamericana figure Oviedo” (1983, p. 114). Lo cierto es que su *Historia* se ha concebido como el “primer tratado omnicompreensivo de las realizaciones de los españoles en el Nuevo Mundo” (Kagan, 2010, p. 110).

Junto a Mártir de Anglería y Las Casas, asume prontamente¹⁴¹ Gonzalo Fernández de Oviedo la responsabilidad de apresar “la historia total de las nuevas tierras” (Salas, 1959, p. 9), y pugna frente al fraile dominico por fundar autoridad como historiador del Nuevo Mundo, amparándose, igual que su acérrimo adversario, en “la larga experiencia en América y su compromiso y participación en el proceso histórico que describían” (Carrillo, 2004, p. 21). En esa desafiante labor, sin otro referente que sirva de guía que la propia cultura, y a la búsqueda de materiales y modelos historiográficos sobre los que hilar aquel insólito presente del que es testigo directo, desteje Oviedo el pasado y se cubre

¹³⁸ Sobre el impacto de la historiografía clásica véase François Hartog, “¿La escritura de la historia universal?”, *El impacto de la cultura de lo escrito* (2008, pp. 15-32).

¹³⁹ Todas las comillas pertenecen a la misma cita bibliográfica.

¹⁴⁰ Eugenio Asensio, citado por Alexandre Coello (2012, p. 14).

¹⁴¹ Para Antonello Gerbi, “no hay duda de que desde los primeros tiempos de su estancia en las Indias el veedor de fundiciones de oro estuvo recogiendo datos y apuntes para la obra a la que iba a dedicar lo mejor de su vida” (Gerbi, 1978, p. 265).

de “viejos ropajes”¹⁴²; recurre a los antiguos y al saber heredado¹⁴³, y los somete a pruebas constantes, desconfiando incluso de las competencias de su célebre y bienquisto maestro, Plinio¹⁴⁴ el Viejo, para transmitir fehacientemente las insólitas realidades indianas. Un preceptor al que el avezado discípulo, con su mentalidad renacentista, aventaja, con orgullo y altanería¹⁴⁵, “esencialmente en la originalidad (obra de primera mano, no recopilación), y en la exactitud, y agudeza de sus observaciones” (Álvarez, 1957, p. 590).

Porque la actitud del historiador hacia el pasado abraza ya no solo la imitación, sino también la “revisión” (Coello, 2012, p. 20) y la superación de la Antigüedad. Porque la *auctoritas* de los modelos antiguos pierde consistencia, cuando es en lo vivencial y en el conocimiento empírico donde se hallan las claves para desentrañar, aprehender y comunicar aquel nuevo paisaje histórico y natural. Y así, ese pomposo y profuso desfile de magnos y épicos personajes, – esos Hércules, Jasón, Julio César y otros tantos héroes- que pueblan su *Historia* y que ya mencionamos al referirnos a Tito Livio, más que un reclamo de autoridad de los clásicos deviene un recurso discursivo del historiador para

¹⁴² Los historiadores proyectaron lo conocido al Nuevo Mundo, para hacer aquellas realidades comprensibles, “asimilando lo recién visto a antiguas ideas”. Véanse Felipe Soza, “La historiografía latinoamericana”, en *Comprender el pasado* (2013, p. 348); F. Esteve Barba, *Historiografía Indiana* (1964, p. 8).

¹⁴³ A la Antigüedad y a la *imitatio* recurre Oviedo para iniciar su *Historia* y certificar la autoridad de los antiguos, en esas primeras líneas.

¹⁴⁴ Acertada o no la elección, como señala Álvarez López:

Oviedo no tenía a su alcance más modelo que Plinio, ni conocer a Dioscórides le hubiera servido gran cosa, ni la ciencia de Teofrasto, reflejada, como la de Aristóteles en la pliniana, podían dar más (...). El modelo de Plinio (a su vez no original, sino como compendio más o menos deformado de toda la ciencia occidental (...)) era la única luz que podía guiarle en aquel dédalo, según la continuidad del pensamiento humano exige; y así se hizo (Álvarez, 1957, pp. 569-570).

¹⁴⁵ En numerosas ocasiones, un Oviedo cuestiona y refuta, orondo y vehemente, a Plinio, que no conoció nunca Las Indias, ejemplarizando esa actitud de emulación y superación de los modelos clásicos, tan estudiada por los investigadores de la historiografía colonial. Como una ínfima aportación de lo escrito al respecto, reza aquí la argumentación de Valcárcel:

Nuestros cronistas de Indias aceptan los mitos que flotan en el ambiente intelectual y entran también en abierta polémica contra los antiguos, afirmando con altanería que ellos -los modernos- son muy superiores a todos los antiguos porque ellos descubrieron el Nuevo Mundo, ellos circunnavegaron el globo, ellos demostraron que existen antípodas que no son monstruosos y que la Zona Tórrida sí es habitable y está, por cierto, densamente poblada. De este modo, el Renacimiento español posee una importante nota de progreso y avance que implica una estimación por la novedad, defensa de la experiencia personal y puesta en duda del principio de la *auctoritas*, pues los antiguos no lo sabían ni lo conocían todo, como por ejemplo la existencia de las Indias (Valcárcel, 1997, pp. 84-85).

contrastar y subrayar cómo las admirables proezas del Imperio español -que ha visto y constatado- eclipsarían incluso las gloriosas gestas que se escribieron de los antiguos¹⁴⁶.

Aunque no todo es edénico en tierras indianas. Hambre, enfermedad, violencia, naufragios, “e otras innumerables dificultades que no se podrían expresar en breves renglones” (*Historia*, 118, Libro XVIII, Proemio, p. 182). Esta *General Historia* es también el testimonio del sacrificio y la tragedia, que mucho endurecen a los hombres Las Indias y que de ello sabe mucho Oviedo, porque:

estas cosas de acá, con mucha sed, con mucha hambre y cansancio, en la guerra con los elementos contrastando con muchas necesidades y peligros; herido sin cirujano, enfermo sin médico ni medicinas, hambriento sin tener que comer, sediento sin hallar agua; cansado sin poder alcanzar reposo, necesitado del vestir y del calzar (...). Pues crea el lector que muchos de los que por acá andan e han experimentado todo esto, y lo que más se podría decir, sabrían pelear con los turcos (...) (*Historia*, 118, Libro XVIII, Proemio, p. 183).

Aferrado a la verdad histórica, y en tanto “espejo” de América, su crónica aspira a ser mimética y dinámica a la par, leal al cambiante devenir de los sucesos y a las nuevas miradas. Desafiante tarea para ese cronista que escribe para ensalzar los grandes hechos del descubrimiento y de la conquista -la magna epopeya de aquellos grandes hombres castellanos, fieles siervos de Dios y de la Corona – y que debe encauzar sus discursos, cuando aquel idílico vergel indiano se tiñe de aridez y hostilidad para los españoles; o cuando, con la crueldad y codicia de algunos compatriotas, como los Pizarro, Pedrarias o Soto, tornan utopía el modelo pacífico de colonización y la imagen de la empresa imperial se hace girones.

La “Historia natural” entonces se obscurece, se vuelve, pese a Oviedo, que tantas veces lo lamenta, “Historia moral”. Y es entonces el momento idóneo para desenfundar sus mejores armas retóricas, aquellas que le permiten apelar a la comprensión de sus lectores por esa encarnizada crudeza y reprensión discursiva que habita en la *Historia*; y, a la par, que ensalzan el esfuerzo que conlleva su tamaña empresa escritural.

¹⁴⁶ Subraya Gerbi que para Oviedo “las grandes hazañas de los antiguos no se pueden parangonar ni siquiera de lejos con las de los castellanos” (Gerbi, 1978, p. 324).

Con su particular *captatio* reivindicativa, que se va a ir reiterando transversalmente en la obra, el cronista se victimiza, se laurea y demanda reconocimiento, haciéndole memoria a quien lee que él recibe esas historias sin experimentar peligro alguno:

Conténtese el lector (...); y que lo puede leer sin que padezca tanta hambre y sed, calor e frío, con otros innumerables trabajos, desde su patria, sin aventurarse a las tormentas de la mar, ni a las desventuras que por acá se padescen en la tierra, sino que para su pasatiempo y descanso haya yo nascido y, peregrinando, vistos estas obras de Natura, (...) las cuales he escripto (*Historia*, 117, Libro I, Proemio, p. 11).

Empero, con todo ello, sin embargo, la crónica se vivifica y se vuelve multidimensional; se edifica como un proteico compendio de datos históricos antiguos y contemporáneos al escritor; de conocimientos culturales, religiosos, sociales, cognoscitivos, ontológicos y gnoseológicos, de inconmensurable valor documental, que permiten hoy restituir, desde diversos prismas, la “General Historia” de Las Indias.

-El naturalista, el geógrafo, el etnógrafo

“Así que el letor oiga con atención, e habiendo por máxima lo que tengo dicho, entienda que no lee fábulas, ni cosas aquí acumuladas por pasar el tiempo en hablar con ornada oración o estilo, como algunos hacen, porque de todo esto carecen estos tractados, e solamente son escriptos para notificar verdades y secretos de la Natura, llana e verdaderamente escriptos, a gloria e loor de Dios.”

(Oviedo, *Historia general y natural*)¹⁴⁷

Considerada “la primera Historia Natural del nuevo continente”¹⁴⁸ es esta la parte más reconocida de su obra y la que le reporta a Oviedo mayores encomios, incluso en vida. Por la relevancia y extensión del tema, emplazamos su desarrollo profundo a páginas posteriores, pasando aquí tan solo de puntillas.

¹⁴⁷ *Historia*, 118, Libro XIII, proemio, p. 56.

¹⁴⁸ Anthony Padgen, “Presentación” a *Naturaleza e Imperio*, Carrillo (2004, p. 12).

“En su época”, asevera Ballesteros, “no podemos localizar hombre de ciencia que se le pueda igualar en el conocimiento tan profundo que tenía de las tierras americanas” (1981, p. 172). Las aptitudes descriptivas, la carga testimonial y la conciencia de estar desvelando lo desconocido convierten a Fernández de Oviedo en una autoridad para los que pretendan explorar las conformaciones¹⁴⁹ de “las imágenes fundacionales de América”¹⁵⁰. Y es que “son tan dignas de saber las obras de la natura y el asiento del mundo, que dejada la Sagrada lesión¹⁵¹ aparte (...), ninguna otra me parece que puede ser más apacible” (*Historia*, 121, Libro VI, Proemio, p. 14), refería este meticuloso observador frente a aquel paradisiaco paisaje indiano. ¡Cuánto lamentará tener que dejar de contar la excelsa y divina Naturaleza para dar la narración de los trágicos hechos de los colonizadores en las Segunda y Tercera Partes de su *Historia*!

Con inquieta curiosidad y diligencia, y los beneficios de su oficio de cronista¹⁵², el Oviedo de la *Historia natural* es geógrafo, cosmógrafo, astrónomo, etnólogo, zoólogo, botánico. Y con el mismo proceder que se dijo del historiador, y desde la inmediatez, todos estos “Oviedos de ciencias” tratan de aprehender la Naturaleza americana desde sus múltiples prismas, en una titánica tarea enciclopédica, de inventario.

Definía Laín Entralgo a Oviedo como precursor en sistematizar un “criterio taxonómico a la vez estructural y funcional” (1979, p. 44) de la realidad americana, Su mirada, ciertamente, se detiene en fauna, flora y otros recursos, clasificándolos según materia. Las descripciones de árboles, plantas, frutas y animales se tintan, en plurales ocasiones, de poética. Con la piña de Oviedo no solo percibimos su aroma, nos la ilustra

¹⁴⁹ Puntualizaba Chinchilla que en la contemplación de la Naturaleza no buscó explicación filosófica, según reza la cita:

A este propósito digo que mi intención es decir lo que sé y he visto en aquestas cosas é no dexar de decir lo cierto, porque se maraville ó dexe de se maravillar el que desde lexos me escuchare ó leyere mis renglones : ni quiero tampoco ponerme á conjeturar de que progeden los efetos de las novedades que recuento, porque ni **soy tan filósopho** para comprehenderlos, ni me quiero detener en argumentos; sino conforme á la vista, diré lo que he podido comprehender ó he sentido en estas materias (*Historia*, Libro XV, cap. I).

Véase Ernesto Chinchilla (1949, p. 305).

¹⁵⁰ Sobre este aspecto véase Alberto Santacruz Antón, “Lo que yo digo y escribo, es de sola mi pluma y flaca diligencia”: la primera imagen de América en Gonzalo Fernández de Oviedo”, (2018, pp. 19-24)

¹⁵¹ La Naturaleza descrita por Oviedo está impregnada de providencialismo. En la I parte de su obra, el cronista recrea Las Indias como el Jardín del Edén. Esa imagen se diluye en las otras dos partes, cuando la tierra se vuelve hostil y la empresa imperial se tiñe de rojo.

¹⁵² Recordemos que por ese privilegiado cargo de cronista pasan por sus manos las relaciones y memoriales que se enviaban al Consejo de Indias.

con “detalles rigurosos”¹⁵³ (Mayorga, 2009). Y con ingenuidad nos habla de una criatura maravillosa, el gato monillo, el cantarín. Se adentra en espacios selváticos, otea las costas rocosas o visita inquietantes volcanes – como el Massaya, que parece ser la puerta a los infiernos- y describe a sus gentes, pues el territorio indiano es ahora también el hogar temporal de los españoles. Como afincado en América, le preocupan, pues, al cronista los recursos naturales, especialmente, al percibir que no se está exento allí tampoco ni de las malas cosechas, ni de las enfermedades, ni del hambre.

Y del indio todo le interesa: sus enseres, su ropa y abalorios, sus costumbres, el arte culinario ¹⁵⁴, las formas de pescar, las construcciones, los ritos, las actividades recreativas... “Porque Oviedo es, fundamentalmente, un etnógrafo y naturista, y después, un historiador” ¹⁵⁵. “Con él”, afirma Delgado, “la etnografía da un paso adelante” (1944, p. X).

Es sobre el tópico de la abundancia natural y de su fructífera explotación que se erige su profuso y sistemático inventario de Las Indias, con un discurso mercantilista¹⁵⁶ que late y determina la escritura tanto del *Sumario*¹⁵⁷ como de los primeros libros de su *Historia*. Como señala Figueroa, “favorecida con una abundancia proverbial por parte del Creador” (2018, p. 133), América es representada como “un inmenso botín listo para ser tomado y explotado” (Figueroa, 2017, p. 122). En consecuencia, no sorprende por parte del cronista madrileño esa apasionada interpretación utilitarista del territorio, de espacio

¹⁵³ Considera Mayoral que la descripción de la piña que lega Oviedo sobresale de la de otros historiadores por “tres motivos”: “porque posee la primicia”, ya que es el “primero en describir la piña recurriendo a detalles rigurosos”; en segundo lugar, “porque su descripción apela a los cuatro sentidos y utiliza *phantasia*”, y tercero porque su dibujo “no es una representación de refilón, de complemento, como la de Léry, sino que es en primer plano con rasgos precisos y trazos en detalle de tamaño considerable”. Véase Mayorga (2009), consultado en <https://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v21/mayorga.htm>

¹⁵⁴ Sobre esta dimensión de la *Historia* y la “alimentación como clave clasificatoria del Nuevo Mundo en la obra de Fernández de Oviedo”, véase Egaña (2015).

¹⁵⁵ Véase la nota preliminar de Jaime Delgado a *Los viajes de Colón*, Gonzalo Fernández de Oviedo, Colección Cisneros, Madrid, Atlas, 1944, p. X.

¹⁵⁶ Al respecto, véase la Tesis doctoral de Vanina Teglia, *Representaciones utópicas de América en la primera mitad de siglo XVI: polémicas y divergencias entre los cronistas. La Historia general y natural de Las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y la Historia de las Indias de Bartolomé de Las Casas*, dir. Dra. Beatriz Colombi, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2011, pp. 53-106.

¹⁵⁷ Elogiosas son las líneas que dedica Pérez de Tudela a este breve tratado, del que subraya su “poderoso y nítido sentido de la unidad”; el “esfuerzo sistemático que exigía” la descripción de la Naturaleza; las “preclaras dotes de acuciosidad y perspicacia para percibir y clasificar las formas”, y la “finura para observar y definir los detalles” (Pérez de Tudela, 1959, p. C).

aprovechable según “los dictados del mercado”¹⁵⁸, como dejan entrever estas primeras líneas de su *Historia*:

¡Cuántos mineros de oro e plata e cobre! ¡Cuánta suma preciosa de marcos de perlas e uniones que cada día se hallan! ¡En cuál tierra se oyó ni se sabe que en tan breve tiempo, y *en tierras tan apartadas de nuestra Europa*, se produciesen tantos ganados e granjerías, y en *tanta abundancia como en estas Indias* ven nuestros ojos, traídas acá por tan amplísimos mares? *Las cuales ha rescebido esta tierra no como madrastra, sino como más verdadera madre que la que se las envió; pues en más cantidad e mejor que en España se hacen algunas dellas*, así de los ganados útiles al servicio de los hombres como de pan y legumbres, e fructas, y azúcar, y cañafístola; cuyo principio destas cosas, *en mis días salió de España, y en poco tiempo se han multiplicado en tanta cantidad*, que las naos vuelven a Europa a la proveer cargadas de azúcar, e cañafístola, y cueros de vacas. E así lo podrían hacer de otras cosas que acá están olvidadas e aquestas Indias, antes que los españoles las hallasen, producían e agora producen, así como algodón, orchilla, brasil, e alumbre, e otras **mercaderías que en muchos reinos del mundo las desean y serían grande utilidad para ellos. Lo cual nuestros mercaderes no quieren, por no ocupar sus navíos sino con oro, e plata, e perlas**, e las otras cosas que dije primero (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 8).

Un concepto de “*utilidad*”¹⁵⁹ de toda esa mercadería al que se adhieren dos aspectos vinculantes que determinan la comprensión de la abundancia americana en Oviedo: el de “*unidad*”¹⁶⁰, con la convicción de que la Natura americana es un apéndice de la española y, por tanto, son un todo, y el de “*Imperio*”¹⁶¹, en tanto descripciones que siguen los dictámenes de los intereses de la empresa española -recordemos aquí su tesis de las Hespérides¹⁶², con ese empeño en demostrar el derecho, desde de los tiempos del rey Hespero, de la corona española sobre Las Indias-.

¹⁵⁸ “La escritura de Oviedo se repliega en *su* testimonio y *su* experiencia como método de conocimiento de *lo otro*, y ello da pie a seguir perseverando en el trampolín del enriquecimiento que suponen las nuevas tierras en el ámbito individual e imperial”. Véase Alberto Santacruz Antón, “La construcción de la idea de América desde la maravilla del Nuevo Mundo: unas notas sobre la evolución del discurso de la abundancia en Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y el Inca Garcilaso de la Vega”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 43, No. 85 (2017), 301-314.

¹⁵⁹ Por otra parte, para Oviedo, “no hizo Dios cosa inútil o sin provecho (...) No hay cosa errada ni mal compuesta en la natura, porque el Maestro y Hacedor de ella, no pudo errar, ni hizo cosa desconveniente o sin provecho” (*Historia*, 118, Libro XIX, proemio, pp. 187-188).

¹⁶⁰ El florentino Giovanni da Verrazzano defendía ya esa idea de integración “familiar” del Nuevo al Viejo Mundo. Para Coello, “al justificar y canalizar esa idea (...), en el fondo Oviedo estaba perfeccionando un discurso colonial a través del cual una realidad fragmentada (...) adquiriría un sentido pleno bajo el liderazgo español” (Coello, 2002, p. 78).

¹⁶¹ Refiere José Pardo Tomás a estas tres características esenciales sobre la actitud del cronista frente a la naturaleza americana. Véase Pardo Tomás (2002, pp. 61-63).

¹⁶² “Pero, en verdad, (...) yo tengo estas Indias por aquellas famosas islas Hespérides, así llamadas del duodécimo rey de España, dicho Hespero” (*Historia*, 117, Libro II, cap. III, p. 17).

1.2.4 Y LA ENTRETELA DE LA *HISTORIA*

“Sobre el lenguaje, (...) es un homenaje a la naturalidad y la sencillez (...). Las imágenes actúan sobre el lector por su belleza de movimiento algunas veces, por los detalles, por la fruición con que el narrador toma el objeto o el fenómeno y nos lo va presentando cuidadosamente en todos sus aspectos, o, directamente, por el asombro que es capaz de despertar (...).

Hay una percepción superficial inmediata del texto que impresiona al lector de ahora como si allí no se hubiera hecho más que describir elementos de la flora, la fauna y la etnología de las Indias, como lo haría una revista moderna o tal vez un álbum de coleccionista o un libro de viajes. Así, se proyecta en una filosofía de formas ideales, cuyas características más sobresalientes son la posibilidad de una travesía expedita hacia la hermosura/fealdad, la abundancia/pobreza, la suavidad/dureza del aire, pero siempre la novedad de las cosas de los indios, de sus costumbres, de la misma naturaleza (...)

Cuando el narrador adopta el discurso argumentativo, se dobla sobre sí mismo (...), hay un índice positivo, resultado de la visión del hombre que, por ser español y católico, se sabe sujeto de salvación (...)

Sin embargo, también se filtra un sentido pesimista que se descubre en una falta de reconciliación última entre los agentes de movimiento (...), que son los españoles mismos (...)”

(Margarita Vásquez, *Historia y ficción en el ‘Sumario’*)¹⁶³

Gonzalo Fernández de Oviedo fue uno de aquellos pocos españoles que, en los albores del descubrimiento, dejaron por escrito las impresiones de sus viajes con espontaneidad, detallismo y plasticidad; que escenificó enclaves o itinerarios con precisión y elocuencia, guiando a su embelesado lector por lo ignoto, por exuberantes tierras y mares embravecidos. Fue el alcaide también etnógrafo, al procurar explicar al hombre americano, con todas sus peculiaridades y costumbres; y historiador completo, como relator profuso y minucioso de los significativos hechos que acontecieron desde la arribada de Colón hasta mediados de XVI (nada menos que seis décadas) en aquellos territorios indios. Pocos cronistas dedicaron, asimismo, más de la mitad de su vida a la confección de una historia ciclópea y totalizadora, abrumadora tanto en su extensión como en su cúmulo informativo; y menos nos dejaron entrar en ese taller de costura, para revelarnos sus procedimientos escriturales, cómo se tejían las piezas textuales de su crónica, se tapizaban de vivos y finos colores sus descripciones y narraciones, se

¹⁶³ Vásquez (2020, pp. 141-145).

prescindía de ciertas telas y filaturas por ser poco convenientes, “de verdad dudosa”¹⁶⁴ para el riguroso historiador -como el estilo elevado, el brillo retórico o el uso del latín-, o, en reescritura incesante, cómo se injertaban añadidos, dándole mayor voluptuosidad a una obra siempre inacabada, permanente en marcha, y abigarrada de fuentes.

Al recuperar el sentido primigenio del término “texto” hallamos sus vinculaciones con los conceptos “tejido”¹⁶⁵ y “textil”. En esa imagen residiremos y desde ella nos aproximaremos a los diversos tejidos que han ido conformando la trenzada *Historia* de Oviedo. De entre las telas más relevantes, la histórica, la natural, la etnográfica o la moral dan cuenta de los ropajes que vistió el escritor, de sus mudas, en sus arduos y prolongados desempeños cronísticos.

Mas es la palabra, en todas sus formas y giros discursivos, para nosotros la de mayor peso. Es esta la entretela que le otorga consistencia a la *Historia general y natural de Las Indias* desde sus primeros hilados; es la que aúna, entreteje, los diversos tejidos, dándoles más o menos ligereza, prestancia o estilo.

A propósito del *Sumario*, Margarita Vásquez concluía que, para quienes leemos hoy ese librito, se nos presenta como “un cofre de finas antigüedades” (2020, p. 145), que, con la lectura “poco a poco cobran vida”¹⁶⁶ (2020, p. 145). La crónica, en su copiosidad, se torna, a nuestro parecer, más que cofre, arcón: uno, claro está, de fina orfebrería, que la experiencia ha curtido con los años al avezado descriptor, narrador y ya veterano morador del Nuevo Mundo-.

¹⁶⁴ Como señala Kohut, en el discurso ovetense hallamos “la oposición entre las protestaciones de la poca cultura del autor y la retórica de los autores cultos, oposición que asocia la verdad al estilo llano y contrapone ambas al brillo retórico que es asociado a la verdad dudosa, además de oponer el uso del español al del latín” (2005, p. 140).

¹⁶⁵ “La escritura como actividad se concibió en términos de “arar”, “grabar” o “esculpir”. El texto, como producto, se concibió en términos de “tejido” y de “textil”. Véase de Walter Mignolo, “La semiosis colonial. La dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas” (1992, p. 31).

¹⁶⁶ Reproduzco completamente la cita de Vásquez, por su particular belleza poética:

Para los lectores del siglo XXI la lectura del *Sumario* es como abrir un cofre de finas antigüedades: las naos, la derrota, los bastimentos, las leguas, el acaecer, el aquesto, el muy más presto, el como dicho es, las cartas de navegar; los ríos muy caudales levantar un agradable olor a alcanfor con el que se envuelven las cosas viejas, pero que, como en los cuentos infantiles, poco a poco cobran vida, y de pronto los vemos rodeándonos, mirándonos, apelando a nuestra nueva (y ficticia) ecológica manera de ver el mundo. Y llegamos a amarlos (Vásquez, 2020, p. 145).

Constituida *auctoritas* tanto para los cronistas de su tiempo como para la literatura hispanoamericana de siglos posteriores, esta densa, barroca y defectiva *Historia* cobija todo ese singular brillo narrativo. Si bien el autor demanda las primeras páginas de esta investigación, la escritura ovetense, con sus fallas y virtudes, siempre será ese foco que nos ilumine y determine nuestros capítulos.

1.2.5 ‘QUE ES COSA DE NOTAR’¹⁶⁷

“Y esto, lector mío, avés de entender.”
(Oviedo, *Historia general y natural*)¹⁶⁸

“Un Dios, una Ley, un Elemento. Y un acontecimiento divino (...) con la exigencia de uno de que se le instruya.”
(Henry Adams, *La educación de Henry Adams*)¹⁶⁹

“En la literatura nada hay más difícil que la sencillez.”
(Miguel Delibes)¹⁷⁰

Toda simplificación narrativa entraña complejidad. Cualquier proceso de escritura requiere de ciertas competencias de estructura y de jerarquización de la información, para que esta llegue cohesionada y clara. Frente a su enrevesada *Historia general y natural de las Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo recurre constantemente a la apelación directa del lector para orientarlo e influirlo, como maniobra retórica de persuasión ya practicada desde antaño en la Oratoria.

Manifiesta Edward H. Carr que todo historiador “se ve en la necesidad de simplificar” (2006, p. 171) y, si no, de “introducir cierto orden y unidad al caos de los acontecimientos y en la barahúnda de causas (...), obrando en todo ello lo mismo que el

¹⁶⁷ Cita extraída del *Sumario de la natural historia de las Indias* [1526]. Edición de Álvaro Baraibar. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2010, pp. 211-212.

¹⁶⁸ Oviedo, Quincuagena I, est. XLI, en Avallé Arce, *MGFO* (vol. I, 1974, p. 101).

¹⁶⁹ Henry Adams, *La educación de Henry Adams*, Boston, 1928, p. 224. Extraído de Edward H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 171.

¹⁷⁰ En *Voces para un Cervantes*, El País Selección, 2013, en https://books.google.es/books?id=6cdnAwAAQBAJ&pg=PT131&dq=%E2%80%9CEn+la+literatura+na+da+hay+m%C3%A1s+dif%C3%ADcil+que+la+sencillez&hl=es&newbks=1&newbks_redir=1&sa=X&ved=2ahUKEwjC89vKifP-AhWF7aQKHRuFAiQQ6AF6BAGHEAI

científico” (p. 171). Ardua fue la contienda que entabló Oviedo con el desorden expositivo de su laberíntica *Historia*, tras la persecución de coherencia estructural. “Ojo despierto” (Ballesteros, 1981, p. 11), dióse cuenta el Veedor que la heterogeneidad de su tejido narrativo y su confección precipitada (con el referente histórico aún fresco en la pupila) suscitaban sensación de caos. Y resuelto a esclarecer semejante mole, halló, de entre otras estrategias¹⁷¹, en los excursos metarreflexivos y en el lector sus mejores aliados.

En un estudio muy reciente, Baraibar concluye que Oviedo en su crónica se erige “guía de lectura” (2022, p. 67), y, a la par, echa el estudioso en falta la existencia, aun hoy, de un análisis más exhaustivo sobre “la función que desempeñan las apelaciones” y “la relación que Oviedo establece con sus lectores en la *Historia*” (Baraibar, 2022, p. 69). Esa férrea dependencia de Fernández de Oviedo con el uso de excursos apelativos y metaliterarios nos lleva a reconsiderar este rasgo como parte del *modus scribendi* del escritor. Un procedimiento retórico (o literario) que le imprime carácter personal a la obra, que le otorga mayor hibridez genérica y que no solo se evidencia en su crónica americana sino que encuadramos también en otros escritos como sus *Batallas* y *Las Quincuagenas*¹⁷².

Sabemos que desde el siglo XIII la figura del historiador ya no oculta “su personalidad tras los documentos”, con “una mayor relevancia como autor” (Aurell, 2016, pp. 59-60). Los cincuenta Libros que sustentan la *Historia* son piezas tejidas de historia y literatura, justamente porque están veteadas de una fuerte presencia autorial. Como se verá en el capítulo que atiende a la *dispositio*, los alegatos, las expansiones reflexivas y las remisiones son artificios retóricos que nuestro narrador explota al máximo, con el fin de cohesionar esa madeja híbrida y miscelánea que entreteje la crónica indiana. Don Gonzalo mina el tejido cronístico con tan abultado surtido de apariciones que estas demandan, en sí mismas, un estudio aparte.

¹⁷¹ Como se verá, desde una perspectiva disciplinar, si acaso prevalece uno, es el orden geográfico el que dicta los senderos escriturales de cronista de Las Indias.

¹⁷² “Amigo lector, pues ha plazido a nuestro señor de aver dado fin a la primera para o primera *Quinquagena*, antes que entre en la segunda os quiero traer a la memoria lo que Séneca dize (...)”. Establecida la estructura, reflexiona: “¿Parésceos que son palabras y consejo éste para olvidarse? No, por cierto, ni es razón para que yo [la cursiva es mía] lo olvide de poner (...)?”. *QNE*, en *MGFO* (vol. I, 1974, p. 228).

En ocasiones, el cronista ruega con condescendencia: “Pido al lector que donde le pareciere corta mi información, tenga respecto al trabajo con que se inquieten estas cosas en partes nuevas” (*Historia*, 117, Libro VIII, proemio, p. 245).

Otras nacen con el fin de aleccionar al lector:

(...) quiero yo ocuparme en la relación destes otros animales irracionales, para que con lo uno y lo otro, y quanto esta *General Historia* contiene, se puedan dar muchas gracias a Dios, si el letor no fuere descuidado; pues que el leer no ha de ser para el gusto de leer o entender cosas nuevas, sino para alabar y mejor conocer al Criador e causa de todas ellas (*Historia*, 118, Libro XII, proemio, p. 29).

También vienen originadas por la necesidad de algún que otro remiendo:

Pues este libro no solamente ha de servir en esta primera de aquesta *Natural Historia de Indias*, pero excusarme ha de replicar en la segunda, o tornar a reescribir muchas cosas de éstas a que me podré referir cuando convenga hablar de ellas en los libros adelante (*Historia*, 118, Libro XIII, cap. I, p. 57).

O para alentar al lector frente al fárrago noticioso: "Porque ni yo canse, con memorar muchas veces lo que estoviese manifestado, ni el letor por esta causa aborrezca la legión..."(*Historia*, 117, Lib. VII, proemio, p. 226).

Pero, en las más, es para ordenar su *Historia*:

Puesto que para llevar ordenada mi historia se ha ya dicho alguna cosa de gobernadores y gobernados, no por eso dejaré en el olvido las otras cosas (...); e pues ya se dijo de los ritos (...), diré, en este libro VII, de sus mantenimientos (...). E acabado eso, se tractará en libros particulares de los animales terrestres, e de los de agua, e (...) y, en fin, de todo lo que prometí expresar y ofrescí que escribiría, segund lo dije en el proemio principal o libro primero, y en el segundo desta primera parte o volumen; porque lo que de aquí adelante se ha de seguir, es lo que más hace al caso de la admiración de tan nueva e peregrina historia (*Historia*, 117, Lib. VII, proemio, p. 226).

Estas interpelaciones y aclaraciones metatextuales, regidas por la máxima ovetense “porque el letor mejor me entienda” (*Historia*, 118, Libro XIII, proemio, p. 56), subyacen como uno de los gestos más característicos de la narrativa de Fernández de Oviedo.

Defendemos que estos excursos evidencian, asimismo, la preocupación del cronista por los aspectos formales de su escritura. Muestran sus desvelos por brindarnos una composición clara y dotar a su prosa de un estilo elocuente, con el fin de ver cumplidos primordialmente dos objetivos: primero, poseer el distinguo de ser fuente documental principal, veraz y detallada, de lo novedoso de Las Indias; y, segundo, que su *Historia* prevalezca sobre el resto de las crónicas por su elevado sentido utilitario. Cual Tito Livio¹⁷³, escribe Oviedo para servir y enaltecer a la patria, como lo ejemplifica este fragmento de su Libro VI, denominado *Libro de los depósitos*:

“(…) que el lector me quiera escuchar, quiero que oigan y sepan de mí, en todo el mundo cuán riquísimo imperio es aqueste destas Indias, que tenía Dios guardado a tan bienaventurado Emperador como tenemos, e a tan largo e liberal distribuidor de las riquezas temporales, e que tan sabia e sanctamente son por su mano despendidas y empleadas en tan católicos y sanctos ejercicios y ejércitos, para que con más oportunidad e abundancia de tesoros, hayan efeto sus altos pensamientos e armas contra los infieles y heréticos enemigos de la religión cristiana. E para que los extraños vean y de que todo punto entienda, (así como está cierto e notorio) que a España la doctó Dios de animosos y valerosos y altos e muchos varones ilustres, y caballería, y de tanta nobleza (...). E no sin causa, dijo Livio por nuestros españoles: ‘Ferocísima gente son, porque piensan que ninguna vida es loable sin las armas’¹⁷⁴ (*Historia*, 117, Libro VI, cap. VIII, pp. 156-157).

Y también como el historiador romano, su “talento de narrador confina con el de cuentista” (Nisard, 1946, p. 263). Minucioso en detalles y acomodado en un lenguaje expresivo, identificamos cualidades del Oviedo descriptor de la naturaleza indiana en esta definición que se ofrece del autor de la *Historia de Roma*:

Tito Livio es colorista por el interés de sensibilidad que se toma por todas las cosas, y también porque tiene algo de la naturaleza de los poetas, en quienes el arte del escritor está muy cerca del arte del pintor o del escultor, y la pluma que escribe, de la plástica que modela (Nisard, 1946, p. 255).

La *Historia* se conforma sobre el prisma ovetense; con las inquietudes y convicciones individuales de su creador. La voz del yo se eleva irrefutable, mostrando su pragmatismo, su moralidad, su jocosidad o su idealismo, revelándose en los fragmentos

¹⁷³ Tito Livio tuvo indudable impronta en el Renacimiento europeo y, especialmente, en los cronistas de Indias. Son numerosas las ocasiones que Oviedo trae la autoridad del historiador romano, en especial la Década Primera, para sustentar sus propias argumentaciones.

¹⁷⁴ Tito Livio, *Década primera*, lib. IV, capítulo XV, según refiere Pérez de Tudela (*Historia*, 117, p. 157)

centrales y en los márgenes, en los proemios, en los epígrafes y en los dibujos. Ya sea por la epopeya imperial, el *locus amoenus* indiano o los avatares autobiográficos del cronista, la emoción ovetense emerge y se apodera de la escritura; se adueña de la *Historia*. La crónica se mina de subjetividades: de arengas, cuentecillos, juicios, memorias y anécdotas plagadas de percepciones, reflexiones, confidencias e intenciones personales traídas e insertadas según el sentir del historiador. Y toda esa literatura que modula la *Historia general y natural de las Indias*, y que la dota de personalidad, nos conduce una y otra vez al autor.

2. TRADICIÓN Y MODERNIDAD: MODELOS, FUENTES Y PARADIGMAS CULTURALES DE OVIEDO

2.1 OVIEDO, PARTICULAR TEJEDOR DE HISTORIAS Y SUBJETIVIDADES

2.1.1 HISTORIAR SIGNIFICA INTERPRETAR¹⁷⁵

“Que en el recuento de los iniciadores de la narrativa hispanoamericana figure Gonzalo Fernández de Oviedo. Él (...) vive y escribe en el alucinante contexto de la conquista (y) (...) en no pocas ocasiones su pluma se desliza hacia ese mundo, impreciso y ambiguo, entre la historia y la ficción”
(José Juan Arrom)¹⁷⁶

“Entonces, ¿qué es la historia? (...), la respuesta sigue siendo la misma que la que encontraron, hace dos mil doscientos años, los sucesores de Aristóteles. Los historiadores relatan acontecimientos verdaderos cuyo actor es el hombre; la historia es una novela verdadera. Respuesta que, a primera vista, parece no serlo...”
(Paul Veyne)¹⁷⁷

“History, if it be a form of experience, cannot avoid the character of thought”.
(Michael Oakeshott)¹⁷⁸

“En cualquier caso, las crónicas reflejan la psicología del autor”
(Mercedes Serna)¹⁷⁹

La historiografía colonial indiana ha puesto en evidencia que es la mentalidad del cronista la que delimita e impregna de heterogéneos matices el texto histórico. En el abultado corpus de naturalezas multiformes que es la crónica de Indias, cada autor comparte rasgos comunes (por ejemplo, su pertenencia al Imperio o la misma herencia cultural), pero es la definición de la mirada y la voz del “rapsoda” las que instauran las diferencias. Pané, Oviedo, Las Casas o Cortés escriben la historia “que les dicta su circunstancia personal” (Merrim, 2006, p. 88), acomodando el contenido y la forma (es

¹⁷⁵ Cita extraída de Edward H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 98.

¹⁷⁶ José Juan Arrom, “Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios”, “Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios”, *Casa de las Américas*, vol. 24, n.º 141 (noviembre 1983), p. 114.

¹⁷⁷ Paul Veyne, *¿Cómo se escribe la historia? Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 10.

¹⁷⁸ M. Oakeshott, *Experience and its Modes*, Nueva York, Cambridge at the University Press, 1933, p. 89.

¹⁷⁹ Mercedes Serna, *Crónicas de Indias: antología*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 56.

decir, sus estrategias discursivas) a sus intereses individuales, en un contexto pragmático, utilitario. De este modo, del posicionamiento crítico –ante la naturaleza americana, la alteridad, la conversión o la conquista– y de la apropiación de la verdad de cada uno de estos individuos emanan distintas y, en ocasiones, muy distantes expresiones de la realidad indiana.

En este marco cronístico, la ópera prima de Gonzalo Fernández de Oviedo deviene el más extenso y detallado tapiz narrativo sobre las materias y sucesos acontecidos en aquel Nuevo Mundo, tras la arribada del Almirante Colón hasta 1549. Asimismo, destaca su biógrafo que historiográficamente merita por su talante precursor, al legarnos “el primer esquema histórico coherente (pese a su aparente desorden expositivo) de los extraordinarios hechos que iban aconteciendo” (Ballesteros, 1981, pp. 11-12). Pero, además, esta investigación sustenta otra premisa añadida: a la par, y pese a las pretensiones de objetividad ovetenses, la defendemos como una de las crónicas indianas más personales y fluctuantes. Las implicaciones de Oviedo con la materia narrada son absolutas y nada inocentes; es autobiógrafo, actor, personaje y autor y, en ese juego de polivalencias, dichas voces se elevan en beneficio propio, tantas veces en defensa de “the author’s complex administrative and legal ambitions” (Myers, 2007, p. 41).

En ocasiones, lo ciega el apasionamiento, pues “si algún exceso hay en Oviedo, es en el sentido del entusiasmo” (Gerbi, 1978, p. 312), y tiñe de hipérbolos y prejuicios¹⁸⁰

¹⁸⁰ El retrato de la cacica Anacaona llega impregnado de epítetos que enfatizan su “amoralidad” y que evidencian cómo y cuánto los presupuestos valorativos del cronista determinan la definición de este personaje, que debió causar perplejidad a los lectores:

Mas, porque (...) Anacaona (...) fue la mujer más principal desta isla en su tiempo, es bien que se sepa que toda la *suciedad del fuego de la lujuria* no estuvo solamente en los hombres en esta tierra (...). Ésta (...) tuvo algunos actos semejantes a los de aquellas Semiramis (...), en muchas *suciedades otras libidinosas* le fue semejante. Esta Anacaona fue mujer del rey Caonabo y hermana del rey Behecchio; la cual fue *muy disoluta*, y ella y las otras (...) *fácilmente a los cristianos se concedían* e no les negaban sus personas. Mas, en este caso, esta cacica usaba *otra manera de libidine*, después que su marido y su hermano, en vida de los cuales no fue *tan desvergonzada* (...). Hizo su habitación en la tierra o señorío de su hermano, en la provincia de Xaraguá (...) e no se hacia más de lo que ella mandaba, (...) fue (...) absoluta señora e muy acatada de los indios; pero *muy deshonesto en el acto venéreo* con los cristianos (*Historia*, 117, Libro V, cap. III, pp. 119-120).

Para el cronista, estos vicios nefandos merecen alto castigo y católica reeducación. No obstante, su férrea religiosidad, su criterio etnográfico se impone en los renglones finales, con una cierta consideración hacia la figura de esta india que “con todo esto, *era de grande ingenio*, e sabía ser servida e acatada e temida de sus gentes e vasallos e aún de sus vecinos” (*Historia*, 117, Libro V, cap. III, p. 120).

Las cursivas son mías.

su discurso¹⁸¹, o recurre a técnicas puramente “literarias” en su ardua batalla por comunicar, con palabras llanas y castellanas, la insólita “maravilla”¹⁸² americana. En otras, acude convenientemente a su inventiva para incorporar diálogos en los que no estuvo presente¹⁸³ y que rezuman patriotismo, cimiento éste nuclear en la autoedificación de su imagen ejemplar, como vasallo fiel y merecedor de las mercedes reales. Es tanto así que, indisoluble, la *Historia* no puede abstraerse de su historiador. Se nutre y camina condicionada a su omnipresente presencia y a su omnipotente esencia, al diálogo que entabla Oviedo con los hechos y a las singulares interpretaciones con que los atavía.

Alegaba Borges, por mediación de su Pierre Menard, que “la verdad histórica no es lo que sucedió, sino lo que juzgamos que sucedió” (2011, p. 115). Y, entonces, ¿qué es verdad para Oviedo? La cuestión se enmaraña, porque viene determinada por diversos

¹⁸¹ Cualquiera que sea el referente, aprovecha la ocasión el cronista para apostillar sus opiniones. A propósito del “names”, fruta que “no es natural de aquestas Indias” y que “quiere parecer ajas”, escribe que “vino con esta mala casta de negros (...) de los cuales hay más de los que algunos habrían menester, por sus rebeliones” (*Historia*, 117, Libro VII, cap. XIX, p. 244).

¹⁸² Célebre es ya su descripción pormenorizada de la piña (*Historia*, 117, Libro VII, cap. XIV, pp. 239-243). El capítulo dedicado al *hicaco* (*Historia*, 117, Libro VIII, cap. IX, p. 255) evidencia, de nuevo, el ingenio literario del autor, aunque su fruto le despierte menor entusiasmo. La mirada se detiene primero en el aspecto físico del árbol y las hojas “que quiere parecer mucho al madroño” para recalar con detalle en la fruta: “unas manzanas pequeñas: algunas son blancas e algunas coloradas o rojas, e otras cuasi negras”. En su opinión, “no es de las muy buenas frutas, ni tampoco es mala, ni dañosa”. Y el sentido pragmático ovetense se incardina en el discurso, para explicarnos las texturas, los colores, las virtudes y los males de este alimento, que es bueno “para el flujo de vientre” pero duro de roer. El clímax creativo arriba en broche humorístico, al final de este fragmento:

El cuesco es grande, segund la poca cantidad del fructo (porque es poco lo que hay de comer), e hace de despegar royendo bien, e, por tanto, no es buen manjar para las encías. Aquella poca carnosidad que tiene de comer, es blanca mucho, e nunca se despega tan presto que no sea menester volver a ello, cuasi rumiando, para despojar el cuesco. La tez desta fructa o corteza tiene alguna similitud con la piel de la cara de las monas; porque, por moza que sea la mona, parece vieja en las rugas, y así, las manzanas destes hicacos o fructas siempre están llenas de rugas por frescas que sean (*Historia*, 117, Libro VIII, cap. IX, p. 255).

¹⁸³ Refiero al largo parlamento de Montezuma a los señores de sus comarcas para que “obedesciesen e sirviesen al Emperador don Carlos” (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. IX, p. 41), en presencia de Cortés, pero que Oviedo no presencié, y cuya noticia le llega a través de una relación. El extenso diálogo, vivo y detallado, se sella con una sospechosa dosis de dramatismo magnificado:

Lo cual todo les dijo llorando, con las mayores lágrimas e sospiros que un hombre podía manifestar; e asimesmo todos aquellos señores que le estaban oyendo, lloraban tanto, que desde a grand espacio no le pudieron responder. Era la cosa de tal manera, que ninguno de los españoles estaba sin haber mucha compasión (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. IX, p. 41).

Y como no es de los que dan puntadas sin hilo, a la pusilanimidad de Montezuma y a la sagacidad de Cortés anuda Oviedo con ingenio y provechosamente su tesis de que las Indias Nuevas son las antiguas Hespérides:

E por los sanos deseos e méritos de César, se encaminaron las cosas a otro mayor derecho e origen del que Montezuma decía; porque si allí habían ido sus progenitores, no se sabe ni está escrito quién fueron éstos (...); excepto si, como se dijo en la primera parte destas historias, en el libro II e capítulo III, estas gentes tenían alguna noticia, de lo que allí se tractó, del rey XII de España, llamado Hespero (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. IX, p. 42)

condicionantes: ¿qué percibe? ¿cómo y con qué exactitud lo asimila? ¿qué criba? y, por tanto, ¿cuáles son las aptitudes y las actitudes del historiador frente a uno u otro referente?... En definitiva, ¿qué cree y porqué lo cree Oviedo? Si desde “la epistemología se afirma que debemos creer en lo verdadero”¹⁸⁴, igualmente se vinculan las creencias de verdades a la voluntad y a los sentimientos, de modo que, “el creer involucra tanto a la razón como a la pasión” (Posada, Díaz y Aguirre, 2013, p. 159). Por ende, el hilo “verdadero” se nos enreda. Que no pocos criterios -cognoscitivos, epistemológicos, políticos, religiosos, filosóficos, socioculturales, económicos, anímicos...- entran en juego en la configuración de la objetividad del historiador.

Es más, la razón nos la concede el propio Oviedo, quien presenta la *Historia* como interpretación; pues sus escritos nacen de lo que él tiene “penetrado y entendido” (*Sumario*, 2010, p. 66) que, cual Plinio que “en su historia quiso o se esforzó comprehender el universo” (*Historia*, 117, Libro VIII, proemio, p. 244), “esforzarme he a escrebir lo que he podido entender e alcanzar destas materias e natura de historia” (*Historia*, 117, Libro IX, proemio, p. 278). Y si bien es cierto que en honor a la verdad acude Oviedo a una tupida red de informantes -pues “dixo Séneca que para decir bien es de buscar llena materia e muy abundosa” (*BYQ*, 1989, p. 270)-, él, y solo él, selecciona u omite, ordena y decide cómo narrar la materia recopilada. Que es Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés quien mueve los hilos de esta crónica.

Edward H. Carr, en su canónico ensayo *¿Qué es la Historia?*, apegándose a las reflexiones del profesor Michael Oakeshott¹⁸⁵ y a las del filósofo Robin G. Collingwood¹⁸⁶, recuerda que, aunque “la mente del historiador se apoya en la evidencia empírica” (Carr, 2006, p. 97), la historia es, en definitiva, “la experiencia del historiador”¹⁸⁷, porque es “la reproducción” de su “pensamiento” (Carr, 2006, p. 97) sobre

¹⁸⁴ Sobre las vinculaciones entre la razón y los sentimientos es de interés el artículo de J. G. Posada, P. Felipe Díaz y J. C. Aguirre, “La dependencia de la verdad a las pasiones”, *Anagramas*, vol. 12, n.º 23 (julio-diciembre 2013), p. 159.

¹⁸⁵ Nos remite Carr al trabajo de Oakeshott, *Experience and its Modes*, Nueva York, Cambridge at the University Press, 1933.

¹⁸⁶ Los papeles de este autor británico (1891-1943), afín a las concepciones de Croce, los recogió póstumamente T. M. Knox en 1945 en un volumen titulado *La Idea de la Historia*. Para esta investigación se ha consultado la edición de Jan van der Dussen para el Fondo de Cultura Económica publicada en 2004.

¹⁸⁷ Con esta serie de ensayos, ya un clásico para el estudio de la historiografía, Carr defiende la sinergia que se establece entre la historia y el historiador, las implicaciones paradigmáticas entre el sujeto que narra y el objeto narrado. Un recorrido por los orígenes de la historia, un análisis de los criterios metodológicos de los historiadores y las reflexiones respecto al objetivismo y subjetivismo histórico son algunos de los aspectos abordados por el británico, que recurre a filósofos de la Historia como Oakeshott o Collingwood para sustentar sus argumentaciones. Edward H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 97.

la materia histórica que aborda. En su opinión, los historiadores no pueden liberarse de sus prejuicios inconscientes, encadenados a las influencias epistemológicas de su propia época. Incluso durante las tareas de observación y selección de los datos, estos no pueden escapar a condicionantes intelectuales, políticos o morales, y lo enfatiza recreando la siguiente metáfora:

Ante todo, los hechos de la historia nunca llegan en estado “puro”, ya que ni existen ni pueden existir en una forma pura: siempre hay una refracción al pasar por la mente de quien los recoge. (...) Y es que los hechos no se parecen realmente en nada a los pescados en el mostrador del pescadero. Más bien se asemejan a los peces que nadan en un océano anchuroso y aun a veces inaccesible; y lo que el historiador pesque dependerá (...) sobre todo de la zona del mar en que decida pescar y del aparejo que haya elegido, determinados desde luego ambos factores por la clase de peces que pretenda atrapar. En general puede decirse que el historiador encontrará la clase de hechos que busca (Carr, 2006, pp. 97-98).

Porque, en cualquier circunstancia, y como vamos a seguir argumentando, “historiar significa interpretar” (Carr, 2006, p. 98).

- 2.1.1.1 EL CRITERIO PERSONAL

“Porque acaso la clave de la bóveda de la tensa existencia de Oviedo no sea otra que la pretensión de permanencia esforzada, (...) el carácter sobresaliente y su obra se fraguan en una sostenida batalla del sujeto por imponer su yo y su arquitectura conceptual (...)”.

(Pérez de Tudela)¹⁸⁸

“La operación historiográfica -usando las palabras de Michel de Certeau- es una operación compleja, mixta, que convierte en caduco cualquier objetivismo, lo que no quiere decir que, por ello, rompa con el horizonte (...) de un compromiso con la verdad a revelar (...)” .

(François Dosse)¹⁸⁹

Defendemos, pues, que desde una perspectiva historiográfica y literaria, la *Historia general y natural de las Indias* se erige amparada principalmente por la *autorictas* de Oviedo, sobre los cimientos de esa hegemónica impronta autorial y

¹⁸⁸ Pérez de Tudela (1957, p. 401).

¹⁸⁹ Dosse (2007, p. 411).

autobiográfica. En el siglo XVI, lo que diferencia esencialmente a la Historia de otras disciplinas, como la Poética o la narrativa de ficción, es su capacidad de ser veraz y ejemplar, y ello la convierte, en términos de Beckford, en un tipo de discurso superior¹⁹⁰. Marcar esta distinción resulta vital para el historiador Oviedo, cuyo discurso zigzaguea entre la intencionalidad informativa y la necesidad persuasiva. Ese afán suasorio -pilar sobre el que reposa el peso retórico de la obra- determina su escritura: la apuesta por el estilo llano y espontáneo, su empeño por ligar su *Historia* con una lucida veta autobiográfica, el desorden expositivo ligado a la digresión, el gusto por el *exemplum*¹⁹¹ y su tono sentencioso -mecanismos de la *inductio* persuasiva para corroborar la verosimilitud fundándose en la semejanza¹⁹² (Lausberg, 1966, I, pp. 352-353)-. Por supuesto, qué decir de la complicidad que establece con el lector¹⁹³, haciéndolo participe de sus dudas¹⁹⁴ y sus empatías personales, amenizándolo con cierto gracejo humorístico o clamando a su agudeza en tantos pasajes irónicos. La base metodológica del cronista reposa férrea en la obligación real de decir la verdad, en la persecución de un “relato

¹⁹⁰ A propósito de Vives, en el capítulo “Historical representation: Juan Luis Vives”, Beckford recuerda que “there was, nonetheless, general agreement among preceptors of the discipline that historical narrative should be both truthful and exemplary, "a superior type of discourse". El debate sobre la delgada frontera entre la verdad y la ficción “was not only addressed in the rhetorical and philosophical treatises, but confronted in the historical narratives such as those of Oviedo and Las Casas” (Beckford, 2007, p. 20).

¹⁹¹ Enraizado en la Antigüedad, es durante el siglo XIII que el *exemplum* adquiere mayor relevancia. En su estudio sobre los *exempla* medievales, Le Goff concluye que esta “anécdota edificante”, destinada a “la saludable lección”, y que se convierte “en un producto ideológico de gran consumo”, es asimilada por el cristianismo, asumiendo formas nuevas y enorme éxito a finales del XII (Le Goff, 2008, p. 154).

¹⁹² Señala Lausberg que el “*exemplum*”, como una “*probatio* traída de fuera”, “es un caso de la *similitudo* en sentido amplio”, y emparenta con la *auctoritas*. Tiene una función de “*utilitas*”, es decir, persuasiva (“*utilitas ad persuadendum*”) y una función literaria (*commemoratio*) relacionada con el “*ornatus*” (1966, I, pp. 349-350). Sobre la credibilidad de los *exempla históricos*-que atañen a hechos reales- aclara Lausberg que deben presentarse “de manera convincente”, explotando todos los recursos del arte que resulten persuasivos (I, p. 283).

¹⁹³ “Yo querría”, refiere el cronista, “cuando en algún paso se toca algún nombre extraño a nuestra lengua castellana, satisfacerle, sin pasar adelante, por el contentamiento del que lee” (*Historia*, 117, Libro V, cap. III, p. 119).

¹⁹⁴ A propósito del descubrimiento de que Yucatán es península y no isla, el cronista se sincera con el lector y le muestra las dificultades que entraña comunicar verdaderamente un Nuevo Mundo que se está aún descubriendo: “Si lo que aquí se dirá de la cosmografía e asiento de la provincia del Yucatán no se conformare totalmente con lo que se dirá adelante, no es de maravillar; porque estas cosas que requieren *medida justa e experiencia* del tiempo para que muchas veces y por muchos se entiendan, *no se pueden de una vez así perfectamente, considerar ni entender*, como se alcanzan después, tractándose la tierra, y con más espacio, *enmendando e perficionando lo que se debe puede decir con verdad (...)*”. Los criterios de verdad, experiencia y enmienda sostienen su escritura, como subrayan todas mis cursivas. Su conclusión vincula el ver con el entender: “E aquella provincia de Yucatán no es isla, sin la misma Tierra Firme, e así lo enseña (...) en las cartas de navegar, y así lo dicen los que después han estado allí, e los pobladores españoles, de los cuales *yo he seído informado e lo han andado e visto*, caso que (...) otros pensasen que Yucatán era isla (...) e quisieron adivinar lo que no *vían ni entendían*” (*Historia*, 118, Libro XVII, cap. XII, pp. 130-131).

transparente”¹⁹⁵ (Beckford, 2007, p. 66), aséptico a las intervenciones e interferencias de quien las narra.

Pese al manejo de su saber antiguo y a la incorporación ingente de testigos contemporáneos y opiniones dispares sobre un mismo hecho para legitimar su neutralidad, no consideramos que lo logre en su totalidad. Como vamos reiterando, esta *Historia* camina subjetivada, con esa voz autorial interpretativa que increpa, desmiente, frivoliza; que se apiada o condena; que loa o se espanta, victimizándose o jactándose de su posición. La crónica es, ante todo, la opinión “personal” del autor, puesto que hasta ese copioso corpus de testimonios que incorpora pasan necesariamente por su particular selección. Glorifica Oviedo su objetividad, que “diré lo que en ella he visto, e lo que no he visto explicaré por informaciones de personas que merezcan crédito” (*Historia*, 120, Libro XXXIX, Proemio, p. 338). Esto le implica “conocer al que habla” e “saber qué persona es, porque sus palabras se acepten e tomen por burlas o veras” (*Historia*, 120, Libro XXXIV, Proemio, p. 267). Mas, ¿quién dictamina finalmente la veracidad de la fuente? Como nos lo hace saber en su crónica, siempre se impone el juicio del autor:

Y así he hallado muchos y he oído muchas cosas que, aunque las escucho, ni las niego ni las apruebo, puesto que en mis borradores para mi acuerdo las noto; pero no las escribo en limpio, sin que mis ojos me desengañen, si es posible verlas; o que halle contexte que me satisfagan (*Historia*, 120, Libro XXXIV, Proemio, p. 267).

Insiste Oviedo en las páginas finales de su crónica que “ande la verdad sobre todo” y, por ello, “díjala y óbrela cada uno como mejor supiere y entendiere”¹⁹⁶ (*Historia*, Libro L, cap. XXX, p. 417). Discurso que se ha ido repitiendo en su crónica, especialmente en los proemios, con tesonería y vehemencia, y que con ese “entendiere” torna a involucrar inferencias, asimilaciones, hipótesis e interpretaciones del autor.

No descubrimos nada nuevo al afirmar que las crónicas de Indias cumplen, en su mayoría, una función política. Y hasta el lector poco avezado la detecta desde bien temprano en la *Historia*, enfrentado a un texto de tan elevado cariz político, que se hilvana

¹⁹⁵ En el capítulo “Conjecture and credibility: Oviedo”, Beckford concluye que “Oviedo once again highlights his own methodological standards: under royal obligation to tell the truth, he claims no interference in the production of a transparent account” (2007, p. 66).

¹⁹⁶ Alta empresa, la de desentrañar y contar la verdad, que, como puntualiza don Gonzalo, depende en mucho del agente transmisor; y que nos remite al estudio de su figura, pues atañe a los “entendimientos”, a la habilidad expresiva, a los códigos interpretativos, a los móviles del cronista y, por ende, al cifrado de su subjetividad.

sobre la parcialidad del cronista imperial. Porque bajo la pátina objetiva que abrillanta la *Historia*, asoman los intereses y las motivaciones de don Gonzalo, quien comenta enardecido sus fuentes, dignificándolas, desautorizándolas o dándoles rápido carpetazo en función de la conveniencia, de la afinidad o de la animadversión que le inspira el testigo. Si para Cicerón la credibilidad depende de la cualidad del atestiguante, considera de sí Oviedo que la suya queda más que legitimada, tanto por sus loables virtudes para descifrar la verdad como por ser prolongada encarnación del testigo *de visu* en tierras americanas. Por ello, pese al “entero crédito”, por ejemplo, que le profesa don Alonso de Santa Cruz, “porque es hombre de honra” (*Historia*, 118, Libro XXIII, cap. V, p. 363), indaga y coteja Oviedo otras muchas fuentes (las apreciaciones de Plinio o del Tostado, o los testimonios oculares del piloto Diego Martín, del sevillano Joan Farfán de Gaona o de Joan Gallego) antes de dar veracidad a la existencia de los nereidos y de pronunciar *su* veredicto: “por todo lo que está dicho en esta materia, parece ser verdad que los hay” (*Historia*, 118, Libro XXIII, cap. V, p. 363). Así, como “no hay prueba más fuerte que el conocimiento humano”¹⁹⁷, es su criterio el que finalmente se encumbra máxima autoridad de una *Historia* que prioriza la capacidad cognoscitiva y sensorial, las valoraciones personales y las pasiones ovetenses¹⁹⁸.

Es abrir al azar cualquiera de los cinco tomos que manejamos de la *Historia*, que borbotean los ejemplos del cronista posicionado e implicado con la materia narrada. Sobre la incursión del portugués Martín Alonso de Sosa por el río de la Plata, territorio de la Corona Real de Castilla, confiesa un exasperado Oviedo no haber escrito antes “por impertinente para esta historia” y por no “enojar al Emperador nuestro señor” (*Historia*, 118, Libro XXIII, cap. X, p. 369).

¹⁹⁷ En *De Partitione Oratoria* Cicerón aconsejaba observar las cualidades del testigo, aspectos como “su autoridad, su conducta intachable, su pertenencia a la más alta nobleza, su riqueza, su experiencia, su habilidad... como índices de la veracidad de sus afirmaciones” (C. Gutiérrez y J. A. Martínez, 2000, pp. 343-344).

¹⁹⁸ De filias y resentimientos se nutren los libros de la crónica. De la *Naturalis Historia* de Plinio recupera Oviedo una anécdota “corvina” para ejemplificar la astucia de Francisco Pizarro. Escribe Plinio que “fue visto un cuervo amontonando piedras, por causa de sed, en una urna de un monumento funerario” porque como tenía miedo a descender “con un buen montón de piedras” logró “subir el nivel del agua lo suficiente para beber” (NH, Libro X, cap. 125) (2007, p. 299). El proceder de Pizarro, “que se encumbró en tanta soberbia” (Libro XLVII, cap. XXIII, p. 210), desata la briosa lengua de Oviedo, quien emite su veredicto condenatorio “animalizando” al gobernador de la Nueva Castilla, comparando a este capitán, tan ingenioso como vil, con un cuervo: “yo, a los que determinadamente se desacuerdan de sus conciencias con perseverancia, e se atreven a dar enojo a sus príncipes, no los cuento por hombres, sino por menos que animales semejantes a los que he dicho” (*Historia*, 121, Libro XLVIII, proemio, p. 211).

Y entre subjetividades camina, asimismo, la descripción de la *bivana*. En su afán de mimesis, el extremo detallismo de Oviedo persigue la representación objetiva de la realidad, la comunicación de la verdad a través del *yo* testigo, de la minucia y de la precisión descriptiva. Y lo logra sobradamente, que de ello debe vanagloriarse todo buen historiador. En estas confecciones “milimétricas” de la natura indiana, cuasi fotográficas, asoma el cronista-científico, el empírico que descubre y procesa la realidad americana desde la racionalización de la experiencia. Sin embargo, este “retrato” se va volviendo poroso a la emoción que este dócil espécimen despierta en Oviedo, se torna enfático por momentos y, al sobrecargarse de estimación ovetense, se va apuntalando sobre la subjetividad:

En esta gobernación de Paria (...) se tomó un animal *pequeño*¹⁹⁹ y de *buen parecer, apacible y manso* cuando *yo lo vi*, tamaño como un gato destes caseros de Castilla, corto de piernas y brazos; pero *bonico*, la cabeza *pequeña* y el hocico agudo y negro, y las orejas *avivadas* y alerta, los ojos negros, la cola luenga y más gruesa que la de los gatos y más poblada, pero redonda igual hasta el cabo della; las *manecicas* y los pies con cada cinco dedos *corticos*, y las uñas negras y como de ave, pero *no fieras* ni de presa²⁰⁰, pero *hábiles* si para escarbar. *Es cosa de ver y de contemplar este animal, especialmente que la corriente del pelo la tiene al revés de todos los otros animales de pelo que yo he visto*²⁰¹; porque *pasando la mano por cima desde la cabeza hasta en fin de la cola, e a redropelo y se le levanta, y llevando la mano sobre él desde la punta de la cola hasta el hocico, se le allana el pelo*²⁰². Tiene forma de un *lobico pequeño*; pero es más *lindo*²⁰³ animal,²⁰⁴ e quiérole parecer algo. La color dél es como aquellas manchas que a las mujeres descuidadas les hace fuego en los zamarros, cuando se los chamusca y queda aquello quemado como entre bermejo e amarillo, o como la color de un león, sino que el pelo deste animal es muy delgado e mucho e *blando*, como *lana cardada*; pero en el lomo esta color se va declinando a lo pardillo, e lo demás dél es de la color que dije primero²⁰⁵. Todo el día duerme sin despertar, *si no le recuerdan para darle a comer*, y la noche toda en vela, e no cesa de andar

¹⁹⁹ Todas las cursivas del fragmento son mías.

²⁰⁰ Obsérvense las reiteraciones de las conjunciones copulativas “y”/”e” que coordinan las enumeraciones. Como señala Platas, “los efectos expresivos de la repetición suelen ser enfáticos y demoradores del avance textual” (2007, p. 569)

²⁰¹ La rareza animal queda refrendada en estas líneas: nunca vio Oviedo otro con este rasgo.

²⁰² Nótese el empleo de la percepción táctil para proporcionar los más ínfimos detalles del pelo del animal.

²⁰³ En su acepción “tierna” de “bonico” o “lindo” es citado este fragmento de la *Historia* en <https://www.rae.es/tdhle/bonico>, p. 296: “Bonito o lindo. ~ «Tomó un animal pequeño... pero bonico, la cabeza pequeña». Oviedo. *Hist. Nat. de Indias*, ed. 1851, t. 2, p. 260”.

²⁰⁴ Nótese el epíteto o adjetivo antepuesto, que se suele identificar con la subjetivización. Como defendía el poeta Pedro Salinas, “los adjetivos antepuestos representan nuestra manera de sentir las realidades del mundo» (Salinas, 1983, vol. III, p. 131).

²⁰⁵ Visualizamos al animal a partir del detalle de sus colores.

e buscar de comer, e anda *silbando*²⁰⁶. Llámánle los indios de Paria y en aquella costa, *bivana*.

Cuando el licenciado Castañeda fue (...), halló uno de aquestos animales en la isla de Cubagua, (...) y lo envió a esta ciudad de Santo Domingo (...) *e yo le tuve en las manos*. Y como es animal nocturno, en soltándole en tierra, trabaja por se *esconder entre las faldas de la ropa*²⁰⁷ o donde quiera que él puede *por huir* de la luz. (...) Por lo que está dicho en este capítulo, podemos entender la variedad y *hermosura* de la natura (...) cosas *rarísimas* e mucho *dignas* de ser notadas en su especie (...) (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. XIII, pp. 430-431).

Desde una perspectiva filológica, el análisis textual va desvelando los procedimientos de modalización mediante los cuales el cronista expresa “lingüísticamente su subjetividad” (Marimón, 2008, p. 93). Detengámonos un momento en esas marcas modales; en el punto de vista, la voz de narrador y en su grado de expresividad y de pertinencia, y, por consiguiente, en las destrezas léxicas y estilísticas que despliega Oviedo para informar, valorar y certificar sus aseveraciones. Resulta develador en este tipo de escudriño el examen de aquellas manifestaciones valorativas - que involucran los juicios de valor que emite el cronista-, epistémicas – a propósito de la certidumbre y la fuerza argumental (Laca, 2000, pp. 100-103)-, y deónticas –que atañen a aspectos morales e implican directivas, compromisos o actos desiderativos (González Arias y Satt Román, 2016, p. 207) que pretenden mover al lector-.

Al fijar la atención en el texto, se aprecia que la imagen que se proyecta del animal se colma de injerencias autoriales, en un rango de sentimentalidad que cuasi rebosa ternura. La descripción se va edificando entre afanes impresionistas, anclada en esa pretensión de trasladarle al lector todas las “conmociones” que se experimentaron frente al animal. Y son los modalizadores quienes mejor delatan ese grado de implicación, que subjetiviza el discurso. Las formas verbales, por ejemplo, combinan el imperfecto, con valor de evocación²⁰⁸, y el presente, que anuda las enumeraciones de los rasgos descriptivos, enfatizados estos con el empleo del polisíndeton. La elección de ese léxico de carácter valorativo resulta semánticamente determinante. “Bonico”, “apacible” y “manso”, este “lindo” “animalico” es de las cosas más “raras” y “dignas” de ver, interpreta Oviedo. Y las formas adjetivales son de lo más ilustrativas. Sabemos que, en

²⁰⁶ Aunque nota escueta, deja el narrador lo más definible del animal desde una impresión acústica.

²⁰⁷ Con este comentario (“esconderse entre las faldas”) el narrador dota de fuerza emotiva la descripción. Es propio de los niños esconderse entre las faldas de la madre, en busca de cobijo.

²⁰⁸ Los “se tomó”, “yo lo vi”, “yo le tuve” son formas que remiten a esa evocación, al recuerdo del animal.

su dimensión semántica, el diminutivo puede referir a tamaño pequeño (nocional) o a la connotación afectiva que el referente produce en el emisor. De ambas acepciones se sirve en este caso el cronista, vista la perspectiva desde donde se sitúa y la descripción tan personal que nos ofrece. No cabe duda de la admiración que esta especie de “lobico pequeño” le ha despertado al curioso Alcaide, que no puede describirlo sin embellecer sus rasgos, minando el texto no solo de adjetivos calificativos positivos sino también de diminutivos valorativos²⁰⁹. Estampada la pequeñez y la gracia del animal, continúa el autor su pormenorizada *descriptio* aprehendiendo al animal a través de un conocimiento sensorial, técnica que le otorga fiabilidad (veracidad) a lo expuesto. Pero este método científico (y racional) de conocimiento, basado en estímulos e impresiones experienciales “neutras”, pierde su rigurosidad cuando interfieren las valoraciones personales (subjetivas) del sujeto sobre el elemento, los sentires de Oviedo.

En siglos anteriores, en la Edad Media, “la *novitas* se consideraba una cosa mala y el término *novus* representaba un peligro y era casi una injuria”, por lo que era obligado ampararse “siempre detrás de una autoridad” (Le Goff, 2008, p. 208). A finales del XV, con el Descubrimiento, lo nuevo y lo diferente se tornan una realidad constatable que debe ser contada, no sin considerables forcejeos intelectuales, apostando por el conocimiento propio y experiencial. Como defiende González Ochoa, “los cronistas fueron en su mayoría hombres que hicieron el doble esfuerzo de enfrentar la descripción y la reflexión de un mundo desconocido y que no comprendían”, razón por la que “sus narraciones serán siempre parciales y subjetivas” (2012, p.133).

La novedad, esa rareza de animal que sorprende a Oviedo, es la que propicia aquí el énfasis en la experiencia, que el lugar de enunciación desde dónde se narra se desplace a lo autobiográfico. El resultado es una “narrativización de la experiencia”, tras la urgencia “de relatar a los otros la experiencia subjetiva” (Carrillo, 2004, p. 180). En ese proceso de observación, aprehensión, inferencias y escritura, Oviedo se revela epicentro del discurso, intérprete de esa realidad, y ello le conlleva el sobreesfuerzo de perfilar convenientemente su imagen:

²⁰⁹ Para un estudio somero de la clasificación de los diminutivos, véase Rosalía Lago, *Distribución de valores del diminutivo según distintos tipos de texto*, Tesina de Máster Interuniversitario en Lingüística Aplicada, Facultad de Filología, Universidad de Vigo, Universidad da Coruña, USC, 2015-2016, en <https://minerva.usc.es/xmlui/bitstream/handle/10347/15205/Lago%20Traba%252c%20Rosal%20C3%ADa%20%281%29.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

el eje central (...) de Oviedo es la figura del cronista dotado de la misión de revelar la dimensión de la realidad del Nuevo Mundo (...). La obligación agustiniana de convertirse en el espejo de Dios, que el historiador compartía con el resto de las criaturas, se convertía en el caso de Oviedo en un deber oficialmente asumido (...) por la lealtad que siente un caballero respecto a su rey y señor natural. La construcción de la persona capaz de llevar a cabo la ambiciosa tarea que Oviedo había asumido requería un enorme esfuerzo de autoconstrucción como autor (Carrillo, 2004, p. 182).

Todas las estrategias discursivas de Oviedo, por consiguiente, van a ir encaminadas a enfatizar y legitimar retóricamente la posición de autoridad de esa primera persona, dada la asunción de que ese *yo* narrativo que lo autorepresenta, por su calidad de testimonio directo y por su ejemplaridad – en términos de Benita Sampedro, por “su integridad moral y de modelo irreprochable de conducta” (2000, p. 380) – es un excelso garante de veracidad.

Es de este modo que, desde los inicios, su escritura va a ir pulverizando las fronteras entre lo oficial y lo personal, convirtiendo la crónica en un espacio en el que confluirá la Historia (con mayúsculas) y la autobiografía de don Gonzalo o, lo que es lo mismo, *su* propia historia.

- 2.1.1.2 LA VALIDEZ DEL YO

“Que mejor es el buen nombre, que mucha riqueza o bienes temporales y transitorios, porque esos se acaban con la vida y queda y permanece para siempre el buen nombre que por obras fue adquirido.”

(Oviedo, *BYQ*)²¹⁰

“ALCAIDE. Yo no quisiera hablar en esta materia, porque pensara quien esto leyere que es jactancia lo que con verdad podré decir de lo que en ese ejercicio yo hice. Pero (...).”

(Oviedo, *BYQ*)²¹¹

“Así que, el lector tenga atención, porque aunque Plinio habla largamente de (...), y el Alberto Magno (...), e Isidoro (...), diré otras de que ninguno destos excelentes autores hicieron mención, ni otro auctor alguno de los que

²¹⁰ Edición de Pérez de Tudela (1983, I, p. 243).

²¹¹ Edición de Pérez de Tudela (1983, III, p. 259).

yo he leído; y podré como testigo de vista hablar en esto (...).”

(Oviedo, *Historia*)²¹²

El sujeto autorial-Oviedo impregna su prosa histórica de impresiones, emociones y aspiraciones. Y las ansias por ser diestro en su oficio se esculpen con zozobra y plasman el juego de equilibrios entre la falsa modestia y el autoelogio, entre la autojustificación y sus conjeturas, que “el que de ellas escribe, se funde en decir con pocas palabras la verdad, bien informado” (*Historia*, 121, Libro XLVIII, cap. VI, p. 244).

Las páginas siempre adolecen de la ansiedad del cronista por certificar su verdad narrativa, por vociferar su privilegiada condición de testigo, lindando, si es preciso, la ira y el sarcasmo - “yo estoy maravillado cómo algunas personas se han puesto a escribir las cosas de acá dende Europa (cuyos nombres es mejor que se callen que no que se digan)²¹³”, por convencer de su autoridad: pues ¿qué necesidad hay de fábulas si poseo el mayor de los tesoros, el de la experiencia? Así, con imperativos y desmerecimientos, lo enfatiza en la Epístola dedicatoria de la II parte de la *Historia* y que precede al Libro vigésimo:

No son comparación bastante a vuestros españoles, en las cosas que en estas nuevas tierras han experimentado, las *fabulosas novelas*²¹⁴ de Jasón y Medea con su vellocino dorado. *Callen*²¹⁵ los pregoneros de Theseo aquel laberinto y su Minotauro, pues que, sabida la verdad, esas metáforas, reducidas a la historia cierta, son unas *burlas y niñerías*²¹⁶ si se cotejan y traen en comparación de lo que en estas Indias nuestras se ha visto y se vee cada

²¹² Oviedo (*Historia*, 118, Libro XIX, proemio, pp. 188-189).

²¹³ Ya se ha comentado que los proemios de la *Historia* se erigen tratados sobre los criterios metodológicos del cronista. Uno de los más reveladores es el que antecede al Libro XXXIV, todo un manifiesto sobre las claves y principios de su oficio. La crítica mordaz hacia los cronistas de oídas, apoltronados en sus sillones en estancias palatinas, abre abruptamente este Libro dedicado a Nueva Galicia y a los indios de Xalisco: “Con grand dificultad se pueden ilustrar o poner en perfición las cosas que son fechas por hombres sin experiencia”, denuncia Oviedo, “que sin tener viso o bien considerado e aprendido su oficio, se ponen a enseñar (...) lo que no ha visto” (*Historia*, 120, Libro XXXIV, proemio, pp. 267-268).

²¹⁴ La cursiva es mía. Nótese el sentido de fábula relacionado con la falsedad y la fuerza persuasiva del argumento. Con esta formulación comparativa el cronista pretende lograr el convencimiento del lector; es, por tanto, un “argumento pragmático”. Para Quintiliano, “todo el poder del orador reside en la amplificación y la atenuación” (Pujante, 2003, p. 129). Mediante la contraposición (fábulas antiguas vs. experiencia personal) y su juicio de valor Oviedo magnifica en estas líneas la transcendencia de su condición de testigo ocular.

²¹⁵ La cursiva es mía y tiene el objeto de subrayar el modo imperativo empleado por el cronista.

²¹⁶ Nuevamente la cursiva cumple con el fin de llamar la atención sobre los vocablos escogidos por el historiador. Burla, en su acepción de “engañar, hacer creer que algo falso es verdadero” (Rae, <https://dle.rae.es/burlar>) y niñería, entendido como chiquillada o tontería insignificante, sin valor.

día en nuestro tiempo; y lo han visto mis ojos y otros muchos a quien en esta edad ni en las venideras no podrán con verdad contradecir a los envidiosos enemigos de *tan valerosa y experimentada nasción y tan jubilada en virtudes*²¹⁷ (Libro XX, pp. 212-213).

El escritor vincula pasado y presente, demuestra concienzudamente su conocimiento histórico, acompañándose de la sabiduría de los clásicos, porque de ellos se aprende, que *magistra vitae* es la historia. Sabe que la Antigüedad grecolatina alberga a los grandes sofistas, quienes razonaron sobre la relación del hombre con la religión, la política o la moral; en ella habitan, asimismo, los Sócrates, Platón, Tucídides, Cicerón o Séneca²¹⁸ que reflexionaron sobre las virtudes y la dignidad humana, y que elucubraron sobre aspectos teológicos e ideológicos, sobre el provecho de la historia o la importancia de la retórica y del lenguaje para el mejoramiento del ser humano. Las correspondencias con el sentir del individuo renacentista resultan tan significativas que “la antigüedad se contempla como *alter ego* de la época en que se vive”, señala Ruiz Pérez (2001, p. 109). Desorientado ante los cambios, cuando la relación del orden con el mundo entorno se desquebraja, el humanista halla seguridad en las claves de los clasicistas. Se vive un proceso de apertura intelectual, en el que la inmanencia -la visión experiencial- compite con las ideas instauradas en la Edad Media. No obstante, este “albacea de la Antigüedad clásica” (Pendás, 2020, p. 285) que es el renacentista lo es también de sus predecesores medievales, porque la historia no deja de ser un *continuum* de imitaciones, refutaciones y renovaciones. Porque también al saber libresco ha acudido el hombre del Medievo, a quien tanto debe Oviedo mucha de su esencia.

Desde esta perspectiva, para el investigador la figura del autor -permeable a múltiples influencias- se reviste de complejidad y rugosidades. Para su estudio, resulta fundamental otear el elevado tono romanista²¹⁹ de la crónica ovetense; mas, igualmente, la impronta que deja la tradición cristiana, la patrística o la hagiografía (atender, por ejemplo, a San Isidoro de Sevilla, San Alberto o al apóstol San Juan –que quien refiere Oviedo que es “mi espejo e abogado el glorioso evangelista Sant Johan a quien yo amo y tengo en mis entrañas, e a cuya sombra e verdad siempre fui siervo (...) e siempre le

²¹⁷ Nótese la arenga final, el discurso con el que el cronista procura enardecer a sus compatriotas.

²¹⁸ Séneca es a las *Quincuagenas* lo que Plinio es a la *Historia*. Así lo ha advertido Gerbi, pues si “el maestro y dueño de Oviedo es Plinio, el naturalista; en las *Quincuagenas* es Séneca, el “Séneca moral”, ese ilustre “maestro español” (1978, pp. 449-450).

²¹⁹ Kohut establece que “la imitación de modelos antiguos y contemporáneos constituye el segundo principio metodológico” de la crónica ovetense” (1992b, p. 66).

encomendé mi persona e pluma con mi ánima” (*Quincuagena* II, est. XXXI)²²⁰). Son esenciales, por supuesto, para el cronista del Imperio, las doctrinas de los grandes historiadores latinos -con esa desmedida “idolización”, en términos de Gerbi (1978, p. 366), hacia el “viejo Plinio”- y el peso que depositan los anales y las grandes crónicas castellanas, como la de Alfonso X El Sabio o la anónima *Crónica del Conde Fernán González*²²¹. También lo son los residuos de esa ciencia “arcaica”, tan de raigambre “popular” y típicamente medieval, que remite a la cábala, a la alquimia (Salas, 1959, p. 114) o la numerología²²², -con las acusadas manías de Oviedo hacia el cinco, el siete o el doce²²³), y, en estrecha relación, al enorme peso de lo mítico²²⁴, lo utópico y lo maravilloso²²⁵ – ya sea *mirabilis*, *magicus* o *miraculosus*, según la clasificación de Le Goff²²⁶ (2008, pp. 9-21)–. Asimismo, los bestiarios y sus seres insólitos, porque, aunque

²²⁰ *QNE*, en *MGFO* (vol. I, 1974, p. 311).

²²¹ Como ejemplo, cita Oviedo esta *Crónica* en este animoso parlamento:

Y el capitán, como era caballero de gentil ánimo, les habló e dijo lo que era razón para que no temiesen ni hobiese flaquezas en ninguno, pues que eran españoles e de patria donde tan valerosos corazones se crían, Decíales que se acordasen que cuando el conde Fernand González había querido dar la batalla a los moros e a su rey Almanzor, que la tierra se abrió e tragó a un caballero cristiano, e por eso no dejó de ser vencedor el conde, e quedó más victorioso (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXI, p. 292).

²²² Sobre esa mística de los números y la impronta en la escritura ovetense, véase Gerbi (1978, pp.365-371).

²²³ Un ejemplo clarificador de estas filias o fobias numerológicas se erige en el Proemio del Libro XII. El cronista, que toma el modelo pliniano como referencia, reivindica el doce como el ideal para el libro que debe tratar de los animales terrestres, argumentando que es número católico y sagrado. Interesa especialmente porque camina sujeto a la polémica de la noción ontológica sobre la condición de superioridad/ inferioridad humana, con ese discurso que sustenta Oviedo respecto a la irracionalidad del indio “ingrato a Dios”:

Por manera que infiero deste número duodécimo que es hermoso e sancto e dino de no olvidarle algún católico, e que cuadra al libro de animales; pues que estas gentes destas Indias, aunque racionales y de la misma estirpe de aquellas ocho personas de aquella sancta arca e compañía de Noé, estaban ya fechas irracionales y bestiales con sus idolatrías y sacrificios y ceremonias infernales (...). E así, continuamente se (...) convierten (...) estos animales racionales, ayudándolos a conocer a Dios (...). Y entre tanto que los religiosos (...) se aplican (...) a domar o subjuzgar los inobedientes e ingratos a Dios, e fugitivos de tan alto conocimiento, quiero yo ocuparme en la relación destes otros animales irracionales (...). (*Historia*, 118, Libro XII, proemio, pp. 28-29).

²²⁴ El caso más ilustrativo es la “mirada mítica” que Oviedo proyecta sobre América, forzando “conscientemente el argumento para demostrar la propiedad castellana” de estas Indias que ya nos pertenecieron en los tiempos del rey Hespero (Baraibar, 2014a, pp. 13-14).

²²⁵ Ilustrativo es el capítulo XLVIII de su Libro de Depósitos (VI) en el que el historiador reflexiona sobre la validez de las revelaciones obtenidas en los sueños. Trayendo la autoridad de Pedro Ciruelo, autor de la *Reprobación de las supersticiones y hechicerías* (II, cap. VI, *De los sueños*), concluye que:

como dice el reverendo maestro en Santa Teología (...) los sueños vienen a los hombres por tres causas, es a saber: natural, moral y teologal; y destas tres, la última es la que (...) los sueños vienen por revelación de Dios o de algún ángel, bueno o malo, que mueve la fantasía del hombre y le representa lo que le quiere decir, (...) en la revelación de Dios (...) no se hace mención a cosas vanas (...). Mas en los sueños de los nigrománticos y adivinos no hay tal certidumbre, y vienen muchas veces y sobre cosas livianas (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XLVIII, pp. 210-211).

²²⁶ Según explica Le Goff, en el imaginario medieval, *mirabilis* “es nuestro maravilloso con sus orígenes precristianos”, *magicus* “es lo sobrenatural maléfico” y *miraculosus* es “lo sobrenatural propiamente

no parezca que acuda a ellos directamente, habitan en sus fuentes y asoman en su *Historia*, que es Oviedo el único cronista que, sin verlo, da credibilidad a la existencia del mítico grifo²²⁷. Y continuando esta profusa enumeración, las misceláneas enciclopedias, citadas con asiduidad en su crónica (*De natura rerum o De Proprietaribus Rerum*²²⁸ son dos sustanciosos ejemplos); y dentro del imaginario medieval, la influencia del género pastoril, el Romancero antiguo, su relación con la épica y la configuración del héroe. Porque en la crónica se perciben los efluvios de los viejos cantares de gesta, del *Cid* y de la caracterización de los conquistadores heroicos, de sus valores y virtudes. A estos insignes evoca para afianzar la grandeza del hombre español; pero, sobre todo, a esos arquetipos trata de vincular su retrato narrativo, para conformar literariamente su *yo* ejemplar. En férrea comunión, el código de caballería y el acusado sentido cortesano que embriaga a Oviedo, quien no puede disimular sus altas aspiraciones de nobleza. Por ello, las cuestiones de linaje e hidalguía son para él fundamentales, y serán materia primera de sus obras de carácter genealógico, heráldico y memorialístico, en su *Libro de linajes y armas* o en las *Quincuagenas de la nobleza*, y determinan el tono de su *Historia*.

Definía Ballesteros al cronista madrileño como “servidor leal y espejo de constancia” (1984, p. 241). Frente al paradigma de nobleza feudal, en el XV enraízan con

cristiano” (2008, p. 14). De este modo, lo milagroso es lo maravilloso cristiano, lo mágico tiende a vincularse con lo sobrenatural satánico – aunque se postule la existencia de magia blanca- y lo maravilloso es lo sobrenatural arcaico (enraizado en el precristianismo y en el folklore), que curiosamente es tolerado por el cristianismo (2008, pp. 24-25). La cristianización de lo maravilloso viene por un proceso de asimilación de ciertos elementos y concepciones, como la idea de “Dios como autor de lo maravilloso”, “las milicias cristianas” de ángeles y demonios, las implicaciones religiosas del “Santo Grial” ... (2008, pp. 24-25).

²²⁷ Escribe el cronista en su *Historia* que “dice Isidoro en sus *Ethimologías* que los grifos son la mitad león y la mitad águila. Allende de lo que está dicho, es de notar que es verdad que hay tales animales, porque en el *Levítico*, cap. XI, hace la Sagrada Escritura mención de este animal grifo (...)” (*Historia*, 117, Lib. VI, cap. LII, pp. 222-224).

²²⁸ Véase aquí el recurso de apelación a la *autoritas* clásica para persuadir tanto de su conocimiento de lo antiguo como para sustentar sus argumentaciones:

Manatí es un pescado de los más notables e no oídos de cuantos yo he leído o visto. Déstos, ni Plinio habló, ni el Alberto Magno en su *Proprietatibus rerum* escribió, ni en España los hay (*Historia*, 118, Libro XIII, cap. IX, p. 63).

El cacique Behechio tuvo treinta mujeres propias, e no solamente para el uso e ayuntamiento que naturalmente suelen haber los casados con sus mujeres, pero para otros bestiales e nefandos pecados; porque el cacique Goacanagarí tenía ciertas mujeres con quien él se ayuntaba segund las víboras lo hacen. Ved que abominación inaudita, la cual no pudo aprender sino de los tales animales. Y que aquesta propiedad e uso tengan las víboras, escribelo el Alberto Magno: *De proprietatibus rerum*, e Isidoro en sus *Ethimologías*, y el Plinio, en su *Natural Historia*, y otros autores. Pero muy peores que víboras eran los que las cosas tales hacían, pues que a las víboras no les concede natura otra forma de engendrar. e como forzadas vienen a tal acto; pero el hombre que tal imitaba, ved si le viene justo lo que Dios le ha dado, donde tal cosa se usó o acaesció (*Historia*, 117, Libro V, cap. III, p. 118).

fuerza los “espejos de príncipes²²⁹”, que aleccionan a reyes desde una perspectiva política y también religiosa. Por entonces, estos tratados doctrinales se convierten en una referencia para la reflexión moral. Trasunto este, el de la moralidad, que se torna vital en Las Indias. Por ende, la *Historia*, escrita para reyes, debe caminar en esta línea, y el historiador debe mostrar una permanente integridad enjuiciadora. Y a esa “constancia” consideramos que refiere el biógrafo de Oviedo, enfatizando de su retrato el rasgo de su edificante moral cristiana. Claro está que la perseverancia y la fidelidad de Fernández de Oviedo dimanaban de otros apasionamientos, porque son también sus afanes de medro y de gloria, su avidez de galardón y ganancia, los que lo llevan a conducirse ejemplar juez en las Indias. Botón de muestra, el *Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo denunciando abusos de Pedrarias Dávila y sus Oficiales en la Gobernación de Castilla del Oro* (A. de l., colec. Muñoz, t. 76, A. 103), presentado al Consejo de Indias en 1523, es el anticipo de la implacable severidad con la que va a tejer la crónica, en especial los libros XXVI, XXVII y XXIX. Oviedo no solo subraya la codicia del conquistador y sus tretas para engañar y someter al indio - “que el tramposo y el cobdicioso presto son de acuerdo” (*Historia*, 118, Libro XXIV, capítulo IX, p. 416)-, sino que relaciona toda la serie de atrocidades que cometen estos desleales y ambiciosos cristianos en Las Indias:

Oviedo aborrece la violencia y la matanza (...). Con demasiada desenvoltura exonera a los *cristianos*²³⁰ que para calafatear los bergantines de Cortés utilizaron, no aceite y sebo, sino el unto de los indios asesinados (...). Pero no por ello absuelve a los asesinos, ni a los gloriosos capitanes ni a los (...) ministros de Satanás (...). Hay un tono de escarnio para los indios, pero al mismo tiempo de reproche por la brutalidad española (...) (Gerbi, 1978, p. 429).

En verdad, como ya se mencionó, somos palabras, lenguaje. Nos damos a conocer en nuestras expresiones, sean orales o escritas. He subrayado el término *cristiano* con un

²²⁹ Por ejemplo, el *Speculum principum* (1437-1441), del valenciano Pedro Belluga, y dedicado a Alfonso el Magnánimo:

tuvo amplia difusión en toda Europa en los siglos XVI y XVII. (...) El siglo XV, que vive Belluga, y los últimos decenios del XIV, son unos años de fuerte evolución de las instituciones políticas y del derecho. Políticamente asistimos a la emergencia de las monarquías, que van afirmando su papel preeminente sobre la nobleza feudal, en un proceso que culminará en las monarquías absolutas del siglo siguiente. Esta evolución se refleja en el pensamiento político, que va legitimando cada vez más el poder real por encima del poder feudal, proceso que culminará en la consagración del poder absoluto del príncipe como paradigma de modernidad, que encontraremos en Maquiavelo y en nuestro Furió, otro valenciano, en el siglo XVI (Calderó i Cabré, “Prólogo” a *Espejo de Principes* [1530] (2000, pp. 9-10)).

²³⁰ La cursiva es mía.

fin específico, para adentrarnos en la psicología del autor y en su postura ante estos oscuros actantes del Imperio. En la *Historia*, la palabra *cristiano* engloba al hombre del Viejo Continente²³¹, aunque más específicamente al español. *Cristianos* son, pues, los leales y los desleales a la Corona, los sanguinarios que aperrean indios, los lagoteros, los religiosos amancebados y, asimismo, los heroicos conquistadores. *Cristiano* designa a los buenos y a los malos; y lo designa a él mismo. Y Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de su Cesárea Majestad, debe salvaguardar su imagen; ha de procurar distanciar su nombre de aquellos que están manchando la historia de la “pacificación” española en Las Indias. Ciertamente, aunque *cristianos* todos, no van a carecer las acusaciones erigidas por el cronista de nombres y apellidos que delaten con precisión a estos malhechores, siendo el detallismo su mejor virtud. Mas lo interesante es comprender que toda esta ingente retahíla de denuncias que eleva el cronista contra estos vasallos indeseables cumple un personal e interesado cometido: diferenciarse de ellos y otorgarse, por ende, la salvación terrena y divina. Sobre estas y con una retórica de autoensalzamiento erige Oviedo innumerables prédicas, tal que así:

Pues no querrá Dios que estos capitanes ni otros de todos los que hoy viven, ni de los muertos, ni de los que nascerán, *me hagan a mí tan olvidado de mi vergüenza e crédito* que diga cosa que sea contraria de lo cierto, porque el mentir no es tan liviana culpa, ni señal en la cara que se quite con la mandrágora²³²; antes es un delicto que mata el ánima e quita el crédito a los hombres, y *éste conservaré yo*²³³ (mediante Jesucristo) de tal manera, que

²³¹ En la primera parte de este parlamento, el historiador desvía las culpas hacia el cristiano extranjero en tierras indianas, que tampoco puede ser excusado; en la segunda, se atiende a una *captatio* en la que el excusado es él, tras fijar la memoria de estos actos viles:

Y torno a deciros, letor, que no olvidéis (...) estas historias y capitanes, pues a los más dellos se puede aplicar lo que allí dije tan al proprio como los que allí nombré, lo cual no es poca desventura e desasosiego para estas tierras (...) e no menos dañoso a los naturales indios, sobre cuyas cabezas e generación carga el peso de semejantes bullicios. Lo cual, en la verdad, es anejo a la guerra, e mucho más en los ejércitos destas partes, porque no son los conquistadores de una lengua (puesto que hablan castellano), sino de cuantas hay en *cristianos*, e aun no sé si se pueden decir tales, porque al tino destas riquezas andan bárbaros africanos e levantiscos (...), italianos de todas partes (...), alemanes e franceses e ingleses e de otras nasciones tantas, e tan disimulados algunos e diestros en nuestra lenguas (...). Las culpas de los motines e travesuras e contestaciones todas se atribuyen a los españoles (...) pues que los cabos e los que mandan son de España; mas en esas mesmas revueltas siempre intervienen extranjeros.

Dejemos esta materia (...), hablemos en las otras de mejor gusto a los letores, no obstante que aquesto que está dicho no puede mi consciencia dejar de tocar, ni yo carecería de culpa si no hiciese memoria de lo que he dicho (*Historia*, 121, Libro XLV, cap. II, pp. 27-28).

²³² Véase Plinio, *Natural Historia*, Libro XXV, cap. IX XCIV. 147. Refiere aquí a Plinio y a las supersticiones que entorno a la mandrágora se esparcen en la *Natural Historia*. Esta hierba se vincula a la magia, a los hechizos y encantamientos, su olor aturde y nubla la razón. Como subrayan Cuesta y Pastor, “el jugo de las plantas frescas es un peligroso veneno y afecta a la cabeza” (1997, p. 126).

²³³ Las cursivas son mías.

antes se me acabe la vida que la verdad (*Historia*, 121, proemio, XLVI, p. 32).

Cierto es que, en lo concerniente a los temas religiosos y políticos, la expresión de la opinión de Oviedo en la *Historia* tiene sus limitaciones. El autor está obligado a desplegar habilidades de autocensura, apelando a ese “temperamento medidor y amigo de seguridades” (Pérez de Tudela, 1959, p. LXVII) que debe acompañarlo. Mas, aun siendo cronista de Su Majestad, no hay disimulo frente al adversario personal, que le turban las pasiones y le puede la desmesura cuando refiere, de este modo denigrante, a los hermanos Pizarro²³⁴, causantes de la caída de su amigo el adelantado don Diego de Almagro:

El linaje de los Pizarros es de hijosdalgo, en la provincia que en esta nuestra España se llama Extremadura; pero entre ellos hay mucha diferencia o mejoría en sangre e virtudes, (...) menester es que tengan cuidado los limpios de tal apellido, para que no sean juzgados por de la estirpe de Gonzalo Pizarro (que tales hijos engendró) para infamia de su generación e de su patria. (...), aunque él vivió como hombre de bien (...) sirviendo a su Rey en el arte militar, sus hijos se han empleado en estas nuestras Indias de tal forma, que fuera mejor que nunca nascieran, en especial este tirano llamado asimesmo Gonzalo Pizarro, (...) que en tanto desasosiego e mal estado lo ha puesto todo, no negando ser el origen de todo ello el Hernando Pizarro, su hermano, a lo cual todo ayuda la inadvertencia e malicia del marqués don Francisco Pizarro e de sus consejeros con la muerte del grand príncipe Atabaliba, e con otros errores, a que este marqués dio causa de tantas turbaciones, de incontables muertes de cristianos e de indios, e de tantos robos e insultos, que no se podrían decir ni escribir tan copiosamente como se han puesto por obra (puesto que hay harto apuntado en estas historias) (*Historia*, 121, Libro XLIX, cap. VI, pp. 243-244).

Aferrados aún a la **compostura del yo**, analizamos las vinculaciones que se instituyen entre el *ethos*, el *pathos* y el *logos*; las dimensiones retóricas de ese esfuerzo del orador por validarse. En su intencionalidad persuasiva, el discurso ovetense navega entre dos aguas: la ansias de lucimiento del cronista y la tópica de la *humilitas* autorial. Reparemos primero en esta última. La modestia, como sinónimo de humildad, revierte en la configuración de una imagen positiva y favorecedora, de un *yo* que falla y que no lo oculta, con todas las implicaciones de credibilidad que ello proporciona. Como subraya Gil, “gracias a la humildad pueden superarse mejor los propios fracasos, con la

²³⁴ “Oviedo no nos parece un modelo de imparcialidad”, concluye Salas, “y como muestra de esto podemos los libros de Oviedo dedicados al Perú, a sus guerras civiles, capaces de demostrar que la pasión no andaba ausente en sus juicios sobre Francisco Pizarro y sus hermanos, por mucho que fuera cronista del Rey, y que prometiera sólo verdades, partiendo del de que la verdad era algo relativamente fácil” (1959, p. 114)

consecuencia de que así uno se libera más fácilmente de tensiones retóricas, como por ejemplo, el miedo al fracaso” (Gil, 2006, p. 84). La crónica, de inicio a fin, se ancla en esa impostación de falsa modestia, y asoma especialmente cuando reconoce las carencias estilísticas de su prosa. En su último Libro, hallamos este alegato inserto en el relato de la navegación del río Marañón por el capitán Francisco de Orellana:

Bien conozco que he tomado materia entre manos que requiere más reposo que habilidad de la que en mí hay para escribir estas cosas tan al propio e por tal estilo que a los de mediano entendimiento plegan, e a los altos juicios e doctos varones no desagraden; pero, como dice Tullio: “Las cosas grandes con estilo elegante, es juguete de niños; poder explicarlas llana e claramente es oficio de varón sabio que entiende (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXIV, p. 379).

En el texto se observa que el cronista despliega la modestia como instrumento de captación de afectos. Este recurso, tan ciceroniano, no es la única estrategia, empero. La referencia a Tullio y la cita indican un cambio de óptica en el discurso del autor, que transmuta con agilidad del reconocimiento de insuficiencias a la demostración de su gran cultura. Emocionalmente, Oviedo ha jugado sus cartas para no perder el respeto: una vez granjeada la conmiseración del lector, reclama entonces el historiador consideración; que no se sospeche de su ignorancia. La vanidad del cronista oficial le gana batalla aquí, como tantas otras veces, a la humildad del retórico. Que un historiador del Imperio aspira a mercedes y a glorias, ha de valorarse, y para ello debe lucirse.

En su examen de los “Libros del Alcaide” señalaba Turner que “la *Historia general* y la primera *Quincuagena* nos dan indicios claros del gusto literario del autor” (1971, p. 112), quien se esfuerza considerablemente en mostrarle al lector su gran erudición. Parte de la ostentación erudita ovetense que rezuma en la *Historia*, de su alarde sapiencial, se incardina en su filia por la cultura italiana. No es casual que Antonello Gerbi le dedicara más de sesenta páginas al capítulo “Oviedo e Italia” (1978, pp. 170-245), a la indisimulada impronta que la cultura italiana deja en el cronista tras sus experiencias personales en aquellas tierras de alto florecimiento cultural. “Los poetas, los historiadores, los eruditos de Italia son recordados por Oviedo con evidente predilección, y casi por desahogo de elegante cultura” (Gerbi, 1978, p. 183). Un magisterio que asoma en referencias y citas a Dante y a Petrarca (quien, del Trecento, “parece su autor

favorito”²³⁵), a Bembo, Ramusio o Sannazaro, pero también a Juan de Mena²³⁶, e, incluso, en alusiones únicas y ocasionales, a esa sola mención al Marqués de Santillana²³⁷; autores que, no siendo ítalos, están relacionados, en tanto beben de la misma escuela literaria, la petrarquista:

El italiano [Petrarca] ejerce su magisterio en contemporáneos suyos, y desde luego, a lo largo del siglo XV (...). En España le siguen el marqués de Santillana (en sus *Sonetos fechos al itálico modo*, donde se observan también influencias de Dante) y Ausiàs March en lengua catalana; sus huellas son asimismo evidentes en *La Celestina*. Sin embargo, el desarrollo del petrarquismo fue mucho mayor en el siglo XVI, en el que Pietro Bembo, tras rigurosos estudios, de los que son buena muestra sus *Prosas en lengua vulgar* (1525) señala el *Cancionero* de Petrarca y el *Decamerón* de Boccaccio como los singulares modelos de la prosa y de la poesía (sostiene Bembo el principio de la imitación del autor único). El petrarquismo se extiende entonces desde Italia al resto de Europa. En 1530 publican, por un lado, Pietro Bembo y, por otro, Iacopo Sannazaro sus *Rime*, y petrarquistas son, entre otros, Luigi Tansillo, Bernardo Tasso y Torcuato Tasso (Platas, 2007, pp. 539-540).

Como afirma Fermín del Pino, las Historias de autores como Fernández de Oviedo o del Padre Acosta amalgaman tanto el “énfasis de la experiencia” como la “recurrente huella” de la cultura grecorromana, considerada de “un superior valor” en las cunas

²³⁵ Gerbi (1978, p. 183). Señala el estudioso italiano que Oviedo admira a Petrarca “como lírico, como moralista y como historiógrafo” (p. 184) y son múltiples ocasiones las que trae en su crónica al poeta. En esa línea, el artículo de Valero incide en el influjo petrarquista en otras obras ovetenses: “la afición a Dante y Petrarca, indudable: son los poetas italianos mejor representados en las *Quinquagenas* y en las *Batallas*, (...) el uso de Petrarca por G. F. O. es una asimilación consistente, si no de Petrarca, sí al menos del influjo del petrarquismo” (Valero, 2013, p. 169).

²³⁶ Sirva este ejemplo: a propósito de las costumbres funerarias de los caquitos, naturales de la provincia de Venezuela, de tragarse los “huesos del difunto molidos” y vertidos “en cierto brebaje que ellos llaman *mazato*”, trae el cronista a la memoria un verso que el poeta andaluz incluye en su *Laberinto de Fortuna* (copla LXIV) -obra inspirada en la *Divina Comedia* de Dante- y que remite a cómo la diosa Artemisa II, al enviudar, tragó “las maritales cenizas” de su esposo Mausoleo. Y como es Oviedo afín a la digresión, la ocasión se le presenta propicia para alardear de sus conocimientos de la antigua Grecia y de sus lecturas, y sigue explayándose en los detalles más nimios de esta romántica historia, que le llegó también a través de Plinio:

que aquella excelente mujer quiso tanto a su marido, que no contentándose con le hacer solamente aquella memorable sepultura, a quien quedó el nombre de mauseolo, tragó las cenizas del cuerpo de su marido; y de aquí se tomó la costumbre de llamar los antiguos, a las sepulturas suntuosas, mauseolos, y en especial a las de los reyes o príncipes y grandes, etc. De ésta escribe Plinio largamente, y de la excelencia de los escultores que la labraron, en su *Natural Historia* (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. IX, pp. 31-32).

²³⁷ La única alusión a don Iñigo López de Mendoza en la crónica viene a partir de una cita del poema panegírico “La Coronación”, también conocido como “Las Cincuenta”, que le compone Juan de Mena al marqués. No por ello resulta menos relevante la mención, porque con la elección del término “nuestro” se infiere el sentimiento patriótico y la importancia que lo propio -lo español- tiene para el cronista del Imperio: “Esto movió al famoso poeta *nuestro*, Joan de Mena, cuando dijo, en el principio de aquella su obra que enderezó al ilustre marqués de Santillana” (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, p. 331). La cursiva de la cita es mía.

italianas renacentistas y a las que estos cronistas “deben más de lo que reconocen” (1983, pp. 328-329). Los maestros pasados, por muy sabios que sean, no pueden derruir los saberes modernos ni anular los nuevos avances científicos. Es por esto que, tras leer a Séneca, concluye Petrarca que un escritor debe parecerse como un hijo a su padre²³⁸; tener semejanza con el modelo, pero no ser copia. Así arriba la *imitatio* compuesta y un ávido apetito de erudición. Porque la perfección solo se conquista leyendo a los mejores; pero emulándolos, reconociendo sus rasgos más brillantes e imprimiéndoles el sello personal. Por ende, la obra debe adecuarse al propio estilo y, como aconseja Erasmo, proyectar la esencia de su autor “con su propia naturaleza, carácter y personalidad” (Mañas, 2009, p. 43).

Ante los desafíos de describir el Nuevo Mundo, la *Historia* evidencia cómo vence la mentalidad crítica de don Gonzalo, cómo su *yo* se valida, se acredita y se eleva frente al saber libresco. Es esta actitud la que lo impele a hacer callar a esos “pregoneros de Theseo”, cuando nada saben ellos de aquellas Indias que, por el contrario, sí están viendo y evidenciando sus propios ojos:

Así que, el lector tenga atención, porque aunque Plinio habla largamente de las perlas, y el Alberto Magno en el *De proprietatibus rerum*, e Isidoro en sus *Ethimologías* (donde los curiosos podrán ver, muchas cosas desta materia que aquí yo repitiré), diré otras de que ninguno destes excelentes auctores hicieron mención, ni otro auctor alguno de los que yo he leído; y podré como testigo de vista hablar en esto, porque hasta el tiempo presente, pocos o ningunos de los que han pasado a estas partes, han tenido mejores perlas que yo (...) (*Historia*, 118, Libro XIX, proemio, p. 189).

Rasgo de modernidad humanista, el principio del conocimiento científico y racional, “lo visto y lo vivido”, se impone, no sin reflejar en el papel las dicotomías a las que se enfrenta el escritor con esta actitud rupturista. En sus justificaciones, el “yo” muestra las tensiones entre apostar por la evidencia o seguir el canon. Este es uno de los rasgos del historiador que ha resultado más atractivo para los estudiosos: la apuesta por

²³⁸ Como explica Mañas:

Petrarca acude al símil del parecido entre padre e hijo: la obra literaria deber parecerse a su modelo como un hijo a su padre, pero no como un retrato a su original. (...) Y es que, concluye Petrarca, debemos seguir siempre el conocido consejo de Séneca (antes expuesto por Horacio) y procurar que nuestra labor literaria se asemeje a la producción de la miel de las abejas, las cuales no guardan las flores, sino que les extraen los jugos y, aun siendo múltiples y variados, los convierten en un solo producto que es diferente y mejor (...) dos famosos similares (...) repetidos hasta la saciedad (...) que (...) también Erasmo los recoge en su *Ciceroniano* (Mañas, 2009, p. 21).

el uso de la razón (lógica) empírica. Aunque, a nuestro parecer, también por sus intuiciones, que todo ese desafío va a propiciar en su crónica un desfile de hipótesis, conjeturas, disertaciones e interpretaciones ovetenses.

Afán de prestigio erudito, en Oviedo, como se ha señalado, hay en abundancia y por necesidad, que la invocación a los Aristóteles, Homeros o Horacios otorgan potestad y distinción al discurso, y bien lo sabe este cronista de formación autodidacta. Pero no se deja vencer el Alcaide por la veneración absoluta a la autoridad clásica; no comulga con esa fidelidad “inquebrantable” que bien pudo haber detectado Oviedo, por ejemplo, al acercarse a la obra de Pedro de Mexía, tras la lectura de la *Silva de varia lección* (1540)²³⁹. A diferencia de este último, nuestro historiador admira tanto esa sabiduría antigua como disiente de ella cuando las evidencias y su propio criterio lo convencen de que anda errada. Y tanto es así que cae derribada incluso la excelsa autoridad de su admirado Plinio el Viejo, guía y sostén fundamental en la construcción de la *Historia*.

De hecho, más de ciento cincuenta veces ha contabilizado Laín Entralgo que acude Fernández de Oviedo a la lección del historiador romano:

No sólo en él se inspira, también en Teofrasto, en Tolomeo, en Diógenes Laercio, en Plutarco, hasta en Aristóteles, directamente unas veces y a través de Plinio otras; pero sobre el prestigio de todos los sabios antiguos descuella a sus ojos el del disertado naturalista romano. (...) Con sincera admiración ante él tantas veces, con falsa modestia otras, con firme discrepancia no pocas, Plinio es la autoridad que más señorialmente campea en las páginas de Fernández de Oviedo (Laín, 1979, p. 30).

Son también sus ansias de transcendencia -de fama- y su responsabilidad de escritor las que lo impelen a subrayar “yerros” antiguos y a no perpetuarlos. Estos renglones suelen arribar ribeteados por exhortaciones al lector, extensas intrusiones digresivas, reproches al historiador romano²⁴⁰, y, asimismo, llegan embriagados de una

²³⁹ Para Rabaté, en la *Silva*: “no cabe duda de que el argumento de autoridad es una especie de ley inquebrantable: la cita textual supera la experiencia empírica y constituye de por sí la mayor garantía de la existencia de lo descrito” (2021, pp. 621-629).

Lerner, no obstante, refiere en su estudio preliminar a esta obra que “Mexía saldrá en defensa de los escritores de su tiempo, en cuanto creadores, en consonancia con las disputas de antiguos y modernos que se daban entonces” (2003, p. 21).

²⁴⁰ Fernández de Oviedo no duda en rebatir e impugnar las afirmaciones plinianas, cuando no las comparte. Para legitimar sus propias ideas, sostiene con talante vehemente sus alegatos. En este caso que se cita a continuación, la fe le parece suficiente razón para defender la existencia del infierno, que habría cuestionado el escritor latino:

complacencia ovetense que rezuma orgullosa suficiencia – por no denominarla jactancia-. Unas marcas estilísticas e historiográficas particulares que, aunque no le han granjeado las simpatías de algunos estudiosos²⁴¹ por alejarlo del modelo clásico de hacer historia, sí demuestran la argumentación que aquí se va defendiendo, que el cronista “Oviedo es profundamente personal y subjetivo” (Salas, 1959, p. 102).

Vamos destejando las razones que anudan la subjetividad ovetense, y otra se nos revela en esa prosa laberíntica y atestada de irrupciones, casi como en un flujo de conciencia. Oviedo no le pone grilletas a sus recuerdos, que son su identidad, que lo definen. Su verbo es incontrolable; su portentosa memoria, que se erige instrumental de apoyo para legitimar sus argumentaciones, vuela libre y descontrolada; y su jactanciosa necesidad de contarse, de relatar con apasionamiento sus vivencias, atiborra de analepsis la escritura, dinamitando la secuencia cronológica de los relatos y “retrasando el hilo histórico” (Gómez Alonso, 2000, p. 129). De hecho, un acercamiento superficial a sus proemios certifica ese **ensimismamiento** del que adolece el escritor, el ampuloso énfasis en su *yo* y el tenaz empeño que dedica a subrayar su meritoria conducta, proyectándose como hombre devoto y ejemplar que sabe “conocer lo malo y elegir lo bueno”²⁴² (*Historia*, 117, “Epístola dedicatoria”, p. 3). Este es otro rasgo que afianza el sesgo personal de la crónica, que le imprime sello propio. En nuestra opinión, el acusado desorden expositivo de la crónica responde más a las impacencias del autor por contar y contarse que a los deseos de amenizar al lector. Sea como fuere, el halo de oralidad que envuelve su prosa, y que tanto se agradece, se pierde tras las digresiones, moralinas o recuerdos que inserta Oviedo en la narración y que tornan enmarañada y abigarrada su escritura.

Muchas veces me acuerdo de lo que dice Plinio: ‘(...) Si hubiese algún infierno, ya nosotros con aquestas cavas le habríamos descubierto (...)’. Pero aunque Plinio niegue o dubde el infierno, los católicos bien sabemos e creemos que le hay (...) (*Historia*, 121, Libro XLVII, cap. V, p. 143).

²⁴¹ Incluye Salas la crítica de William Prescott al proceder historiográfico de Fernández de Oviedo. El autor de la *Historia de la conquista de Méjico* (1944) incidía en que el estilo ovetense “no es clásico: sus pensamientos están expresados en sentencias fastidiosas e interminables que pueden llenar al lector de enfado” y, además, “el hilo de la narración está interrumpido con episodios impertinentes, que a nada conducen” (Salas, 1959, p. 102).

²⁴² Se perciben aquí efluvios de la filosofía de la conducta moral de Santo Tomás de Aquino, al que cita Oviedo también en el antepenúltimo libro de su crónica: “dice aquel sagrado doctor Sancto Tomás ‘que (...) creer con deliberación e inspiración de Dios es suficiente motivo e una grand sapiencia’ (*Historia*, 121, XLVIII, cap. VI, p. 229).

2.1.1.2.1 LA REPUTACIÓN DEL YO

“Con algunas personas de grandes letras he todo aquesto platicado; no me han satisfecho, o porque no lo alcanzan²⁴³, o porque no se lo he sabido dar a entender²⁴⁴ e no lo han ellos como yo visto²⁴⁵. Pero para *mí, yo me* satisfago acordándome²⁴⁶ que el que estas cosas de admiración permite, sabe obrar estas y otras incompresibles maravillas que el entendimiento humano no se conceden sin especial gracia. Yo he puesto aquí esta quistión como testigo de vista: de la absolución della no he sido digno hasta agora; mas, en la verdad, mucho holgaría de verla decisa²⁴⁷.”
(Oviedo, *Historia*)²⁴⁸

“Yo no escribo por pasar estos hielos de los murmuradores sin causa, sino porque voy al pasto de la obediencia e voluntad que tengo de servir a Dios en ello y a mi rey, por cuyo mandado me ocupo en esto²⁴⁹: y de aquí

²⁴³ Nótese la estratagema discursiva y retórica del historiador, quien se ubica en conversaciones con eruditos (“personas de grandes letras”), pero que no “me han satisfecho, (...) porque no lo alcanzan”. Esta primera sentencia explicita el *modus* en que el narrador se sitúa; en un *dictum* que coloca a ese *yo* insatisfecho como protagonista; y que, a la par, lleva implícita su indisimulada carga irónica, al arremeter contra las aptitudes de tan excelsos platicantes, “pero que no lo alcanzan”.

²⁴⁴ Propiedad estilística de la narrativa de Oviedo es la mordacidad. El cronista adolece de ser incisivo frente a la crítica adversa, que no comulga con su parecer. Su talante es el de defender, entonces, sus opiniones a capa y espada, aunque aquí la nota hiriente venga aligerada con el recurso retórico de la falsa modestia. Fíjense en los mecanismos escriturales que despliega Oviedo en esta secuencia narrativa: para no soliviantar al lector, y evitar mostrarse excesivamente jactancioso, tras la acervada crítica a la inepticia de esos ‘grandes’ contertulios, el cronista acude a la presentación humilde de su propia persona al presentar la posibilidad que quizá la razón es que “no se lo he sabido dar a entender”.

²⁴⁵ Empero, el testimonio de vista acredita al historiador, que no va a cejar en sus empeños de reivindicar sus argumentos verdaderos, sean de la condición que sean sus interlocutores.

²⁴⁶ El análisis de la modalización de este fragmento nos devuelve una prosa con evidente preponderancia del elemento subjetivo. La primera persona del singular se refuerza en ese casi encadenamiento de pronombres -señalados en cursiva- que focalizan en el *yo*.

²⁴⁷ En la selección del léxico, se advierte, asimismo, cuán modalizado nos llega este discurso ovetense. “Cosas de admiración”, “incompresibles maravillas”, “entendimiento humano” o “especial gracia” son sintagmas que calan en el lector, antes de llegar a la plasmación escrita de la condición que lo acredita y lo eleva por encima de cualquier otro postulado: la de “testigo de vista”. El clímax narrativo, no obstante, llega con la sentencia final, en dos tiempos, y especialmente con la inclusión del término “absolución”: un primer tiempo, en que el cronista, cual acusado, espera aún que se falle a su favor, que se le conceda la razón y que se le absuelva”; y un segundo tiempo, en el que el patetismo entra en acción para conmover afectos, porque, si con todo lo argumentado para obtener la absolución, “no he sido digno hasta agora (...) en la verdad, mucho holgaría de verla decisa”

²⁴⁸ Oviedo (*Historia*, 117, Libro II, cap. X, p. 41)

²⁴⁹ Ya sito en el penúltimo Libro de la I parte de la *Historia*, el discurso del cronista muestra una actitud defensiva frente a los maldicientes que cuestionan su arrimo a la verdad. Pese a los “murmuradores”, Oviedo defiende su reputación, enfatizando que: goza de las consideraciones del rey, “por cuyo mandado me ocupo en esto”; que su comportamiento como ‘obediente’ servidor de Dios y del César es intachable; y que el desempeño de su oficio se sustenta en “escrebir lo cierto”, por lo que “aquí arbitro y entiendo que puedo pasar seguro y sin calumnia” (*Historia*, 118, Libro XVIII, proemio, p. 182).

arbitro y entiendo que puedo pasar seguro y sin calumnia, cuanto a la médula y fructo de escribir lo cierto”.
(Oviedo, *Historia*)²⁵⁰

Recordemos que en retórica interaccionan con el discurso, y de forma determinante, el contexto (la finalidad del texto, y con ella, el género que se adopta), la audiencia a quien se dirige y las capacidades del emisor, todas esas habilidades que robustecen la credibilidad de esa voz autorial, revistiéndola de honestidad y razón. Y que todo discurso retórico “es el traslado a terceros de un discurso de interpretación personal sobre alguna faceta de la realidad con la finalidad de persuadirlos de su inmejorabilidad interpretativa” (Pujante, 2003, p. 333).

Félix Bolaños, al interrogarse sobre la reputación y el desprestigio que ha sufrido la figura del cronista por décadas, llega a la conclusión de que, principalmente, dos han sido las “vetustas interpretaciones” (1990a, p. 579) que han connotado el nombre del historiador. Cimentadas en la polaridad, una deviene de la *amplificatio* – de la magnífica semblanza- que arma el propio Oviedo en torno a la exaltación de su ejemplar *virtus* y a sus méritos como cronista “verdadero” y, la otra, del retrato moral denigrante y despectivo que le profesa el dominico Fray Bartolomé de Las Casas, y que ha condicionado la imagen de Fernández de Oviedo de por siglos:

La primera semblanza, elogiosa e impecable, heroica y caballerisca nos la da el mismo Oviedo en sus obras literarias, históricas y memorialistas. La primera versión enfurecida de un Oviedo-monstruo, destructor de indígenas e historiador estólido nos la da en sus obras históricas fray Bartolomé de Las Casas quien es el artífice de la más perdurable y terrible fama de Oviedo (...). Ambas versiones pecan de selectivas y tendenciosas. (...) El cronista oficial para presentarse como un individuo probo, ejemplar y fidelísimo ante la corte española, y como un historiador confiable ante sus lectores; el fraile dominico para denunciar a un Oviedo "enemigo" de los indios y convertirlo en símbolo de la opresión y la injusticia en su debate en defensa de los aborígenes americanos (Bolaños, 1990a, p. 579).

¿Cómo legitima Oviedo su imagen, su figura? ¿Con qué arsenal cuenta el estratega para persuadir al lector, dignificarse y contraatacar al maldiciente? ¿Es justificado ese tono condenatorio con el que Las Casas lo fustiga? Hagamos balance, en primer término,

²⁵⁰ Oviedo (*Historia*, 118, Libro XVIII, proemio, p. 182)

de las fortalezas y debilidades del escritor madrileño; y en segundo, de los dardos que le lanza el dominico sevillano y si se sustentan.

A) DE VIRTUDES Y CARENCIAS

Frente al axioma de su formación autodidacta, en la estrategia narrativa del cronista impera la demostración de su *sapientia*, de todo su saber. Hay en don Gonzalo un forzado alardeo de erudición. Ya en sus artículos sobre las lecturas del alcaide, del análisis de todo su corpus literario e historiográfico Daymond Turner (1963, 1971) nos ofrecía relación sumaria de los casi doscientos libros que pudiera haber consultado Oviedo, entre los ciento ochenta que el estudioso detalló y los que pudo intuir que formarían parte de la biblioteca ovetense. Sumémosles a ellos el cúmulo de cartas, relaciones y otros documentos indianos que el cronista imperial va atesorando en su poder. Sabedor de las múltiples versiones de un suceso, ya en sus inicios, siendo veedor, gustaba de compilar y comparar testimonios, a menudo divergentes, propiciando el multiperspectivismo. Para Oviedo, la *Historia general y natural de las Indias* es una historia colectiva, totalizadora; una historia oficial que debe aglutinar a todos los actantes. No obstante, “la *Historia general*, historia de hechos, repertorio de la naturaleza americana, es, además un testimonio personal” (Salas, 1959, p. 107). Una gran parte de la confiabilidad del historiador se cimienta finalmente en sus propias percepciones y vivencias, con ese “yo” protagónico que tamiza y “comenta” la información; que la investiga y la registra plagándola de inferencias y juicios morales, involucrándose de tal modo con el dato que él mismo acaba siendo parte nuclear de su propia materia narrativa. “Por momentos”, hace notar Salas, “su *Historia* se escribe a la manera de un diario, con precisiones y fechas que se refieren más a quien escribe que a quien está haciendo historia en cualquier lugar de América” (1959, p. 106) y, en otros, traslada sus ímpetus a su enciclopedia de datos. Oviedo “es hombre de personalidad fuerte y desbordante, es demasiado Oviedo para haber logrado una decantación total de sus pasiones, de sus simpatías y antipatías, que debieron ser muchas” (Salas, 1959, p. 114). El cronista cuenta según lo vive y lo recibe de sus contemporáneos, desde la espontaneidad, sin tapujos ni revisiones, durante varias décadas. Y justamente va a hacer recaer su prestigio de cronista verdadero en la certidumbre de su experiencia. Como asevera Marroquín, “el autor se piensa a sí mismo como calificado filtro intelectual y sensorial del conocimiento

americano” (2015, p. 85). El Oviedo más renacentista postula que el conocimiento se aprehende esencialmente a través de los ojos, e inculca en su discurso la idea de la visualización del conocimiento como forma de vislumbrar la verdad.²⁵¹ Prevalece, ante todo, “la verdad de los sentidos” que proporciona la experiencia (Marroquín, 2015, p. 86) y, en este caso, la verdad de las percepciones y vivencias ovetenses. Este es uno de los motivos que explica la relevancia que adquiere lo autobiográfico en la crónica, y que se escudriñará en el siguiente apartado. Su condición de testigo de vista²⁵², la “oficialidad” de sus desempeños como cronista del Imperio (y los privilegios que derivan del cargo, entre ellos, la fundamental importancia de ser receptáculo de toda relación o testimonio de terceros²⁵³) o el establecimiento de residencia en el Nuevo Mundo ratifican su potestad como fuente experimentada y fidedigna; argumentos que el historiador explota hasta el hastío.

La escritura cronística de Oviedo muestra que todas sus estrategias retóricas caminan hacia la exaltación de su valía humana, porque desde la preceptiva clásica la verdad discursiva suele ir ligada a la entereza moral del orador²⁵⁴. Entran a escena los *loci a persona*, esos tópicos que recalcan en el *genus* y la *conditinis distantia* (linaje y condición social), el *habitus corporis* y muy especialmente en el *animi natura*, porque ciertos aspectos del carácter pueden añadir o restar credibilidad al historiador. Al benevolente lector apela, asimismo, a propósito de su ingenio o sobre cuestiones de estilo; con una *captatio* que clama indulgencia:

²⁵¹ Véase el capítulo IV, “Eyewitness to America’s wonders. Illustrating a Natural History of the Indies”, de Myers (2007), especialmente las páginas 66 y 67.

²⁵² “Yo digo lo que vi” (*Historia*, 117, Libro III, cap. VI, p. 68), sentencia que mina las páginas de la crónica ovetense.

²⁵³ Paradójicamente, tal y como apunta Salas, si bien “el principio rector” de Oviedo es la experiencia, su conocimiento directo remite a una relevante -por ser la puerta de entrada a Las Indias-, pero “pequeña zona americana”, que comprende su lugar de residencia (la Española), así como “la isla de Cuba (...); el Darién, la culata de Urabá, la costa del Mar del Sur desde Panamá hasta Nicaragua y el interior de esta última región”. No obstante, es preciso entender que para el cronista el término “experiencia” engloba “el estar cerca de los sucesos”, “el hablar con muchos hombres” sobre ese hecho, “el conocer ese suceso por diversos caminos” y “asegurarse de sus calidades”. Que su cargo le proporcione un ingente corpus documental es lo que lo distingue del resto de cronistas indianos. Y, por ello, frente a ese mostrenco legajo de testigos y testimonios, Salas concluye que “su mayor riqueza, el mayor mérito (...) en él es la minuciosa recopilación de (...) versiones sobre los mismos sucesos”, pues nos lega “el detallado y preciso conocimiento de muchos hechos que han llegado hasta él oralmente o a través de relaciones y documentos perdidos o temporariamente extraviados para nosotros” (Salas, 1959, pp. 96-98).

²⁵⁴ No todos los renacentistas aceptan estos preceptos. Una de las voces discrepantes es la de Juan Luis Vives. El autor de *De ratione dicendi* no está de acuerdo “con la confusión de retórica y ética que Quintiliano propicia al formular su concepto de orador como *vir bonus*. La excelencia del orador no depende de sus cualidades morales” (Navas, 2006, p. 129).

En la verdad, el estilo y elocuencia del auctor de una famosa historia, mucho la engrandesce e sublima por el ornamento de su graciosa pluma e sabio proceder, o mucho le quita e disminuye del proprio valor, cuando en el tal escriptor no hay la habilidad que se requieres en cosas grandes.

Esto falta aquí por cierto, e yo confieso que por tantas e tales e tan diversas materias como son de las que yo aquí tracto, fuera nescesario otro ingenio que el mío; pero en confianza desta verdad a que voy arrimado, espero, si yo no basto a tanto ilustrar mi obra, como las que otros grandes varones escribieron, basta para mi consuelo e a la satisfacción de quien lee, que (...) aquí supla la materia el defecto de mi pluma e ingenio, para que no deje de parecer bien a los que vieren estas historias (*Historia*, 119, Libro XXXI, proemio, p. 363).

Y es que, desde luego, si hay un hilo argumental férreo y significativo que engarza y cristaliza en toda la *Historia* es este de la construcción retórica que el autor esculpe sobre la idoneidad de su personalidad y, que siguiendo los parámetros del *vir bonus* de Quintiliano, involucra en la escritura “todas las virtudes del alma”²⁵⁵:

En la *Institutio oratoria* defiende que el hombre bueno debe tener respeto por la opinión pública, fortaleza, valentía, responsabilidad, sinceridad y sentido común. También debe estar adornado de justicia, integridad, elocuencia, honor, conocimiento, sentido del deber y, en fin, virtud. Estudia este orador ideal la verdad, la justicia, la equidad y el bien (Covarrubias, 2009, p. 296).

Razones nuevamente que instan **al estudio de ese intérprete** del Nuevo Mundo que es Oviedo, de sus circunstancias, sus capacidades configurativas y de sus estrategias narrativas (inventivas y elocutivas), de entre las que se encuentra la edificación de la credibilidad²⁵⁶ de su propia voz, de una imagen sin tacha. Así, enraizado en esa dimensión pragmática, el “yo narrativo” inunda la crónica (una emancipación del yo²⁵⁷ que ha sido señalada como rasgo humanístico en Oviedo) principalmente para comunicar y persuadir, pero la consecución de esto último exigirá el saber reivindicarse y desembocará en una autorrepresentación laudatoria que alcanza sus máximos exponentes en el Libro XXIX, y

²⁵⁵ Señala Covarrubias que Quintiliano contempla una “nueva concepción de la retórica, que reconsidere también su relación con otros campos del saber”. Por consiguiente, el orador debe proveerse de “un saber ético” y “la adquisición de un lenguaje verdaderamente digno, el único que es capaz, en definitiva, de «esculpir» la personalidad de un modo adecuado”. Por ende, “la construcción de tal personalidad pasa, esencialmente, por vincular el don de la palabra con todas las virtudes del alma”. Véase Covarrubias (2009, pp. 293-294).

²⁵⁶ La credibilidad del rétor revierte en el poder de su discurso y en la difusión de sus escritos, de ahí su relevancia.

²⁵⁷ Concluye Kohut que Oviedo “introduce conscientemente el yo en su obra, reflexiona sobre su materia y su modo de proceder”, y que esa “tendencia antropocéntrica” deviene “el argumento más convincente en pro del humanismo de su autor” (Kohut, 1992b, p. 83).

que se analizará con profundidad en las páginas dedicadas a los “mecanismos narratológicos”.

En el siguiente fragmento la heráldica y la nota autobiográfica le sirven, por ejemplo, a Oviedo de instrumentos de autoensalzamiento:

Quiero decir otra cosa muy notable, que los que no han navegado por estas Indias no la pueden haber visto, salvo los que fueren en demanda de la Equinocial, o estuvieren a lo menos en veinte e dos grados, poco más o menos della. Y es que, mirando a la parte del Sur, verán que se alzan sobre el horizonte cuatro estrellas en cruz (lám, 1, fig. 2), que andan al derredor del círculo de las Guardas del polo antártico, de la forma que están en esta figura puestas; *las cuales la Cesárea Majestad me dio por mejoramiento de mis armas, para que yo e mis subcesores las pusiéremos juntamente con las nuestras antiguas de Valdés, habiendo respecto a lo que yo he servido en estas partes e Indias, e primero en la casa real de Castilla, desde que hobe trece años (...), e después (...) a los Reyes Católicos, (...) e después a Sus Majestades*. Las cuales armas estarán en fin deste tratado, pues que es escrito en estas partes donde tantos trabajos padescen los hombres que veen estas estrellas, e donde yo he gastado lo mejor de mi vida²⁵⁸ (*Historia*, 117, Libro II, cap. XI, p. 45).

Ese *status* arriba referenciado determina constantemente su posicionamiento frente al referente, matizado por las implicaciones personales del autor con la materia narrada. El historiador no solo informa, sino que también analiza y deduce, aporta sus apreciaciones, tiñendo de subjetividad su narración objetiva. En este otro caso *infiere* razones sobre el “mal obrar” de los indios, a los que define como “gentes salvajes y bestiales” (*Historia*, 117, Libro III, cap. VI, p. 67). De este modo, colige don Gonzalo en la primera parte de su crónica:

(...) cuadra bien y conviene aquella espantosa e justa sentencia del soberano y eterno Dios (...): “*Paenitet enim me fecisse eos*”²⁵⁹: “Pésame de haber hecho al hombre sobre la tierra”. De que *infiere* que, no sin grande misterio, tuvo Dios olvidados tantos tiempos estos indios, e después, cuando se acordó dellos, conforme a la auctoridad de suso, viendo cuánta malicia estaba sobre esta tierra toda, e que todas las cogitaciones de los corazones éstos, en todos tiempos, eran atentas a mal obrar, consintió que se les acabasen las vidas, permitiendo que algunos inocentes, y en especial indios bautizados, se salvaran, y los demás pagasen (*Historia*, 117, Libro III, cap. VI, p. 67).

²⁵⁸ La cursiva es mía.

²⁵⁹ Acude a la *autoritas* del Génesis (VI, vers. V y VI), a la palabra divina, para justificar que ha sido por la permisión del Creador que se han perdido tantos indios.

Cabe señalar que en este tipo de pronuncias halla justificación Las Casas para agravar a Oviedo; son estos los cimientos de la pugna sobre los que el dominico edificará su campaña censora, lo desvirtuará. Y resulta innegable que el dictamen del cronista madrileño dimana prejuiciado y partidario: Dios quiso que por su tanta “malicia” estos indios no “baptizados” pagasen con sus vidas. Pero, se ha de entender que, en lo que atañe a los dilemas morales de la conquista -en especial, en esos primeros tiempos en los que aún no resuenan las reprobaciones y los vituperios lascasianos-, su posicionamiento inicial sea el de mostrarse parcial y tendencioso respecto al adversario, sin entrar en cavilaciones éticas y fundamentales que demandarían mayor profundidad. Una actitud inicial, la de Oviedo, que desvela indudablemente su talante acomodaticio y sus deseos de promoción, lisonjero frente al rol imperial e injurioso cuando se trata de retratar al rival hostil y fiero. Se impone así el historiador pragmático y ventajoso, en el que prima el juicio oportunista. Ese que aspira a granjearse las mercedes reales, ofreciéndole a su Cesárea Majestad con su *Historia* la lectura más conveniente para el Imperio.

Sobre estas cuestiones, aseveraba, de este modo, Miranda que no fue Oviedo muy ducho en elucubraciones éticas y que las evitó en lo posible, pasando por ellas superficialmente:

No era dado Fernández de Oviedo a reflexionar o elucubrar, y menos de manera sistemática. Dotado de asombrosa facultad para la descripción y la narración, y en posesión de una memoria nada común, se le nota desprovisto de aptitudes para el discurso y la especulación. Por esto, y también probablemente porque no le atrajeron las cuestiones de principio ni las dogmáticas, y porque careció de preparación para abordarlas, rehuyó el tratamiento teórico de los problemas capitales que suscitara la conquista de América. Pero no dejó de tocarlos en los aspectos histórico y práctico. Discurrirá sobre ellos como historiador de vuelo bajo y como hombre de experiencia y realidades (Miranda, 1957, p. 62).

Comulgamos con las apreciaciones del estudioso en que, en lo concerniente a la naturaleza y tratamiento de los indios, “discurrió Fernández de Oviedo como de costumbre, muy al ras de la realidad” (Miranda, 1957, p. 67), sin esforzarse en comprender a los naturales ni en dejar de prejuiciarlos moralmente. Visos de cierto empeño interpretativo, los hay; cuando recurre el cronista al “concepto providencialista de la historia” como “armazón argumental” (González Echevarría, 1983, p. 19) para desentrañar el sentido de unos y otros actores. Pero estas inferencias solo lo llevan a la

amoralidad indígena, que le resulta el ardid más oportuno cuando la “utilidad política” es la que supedita todo el tapiz cronístico ovetense.

Así, sobre los naturales, la mirada que nos llega en esos Libros iniciales de la *Historia* tiende a ser condenatoria, revestida de ese halo de moralina. Este cierto sentimiento de antipatía hacia los indios -que, sin desaparecer²⁶⁰, sí va a ir perdiendo espesura conforme el etnógrafo tome las riendas de la crónica- nace asimismo de la raíces deontológicas del cronista, condicionado por su alto sentido de probidad. En esa primera imagen mental del historiador, los aborígenes inspiran tanta conmiseración como repulsa, y son sus comportamientos sacrílegos los peores encajados, y el centro del que irradian el resto de los rasgos negativos que se les atribuyen:

Porque, en la *verdad*²⁶¹, segund afirman todos los que saben estas Indias (o parte dellas), en ninguna provincia de las islas o de la Tierra Firme, de las que los cristianos han visto hasta agora, han faltado ni faltan algunos sodomitas, demás de ser todo idólatras, con otros muchos vicios, y tan feos, que muchos dellos, por su torpeza e fealdad, no se podrían escuchar sin mucho asco y vergüenza, ni yo los podría escrebir por su mucho número de suciedad (*Historia*, 117, Libro III, cap. VI, p. 67).

A bestiales, maliciosos y torpes se reduce aquí la extrema sentencia del cronista. Especialmente frente al indio, el ojo del historiador examina y dictamina; escudriña con esmero las faltas y las ‘maldades’. En la escritura de Oviedo, el juicio, ya sea censura o aprobación, se presenta como una forma de raciocinio apegada a la verdad y al Bien, examinada siempre “bajo el prisma religioso” (Ballesteros, 1981, p. 229). Pero esta actitud enjuiciadora e inquisitiva no es exclusiva de Oviedo. En su *Tratado del alma*

²⁶⁰ Coello señala la fecha de 1540 como momento en el que se opera un viraje en el discurso histórico Oviedo. Ese cronista, que tanto se ha enervado por la barbarie de los indios en los principios de su *Historia*, siendo fiel a la persecución de la verdad histórica, se ve instado a narrar en las segunda y tercera parte de su obra el barbarismo de sus compatriotas españoles. Adolecido por un profundo pesimismo, la codicia y crueldad de los militares del imperio toman un mayor protagonismo; y, en consecuencia, ese indio inferior e inmoral adquiere cierta consistencia de víctima. Con todo, aun “siendo muy crítico con el proceso de colonización, (...) no podía renunciar a su ideología imperial” (2002, p. 195), ni a las mercedes que le reporta esa empresa, por lo que el último Oviedo le otorga circularidad a su crónica. Digamos que cierra coherentemente el círculo, retomando aquel discurso inicial sobre la maldad del aborígen, aunque amalgamado ahora a la de actores infames como los Soto o los Pizarro. Véase Coello (2002, pp. 191-195).

²⁶¹ La verdad la sustenta el crédito de los que testificaron sobre esos indios, de los que “saben” de estas Indias.

[1538], Joan Luís Vives (1492-1540), uno de los grandes pensadores²⁶² del XVI, estima que:

El arma de pensamiento se aguza y pulimenta con la enseñanza como la fuerza de hacer y practicar con el ejercicio. El término de la razón que contempla es la verdad; el de la que obra, el bien. Esta última produce el juicio comparando lo bueno con lo malo, comparación de la que carecen las bestias (...). Esta especie de luz intelectual o juicio nos lleva siempre, directa o indirectamente, hacia lo bueno y lo verdadero, moviéndonos a la aprobación de las virtudes o a la censura de los vicios; de ellos vienen después las leyes y los preceptos morales, así como en cada uno interiormente la conciencia, que censure, reprenda y condene sus propios vicios, a menos que se carezca de todo sentido humano y se descienda a la condición de bruto (2023, p. 69).

Por consiguiente, “se enardece y estimula” la reprobación y la aprobación, y se involucra lo volitivo especialmente en la escritura histórica (en tanto maestra de vida), porque “si la voluntad es la soberana de los actos humanos”, en la “potestad” del cronista estará “el obrar bien o mal”, señalando “la virtud y el vicio”, y entonando “la alabanza y el vituperio”, a modo de “premio y castigo” (Vives, 2023, p. 101). De esta forma, el juicio

²⁶² En su ‘Introducción’ a esta obra del filósofo, Foster Watson (1916) aplaude el rol inaugural de Vives, pues:

el consciente valor de la inducción como un método de indagación y de descubrimiento en los problemas filosóficos, y especialmente en los psicológicos, debe retrotraerse dentro de la época del Renacimiento, más allá de Descartes y de Bacon, y en un determinado aspecto hasta Juan Luis Vives (...). En 1538, publicó Vives su obra de Psicología titulada conforme a la de Aristóteles: *De Anima et Vita*. La dedicó a D. Francisco, duque de Béjar; y a uno de sus descendientes, otro Duque de Béjar, dedicó también Cervantes, en 1605, *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* (...). Vives. consecuentemente, alejó de su propósito la discusión de la esencia del espíritu, y en su lugar hizo una investigación cuidadosa de las manifestaciones del alma en todas las actividades de la conciencia (...). Aun cuando, sin género de duda, la formación del conocimiento era considerada como la única de un propio valor intelectual, un estudio profundo de las pasiones, como se presentan en nosotros mismos y en los grandes personajes de la historia, puede tener un alto valor moral, presentándolas como ejemplos y como consejos. Vives lo comprendió así, y consagró uno de los tres libros del *Tratado del alma* al estudio crítico y constructivo de las pasiones (...). Las pasiones son definidas por Vives como los ‘actos de ‘las facultades otorgadas á nuestra alma por la naturaleza para seguir el bien y evitarnos el mal’. Existe, pues, una evidente y estrecha relación entre la ética y la Psicología. El estudio de las pasiones, aun cuando inspirado en Santo Tomás de Aquino, es grandemente ampliado con el auxilio de la propia observación é introspección. (...) Vives distinguió exactamente la *ratio speculativa*, cuyo fin es la verdad, de la *ratio practica*, cuyo fin es el bien, (...) introdujo las formas subjetivas y *a priori* de la razón, que él llama *anticipationes seu informationes naturales*. (...) La historia analiza la esencia de la naturaleza de los seres humanos y también las manifestaciones del sentimiento y de la inteligencia del espíritu, y en su consecuencia, su asunto descansa manifiestamente sobre una base psicológica” (“El padre de la psicología moderna”, Foster Watson, 1916, pp. XII-XXXVIII).

prudente y el talante cristiano revalorizan al *yo* autorial, le granjean mayor honra, respeto y mérito²⁶³.

Por ello, la protesta y el tono condenatorio se aposentán en la *Historia*, que “poco le aprovechó a Pilatos lavarse las manos *coram populo*, ni decir ‘inocente soy de la sangre deste justo’” (119, Libro XXVIII, cap. IV, p. 186), que “los presentes que acá en estas partes me oyeren, toparán en mis renglones asaz ejemplos en que castigar o corregir sus vidas, mirando las de otros que por acá han seído personas señaladas” (119, Libro XXXI, proemio, p. 364). Y, en idéntica sintonía, laurea con su pluma a “aquellos hidalgos y personas valerosas” que murieron “sin galardón ni premio de sus servicios”, que “quisiera yo que, pues en esta vida” fijar “la memoria de tan memorables milites (...) y que fuera tan bastante en su alabanza y fama, que para siempre quedase puesta (...) en el acuerdo de los vivos e de los que están por nascer” (119, Libro XXXII, cap. VIII, pp. 420-421).

Mas, regresando nuevamente al texto descriptivo de los aborígenes, se aprecia que esas primeras críticas de Oviedo no solo atañen a la sustancia anímica de los indios. El análisis moral y la *virtus* cristiana se entretrejen deliberativos y van a abarcar mucho más, afectando a la caracterización física de los “infieles”. Así, estos seres a los “que tuvo Dios olvidados tantos tiempos” (*Historia*, 117, Libro III, cap. VI, p. 67) se colman, en ocasiones, de imperfecciones corporales que afectan también a la fisonomía o a la apariencia y que, en este pasaje, se traducen en una “fealdad” y “suciedad”, que causan inclusive repugnancia (“asco y vergüenza”).

Para comprender estas proyecciones, es fundamental recalcar de nuevo en esas condiciones de “infieles”, “inmorales” y, por ende, de “malvados” que les atribuye el cronista a estos aborígenes, pero, asimismo, en la concepción de fealdad como atributo representativo del Mal, de lo demoníaco y degenerado.

En mi artículo de 2020, incidía en que, en el imaginario ovetense, “América es la Tierra Prometida, el Jardín edénico, pero también el Imperio del Demonio” (Guillamón, 2020, p. 7) y que, en su representación de la pugna librada entre el Bien y el Mal en el Nuevo Mundo, el indígena enemigo “se erige como símbolo de grotesca deformidad” (2020, p.

²⁶³ Igualmente, los personajes ovetenses habitan en un mundo donde gobierna la meritocracia.

9). Y es que, durante la lectura de la *Historia*, se percibe que el maniqueísmo de Oviedo se revela, y con suma claridad, tras la estética corporal con la que viste a sus personajes.

Cuenta aquella frase proverbial de Cicerón que “la cara es el espejo del alma”²⁶⁴, dando a entender que el semblante y, particularmente, los ojos delatan el ánimo y el carácter del individuo. Los indios ‘malos’, que idolatran y sirven a Satán, que practican la antropofagia²⁶⁵ y la sodomía, y que muestran, sin reservas, su depravación moral, no soportan la ortodoxia religiosa de Oviedo, quien los representa con la forma física y el traje que viste el Príncipe de las Tinieblas: eso es, con apariencias terroríficas y bestiales, con deformidades, sangrientos, malolientes, y de una fealdad absoluta, como si el diablo se hubiera corporeizado en esos nativos. “El demonio, en el imaginario de la época, es la plasmación de la fealdad”, especifica Arsenio Moreno (2009-2010, p. 151) en su estudio sobre la simbología del demonio en el teatro y la pintura de nuestro Siglo de Oro. Como indica este historiador, el Maligno es un ser multiforme, es “la Bestia, (...) aquella mezcla monstruosa entre hombre y animal, cuya ferocidad causa pánico” (Moreno, 2009-2010, p. 151), “cuya presencia es advertida, (...) por su hediondo olor a azufre” (p. 151) y que en la hagiografía “aparece como figura horripilante, un híbrido de sierpe, perro rabioso, león, que fustiga de un modo inmisericorde (...) y [que] adquiere formas agresivas, furibundas y siempre hostiles” (p. 151).

Josué Sánchez, quien se ha interesado por las primeras visiones estéticas europeas de los amerindios, refiere de manera expresa a “los prejuicios de Oviedo” (Sánchez, 2011, p. 81) al registrar “una estética ontológica negativa” (2011, p. 81) de estos amerindios. Por su parte, Alex Coello, que ha examinado en profundidad esa imagen negativa del indio ‘malo’ que el cronista pinta en su *Historia*, se pronuncia de este modo sobre sus orígenes:

Desde su primer viaje a las Indias (1514), Gonzalo Fernández de Oviedo se mostró absolutamente fascinado por las fuerzas de la naturaleza al tiempo que asqueado por el comportamiento amoral de los amerindios. (...), esta visión idílica de un paraíso terrenal fue muy pronto substituida por otra de

²⁶⁴ Para esta paremia se ha consultado el “Refranero multilingüe” del Centro Virtual Cervantes. En <https://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/ficha.aspx?Par=58843&Lng=0>

²⁶⁵ La caracterización de bestialidad viene sustentada por el canibalismo indígena, que enerva al cronista:

Son esos panches gente feroz, e tan cruda e salvaje, que los que matan a los enemigos, se los comen luego en el campo por venganza, e lo que les sobra de tal carne, llévanla a sus casas, para la comer en compañía de sus mujeres e hijos (*Historia*, 119, Libro XXVI, cap. XXX, p. 127)

corrupción y maldad. La imagen negativa de los amerindios se impuso a la imagen positiva de los españoles, relegando los sueños de Colón de encontrar un mundo cristiano perdido a una figura retórica de la literatura occidental. La idealización de los "indios buenos" no perduró como una imagen objetiva y permanente, sino como una imagen atemporal. Así, una vez los españoles identificaron a los Caribes como "representantes del horror absoluto", el término "degeneración" asumió un significado político y moral para referirse al canibalismo y a la sodomía como causas de todas las maldades del Nuevo Mundo (...).

Para Oviedo, profundamente influenciado por el aristotelismo de la época, no había duda de que los indios vivían imbuidos en una absoluta obscenidad que gobernaba sus acciones. Y por supuesto, el responsable no era otro que Satán, figura omnipresente en la mayor parte de crónicas y relaciones, cuya ambición no era otra sino apoderarse de las almas de los indios (Coello, 2001, pp. 79-104).

En verdad, resulta imposible pasar por alto el tono denigrante con el que, en muchos momentos de la *Historia*, el historiador oficial presenta con repugnancia a los indios ‘malos’, tan belicosos y aborrecibles. Son pasajes en los que el férvido cristiano-Oviedo arrincona al etnógrafo-Oviedo, indignado por las transgresiones morales y pecaminosas de los nativos. Y disuenan aún mucho más esas tan deplorables ‘radiografías’ que del indígena difunde Oviedo, si las contrastamos con la miradas idílicas que emanan de los relatos, por ejemplo, del Almirante Colón, de los del escribano portugués Pero Vaz de Caminha (1450-1500), el cronista Jerónimo de Vivar (1525- 1558?) o, incluso, de las descripciones que de las mujeres indias realiza el cosmógrafo florentino Américo Vespuccio (1454-1512), fascinados todos por la hermosura de esos hombres americanos. Como ha destacado Sánchez:

a pesar de los prejuicios europeos y americanos en el choque de culturas, sorprende la elaboración de una perspectiva estética positiva de los europeos al contemplar y evaluar a los americanos por primera vez, especialmente cuando se toma en cuenta el descarnado ataque que muchos cronistas hicieron más tarde de ellos. Al contemplar la hermosura del tiempo, plantas, frutas, etc., Cristóbal **Colón** imaginó el paraíso y dio una evaluación paradisiaca de los indoamericanos deleitándose en lo bello de todo. Decía que los indoamericanos eran “muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras”. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos” [Colón, 1946, 30-31]²⁶⁶ (...). Indudablemente buscaba impresionar y complacer al público europeo así como a los monarcas de su descubrimiento (...). Aunque obviamente esta era una escritura

²⁶⁶ Refiere Sánchez a la obra colombina *Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento*, México, Espasa-Calpe Mexicana, 1946. Para consultar todas estas referencias, consúltese el artículo en <https://shs.hal.science/halshs-00826806/document>

intencionada destinada a beneficiarlo, bien puede notarse su barómetro estético europeo que operaba en esta definición positiva a los indoamericanos. En este caso, Colón los está contemplando hacia arriba, con admiración sintiéndose inferior, o por lo menos pretendiendo serlo para engrandecer “su descubrimiento” (...) (Sánchez, 2011, p. 87).

(...) En el Brasil, después de que **Vaz de Caminha** afirmara que “nuestro Señor les dio buen cuerpo y buen rostro”, agregó que los indoamericanos sólo comen tubérculos, semillas y frutas naturales que se “dan por sí mismos. Y con todo esto son todos estos más fuertes y más robustos que nosotros que comemos tanto trigo y legumbres” [Caminha 1984, 48]²⁶⁷. Caminha no solamente reconocía que Dios operaba en ellos dándoles buena forma, sino que los americanos le eran estéticamente placenteros (Sánchez, 2011, p. 87).

(...) A un lado en Chile, **Jerónimo de Vivar** también registró que “la gente en este valle es dispuesta y [de] buen cuerpo y buen parecer” [Vivar 2001, 91]²⁶⁸. La visión estética positiva parecía ser unánime en todo el continente (Sánchez, 2011, p. 87).

(...) La mujer americana también jugó un papel importantísimo en la evaluación estética del choque de culturas en la invasión de América. El abuso sexual, físico y emocional no tiene precedente en la invasión de América. A su vez, sin embargo, son un tipo de barómetro estético por medio del cual podemos medir la visión de los europeos al contemplarlas. Aunque en algunos de los casos se les vio como una comodidad sexual libidinosamente, en otros simplemente se reflexiona sobre su hermosura y atracción como símbolo de la belleza. En su primer viaje a las Américas **Colón** notó que “hay muy lindos cuerpos de mujeres” [Colón 1946, 30-31] (...) En la visión general del primer impacto se siente una evaluación positiva de los indoamericanos, aun cuando los denigraron en muchos otros aspectos como es el caso de **Vespucio**. Irónicamente, este italiano también se prendó, mas no del paisaje como Colón, sino de las mujeres de las que abusó en toda forma (...), comentó que “cada una de las mujeres parecía una Penteselea, y los hombres Ateneos” [Vespucio nf: 60]²⁶⁹, (...) que “son mujeres de cuerpos gentiles, muy bien proporcionadas, y no se ve en sus cuerpos cosa o miembro mal hecho...”. Luego agregó admirado que “por maravilla veréis los pechos caídos de una mujer, así como tampoco el vientre caído o con arrugas, que todas parece que pariesen nunca” [Vespucio nf: 108]. Esta visión estética sobre los indoamericanos es considerable cuando las dice un europeo como Vespucio, quien holgadamente denigra al indoamericano en todas sus cartas,

²⁶⁷ Refiere Sánchez a Vaz de Caminha, “Los salvajes al natural”, *Noticias secretas y públicas de América*, edición de Emir Rodríguez Monegal, Barcelona, Tusquets, 1984.

²⁶⁸ Refiere a Jerónimo de Vivar, *Crónica de los reinos de Chile*, edición de Ángel Barral Gómez, Madrid, Dastin, 2001.

²⁶⁹ Refiere a Amerigo Vespucci, *Cartas de viaje*, introducción y notas de Luciano Formisano, Madrid, Alianza, n. f.

y que pasó por el continente destruyendo y matando a los indoamericanos sin discreción o respeto a nadie (Sánchez, 2011, pp. 89-91).

Sin embargo, en lo concerniente a los retratos indígenas que pululan en la *Historia*, y pese a su insistencia en enfatizar los férreos prejuicios de Oviedo, Josué Sánchez no obvia que hay ocasiones en las que el cronista oficial del imperio español valora favorablemente los aspectos corporales de los indios, tildándolos de “impresionantes”:

Gonzalo Fernández de Oviedo, a pesar de su desdén hacia los americanos, decía que vio que “todos eran mayores comúnmente que todos los indios que yo he visto, y tan altos que excedían estatura de los hombres que en España decimos medianos” [Oviedo, 1992, 256]²⁷⁰. En otro lugar al pasar a Tierra Firme vio a otros indoamericanos impresionantes y escribió que “aunque no son gigantes... son mayores que los alemanes comúnmente, y en especial muchos de ellos, así hombres como mujeres, son muy altos y ellos y ellas buenos flecheros” [1992: 101. Le cuesta a Oviedo aceptarlos como “más grandes” que los españoles y tiene que hacer uso de los alemanes (Sánchez, 2011, p. 93).

En verdad, en aquel escenario americano, operó “una estética ontológica que catalogaba a un grupo como superior o inferior según su apariencia física” (Sánchez, 2011, p. 96) y que “muchos de los europeos encontraron estéticamente bellos a muchos de los indoamericanos y su cultura” (p. 96). Uno de los ejemplos más representativos, y que se ha citado anteriormente, es el de Colón. Para Coello, la diferencia con Oviedo radica en la prefiguración colombina y en el calado ‘superficial’ de las descripciones que Colón elabora de los indios, “porque el Almirante sabía de antemano lo que iba a encontrar” (Todorov, 1992, p. 26; citado en Coello, 2002, p. 141, nota 39). Como escribe el historiador barcelonés:

Colón describió las particularidades de los indios de manera superficial, no apreciando diferencias entre ellos. Oviedo, sin embargo, utilizó un método descriptivo que prestaba atención a las diferencias físicas con respecto al tamaño o a la forma de sus cuerpos así como a sus orígenes geográficos. Pero, a diferencia del Almirante, su canon de belleza, inspirado en los estándares renacentistas (Leonardo da Vinci, *Anatomía*²⁷¹, 1509), no se correspondía con

²⁷⁰ Refiere a Oviedo, *Florilegio histórico de las Indias*, Asturias, Grupo Editorial Asturiano, 1992.

²⁷¹ *El Libro de Anatomía*, de Leonardo, como explica Gisela Ripoll, “que es en realidad un tratado inacabado con excelentes ilustraciones, es fruto de su propia experimentación en los hospitales de Florencia, Milán y del Espíritu Santo de Roma. Acusado de sacrilegio fue expulsado en 1515 por el Papa León X” (2022, p. 13).

los cuerpos que contemplaba. Las descripciones de Oviedo sobre la “fealdad india” se oponían a la imagen del mito edénico, sentando las bases del indio “feo”, e “infantil, incapaz de alcanzar la madurez (Coello, 2002, p.141).

Está claro que la “visión denigrante del indoamericano (...) se desarrolló en el proceso de la desposesión de América y el conflicto entre los dos pueblos” (Sánchez, 2011, p. 97). En la *Historia*, esta situación cristalizó en plurales renglones ovetenses que son difíciles de justificar, enraizados en la difamación tanto moral como física del indio. El polémico proemio al Libro V, que refiere a las idolatrías y vicios de esas gentes de “bestial entendimiento” (*Historia*, 117, p. 111), y que presenta al indígena como un ser de cabeza anormalmente “gruesa”, “rescia” y tan resistente que es capaz de romper “las espadas” (*Historia*, 117, p. 111), es el botón de muestra más manido por los libelistas de Oviedo. Pero, en el escudriño textual, subyacen otros tantos ejemplos que, como se listan a continuación, también se revisten de **valoraciones extremas**.

En esta primera secuencia, el cronista se explaya en detallar las brutales torturas a los cristianos por parte de unos indios crueles, atormentadores y que se distinguen por poseer **incisivas uñas, como cuchillas**, cual afiladas garras del más fiero animal:

E allí los tomaron por esclavos, sirviéndos dellos *más cruelmente que un moro lo pudiera hacer*, porque allende de andar en carnes vivas e (...) descalzos (...) no era otro su oficio sino traer cargas de leña e de agua, y todo lo demás que habían menester los indios, a raíz de las carnes, e arrastrando las canoas por aquellos anegados con aquellas calores.

Esta gente no come en todo el año sino pescado e poco (...). E demás desta penuria, es otra muy grande la del agua dulce, de la cual es muy falta aquella tierra, (...) muy poca e mala, e lejos. E esto todo era para más fatiga de los cristianos, así en padecer la mesma sed, como en les traer a cuestras el agua para los indios sus amos e aun para sus vecinos; porque todos los mandaban, e a todos temían, e todos *les tractaban mal de obra e de palabras*. E los muchachos les pelaban las barbas cada día por su pasatiempo, (...) e los rasguñaban de manera que *muchas veces les hacían sangre, porque traen tales uñas, que aquéllas son sus principales armas o cuchillos ordinarios para entre sí, si no es con quien tienen guerra*²⁷². E hacíanles tantas e tales vejaciones, que en topándolos fuera de las casas, luego eran con ellos con piedras e con cuanto se les ofrescía e hallaban más a la mano (*Historia*, 120, Libro XXXV, cap. IV, pp. 301-302).

²⁷² Las cursivas son mías, para subrayar la definición de ese particular rasgo físico.

El segundo fragmento escogido, de profunda carga subjetiva, contiene el fallo condenatorio de Oviedo ante las prácticas de **sodomía** entre los indígenas:

Hay entre esa gente abominables sodomitas, y los culpados en aquel delicto nefando contra natura (...). Y no es sola aquesta provincia donde aqueste maldito vicio se acostumbra en la Tierra Firme, *por lo cual no me maravillo del mal que haya ni subceda en tal tierra*²⁷³ (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. IX, p. 35).

La comparación que erige, en estas otras líneas, el cronista entre las pinturas del indio y las del moro bereber recalca, de nuevo, en la **corporeidad amerindia**, y se reviste de cierto tono despectivo:

La gente de los indios que allí viven son loros²⁷⁴, e andan desnudos, sin alguna cobertura ni ropa en parte de toda la persona, y todos muy pintados, como los de Berbería de África, por gentileza: quiero decir de aquella manera de pintura *que se pintan los moros* (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. IX, p. 418).

La prosa descriptiva a propósito de las **imágenes** diabólicas esculpidas por los indígenas, sobre sus idolatrías y **artes mágicas** resulta abrumadora:

(...) he hallado (...) la figura abominable e descomulgada del demonio, en muchas e diversas maneras pintado e esculpido, o de bulto, con muchas cabezas e colas, e diformes y espantables, e caninas e feroces dentaduras, con grandes colmillos, e desmesuradas orejas, con encendidos ojos de dragón e feroz serpiente, e de muy diferenciadas suertes, y tales que la menos espantable pone mucho temor y admiración. (...) E (...) daban a entender que el *cemí* es señor del mundo e del cielo y de la tierra y de todo (...), y que su figura e imagen era aquella, tan fea como he dicho (...). Y estos *cemís*²⁷⁵ o adevinos les decían muchas cosas, que los indios tenían por ciertas, que vernían en su favor o daño (...) (*Historia*, 117, Libro V, cap. I, p. 112).

Una cosa he yo notado (...), y es el arte de adivinar (o pronosticar las cosas por venir), y cuantas vanidades los *cemíes* daban a entender a esta gente, andaba junto con la medicina e arte mágica, (...) pues sus médicos principales son sus sacerdotes adevinos, y estos sus religiosos les administran sus idolatrías y cerimonias nefandas y diabólicas (*Historia*, 117, Libro V, cap. I, pp. 112-113).

²⁷³ La cursiva es mía, con el fin de resaltar hasta dónde llega el sentimiento de repudio ante esas actitudes indias.

²⁷⁴ Esclarece Manuel Ballesteros que loro “significa en la pluma de Oviedo color laurel (loro), o sea verduzco o cobrizo, como luego sería la designación del tinte de piel indígena americana” (1981, p. 232, nota 4).

²⁷⁵ Estos ídolos de formas demoníacas no solo se esculpían “de oro y de piedra y de madera e de barro”, sino que “huelgan de poner tan descomulgadas y diabólicas imágenes (...) en las pinturas que sobre sus personas se ponen (teñidas, e perpetuas, de color negro, para cuanto viven, rompiendo sus carnes y el cuero, juntando en sí esta maldita efigie)” (*Historia*, 117, Libro V, cap. I, p. 112).

Y también despreciativo es este cuadro ‘costumbrista’, a propósito de un vicioso ‘festín’, celebrado para colmar los **apetitos del cuerpo**:

Usaban los indios desta isla, *entre otros sus vicios, uno muy malo*, que es tomar unas ahumadas, que ellos llaman tabaco, para salir de sentido (...). *Yo no puedo pensar qué*²⁷⁶ placer se saca de tal acto, si no es *la gula*²⁷⁷ del beber, que primero hacen que tomen el humo o tabaco; y algunos beben tanto de cierto vino que ellos hacen, que antes que se zahumen caen borrachos (...). Aquí me parece que cuadra *una costumbre viciosa e mala* que la gente de Tracia usaba *entre otros crimosos vicios*²⁷⁸ suyos, segund el Abulensis escribe sobre Eusebio *De los tiempos*²⁷⁹, donde dice que tienen por costumbre todos, varones e mujeres, de comer alrededor del fuego, y que huelgan mucho de ser embriagados (...), e que como no tienen vino, toman simientes de algunas hierbas que entre ellos hay, las cuales, echadas en las brasas, dan de sí un tal olor, que embriagan a todos los presentes, sin algo beber. *A mi parescer*, esto es lo mismo que los tabacos que estos indios toman (*Historia*, 117, Libro V, cap. II, pp. 116-117).

A priori, y asidos a los cánones estéticos del individuo del Viejo Continente del XVI, se vislumbra que dimanaban en los cronistas dos perspectivas bien diferenciadas en la contemplación y definición del amerindio.

En un extremo, la literatura no deja de testimoniar valoraciones positivas sobre su rara “exoticidad”, sobre la fortaleza física o la hermosura de aquellas gentes. En palabras de Sánchez, “las crónicas americanas registraron las impresiones de europeos que parecen disfrutar la placentera contemplación ontológica de una belleza indoamericana” (2011, p. 97).

En el extremo contrario, no obstante, parecen haber situado a Fernández de Oviedo, cuestionado en gran medida por su “falta de relativismo cultural” (Coello, 2002, p. 142, nota 41) y por su intolerancia e incompreensión “de la diversidad humana” (Coello, 2002, p. 142, nota 41). Sin la pretensión -por otro lado, ingenua y absurda- de negar en Oviedo use “pesimismo sistemático y detractor hacia el indio” (Pérez de Tudela, 1957, p. 424)

²⁷⁶ Nótese la personalización del discurso. La descripción deja de ser objetiva al entrar en escena la forma pronominal de primera persona y las valoraciones del emisor. La elección del verbo de pensamiento –“yo no puedo pensar”, o del de opinión –“me parece que”- son marcas modalizadoras que ponen de manifiesto el posicionamiento del autor ante el cuadro narrado.

²⁷⁷ La gula es comprendida en la religión católica como pecado capital porque prioriza los deseos físicos.

²⁷⁸ Nótese cómo el cronista reitera en varios renglones el carácter vicioso y malvado de los indoamericanos.

²⁷⁹ El Abulensis, conocido como el Tostado, resulta una de las fuentes habituales de Oviedo. En nota de Pérez de Tudela, reza la parte de cita bibliográfica que no aparece en el cuerpo del texto: “Abulensis, libro III, cap. 168”.

enraizado fundamentalmente en la conducta viciosa y amoral del aborigen, hemos de recordar que don Gonzalo es un hombre de su tiempo, con lo que esto conlleva. Examinado en contraste con Las Casas y su “peligrosamente moderna” (Ballesteros, 1981, p. 231) tesis indigenista, y, sitos especialmente en la I parte de la *Historia* ovetense, hay razones para comprender que las proyecciones de Oviedo respecto al indio provoquen rechazo y desmerezcan a nuestro autor. Con todo, su concepción del indio no es singular en su tiempo; es la comúnmente compartida por la sociedad europea²⁸⁰:

(...) la visión de Fernández de Oviedo era la del europeo común, que aplicaba sus medidas morales al indígena, sin hacer ningún esfuerzo para comprender su mundo y para establecer diferencias entre las esferas propias de cada uno. No fue, por ello, el veedor de Tierra Firme, amigo o defensor de los indios; para serlo hubiera necesitado contemplar sin prejuicios ni interferencias el universo indígena. Entonces hubiera visto cuán injustos e improcedentes eran los calificativos de “viciosos”, “viles”, “cobardes”, etc., que aplica en el capítulo VI, Libro III de la *Historia general y natural*” (Miranda, 1957, p. 68).

El cronista bebe del aristotelismo, de la idea de que “el hombre que no tiene conocimiento de Dios, es un hombre que no ha alcanzado la plenitud racional” (Ballesteros, 1981, p. 228) y de la asunción de que estos indígenas prefirieron olvidar a Dios y apostar por otras sacrílegas creencias. De ello, sus malas inclinaciones; y por ello, la necesaria intervención del cristiano español, de la Iglesia y de la Corona, para reconducir a esos nuevos súbditos atinadamente por la senda católica. Confirma con contundencia el escritor que “comúnmente en todas las Indias conocen que hay un Dios Todopoderoso, e aqeste, por diversos nombres e diferentes maneras, (...) el diablo les da a entender” (*Historia*, 119, Libro XXX, cap. I, p. 359). Es, por ende, Satán que convierte a estos amerindios en “gente desapercibida e apartada, e sin defensa para su salvación, e sin conocimiento de la fe e verdad de la pasión de Cristo” (p. 359). No obstante, la salvación les será otorgada por la misericordia divina y con la conversión cristiana adecuada:

e querrá Dios que se salven e se le quite a Satanás la jurisdicción que tiene allí de tantos siglos usurpada, tragando tan incontables ánimas, si la cobdicia de los que los han de enseñar la fe no se convierte en los malos usos que en otras partes de aquestas Indias han usado los conquistadores, que mejor se

²⁸⁰ Explica Ballesteros que “Oviedo, y más que nuestro cronista, la sociedad de su tiempo, sí consideraba irracionales a los indios no era en virtud de su naturaleza, sino de su evolución histórica”, ese dar la espalda a Dios. La justificación de la conquista halla aquí su *leiv motiv*: que los españoles den “una nueva oportunidad a los indios para que conozcan el misterio de la fe” (Ballesteros, 1981, pp. 228-229).

pueden decir despobladores e disipadores de las tierras nuevas²⁸¹, en que sus pecados lo han traído a hacer mal fin²⁸², la mayor parte de los tales milites” (Historia, 119, Libro XXX, cap. I, p. 359).

Resulta, así, esencial para Oviedo el rol que juegan los “instructores” -soldados y religiosos- en la evangelización del natural, de cuyas malas mañas también se hace eco y a los que no absuelve.

Como asevera Miranda, Fernández de Oviedo:

ve las cosas como probablemente las vio la mayoría de los españoles rectos del común, desde su ángulo moral y religioso de europeos: por un lado, los pecados de los conquistadores, su codicia y rapacidad, causa del mal tratamiento de que hacen objeto a los indios; por otro, los vicios y las abominaciones de éstos, principal causa de las calamidades que los afligen. Por eso considera que de los males de la colonia, y en particular, del acabamiento de los naturales, los dos sectores, el español y el indígena, son culpables: el primero, por la injusticia de sus componentes; el segundo, por la naturaleza viciosa y corrompida de los suyos (1957, p. 67).

Y es que, en múltiples pasajes de la crónica, manan los reproches del historiador por tanta sangre indígena vertida, por tantas inhumanidades. Igual que aplaude con su prosa a aquellos que actuaron con bondad frente a los indios, señala a los destructores y codiciosos, como resulta ser el caso del gobernador de la provincia de Cartago, don Diego Gutiérrez:

Cuando Diego Gutiérrez estuvo en esta cibdad de Santo Domingo, yo le comuniqué como amigo, e aun le dije mi parescer, porque de años atrás *nos conociamos*; e si yo supe entenderle, *parescióme*²⁸³ que su intento *era sancto, e no inclinado ni dispuesto a malas ganancias, ni a maltractar los naturales de aquella tierra donde iba, sino aprovechar sus ánimas, e no ultrajar sus vidas ni robarlos*²⁸⁴. Y como era hombre bien hablado y de buena crianza, e mostraba ser celoso al servicio de Dios e del Rey²⁸⁵, yo pensé que

²⁸¹ Las cursivas (mías) enfatizan ese anhelo ovetense de que los indios acojan la fe y, a la par, la acervada crítica a los que imposibilitan con sus “malos usos” esas conversiones.

²⁸² En el plano semántico, la selección léxica del cronista resulta transcendental: Dios y Satanás, salvarse y tragar ánimas, codicia y fe ...

²⁸³ Nótese que la etopeya de Gutiérrez se fundamenta en las percepciones y valoraciones de Oviedo, en tanto amigo del personaje. El *yo* es el que acredita y valida ese retrato.

²⁸⁴ En esta secuencia difunde nuevamente el cronista la defensa de un buen trato a los indios, que no deben ser ni robados, ni asesinados.

²⁸⁵ El narrador lo presenta como un buen caballero cristiano, fiel a Dios y a su Rey. No obstante, al avanzar en el capítulo, añade:

Aunque (...) yo ya dije que él no tenía experiencia destas cosas de Indias, sé que nunca falta un cabestro de los desalmados o pláticos que por acá han andado, que a los novicios o nuevamente venidos a gobernar, los enseñen a robar; (...) e olvidan el buen propósito e voluntad del Príncipe que los envía, y el temor de Dios (*Historia*, 119, Libro XXX, cap. I, p. 358).

así como lo decía, así lo pusiese por obra (*Historia*, 119, Libro XXX, cap. I, p. 358).

Yo temí siempre que este gobernador era mejor hablado que apercebido para el cargo que llevaba, e así me parece que le subcedieron las cosas como él tuvo el saber e maña. Así salve Dios mi ánima como yo holgara que él acertara a servir a Dios e a su Rey, e a hacer bien sus fechos²⁸⁶; *mas fue por lo contrario*, e decirlo he aquí con las menos palabras que me sea posible, porque me parece que él se dio tan mal recabdo, que cuanto más silencio yo tuviere, tanto mejor él libra, e su mala maña menos se sabrá. Pero no callaré lo que en esta cibdad de Sancto Domingo yo entendí de un hidalgo montañés, llamado Joan de Espina, natural de la villa de Laredo de la Montaña²⁸⁷ (que al presente, que estamos en fin de octubre del año de mill e quinientos e cuarenta y cinco²⁸⁸, está en esta cibdad de Sancto Domingo), el cual se halló a la muerte de Diego Gutiérrez. (...) vino este Joan de Espina a esta nuestra ciubdad (...), e como yo supe que él se llegaba a la casa del señor almirante duque de Veragua, don Luis Colom²⁸⁹, pedile por merced que me hiciese ver con este hombre; el cual le mandó que me viese, e hoy²⁹⁰ miércoles, día de Sanct Simón e Judas Apóstoles, veinte y ocho de octubre de mill e quinientos e cuarenta y cinco años, me dio la relación que tengo dicho. El cual parece, en su persona e manera, que sus palabras son veras, a la llana, e con la simplicidad e falta de ornamento retórico²⁹¹ (...), e me dijo que (...) el Diego Gutiérrez (...) era más cerimonioso que mañoso, e ya le llamaban vuestra señoría, e así tullido, estaba tan soberbio e mal acondicionado, que era

²⁸⁶ Nótese la estrategia discursiva de Oviedo: encomienda el escritor su alma, porque todo su deseo fue creer que el gobernador se conduciría con bondad ante los indios. De esta forma, no solo se redime del equívoco, sino que también muestra

²⁸⁷ El testimonio en primera persona cede el paso aquí al de oídas, en este caso a la información aportada por el hidalgo Joan de Espina. Obsérvese cómo el cronista procura referenciar la fuente informativa con nombre y apellido e, incluso, da detalles sobre su lugar de procedencia.

²⁸⁸ Hacemos un breve, pero relevante, inciso para reparar en el criterio metodológico del historiador, sobre su proceder respecto a los añadidos de la crónica. El historiador va engrosando su *Historia* con las novedades que le llegan de una noticia ya relatada, sea para reafirmar el testimonio o rebatirlo.

Veamos el ejemplo en este Libro, en el que el escritor inserta a la narración de dos años atrás, una presente que aporta otra óptica a lo expuesto.

Oviedo nos ha situado el tiempo de escritura de este relato del cuestionado Gutiérrez en Veragua en 1545. La fecha es mencionada durante este capítulo II en tres ocasiones (p. 359, p. 360 y p. 361). Sin embargo, el capítulo siguiente -y último de este Libro XXX-, en el que se prosigue con el mismo caso, el narrador nos traslada dos años más allá, a 1547, al momento en el que ha obtenido por carta nuevos datos sobre lo que ha acontecido de novedoso en esos territorios. Según explica Oviedo:

“cuando se supo por mí aqeste trabajo (...) fue el año de mill e quinientos e cuarenta y siete, estando yo en la corte del Príncipe, nuestro señor, donde supe por carta de un caballero, llamado Joan Mosquera, (...) e de otros, que me escribieron que el capitán Cristóbal de Peña, que había ido a Veragua (...) le desbarataron los indios e le mataron la mayor parte de la gente que había llevado; e entre los otros murió don Francisco Colom, hermano del Almirante, y escaparon solamente quince o veinte hombres. Así parece que queda algo desculpado Diego Gutiérrez, pues que estoto capitán era diestro e sabía cómo le habían muerto al predecesor en el oficio” (*Historia*, 119, Libro XXX, cap. III, p. 362).

Esas revelaciones instan a Oviedo a pronunciarse, a injertar inmediatamente después del capítulo II las correspondientes aclaraciones en el capítulo que prosigue, para dejar constancia de las nuevas que acontecen.

²⁸⁹ Las narraciones de Oviedo vienen siempre colmadas de estos minuciosos detalles, que propician la credulidad en el lector; que cargan de objetividad el relato.

²⁹⁰ No puede ser el narrador más conciso a propósito de la fecha en la que está escribiendo.

²⁹¹ El escritor vincula aquí la verdad con la prosa llana y liberada de retoricismo.

incomportable. Todo lo cual pensaba yo de él al contrario, porque me parecía hombre llano es sabio. Pero este oro y este mandar no se asienta de una manera en todas las cabezas (...). Dios lo perdona a él e a todos los demás que con él se perdieron (...), pero estos ánimos grandes e inquietos de los españoles, y esta inclinación natural, que tienen a ser más, e a no se contentar con poco, causa tales empresas (...) (*Historia*, 119, Libro XXX, cap. II, p. 359-361).

Con todo, la mala **reputación** de Oviedo -encomendero, esclavista y explotador- han ofuscado, en mucho, la enérgica defensa que entona el cronista en su *Historia* por un buen tratamiento de los indios, condenando los excesos y las tiranías cometidos por tantos españoles. Sobre esta losa, volvemos a reincidir en que fue el historiador un hombre de su época, al que hay que examinar apegado a ese contexto y a sus circunstancias:

El que Fernández de Oviedo hubiera sido encomendero, poseyera esclavos y sacara oro con los indios, no eran motivos suficiente para atribuirle crueles tiranías y la perpetración de horrendas inhumanidades. Pues la inhumanidad o la crueldad no estribaban en haber compartido un estado de cosas, estimado entonces justo o conforme a derecho, o en haber admitido los principios e instituciones jurídicas de la época, sino en el inicuo trato dado a las personas sujetas por relaciones de dependencia, en el indigno trato de los superiores, en el incumplimiento por éstos de los preceptos religiosos, morales y legales (Miranda, 1957, p. 71).

Mas, tornemos a las particularidades físicas indiana y sus definiciones en la *Historia*. Se ha subrayado ya, y con reiteración, que, en su aprehensión del indio y, asimismo, de la naturaleza americana, Oviedo recurre a **la comparación**, a las similitudes y características diferenciadoras entre lo conocido y lo nuevo, para comunicar Las Indias a los lectores del Viejo Continente. Esta figura retórica se erige, de este modo, como herramienta didáctica fundamental de la *Historia* que, como maestra de vida, pretende ser clara y aleccionadora. Y, por su empleo, descubrimos las ópticas del autor. Me explico: los recursos comparativos testimonian al lector sobre las similitudes que Oviedo halla constantemente entre el occidental y el amerindio, y esbozan su percepción del individuo aborigen. Afirma Ballesteros que, incluso, la comparativa misma -el hecho metodológico de tomar el arquetipo del europeo y explorar nexos comunes- es “un detalle muy importante, si tenemos en cuenta la serie fabulosa de consejas que circularon por Europa relativas a los hombres que habitaban en los países de Ultramar” (1981, p. 226). Sea como fuere, la curiosidad induce a Oviedo a captar al indiano en su integridad, como “una criatura de Dios constituida de cuerpo y alma” (p. 225), a pesar de sus desviaciones a

“querer entender la fe católica” (*Historia*, 117, Libro V, proemio, p. 111). Una curiosidad, virtud tan distintiva en Oviedo, que tanto lo valida como historiador. Pero una curiosa materia indiana recabada que, al adentrarse en los terrenos narrativos, ha de auxiliarse tantas veces del recurso de la semejanza para poder hacerse comprensiva, para que al lector le resulte inteligible la novedad relatada:

*Por todas las vías que he podido, después que a estas Indias pasé, he procurado con mucha atención, así en estas islas como en la Tierra Firme, de saber por qué manera o forma los indios se²⁹² acuerdan de las cosas de su principio o antecesores, e si tienen libros, o por cuáles vestigios e señales no se les olvida lo pasado. Y en esta isla, a lo que he podido entender, solos sus cantares, que ellos llaman areitos, es su libro o memorial que de gente en gente queda, de los padres a los hijos, y de los presentes a los venideros (...). No le parezca al lector que esto que es dicho es de mucha salvajez, pues que en España e Italia se usa lo mismo, y en las más partes de los cristianos, e aún infieles, pienso yo que debe ser así. ¿Qué otra cosa son los romances e canciones que se fundan sobre verdades, sino parte e acuerdo de las historias pasadas? (*Historia*, Libro III, cap. I, pp. 112-114).*

Es tanto así que, en el prisma de la singularidad estética del natural, podría afirmarse que las valoraciones del cronista se sostienen *casi siempre*²⁹³ sobre la analogía, en continua comparación con lo occidental y conocido. Ciertamente, en algunas descripciones, ni el color, ni la estatura, ni muchos otros rasgos físicos de aquellos americanos coincidían con el “arquetipo” de la belleza europea. Empero, no consideramos que la “diferencia” llevará a don Gonzalo a considerar “retrasados y feos”²⁹⁴ (Coello, 2002, p. 143) a los indios. En estas páginas, pretendemos mostrar cómo su *Historia* también se trufa de plurales secuencias narrativas admirativas sobre el físico y las artes intelectuales de muchas de esas gentes aborígenes, elogiando, por ejemplo, los cuerpos atléticos de esos expertos nadadores, sus dotes pesqueras o sus conocimientos en herboristería. Como concluye Miranda, “casi resulta, en definitiva, que el historiador concretizador y verídico²⁹⁵, en gran medida, al moralista dogmático y generalizador” (1950, p. 68)

²⁹² Confiesa Oviedo su interés por recabar toda la información sobre las sociedades indígenas.

²⁹³ La cursiva tiene la función de subrayar la elevada frecuencia con la que Oviedo explota la analogía.

²⁹⁴ Apostilla Coello de la Rosa sobre Oviedo que, “cuanto más diferentes resultaban los amerindios con respecto al canon de belleza europeo, más retrasados y feos le parecían” (Coello, 2002, p. 143).

²⁹⁵ Hace referencia aquí Miranda al Oviedo riguroso con el dato, que ‘desnuda’ con minucia al amerindio.

También en su defensa, y en la misma línea, se ha pronunciado al respecto Alba López, quien hace notar que:

En la actualidad, Oviedo y Valdés parece ser un conquistador complejo, afectado por la opinión pública. Es decir que existen artículos en los que se le resume como racista (...). Pero Oviedo es el autor que más acerca los pueblos y culturas indígenas de sus conquistadores haciéndolos súbditos del mismo rey Espero. Ambos reinos estaban unidos desde (...) años, (...) y si el indio es corrupto, el español también (López López, 2021, p. 18).

Esta doble faz crítica ovetense para con el natural y para con el conquistador, y su construcción narrativa, son foco de principal interés. Y demuestran que Oviedo no discrimina y que coloca en la diana de sus acervadas críticas a compatriotas y a indios, sitios ambos en la misma línea de sus ataques.

Concluimos, sin embargo, por ahora que esa concepción mental que Oviedo tiene y que proyecta del indio dimana tanto de la tradición como de lo aprehendido de la propia experiencia, y que en ella reverberan *obligadas* las cavilaciones y enervaciones constantes y contradictorias de quien es cronista del imperio. Y subrayo esa obligatoriedad, porque en su oficialidad, su escritura debe reflejar el afán evangelizador y pacificador de la empresa española, el empeño por cristianizar, aunque sea con “guerra justa”²⁹⁶, a estos indígenas que olvidaron a Dios y que son también siervos de España. Como tales, el Alcaide considera que estos deben servir bien y voluntariosamente a la Corona y al Hacedor, mas no haciendo esclavos a naborías.

Y, asido a esta argumentación, al Consejo de Indias eleva su *Memorial*²⁹⁷, su denuncia sobre los abusos que la facción de Pedrarias Dávila cometió con los naturales, que:

²⁹⁶ El descubrimiento se traduce en conquista y cristianización, cual cruzada. El término “pacificación” se introduce para adelgazar la crudeza de la empresa, que pasa por someter al indígena. Por consiguiente, no nos sorprende la adopción del sintagma “guerra justa”, dado que era imposible desligar el carácter bélico de aquellos actos colonizadores. Con este filosófico parlamento, reflexiona Oviedo al respecto:

Todas estas cosas que están dicho, no os espante, letor, porque si habéis leído algunos tractados de guerras e conquistas de otras nasciones, no os maravillareís de lo que tengo dicho destos indios, donde grandes crueldades entre los orientales e diversas nasciones hay escriptas; e la guerra es la que causa y causará, do quiera que la haya, grandes novedades e notables eventos, en especial, como he dicho, donde se juntan e concurren diversas e diferentes maneras e costumbres de hombres a militar e seguir la guerra (*Historia*, 120, Libro XXIX, cap. XXXXIV, p. 356).

²⁹⁷ Tal y como se anticipó en el apartado 1.1.4, referido a las convenciones y criterios ortográficos, se actualizan las citas extraídas del *Memorial*. A partir de aquí, la fuente consultada es el *Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo denunciando los abusos de Pedrarias Dávila y sus oficiales en la gobernación de Castilla del Oro*, en Vasco Núñez de Balboa, Ángel Altolaquirre y Duvale, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de la Intendencia e Intervención Militares, 1914, pp. 209-217.

ha permitido aunque tácitamente que se vendan y traspasen por dineros muchos caciques e indios de encomienda, lo cual es muy perjudicial y muy peor que esto venderse a muchos indios libres e naborias (...) no lo siendo, y siendo bautizados” (*Memorial*, p. 211)²⁹⁸.

Porque, Pedrarias se le había convertido en adversario; pero, además, la codicia y la violencia de las facciones de este gobernador estaban esquilmando las arcas del monarca.

En este sentido, y entonando el discurso del buen vasallo, Oviedo no absuelve a nadie de culpabilidades. Así lo ejemplifica esta comparación ovetense, en la que establece analogías entre los siervos del Maligno y esos soldados españoles. Nótese cómo el retrato involucra aspectos morales y corpóreos, para enfatizar su *animalitas* – sus “ánimos fieros”, sus “dientes” armados-, y sus maldades:

Ni penséis que lo que en este caso aquí he escrito, o la mayor dello, no lo he dicho (...) en el Consejo Real de Indias (...), ni absuelvo a los particulares soldados, que como verdaderos *manigoldos*²⁹⁹ o *buchines*³⁰⁰ o *verdugos* o *sayones*³⁰¹ o ministros de Satanás, más enconadas espadas e armas han usado, que son los dientes e ánimos de los tigres e lobos, con diferenciadas e innumerables e crueles muertes que han perpetrado, *tan incontables como las estrellas*³⁰² (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXXIV, p. 354)

Durante siglos la *Historia general y natural de las Indias* viene sufriendo el estigma de la **leyenda negra** y Oviedo continúa, aún hoy, transfigurado con la imagen que Las Casas edificó de su contrincante, identificándolo como el “prototipo del calumniador de indios” (Gerbi, 1978, p. 419). Los estudios coloniales de hace apenas unas décadas seguían devolviéndonos a un cronista-conquistador despreciable que “no comprende” al

²⁹⁸ Quejas similares se suceden en este documento legal que denuncia también que el Gobernador Pedro Arias “hizo herrar a un cacique dos indias de repartimiento e libres para que fuesen esclavas” (*Memorial*, 1914, p. 213) y “ha dado e da los indios a mujeres e a muchachos, e a mercaderes e clérigos e personas que no los han ganado” (1914, p. 210).

²⁹⁹ De origen italiano, este término es sinónimo de “verdugo”, según documenta Pascual (1876, p. 404). En https://www.rae.es/sites/default/files/Discurso_de_ingreso_Agustin_Pascual.pdf

³⁰⁰ *Bochin* es otra voz en desuso para denominar “a la persona encargada de ejecutar la pena de muerte” (<https://dle.rae.es/buch%C3%ADn>)

³⁰¹ La RAE registra, para esta voz, entre otras, estas dos acepciones, una más formal, “verdugo que ejecutaba las penas a que eran condenados los reos”; y otra más coloquial, “hombre de aspecto feroz” (<https://dle.rae.es/say%C3%B3n?m=form>).

Estas consultas evidencian que Oviedo explota la sinonimia (“manigoldos, buchines, verdugos o sayones”) para amplificar la condición de viles ejecutores de esos personajes.

³⁰² Nótese la hipérbole. Este tropo escogido, tan literario, le permite a Oviedo exagerar la cuantía de las crueldades perpetradas por los soldados, imposibles de contar “como las estrellas”.

indígena (Natalicio González, 1944-45, “Prólogo”, p. 14)³⁰³ y que escribe “con voluntad de desprestigiar a los indios” (Anderson Imbert, 1961, vol. I., p. 30)³⁰⁴. Se ha aludido con anterioridad, igualmente, al polémico sintagma “guerra justa” empleado por los cronistas del XVI para referirse a la “conquista”³⁰⁵ y que tan acerbos críticas les han granjeado. Aunque estamos defendiendo aquí el calado interpretativo de la *Historia*, y su claro sesgo personal, Gonzalo Fernández de Oviedo pasa de puntillas por esta cuestión, sin “entrar en el debate teórico” (Bénat- Tachot, 1998, p. 11) de la *ius belli*. En estas lides, las implicaciones políticas y legales de su texto condicionan su discurso, que se fundamenta siempre en el derecho de la conquista de los españoles sobre los indios. En la misma línea de argumentación que Ginés de Sepúlveda, “la naturaleza corrupta de los amerindios”³⁰⁶ - *servi a natura*- justificaba por sí misma la conquista” (Coello, 2002, p. 45). Esta ideología heredada y sus intereses individuales (la oficialidad de su escritura y sus muchas empresas rentables en Indias) lo instan a conducirse con tiento. Su actitud primera es la del meticuloso informador que no cuestiona la dominación³⁰⁷. Sin embargo, se constata que sí se interroga sobre los medios empleados en un segundo momento, cuando sus compatriotas codiciosos y sanguinarios diezman a los nativos y se instaura el desgobierno y la violencia en Las Indias, con claro perjuicio para los intereses de la Corona. Las estrategias retóricas de su escritura muestran entonces los equilibrios a los que ve sometido el historiador. Como se ha mencionado, sus consideraciones son imperialistas y providencialistas, y se incardinan en “aspectos históricos y prácticos” (Miranda, 1950, p. 62), pero, según muestra, por ejemplo, su Libro XXIX, la reflexión sobre la injusticia de estas atrocidades arriba enérgica en esas segunda y tercera parte de la crónica. A

³⁰³ Citado por Gerbi (1978, p. 417).

³⁰⁴ Citado por Gerbi (1978, p. 417).

³⁰⁵ Desde una dimensión semántica, explicaba Mary Gayford Randel que en el Siglo de Oro el término “conquista” no era el más empleado, “siendo más comunes ‘hacer la guerra’, ‘ganar por armas’, ‘destruir’, ‘entrar’, ‘pacificar’ para hablar de campañas puramente militares, y ‘descubrir’ para los viajes de expedición” (1989, p. 469)

³⁰⁶ Tegliá distingue entre la percepción de Las Casas, “quien ve en los pecados de los españoles la causa de que las Indias se destruyan” y la de Oviedo, para quien “la culpa de la destrucción de las Indias recae sobre los pecados de los mismos indios”, “sobre y “algunos capitanes codiciosos” y “también sobre las ‘mixturas’ de linajes y naciones” (2012a, p. 7).

³⁰⁷ Para Miranda, a Oviedo “no le atrajeron las cuestiones de principio ni las dogmáticas” y “careció de preparación para abordarlas” (1950, p. 62).

Disentimos férreamente con la primera afirmación de este académico, dado el halo moralista y el fervor religioso con el que Oviedo condimentó todas sus obras. Por el contrario, nos sentimos más afines a las afirmaciones de Mariano Cuesta, quien nos recuerda que toda la obra ovetense se embriaga de “aspectos morales, con recomendaciones más o menos ideales sobre lo que el individuo debe hacer y acerca de lo inconveniente de hacer lo contrario” (2017, p. 32) y que, en particular, la narración “en primera persona” de la *Historia* “se sustancia en una interpretación transcendente de los acontecimientos” (2017, p. 49).

propósito de la etopeya del cronista, “de sus taras y excelencias”³⁰⁸, Pérez de Tudela afirma que “aquella gigantesca crónica, evidencia muy distintas posiciones en el mismo autor frente al hecho clave de toda ética” (Pérez de Tudela, 1957, p. 395), que su perspectiva respecto al prójimo fluctúa, conforme se matiza la traza personal de Oviedo³⁰⁹, con miras más dilatadas y misericordes hacia la otredad. Tanto es así que, con el transcurso del tiempo, el sentimiento de animadversión que el devoto Oviedo siente hacia el indio va suavizándose, según sea la condición moral de esa gente indígena. No merecen la misma consideración los abominables y temibles caribes (que se comían a los aruacas³¹⁰ o que mataron a la cacica cristiana Luisa³¹¹) que este heroico criado loro u otras tantas gentes indias amigables:

Hobo otro mancebo de color loro, que fué criado del comendador mayor don frey Nicolás de Ovando, al cual llamaban Mejía; hombre de buen ánimo e suelto e de vivas fuerzas, al cual mataron los caribes en el Haimanio de Luisa, e a la mesma Luisa, cacica principal, la cual le avisó e le dijo que se fuese, y él no lo quiso hacer por no la dejar sola, e así le frecharon. Y estando lleno de saetas e teniendo una lanza en la mano, puso los ojos en un principal de los caribes, y echóle la lanza e atravesólo de parte a parte por los costados, habiendo primero muerto otros dos indios de los enemigos e herido a otros. E así acabó sus días (*Historia*, 118, Libro XVI, cap. VII, pp. 98-99).

Analicemos también este ejemplo, donde distinguimos **retratos de aborígenes disímiles**. El relato persigue la finalidad de referir los trabajos de rescate de oro de Vasco Núñez de Balboa y legitimar los crímenes que el conquistador acomete contra las gentes del cacique Torecha, en la provincia de Careca. El capítulo se abre con ese somero itinerario que el gobernador realiza por los territorios del cacique Tevaca, quien “fue salteado (...) pero (...) quedó de paces; e hizo presente de oro fino (...) e quedó muy seguro e amigo de los cristianos” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 218); continúa con el cacique Pacra, a quien dio tormento hasta la muerte el capitán español por sus

³⁰⁸ Pérez de Tudela (1957, p. 395).

³⁰⁹ Concluye Pérez de Tudela:

“Porque no es imposible ni aun infrecuente que una larga y esforzada vida llegue a despojarse de los lastres que ella misma contrajera, para remontar finalmente el vuelo que imaginó (...). Creemos que tal es el caso de Gonzalo Fernández de Oviedo: el de un hombre que acertó finalmente a encontrarse a sí mismo” (1957, p. 396).

³¹⁰ *Historia*, 118, Libro XXIV, cap. XVII, pp. 435-437.

³¹¹ A propósito de la geografía indiana, el narrador innato que habita en Oviedo nos anticipa una nueva anécdota, historia que desarrolla en el capítulo VII:

“El río más oriental, en la misma costa y al levante de la dicha cibdad, se llama Luisa; donde tuvo su asiento una cacica que fue después cristiana e se llamó Luisa, la cual mataron los indios caribes, como se dirá adelante” (*Historia*, 118, Libro XVI, cap. I, p. 89).

negativas y sus pecados nefandos³¹², tales estos que “yo la llamara la tierra de todos los males” (p. 219); y se extiende por los poblados del cacique Mahe y Tamao Othoque, del cacique Pocosora, de Chuirica o del que “se decía Paruraca, y que también trujo presente de oro (...) e quedó por amigo de los cristianos” (p. 219). El recorrido se sucede al encuentro de otras poblaciones y de su oro, hasta que extenuados deciden descansar en el bohío del “cacique don Carlos, hijo del cacique de Comogre” (p. 220). La mirada del cronista es mucho más amable y condescendiente con los indios “baptizados” y “de paces”, como sugieren estas líneas, que remiten curiosamente a las gentes de Santa María la Antigua, de las que fue Oviedo Regidor, por las que tiene predilección³¹³ y donde se construyó su bucólica casa³¹⁴:

(...) y desde allí se fueron poco a poco a la villa de Sancta María (...) Y en el camino llegó al buhío del cacique don Carlos (...). Y estuvo allí (...) descansando hasta cuatro días adelante; y allí le dio cierto oro de presente este cacique, (...) el cual (...) estaba ya antes de paz y muy amigo de los cristianos, porque cuando por allí habían pasado, viviendo su padre, se bautizaron ambos e quedaron paces.

Desde allí pasó Vasco Núñez de Balboa a Ponca, donde él y los españoles fueron rescebidos del cacique con mucho placer (...)” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 220).

³¹² Escribe Oviedo que “Pacra cogía oro en su tierra, y que tenía minas ricas”. Por su parte, Balboa “le rogó mucho y le halagó porque se las mostrase, y nunca lo quiso hacer; sobre lo cual le hizo atormentar hasta la muerte”. Y todos los indios confesaron que se echaba con tres o cuatro mujeres que tenía, e que usaba con ellas *extra vas debitum*, contra natura; y que cuando fue mozo, en su juventud, usaba lo mismo con indios machos (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 218).

³¹³ En el *Memorial* contra los malos gobiernos de Pedrarias y en el Libro XXIX, el cronista alardea de todas las cosas provechosas que hizo por esta ciudad. Entre estas detalla en la crónica que proveyó una carabela “bien armada de paz y de guerra (...) y enviéla (...) a los caribes” para “rescatar, pacificando y amansando lo alterado”. Gracias a esa labor, “se metieron en aquella ciudad, en breve tiempo, más de cincuenta mil pesos de oro, de paz y sin riesgo, ni matar ni enojar a indio”. Todo lo cual “fue causa de mucha reformation y remedio de aquella ciudad” y se hizo “sin me ayudar el Rey ni otras personas, sino a mi costa propia”. (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XIV, p. 266). La figura de Oviedo se infla de ejemplaridad, adquiriendo tintes de heroísmo, y su labor por remediar la pérdida de Sancta María se magnifica. Una villa de definida como “la más importante, y mejor cosa que hay en Castilla del Oro” (*Memorial*, 1914, p. 217), [texto actualizado]

³¹⁴ Evoca de este modo su casa, en ese idílico entorno:

Yo hice una casa en la cibdad de Sancta María del Antigua del Darién que no tenía sino madera e cañas, e paja, e alguna clavazón, y me costó más de mil e quinientos pesos de buen oro; en la cual se pudiera aposentar un príncipe, con buenos aposentos altos e bajos, e con un hermoso huerto de muchos naranjos e otros árboles, sobre la ribera de un gentil río que pasa por aquella cibdad (*Historia*, 117, Libro VI, cap. I, p. 144).

Un ameno e idealizado enclave que se pierde por el azote de Pedrarias y sus facciones:

La cual república, en desdicha de los vecinos della, e en deservicio de Dios y de Sus Majestades, y en daño de muchos particulares, de hecho se despobló por la malicia de quien fue causa dello (*Historia*, 117, Libro VI, cap. I, p. 144).

Percibimos, pues, otra consideración hacia el natural, si este se aviene al rescate de oro y al bautismo cristiano. Asimismo, observamos que el enjuiciamiento del cronista se enraíza en la amoralidad del amerindio, tras estas inferencias ovetenses:

(...) digo que hallé escrito, y supe de muchos de los que fueron con Vasco Núñez (...) que (...) llegó a una provincia que se dice Careca, y el cacique se llamaba Torecha, y púsosele en defensa, y matáronle en la guazábara a él y algunos indios suyos; y allí se halló un hermano suyo vestido como mujer, con naguas, y usaba como mujer, con los hombres, y otros dos indios de la misma manera, que usaban como mujeres, y así con naguas; y los tenía el cacique por mancebas. Y esto se hacía en aquellas partes principalmente entre los caciques e otros indios, e se presciaban de tener tres o cuatro, y aun veinte indios para este sucio y abominable pecado. Y en aqueste viaje hizo Vasco Núñez quemar e aperrear cuasi cincuenta éstos” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 220)

Y que también queda impresa la astucia de Balboa, que se las ingenia para sembrar el miedo:

(...) que los mismos caciques se los traían sin se los pedir, desde vieron que los mandaba matar, lo cual hacía porque les daba a entender que Dios estaba en el cielo muy enojado con ellos, porque hacían tal cosa, y por eso caían tantos rayos e tan espantables truenos; e por eso no les quería dar Dios el maíz y la yuca (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 220).

Es en la semblanza que proyecta Oviedo de Vasco Núñez que se torna complejo esgrimir la óptica que adopta el cronista, que, como reza el dicho, nos ofrece una de cal y otra de arena. Suele el historiador al final de sus capítulos apostillar con sus impresiones. Y este no es caso excepcional. De este modo se pronuncia en su conclusión:

Creyéose que en este camino había habido Vasco Núñez mucho más oro de lo que se repartió. De lo cual no es de maravillar, porque estos capitanes han tenido ojo a *cumplir primero consigo* que con los compañeros (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 221).

La aseveración marcada en cursiva (mía) podría sembrar la duda respecto a la honestidad del capitán, tildándolo de codicioso. El narrador vira entonces en dirección opuesta: “(...) pero en la verdad, como tengo dicho, uno de los mejor partidos capitanes que a estas Indias han pasado fue Vasco Núñez en su tiempo” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 221). Y, nuevamente, vuelve el demérito y la vacilación del autor (marcada con mi cursiva):

dejando aparte el Perú, y la Nueva España, donde se ha hallado más cantidad de oro que no le vino a las manos a Vasco Núñez; lo cual si él repartiéra, *se puede creer* que lo que hizo en eso que pudo, que mejor lo hiciera en lo mucho (p. 221).

Mas, por si el lector se enclavó en exceso en las elucubraciones ovetenses, retoma pronto el cronista el discurso apologético hacia el heroico conquistador. La conjunción adversativa “pero”, con la que se inicia este parlamento, nos advierte, sin embargo, de la contradicción sita entre ambos enunciados, la proposición anterior y esta afirmación final:

*Pero*³¹⁵ este servicio deste descubrimiento de la mar del Sur, y ser el primero de los cristianos que la vido, y con grandísima diligencia que la buscó y halló, a solo Vasco Núñez se debe este trofeo; y él fue el que primero puso navíos en ella, de todos los cristianos, como está dicho en los capítulos precedentes. E grandes fueron los trabajos que él y los otros españoles padescieron en aquellos principios. Y de aquella escuela de Vasco Núñez salieron señalados hombres y capitanes (...) (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 221).

La etopeya de Vasco Núñez de Balboa parece salir airosa, finalmente. No podemos obviar que fue Pedrarias el responsable de la decapitación del descubridor del Mar del Sur, y que en esos capítulos concretos de la *Historia* impera el maniqueísmo, siendo Dávila el malo malísimo y Vasco Núñez la víctima. No obstante, el cronista lo dibuja con toda su humanidad, con sus luces y sus sombras, desde una perspectiva imperial, pero también moral. No silencia las acusaciones, cuando lo menciona como causante³¹⁶ de la muerte de don Diego de Nicuesa³¹⁷, quien desapareció en altamar tras ser obligado por Balboa a embarcarse en 1511. Ni sus tantos otros múltiples crímenes³¹⁸. Mas, igualmente, tropezamos en la *Historia* con notas amables hacia el talante de Vasco Núñez:

Y en la verdad, Vasco Núñez tuvo valerosa persona, y era para mucho más que otros. Ni tampoco le faltaban cautelas ni cobdicias; pero junto con eso, era bien partido en los despojos y entradas que hacía. Tenía otra cosa, especialmente en el campo, que si un hombre se le cansaba y adolescía en cualquier jornada que él se hallase, no lo desamparaba; antes, si era necesario, iba con una ballesta a le buscar un pájaro o ave, y se la mataba y se la traía; y

³¹⁵ La cursiva es mía.

³¹⁶ A propósito de Nicuesa y de Vasco Núñez escribe “que fueron muchos trabajos e traiciones de algunos que consigo llevó, y al cabo la muerte, y muerte mucha lástima oírla. Pero el ejecutor della, le pagó Dios algún tiempo después con el cuchillo, con ése e otros títulos de culpas que se le acumularon; e a mí parescer e de otros, injustas algunas, segund el pregón, excepto aquesta de la muerte de Diego de Nicuesa” (*Historia*, 119, Libro XXVIII, cap. I, p. 174).

³¹⁷ Véanse de la *Historia* (vol. 119) los capítulos I-III, del Libro XXVIII.

³¹⁸ Gerbi menciona que Balboa, por sus crímenes, “fue malquisto tanto de los suyos como de los indios” (1978, p. 273).

le curaba como a un hijo o hermano suyo, y lo esforzaba y animaba. Lo cual ningún capitán de cuantos hasta hoy, que estamos en mil e quinientos e cuarenta y ocho, han venido a Indias, en las entradas y conquistas que se hallaron, no lo ha hecho mejor, ni aún tan bien como Vasco Núñez (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. II, p. 209).

Sin embargo, si recuperamos ese capítulo V que nos ocupa, retrocedemos dos páginas, y analizamos la narración de los trueques con los amerindios y las crueldades cometidas por Balboa, el retrato moral del capitán vuelve a deslucirse. Sobre estos intercambios engañosos, refiere así Oviedo:

(...) un domingo diez e ocho del mes, dos horas antes del día, el gobernador Vasco Núñez, con ochenta hombres, tomó el buhío del cacique Tubanamá, y fue preso el cacique e muchos de su gente, y tomóse algún oro en esta transnochada. Y como fue de día claro, vinieron ciertos indios del cacique (...) e presentaban piezas de oro, (...) e indio hobo que trujo (...) algunas perlas. Y hecho esto, aseguró el gobernador al cacique, y halagóle e hizole su amigo, e dióle cosas de rescates, cascabeles e cuentas de vidrio, e cuchillos e cosas, que todo ello valía poco entre castellanos en la feria de Medina del Campo (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 219).

Y sobre las crueldades de las facciones de Balboa y de su capitán tampoco escatima líneas. El perfil de estos “pacificadores” no difiere de aquellos tantos afines a Pedrarias, a los que Oviedo denuncia con esmero en la crónica y en sus memoriales:

Allí llegó la otra gente que había quedado en Chape, y habían tomado (...) cierto oro (...), porque éste era el principal intento que estos pacificadores traían, y en lo que se ejercitaban, y en tomar indios e indias de que se sirviesen. Algunos les daban los caciques principales, sin los que se tomaban los españoles; y con este gobierno, andaban hombres de los más sueltos y hábiles que se pudieran hallar en el mundo, para el ejercicio que traían (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 219).

Que no omite don Gonzalo lo que otros callaron:

Puesto que en los memoriales y escrituras de Vasco Núñez, todo lo que he dicho hallé escrito y signado, y lo que más diré hasta que este viaje se acabe, allí no estaban dichas crueldades; *pero muchas hobo, y muchos indios hizo atormentar, y a otros aperrear* en este camino, para que le diesen oro. Ya a unos se tomaban las mujeres, ya a otros las hijas; y como Vasco Núñez *hacía lo mesmo*³¹⁹, por su ejemplo o dechado, sus milites se ocupaban en la misma labor, imitándole (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 219).

³¹⁹ Las cursivas son mías.

El retrato de Balboa se ha bordado aquí sobre un dechado de maldades, como otro tirano más de los que campean en Las Indias. Y el cronista, que ha diseminado halagos en la *Historia* sobre este capitán, saca ahora la vara de los justos, que más le conviene señalar las vilezas de Vasco Núñez que, por silenciar estos datos, tener que solicitar su propia absolución. Su imagen prima sobre todo lo demás; recuperamos ese anhelo de reivindicarse ejemplar, de construirse modélico. Con todo lo anterior, adquiere así absoluta coherencia el broche didáctico-moral con el que cierra el discurso. Una lectura que tiene la sustancia idónea para ser incluida en el más excelso tratado de “espejos de príncipes”:

Y de aquí viene la culpa y delicto ser mayor en el que manda que en los inferiores; porque es la causa del mal que se hace, y la enseña a otros e consciente; o por el opósito, cuando el capitán o el príncipe enseña buenas costumbres, siempre aquellas se continúan, y el señor es más dino de gloria, y los enseñados no quedan sin galardón (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. V, p. 219).

Por ello, reflexionamos sobre la mirada del cronista, más amable con los indios de paces, los bautizados o los de Sancta María del Antigua; severa con los indios viciosos y sacrílegos. La distinción entre los caciques de paz y los “pecadores” no cohíbe, empero, al alcaide de clamar al cielo ante los crímenes que acometen sus compatriotas con los naturales, de denunciar tales crueldades. A medida que aumenta su mayor conocimiento sobre estas civilizaciones, tan indómitas como admirativas, la perspectiva del cronista va cambiando, hacia una mayor condescendencia con el indígena. Y este viraje, como se ha mencionado, se debe, en gran medida, a la amoralidad y depravación injustificada de tantos conquistadores:

En la década de 1540, mientras preparaba una edición completa de los cincuenta libros que había de componer su vasta *Historia*, Oviedo reacciona contra la conducta inmoral y asocial de sus compatriotas. Ello condujo progresivamente hacia una visión más tolerante y menos negativa de los amerindios, asignándoles incluso actitudes de devoción cristiana (Coello, 2002, pp. 117-118).

Por consiguiente, no comulgamos con la imagen, creemos que un tanto desenfocada, de ese Oviedo hostil y enemigo de indios; un cliché que ha podido proyectarse en una lectura parcial y acotada de la crónica. Tras una inmersión completa, la *Historia* devuelve a un **informador nato y enardecido**, empeñado en registrar absolutamente todo lo concerniente a esos naturales (lo que le perturba, le conmueve y,

también, lo que le encandila) con los recursos que dispone. Resulta determinante, a nuestro parecer, comprender primero la mentalidad de Oviedo, antes de condenarlo por siglos a los infiernos. El veedor arriba al Nuevo Mundo con la medievalizante creencia de las cruzadas en mente, con la utopía de que los heroicos caballeros³²⁰ españoles blandirán en tierras americanas el estandarte del cristianismo frente a los infieles bárbaros. Los nativos deben ser convertidos a la fe cristiana y encomendados por hidalgos de integridad moral y religiosa, pero, como hombres que son, han de ser preservados.

Bien es cierto que “la sociedad ideal imaginada por el cronista e implícita en sus escritos coloca a los indios en el lugar de vasallos sometidos y a los castellanos en el poder” (Teglia, 2012a, p. 7) y esto implica la resignación del indio; y que la realidad que encuentra el historiador es bien distinta. Se ha señalado ya el anclaje de Oviedo al “modelo clásico y humanístico” (Cro³²¹, 1989, p. 417). Por ejemplo, la huella de Plinio, como señala Pardo Tomás, se percibe en el intento “racional” de explicar el mundo natural americano según los “criterios de simpatía y antipatía” (2002, p. 61). Y ausentes del mínimo atisbo de afinidad se elevan todos esos discursos de cronistas europeos -inclusive los de este pío escribano- al testimoniar los actos de sacrificios humanos, sus tantos rituales heréticos, la antropofagia, la sodomía, los amancebamientos o la brutal belicosidad de esos “bárbaros”, a los que tantas veces define Oviedo como infieles. Mas, ni esas “malas inclinaciones” que denuncia el alcaide, ni sus otras consideraciones sobre los nativos, justifican el retrato denigratorio que le brinda el dominico Las Casas, rozando la “injuria”:

Respecto a Oviedo, por ejemplo, asegura que éste “igual a los nativos con animales brutos”, “no los tiene por hombres”, los estima como si fueran “hormigas o chinches”. No podemos dudar de la concepción segregacionista a la que apela el Cronista Oficial, de inferioridad y hasta anormalidad de los indios, justificada por la representación de la naturaleza bestial e incluso feroz. Sin embargo, el cronista jamás se refiere a los nativos sino como personas o “gentes” (Teglia, 2012b, p. 228).

La propia crónica atestigua que ni siquiera la ortodoxia religiosa del cronista lo priva de una mirada maravillada, cuando las virtudes de los amerindios merecen

³²⁰ Véase especialmente el trabajo de Teglia (2012a) a propósito de “los proyectos utópicos” de Oviedo en Las Indias.

³²¹ Stelio Cro afirma que “su impostación clásica le impidió ver al hombre nativo en la misma perspectiva de Pedro Mártir o Las Casas” y que “el indio para Oviedo es un ser inferior” (1989, p. 420). Hemos de disentir en esta argumentación, cuando es el propio cronista que en incontables ocasiones alaba el ingenio e industria de los indígenas, que tantas veces superan en creces a los de los españoles.

encomios. En su registro de la alteridad, Oviedo dibuja a sociedades complejas, con jerarquías y relaciones comerciales sólidas -como el trueque amerindio-; a príncipes sabios y dignos, gentes bien dispuestas y laboriosas, incomparables a los españoles en tantos “oficios”, con un acervo cultural apuntalado y con proteicas lenguas, que poblaran sustancialmente de indigenismos el castellano de la *Historia*. Su postura, asimismo, se aproxima a la del custodio, que defiende la tutela cristiana y defiende la preservación del amerindio, intolerante y espantado ante el diezme de naturales. Observemos más de cerca esas manifestaciones ovetenses, que lo absolverían en gran medida de la condenatoria que Fray Bartolomé Las Casas le aplicó con tanta fiereza.

- * La primera fortaleza de Oviedo es su extremado detallismo descriptivo del cronista. Y es **a la vida primitiva americana** a la que, con suma curiosidad, **le consagra mayor atención**. El lector de la *Historia* se percata que casi no hay capítulo al que no le dedique espacio al aborigen, que el cronista-etnógrafo trata de describir, mas también de comprender e interpretar a esas gentes tan culturalmente distintas, que adoran al demonio y practican el canibalismo o amorales prácticas sexuales. Porque hay en Oviedo **un** acuciente interés por **descifrar la humanidad**³²² de estas gentes, y por conducirlos hacia la rectitud cristiana. Por esta razón, y ante el acérrimo anti-indigenismo atribuido a Oviedo, Ballesteros sale en defensa de su biografiado, alegando que, frente al indio, es la actitud ovetense “como más **humana**” y “plenamente **paternalista**” (1981, p. 232), procurándoles “la salvación” (1981, p. 225):

Repetidamente, hemos dicho hasta cansarnos que Oviedo es un hombre típico del Renacimiento, (...) un complejo de ideas clásico-medievales, en las que se conjugan las ideas aristotélicas y las agustinianas y tomistas (...). Fernández de Oviedo no duda por un instante de que el indio pertenezca al linaje humano, pero encuentra diferencias físicas y morales, (...) cuando (...) compara las características diferenciadoras con el español, el occidental, (...). Oviedo en todas las descripciones (...) lo asemeja sustancialmente al europeo (...). La diferencia de color es considerada por Oviedo como casual, debida al clima y a la tierra, (...) otras características son accidentales o deformaciones logradas artificialmente³²³, como en el caso de las frentes

³²² En busca de respuestas sobre las costumbres insólitas de los indios, el cronista recurre al saber pliniano. Opina Ballesteros que en el caso del Oviedo etnógrafo, la alusión reiterada a “Plinio, Eusebio, Trogo, etc. no tiene mero valor de erudición clásica y humanística, empachosa y de mero lucimiento (...) sino un deseo de hallar o parentesco o paralelo entre las costumbres y cosas americanas y las de los pueblos de los que hablan las obras que cita” (1981, p. 213).

³²³ Explicita Oviedo en la crónica:

Andan las mugeres cubiertas, que no se les vé de las personas quassi la punta del pié, é cubiertas de mantas delgadas, e sus camisetas fajadas, e de los cabellos cortados por delante e lo demás luengo, (...) e son blancas é de buenos gestos. Pero esta blancura yo no la apruebo,

anchas³²⁴; (...) para Oviedo, el hombre que no tiene conocimiento de Dios³²⁵ es un hombre que no ha alcanzado la plenitud, (...) motivo para dar una base histórico-religiosa a la conquista española, (...) pues el Hacedor se ha valido de los españoles (...) para dar una nueva oportunidad a los indios para que conozcan los misterios de la fe (Ballesteros, 1981, pp. 225-229).

- * De algún modo, ese “paternalismo” se manifiesta también en los afanes del Oviedo-custodio por proteger a los indios y preservarlos. En verdad, al apreciar todo lo indígena “bajo el prisma religioso” (Ballesteros, 1981, p. 229) y descubrir sus sacrílegos comportamientos, el cronista se enciende de tal manera que roza **la iracundia**, atizando de forma desenfadada. “Los indios no han entendido bien el furibundo celo apostólico de los españoles”, explica Emilfork, “de modo que Oviedo usa una imagen violenta” (1982, p. 30): porque así como no resulta abrirles las cabezas con espadas, “es machacar hierro frío pensar que han de ser cristianos, sino con mucho discurso de tiempo” (*Historia*, 117, Libro V, proemio, p. 111). Para el Veedor, el Demonio ha hallado en el Nuevo Mundo a sus más fieles siervos, y es deber de los españoles extirpar esa veneración hacia el Maligno, que en la tradición se identifica con la fealdad. No es extraño, por consiguiente, que se **afee en la crónica a estos idólatras de Satán**, cuando se “consideraba que las pasiones, los pecados y, en general, la imperfección del alma se retrataba en el rostro de los hombres” (Vázquez, 1957, p. 494), y aquella corrupción espiritual debía identificarse en lo turbio de aquellos ojos americanos.

porque aquí se han traydo dellas, é me parece que son como los otros indios ó indias de aquestas partes en la tez, verdad es que mejor tractadas. Los hombres traen el cabello cortado por delante sobre la frente (...) é son lempiños é sin barbas; é andan cubiertos de unas mantas, é aun sobre las cabeças como alárabes, é sus camisetas (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. XVI, p. 93).

³²⁴ La descripción de la deformidad de las cabezas del hombre americano es uno de los ejemplos más manidos para sustentar el anti-indigenismo ovetense. Oviedo destina el proemio de su Libro V a retratar esa “bestial” singularidad, que “no tienen las cabezas como otras gentes, sino de tan rescios e gruesos cascos, que el principal aviso que los cristianos tienen (...) es no darles cuchilladas en la cabeza, porque se rompen las espadas” (*Historia*, 117, p. 111). Sin embargo, es la preocupación “paternalista” por el alma del hombre americano la que lo ha conducido a estas definiciones; elucubraciones que tratan de dar respuesta a los porqués de la negativa de los indios a abrazar la católica religión: “estas gentes deberían ya de haber entendido una cosa en que tanto les va, como es salvar sus ánimas, pues no han faltado ni faltan predicadores”, pero “es nasción muy desviada de querer entender la fe”. Es entonces cuando el ortodoxo historiador relaciona la condición deformada de sus cabezas con el olvido de Dios y la negativa a “que de nuevo se les tornase a enseñar”: “Y así como tienen el casco grueso, así tienen el entendimiento bestial y mal inclinado” (*Historia*, 117, Libro V, proemio, p. 111).

³²⁵ La moralidad y el tamiz cristiano modulan la imagen del indio en la *Historia*. Si el natural es dócil y sus costumbres no son “nefandas”, la mirada es condescendiente y se recalca en su civilidad. Sobre estas mismas gentes escribe Oviedo que tienen “gobernadores e mucha justicia, y en la sierra son gente limpia del pecado nefando de Sodoma”. De estos labradores alaba que “entienden la agricultura; e (...) no tienen armas algunas, ni las consienten tener los hombres de la guerra. Pelean con arcos e flechas, e no tienen hierba. (...) La chicha que hacen es de maíz; pero es muy limpio, e muy buen vino se hace dello” y “duermen en camas de colchones pequeños; los de los llanos, de algodón, e los de la sierra, de lana” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. XVI, p. 93).

- * Pero, con el correr del tiempo, y el avance por Tierra Firme, el cronista va a ir, asimismo, mostrando su **sorpresa y admiración por “la alta cultura”** (Ballesteros, 1981, p. 229) de algunas de las civilizaciones indígenas que van a irse descubriendo. Los antillanos y darienitas que Oviedo ha conocido en sus primeros años no pueden equipararse, ni en costumbres ni en el arte de guerrear, a la civilización azteca con la que se topa Hernán Cortés o a las gentes incaicas que obedecen al cacique Atahualpa, al que loa por “el grand ser de la persona” y “su mucho señorío y estado, e su grand pujanga y ejército de guerra que tenia” (*Historia*, 121, XLVI, cap. V, p. 48). Frente al amerindio, y aferrado al “discurso estereotipado del sector colonialista” (Bénat-Tachot, 1998, p. 3), por un lado, el historiador censura apasionadamente tantos vicios morales, pero, por otro, **va a registrar, con sorpresa y encomio, el ingenio de los aborígenes**, reconociendo sus capacidades sociales y, en especial, **su gran industria** (en agricultura, pesquería, ingeniería o en artes bélicas, por citar algunas de estas habilidosas facultades). A la destreza y maestría del indígena les concede Oviedo, de forma rutinaria, las primeras líneas de presentación de cada pueblo, deteniéndose en **sus pericias y grandes logros**, tantas veces mejores que los de los propios españoles. Por ello, asevera Bénat- Tachot que:

la lectura de los numerosos capítulos dedicados a” los usos y costumbres” de los indios de Cueva, de La Española y más todavía de Nicaragua, revela al indígena como un ser racional, social, dotado de una cultura digna de admiración en varios aspectos. Del indio se aprende: lo demuestra la actividad protoetnográfica del cronista (1998, p. 4),

- * Con la **meticulosidad** que lo caracteriza, del pueblo principal de Cajamarca describe y elogia el cronista sus **edificaciones, a sus gentes y a su señor**. Sito en un entorno privilegiado³²⁶, su plaza “es mayor que ninguna de las de España”, sus casas de aposento “muy bien hechas, cercadas con tapias fuertes, de altura de tres estados las paredes, (...) muy bien labradas y encaladas”, en “sus patios hay pilas de agua traída de otra parte por años para el servicio destas casas” y tienen incorporada “una fortaleza de piedra, que parece un castillo, con una escalera ancha muy bien labrada de cantería (...)

³²⁶La descripción de Oviedo proliza, casi fotográfica: “está asentado en la halda de una sierra, e tiéndese mucha parte dél por lo llano del valle, que tiene una legua de tierra llana de través, e de hierba corta, a manera de pradera. Pasan por este valle dos ríos, e va así llano el valle mucha tierra, e todo poblado de pueblos, e de una e otra parte e de otra cercado de sierras. Podría haber en este pueblo hasta dos mil vecinos. Pasan junto a la población dos ríos, e tienen dos puentes” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. VI, p. 50).

e otra pequeña, (...) todo sin salir de la plaza: fuerza es bien hecha e buena defensa” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. VI, pp. 50-51). De estos indios, cuenta “que los tienen en mucha veneración e acatamiento”, “que es gente limpia e de mejor razón, e las mujeres honestas” y “todas en sus casas tienen por ejercicio tejer lana o algodón, de que hacen la ropa que es menester, y calzado” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. VI, p. 51). De su ejército, ensalza la destreza bélica³²⁷, que son “todos hombres bien dispuestos, mancebos e rescios, y embijados e pintados con betunes” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. VI, p. 53); y, con estas palabras, **enaltece al “grand príncipe Atabaliba”** (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. VII, p. 53):

Atabaliba era hombre de hasta treinta años o treinta e dos, a lo que por su aspecto mostraba: bien dispuesto e proporcionada su persona, algo grueso en carnes e rescio; el rostro grande y hermoso e feroz, e los ojos encarnizados o algo bermejos encendidos. Hablaba con mucha gravedad e reposo, como señor, e tenía muy buena plática e vivo juicio. Hacía buenos razonamientos, que entendidos por los españoles, le juzgaban por hombre sabio. Era hombre alegre, aunque cuando hablaba con los suyos o con algunos señores que iban a verle, estaba adusto y no mostraba alegría (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. IX, p. 63).

- * También de las gentes de Nicoya alaba el cronista que son “**muy bien dispuestas** ellas con tranzados “tan luengos como son los cabellos” y ellos con recogidos de un palmo “con una cinta de algodón” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXI, p. 298). Sobre las costumbres de los indios de la provincia de Cueva igualmente subraya su **pulcritud**, que “queriendo yo más particularmente entender aquesto, averigüé (...) que también tenían barbas como los cristianos; mas así como les nascen, se las pelan, en de habituarse a aquello e a untarse con algunas hierbas e otras cosas que ellos saben, ningunas les nascen” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXVIII, p. 320); refiere, prolijo, a sus rutinas de aseo:

Tienen por costumbre, así los indios como las indias, de se bañar tres o cuatro veces al día, por estar limpios o porque dicen que descansan en lavarse; e por de mañana que las indias vayan río o fuente por aguan, primero que de allá vengán, se lavan e aun nadan un poco, en lo cual son muy diestros; y este lavarse tornan a hacer a mediodía e a la tarde, e por lo menos una vez al día ellos, e las indias mucho más (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXVIII, p. 321).

³²⁷ “Toda la gente que Atabaliba tenía en su ejército eran muy diestros en la guerra, e andaban cursados en ella, y eran hombres animosos e feroces, mancebos e grandes de cuerpo” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. VIII, p. 60).

Y se **asombra ante** los rituales y los abalorios con los que se atavían antes de la guerra, con “caracoles grandes”, “atambores, e muy hermosos penachos” y “brazaletes” “e olivetas de oro que se ponen en las muñecas, y encima de los tobillos, e debajo de las rodillas (...) e llaman a estos sartales *cachira*” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXVIII, p. 323); con la destreza para hacer *chicha*, “que así llaman a su vino” y que “a mi parecer, es de mejor sabor y e más substancia que la sidra o vino de manzanas que se hace e beben en Vizcaya, o que la cerveza o biara que beben los ingleses e en Flandes (que todo lo uno e lo otro he probado e bebido)” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXVIII, p. 322); con su gran maestría para “hacer sal del agua de la mar, e tan diestros, que no pienso yo que les hacen ventaja los que en tal ejercicio entienden en el Dique de Jelanda (...), porque la de los indios es tan blanca quanto puede ser la nieve³²⁸” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXVIII, p. 323); o sobre la inteligencia de sus “buenas mujeres”:

Son muy amigas de los cristianos las que con ellos ha habido alguna conversación, porque dicen que son amigas de hombres valientes, e ellas son más inclinadas a hombres de esfuerzo que a los cobardes, e conocen la ventaja que hacen a los indios. E quieren más a los gobernadores e capitanes que a los otros inferiores, e se tienen por más honradas cuando alguno de las tales las quiere bien. E si conocen a algún cristiano carnalmente, guárdanle lealtad, si no está mucho tiempo apartado e absente, porque ellas no tiene fin a ser viudas ni castas religiosas (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXVIII, p. 320).

Estos discursos revalorizan su imagen y desarticulan los fundamentos sobre los que Las Casas erigió su mordaz libelo contra Oviedo, especialmente en su *Historia de las Indias* o en la *Apología* que, a propósito de la Controversia³²⁹ que se da en las Juntas de Valladolid (1550-1551), leyó el Obispo contra Ginés de Sepúlveda. Examinemos, brevemente, lo que de ello nos devuelve hoy la literatura.

³²⁸ Torna Oviedo aquí a acreditar la verdad del testimonio a partir de su experiencia,

³²⁹ Para la comprensión cabal de esta pugna remito a la *Historia de las Indias*, la *Brevisima* y la *Apologética Historia* de Bartolomé de Las Casas, así como a los trabajos de Losada (1975), Fernández Buey (1992), Manero (2009), Pardo Galván (2011) o a la biografía que Hernández (2015) ha elaborado del dominico.

B) EL YO DIFAMADO: OVIEDO FRENTE A LAS CASAS

Según documenta este ‘controvertido’ debate, en la octava réplica³³⁰ del dominico a las alegaciones del doctor Sepúlveda, el ataque a Oviedo es feroz, en una arremetida cáustica y destructiva contra el cronista. Resulta alumbrador, pues, para calibrar la animadversión que el fraile siente hacia el Alcaide de Santo Domingo, detenernos en la rudeza de la disertación lascasiana:

Los indios son de tan buenos entendimientos y tan agudos de ingenio, de tanta capacidad y tan dóciles para cualquier ciencia moral y doctrina especulativa, tan ordenados por la mayor parte provistos, y razonables en su civilidad, teniendo muchas leyes justísimas, y tanto han aprovechado en las cosas de la fe y religión cristiana y en las buenas costumbres, y corrección de los vicios, donde quiera que han sido doctrinados por los religiosos y personas de buena vida, y aprovechan cada día, cuanto nación en el mundo se halló después de subidos los apóstoles al cielo y hoy se hallaría. Dejo de decir el admirable aprovechamiento que en ellos ha habido en las artes mecánicas y liberales, como leer y escribir y música de canto y de todos los instrumentos musicales, gramática y lógica y de todo lo demás que se les ha enseñado y ellos han oído (Las Casas, en “Contra Ginés de Sepúlveda...”, 2011, p. 23).

El discurso de Fray Bartolomé se inicia loando la civilidad de los indios, con una retórica que amplifica las virtudes de los naturales. Por todas esas razones considera el dominico que no está justificada su barbarie y, por ende, no es lícito hacerles la guerra. Y va a contraargumentar a Sepúlveda, objetando sobre la elección de su fuente³³¹.

Es preciso, en este punto, abrir paréntesis con las palabras que previamente Sepúlveda había mencionado:

[“El Obispo (...) dice que estos indios no son bárbaros (...). Yo digo que bárbaros se entiende, como dice Santo Tomás en su *Politicorum lectione prima*, como los que no viven conforme a la razón natural y (...) se crían

³³⁰ Remitimos a los textos del artículo “Contra Ginés de Sepúlveda: entendimiento, capacidad y civilidad de los indígenas americanos (1550-1551)”, publicado en *Teoría y crítica de la psicología* 1(2011), 20–26, donde reza “una selección de fragmentos de la discusión que se conoce como *Controversia de Valladolid* y que fray Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda sostuvieron entre 1550 y 1551” (2001, p. 20).

³³¹ Refiere Gerbi también a otras fuentes, pues aunque Oviedo se instaura “fuente putativa de Sepúlveda”, este no pudo extraer información sobre la Conquista de México y Cortés de la I parte de la *Historia*, poque don Gonzalo no incluyó esas materias en la publicación de 1535. No obstante, “Sepúlveda era un gran admirador de Oviedo” y les unía un vínculo férreo: “la hostilidad inflexible de y por Las Casas”. Véase Gerbi (1978, pp. 444-445).

brutales, ora por malas costumbres y falta de buena doctrina y castigo.” (“Contra Ginés de Sepúlveda...”, 2011, p. 22)],

y que pusieron a Fernández de Oviedo en el mismísimo centro de la diana de los ataques:

[“Que estos hombres sean de poca capacidad y depravadas costumbres, se prueba por lo dicho de casi todos los que de allá vienen, y principalmente por la *Historia General*, libro 3, capítulo 6, escrita de ellos *por cronista grave y diligente en inquirir las cosas y que ha estado en las islas y tierra firme muchos años*” (ibid.)³³².

Por ello, seguidamente, la dialéctica del Obispo de Chiapas se enraíza primero en la indignación -¡qué hombre tan docto como el cordobés se precipitara en dar crédito a ese hombre ‘mundano’ legitimador de tanto ‘latrocinios y robos y muertes que han hecho’, del ‘inmenso derramamiento de sangre, muerte y perdición de infinitos inocentes’!; para llegar luego a su punto más álgido y tornarse incisiva y violenta, caracterizando a Oviedo de ‘tirano robador y destructor de indios’, de ‘enemigo capital’³³³ de esas gentes y a su crónica de *Historia* ‘nefanda’ y ‘mentirosa’:

Como Dios privó al doctor Sepúlveda de la noticia de todo esto, que quizá no será chico daño para su conciencia, fuera cosa muy digna de hombre tan docto en otras cosas y tan estimado como él lo es, para que no cayera en tan erróneo laberinto, que antes que comenzara a tratar de materia que no sabía, se informara de los siervos de Dios que en la conversión de aquellas gentes habían sudado muchas noches y días, y no precipitarse dando crédito a los hombres mundanos y tiranos que le persuadían a componer su tratado para justificar los latrocinios y robos y muertes que han hecho, y los Estados usurpados a que han subido con inmenso derramamiento de sangre, muerte y perdición de infinitos inocentes. *Lo que más perjudica a la persona del reverendo doctor*, entre personas prudentes y temerosas de Dios y que tienen

³³² La cursiva es mía, para señalar la mención que Sepúlveda hace de Oviedo.

³³³ Ya en “Respuesta al primer argumento de Sepúlveda”, Fray Bartolomé se anticipaba con este calificativo hacia Fernández de Oviedo, tildándolo además de “tirano cruel”, “salteador”, “destructor”, “mentiroso” y el tipo de esclavista que trata a los indios “como animales”, y cuestionando el hecho de que el Consejo aprobara las mentiras de la *Historia*:

(...) tú, Sepúlveda, varón tan erudito, debiste imitar para exponer la verdad y no escribir tu famoso libelo contra los indios que habitan tan inmenso mundo, siguiendo al pie de la letra el testimonio de hombres pocos seguros. Así nos citas la historia de Oviedo aprobada, dices, por el Regio Consejo, como si Oviedo, como él mismo atestigua en el capítulo 8 del libro 2º de su obra, no hubiera sido un cierto tirano cruel que poseía indios sometidos a esclavitud como animales y en el séquito de los demás salteadores destruyó gran parte de aquel continente, o como si el Consejo, al aprobar el libro, pareciera que aprobaba también todas las mentiras en él contenidas o reconociera que era verdad cuanto en él se contenía. Tú das fe al *enemigo de los indios* y a alguien que en este asunto está en causa, pues poseía un cierto número de indios como los demás tiranos (Losada, 1975, p. 137).

La cursiva es mía.

noticia ocular de las Indias, *es alegar y traer por autor irrefragable a Oviedo en su falsísima y nefanda Historia que llamó General*³³⁴, como haya sido uno de los tiranos robadores y destruidores de los indios, según él mismo confiesa en el prólogo de su primera parte, columna 6, y en el libro 6, capítulo 8, y por ende enemigo capital de los indios. Júzguese por los prudentes si para contra los indios es idóneo testigo. A éste, empero, llama el doctor grave y diligente cronista porque lo halló a favor de paladar para socorro de la necesidad de verdades en que se ponía. Estando aquella historia poco más llena de hojas que de mentiras (Las Casas, en “Contra Ginés de Sepúlveda...”, 2011, p. 23).

Obviamente, tampoco pierde ocasión nuestro cronista **para arremeter en sus obras contra el dominico**; así ocurre cuando narra la rebelión del cacique Enriquillo³³⁵; con el episodio de los labradores³³⁶, en el que ridiculiza³³⁷ el iluso plan colonizador de

³³⁴ Las cursivas son mías, para subrayar la razón que objeta el dominico para desprestigiar la legitimidad del argumento de Sepúlveda.

³³⁵ Escribe Oviedo en la I Parte de su *Historia* sobre la decisión de Las Casas de intervenir, sin licencia, en para “forzar e aconsejar e persuadir a don Enrique e su gente que perseverasen en la paz e amistad de los cristianos” (*Historia*, 117, Libro V, cap. XI, p. 138).

entre otros religiosos devotos (...) había uno llamado fray Bartolomé de las Casas, persona reverenda, e letrado y de buena doctrina e vida. Pero, en el tiempo pasado, no estuvo muy en gracia de todos en la estimativa (seyendo clérigo), a causa de cierta negociación que emprendió, seyendo ya sacerdote e llamándose el licenciado Bartolomé de las Casas (...). Los señores oidores desta Audiencia Real estovieron muy enojados de la ida deste padre, sin su licencia e sabiduría, a donde estos indios y don Enrique estaban (...) pero como su ida quiso Nuestro Señor que fuese provechosa (...) le dieron las gracias de su trabajo” (*Historia*, 117, Libro V, cap. XI, pp. 138-139).

Nótense mis cursivas, para subrayar la mirada enjuiciadora del cronista acerca del proceder del clérigo en este suceso.

³³⁶ Los hechos, que le sirven a don Gonzalo para poner en evidencia al fraile, son los siguientes:

En 1519 andan Oviedo y Las Casas procurando uno la gobernación de Santa Marta y el otro la de Cumaná. Según cuenta el cronista, la obtiene únicamente el clérigo, quien defiende ante el Consejo que “la gente que se había de enviar con él no habían de ser soldados, ni matadores, ni hombres sangrientos e cobdiciosos de guerra, ni bulliciosos, sino muy pacífica e mansa gente de labradores”. Nuestro narrador incide seguidamente en que a Las Casas “todo le fue concedido, no obstante que (...) algunos españoles, hombres de bien, que (...) debieran ser creídos, desengañaron al Rey y a su Consejo en esto”, preguntándose “cómo aquel padre, deseoso de mandar, ofrecía lo que no haría, ni podía ser por la forma que él decía (...), y dijeron que el Rey gastaría sus dineros en balde, e los que fuesen con este padre irían a mucho riesgo e peligro”. El caso es que la empresa lascasiana resultó un fracaso. Los indios se sublevaron y el “padre licenciado Bartolomé de las Casas, como supo el mal subceso de su gente” y del peligro “de las vidas de aquellos simples e cobdiciosos labradores que al olor de la caballería prometida y de sus fábulas le siguieron” y “el mal cuento que hobo en la hacienda que se le encargó”, decidió, ya que “no tenía bienes con que pagarlo”, sufragarlo con “oraciones (...), metiéndose a fraile” que, de este modo, “podría satisfacer en parte a los muertos, y dejaría de contender con los vivos”.

Mas, sin serle suficiente al cronista este último derrame irónico, y como si de una fábula se tratase, concluye señalando la ineptitud del dominico y añadiéndole su moraleja: “el que ha de ser capitán no lo ha de adivinar sin ser ejercitado (...), e por no saber (...) erró la obra que (...), pensando convertir los indios, dio armas con que matasen los cristianos; de lo cual resultaron otros daños”; que “si él pensaba santiguando y con su buen ejemplo pacificar la tierra, no había de tomar las armas, sino tenerlas en depósito en mano de un capitán diestro y cual conviniera para lo que subcediese” (*Historia*, 118, Libro XIX, cap. V, pp. 199-201).

³³⁷ Considera Bolaños, no obstante, que esta crítica de Oviedo se incardina en cuestiones de gobernabilidad objetivas, y no debe su exclusividad a las rencillas personales:

“una de las cosas que Oviedo nunca toleró fue el arrastre de jóvenes ilusos españoles a su muerte en expediciones irresponsablemente organizadas. Las Casas con su utopía de Cumaná y las muertes subsiguientes de los hombres participantes, caía dentro de este género de

Cumaná del clérigo; o en sentencias en las que deja clara esa enemistad con su adversario. El capítulo LIV del Libro XXXIII incorpora un sustancioso “Diálogo” entre el “Alcaide de la Fortaleza de la Cibdad e puerto de Sancto Domingo, auctor e cronista destas historias” y “un caballero vecino de la grand cibdad de Méjico, llamado Joan Cano³³⁸” (*Historia*, 120, p. 259) que, entre otros menesteres, cumple la función pragmática de encumbrar la figura del cronista y desprestigiar la del Obispo. Señala Javier de Santiago que “dentro de la pragmática, las estrategias de cortesía (Brown y Levinson, 1987)³³⁹ son los medios por los que el individuo aleja el riesgo de ser rechazado y repara su imagen” (2010, p. 631). La primera pronuncia del interlocutor de Oviedo (del personaje “Alcaide”) se ciñe a este precepto retórico. A partir del recurso del discurso cortés, se persuade al lector de la estimación de Cano hacia el historiador, refrendando su aceptación social y enaltecendo la imagen del cronista:

CA: Señor Alcaide, yo soy el que gano mucho en conosceros, e tiempo ha que deseaba ver vuestra persona, porque os soy aficionado, e querría que muy de veras me toviédeses por tan amigo y servidor que yo os lo seré (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV p. 260).

La asunción de que el indio bien adoctrinado puede igualar o superar incluso al hombre occidental se injerta en este coloquio, en la voz del Señor Joan Cano:

CA: Mandáis que diga cómo quedé avecindado en estas partes (...) Satisfaciendo a mi asiento, digo, señor, que yo me casé con una hija legítima de Montezuma, llamada doña Isabel, tal persona, que aunque se hobiera criado en nuestra España, no estoviera más enseñada e bien adoctrinada e católica, e de tal conversación e arte, que os satisfaría su manera e buena gracia. E no es poco útil e provechosa al sosiego e contentamiento de los naturales de la tierra, porque como es señora en todas sus cosas, e amiga de los cristianos, por su respecto y ejemplo más quietud e reposo se imprime en los ánimos de los mejicanos (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV p. 260)

Y, de igual modo, y a propósito de las acciones de Hernán Cortés, se incrusta la queja contra las crueldades a los indígenas:

personajes criticables. Para Oviedo atacar a Las Casas como lo hizo no tenía que tener con él diferencias personales” (1990a, p. 660).

³³⁸ Don Joan Cano se presenta como sobrino de un antiguo compañero del Alcaide, en los tiempos que don Gonzalo servía al “Serenísimo Príncipe don Joan”. Este diálogo atestigua sobre los orígenes del mestizaje -“que yo me casé con una hija legítima de Montezuma, llamada doña Isabel” (p. 260), dice Cano- y escudriña, con esmero, las costumbres y ceremonias matrimoniales de estas gentes mejicanas (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV, p. 260).

³³⁹ Refiere Santiago a la obra de P. Brown y S. Levinson *Politeness: Some Universals in Language Usage*, Cambridge, 1987.

- ALC: Señor Joan Cano, ¿es verdad aquella crueldad que dicen que el marqués usó con Chulula, que es una cibdad por donde pasó la primera vez que fue a Méjico?
(...)
- CA: Lo que oí por cosa muy notoria es que en aquella cibdad pidió Hernando Cortés tres mil indios para que llevasen el fardaje, e se los dieron, e los hizo todos poner a cuchillo, sin que escapase ninguno.
- ALC: Razón tiene el Emperador nuestro señor, de mandar quitar los indios a todos los cristianos (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV p. 263).

Un alegato a favor de la justicia y libertad de los indios que le sirve al historiador de pretexto para embestir entonces contra Las Casas, vehiculando la arremetida a través de la respuesta de su entrevistado:

- CA: Hágase lo que Su Magestad mandare (...). Quien hace crueldades, páguelas. (...) Y en lo que toca a la libertad de los indios, sin dubda a unos se les había de rogar con ellos a que los toviesen e gobernasen, e los industriasen en las cosas de nuestra sancta fe católica, e a otros se debían quitar; pero pues aquí está el obispo de Chiapas, fray Bartolomé de las Casas, que ha seído el movedor e inventir destas mudanzas, e va cargado de frailes mancebos de su Orden, con él podéis, señor alcaide, desenvolver esta materia de indios (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV p. 263).

Con la respuesta del Alcaide, setenta y cuatro líneas en la edición de Pérez de Tudela que manejamos, arribamos al quid del discurso. Estos renglones evidencian la animadversión que existe entre Oviedo y Las Casas, desmerecen al Obispo y promocionan la *Historia* del madrileño. Como señala López Eire, la oportunidad (*kairós*) y la conveniencia (*tò prépon*) “son dos elementos del arte retórica (...) importantísimos (...), pues en caso contrario no produce sus esperados efectos” (2000, p. 150). Don Gonzalo juega aquí bien sus cartas. La organización interna del discurso (la confidencia de la enemistad, primero; las quejas que el dominico ha vertido injustamente sobre el autor, segundo; la autodefensa, tercero; la dignificación de su crónica, cuarto; y la imagen burlesca del desfile del obispo y de sus frailes que clausura la secuencia, como broche final) nos hace considerar esta secuencia narrativa como un acto de escritura bien premeditado y convenientemente construido, con una alta dosis de alevosía.

Así contextualiza la situación el narrador, y se defiende de las acusaciones recibidas:

ALC: Sin duda, señor Joan Cano, Vuestra Merced habla como prudente; (...) y es de pensar que este reverendo obispo de Cibdad Real en la provincia de Chiapa, como celoso servidor de Dios e de Su Majestad, se ha movido a estas peregrinaciones en que anda; e plega a Dios que él e sus frailes acierten a servirles. *Pero él no están tan bien conmigo como pensáis*³⁴⁰: antes se ha quejado de mí, por lo que escribí cerca de aquellos labradores e nuevos caballeros que quiso hacer, e con sendas crusces, que querían parescer a los de Calatrava, seyendo labradores (...) e gente baja, cuando fue a Cubagua e a Cunamá; e lo dijo al señor obispo de Sanct Joan, don Rodrigo de Bastidas, para que me lo dijese, e así me lo dijo. E yo lo que yo respondí a su queja, no lo hice para satisfacer al obispo de Chiapa, sino a la auctoridad e bondad del señor obispo de Sanct Joan, e a su sancta intención; e fue que le supliqué que le dijese, que en verdad yo no tuve cuenta ni respecto, cuando aquello escribí, e le hacer pesar ni placer, sino a decir lo que pasó³⁴¹; (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV p. 264)

Para continuar, seguidamente, con la promoción de su obra:

ALC: e que viese un libro, que es la primera parte de esta *Historia de Indias*, que se imprimió el año de mill e quinientos e treinta y cinco, e allí estaba lo que escribí; y que holgaba porque estábamos en parte que todo lo que dije o lo que dejé de decir se probaría fácilmente; e que supiese que aquel libro estaba ya en lengua toscana e francesa e alemana e latina e griega e turca e arábica, aunque yo le escribí en castellana; y que pues él continuaba empresas, e yo no había de cesar de escribir las materias de Indias, en tanto que Sus Majestades desto fuesen servidos (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV p. 264)

Para focalizar, de nuevo, en ese retrato de Las Casas que prende los desaciertos del fraile; y en la esencia objetiva de su discurso, que cualifica el narrador de verdadero, desapasionado y, por consiguiente, de escritura ecuánime:

ALC³⁴²: que yo tengo esperanza en Dios *que le dejará mejor acertar en lo por venir que en lo pasado*, e así adelante le parescería mejor mi pluma. Y como el señor obispo de Sanct Joan es tan noble, e le consta *la verdad*, e cuán *sin pasión yo escribo*, el obispo de Chiapas quedó satisfecho. Aunque *yo no ando por satisfacer en su paladar* ni otro, sino por cumplir con lo que debo, hablando con vos, señor, *lo cierto*³⁴³ (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV p. 264)

³⁴⁰ Nótese cómo el autor resume en esta frase el estado en el que se encuentran sus relaciones con el Obispo Las Casas. La cursiva es mía.

³⁴¹ El historiador se ampara en la verdad de sus testimonios, y elude, así, que sean las rencillas personales las que hayan motivado su prosa antilascasiana.

³⁴² Esta secuencia se inscribe y es continuación del parlamento anterior del Alcaide.

³⁴³ Las cursivas (mías) subrayan cómo el cronista cuestiona al dominico en su proceder anterior. Asimismo, reivindica la imparcialidad de la prosa ovetense (que ‘sin pasión escribo’). La nota incisiva remata el

Y cerrar la intervención con esta representación tan literaria – que tanto nos recuerda a una viñeta de historieta o de cómic-, y que conjuga la ironía y la parodia con el fin de caricaturizar al Padre Bartolomé y a sus frailes:

ALC³⁴⁴: Y, por tanto, cuanto a la carga de los muchos frailes, me parece en verdad *que estas tierras manan o que llueven frailes*³⁴⁵; pero pues son sin canas todos e de treinta años abajo, plega a Dios que todos acierten a servirle. Ya *los vi entrar en esta cibdad, de dos en dos, hasta treinta dellos, con sendos borbones, e sus sayas y escapularios e sombreros e sin capas, y el obispo detrás dellos*. Ello *parecía una devota farsa*³⁴⁶, e agora la comienzan; no sabemos en qué parará, el tiempo lo dirá, y éste haga Nuestro Señor al propósito de su sancto servicio (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV p. 264)

Jugosos son, asimismo, los poéticos renglones que Oviedo le dedica a Fray Bartolomé en la *Quinquagena* III (Est. 30, f. 59r.), y que Avalle-Arce (*MGFO*, vol. II, 1974, p. 594), resume con el título “Contra los historiadores maldicientes: el Padre las Casas”:

Ay ombres buscarruydo
con palabras mordedoras
en el tiempo de las oras
que por su mal profesaron,
si el exercicio trocaron
y quedan gargonando
como los monos cocando
sin que puedan offender,
porque Dios no da poder
al malo para matar
la fama, por escarvar
con sus dichos ni aviessos,
y al cabo quedan aquéssos
por lo mismo aquellos son

fragmento discursivo, que no anda el Alcaide ‘por satisfacer’ a Fray Bartolomé, sino en apuntalar ‘lo cierto’ de su *Historia*.

³⁴⁴ Esta secuencia se inscribe y es continuación del parlamento anterior del Alcaide.

³⁴⁵ El lenguaje metafórico, “uno de los recursos de más efectos expresivos y estéticos de la lengua” (Platas, 2011, p. 404) nos retrotrae al escritor más literario. Recordemos que es en este terreno de la escritura “creativa”, con su novela el *Claribalte*, que incursiona por primera vez en el oficio de escritor nuestro cronista.

³⁴⁶ La escena del desfile se inicia en tono irónico -cuestionando la juventud de los frailes-, y se va tiñendo de comicidad. El polisíndeton le otorga mayor fuerza expresiva a la burla, que se detiene en ridiculizar no solo la procesión, sino también los elementos que portan los frailes y el obispo. Tanto escapulario y bordones no evitan que todo ello parezca “una devota farsa”.

Versos que, por otro lado, traen su conveniente aditamento, en el que carga contra el clérigo y su incisiva lengua:

Procede el texto en la materia contra los maldicientes que hablan o escriben el contrario de la verdad, que son como los que buscan ruydo con palabras mordedoras, y en especial los que en algún hábito de rreligión professaron e no guardaron lo que propusieron (...), e no guiaron a la rretitud que debe aver en el que escribe, e quédanse gargonizando como los monos haciendo cocos sin poder ofender a quien querían enpescer con sus enconadas lenguas tintas en ponçoñosos deseos (*MGFO*, vol. II, 1974, p. 594).

En el que el cronista se **valida** y se victimiza, identificándose en el sintagma “fama del bueno”:

Y es Dios tan justo que no da poder al malo para que pueda matar la fama del bueno, porque escarva con sus dichos torcidos e aviesos de la verdad, antes al cabo quedan esos maldicientes manifiestos por lo que son, declarándose por rrobadores de famas de inculpables (*MGFO*, vol. II, 1974, p. 594)

Y en el que retrata las caras del que, como Aristóphanes, fue “el más maldiciente de los hombres de su tiempo” (*MGFO*, vol. II, 1974, p. 595):

Y pues a tantos ofende con tan manifiesta mentira no han de faltar auctores que con más verdad dicanten sus deméritos y sus tres caras de lego de poca auctoridad, e después de clérigo negociador, y la tercera de frayle desosegado y mendace, y no dino del hábito que trae sembrando libelos y infamando a tantos y tales, que si han dexado de hablar en sus desatinos ha seydo por no le querer parescer y por el poco caudal que se debe hazer de sus torpes y falsas rrazones. Muy bien dize Erasmo: “Atapaste las narices del ayre de una privada o de una sepultura, y no cierras las orejas al ayre (que es más pestilente) de la murmuración” (*MGFO*, vol. II, 1974, p. 594),

Pero consideramos que son los textos los que hablan por sí mismos. Y que es **la cronística de Oviedo su mejor alegato**. Continuando con su arremetida, dice Las Casas que, a diferencia de sí mismo, que “había sudado muchas noches y días” (Pardo Galván, 2011b, p. 34) entre aquellas gentes, Fernández de Oviedo “no vivió entre los indios y que no los trató sino en cuanto podía aprovecharse de ellos como bestias, no para conocerlos y buscar su beneficio” (Pardo Galván, 2011b, p. 35):

Y que si los trató durante cinco años, lo hizo sólo en una región pequeña y no fue para conocerlos sino para robarlos, capturarlos y esclavizarlos en el trabajo de las minas y en otros trabajos crueles que los mataban de hambre y

de otras aflicciones. Una frase de Las Casas (1559b)³⁴⁷ es contundente en ese sentido: “no puede Oviedo decir cosa chica ni grande, porque no fue digno de verlo ni de entenderlo” (Pardo Galván, 2011b, p. 35).

Tres reprobaciones a Oviedo: **que no vivió** con los indios, **que solo los trató para esclavizarlos** y que **no los entendió**. Analicemos estas aseveraciones lascasianas y lo que nos devuelve la *Historia* ovetense para dirimir sobre qué se sustentaron.

Como se ha dicho, defiende con vehemencia el Obispo de Chiapas que Fernández de Oviedo yerra en su retrato de los indígenas, que **no los conoció** y, en consecuencia, que miente al afirmar que aquellas gentes son indomables³⁴⁸ -“indómitas e incorregibles” (Losada, 1975, p. 43). Para Las Casas, es una obviedad que “los indios son muy dóciles y (...) de un natural inmejorable” (Losada, 1975, p. 18) y, por eso, le espeta a Sepúlveda que:

El testimonio de una persona como yo, que estuvo tantos años en América, sobre la manera de ser de los indios, echa por tierra tu afirmación fundada exclusivamente en el testimonio de Fernández de Oviedo quien, por poseer esclavos, tiene una idea preconcebida de los indígenas americanos (Losada, 1975, p. 18).

Desde luego, esa natural docilidad indígena que promociona Las Casas pierde consistencia frente a la escena dantesca³⁴⁹ que nos pinta, con sumo detallismo, el cronista

³⁴⁷ Refiere Pardo Galván al texto lascasiano ‘Contra Fernández de Oviedo’, del que el estudioso ha seleccionado y examinado algunos fragmentos en su otro artículo “Contra Fernández de Oviedo: memoria, virtud, alegría, veracidad y animosidad de los indígenas americanos (1559)”, también de 2011.

³⁴⁸ Pardo Galván (2011a) presenta la refutación de la tesis racista de Oviedo. El crítico toma la argumentación de Las Casas y escribe:

Oviedo asigna que la causa de la perdición y acabamiento (...) es porque son gentes sin alguna corrección, ni aprovecha con ellos castigo, ni halago, ni buena amonestación, y naturalmente son gente sin piedad, ni tienen vergüenza de cosa alguna; son de pésimos deseos e obras, e de ninguna buena inclinación. Éstas son sus palabras. Cosa es maravillosa de ver la obturación que tuvo en su entendimiento este Oviedo, que así pintase a todas estas gentes con tan perversas cualidades, y con tanta seguridad para mostrar que decía verdad, como si fuera una alhaja de su casa, a la cual hubiera dado mil vueltas por de dentro y por de fuera, no habiéndolas tratado sino cinco años, y éstos sólo a los de la provincia del Darién, y no en otra cosa sino salteándolos, y robándolos, matándolos, y captivándolos, y echándolos y teniéndolos en las minas del oro y en los otros trabajos, donde de hambre y molimientos y crudelísimas aflicciones perecían (...). Algunas veces los halagaban con palabras blandas, diciéndoles que fuesen buenos, y llamaban ser buenos que no se huyesen de las minas y trabajos en que los ponían, y porque huían de la vida infernal que tenían, dice Oviedo que no aprovechaba halago ni buena amonestación con ellos (Pardo Galván, 2011a, p. 35).

³⁴⁹ Un terrible cuadro que también difunde Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (2007, p. 24) y por el que bautizaron a esa isleta con el nombre de Los Sacrificios.

madrileño, cuando relata el descubrimiento por parte de Joan de Grijalva de la mexicana Isla de los Sacrificios. Los cuerpos desmembrados y destripados, la sangre y los huesos humanos desperdigados por doquier, los ídolos demoníacos..., todo rezuma efluvios del escenario infernal que dibujara Dante en su *Divina Comedia*. Este es el Oviedo-historiador que acongoja al lector por su crudeza descriptiva, por las pavorosas caracterizaciones que hace del malvado indio y de sus perversidades. Empero, es, asimismo, el cronista que nos consterna y nos desconcierta, cuando en el mismo capítulo, plasma lo cruento y abominable y, seguidamente, lo afable y estimable de los habitantes de aquellas islas caribeñas, y lo bello de su naturaleza. Dirimía Pérez de Tudela, a propósito de este rasgo ovetense, que “sorprende en una aproximación a las manifestaciones del carácter de Oviedo, la mezcla, para nosotros extraña, de rudezas hirientes y de delicadezas exquisitas de sensibilidad” (1957, p. 394). Esa argamasa de pronuncias dispares, emocionantes y espontáneas, nacidas de ese momento específico y de la circunstancia del autor, que engendra vaivenes emocionales en quien lee, le otorga esa autenticidad a la *Historia* que presume de ser integradora, extremadamente minuciosa y apegada a la verdad. Y es, por consiguiente, el Oviedo encarnizado también el fidedigno, el ‘verdadero’, el que se refuerza y se valida por la objetividad de sus descripciones, ya sean éstas reprobatorias o laudables. Consideramos, por ello, que esta narración de Oviedo, por lo terrorífica y conmovedora, merita ser examinada en su conjunto, en tanto que muestra esas ‘dispares’ y contrapuestas proyecciones del indio: antropófago, practicante de sacrificios humanos y peligroso, por un lado; diestro en las artes textiles y culinarias, apacible y complaciente, por el otro:

E³⁵⁰, así, otro día siguiente, diez e ocho días del mes de junio³⁵¹, viernes, el capitán general saltó en tierra en aquella isleta con cierta gente, e fue por una camino entre arboledas, e algunas dellas parecían ser de fructales, e vieron algunos *edeficios de piedra antiguos* e manera de adarves *ruinados* por el tiempo, y *derribados en partes* e cuasi en la mitad de la isla estaba un edeficio algo alto, al cual subieron por una escalera de piedra; e subidos en lo alto estaba luego, adelante de la escalera que es dicho, un *mármol*³⁵², e encima del una *animalia que quería parecer león, asimismo de mármol, con un hoyo en*

³⁵⁰ Se inicia aquí la descripción del indio como ser bestial y sanguinario, con toda su animalidad y su fiera.

³⁵¹ Al comienzo del capítulo, Oviedo enmarca cronológicamente su relato: “viernes, once días de junio de mill e quinientos e diez e ocho años, salió el armada del rio de Grijalva, con sus cuarenta carabelas (...)” (*Historia*, 118, Libro XVII, cap. XIV, p. 134).

³⁵² El cronista representa un panorama ruinoso, devastado y recóndito, en medio de la frondosidad de arboledas y frutales. Los vocablos “antiguos”, “ruinados” y “derribados” evidencian que se trata de un lugar apartado y dejado del hombre, y la alusión al “mármol” -elemento iconográfico vinculado a las lápidas- anticipa el escenario de muerte al que se está dando entrada.

*la cabeza e la lengua sacada, e junto a par del mármol había una pileta de piedra asentada en tierra, toda sangrienta, y delante della había un palo hincado que declinaba sobre aquella pileta, y delante, algo apartado, estaba un ídolo de piedra en el suelo, con un plumaje en la cabeza, vuelta la cara a la pila*³⁵³. Más adelante estaban *muchos palos*, como el que es dicho que caía sobre la pila, *todos hincados en el suelo, e cabe ellos había muchas cabezas de hombres humanos y muchos huesos*³⁵⁴ asimesmo, que debían ser de aquellas personas cuyas cabezas allí estaban. Había *otros cuerpos muertos, cuasi enteros, que debían ser muchachos, que estaban cuasi podridos*³⁵⁵ e muy dañados. De la cual vista *los cristianos quedaron espantados*, porque luego sospecharon lo que podía ser. E preguntó el general a uno de aquellos indios, que era de aquella comarca o provincia, qué cosa era aquella, e por las señas e lo que se pudo entender dellas, mostraban que a aquellos defunctos los *degollaban y sacaban el corazón con unas navajas de pedernal que estaban a par de aquella pila, y los quemaban* con ciertos haces de leña de pino que allí había, y los *ofrescían a aquel ídolo, y les sacaban las pulpas de los molledos de los brazos e de las pantorrillas e muslos de las piernas, e lo comían*³⁵⁶ (*Historia*, 118, Libro XVII, cap. XIV, p. 135).

Aqueste³⁵⁷ día (...), después de haber tornado a los navíos, envió al capitán Francisco de Montejo en una barca, con un indio de aquella tierra, para saber qué era lo que querían ciertos indios que llamaban desde la costa, *mostrando unas banderas*³⁵⁸. E ido allá, (...) *le dieron al capitán (...) muchas mantas pintadas muy lindas*³⁵⁹, y él les preguntó por oro, y ellos le dijeron que a la tarde le traerían (...).

Otro día de mañana, (...) el general acordó de salir allá; e así como saltó en tierra, halló hincados unos ramos de árboles, y debajo dellos, tendida, una *manta*, y encima unas *cazoletas pequeñas llenas de aves cortadas*, con cierto *caldo amarillo* que parecía que estaba guisado con especias. *Y como era viernes, ningún cristiano comió dello*³⁶⁰; e tenían unas *torticas* de maíz, o de

³⁵³ La idolatría del indígena al mundo animal, representada con la figura pétreo del león o con el plumaje del ídolo vuelto de cara, se impregna de malignidad con la inclusión de esa pileta “toda sangrienta”. En su descripción, el narrador va diseminando los elementos, cada vez más feroces y temibles, de a poco.

³⁵⁴ El clímax narrativo arriba con este develamiento, y con la reiteración y el énfasis que el adjetivo cuantificador “mucho” le otorga a la escena: “muchos palos”, “muchas cabezas de hombres humanos y muchos huesos”. El lector infiere, de este modo, que la tragedia es “mucho”.

³⁵⁵ A la percepción visual, se le implementa el sentido del olfato, con la alusión a la podredumbre de los cuerpos. Estas descripciones tan sensoriales, como ha señalado Coronado (2022), son muy características de Oviedo.

³⁵⁶ El espanto de los testigos -y del lector- explota tras la concatenación descriptiva de tanta barbarie. Oviedo detalla con minucia que a los cuerpos los degüellan, les extraen el corazón con esas “navajas de pedernal” que permanecen a la vista, los queman y se les comen las entrañas (los “molledos” de brazos, pantorrillas y piernas).

³⁵⁷ Prosiguiendo con el capítulo, Oviedo vira de tono, con una visión totalmente opuesta del indígena. Se inicia aquí la descripción del indio como ser pacífico y menesteroso.

³⁵⁸ Refiere el cronista unas líneas más abajo, de nuevo, a esas “banderas blancas” con las que estos apacibles indios “llamaban a los cristianos” (p. 136), en símbolo de paz.

³⁵⁹ La forma apocopada “muy” introduce lo superlativo de la belleza de esas mantas, “pintadas muy lindas”. En este punto, Oviedo enaltece la habilidad artesanal de esos isleños.

³⁶⁰ Este dato conciso, el reparar en esta minucia, le confiere mayor veracidad a la narración. Es comúnmente sabido que en la religión católica se promueve la abstinencia de comer carne los viernes de todo el año.

otra fructa envuelta con ello por pan; y tenían allí maíz en mazorcas, tierno³⁶¹, que parecía estar cocido para dar de comer al capitán³⁶² y a los que con él habían salido, y otras fructas. E trujeron algunas mantillas de algodón teñido y repartiéronlas por los que allí estaban de los nuestros, e diéronles unos cañutos negros con sahumeros que tomaban como tabaco (...) (*Historia*, 118, Libro XVII, cap. XIV, p. 136).

Claro que, por si acaso los sacrificios humanos documentados en la *Historia* pudieran otorgarle autoridad y veracidad -darle la razón- al cronista oficial respecto a la animalidad y el salvajismo de estos naturales, el religioso tiene también su elucubrada increpación al respecto, que dirige a Sepúlveda y que detalla así Losada:

¿Por qué te fiaste solamente de Fernández de Oviedo y no de otros autores que en esta materia disienten completamente de este?” Y le pone el ejemplo de un humanista (como Sepúlveda) europeo, *Paulo Jovio*, quien dice en su libro *Historias de su Tiempo* que “los indios, por su apacible carácter³⁶³ fueron fácilmente conquistados por Hernán Cortés, y si sacrificaban víctimas a sus dioses se trataba de una costumbre aprobada por sus leyes, y los hombres sacrificados no eran otros que los condenados por sus maldades (1975, p. 18).

Otras de las falsedades de Oviedo, según el dominico, es el de esa caracterización sodomita que el cronista devuelve de las gentes indianas. A propósito de esta acusación, Ángel Losada cita justamente este pasaje de la *Apología* en el que el fraile “desmiente la afirmación de Oviedo de que los indios eran sodomitas” (Losada, 1975, p. 43):

Yo soy, dice, uno de aquellos que... navegaron a aquella Isla (Española) aproximadamente en el año 1500, en tiempos en que el Comendador Bobadilla, quien metió en prisión a Colón, estaba allí. Allí he vivido yo durante muchos años. Sobre este asunto he hecho una diligentísima pesquisa y he encontrado que el nefando vicio de sodomía entre los Indios o no se da absolutamente o es rarísimo. Solamente me enteré que, si se sabía de alguien que estaba infamado con aquel crimen abominable, apenas podía liberarse de las manos de las mujeres airadas que contra él se insurgían (Losada, 1975, p. 43).

³⁶¹ Del inventario de alimentos que detalla Oviedo, el cronista especifica que los indios los obsequian con *torticas* y con un maíz *tierno*. Con este diminutivo – que puede referir al tamaño o connotar una valoración positiva- y con este adjetivo se infiere cierta apreciación ovetense al gesto de los naturales.

³⁶² Nótese la inserción de esta frase, que demuestra la buena disposición de estos indios para con el capitán y sus soldados.

³⁶³ Las cursivas de esta cita son de Losada.

Examinemos la retórica y el razonamiento dominico, que entona tras haber hecho “una diligentísima pesquisa”. Por un lado, reparamos en que el discurso se puebla y se refuerza con superlativos y adverbios modales, con objeto de cimentar la negación o lo insólito de ese “vicio” entre amerindios. El peso argumental de la secuencia narrativa de Las Casas recae fundamentalmente en estas dos sentencias: “allí he vivido yo durante muchos años” y “el nefando vicio de sodomía entre los indios o no se da absolutamente o es rarísimo”. Así, con la prolongada experiencia *per oculos* en Las Indias pretende legitimar el dominico su contundente negación³⁶⁴, que viste con el adverbio modal “absolutamente” -para subrayar que de ningún modo se dan esas prácticas- y que reviste con el superlativo “rarísimo”-para, si se testimonia algún ‘abominable’ caso, tildarlo de inusual, como una práctica sumamente rara”.

Mauricio González Arenas y César Gamboa, que han explorado, en distintas crónicas de los siglos XVI y XVII, las actitudes homofóbicas de aquellos indígenas del Nuevo Mundo, concluyen en la actualidad “que las referencias realizadas por los observadores hispanos en ningún caso niegan la presencia de la homosexualidad en América” (2015, p. 372), aunque sí “hacen patente el rechazo que ésta despertaba”³⁶⁵ entre las diversas regiones indígenas” (2015, p. 377). Por ende, al registrar esas actitudes, Oviedo no escribe fábulas, no miente; y, por consiguiente, ese argumento de sodomía no

³⁶⁴ Afirma con fervor el dominico que lo que escribiera Oviedo sobre los habitantes de la Española en su capítulo III del Libro V, en relación a que todos fueran” sodomitas y dados a crímenes nefandos” resulta “falso” (Losada, 1975, p. 382):

Oviedo tramó su historia o, mejor dicho sus bagatelas, de unas fábulas que le contó uno de aquellos pilotos cuyo nombre era Hernán Pérez, que no descendía de su nave a tierra nunca o tarde. Este solía, según la costumbre de los marinos, infamar a los indios, con cuyo trabajo y bienes aquellos salteadores, más bien que soldados, engordaban. Lo cual, Dios mediante, mostraré más extensamente en la Historia que he escrito sobre asuntos indios, donde se verá que todos los habitantes de la Isla Española, de la Isla de San Juan, de la de Cuba, de Jamaica y de las demás llamadas Lucayas, las cuales anteriormente estaban muy cultivadas y ahora, por la crueldad de esos tales, están desiertas, estaban totalmente inmunes de esto tres vicios: sacrificios humanos, antropofagia y sodomía. En cambio, aquellos indios aprendieron muchísimos pecados de los españoles, creyendo que eran santas todas las cosas que éstos hacían.

Sobre lo que Oviedo afirma: que los indios son indómitos e incorregibles, yo digo que eso es más falso que falso (...) (Losada, 1075, p. 382).

³⁶⁵ Tras sus investigaciones, González y Gamboa dirimen que “la vida de los nativos estaba sometida a estrictas regulaciones, sistemáticas y compartidas por cada comunidad” (2015, p. 372), poseen sus propias leyes de control -circunstancia que, como se va a mostrar en este trabajo, también registra y enaltece Fernández de Oviedo en su *Historia*- y que:

frente al sexo entre hombres, los escritores indios coincidieron al sostener que en cada región del Nuevo Mundo sus habitantes poseían claras actitudes al respecto, que no parecen haber estado mayormente influenciadas por la moral cristiana introducida posteriormente por los españoles (...) (González y Gamboa, 2015, p. 372).

En <https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/54931/50084>

es una invención preconcebida del cronista con el fin de ‘bestializar’ al indio, debilitar su imagen y facilitar su sometimiento. Con todo, también es cierto que, como apostillaba Las Casas, no se trataban de prácticas comúnmente aceptadas por las comunidades, ni mucho menos de costumbres extendidas y generalizadas entre aquellas tribus primitivas. Por ello, en esta particular cuestión, “la verificación de las afirmaciones, sin duda discutibles, de Las Casas contra Oviedo, (...) merecerían un especial estudio a fondo” (Losada, 1975, p. 43).

Recuperemos, en segundo lugar, la argumentación lascasiana de que Oviedo no **convivió** ni “sudó” con los indígenas, y por ende, no pudo **conocerlos**. Ciertamente la acusación de Las Casas se erigió sobre la parte de la *Historia* ovetense publicada en 1535, en Sevilla. Recordemos que esta parte de la crónica resulta de las memorias y experiencias acumuladas por Oviedo desde que arribara a Las Indias en 1514. A priori, estos datos cronológicos nos devuelven veintiún años, y no cinco, como afirmaría el obispo. Empero, además, es de suponer que el dominico comenzaría esa *Historia de las Indias*, en la que incluye su *Apologética*, en 1552, sabedor del prolongado afincamiento indiano de don Gonzalo, y la concluyó en 1559, cuando Oviedo incluso ya ha habido fallecido (1557) en su casa dominicana. Podríamos entonces argumentar, a favor del Alcaide de Santo Domingo, que fueron más de treinta sus años de residencia en tierras americanas. Allí se arraigó don Gonzalo, nacieron sus hijos menores, edificó su fortaleza, llevó a cabo sus empresas y en Las Indias perdió, asimismo, a tres hijos y un nieto. Así lo verbalizaba a través de su alter ego, Sereno, en sus *BYQ*:

Sereno: Todo es verdad, pero a me podéis *contar por vecino* e regidor de la cibdadd de Sancto Domingo de la isla Española del mar Océano; a mis parientes del linaje de Valdeses, por del principado de Asturias de Oviedo, donde nació mi padre; yo en Madrid, e mis hijos en esta isla, que hay 1500 leguas de aquí hasta Asturias (Batalla I, Quinquagena IV, Diálogo XLIX, vol. III, 2000, p. 224)

Y mucha indignación sentía el cronista cuando cuestionaban su conocimiento indiano, que “quarenta e dos años ha que curso y ando en estas Indias, e los veinte e dos que tengo esta fortaleza (...) e no escribo desde la plaça de Çocodouel³⁶⁶, de Toledo (...)

³⁶⁶ “El tiro”, como indica Avalor-Arce en la nota a pie de las *Memorias*, apunta a los historiógrafos de Indias que el Emperador tenía en España, como “Pedro Mártir de Anglería, Fray Bernardo Gentile, Fray Antonio de Guevara, Francisco López de Gómara, etc.” (MGFO, 1974, vol. II, p. 418). La prosa de esta estancia, mordaz e ingeniosa, nos interesa en tanto en cuanto se embriaga de estilo literario:

de las Indias sin averlas visto” (*Quincuagena*; citado en Avalor-Arce, 1963, p. 12). ¡Y es que tal era su arraigo, que hasta se enorgullecía de haber logrado el permiso para ornamentar su escudo de armas de los Valdés con la Cruz del Sur, símbolo de “la maravilla de las noches de América”³⁶⁷ (Gerbi, 1978, p. 296)! Porque, como apuntó Peña sobre la existencia de Oviedo, “se trató de una vida que, en su mitad y en lo más relevante, transcurrió en el Nuevo Mundo u ocupándose de él” (1957, pp. 608-609). Las Indias devino su morada y su sustento vital.

Otro de los pilares que soportan el armazón argumental lascasiano es el **desconocimiento de las lenguas** amerindias por parte de Oviedo. Explica Pardo Galván que para el teólogo dominico es una obviedad:

la necesidad de aprender la lengua de los indígenas, de los indios, para poder llegar a comprender a fondo realmente sus características culturales, sus valores, su psicología, su cosmovisión, su relación con la naturaleza y, en una palabra, su vida misma en toda su sencillez, pero al mismo tiempo en toda su complejidad y trascendencia (2011b, p. 38).

(...) e quarenta e dos años ha que curso e ando en estas Indias, e los veinte e dos ha que tengo esta fortaleza de la cibdad e puerto de Santo Domingo de la isla Española por sus Magestades como su Alcayde e criado antiguo de su rreal casa. E creerse debe que lo que toca a Indias lo avré entendido, e no lo escribo desde la plaça de Çocodovel de Toledo ni desde algún pueblo fuera destas partes, como hoy escriben algunos desde España, dándonos a entender las cosas de las Indias sin averlas ellos visto. Y algunos que por acá han estado también escriben desta manera, e les acaesce lo que a algunos ciegos que faltándoles ojos se andan a tienta por las calles con un bordón o un perrillo que les adiestra, o por un poco de distinto natural, pero mucho les falta en faltarles la vista del entendimiento. Y así haze el que escribe de oydas, porque no sabe nada de lo que dize, ni siente lo que sus rrenglones charlan, que es como lo que los papagayos o tordos, que hablan sin saber qué dicen y con el hambre picotean (*Quinquagena* III, est. 4, fol. 9v.; en *MGFO*, 1974, vol. II, p. 418).

³⁶⁷ Escribía orgulloso Oviedo en su Libro II que esas cuatro estrellas en cruz “las cuales la Cesárea Majestad me dió por mejoramiento de mis armas, para que yo e mis subcesores las pusiésemos juntamente con las nuestras antiguas de Valdés” rezarían al final de su crónica, “estarán en fin deste tractado, pues que es escrito en estas partes donde tantos trabajos padescen los hombres que veen estas estrellas, e donde yo he gastado lo mejor de mi vida” (*Historia*, 117, Libro II, cap. XI, p. 45).

De esta “Cruz del Sur” ovietense explicaba Gerbi:

Sobre el antiguo escudo de armas de los Valdés, Oviedo obtuvo de la Majestad de Carlos V el permiso de añadir, como supremo ornamento, no yelmos o celadas, no brazos armados o trofeos bélicos ni otros símbolos de hazañas guerreras, sino la maravilla de las noches de América, la Cruz del Sur (...). El naturalista féru de heráldica se enorgullece del símbolo sagrado y celestial. (...) Oviedo sella su libro con el escudo estrellado (1978, p. 296).

Es más aún, el italiano le otorga al cronista un papel precursor en la definición de este símbolo:

Fue Amerigo Vespucci el primero a quien la Cruz del Sur le recordó los versos de Dante (...). Después de ser admirada por él, la constelación lo fue por Andrea Corsali (1517), por Pigafetta (1520), por un anónimo piloto portugués, y quién sabe por cuántos otros navegantes. *Pero sólo con Oviedo la fúlgida figura celeste alcanzó la dignidad de emblema caballeresco y religioso*. Y después de Oviedo la Cruz del Sur resplandece innumerables veces en la poesía francesa y no sólo francesa (Gerbi, 1978, p. 297).

La cursiva es mía.

Y considera que el obispo se muestra “contundente” sobre la limitación lingüística y sapiencial de Oviedo³⁶⁸: este es “tal vez (...) uno de los aspectos más significativos de la defensa de Las Casas” (2011b, p. 36), afirma el estudioso, porque solo con el conocimiento de la lengua se puede arribar a “conocer las profundidades del alma, las motivaciones internas reales, y (...) la cosmovisión que guía la vida personal y comunitaria” (Pardo Galván, 2011b, p. 36). Las Casas cataloga a ese “cierto varón que escribió como él la llama una *Historia general* sobre los asuntos de Indias” (Losada, 1975, p. 377) de falso, presuntuoso e miserable por la “pestilentísima opinión” (p. 377) que le ha proporcionado a Sepúlveda. Empero, sobre todo, fray Bartolomé lo describe como un verdadero inepto, por sus pocos estudios y su menos experiencia:

Contra todos los indios, dice Oviedo que son mal inclinados. *Poca filosofía estudió y menos experiencia de ellos tuvo, ni de alguna lengua de todas estas Indias alcanzó noticia para conocer las malas inclinaciones que tenían, y júzgalos temerariamente de lo que no pudo conocer sino por revelación divina, o por conjeturas de mucha conversación y de muchos tiempos con todas las gentes de este orbe habidas, y aun entonces no podría, sin juicio temerario, afirmar lo que, como si ciencia y certidumbre de ello tuviera, él afirma* (Pardo Galván, 2011a, p. 30)³⁶⁹

Como puede observarse en el pasaje lascasiano, ni a tan siquiera “una”, de tanta diversidad de lenguas indígenas, “alcanzó noticia” Oviedo. ¿Con qué entendimiento

³⁶⁸ A priori, ya era señalado Oviedo por su falta de latinidad. Las Casas no pierde, obviamente, la ocasión de jugar esta carta también contra el cronista ¿Cómo va a difundir la palabra evangélica si no conoce ni el latín y las lenguas amerindias?

Así, y como segundo motivo “por el cual Oviedo escribió tantas perniciosas mentiras contra los indios” (Losada, 1975, p. 381), Las Casas alega que “Dios por sus crímenes, lo cegó” (p. 381), imposibilitándolo para ver la verdad.

Lo lógico hubiera sido que un hombre como él, que pretende dar la impresión de que ha leído las viejas historias, aunque solo ha leído las escritas en lengua española, se acordase de que los persas, escitas (...) y hasta los propios romanos, ingleses, cántabros y otros pueblos de España, por sus vicios y fieras costumbres, con mucho superaban a los indios (a quienes esos infaman como a animales) (...). A aquellas gentes se les predicó el Evangelio (...) ¿Qué sabe Oviedo si lo mismo hubiera ocurrido a las regiones indias si no hubiesen sido devastadas cruelmente? (...) Oviedo debiera haber tenido gran diligencia en informarse cerca de los doctos varones para conocer el efecto de admirable eficacia que producen la palabra de Dios y el hábito de la fe (...) Si Oviedo hubiese puesto tanto cuidado en todo eso como lo puso en dedicarse completamente durante toda su vida a cosas profanas para dar la impresión de persona docta (él, que jamás aprendió el latín), sin duda hubiese moderado todo el mal que falsamente dijo y profusamente tramó contra aquellos miserables e inocentes (Losada, 1975, pp. 381-382).

Por consiguiente, según el dominico, la incapacidad de Oviedo para ver la buena disposición de los indígenas se manifiesta claramente. El cronista madrileño no solo no procuró ni poseyó las aptitudes para entenderlos, sino que, para más inri, fue “uno de los encargados de despojar a los indios y apoderarse del botín”, en su cargo de veedor (Losada, 1975, p. 379).

³⁶⁹ Remite esta cita lascasiana referida por Pardo Galván (p. 29) a la *Historia de las Indias* de Las Casas, a los: “libro III, vol. V, cap. CXLIII, pp. 111-113; libro III, vol. V, cap. CXLV, pp. 114-116; libro III, vol. V., cap. CXLVI, pp. 118-119; libro III, vol. V, cap. CXLIII, p. 109”.

pretende el veedor definir aquellas gentes, si solo nada en la ignorancia? Esto acrecienta la ira en el religioso, quien afianza con ello su argumento sobre tantas absurdidades e infamias ovetenses:

Infamar falsamente (...) es un pecado digno de la muerte eterna, (...) ¿qué pensaremos o cómo dignamente condenaremos el pecado de tan miserable hombre (Oviedo), que, además de suponer un ultraje para casi toda la humanidad, (...) es la fuente de todo un océano de calamidades?

¿No es acaso absurdo el que aquel miserable haya reunido tantas mentiras en su obra, prometiendo escribir la verdad, y haya impuesto al lector meras fábulas?

¡Bien sé que debemos perdonar a semejante idiota, más bien preocupado por dibujar los árboles genealógicos³⁷⁰ de cierta gente! (Losada, 1975, p. 378).

¿Cuál es el pronunciamiento de don Gonzalo, en lo concerniente a las lenguas amerindias? El Libro VI nos obsequia con todo un depósito dedicado a “la diversidad de lenguas destas Indias” (117, cap. XLIII, p. 202) que develan las reflexiones del cronista en aquellos tempranos encuentros con los naturales. Una discursividad que enaltece la gran pluralidad lingüística amerindia, cual torre de Babilonia. Motivo, no obstante, por el cual, ni se les puede entender, ni se entienden entre ellos:

Pero, (...) ¿qué podremos decir a las lenguas tan diferenciadas e apartadas unas de otras que hay en estas nuestras Indias, donde no se entienden más, ni tanto, los indios de una provincia con los de la otra, de lo que se entiende un vizcaíno con un tudesco o con un árabigo?³⁷¹ *Cosa maravillosa*³⁷² que en el espacio de una jornada de cinco o seis leguas de camino, y próximas y vecinas unas gentes con otras, no se entienden los unos a los otros indios³⁷³, como más largamente por estos tractados e *General Historia de Indias* podrás llenamente, letor, informaros³⁷⁴ (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XLIII, p. 202).

³⁷⁰ Hace alusión Las Casas a la vocación enraizada de Oviedo por la escritura de historias genealógicas, como lo demuestran sus *BYQ* o las *QNE*.

³⁷¹ Nótese nuevamente el empleo de la analogía, tan recurrente en la estilística ovetense.

³⁷² Desde la semántica léxica, se recalca en el adjetivo calificativo “maravillosa”. Oviedo pretende comunicar que se trata de algo digno de admiración, extraordinario y sorprendente.

³⁷³ Aunque el *yo* no hace su aparición textual, podría inferirse que esta afirmación resulta de un testimonio de vista acreditado o experiencial, por la concreción de los datos (en un desplazamiento de cinco o seis lenguas esas gentes vecinas no se entiende).

³⁷⁴ En la cronística de Oviedo siempre está presente el lector, a quien trata de cautivar constantemente el narrador. Aquí, el empleo de la segunda persona del singular para interpelarlo (con la forma verbal “podrás”) propicia una cercanía interesada, en un pasaje en que el autor está claramente promocionando su *Historia*, tratando de mover la curiosidad de quien lee con su vaticinio de esa ‘llena’ materia que está por venir en sus tratados.

Sin embargo, el cronista asume que ese desconocimiento ha jugado a favor de los españoles, a la hora de someter a los nativos:

y podéis creer que, segund la innumerable generaci3n destos indios, estas diversidades de sus lenguas han seido *las principales armas con que los espa1oles se han ense1oreado*³⁷⁵ destas partes, juntamente con las discordias que entre los naturales dellas continuamente habia. Porque de otra manera, *imposible cosa fuera, a mi ver*³⁷⁶, *haber podido someter*³⁷⁷ e traer a la obediencia e a la uni3n de la rep3blica cristiana tanta parte destas generaciones en tan apartadas regiones de nuestra Europa.

La primera lengua con que el primero Almirante, don Crist3bal Col3n³⁷⁸, descubridor destas partes, top3, fu3 la de las islas de los Lucayos; e la segunda la de la isla de Cuba; y la tercera la de esta isla de Hait3 o Espa1ola, De las cuales, ninguna se entiende con la otra, Esto en el primero viaje y en el segundo que el Almirante hizo a las Indias. Despu3s, cuando descubri3 la gran costa de la Tierra Firme e de los caribes, top3 e vido *otras lenguas muchas e muy diferentes entre si*³⁷⁹, as3 como las de los caribes flecheros, e otras naciones que all3 hay, diferentes en las lenguas y en los ritos e ceremonias e en sus creencias e costumbres, en tanta manera y en tantas partes, *que lo que est3 visto hasta el tiempo presente es incontable, y lo que est3 por ver e saberse es muy a la larga*³⁸⁰, e para que los venideros tengan mucho m3s que escribir de lo que yo he podido comprender destas materias. En la lengua que llaman de Cueva, que es gran provincia, hay muchas diferencias de vocablos; y sin esa lengua, de *las que yo he visto*³⁸¹ por la Tierra Firme, hay lengua de Coiba, lengua de Burica, lengua de Paris, lengua de Veragua, Chondales, Nicaragua. Chorotegas, Oroci, Oroti1a, Guetares, Maribios, e otras muchas que por evitar prolijidad dejo de nombrar, e porque m3s por extenso se hallar3n en estos mis tractados (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XLIII, pp. 202-203).

Que el cronista dominara bien alguna lengua india parece improbable. Sabedores de su jactancia, es evidente que hubiera sido un recurso explotado por Oviedo para vanagloriarse en su *Historia*. Empero, no se le puede negar al cronista sus habilidosas dotes de recopilador, con ese profuso inventario de lenguas que nos lega en este texto y

³⁷⁵ N3tese el pragmatismo de Oviedo, el sentido de utilidad con el que percibe los acontecimientos.

³⁷⁶ Esta secuencia narrativa, fuertemente modalizada, rebosa subjetividad. Es el modo de ver del cronista, su opini3n, y no el dato objetivo, el epicentro de este discurso.

³⁷⁷ El verbo no deja lugar a duda sobre el fin: someter. La diversidad de lenguas, dice el cronista, que ha complicado la comunicaci3n con el nativo, ha resultado tambi3n la mejor arma para "avasallarlos".

³⁷⁸ Para otorgarle *auctoritas* a su discurso, el autor acude al testimonio del Almirante y su sabidur3a adquirida tras sus viajes.

³⁷⁹ Insiste Oviedo en su narraci3n con esa elevada pluralidad idiom3tica.

³⁸⁰ N3tese el uso de la hip3rbole, para magnificar la pluralidad ling3ística amerindia: "lo que est3 visto hasta el tiempo presente *es incontable*, y lo que est3 por ver e saberse *es muy a la larga*"

³⁸¹ Asoma el testimonio *per oculos* para afianzar la veracidad del yo.

que, como señala Coello, le acreditan “mayor veracidad”³⁸² (2002, p. 63). Ni tampoco se le puede inculpar de faltar a la verdad, cuando promete al lector una mayor prolijidad sobre esas cuestiones lingüísticas en sus tratados. Las entradas en el *Vocabulario de indigenismos*³⁸³ de Alvar Ezquerro (1997) no dejan lugar a dudas de la proteica labor de Oviedo en estos menesteres. José M.^a Enguita Utrilla, quien ha estudiado “la actitud de los cronistas ante el vocabulario indígena” (1998-1999, p. 496) y, en mayor profundidad, la diversidad de indigenismos en la *Historia*³⁸⁴, insiste en la decidida voluntad del escritor en incorporar esos vocablos³⁸⁵ “de forma comprensible al caudal de la lengua español” (1980-1981, p. 210):

Si, en ocasiones, no logra evitar cierta ambigüedad en el orden conceptual, es porque la distancia -Río de la Plata, Nueva Castilla- opera negativamente. Si omite alguna vez las voces autóctonas correspondientes a las realidades descritas, tal ausencia obedece a la imposibilidad de acudir a las fuentes documentales idóneas. Si, en algún momento, propone interpretaciones etimológicas falsas o imprecisas, en otros muchos casos acierta plenamente. Por todo ello, hay que agradecer al cronista su espléndida aportación: multitud de datos esclarecedores sobre tantos y tantos indigenismos (Enguita, 1980-1981, p. 210).

La contradicción argumental, con todo, late en este capítulo, cuando, por un lado, el historiador admite que la diversidad de lenguas indoamericanas se erige arma esencial de los españoles para subjuzgarlos; pero, por otro lado, clausura el depósito de este modo, asumiendo que también resulta a la inversa, pues a todos (niños, rústicos e grandes ingenios) les sirve de utilidad para “huir de las cautelas e asechanzas” de los adversarios:

³⁸² Defiende Coello que la inclusión de estos indigenismos fue un mecanismo narrativo de Oviedo para legitimar aún más la verdad de sus testimonios: “En verdad, las lenguas nativas (...) no eran para Oviedo más que una simple herramienta, un medio para extraer información y dotar a su narración de una mayor veracidad” (2002, p. 63).

³⁸³ Se cuentan pocas páginas de este *Vocabulario* en las que no aparezca una entrada que remita a la *Historia* de Oviedo. Por esta labor, conocemos el significado, por ejemplo, de *baquía* (1977, p. 34): “el capitán Hiéronimo de Valençuela fue uno de los pobladores que acá llaman *baquía*, que quiere decir viejos o veteranos, e militó con Pedrarias (*Historia*, III, p. 166)”; de *calanuchi* (1977, p. 75): “y los caçiques y los señores que alcançan estos árboles en sus heredamientos tiénenlos por muy ricos *calachunis* o príncipes, porque el principal señor llaman *calachuni* en lengua de Nicaragua (*Historia*, I, p. 316)”; o de *chaschite* (1977, p. 108): “y él me dio otro de margarita del tamaño de un ducado doble de los nuestros, engastado en una piedra de muy excelente jase o pórfido verde al qual espejo en aquella lengua se llama *chaschite* (*Historia*, IV, p. 95)”.

³⁸⁴ Además de la tesis (1980) y de su libro (2004), véanse de Enguita sus investigaciones de 1979, 1985, 1994, 1996-1997 y de 2006.

³⁸⁵ Enguita, por ejemplo, señala que en la *Historia* “se han recopilado 76 bases nahuas, a las cuales acude el cronista cuando se ocupa de la Nueva España y de América Central” (1998-1999, p. 497).

De igual modo, en su indispensable *Para la historia de los americanismos léxicos* (2004), el investigador muestra “la obra de Fernández de Oviedo como fuente para el estudio de lenguas desaparecidas”, caso de “el muisca y el cuna, modalidades del macrochibcha” (Gómez-Pablos, 2008, p. 201).

dice Pero Mexía en el capítulo alegado de su *Silva*, que los niños parece que con nuevos vocablos piden e quieren sinificar algunas cosas, y aun como lo vemos entre la gente rústica, que los aldeanos parece que usan otro lenguaje diferenciado de la gente cibdadana de donde son sufraganos, Pues si los rústicos domésticos con su rubsticidad, y los niños con su inocencia, y aun los mudos con sus señas, se esfuerzan a ser entendidos por nuevo lenguaje, o apartado y diferente, *de pensar es que los que tienen habilidad e los hizo Dios de altos ingenios, que habrán constituido nuevas formas de hablar para ser entendidos y entenderse con los suyos, y para que no los entiendan los extraños o sus adversarios*; y de aquesto han resultado las cifras y nuevos caracteres e vocablos, *para huir de las cautelas e asechanzas de los enemigos, o para haber victoria dellos e enseñorearlos* (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XLIII, p. 203).

La última de las reprobaciones lascasianas que nos quedaba por examinar es la de que Oviedo **solo tratara a los indios para esclavizarlos**, cuestión que desacredita éticamente al historiador, invalidando la objetividad del *yo*. Una etiqueta, además, que se ha adherido tan férreamente a nuestro personaje, que es esta la que, aún hoy, suele caracterizar la sustancia humana del cronista en los manuales de historia y de literatura. Ciertamente, sus oficios en tierras indianas sustentan en gran medida este calificativo. Recordemos que, al poco de arribar a las Indias, el madrileño ya posee licencias como escribano de minas, veedor e inspector de fundiciones del oro, y herrador de indios. Por esta razón, Peña y Cámara, en sus proteicos aportes a la reconstrucción biográfica de Oviedo, remarca que:

En la corte estaba nuestro Gonzalo en esos días; y ese mismo 9 de agosto³⁸⁶ se despachaban varias reales cédulas para él, fruto no de sus negociaciones con el Rey Católico, *como él pomposamente pregona*³⁸⁷, sino de sus componendas y regateos con el amo de Juan de Oviedo, el secretario Conchillos, a cuyos privativos asuntos tocan también esas cédulas. Se había hecho éste adjudicar, desde 1508, algunas de las más fructíferas sinecuras de más rendimiento y de más manejo de las Indias: las escribanías mayor de minas, e del crimen e juzgado (o sea justicia criminal y civil), el oficio de hierro de los indios y esclavos (*entiéndase herrar a los indios por esclavos*³⁸⁸) y el oficio de fundidor y marcador, y he aquí a Gonzalo concertándose con Conchillos, por las pecunias consiguientes, para ir a ejercer, como su teniente, estos férreos oficios en la nueva tierra de promisión de la Castilla Aurífera. Convenidos los acuerdos privados, el propio Conchillos extiende las cédulas reales propias del caso (...). En una el Rey, a petición de Conchillos, (...) da licencia y facultad al teniente, Gonzalo Hernández de Oviedo, para “poner,

³⁸⁶ Refiere con anterioridad el biógrafo al año 1513, cuando se gestionan los preparativos de la armada de Pedrarias, que partirá hacia Las Indias en 1514.

³⁸⁷ Nótese que la escritura ovetense, y la *Historia* en su totalidad, caminan en beneficio del propio cronista, en y para su promoción personal.

³⁸⁸ Este argumento resulta pilar fundamental para la tesis de Bartolomé de Las Casas.

quitar e sustituir/ en / los dichos oficios...las personas que convengan... segund y como vos el dicho secretario lo podriades hacer” (...), y ordena al tesorero y contador consientan a Oviedo, como escribano de minas, “que tome la razón de todos los libramientos e cosas (...)” (Peña, 1957, pp. 690-691).

Una condición -esta de sus controvertidas escribanías-, no obstante, que el “habilidoso” y “candoroso” Oviedo (Peña, 1957, p. 697), aunque no la oculta, sí la matiza “con malabarismos verbales” (p. 697), coloreando su prosa de inocencia y de obligada responsabilidad con Dios y el César. Así ocurre en su narración sobre la lectura del *Requerimiento* y con esta misma actitud discursiva procede en esas tantas ocasiones en las que arremete contra las inhumanidades que los soldados cometen contra los indios:

(...) sabe llenar páginas y más páginas, relatando, con espantosos pormenores, la que él mismo llama “caza o montería infernal” (III, p. 37)³⁸⁹ de las entradas de los capitanes de Pedrarias “para asolar los indios e robarlos e destruir la tierra”, acabando con “dos millones de indios... en tan poco tiempo”, de *los cuales gran parte fueron herrados indebidamente como esclavos, sin declarar jamás que era él, Oviedo, el mismo Oviedo que tan espantado se nos muestra de todo ello, quien tenía el oficio de herrar los indios y como tal nombraba a tenientes suyos que autorizaban, en cada una de esas entradas, la rapiña del oro y los injustos herrajes de hombres, y cobraba un tanto por cada indio, justa o injustamente herrado*³⁹⁰. Pero- ¡he aquí la habilidad! - tampoco puede afirmarse que la oculte completamente; lo dice ...como y cuando él sabe decir estas cosas. Nos revela que él proveía los escribanos “que iban a aquellas entradas, los cuales, tornados dellas, me entregaban los procesos e diligencias que habían hecho los capitanes y sabía lo que en sus viajes habían hecho por fe de los escribanos que yo había enviado con cada capitán (III, p. 41, y en parecidos términos, p. 51), con la cual manera y momento de decir: 1.º, parece que esos escribanos no tienen más que una misión judicial (“procesos y diligencias”) y como de garantía jurídica; 2.º, para lo que principalmente sirve ese pasaje, por su matiz y colocación, es para asegurarnos de lo bien informado que Oviedo, como cronista, está de esos hechos; 3.º, si alcanzamos a entrever toda la realidad de las escribanías y oficios, *nos inclinamos a la indulgencia, ya que, en contraste con la culpabilísima conducta de todos, el gobernador, el obispo, el alcalde mayor, los oficiales reales, sólo él, que pone bien de relieve en esas páginas Oviedo, es más que inocente*³⁹¹, pues nos dice: “Acordé de me ir a España por dar noticia a mi rey e vivir en tierra más segura *para mi conciencia e vida*³⁹² (p. 41)” (Peña, 1957, p. 697).

³⁸⁹ Remite Peña a la edición de Amador de los Ríos.

³⁹⁰ Véase el *modus operandi* de Oviedo, al señalar faltas ajenas y maquillar las propias.

³⁹¹ Como el cronista no puede negar sus oficios, busca “salvarse” hiperbolizando las maldades de los otros y magnificando su talante de férreo defensor de los intereses del rey.

³⁹² ¿Redime a Oviedo de sus miserias y de sus actitudes éticamente vergonzantes para con los indios esta escritura denunciadora sobre terceros?

En lo concerniente a esa discursividad interesada que emana de la versión que proporciona el cronista de la lectura del *Requerimiento*, hago notar que este es un rasgo que abordaremos más extensamente en el apartado 2.1.1.4 de esta investigación. No obstante, consideramos interesante remarcar aquí que este ademán retórico, tan explotado en la crónica por Oviedo, evidencia que su prosa navega entre mares de subjetividades, ya cuando se detiene en una tenaz autodefensa, ya cuando edifica su pomposo autoenaltecimiento. Desde cualquiera de esas ópticas, la *Historia* preconiza al yo autorial, al cronista y al hombre Oviedo, en una escritura *pro domo sua*.

Mas, tornemos a lo que nos ocupa, que son las reprobaciones de Las Casas al veedor, y el cómo y por qué han solidificado con fuerza. En la misma línea que Peña, y sobre la personalidad de don Gonzalo, Pérez de Tudela escribe del “compilador incansable de glorias y semblanzas ejemplares” (1957, p. 391) que, si se erigió “luchador por la rectificación de los entuertos en las Indias”, también “vivió la experiencia de funcionario logrero y esclavista” (Pérez de Tudela, 1957, p. 391). Igualmente, y según explicita Bolaños, Henry Harrise³⁹³ o Par Ternaux³⁹⁴ se adhieren también “a la caracterización de Oviedo como robador y matador de indios hecha por Las Casas” (1990, p. 617) y “a la reducción de su *Historia* a una mera justificación de crueldades contra los naturales” (1990, p. 617). Atendamos, pues, a esa versión difundida por Las Casas de un Oviedo “estólido y genocida” (Bolaños, 1990, p. 580), de tal impronta que comporta por siglos la condenación de Fernández de Oviedo.

Según las alegaciones que vocifera el obispo en el capítulo 58 de la *Apología* (Losada, 1975, pp. 379-382), la difamación del indio que se da en la *Historia* ovetense deviene de dos causas principales, ambas con un común denominador: la criminalidad de Oviedo.

No es de admirar que Oviedo haya difamado con tan *criminales* mentiras a aquella gente, lo cual proviene de dos motivos:

Primer motivo: Oviedo era uno de los encargados de despojar a los indios y apoderarse del botín. (Tenía el cargo de “veedor”).

Segundo motivo (por el cual Oviedo escribió tantas perniciosas mentiras contra los indios): Dios, por sus *crímenes*³⁹⁵, le había cegado para no conocer la buena disposición de los indios (Losada, 1975, pp. 379-381).

³⁹³ Se refiere Bolaños al autor de la *Bibliotheca Americana Vetustissima*, escrita entre 1492 y 1551.

³⁹⁴ Según cita Bolaños, autor de la *Bibliothèque Americaine ou Catalogue des ouvrages relatifs à L'Amérique*, publicada en 1968.

³⁹⁵ Ya en forma adjetival, ya como sustantivo, el religioso reitera la tendencia criminal en Oviedo.

El oficio del madrileño le proporciona consistentes razones a Las Casas para construir su acusación, que se incardina en la incriminación del cronista. El tono furibundo de Fray Bartolomé va a ir *in crescendo*. En primer lugar, el discurso pone de relieve la crueldad acometida contra los indios por aquellas “abominables expediciones”, enfebrecidas y hambrientas del botín. Un botín del que, principalmente, se beneficia Oviedo:

En primer lugar, él fue uno de aquellos salteadores que en tiempos de Pedrarias entró en el Continente el año 1513. Aquéllos, antes que todos, empezando por la provincia de Darién, que pertenece el golfo de Urabá, devastaron con cruelísima truculencia todo el continente, sin perdonar a niños, mujeres ni ancianos; es más, iban pasando por el fuego a hombres vivos para apoderarse de su oro; finalmente, se repartían entre sí los indios, esto es, los reducía a esclavitud.

En aquel tiempo Oviedo era inspector de las raciones del rey, cargo conocido vulgarmente con el nombre de “veedor” y a él le pertenecía una parte del botín recogido en aquellas abominables expediciones (Losada, 1975, p. 379).

Los encarnizados actos de los salteadores y su impiedad (incluso con niños, mujeres ni ancianos) continúan siendo parte nuclear del argumento lascasiano. La descripción que proyecta Las Casas adquiere tintes infernales, con hombres torturados, destripados y devorados por las llamas, en manos de los codiciosos soldados. La reiteración del superlativo “cruelísimos” enfatiza el grado de maldad de los actantes, el fulgor del fuego nos transporta a lo demoníaco, y los tormentos al inframundo del temido Hades, con esos ríos de sangre que la tierra traga por tanto sacrificio humano. Como broche, resplandece “el oro encendido”, llameante; tan “encendido” como lo están los asaltantes. No obstante, la exposición camina principalmente a vincular a Oviedo con todos estos actos:

Dormían mientras tanto aquellos miserables indios, sin pensar en cuanto les ocurría³⁹⁶; y he aquí que al despuntar la aurora esos cruelísimos ladrones más propiamente que soldados irrumpían impetuosamente en sus casas, construidas con paja, las prendían fuego y quemaban las casas y los hombres vivos; una vez extinguidas las llamas, buscaban el oro encendido por el fuego; y no contentos con eso, a los indios que capturaban vivos los desgarraban con cruelísimos tormentos para que indicasen dónde estaba escondido el tesoro del oro.

Todas estas cosas se hacían por orden y con el consentimiento del propio Oviedo y demás funcionarios del Rey, de manera que hubiese tantas

³⁹⁶ Nótese la psicología del obispo, su retórica, cómo comunica la ingenuidad del indio, que duerme plácidamente sin imaginar lo que le depara el destino.

partes en el botín cuantos criados servidores suyos enviaban para perpetrar con los demás tan impía hazaña (Losada, 1975, p. 379).

La refutación a las razones de Oviedo pasa ahora, en esta impugnación de Las Casas, a territorios difamatorios, desplazándose, así, y en sentido inverso, el destinatario de tanto trato denigrante. Es decir, si la causa principal de la pronuncia del obispo se enraíza en la difamación que del indio ha edificado Oviedo, va a ser ahora Oviedo el difamado. Para muestra, las líneas que prosiguen, que constatan las indiscutibles artes retóricas del dominico:

¡Más valiera que Oviedo resarciese con la restitución tan criminales infamias, que se dedicase a calumniar con tan desvergonzadas mentiras a gente tan pacífica y modesta y además redimida por la sangre de Cristo!³⁹⁷

³⁹⁸¿Sabe Oviedo a cuántos indios, con la marca del hierro encendido en la frente, aquéllos redujeron a esclavitud, quedándose él con una parte de estos esclavos; a cuántos régulos y hombres principales aquéllos cruelísimamente despedazaron; cuántos pueblos o indios entre sí tiránicamente se repartieron, de manera que los indios ya no servían a uno, sino a muchos tiranos? ¿Se acuerda Oviedo de cuán duros e inicuos trabajos, hasta la exhalación del alma, aquéllos impusieron a los indios, sin perdonar a los tiernos niños, a las mujeres y a los ancianos agotados por la edad, de manera que extrajesen el oro de las entrañas de la tierra? Oviedo no ignora el desgraciadísimo resultado de tanta impiedad. ¿Cómo va a ignorar lo que es conocidísimo en todo el mundo, a saber, que aquellas cultísimas religiones, habitadas por casi una inmensa multitud de hombres, fueron devastadas, con la muerte de miles y centenares de miles de personas, hasta quedar casi desiertas, dándose así un tristísimo ejemplo de la truculentísima crueldad de estos ladrones?³⁹⁹

En todo esto tuvo Oviedo su parte de responsabilidad; él fue uno de aquellos impíos bandidos⁴⁰⁰, cosa que él no trata ni de ocultar. Así dice en el proemio de la primera parte de su falsísima Historia:

“El católico rey don Fernando...me envió por su veedor... donde así me ocupé cuando convino en aquel oficio como en *la conquista y*

³⁹⁷ La indignación de Las Casas se registra con la admiración retórica. Frente a la presentación del indio como “gente pacífica y modesta y redimida por la sangre de Cristo”, se erigen las “desvergonzadas mentiras” y las “infamias” de Oviedo.

³⁹⁸ Se inicia aquí una concatenación de interrogaciones, que insuflan una buena dosis de ironía a la exposición del religioso: ¿se acuerda Oviedo de todos los males a los que, para su lucro personal, se someten a los indios?

³⁹⁹ El superlativo se acomoda este pasaje para otorgar nuevamente énfasis. Los soldados, con el beneplácito de Oviedo, actúan “cruelísimamente”. El cronista “Oviedo no ignora el *desgraciadísimo* resultado de tanta impiedad”, que es “*conocidísimo*” que “aquellas *cultísimas* religiones, habitadas por casi una *inmensa multitud* de hombres, fueron devastadas, con la muerte de *miles y centenares de miles* de personas, hasta quedar casi desiertas, dándose así un *tristísimo* ejemplo de la *truculentísima* crueldad de estos ladrones”. En contraposición a los tiranos, los amerindios desfilan como víctimas vulnerables: cantidades ingentes de individuos reducidos a la esclavitud, explotados y diezmados con brutalidad inhumana “hasta la exhalación del alma”, “sin perdonar a los tiernos niños, a las mujeres y a los ancianos agotados por la edad”.

⁴⁰⁰ La cursiva es mía, para subrayar el grado de responsabilidad que le otorga Las Casas a Oviedo en esas actuaciones.

*pacificación*⁴⁰¹ de algunas partes de aquella tierra con las armas, sirviendo a Dios y a Vuestras Majestades” (Losada, 1975, pp. 379-380).

El oprobio arriba a su punto álgido en esta última sentencia: el veedor es “uno de aquellos impíos bandidos”; se cuenta como otro más de esos malvados. Pero el discurso lascasiano, que se articula en una gradación, enfatiza aún más la sustancia criminal de Fernández de Oviedo, en un feroz vilipendio hacia el cronista, que se principia con la admiración retórica y que torna a clausurarse con una enumeración de interrogaciones:

¡Pacificación llama ese calumniador matar criaturas de Dios racionales con crueldad digna de los turcos y por ninguna o levísima cuas y llevar a la perdición a innumerables almas, con gran infamia del nombre de Cristo, las cuales hubieran podido conocer a Este!

Tal vez se admire alguien de la crueldad de tales crímenes; pero pido a Cristo que me sea propicio e imparta a éstos el espíritu de penitencia, para su gloria, ya que estas verdades que cuento pueden llegar ligeras y humanas en comparación con aquellas que me veo obligado a silenciar a causa de la multitud, inmensidad y gravedad de las crueldades por esos tales perpetradas (Losada, 1975, p. 380).

La ironía sarcástica abre la pronuncia de Las Casas, tildando de calumniador a este cronista que contempla el matar indios como acto pacificador. Ante semejante infamia, Fray Bartolomé eleva su deprecación, rogando a Cristo que “imparta penitencia” y lo acompañe en esas verdades “ligeras y humanas” que desvela y en “aquellas que me veo obligado a silenciar” por su extrema “gravedad”. Este último circunloquio⁴⁰² de Las Casas clamando a la divinidad es tan solo una breve “cesura”, una especie de pausa dramática, antes de volver a cargar contra la persona de Oviedo:

⁴⁰¹ Está citando Las Casas la “Epístola dedicatoria” que antecede al primer Libro de la *Historia* de Oviedo. Se trata, como explicita el madrileño, de “una carta misiva, con que el cronista y auctor de estas historias envió este volumen e primera parte de ellas”, destinada al “cardenal de España don Fray García Jofre de Loaysa, cardenal de título de Santa Susana, obispo de Sigüenza, y confesor de la Cesárea Majestad, Presidente del Consejo Real del Imperio occidental de las Indias, islas y Tierra Firme (...)” (*Historia*, 117, p. 3). El texto original, que presenta diferencias con la cita del obispo, reza así:

Y porque, al tiempo que esta primera parte de la *General e Natural Historia de Indias* fue vista y examinada en el Real Consejo (...), de tan señaladas e suficientes personas, alumbradas por Dios, e de la comunicación y resplandor de Vuestra Señoría Reverendísima, (...) e como el menor de los vasallos que Sus Majestades en ellas tienen, e como procurador que soy de la isla Española e cibdad de Santo Domingo, e tan antiguo en los trabajos de la *conquista e pacificación* de aquellos reinos (que aunque fui sin alguna cana a aquella tierra, estoy cubierto de ellas), suplico a Vuestra Señoría Reverendísima se acuerde, como suele, de continuar las mercedes (...) (*Historia*, 117, epístola, pp. 5-6).

⁴⁰² Nótese el rodeo de palabras del dominico para argumentar que calla otras crueldades mucho mayores.

Sigue escribiendo Oviedo (...) textualmente, al narrar la forma cómo se extrae el oro en aquellas regiones: “Yo lo he hecho sacar para mí con mis indios y esclavos...”⁴⁰³.

Ves cómo éste fue uno de aquellos que utilizó a los indios como siervos; fue jefe militar y se gloria de aquella diabólica guerra; más aún, de la desolación y destrucción de aquellas provincias que se llamaban ‘Del Darién’.

Todo aquel, pues, que lea la *Historia* de Oviedo tenga por cierto que se cometieron en aquella expedición tantos y tan crueles crímenes, como si los indios fueran cerdos,⁴⁰⁴ que hubieran podido mover a misericordia no sólo a los piadosos mortales, sino también a los hombres de corazones de hierro⁴⁰⁵ (Losada, 1975, p. 380).

Nótese las elecciones de los sintagmas “jefe militar” y “diabólica guerra” para designar a Fernández de Oviedo. Se evidencia cómo Las Casas no solo incorpora el nombre del cronista a la lista de ladrones, codiciosos, impíos, mentirosos, destructores y criminales, sino que además le otorga el cargo de “jefe” de todos ellos.

El vilipendio se clausura, finalmente, con una redomica de ironía, derramada ingeniosamente entre los interrogantes retóricos y las conclusiones de un clérigo iracundo:

Y si *Oviedo fue socio*⁴⁰⁶ de los que llevaron a cabo aquella expedición, ¿qué no dirá de los indios? ¿Con qué vicios no escribirá que están contaminados?

⁴⁰³ Escribe Oviedo esto en el capítulo VIII de su Libro VI de los Depósitos, para ensalzar la manera en la que los españoles sacan el oro de la isla Española. Todo su empeño lo destina a subrayar, primero, la riqueza y abundancia de oro que ahora el Imperio posee en estas tierras, y segundo, en demostrar cuán conocedor es él de los métodos de la extracción del aurífero metal. Por ello, en el apartado V de este capítulo deja escrito que “desde el año de mill e quinientos e catorce, hasta el que pasó de mill e quinientos e treinta y dos, serví (a) nuestros señores de veedor de las fundiciones del oro en la Tierra Firme” (*Historia*, 117, Libro VI, cap. VIII, p. 159). Añade, sin embargo, que es su hijo Francisco González de Valdés quien ostenta ahora el cargo, “tras su renuncia y suplicación” (p. 159). Con todo esto, acredita el cronista su experiencia en la materia, que es mucha, porque:

Sé muy bien y he muchas veces visto cómo se saca el oro e se labran las minas en estas Indias, porque esto es en todas ellas de una manera, e yo lo he hecho sacar para mí, con mis indios y esclavos, en la Tierra Firme, en la provincia e gobernación de Castilla del Oro (...). No hablo aquí en el oro que se ha habido por rescates, o en la guerra, ni en lo que de su grado o sin él ha dado los indios en estas islas (...); porque ese tal oro ellos lo labran e lo suelen mezclar con cobre o con plata (...). Mas hablo del oro virgen (...).

Los hombres mineros, expertos en sacar oro, tienen cargo de algunas cuadrillas de indios o esclavos para ello (suyos o ajenos)” (*Historia*, 117, Libro VI, cap. VIII, pp. 159-160).

⁴⁰⁴ La comparación entre la animalidad y el indio viene bien traída aquí por el sevillano, de utilidad para recordarle al oyente la designación que tantas veces asoma en la *Historia* ovetense de los amerindios como gentes “bestiales”, semejantes a las bestias.

⁴⁰⁵ El recurso retórico de esta metáfora propicia el cuestionamiento de la humanidad de Oviedo, de corazón tan férreo que se muestra impasible a cualquiera de esas crueldades.

⁴⁰⁶ El sarcasmo reside en esta obviedad: en su condición de socio, ¿no es participante y culpable de los mismos actos?

Ahora bien, ¿qué fe se puede tener en un tal enemigo y sobre todo en aquel que *amañó toda aquella historia con desvergonzadissimas mentiras*⁴⁰⁷? Dios cegó sus ojos a causa de sus tan terribles *crímenes, al mismo tiempo que los de los otros tantos ladrones, que se hicieron infames por su soberbia, avaricia, crueldad, liviandad y ambición de dominar*; Dios los cegó, para que no fuesen dignos de conocer *aquella gente sencilla, modesta, suave y apacible*⁴⁰⁸; gente a la que consideraron como *botín*⁴⁰⁹, sin comprender de qué ingenio y docilidad estaba dotada, y cuán dispuesta y pronta estaba para abrazar la religión cristiana (Losada, 1975, p. 380).

Como vemos, Las Casas define a Oviedo de jefe militar, esclavista e inhumano criminal. “Palabras injustas”, discurre Ballesteros, “las del fraile dominico” (Ballesteros, 1981, p. 225):

Lo trata de conquistador, encomendero, esclavista, ladrón e hipócrita, temerario y falso. Del durísimo juicio del quisquilloso Las Casas no se salva Oviedo ni aún cuando el mismo hace censura de los desmanes cometidos por los propios españoles (Ballesteros, 1981, p. 225).

Desenmarañar las raíces de la acusación de esclavista implica remitirnos, en primer lugar, a la *Política* de Aristóteles y a la impronta que esta deja en las sociedades europeas del XVI. Una tradición aristotélica de la que beben tanto Las Casas como Oviedo y que propugna la justicia de la esclavitud, porque hay quienes nacen para mandar, por ser superiores, y quienes nacen para servir a un señor, como un servicio y derecho natural. “Mandar y obedecer no sólo son cosas necesarias, sino también convenientes” (*Política*, 1988, Libro I, p.56), defiende el filósofo, el “por naturaleza esclavo (...), siendo hombre, es una posesión (...), un instrumento activo y distintivo” (Libro I, p.56) del dominante. Para subrayar este pensamiento, recupera Ballesteros este pasaje de la *Política* aristotélica, en su biografía de Oviedo:

Quando es uno inferior a sus semejantes, tanto como lo son el cuerpo respecto del alma y el bruto respecto del hombre, y tal es la condición de todos aquellos en quienes el empleo de las fuerzas corporales es el mejor y único partido que puede sacarse de su ser, se es esclavo por naturaleza. Esos hombres no pueden hacer cosa mejor que someterse a la autoridad de un señor... Sea de esto lo que quiera, es evidente que los unos son naturalmente

⁴⁰⁷ La etopeya que proyecta del cronista Oviedo falso, mentiroso y escritor de tantas patrañas se torna recurrente en toda la argumentación lascasiana.

⁴⁰⁸ Las Casas retrata primeramente a los socios de Oviedo, todos ellos ladrones, criminales, crueles, livianos, avaricioso y tiránicos. Y luego procede a definir, en contraposición, “aquella gente sencilla, modesta, suave y apacible” que es el indio.

⁴⁰⁹ El vocablo “botín” resulta contundente. Este es el significado del indio para Oviedo, el cronista que escribe una *Historia* verdadera.

libres y los otros naturalmente esclavos; y para estos últimos es la esclavitud tan útil como justa (1981, p. 231).

Sea la cruda “esclavitud”, sea la suavizada “servidumbre”; estas condiciones se normalizaban en aquella época. Recordemos que entre las cédulas que se le otorgan a Oviedo para ejercer sus primeros oficios en Las Indias reza una “con licencias para llevar un esclavo y seis marcos de plata” (Peña, 1957, p. 692), como un privilegio “habitual”. Y en lo concerniente al impropio de encomendero, ocurre lo mismo. Fue el sistema de los repartimientos y de las encomiendas un instrumento impuesto por la Corona para la mejor gobernación de Las Indias. Y recordemos también que, aunque Las Casas virara su visión en los años cuarenta, él igualmente había sido encomendero⁴¹⁰. Ciertamente, y como indica Gamboa, “las características jurídicas” de la encomienda fueron “cambiando mucho” (2004, p. 752). En su origen, se trataba de “una merced otorgada al conquistador” (p. 752), de una gratificación que consistía en otorgar un grupo de indios “para que trabajaran para él a cambio de ser instruidos en la doctrina cristiana” (p. 752). Y fue, asimismo, una legislación que propició, en verdad, la explotación del amerindio -basta con detenerse en el ejemplo antillano-, con ese derecho a someter absolutamente al indígena, condenado forzosamente a ser mano de obra hasta la extenuación. Pero hablamos de una ley que fue implantada por la sociedad colonial, con un patrón deudor de la pirámide de vasallaje feudal, y que, con las reformas de las Leyes de Burgos (1512), las Nuevas (1542) y las reformulaciones de 1549, procuró reconducirse y favorecer al indio, para detener los abusos causantes del diezmo de aquellas tantas poblaciones americanas, como la de Sancta María, de la que mucho se dolió Oviedo:

Aunque Oviedo no opuso ningún reparo al sistema imperante de los repartimientos, él mismo fue encomendero, sí se mostró partidario de que los indios fuesen bien tratados por los españoles, y reiteradas veces censuró los excesos cometidos por ellos.

Las Casas traspasó en sus impugnaciones los límites de lo honestamente permitido, y deslizándose por la escabrosa pendiente de la diatriba, fue a caer en la sima de la maledicencia y la difamación. (...) *El descomedimiento y la infamación son palmarias*, pues no existe base histórica alguna para incluir al veedor de Tierra-Firme entre los Pedrarias, los Ayora, los Hurtado, los Ávila...; es decir, entre aquellos de que es fama, apoyada en abundantes testimonios, que atropellaron a los indios y esquilmaron la tierra⁴¹¹ (Miranda, 1957, pp. 68-70).

⁴¹⁰ Durante los cuarenta, el obispo trabajó “poderosamente” por “la abolición de las encomiendas” (Coello, 2002, p. 167).

⁴¹¹ Las cursivas son mías.

Miranda vuelve a traer a colación, en este pasaje, esa tesis lascasiana que le atribuye a Oviedo una sustancia de abominable conquistador y de funciones de jefe militar. Mas, por mucho que el cronista alardeara de su título de capitán – que gustara su *yo* “de pavonearse de soldado”⁴¹² (Peña, 1957, p. 615)-, y aspirará a la capitania de la gobernación de Cartagena⁴¹³, “este buen Oviedo, que fue tantas y tantas cosas, (...) no fue militar” (Peña, 1957, p. 615), porque esas virtudes de “escribano, procurador, leguleyo y burócrata”, como señala Peña, “nada tienen de marciales” (p. 615). En todo caso, y para no quitarle méritos donde los hay, no miente su I parte de la *Historia* al presentarlo como el “capitán” Oviedo, aunque vuelve a ser ésta otra de sus estrategias escriturales para la autoexaltación, otro esplendoroso maquillaje con que embadurna su *yo* para aparentar más de lo que se es:

(...) nunca fue (...) capitán como tal. Por eso, aunque tanto gustara de exhibir ese título en las portadas de sus publicaciones y de sus manuscritos, no se titula capitán en la portada del *Sumario* impreso en Toledo en 1526 (...) Si pudo hacerlo ya en la portada de la *Historia*, Sevilla 1535, es otra canción. Esta capitania era la que iba aneja a la alcaidía de la fortaleza de Santo Domingo, para la que acababa de ser nombrado el 9 de enero de 1535; *capitania meramente decorativa, tranquila y burocrática*, (...) según correspondía a la edad del beneficiario, pues no olvidemos que el llameante capitán contaba ya cincuenta y siete años, ni tampoco que a la tal capitania la redujo al mínimo *la interesada renuncia del propio Oviedo* en sostener la debida y parva tropa (Peña, 1957, p. 616).

Para concluir el examen de estos improprios lascasianos, es justo señalar que, al margen de la propaganda y la pompa que se diese el historiador -de su jactancia de guerrero o de su impostado victimismo- Oviedo nunca fue milite, sino escribano y, a lo sumo, funcionario de la Corona. Por mucho que se las diese, como explica Gerbi, de haber “colaborado en la conquista y pacificación de algunas partes de aquella tierra con las armas, Oviedo fue vecino, uno de tantos vecinos de las Indias” (1978, p. 299), quien, aunque obtuviera cierto poder como “funcionario fiscal, administrador magistrado local”, no dejó de ser siempre un “hombre de negocios y no de armas” (Gerbi, 1978, p. 299) No

⁴¹² “Cierta ufanía” detecta Peña en la prosa cronística de Oviedo, “de ‘escritor-soldado’: <<mejor estilo (...) que el mío, que a la soldadesca, en que como hombre sin letras he dicho e digo, lo que a mi posibilidad me concedió e supe>>” (Peña, 1957, p. 615).

⁴¹³ La petición de la gobernación de Cartagena, y con ella, su título de capitán, eran anhelos frustrados de Oviedo: “al solicitar de nuevo la gobernación (...) en abril de 1546, Oviedo estaba sugiriendo la posibilidad de adoptar un modelo de asentamiento colonial que había diseñado en 1520” (Coello, 2002, p. 186). Seguía en su mente el arquetipo de los Caballeros de Santiago, como herramienta capaz de “construir un espacio social presidido por la monarquía” (Coello, 2002, p. 186).

negaremos que los juicios prejuiciados y los desempeños oficiales ovetenses tienen su controvertida enjundia, difíciles de digerir en la actualidad. Empero, como apunta Peña:

Lo que queda bien claro es que Oviedo no pasó a las Indias a blandir la tajante espada del conquistador, sino a manejar la afilada pluma del escribano; no a sus aventuras, a su costa y misión -como entonces gustaba decir quines de tan señero modo actuaban-, sino enrolado en una expedición estatal, de estatismo extremado y excepcional; y no de cualquier manera, sino con oficios sustanciosos, aunque no muy limpios en sí y porque de la falta de escrúpulos dependía el aumento del lucro (...). A última hora, un impensado azar le permitió añadir a ellos la veeduría, lo cual, si dificultaba aún más la limpieza, traía un salario seguro, y un lugar, aunque modesto, en la burocracia estatal propiamente dicha, lo que valía aún mucho más para un hombre a quien siempre enorgulleció tanto el servicio de la Corona (1957, p. 698).

Sea escribano o sea veedor, hay un hecho incontestable y es que esta diatriba lascasiana sigue pasándole factura aún a don Gonzalo, como una losa pesada, tan negra como esa leyenda en la que se le considera actante principal. En el lado opuesto, el candoroso panegírico que le edifica Ríos solo ha hecho que agravar una mayor censura hacia el cronista. Porque, tanto el libelo como la apología acaban siendo tendencias demasiado subjetivas y, en ocasiones, tan extremas que arriban a la deformación del personaje.

A Oviedo, el infortunio le puso en el camino a un adversario imbatible. Como explica Coello, “no hay que olvidar que Las Casas era un buen abogado” (2002, p. 138). Y aunque don Gonzalo “tampoco perteneció a la línea dura que defendía el humanista cordobés Ginés de Sepúlveda” (2002, pp. 168-169), frente a los indios, el cronista imperialísimo adoptó “una estrategia retórica que los describía como seres diabólicos y antropófagos” (p. 169), legitimando de este modo la guerra “justa” y el sometimiento de esas gentes belicosas e inmorales. Ese “imperialismo mesiánico del cronista madrileño”, explica Coello, “no se adecuaba con los experimentos de colonización pacífica” (p. 168) del obispo, que enarbolaba hábilmente la bandera del buen indio, noble y civilizado. Además, se amalgamaban en Las Casas los anhelos utópicos de una colonización pacífica, un apasionado espíritu de batallador implacable y el manejo extraordinario del arte de la oratoria, a lo que le sumaríamos la animosidad que sentía por ese Oviedo insolente, quien no se contentaba solo con difamar a los indios, sino que se había “divertido” en su falsa

*Historia*⁴¹⁴, “a expensas del clérigo” (Gerbi, 1978, p. 419). En esos incisivos pleitos, por ende, el poderío de Las Casas era irrefutable:

Las Casas era un hombre de la Edad Media, latinamente erudito, cristiano combativo e intransigente, fanático en su defensa de los indios e indiferente, o sordo, mejor, a la razón de Estado y a las exigencias políticas de uno de los primeros imperios coloniales; movido, sí, por un impulso de caridad y de indignación por las tropelías efectivamente cometidas, pero arrastrado por el espíritu de acusación y de denuncia y de amplificación oratoria a una letanía de escandalosas revelaciones y a un idolización forense de las puras, inocentes, patéticas víctimas de tan criminales excesos. Uno de sus apologistas más inteligentes [refiere Gerbi a Salas] lo reconoce como hombre “apasionado, violento, osado”, vanidoso, incapaz de acción práctica y dogmático en tonos apocalípticos.

Oviedo, por el contrario, era (...) un administrador consciente de sus deberes para con el Estado, un español, ignorante del latín, quizá, pero orgulloso de su patria y de su misión ultramarina. Oviedo ve las cosas como son. Las Casas como quisiera que fuesen o como debieran ser. (...) Oviedo deplora los delitos y violencias de los españoles [pero] su acento, sin embargo, es distinto. No es el crimen de lesa humanidad lo que le duele sobre todo, sino el delito que hay desde el punto de vista de los intereses del soberano (...). Esta actitud suya es tan clara que no pudo haberse escapado a Las Casas, por más que Oviedo no la haya expresado con particular energía precisamente al criticar al mismo Las Casas (Gerbi, 1978, pp. 417-419).

Ni el discurso patriótico de Oviedo ni sus artes elocutivas resultaron, en modo alguno, eficaces frente a la prodigiosa oratoria del iracundo y enérgico dominico, portentoso animal político:

(...) el polémico Bartolomé de Las Casas, a quien el arzobispo Francisco Ximénez de Cisneros (1436-1517) había nombrado “Protector de los Indios” en 1516, (...) reformuló la imagen de los indios (...). Las Casas blandió sus treinta y cinco años de experiencia como testigo ocular para producir un texto diferente sobre el Nuevo Mundo. En lugar de quedarse aturdido frente a las maravillas de la naturaleza, como hizo Oviedo, los argumentos de Las Casas resistían cualquier objetivación verbal, esforzándose por exponer con claridad lo que era casi imposible expresar con palabras: “veo por los ojos cosas lamentables y dignas de todo lloro (...)” (Coello, 2002, pp. 137-138).

Situado en el ojo del huracán, Las Casas nunca se cansó de recordarle al joven Carlos V lo que significaba convertirse en un príncipe cristiano: aquel era capaz de someterse a la ley en un mundo donde la justicia y la paz parecían reinar por encima de los intereses económicos (...), aquel que estaba

⁴¹⁴ Recuerda Gerbi que, años antes a la disputa de Las Casas con Sepúlveda, la *Historia* de Oviedo nos devuelve a un fraile satirizado y puesto en tela de juicio. Como ya mencionamos con anterioridad, la narración sobre el cacique Enriquillo (117, p. 138) o la del episodio de los labradores (118, pp. 199-201) desmerecen el rol del clérigo en el Nuevo Mundo.

moralmente obligado a proteger a cualquiera de sus súbditos, sobre todo aquellos indefensos o desprotegidos, como los indios del Nuevo Mundo (Coello, 2002, p.138).

Mas, es una obviedad que Oviedo no se caracterizó ni por su candor (Peña, 1957, p. 608), ni por su caridad humana. Sus oficios, sus medros y sus fustigadoras pronuncias devuelven a un escritor permanentemente exacerbado, a un individuo “tan pragmáticamente oportunista y tan hábilmente simulador” (Peña, 1957, p. 621) que en la empresa de entender su ideología se corren grandes riesgos de errar. Pues, tal y como sustenta Peña, en esos menesteres “el peligro es tremendo respecto a Oviedo” (1957, p. 621).

Sea dicho también que, en la perseguida definición del hombre-Oviedo, y de ese yo que arma con bella caligrafía esa magna crónica, nos confesamos aquí incapaces. Desde nuestro momento y perspectiva, el juicio siempre resultará parcial e inacabado, a tenor de los cambios ideológicos, históricos y culturales, y de los tantos vacíos que se aposentan en su reconstrucción biográfica.

Verdades intuimos en estas opiniones de Peña sobre el carisma del madrileño:

Tengo para mí que Oviedo hubo de ser hombre simpático *-al menos, cuando quería-* insinuante, de mucho trato de gentes de la más diversa laya, de los que saben introducirse pronto con todas las personas y en los más diversos medios..., un magnífico reportero, en una palabra (o sea, por ese lado, un magnífico cronista) (Peña, 1957, p. 613).

Empero, ese “cuando quería” nos hace rememorar, igualmente, las consideraciones de Otte sobre el genio de este “escribano ligero, fantástico, irreverente”:

Pedrarias vería con recelo la evolución de carácter de Oviedo, quien detrás de la fachada de un *charme* captador de simpatías de los que llegaban a conocerle, escondía un temperamento mal equilibrado y una ambición y vanidad desmedidas (1958a, p. 19).

Desde luego, su polifacética y eufórica personalidad anda diseminada por toda la crónica. Y en ella, asimismo, se aglomeran los actos jactanciosos y éticamente controvertidos del cronista. Y tampoco se empacha Oviedo en su *Historia* al reprobar por doquier las actitudes de terceros, mostrándose implacable en sus dictámenes, frente al indio o ante doctos y religiosos.

Recuperemos nuevamente la crónica, para examinar esa sustancia. En este siguiente capítulo torna don Gonzalo a cargar las tintas, indignándose por las actitudes de los actores españoles en Las Indias. El capítulo hace referencia a las desavenencias entre los gobernadores Antonio Sedeño y Hierónimo Dortal. El primero, “que no estaba por propósito de se dejar así domesticar” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. XIV, p. 431), prendió preso al licenciado Joan de Frías, fiscal de Su Majestad, enviado para que se entendieran los gobernadores. Poco antes de morir Sedeño, el licenciado Francisco de Castañeda llega también para impartir orden⁴¹⁵. El tema de la codicia es recurrente en la *Historia*. En esta secuencia, lo que ocupa a Oviedo es dejar evidencia escrita de su posicionamiento frente a estos personajes que se mueven siempre por el interés personal:

Sin dubda parescen tolerables las cobdicias y errores y⁴¹⁶ poca devoción de los desatinados soldados *no* dejando de conocer *ni*⁴¹⁷ desculpar a quien culpa meresce de los unos y de los otros, acordándome que he visto en estas partes *tantos religiosos y clérigos, y tantos doctores e licenciados o letrados, tan dignos de reprehensión*⁴¹⁸ y más que los que no estudiaron ni se ofrescieron a los votos de religión, castidad y pobreza. *Y para mi opinión*⁴¹⁹, les daría *más penas, si juez fuese*⁴²⁰, cuanta más habilidad y discreción tienen los unos que los otros. Y esto háceme *conocer palpablemente*, considerando sus obras, *la experiencia e tiempo que ha que los miro en estas tierras*⁴²¹ (...). E (...) es bien que los que gobernáis [*sic*]⁴²² tengáis entendido cuánto abrazan y alcanzan los brazos e *ira* del Rey, e ninguno sea tan desacordado de su *vergüenza e conciencia*⁴²³, que se acuerde que tiene Rey e juez superior; e en caso que este temporal falte, que el Eterno (...) no puede ignorar la *culpa* de

⁴¹⁵ Pero siguen siendo los intereses de los codiciosos de jueces y gobernadores los que mueven las voluntades de quienes debieran mostrarse ejemplares:

El caso es que, por su muerte, el licenciado Frías quedó libre, e los agravios que rescibió quedóse con ellos. Y como el licenciado Castañeda iba a desagraviar al Dortal, en lugar de le hacer justicia le prendió, diciendo que había tomado a los compañeros de Sedeño los caballos (...). Y esto principalmente procedía de *haber gana* el Castañeda de quedarse en la gobernación e cargo del Ortal; *e tratóle mal*” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. XIV, pp. 431-432).

El “haber gana” es el mayor mal en Las Indias, ya sea sometiendo al indígena o enfrentándose -tratándose mal- inclusive a jueces y gobernadores.

⁴¹⁶ El polisíndeton subraya el cúmulo de vicios de los soldados.

⁴¹⁷ Tras el polisíndeton, el empleo doble de la lítote se presenta como otra forma más – aunque atenuada y más perifrástica- de remarcar las culpas.

⁴¹⁸ En esta secuencia narrativa, nuevamente el polisíndeton cumple una función fundamental, agrupando ese colectivo “reprehendido”, diana de los ataques del cronista.

⁴¹⁹ El texto camina absolutamente modalizado, con una retórica alimentada por la subjetividad del cronista.

⁴²⁰ El condicional comunica el anhelo enjuiciador de Oviedo; demuestra una vez más su talante intransigente y severo.

⁴²¹ El adverbio de modo “palpablemente” y la alusión a la experiencia son mecanismos narrativos del cronista para volver a legitimar su credibilidad, recordándole al lector la relevancia del testimonio de vista en el conocimiento indiano.

⁴²² Sustitución de la “coma asesina”, tal y como se indicó en el apartado de 1.1.4.

⁴²³ En la elección léxica, nótese los vocablos “ira”, “vergüenza”, “conciencia”, “culpa” y “pecador”.

ningund *pecador*, ni ser engañado de ningund astuto o mal juez (...) (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. XIV, pp. 432-433).

Mas, ¿sembrando en sus escritos la discordia, y señalando con nombres y apellidos a los increpados, podía esperar Oviedo mayor condescendencia por parte de sus contrincantes y censores? ¿Creía que, dejando correr la pluma con ese talante implacable, salvaría a su *yo* de la revancha de los adversarios?

La factura, no cabe duda, fue para el escritor elevadísima. Explicaba Coello cómo, en 1547, cuando Oviedo se encontraba en Sevilla para imprimir su crónica, el “polémico Bartolomé de Las Casas presionó al Consejo de Indias para impedir la segunda edición de la *Historia*” (2002, p. 167). Asimismo, tras su prolijo examen de ese hito histórico que fue la Controversia, colmada de tantas razones y tantas desmesuras, Ángel Losada concluía que aquellos diez folios de la *Apología* dedicados a Oviedo no habían sido sino fruto del ensañamiento lascasiano hacia el cronista, por ser la principal fuente que tomó Sepúlveda en defensa de su doctrina. Una tesis, la lascasiana, que, aun difundida con particularidad inquina⁴²⁴, condenó a perenne desprestigio a la *Historia general y natural de las Indias*.

Empero, debe ser la *Historia*, con sus tantas páginas dedicadas a los nativos, la que finalmente defina la mirada de Oviedo hacia el Otro; la que brinde los mejores contraargumentos y, por ende, la única solvente para evidenciar las solideces, pero también las inconsistencias⁴²⁵ argumentales del dominico. Y la que le otorgue, en esas lides, a don Gonzalo el lugar que le corresponda.

2.1.1.2.2 LOS EQUILIBRIOS DEL YO

⁴²⁴ El tono virulento del padre dominico rezuma también en este fragmento de su *Apología* (Losada, 1975, p. 378), citado por Bolaños:

Oviedo no tuvo vergüenza en esparcir aquí y allá estas mentiras [se refiere a la sodomía y la antropofagia de los indios] en diversos lugares de su historia... Las criminales mentiras falsamente escritas *contra* aquella gente tan sincera y modesta convierten a su autor en una persona infame... Tiene Oviedo su juez! Vive Cristo y tiene el flagelo en la mano! Este vanísimo embustero tendrá que rendir cuentas a Cristo de haber dado ánimos, con sus virulentísimas calumnias, a aquellos impiísimos salteadores para que destruyan la raíz de aquella gente que jamás mereció tal cosa... (Bolaños, 1990a, p. 606).

⁴²⁵ Fray Bartolomé desautorizó al cronista aseverando que “no puede Oviedo decir cosa chica ni grande, porque no fue digno de verlo ni de entenderlo” (Pardo Galán, 2011, p. 35) La crítica posterior, y especialmente aquellos que se han dedicado a explorar el devenir biográfico de don Gonzalo, sustentan que la tierra indiana se torna el segundo hogar de Oviedo. El veedor llega a Las Indias en 1514 y establece allí su residencia. Fallece en 1557, en suelo americano, y su *Historia* deviene uno de los mejores tratados etnográficos, si no el primero, de las gentes amerindias del siglo XVI.

A propósito de los orígenes del historiador, Peña lo define como “extraordinario protoindiano astur-madrileño” (1957, p. 603). Extraiga cada cual sus conclusiones.

Desde los tiempos de Tácito, ningún historiador perteneciente al mundo de la civilización occidental había clavado tan atentamente la mirada en una población de cultura completamente distinta (...).

(Antonello Gerbi)⁴²⁶

Sin demérito a la crítica, defendemos la imperiosa necesidad de acercar el complejo texto ovetense a los lectores -para tantos tan desconocido-; de devolverle su verdadero protagonismo a los renglones tintados de Oviedo y a sus piruetas discursivas. Por ello, con la pretensión de aprehender las divergentes ópticas del cronista respecto al indio, tornamos nuevamente a la crónica, para capturar los equilibrios escriturales del *yo*. Asevera Gerbi que, aunque Oviedo no muestre perturbación alguna por “los enormes problemas, étnicos, religiosos, jurídicos, surgidos del contacto con aquellas gentes” (1978, p. 410), sí admite la “humanidad de los indios” (p. 410). Es más, son muchas las ocasiones en las que la prosa del moralista parece decirnos que “entre indios y españoles no se sabe qué es peor” (1978, p. 411). En ese escenario de infamias, el *yo* recurre a magnificarse, a persuadir al lector de todo lo meritorio de sus desempeños⁴²⁷, aun “con trabajos e fatigas” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XV, p. 266), aun cuando “me tomaron en mala opinión los que quisieran que yo hubiera seguido el camino de los otros jueces” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XV p. 267).

En esos esfuerzos, Oviedo también reconsidera al indio: unas veces, lo defiende de tanta crueldad española; otras veces, alude a su ingenio; y, además, trata de establecer diferencias entre los nativos mansos y los abominables indígenas. Oteemos estos tres prendimientos ovetenses.

⁴²⁶ Gerbi (1978, p. 410).

⁴²⁷ Los capítulos XIV y XV de este Libro XXIX (*Historia*, 119) son un inventario de las “buenas obras” del cronista. La narrativa se engrosa con sentencias reiterativas del talante hacendoso de Oviedo: “lo cual yo hice y procuré (...) porque era servicio de Dios y del Rey” (p. 262), “demás de lo que está dicho, llevé” (p. 262), “llevé más” (p. 262), “e otras mercedes e franquezas llevé” (p. 262), “e expresé muchas razones” (p. 263), “y en especial fui yo requerido” (p. 264), “e así como otros la desamparaban, comencé yo a labrar” (p. 264), “me puse con la vara de justicia en castigar los pecados públicos” (p. 265), “hice muchas ordenanzas y estatutos para pro e utilidad de la república” (p. 266), “proveí una carabela mía (...), a causa de lo cual, e por mi ejemplo, los vecinos del Darién compraron navíos” (p. 266), “lo que yo hice fue rescatar, pacificando e amasando lo alterado” (p. 266).

La lista prosigue, con el objetivo del historiador de limpiar su imagen, inmaculada de tanto esfuerzo y servicio.

* En ese mismo Libro, por ejemplo, el *yo* de Oviedo se exhibe **misericordioso** con unas nativas, a las que explotan los españoles: “E defendí que no se cargasen las indias, que se servían dellas los cristianos como de asnos” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XV p. 265); y manifiesta, también, su cara **más humana**, al interesarse por una niña amerindia, que llora desconsolada:

En la isla de Chira vi una niña de hasta dos años que mamaba, e llorando por su madre, que andaba entendiendo en su casa, decía *mama*⁴²⁸ muchas veces; e preguntando yo al cacique que qué decía, me dijo que llamaba a su madre. Estos indios de Chara son de otra lengua diversa, y entiéndese algo con la de Cueva⁴²⁹, porque con la plática que tienen con los cristianos, la han aprendido (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXI p. 299).

* Sobre las **habilidades ingeniosas** de los aborígenes, también se pronuncia sin ambages y desde distintas perspectivas. Veamos esta otra anécdota, a propósito del singular perro Becerrillo y una vieja india. Es verdad que la historiografía colonial indiana se hace eco de las crueldades de los conquistadores con las gentes aborígenes, y entre ellas se contaba la atrocidad de aperrear a los indígenas. Con todo, el aperreamiento fue una práctica habitual de “represión y castigo” admitida (Bueno, 2011, p. 187), “porque la Corona otorgó total potestad a los primeros descubridores y pobladores de las nuevas provincias a llevar armas ofensivas y defensivas en todas las Indias, ‘para [la] guarda y defensa de sus personas’” (Bueno, 2011, p. 187). Un “cruel procedimiento”, recuerda Gerbi, “que se siguió usando después durante largo tiempo, hasta el siglo XVIII y (...) hasta éste” (1978, p. 386). Y es que la utilidad de los canes fue proteica y múltiple: los animales cooperaban en la caza; servían, en momentos desesperados, incluso de alimento -al igual que los caballos-; y, además, se usaban como estrategia atemorizadora y de distracción en las contiendas, cual verdaderos guerreros imperiales⁴³⁰ o como

⁴²⁸ En el texto cronístico aparece el término en cursiva.

⁴²⁹ Enguita hace notar “la singular aportación de Fernández de Oviedo al conocimiento del vocabulario de esta variedad lingüística” (2004, p. 74). Oviedo registra 25 bases léxicas de la lengua Cueva, “que apenas se documentan en textos cronísticos anteriores” (p. 66) al *Sumario* o a la *Historia*. Por ende, es justo reconocerle su carácter precursor al inventariar el léxico indígena.

⁴³⁰ Explicita Alfredo Bueno que:

Los españoles con objeto de asustar y dañar aún más al enemigo, proveían a los caninos de Carlanca o carrancas, es decir, gruesos collares de agujas punzantes de hierro ajustadas al cuello, para evitar ataques peligrosos a la yugular y defenderse mejor. Los canes más cualificados para la guerra marchaban provistos de pechera o pecho petral, más conocida como carlanca de lanceta, armada con un puñal o varios pinchos de hierro. Asimismo estaban equipados con escaupiles, una especie de sayo de armas hecho de mantas y algodón para defenderse de las flechas. Antes de comenzar la refriega, los perros desfilaban delante del escuadrón, y eran lanzados contra las muchedumbres nativas para crear una atmósfera de

“terribles”⁴³¹ ejecutores de condenas a muerte. Mas, no solamente tenían estos animales como presa a los indios, que los cuerpos de los negros y de algún que otro español -como el del tirano Lope de Aguirre (2011, p. 195)- acabarían igualmente entre las fauces de estos fieros animales.

En verdad, aunque Oviedo se ocupa de ensalzar la bravura y fidelidad de estos milites de cuatro patas⁴³²; de otorgarle su debido protagonismo⁴³³ en la *Historia* al can Becerrillo (cuyos amos fueron Ponce de León y, luego, Sancho de Aragón) o al hijo del primero, el enorme Leoncico (que servía a Vasco Núñez), era una obviedad que esas prácticas de despedazamiento humano – de las que Oviedo no omite escabroso detalle⁴³⁴- no podían contemplarse como actos de pacificación. Y, con argucia, el cronista “fustiga esas cacerías o monterías de indios, con perros feroces” (Gerbi, 1978, p. 385), e inserta convenientemente en aquel *Memorial* suyo– también para prestigiar su moralidad- la condebida denuncia al Consejo acerca de ese tipo de brutalidades, perpetradas por las facciones de Pedrarias. Sin embargo, no deja de sorprendernos la ausencia de condena sobre estas prácticas crueles en este relato en particular, aun cuando, como observa Gerbi, el cuentecillo venga “rico de simpatía” (Gerbi, 1978, p. 415).

En esta narración, la singularidad del temible y afamado can bermejo -de tan grande entendimiento y denuedo que era capaz de distinguir entre los indios mansos, a quien “no les hacía mal”, y los brutos, a los que prendía ferozmente (*Historia*, Libro XVI, cap. XI, p. 103)- se hilvana con la aguda inteligencia de la mujer indoamericana, que adquiere un

temor y desconcierto, que aprovechaban los españoles inferiores en número, en un medio extraño y hostil a su presencia (2011, p. 188).

⁴³¹ Los conquistadores sabían de lo terrible de ajusticiar a los prendidos con el aperreamiento. En los actos nefandos de sodomía, en las idolatrías demoníacas indígenas y en la barbarie de esos indios perversos se encontraba la legitimidad del castigo feroz y despiadado. Ésta, según asevera Bueno, con los ensordecedores “gruñidos, intentos de huida, zarpazos y dentelladas” (2011, p. 193), resultaba una muerte mucho más terrible “que la horca, el garrote o la hoguera” (Bueno, 2011, p. 193).

⁴³² A propósito de estos perros, escribe Oviedo:

Porque no solamente los hombres deben ser loados e gratificados conforme a sus virtudes y méritos, pero aun de los brutos animales nos enseñan (los que bien han escrito), que es razón e cosa necesaria, y no para olvidar, lo que algunos han fecho (*Historia*, 118, Libro XVI, cap. XI, p. 103)

⁴³³ En ese elenco estelar y protagónico figuran, asimismo, otros insignes canes. Recuerda Bueno, en su interesante artículo, también al feroz mastín Amadís –que sirvió a Luis de Rojas en su conquista de Santa Marta y a quien inmortalizó en sus versos Juan de Castellanos (*Elegías a varones ilustres...*, 1944, part. II, eleg. II, canto I, p. 212); a Bruto –“el lebrél de Hernando de Soto”-; y a Amigo -perro de braveza sin par que usó Alonso Galeas para vencer a los “*mariches* en Venezuela” (Alfredo Bueno, 2011, pp. 195-199)

⁴³⁴ Véase, por ejemplo, *Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, pp. 419-420.

protagónico rol en este capítulo de Oviedo. Ambos, la india y el perro, actúan de forma sorpresiva y, por ende, meritan un memorable recuerdo en la crónica.

El texto principia con la referencia a las fuentes testimoniales, que le profesan al cronista digno crédito; continúa enmarcando el tiempo (la noche/la mañana) y el espacio (donde la batalla del cacique Mabodomoca), y prosigue situando a los personajes (el perro, el capitán Diego de Salazar y la vieja india prisionera), de forma que queda esclarecido, con una brevedad impropia de Oviedo, qué papel y cuál es la actitud de los protagonistas de esta historieta:

Pero porque de las cosas de aquel perro sería larga narración lo que con *verdad*⁴³⁵ se podría dél escrebir, no diré aquí sino una sola que no es de preterir, porque la supe de testigos de vista que se hallaron presentes, personas dinos de créditos, y fué aquésta. La noche que se dijo de la guazábara o batalla del cacique Mabodomoca, a la mañana antes que el gobernador Joan Ponce llegase, *acordó el capitán Diego de Solazar de echar al perro una india vieja de las prisioneras que allí se habían tomado*⁴³⁶; (*Historia*, Libro XVI, cap. XI, p. 104).

Tras la explanación, el historiador da paso a la acción narrativa, que trae consigo dos secuencias dialogales: una, entre el capitán y la anciana; y otra, entre la mujer india y Becerrillo:

e púsole una carta en la mano a la vieja, e díjole el capitán: “Anda, ve, lleva esta carta al gobernador que está en Aimaco” (que era una legua pequeña de allí). E decíale aquesto para que así como la vieja se partiese y fuese salida de entre la gente, soltasen el perro tras ella. E como fué desviada poco más de un tiro de piedra, así se hizo, y ella iba muy alegre, porque pensaba que por llevar la carta, la libertaban; mas soltado el perro, luego la alcanzó, e como la mujer le vido ir tan denodado para ella, asentóse en tierra y en su lengua comenzó a hablar, e decíale: “Perro, *señor perro*, yo voy a llevar esta carta al señor gobernador”, e mostrábale la carta o papel cogido, e decíale: “No me hagas mal, *perro señor*.”

Nótese que el cronista le otorga voz a la india, justo en el momento que antecede al clímax de la *narratio*, cuando el perro debe actuar. Con el empleo del uso directo, el discurso de la indígena llega presumiblemente más “verdadero”, se distancia de posibles

⁴³⁵ La palabra “verdad” se torna eslabón que une todos los capítulos de la crónica.

⁴³⁶ La sentencia se cuenta desde el distanciamiento, como cualquier otro acuerdo, sin ningún tipo de enjuiciamiento moral.

injerencias subjetivas del narrador. ¡Bien por el cronista ‘inclusivo’!, anticiparíamos a pensar los ilusos lectores.

Empero, la inserción de la voz indígena no es baladí; que cumple su cometido narratológico, en tanto “elemento definidor del discurso colonial” (Coello, 2002, p. 174). Porque la modalización nos arriba introducida, en esta ocasión, a través del léxico, en esa expresa selección de palabras que entona la indoamericana. Al detenernos en la deprecación de la mujer, la amerindia se dirige al animal como “Perro, señor perro” y, asimismo, como “perro señor”, desde una posición de vasallaje o de inferioridad. Y con ello, Becerrillo, este animal sin par, asoma ensalzado con la misma gloria que lo hacen, en las páginas ovetenses, su amo y sus acompañantes. Tanto es así, opina Arrom, que en el punto álgido de la acción, y “consecuentemente” con la ideología de Oviedo (1983, p. 117), el perro se torna héroe de la pequeña anécdota, siendo “otro de los casos convenientes al discurso de la historia” (1983, p. 117):

Y de hecho, el perro se paró como la oyó hablar, *e muy manso se llegó a ella e alzó una pierna e la meó, como los perros lo suelen hacer en una esquina o cuando quieren orinar, sin le hacer ningún mal. Lo cual los cristianos tuvieron por cosa de misterio*⁴³⁷, segund el perro era fiero y denodado; e así, el capitán, vista la clemencia que el perro había usado, mandóle atar, e llamaron a la pobre india, e tornóse para los cristianos espantada, pensando que la habían enviado a llamar con el perro, y temblando de miedo, se sentó. Y desde a un poco llegó el gobernador Joan Ponce; e sabido el caso, no quiso ser menos piadoso con la india de lo que había sido el perro, y *mandóla dejar libremente* y que se fuese donde quisiese, e así lo fizo (*Historia*, 118, Libro XVI, cap. XI, p. 104).

Finalmente, al examinar el desenlace de la trama, lo más llamativo es que la noticia se tinta de amenidad, con esa nota de divertimento. La comicidad viene de la actitud del perro, que “alzó la pierna y la meó”. Pero, además, el narrador logra que el lector infiera la singularidad del mastín, capaz de vislumbrar la mansedumbre de la vieja india y de proceder sin asomo de crueldad. Oviedo ha movido sus cartas para ganar la partida a favor del imperio. Mas, lo que nos interesa en este apartado, es la actitud fluctuante de la anciana, que pasa por dos tiempos diferenciados: en primer lugar, la mujer se muestra contenta (“ella iba muy alegre”), con una ingenuidad que acongoja -inspira conmiseración- y sorprende al lector, “porque pensaba que por llevar la carta, la libertaban”. Pero, luego, con tamaña y atemperada inteligencia, “como la mujer le vido ir

⁴³⁷ Todas las cursivas son mías.

tan denodado para ella, asentóse en tierra y en su lengua comenzó a hablar⁴³⁸”. La actuación de la india, aunque fuese resultado del instinto de supervivencia, no deja de ser astuta y, por ende, loable. Y, por esa sencilla razón, “mandóla dejar libremente”.

* Y, en **establecer diferencias** entre los mansos y los abominables indígenas se detiene este otro capítulo, último del Libro XXIV de la *Historia*. Los caribes, justamente los que acabaron con el insigne Becerrillo⁴³⁹, representan con honores la faz más salvaje y viciosa del indio. Son tan aborrecibles e inhumanos que no tienen piedad con ser humano que se les cruce, sean cristianos o gentes nativas de esas mismas tierras indianas.

El capítulo reviste importancia, porque no sólo constata las distinciones que el cronista hace entre poblaciones indias, sino que también nos da muchas claves metodológicas del arte de historiar ovetense y de la estilística de su prosa. El texto se inaugura con la aparición estelar del *yo*, hegemónico y apasionado, que tantas y tantas veces se inmiscuye en el relato para alejar la narración de una exposición objetiva. Empero, el dato confesional— ese “yo tenía creído (...), y después el tiempo me ha puesto en otra opinión” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. XVII, p. 435)— deviene aquí una excelente estrategia retórica para afianzar la humildad y la sinceridad del escritor, como medio para convencer al lector de que su fidelidad a la verdad es incólume y que, por ello, se ve instado a reconocer sus propios errores y a enmendarlos con las pertinentes aclaraciones:

Yo tenía creído que los aruacas, de quien quiero tractar, que son de aquel pueblo dicho Aruacay, de quien tracté en el capítulo III de este libro XXIV⁴⁴⁰, y después el tiempo me ha puesto en otra opinión; pero sea o no sea

⁴³⁸ El lenguaje es un privilegio que distingue al hombre del resto. Por ende, el acto de hablarle al perro supone una actitud intrínsecamente humana.

⁴³⁹ Según relata Oviedo, la muerte del can Becerrillo (o Becerrico, según una u otra secuencia narrativa) no resulta en vano. El valeroso animal expira durante otro acto heroico:

Pero tornando al Becerrico, al fin le mataron los caribes, llevándolo el capitán Sancho de Arango; el cual, por causa deste perro, escapó una vez de entre los indios herido e peleando todavía con ellos; y echóse el perro a nado tras un indio, e otro, desde fuera del agua le dió con una flecha herbolada, yendo el perro nadando tras el otro indio, e luego murió; pero fué causa que el dicho capitán Sancho de Arango y otros cristianos se salvaran; e con cierto despojo, los indios se fueron (*Historia*, 118, Libro XVI, cap. XI, p. 103).

⁴⁴⁰ Refiere el cronista a las páginas en las que relata lo que le aconteció al gobernador Diego de Ordaz en su expedición por los alrededores del río de Huyapari. No omite Oviedo los modos de “pacificación” (p. 393) de Ordaz, que con “crueldad mayor” (p. 393) acabó con indios que vinieron “de paz” (p. 393), pero, tampoco los encuentros con los caribes -comedores de cristianos (p. 395) y “animosos” (p. 394)- o la descripción de las gentes del pueblo de Aruacay, muy amigos de los caribes (p. 397). Véase *Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, pp. 393-399.

así, daré la resolución que de estos aruacas se tiene, y es de esta manera (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. XVII, p. 435).

Estas primeras líneas también cumplen otra función, la de darle coherencia a la *Historia*. Ya se ha mencionado que uno de los defectos que se le atribuye a la crónica es su desorden expositivo, porque Oviedo tiende a la recopilación y no a la reescritura. En palabras de Baraibar:

Oviedo acumula testimonios fidedignos, como si la escritura de la *Historia* fuera un proceso judicial en el que se van recopilando pruebas - aspecto este ya resaltado por otros autores como Jesús Carrillo Castillo-. Tal vez por ello mismo, Oviedo cuando regresa sobre lo ya escrito lo hace con el ánimo de corregir alguna fecha o añadir algún dato, no para cambiar el contenido del testimonio recogido (2014b, p.152).

Así, en el encabezamiento del capítulo XVII, el historiador nos remite a ese otro anterior -el III del mismo Libro-, cuya información considera que debe ser ahora matizada o rectificadas con las nuevas noticias recopiladas. ¿A qué cambio de opinión está aludiendo Oviedo? Fijemos la atención, de forma breve, en esta narración preliminar. En ese capítulo previo, el cronista resigue al gobernador Diego de Ordaz y sus facciones en su recorrido por los territorios del Huyapari, río “llamado por los indios naturales de la tierra e costa Urinoco” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, p. 392).

Tras una secuencia narrativa de enmarque crono-espacial, don Gonzalo ya nos ha encajado otra inserción anecdótica. Como ya se ha mencionado, la afición de Oviedo por contar historietas es irrefrenable, y la *Historia* es prueba incontestable. A propósito de Ordaz, encuentra el cronista excusa para insertar este otro excursus narrativo. Un relato, que bien condimentado de injusticias, con robos, traiciones, persecuciones, degüellos y ahorcamientos, trae de protagonistas a dos hermanos del capitán Gaspar de Silva. Según cuenta el cronista, Ordaz dejó en Tenerife una carabela “para que con más gente fuese tras la armada” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, p. 393). Esta nao, “que llevaba por capitán Joan González Silva y otro hermano suyo”, llegaba el mismo día en que “le denunciaron al gobernador que aquella carabela que traían era hurtada; y los acusó un portugués” (p. 393). El gobernador decidió entonces despedazar la nave, “vendiendo los bastimentos della”, y, aunque estuviera fuera de jurisdicción, “hizo degollar a los dos hermanos en la cubierta de la nao. E hecho aquesto, se partió con su armada para el río de Huyapari” (p. 393). Empero, si el lector pensaba que la trama ya había concluido, poco familiarizado está con los imperiosos ademanes literarios del cronista. Porque, como es

usual en la escritura ovetense, cuando parece que la tensión narrativa se va a diluir, sufre ésta una nueva ola expansiva, de mayor intensidad. El conflicto no resuelto y la concatenación de elementos dramáticos se erigen recursos argumentales técnicamente eficaces para dotar de mayor espectacularidad la narrativa y afianzar, de este modo, el interés del lector. Y así, prosigue con su relato, a las puertas del río de Huyapari:

Y (...) vióse un bergantín que venía la costa de la Tierra Firme abajo, y surgió la nao capitana (...) y esperóle; e venía en él el capitán Gaspar de Silva, hermano de los degollados, y el maestre que le consintió tomar la carabela que es dicho, de la cual habían salido para buscar por la costa, en aquel bergantín, al gobernador, el cual los hizo luego prender. E (...) fue degollado el Gaspar de Silva en la cubierta de la nao, y el maestre ahorcado en la entena, y sacáronlos a enterrar a una isleta que está en la boca del río que llaman Parataure, *que es toda de una peña como margajita, de la que dicen que en la Nueva España se hacen los espejos*” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, p. 393).

Nótese, con mi cursiva, la tendencia del narrador al detallismo, insertando otras particularidades -la de los espejos- en lo inserto. El desenlace de la anécdota, a modo de *exemplum*, trae patetismo, reflexión moral, y arrepentimiento. Asimismo, registra buena dosis de subjetivismo; con la condenatoria del cronista desvelada en la elección léxica de términos como “justicia *acelerada, recia y cruda*” y “no se halló alguno (...), sino un *mal criado (...)*” que pagaría con su vida por su “*bellaquería e ingratitud*”:

Y esta justicia pareció acelerada y reía y cruda a todos los que lo vieron y de compasión de los que padescieron, no se halló alguno que los quisiese degollar, sino un Gomeró, mal criado suyo dellos, que había quince años que los servía; e arrepentido después de su bellaquería e ingratitud, se echó en el río e se ahogó una noche (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, pp. 392-393).

Aludíamos previamente que hay momentos en que Oviedo equipara en maldades a indios y a conquistadores. Este es uno de esos en que rezuma la indignación ovetense por los “términos” en los que “iba este capitán pacificando la tierra, o mejor diciendo, asolándola y destruyéndola” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, p. 394). Sobre esos medios de “pacificación”, se explaya así don Gonzalo, que torna a elevar su denuncia con el fin de desvincular su *yo* de esas acciones viles:

Y porque los indios de Baratubaro, en un pueblo que tienen cuatro leguas de Arnacay, (...) no quisieron dar *cazabi* a ciertos cristianos que el gobernador Diego de Ordaz envió por ello, (...) fue allá con gente e hizo *otra crueldad mayor que los de los Silvas*, porque llegado a Baratubaro, los indios

vinieron de paz y él los rescibió; y *pareciera mejor, pues no habían herido ni muerto algund cristiano, perdonarlos e traerlos a concordia e buena amistad, que no mostrarse tan riguroso con gente que a él vino desarmada*” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, p. 393).

La estrategia narrativa, no obstante, tiene su intrínquilis. Obsérvese cómo el cronista recolecta lo diseminado previamente en la secuencia narrativa anterior, es decir, recupera su relato sobre el degüello de los Silvas en el bergantín -subrayado en mi cita con cursiva-, con el fin de establecer una comparativa y poder enfatizar así que son de “mayor crueldad” los actos que el gobernador comete con esos indios de paz que los que se dieron en la nao con los Silvas. Es notable, por ende, el juicio de valor que emite Oviedo sobre Ordaz, tanto en ese incidente como en el que le prosigue. En este último de los indios, las consideraciones personales del historiador atestan de intencionalidad una escritura que, nuevamente, corre subjetivada con oraciones desiderativas (“pareciera mejor, pues ...perdonarlos e traerlos a la concordia e buena amistad que ...”), con ese léxico valorativo (“crueldad mayor” y “riguroso” frente a “indios de paz” y “gente desarmada”) y con estrategias retóricas como la de las enumeraciones de bondades indígenas (“vinieron de paz”, “no habían ni muerto ni herido algund cristiano”) y la concatenación de expectativas (el “perdonarlos e traerlos a la concordia e buena amistad”). El inventario de maldades de Ordaz, además, viene bien prolijo en detalles; un repertorio que no tiene excusa, sino es que Dios lo hubiese olvidado:

E hízolos meter en un buhío, y allí los mandó poner a cuchillo, y porque algunos dellos, por escapar de su ira y de la muerte, se escondían entre los otros muertos, hizo poner fuego al buhío para asegurar sus sospecha, e que ninguno quedase con la vida. E así fueron quemados más de cient indios, y tomó las mujeres déstos para hacer cazabi, e repartiólas por las casas e indios del ortro pueblo Aruacay, donde fueron llevadas en prisión. Ved cómo no se ha de acordar Dios de estas cosas, y por qué términos iba este capitán pacificando la tierra, o mejor diciendo, assolándola y destruyéndola (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, pp. 393-394).

Mas, registrada la vileza de Ordaz frente al indio bueno, llega el turno de ocuparse de las tribus belicosas con las que se cruza el gobernador en su periplo por el río. De esos caribes a los que los cristianos pidieron “alguna cosa de comer” y que les respondieron “que lo que les darían sería comerse a los cristianos” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, p. 395) y de la destreza guerrera de esas gentes amerindias. La escena, con un rítmico dinamismo y prolija en detalles, se proyecta como si la estuviéramos visualizando:

En esta pelea acaesció que un indio, estando herido de dos lanzadas mortales hirió seis cristianos. Otro, asido a los brazos con un cristiano, hombre de mucha fuerza, e caídos ambos en tierra, el indio le metió por la boca unas flechas que tenía en la mano y lo hirió mal, y el español lo mató con un puñal que tenía en la cinta. E otro indio se abrazó con un cristiano e le quitó el espada, y el cristiano le quitó a é la macana e la vida, porque tuvo más diliegnecia en herir que el indio, e cobró su espada. E otro indio principal, que parecía cacique, quisieron los cristianos tomarle vivo para lengua; mas él se defendió tan animosamente, que no le quedó flecha alguna que tirar contra los nuestros; e aquellas despedidas, con el arco daba mucho palos a un caballo (...); e uno de los soldados de pie quiso presumir de lo prender y pensó entrarle, y el indio le dio tal coscorrón con el arco que tenía quebrado en las manos, que lo aturdió y descalabró mal. (...) Así que, desta experiencia se entendió que los indios de aquella provincia e costas de aquel grand río de Huyapari son animosos (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, pp. 395-396).

Y, apegados al Huyapari, arriba el encuentro con la gente del pueblo de Aruacay. Es en este punto, que debemos prestar suma atención al retrato que de ellos el historiador forja. Siguiendo siempre el mismo patrón descriptivo, Oviedo repara en la topografía, en la fauna y flora, en las jerarquías sociales, las costumbres alimentarias y en los métodos de subsistencia. Informa al lector de los nueve caciques que tiene este pueblo –“e uno mayor de todos, que se llamaba Naricagua, el cual mandaba a todos y era obedescido, porque era *piache* o sacerdote mayor⁴⁴¹”, con la peculiaridad que “este sólo tenía barbas en la cara entre toda aquella gente” (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, pp. 395-396)-; explica, asimismo, la manera de hacer el cazabi y sobre cuándo los indios toman un vino que “paresce vino nuevo blanco de Castilla, e tura ocho días sin se dañar”⁴⁴² (p. 397) ; se ocupa de “pintar” lagartos, venados, codornices, conejos, zorras, papagayos, otras aves “muy hermosas (...), muy mayores que cigüeñas, y de aquella hechura en todo, (...) todas blancas, y de la mitad del cuerpo arriba, muy negras” que “graznan mucho y recio de noche, e óyense de muy lejos” (p. 398), unos “puercos salvajes de los que llaman *báquiras*” (p. 397), y, asimismo, de recomendar la trucha autóctona, “de muy buen sabor” (p. 397) y la *cachama*, otro “buen pescado” (p. 397). No obstante, inmerso en esa madeja descriptiva se esconde el desliz de Oviedo, que da origen a su enmienda en el capítulo XVII. Observemos cómo cambian las conclusiones que el cronista saca y cómo difiere la mirada ante los aruacas en uno y otro texto.

⁴⁴¹ Nótese cómo Oviedo incorpora el vocablo amerindio y, seguidamente, su significación.

⁴⁴² De nuevo, la comparación con lo conocido, con lo español o europeo, para definir la materia indiana.

- Capítulo III:

*Esta gente es muy amiga de los caribes*⁴⁴³, y andan desnudos, con una braga de tela de algodón (...). Estos indios son idólatras, e (...) cuando alguno se muere (...) hácenle una tumba de barro armada sobre palos, y encima della ponen la figura del diablo, del mismo barro hecha, e una calabaza con vino del que es dicho, e una torta de cazabi. Entre (...) sus fiestas (...) tienen los indios una muy principal que hacen desta manera. Júntanse todos (...) embijados de rojo, e también (...) de negro e otras pinturas, (...) e ponen una renglera de tinajas de vino, (...) y en aquellas asas o llanos, pónese de pie un indio (...) y relata allí todo lo que ha hecho en su vida (...). Y desde se ha bien alabado, así como da conclusión a sus loores, levántase otro indio recio, que está disputado para aquello, con una tranca de bejuco e fiero azote pintado, e habla (...), diciéndole que en todo ha dicho mentira, y que para que (...) sean creídos, (...) le da entonces seis verdugazos tales, que en todo lo que alcanza le saca sangre. E si lo sufre con buen ánimo, (...) cúranle, (...) porque les parecen que tiene en él un Samsón o Hércules⁴⁴⁴. Mas si se conoce de él algund temor, o dolor o sentimiento, por poco que sea, échanle (...). Certificáronme algunos que aquello vieron, de nuestros españoles, que algunos indios de aquellos que así azotaban, no hacían más mudanza que si fueran de mármol; antes mostraban placer, y tal había que se reía, aunque la sangre, como es dicho, le saltaba e corría por las piernas abajo. E así estaban aquellas asas de las tinajas, sobre que estaban de pies, llenas de sangre (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. III, pp. 397-399).

- Capítulo XVII:

Dos hombres honrados, vecinos de la isla Margarita, vinieron a esta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española, llamados Rodrigo Navarrete e Alonso Rojas, personas que merecen crédito, e dijeron así. (...) En la costa de la mar del Norte (...) está una nación de indios llamados aruacas, gente de buen aspecto e de tales obras, que con respecto de los indios de estas partes les hacen mucha ventaja. Andan desnudos, sin ninguna ropa (...). *Muéstranse muy amigos de los cristianos, y son enemiguísimos de los indios caribes*⁴⁴⁵, con quien siempre están en guerra, e los caribes con ellos, así por mar como por tierra. E cuando los caribes prenden a alguno de estos aruacas, los que están gordos, matan y comen, y tienen por muy estimado manjar la carne de la nalga; y con la gordura o grasa de los tales, para defensa de la calor dellos, se untan los cuerpos y los cabellos, y los traen tan pendientes como si con miel u otro licor los untasen (...). Y al indio que toman flaco, engórdanle con brebajes que le dan. Y de las calaveras y armaduras de huesos de medio cuerpo arriba, entoldan sus casas, y pónenlos por tanta orden, que hacen labor en las paredes, que son de palmas. Esto que es dicho [*sic*]⁴⁴⁶ es en las casas de hombres principales (...).

⁴⁴³ La cursiva es mía, para señalar la relevancia de esta afirmación, que determina la mirada de Oviedo hacia esas gentes.

⁴⁴⁴ La influencia de la tradición clásica se pone de manifiesto con esta alusión.

⁴⁴⁵ La cursiva es mía, para mostrar el catalizador del cambio de posicionamiento del cronista.

⁴⁴⁶ Supresión de la “coma asesina”, que en el texto ovetense se halla entre sujeto y predicado.

Los auracas, cuando captivan a sus enemigos caribes, a los que son viejos mátanlos (...) e no los comen; e a los que son mancebos o en buena edad, en captivándoles, los tresquilan e quitan los cabellos (que con su grasa curan como es dicho), como en venganza de esa injuria (...). E sírvense dellos en sus labores como de esclavos, e los truecan, (...) e llámanlos pretos o moavis; y como siempre andan tresquilados, son conocidos por tales captivos, e algunas veces los truecan a cristianos (...).

Son gentes, los auracas, amigables, e traen las orejas de la manera de los orejones que dicen en el Perú. Y contractan por los ríos arriba muchas leguas, y con muchas y diversas nasciones que ellos tienen por amigos, y en la mar, asimesmo contractan (...) con armadas de cincuenta o sesenta navíos, canoas o piraguas, con quinientos o ochocientos indios de pelea, arqueros, muy bien proveídos de bastimentos e armas. Han tomado conversación e amistad con los cristianos españoles de la isla Margarita e la de Cubagua, que es adonde vienen; e son tractados e acogidos como amigos, e quieren mucho a nuestra nasción, e como no saben la lengua, por señas significan e ruegan a los españoles que se vayan con ellos a su tierra.

El año de treinta y dos, llegó cerca desa generación el gobernador Diego de Ordaz, el cual, (...) le fueron a ver (...) estos aruacas, e importunaron a algunos cristianos que se fuesen con ellos. E toparon con un morisco esclavo de los Silvas (tres hermanos que degolló el licenciado Gil González Dávila, alcalde mayor del dicho Ordaz), el cual morisco, viendo muertos sus señores e amos, se fue con los aruacas, donde estuvo doce años, y tomó muy bien la lengua. Y el año de mill e quinientos e cuarenta y cuatro este morisco arribó (...) a las islas ya dichas (...). Y dio noticia e lengua de la tierra e buena gente de los aruacas; y preguntáronle que en qué había pasado su vida e tiempo, e de qué forma los servía, y cómo los tenía contentos; e dijo que los señores principales le dieron sus hijas por mujeres, (...) e que era muy honrado, (...) e que le llevaban los indios en los hombros e le hacían muchas fiestas; e que en lo que él les servía era en la guerra e armadas, e lo llevaban por capitán general, e que tenían por opinión que do quiera que fuese, quedaban vencedores de sus enemigos los caribes; y que así le había acaescido muchas veces (...).

Por medio de este morisco se comenzó la amistad de los aruacas con estas dos islas nuestras, porque antes ni se entendían (...). Antes que el morisco viniese, (...) auracas (...) no osaban saltar en tierra de la Margarita (...); y desde entonces acá, por medio de este morisco saltan (...) e comunican con los cristianos, e siempre van muy contentos, e son bien tractados de los nuestros. Y se espera que continuará la conversación (...) y con esa amistad y costumbre de se visitar, poco a poco se convertirán a nuestra sancta fe católica (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. XVII, pp. 435-437).

Desentrañemos las divergencias, porque el viraje, en lo concerniente a la contemplación y narración sobre los auracas, es absoluto. Y todo parte de las relaciones que entablan esas gentes nativas con los caribes y con los cristianos; y reside, principalmente, en la asunción de estas dos sentencias nucleares: “Esta gente es muy amiga de los caribes” (III, p. 397) y esta gente “muéstranse muy amigos de los cristianos, y son enemiguísimos de los indios caribes” (XVII, p. 435).

Si examinamos a esos aruacas “amigos de los caribes”, el retrato resultante se enraíza en el menosprecio y en el repudio ovetense. El aruaca, por afinidad con el abominable caribe, es un siervo del Mal, un idólatra que venera al demonio en sus rituales funerarios y que celebra fiestas mefistofélicas, teñidas de sangre y sustentadas en las torturas humanas. La *narratio* de esa particular ceremonia acongoja a ese lector transportado a una escenografía en la que desfilan tumbas y cemíes; palos y verdugazos; temor, dolor y risas hilarantes. El cromatismo se inserta en la pupila, del negro de las pinturas, y del rojo de los embijados, del vino y de la sangre, al blanco frío e impávido, marmóreo, introducido eficazmente con la metáfora: “no hacían más mudanza que si fueran de mármol; antes mostraban placer, y tal había que se reía, aunque la sangre, como es dicho, le saltaba e corría por las piernas abajo” (pp. 398-399). Un disfrute sádico, y bañado en ríos sangrientos, que deja en bastante mal lugar a los aruacas.

Sin embargo, la tesisura del aruaca del capítulo XVII es totalmente antagónica a la descrita con anterioridad. El testimonio de dos hombres honrados –“llamados Rodrigo Navarrete e Alonso Rojas”⁴⁴⁷ (p. 435)- y, por ende, merecedores de todo su crédito, echan por tierra la imagen denigratoria que Oviedo construyó previamente sobre esas gentes, motivo por el que el cronista confiesa sus yerros. Es tal su empeño de resarcirse -de demostrar la humildad de su *yo* y su fidelidad a la verdad-, que los aruacas padecen una metamorfosis, diríamos, milagrosa, asomando en esa prosa enmendadora como “gente de buen aspecto e de tales obras, que con respecto de los indios de estas partes les hacen mucha ventaja” (p. 435). La virada, por ende, no solo atañe a la etopeya de esas gentes, sino que también afecta a su prosopografía, porque estos aruacas “amigables” (p. 436) son de tan buen parecer como de proceder.

¿Dónde quedan las conductas idolatras, torturadoras y salvajes que cupieron las páginas del capítulo III? De un plumazo, la escritura se tiñe ahora de alabanzas y colores, subrayando las gracias físicas y ornamentales (como el motivo de sus orejas) de esta gente; ensalzando el sentido de la justicia que poseen frente al enemigo caníbal (al que no se comen, aunque sí lo esclavizan y tresquilan, en señal de venganza por el trato que esas gentes antropófagas tienen con ellos); y, lo más sugestivo, exaltando la buena disposición que tienen los aruacas con otras gentes y, en especial, con los cristianos, que

⁴⁴⁷ En el capítulo III, fueron unos españoles los que le certificaron el testimonio. Nótese, sin embargo, que el cronista, tan metódico con la cita de sus fuentes testimoniales, no incluye nombres de los testigos. La fuente informativa es, así, indeterminada.

“quieren mucho a nuestra nasción (...) e ruegan a los españoles que se vayan con ellos a su tierra” (p. 436). Y para que no se diga que el cronista no hilvana coherentemente sus escritos, vuelve a sacarle partido narrativo a aquellos malhadados personajes, a los degollados hermanos Silvas, que, aunque de fugaz aparición, tuvieron, providencialmente, un “morisco esclavo” (p. 436), vuelto luego adalid de los araucas y glorioso siervo del imperio -que “el morisco se ofresció ... de hacer perfeta e grande la amistad e confederación de los araucas con los españoles” (p. 437)-.

Concluamos, pues, este análisis con ese regusto placentero que se empeña el cronista en imprimir a su texto, cincelandolo con esa “amistad e confederación de los araucas con los españoles” (p. 437) y contentándose por ella. Un sentimiento que no le reconocería Las Casas, al considerarlo, en esencia, un enemigo de los indios.

Empero, con la confrontación de estos dos capítulos del Libro XXIV -tan próximos en la crónica, pero tan dispares en opiniones – se ha tratado de mostrar que, frente al indio, los fallos del cronista son muy heterogéneos, determinados por las distintas radioscopias que el etnógrafo nos proyecta de cada población. Y que, pese al prejuiciado veredicto, el *yo* se valida cuando se reviste de honestidad, cuando se retracta y subsana sus equívocos.

Mas, veamos otros ejemplos, que la *Historia* nos llega atestada de poblaciones amerindias sorprendentes, magníficas y, para el cronista, ventajosas. En 1976, el Fondo de Promoción de Cultura del Banco de América publicaba un tomo que recogía los testimonios de Oviedo a propósito de Nicaragua. “Se debe a Gonzalo Fernández de Oviedo, nombrado cronista oficial de Las Indias en 1532, la más completa relación sobre la Nicaragua indígena al tiempo de la conquista española” (p. 335), reza el inicio del capítulo VI de ese libro⁴⁴⁸, porque “Oviedo vivió en León Viejo entre 1527 y 1529, (...) fue testigo principal y activo participante de varios acontecimientos y (...) dejó una descripción de Nicaragua más completa que la de los otros cronistas que visitaron el país en aquellos tiempos” (p. 335).

Por consiguiente, aprovechemos este filón y examinemos cómo define a los indios de la gobernación de Nicaragua en su *Historia*. Repararnos en la representación detallada que el cronista nos brinda de las ceremonias de aquellas gentes del cacique Viejo - “que

⁴⁴⁸ El texto está digitalizado por Bolaños en <https://www.enriquebolanos.org/media/archivo/CCBA%20-%20SERIE%20CRONISTAS%20-%202006%20-%202007.pdf>

así lo llaman, porque él era muy viejo (e yo le conocí e hablé), pero su propio nombre fue Agateite” (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, p. 413). En la del areito, “que allí lo llaman *mitote*” (p. 413), y los “cantos en coro” (p. 413), que suelen hacer cuando recogen “el fructo del cacao, que son aquellas almendras que entre aquella gente corren por moneda, e de que hacen aquel brebaje que por tan excelente cosa tienen” (p. 413); o en la del ceremonial del volador, artilugio tan insólito que no le basta a Oviedo con esta minuciosa descripción narrativa, que la acompaña de su correspondiente dibujo (lámina 15, fig. 1., de la edición que manejamos):

Andaban un contrapás hasta setenta personas (...) pintados todos e con muchos e hermosos penachos e calzas, e jubones muy bigarrados e diversas labores e colores (...) que ninguno los juzgara *sino por tan bien vestidos como cuantos gentiles soldados alemanes o tudescos se pueden ataviar*⁴⁴⁹. (...) Algunos llevaban máscaras de gestos de aves; e aquel contrapás dábanlo alrededor de la plaza e de dos en dos, e desviados a tres o cuatro pasos⁴⁵⁰. Y en medio de la plaza estaba un palo alto, hincado, de más de ochenta palmos, y encima, en la punta del palo, estaba un ídolo asentado e muy pintado, que dicen ellos que es el dios del *cacaguat* o cacao. E había cuatro palos en cuadro puestos en torno del palo, e revuelto a eso, una cuerda de bejuco tan gruesa como dos dedos (o de cabuya), e a los cabos de ella, atados dos muchachos de cada siete u ocho años, el uno con un arco en la mano, y en la otra un manojito de flechas; y el otro tenía en la mano un moscador lindo de plumas, y en la otra un espejo. Y a cierto tiempo del contrapás, (...) desenvolviéndose la cuerda, andaban en el aire dando vueltas alrededor (...); y en tanto que bajaban esos muchachos, danzaban los setenta un contrapás, muy ordenadamente, al son de los que cantaban o tañían en cerco atambores e atabales (...) (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, p. 413).

Advertimos en cómo hace notar el cronista que los naturales de Nicaragua “se precian de andar muy bien peinados” y en que “hacen peines de púas de huesos de venados, blancos, que parecen marfil; e otros hacen negros, de madera rescia e muy gentil, e son buenos e a manera de escarpidores” (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XII, p. 427).

Y observamos su descripción del cacique Agateite, y cómo esta le sirve al cronista para volver a revalidarse. La veracidad viene otorgada por la nota autobiográfica, por el yo testimonial. Y a la postre, el nombre propio del hombre que lo acompaña refuerza

⁴⁴⁹Nótese el elogio de los atavíos de los indígenas. Con la comparación, se establece una relación de igualdad entre el primer referente (el indio nicaragüense) y el segundo (los gentiles soldados alemanes y tudescos).

⁴⁵⁰ En este detalle, se desvela el descriptor puntilloso que es Oviedo, quien pone todo su esmero en especificar, incluso, el número de pasos.

también la verosimilitud de la noticia. Por su parte, la prosopografía del cacique de Tecoaatega capta hasta el nimio detalle de los ‘pocos pelos blancos’ de la punta de la barba; mientras la etopeya informa de la compostura severa –“seco e grave en el hablar”- del jefe indio. Enseguida se aprecia que un cierto reconocimiento hacia el gobernante amerindio. El lector infiere que se trata de un personaje respetado y distinguido entre los suyos, que –“mostraba bien la ventaja de su persona”-, e incluso muy temido. Sin embargo, el semblante del cacique Viejo va a mudar a más cortés -cual “hombre de gentil entendimiento”-, cuando es conocedor de la identidad de su ilustre interlocutor y de las consideraciones que con él tienen aquellos “hombres de bien” que van con él. Los lazos de camaradería y familiaridad que vislumbra el cacique, y la imagen, fundamentalmente aduladora, que se proyecta de Oviedo propician que el indio no solo sienta curiosidad o respeto por don Gonzalo, sino que incluso “queden como amigos”. Así, la lisonja ovetense -subrayada en cursiva- se erige hegemónica en las últimas líneas de esta secuencia narrativa, en las que el *yo* narrador se prestigia, halago tras halago, en un discurso que persigue proyectar su imagen de autoridad:

Tenía el cacique una mantilla delgada de algodón blanco con que se cubría, e su persona de él estaba todo el cuerpo e brazos e piernas e pescuezo e garganta pintado; y el cabello largo, e la barba luenga, en la cual solamente tenía en la punta de la barba y en el bezo muy pocos pelos e blancos, y en su aspecto yo le juzgué por hombre de septenta años o más. Era alto de cuerpo, e seco e grave en el hablar, en tal manera, que como *yo* era nuevo en la tierra, e *le fui a ver en compañía de un capellán del gobernador Diego López de Salcedo*⁴⁵¹, e otros dos o tres hombres de bien, e vido que aquéllos me

⁴⁵¹ Oviedo da buena cuenta de su amistad con Diego López y del enemigo común que ambos compartían: Pedrarias. En la crónica explica que estuvo un tiempo en Nicaragua con Diego, “hasta que fue a gobernar aquella tierra Pedrarias, donde no me faltaron trabajos e pependencias nuevas con él, a causa del gobernador Diego López de Salcedo, que era mi amigo, e su mujer e la mía primas, hijas de dos hermanas” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXV, p. 311). En las *Batallas*, entre “gestos de orgullo, satisfacción y convicción” (Avalle Arce, 1989, p. 445, n817), promociona su *General Historia*, donde se hallarán “algunas cosas que os maravilleis de oyrlas, e muchas para les aver manzilla” (edición de Avalle Arce, 1989, p. 445), y de entre estas últimas:

Toparés en esas historias a Diego López de Salcedo (...) e verés cómo se le amotinó el capitán Hernando de Soto, capitán de su guarda, e cómo le tuvo ciertos meses preso el gobernador Pedrarias en la fortaleza de León de Nagarando. E cómo le soltó e lo sacó con trompetas e acompañándole una lengua de León, e le embió a su gobernación de Puerto de Cavallos de Honduras. E él yva tal del ospedaje que desde a poco murió (*Batallas*, Pausa tercera, edición de Avalle Arce, 1989, p. 444).

Relato que presenta más pormenorizado en la crónica, en la que detalla que pudo haber pagado Diego “mil pesos de oro” para su liberación y que saldría en tan mal estado de prisión que poco tardaría en fallecer:

(...) supieron que en León de Nicaragua tenía Pedrarias preso al gobernador Diego López, (...) e anduvieron en escriptos e libelos, molestando e pidiendo a Diego López lo que él en verdad no les debía ni era a cargo (...), después que estuvo allá un año murió, porque iba fatigado de una llaga vieja en una pierna, e muchos más de los trabajos e prisión que había tenido en León de Nicaragua (*Historia*, 119, Libro XXXI, cap. II, p. 368).

honraban, e nunca me quiso hablar ni responder hasta que la lengua le dijo que era yo capitán e criado del Emperador nuestro señor, e pariente del gobernador. Y entonces trocó la gravedad e me mostró otra cara, e respondió a lo que le preguntaba, como hombre de gentil entendimiento, y en la verdad, mostraba bien la ventaja de su persona. E quiso saber mi nombre e qué debdo tenía con el gobernador; e aquel padre clérigo le dijo que la mujer del gobernador e la mía eran primas, e desde a más de dos horas preguntó en mi ausencia, a un criado mío, este debdo e mi nombre, por ver si le engañaba el clérigo, y en fin quedamos amigos (Historia, 120, Libro XLII, cap. XIII, pp. 429-430).

Notamos, asimismo, que el historiador repara en que los “indios son muy agoreros” y que en las señales en el cielo identificaban los ancianos que se “iban a morir los indios en caminos”, es decir, “su muerte dellos caminando” (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, pp. 418-419). La ironía se amalgama con la denuncia en este discurso, en el que el escritor no puede callar las injusticias que se cometen contra los amerindios:

Y podíanlo muy bien decir o adivinar, porque los cristianos los cargaban e mataban, sirviéndose dellos como de bestias, acarreando e llevando a cuestras de unas partes a otras todo lo que les mandaban (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, p. 419).

Y con este mismo propósito, retoma igualmente la figura del más cruel de los gobernadores, su archienemigo Pedrarias, para escenificar una secuencia de suma crueldad:

Prendieron (...) indios caciques e indios principales, e mandóles Pedrarias aperrear e que los comiesen a ellos perros. E (...), en la plaza de León, los justificaron desta manera: que le daban al indio un palo que tuviese en la mano, e decíanle con la lengua o intérprete que se defendiese de los perros e los matase él a palos; e a cada indio echaban cinco o seis perros cachorros (...), e como eran canes nuevos (...), él le daba algún coscorrón (...). E cuando él parecía que los tenía vencidos con su palo, soltaban un perro o dos de los (...) alanos diestros, que presto daban con el indio en tierra, e cargaban los demás e lo desollaban e destripaban e comían de él lo que querían (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, p. 420).

Vamos perfilando así esta mirada de Fernández de Oviedo hacia el natural. Ciertamente, el cronista se espanta de la costumbre “inhumana e desapiadada” del indio de “comer carne humana” o de “vender en los mercados o empeñar por prescio los propios hijos” (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, p. 420). Pero, aunque dice que entre las gentes

de Nicaragua “hay brujos y brujas⁴⁵²” que, cuando desean se convierten “tigres o leones”, y que “confesaban que hablaban con el diablo” (p. 420), esta es una narración aséptica y profusa en detalles, más propia de un antropólogo que del devoto que habita en la *Historia*. Tan pormenorizada es, de hecho, su información, que un desfile de dioses (*Tipotani, Nenbithia, Thomaotheot...*) y de ángeles (*Tamachas, Taraocazcati, Tamacastoval...*) se agolpan en esos renglones, revelando que de estos “nunca se acabarían de escribir, si del todo se dijese” (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, p. 421).

No es tan objetivo, sin embargo, el parlamento que le prosigue, y con el que, de algún modo, excusa Oviedo la idolatría de estos naturales, que olvidaron a Dios. Este discurso, que no deja de sorprendernos por la devoción religiosa de quien lo pronuncia, se construye sobre una sucesión de analogías, recurso literario del que se sirve para establecer semejanzas entre otras culturas idólatras y las amerindias, y así argumentar en defensa del indio. El cronista dice “no maravillarse” de esos rituales, cuando la historia está repleta de ejemplos semejantes que han sido asumidos:

Que esta gente barbarísima e indocta sea idólatra *no me maravillo*, pues que los judíos hicieron aquel becerro de oro en memoria de Apís, dios de los egipcios. Que tengan los indios ídolos e imágenes de piedra e de palo e de barro, las cuales yo he visto, *tampoco me maravillo*, pues se escribe que Promoteo fue el primero que hizo imágenes de hombres, de barro. Los hebreos tomaron a Baal por su dios, e hicieron con él pleitesía de lo tener siempre por dios, e olvidaron al Dios verdadero, su Señor, que los había librado de sus enemigos (...). Asimesmo sabemos que los judíos⁴⁵³ adoraron el sol e la luna y estrellas, como la Sagrada Escripura más largamente lo acuerda (...). E, pues, (...) *no me parece que estotros indios bestiales son tan dignos de culpa* (...) (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XI, p. 421).

Asimos, finalmente, el último capítulo del Libro XXV de la *Historia*, en el que nos detenemos, en tanto resume los argumentos hasta ahora diseminados: **el interés y el respeto del historiador por el hombre natural.**

⁴⁵² “*Texoxe* se llama la bruja o brujo, e platicase en aquella tierra e tienen por averiguado entre los indios, que estos *texoxes* se transforman en lagarto o perro o tigre, o en la forma del animal que quieren” (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XII, p. 426).

⁴⁵³ Nótese que a los judíos se los menciona dos veces. A propósito del judaísmo, Avalle-Arce señalaba la posibilidad de que tuviéramos en Oviedo a un judío converso, quien, con la “voluntad de ser algo” (1963, p. 6), borraría de su escritura cualquier rasgo de esos orígenes. Recordemos que en las *Batallas* (III, p. 224) don Gonzalo confesaba estar emparentado con el linaje de los Valdés, y que tenemos en nuestra memoria el referente converso de los hermanos Juan y Alfonso de Valdés.

Este capítulo XXII devuelve al etnógrafo apasionado y escrupuloso en relatar las particularidades de la gente de Venezuela, “las cuales, (...) ha de advertir el lector que cada una dellas es en sí muy notable e digna de ser memorada e con atención considerada” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 58). El ojo del cronista, metódico y puntilloso, repara en la militar disciplina de estos hombres, que con sus pinturas “van de grado en grado, aumentando su hidalguía e nobleza” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 60), y definiendo su estatus. En esta secuencia narrativa, la concatenación o epanadiplosis evidencia su criterio metodológico, ahincado en la aprehensión del indio como si se tratase de una captura ‘fotográfica’, y a cuerpo entero:

Acá los hombres (...) se pintan comenzando desde la punta de los dedos hasta las muñecas, y desde allí hasta el cobdo, y desde el cobdo al hombro, y después desde la cinta al estómago, y desde el estómago a las tetas, y desde allí a la garganta, y desde la garganta a la boca, y desde la boca hasta los ojos, y desde los ojos hasta la frente. Y como desde allí arriba no hay más que pintar, el toro grado superior es traer un pedazo de piel de tigre en la frente alrededor. Y llegado a este término de nobleza, el otro grado que es mayor (...) es traer un collar de hueso de hombres muertos; y el que ya tiene aquesto está en la cumbre militar (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 60).

Considera Oviedo que esas directrices y normas que tan firmemente siguen estas gentes merecen su aparte, que “ninguno tiene necesidad ni atrevimiento de se anticipar ni pintar en esos grados, sino procediendo la orden general que es dicho” (p. 60). Su mentalidad, anclada todavía en el sistema de vasallaje medieval, infiere las jerarquías de esos indígenas. La analogía no solo vincula la pirámide estamental del amerindio con la del Viejo Mundo; incluso retrotrae a gloriosos y heroicos nombres de nuestra tradición para compararlos con los capitanes indios:

de perchero a libre, e de libre a hidalgo exento, y de hidalgo a caballero, e de caballero a conde o a marqués, e de marqués a duque, y de duque a príncipe, etc. Y el indio que anda ya pintado en la misma cara, o más alto en la frente, o trae el pellejo de tigre, o los huesos que es dicho, es como un valiente capitán, o como un Viriato, o como otro conde Fernán González, o el Cid Ruy Díaz (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 60).

La *gradatio* y la epanadiplosis le sirven de nuevo al historiador para dejar bien armada la pirámide vasallática. Con el recurso estilístico de la recolección recupera Oviedo, para el lector, los distintos abalorios y ritos pictóricos de los aborígenes que se han ido diseminando -y quizás olvidando- en la narración previamente. Y la comparación subraya coincidencias entre las gentes naturales y las, presumiblemente, ‘civilizadas’. En

este punto, el argumento lascasiano de que Oviedo trataba al indio de bestia, de ser incivilizado, se debilita.

Aunque mucha más enjundia descriptiva poseen los siguientes dos fragmentos, destinados a alumbrar al lector sobre cómo tapan sus “vergüenzas” los indios de aquellos territorios venezolanos. Con este tipo de descripciones tan minuciosas y a la llana, sin embozos ni comedimientos, y sin aparente extrañamiento, se dignifica la mirada transversal del científico-naturalista que habita en la *Historia*; se valida la rigurosidad del yo-narrador. Y, asimismo, se revaloriza la crónica, en tanto fuente antropológica y etnográfica con vocación de perdurabilidad. Y es que la relevancia de estos cuadros descriptivos se amplifica, al percatarnos de que, con ellos, Oviedo estaba preservando la memoria y la identidad sociocultural de esas comunidades antiguas. De que, en estas lides, regía la *Historia* objetiva:

Los que son varones traen el miembro viril metido en un calabacito cerrado o cuello de calabaza, e con un cordón ceñido, le tienen e cubren aquella parte más deshonesta de su persona; pero los otros quedan descubiertos y al aire.

Las mujeres traen unas bragas, que es una mantilleja o trapo de algodón, tan ancho como dos palmos, e más o menos, prendido en una cuerda que se ciñen; e aquel trapo baja sobre las nalgas, e métenlo entre las piernas, e súbenlo a prender en la misma cintura. Así que atapa sus vergüenzas y el vientre, y todo lo restante del cuerpo es desnudo. Pero las mujeres que son doncellas o no han conocido varón, e para que se conosca su virginidad, hacen así: traen las bragas como las otras mujeres, y échanse al cuello una cuerda, y los cabos della tómanlos adelante, e crúzanlos en la boca del estómago, y desde allí, el uno va a se atar al hilo de la cintura en el lado izquierdo o cadera, y el otro en la otra cadera o hilo mesmo de la cintura; así que, el que vino desde el hombro derecho se ata en la parte siniestra, y el del hombro siniestro, en la parte o cadera derecha. Y ponen otro hilo por detrás, atado al cuello (digo en el hilo que es dicho), e baja derecho por el canal de las espaldas, e atájese en el hilo de la cintura que es dicho, en que anda aquella su braga. Y es tan cierta señal de ser virgen la moza o mujer que esta insinia trae, que indubitadamente ninguna otra lo trae, y más segura prenda de la pudicia de aquella gente bestial, que la que entre los cristianos e otras nasciones de Europa ni de Asia o de África fingen las que doncellas se llaman” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 59).

Volvemos, en verdad, a tropezarnos con el sintagma “gente bestial”. Pero no podemos anclarnos en esa terminología, sin vislumbrar más allá. Porque, en la comparativa que establece seguidamente Fernández de Oviedo entre las mujeres indias y las europeas, la loa se las llevan las primeras, en claro detrimento de las segundas. Es la

indígena quien mejor guarda su honra, con sinceridad y fidelidad; y no como en el viejo continente, donde tantas mujeres fingen ser doncellas:

E por ser mejor entendido, he querido pintar estas mujeres o doncellas vírgenes, pues que, por nuestros pecados, más fiel guarda son estos hilos destas indias, para su abono, que en nuestra Europa las clausuras y porteros⁴⁵⁴ que algunas mujeres muy estimadas tienen. Y estas de acá, andándose por el campo y siendo su propia voluntad su guarda, basta este hilo que es dicho, para conservar su honra e crédito, e por ninguna manera se le osaría poner mujer que corrupta fuese (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 59).

Se ha referido igualmente la relevancia que adquiere la *Historia* en la preservación de **lenguas amerindias**. Hemos ido viendo cómo acrecienta y enriquece Oviedo su enciclopédica obra en castellano con numerosos prestamos léxicos, tantas voces extranjeras que, con el tiempo, pasarán a formar parte del vocabulario español. Este capítulo no va a desmerecer esta virtud ovetense, que nos viene trufado de indigenismos. Del escudriñamiento al mundo animal, además del *perico ligero*, nombra el Alcaide a las *dantas*, que otros “las llaman *vacas*”, “e los indios, en la provincia de Cueva, las dicen *beoris*”⁴⁵⁵ (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 60); informa de que “hay mucha langosta, que los indios llaman *tara*” (p. 61), y que abunda tanto que “cubre el aire e no se poder ver el cielo, en partes, por su mucha multitud (p. 61). Y de los árboles fructíferos, da cuenta del *mamón* (p. 61), y de frutos como los *cemirucos* (p. 61), que son parecidos a las cerezas, y el “*comoho*, que en efeto son las tunas” (p. 61).

Y para clausurar el análisis de este capítulo de la *Historia*, hemos reservado el diálogo enjundioso y reflexivo que incorpora el cronista, a propósito de la moralidad de los cristianos y de los indios. Observen a quién enjuicia, contra quién dirige el cronista estas sarcásticas y demoledoras palabras:

No puedo acordarme de lo que agora diré, que oí a este señor obispo, que deje de reírme de lo que le dijo un indio principal; al cual él reprendiendo de algunas torpezas y deshonestidades, y del mucho mentir, y exhortándole a que no lo hiciese más e que viviese bien, e que aprendiese las cosas de virtud, e a este propósito otras muchas e buenas amonestaciones, le dijo el obispo: “Dime, bellaco, ¿por qué haces estas cosas”

Dijo el indio: “¿No ves tú, señor, que me voy haciendo cristiano?”

Quasidicad: “voy seyendo bellaco, como vosotros los cristianos”

⁴⁵⁴ Refiere Oviedo a las guardianes de honras.

⁴⁵⁵ Aclara, además, el cronista que “así estos como los otros animales todos, los nombran en diversas provincias diferenciadamente, porque son muy apartadas lenguas las de los indios, y en poco término de lenguas no se entienden los unos con los otros” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 60).

A lo cual el obispo replicó: “Mira, el cristiano que hace lo que tú haces, vasa al infierno, e castigarle he yo al que supiere que es bellaco”.

He así deberían nuestros cristianos mirar lo que es dicho que no es poco vergonzosa respuesta para ellos la deste indio, para enmendar sus vidas y no ser causa que estas gentes salvajes puedan aprender dellos a mal vivir, sino a bien obrar, pues que no se pierdan como ellos (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. XXII, p. 59)

La cita cuestiona el comportamiento nada ejemplar de muchos cristianos, propicia la reflexión acerca de sobre quién recae el adoctrinamiento de los indígenas y constata el raciocinio de este indio. En esta línea, Las Casas, en “Respuesta al primer argumento de Sepúlveda”, y ahondando en la naturaleza de los “bárbaros”, y en la doctrina aristotélica, fundamentaba que:

Éstos tienen un legítimo, justo y natural gobierno, aunque carezcan del arte o ejercicio de las letras; ahora bien, *no les falta prudencia y habilidad* para regirse o gobernarse tanto pública como privadamente; (...) a sus pueblos y súbditos *no les falta la justicia y la paz* (...). Por tanto, *no todos los bárbaros carecen de razón* ni son siervos por naturaleza o indignos de gobernarse (...) *Y si enseñamos que entre nuestros indios que habitan las regiones occidentales y meridionales (pasemos por llamarlo bárbaros o por que sean bárbaros), existen reinos ilustres, grandes masas de hombres que viven conforme a un régimen político y social, hay grandes ciudades, reyes, jueces y leyes, todo ello dentro de una organización en que se da el comercio, la compraventa, el alquiler y los demás contratos propios del Derecho de gentes, ¿acaso no quedará probado que el Reverendo Doctor Sepúlveda, viciosa y muy culpablemente (...), falseó contra tales gentes la doctrina de Aristóteles (...) y (...) de manera falsa y muy inexpiable infamó a aquellas gentes (...)?* (Losada, 1975, p. 134).

Consideraba E. Daymond Turner que, en lo concerniente a la nobleza del salvaje, “the Alcaide of Santo Domingo was no Las Casas. (...) But prejudice did not blind him to Indian virtues where these were found “(Turner, 1964, p. 273). Frente al alegato lascasiano, seamos, por consiguiente, consecuentes. Si algún cronista del XVI ha registrado con minucia, con singular y admirativo empeño esas particularidades indígenas, ese ha sido Gonzalo Fernández de Oviedo. Peinados, vestimentas, costumbres, jerarquías sociales y políticas, artes de guerrear, organizaciones comerciales, modos de agricultura, caza y pesca, secretos culinarios o vocablos ‘sabrosos’; nada escapa al elogio

bien argumentado de este cronista que, como él mismo aduciría, en el ocaso de su vida acabaría perteneciendo “more to the New World than the Old”⁴⁵⁶ (Turner, 1964, p. 274).

¿En qué distan, entonces, aquí, sus miradas? Ciertamente, el alcaide, que tanto ha presenciado y experimentado en Las Indias, no puede comulgar con la imagen idílica que Las Casas esboza del amerindio, esa definición ilusa de gente “dócil (...) y muy inclinada a abrazar, cultivar y observar la religión cristina y a corregir sus pecados” (Losada, 1975, p. 135). Pero ambas pronuncias -las del clérigo y las del historiador-, en el fondo, caminan muy en paralelo en las cuestiones del natural. Recordemos que, aun siendo el cronista del Imperio, Oviedo “rioconobbe che la conquista del Nuovo Mondo fue accompagnata da scena di orrore e di crudeltà” contra aquellas poblaciones (Patisso, 2014, p. 85) y afrontó enérgicamente con su prosa histórica y otros escritos legales a quienes los maltrataron y diezmaron. Que no le tembló el pulso al elogiar lo indiano en detrimento de las costumbres españolas y que fue muy crítico contra los abusos de los conquistadores⁴⁵⁷.

⁴⁵⁶ Tomaba prestada Turner (1964, p. 274) esta cita de J. Natalicio González -que reproducimos en su totalidad- con el fin de subrayar el sentimiento de pertenencia del viejo Alcaide, arraigado tantos años en tierras indianas:

In spite of all, the name of Oviedo will not see itself erased from the annals of America. His book, immense, verbose, veracious, partial and fabulous at the same time, will be for centuries to come one of the indispensable reference works for the clarification of our origins. The old historian, robust and burdened with years as a Biblical patriarch, is also a child of America, which he did not understand in its entirety, but of which he made himself a part, because that one who consecrates all the powers of his spirit to expressing the complex content of a world, ends by being absorbed by it. The fact is that this punctilious Castilian who conversed with Leonardo, who frequented the house of Michael Angelo, who knew all of the great figures of Europe when Spain was mistress of the nations, noticing suddenly in the evening of life that he belonged more to the New World than the Old, remarked in 1546 to the future Phillip II:

‘This cold air of Madrid where I was born, is no longer suitable for a man who has been serving Their Majesties and Your Highness and your ancestors in the Indies for lo these thirty-five years!’

Melancholy words of a conquered conqueror, of the Spaniard who had imperceptibly become an American! (J. Natalicio González, ‘Prólogo’ a la *Historia*, Asunción del Paraguay, 1944, vol. I, pp. 17-18).

⁴⁵⁷ Sobre estas cuestiones también se pronuncia Valcárcel, quien ha examinado atentamente las claves de la composición textual de las crónicas. Concluye el estudioso “que sería difícil afirmar si Oviedo valora positiva o negativamente al indígena” (1997, p. 192), por las descripciones loables y, asimismo, denigrantes que se trenzan en la crónica.

“La tremenda batería de adjetivos descalificadores del indígena, aún hoy impresiona al lector”, sentencia el filólogo, pues “mezcla indiscriminadamente rasgos psicológicos con otros físicos, (...) y realiza una mezcocolanza al albur de lo más negativo del indio” (1997, p. 192).

No obstante, argumenta Valcárcel que también Oviedo “sabe valorar rasgos y actitudes positivos” (1997, p. 193). El cronista “considera razonable” (p. 193) que los indígenas se defiendan con las armas, “al padecer en su tierra a un invitado que no fue llamado” (p. 193); “aplica valores de la civilización occidental también a los indios, como por ejemplo el morir por la patria”, (p. 193), a quienes homologa con las sociedades “grecolatinas” (p. 193); “extiende a los indígenas su derecho a conservar la libertad” (p. 194); desestima para ellos “el calificativo de rebeldes” (p. 194); “acepta el relativismo cultural y pone en igualdad a

Señalaba Soria que “la visión dell’indio in Oviedo merita una rehabilitazione” (1989, p. 141), que su pensamiento “vanno letti in e vanno visti nella globalità delle quasi duemila pagine della *Historia*” (p. 141). En las “Conclusiones” de su *Fernández de Oviedo e il problema dell’indio*, el estudioso italiano determinaba que:

Oviedo è in sostanziale, anche se non sempre apparente, sintonia con la parte più liberale del dibattito sulla natura dell’indio. Lo è soprattutto sugli aspetti che più contano come il superamento del concetto aristotelico di ‘schiavitù naturale’. È, insomma, infinitamente più vicino a Las Casas di quanto non lo sia a Sepúlveda. Per Oviedo gli abitanti dell’America sono storicamente subordinati al superiore disegno provvidenziale che ha ispirato la conquista, ma culturalmente si pongono come parte integrante della meravigliosa polimorfia del creato⁴⁵⁸ (Soria, 1989, p. 142)

Efectivamente, la restitución y la revalorización de Oviedo pasan primero por la lectura cabal de su crónica. Porque los cincuenta Libros, asidos en comunión, desdibujan el retrato que le hizo Las Casas y proyectan la imagen de otro Oviedo, mucho más avenido que enemigo de los indios.

En definitiva, hemos ido viendo que son plurales –y paradójicos- los pasajes en que el historiador defiende la objetividad de los datos relatados y que, para otorgarles mayor veracidad, los adereza con sus acaloradas interpretaciones. Que la *Historia* se erige bajo el prisma religioso e imperialista, y que esto determina la mirada del cronista. Que su criterio descriptivo es su mayor virtud. Que su escritura testimonia la ansiedad del cronista por certificar su verdad narrativa y por prestigiarse. Que el Nuevo Mundo es descrito según sus similitudes y diferencias con el Viejo. Que es la misma crónica la que, al final, sirve de defensa frente a los embates de los que vinculan a Oviedo con la leyenda negra. Y que, con todo, el *yo* se convierte en *auctoritas* de la *Historia*, rociando de subjetividades su prosa. Son asimismo numerosas las ocasiones en las que el cronista recurre a la técnica de la amplificación, a las alabanzas, los vituperios o la inserción de

cristianos e indios, al menos en lo que se refiere al deseo de riqueza” (p. 194); y se muestra como “hombre de trato afable y humanitario con los indios” (p. 194), rechazando “los malos tratamientos y la gran crueldad de los conquistadores” (p. 195).

⁴⁵⁸ La traducción, extraída del traductor de Google, viene a decir:

Oviedo está sustancialmente, aunque no siempre aparente, en sintonía con los aspectos más litigiosos y más liberales del debate sobre la naturaleza del indio. Se trata sobre todo de los aspectos que más importan como la superación del concepto aristotélico de la esclavitud natural. Y, en definitiva, infinitamente más cerca de Las Casas que de Sepúlveda. Para Oviedo, los habitantes de América están históricamente subordinados al designio superior providencial que inspiró la conquista, pero culturalmente son parte integrante del maravilloso polimorfismo de la creación. (Traducción del texto de Soria, 1989, p. 142)

ejemplos para decantar la balanza y mover los afectos de los lectores, según su conveniencia. Atendamos, por consiguiente, a ese desfile de provechosos personajes.

- 2.1.1.3 ACTORES CONVENIENTES

“SERENO. ¿Pues qué me decís de ellos?”

(Oviedo, *BYQ*)⁴⁵⁹

“(…) mal aventurado fuera el que en tal tiempo no defendiera bien su vida y dejara de mostrar a los enemigos la virtud y armas de los cristianos.”

(Oviedo, *Historia*)⁴⁶⁰

“(…) y pensaréis que el que en mis tractados pareciere sin culpa o más loado que otros, que alguna pasión o amistad o interés particular, cobdicia e ocasión me movió, e que más templadamente me haya con unos que con otros (…).”

(Oviedo, *Historia*)⁴⁶¹

Es interesante ahondar en las caracterizaciones de algunos actores participantes en la *Historia*, ya que muestran, en su funcionalidad actancial, el rendimiento que el autor les saca en beneficio propio.

Es sabido que, ya sea con el pincel, ya con la pluma, el artista renacentista se detiene en el individuo para apresar el gesto en los rostros luminosos de figuras ejemplares o en el rictus diabólico de los tiranos. Capturar el detalle en el lienzo o en el papel es capital, porque en la escenificación confluye el retrato físico y la interioridad del personaje. Los logros de Lorenzo Lotto -véase, a ejemplo, su *Autorretrato*⁴⁶²-, de Alberto Durero o del gran da Vinci residen en la capacidad pictórica de representar los estados anímicos de sus modelos. Como espejo del alma, la mirada proyecta la altivez, la bondad, la melancolía o

⁴⁵⁹ Edición de Pérez de Tudela (1983, III, p. 279).

⁴⁶⁰ Oviedo (*Historia*, 118, Libro XVII, cap. XXVII, p. 177).

⁴⁶¹ Oviedo (*Historia*, 119, Libro XXVIII, cap. IV, p. 186).

⁴⁶² Según comenta Mar Borobia, el historiador Federico Zeri argumenta que este óleo pertenece a un autorretrato de Lotto: “el retrato resulta de una gran sobriedad (...), el fondo neutro, la presentación de la figura de busto y el modelado preciso”. La pintura “resalta con fuerza el rostro enmarcado con grandes manchas oscuras que corresponden al cabello, al sombrero y a la ropa”, y dicho “personaje mira con energía y gravedad al espectador, pese a que se ha optado por la alternativa de dejar una parte de su cara en penumbra”; una técnica que se cimienta en “una serie de detalles a veces de difícil interpretación, que suelen aludir al carácter, aficiones, profesión y vida de los modelos”. Véase, Lorenzo Lotto, *Autorretrato*, consultado en <https://www.museothyssen.org/coleccion/artistas/lotto-lorenzo/autorretrato>

el misterio; la postura corporal o el atavío definen su condición social; mientras la belleza femenina sigue los cánones retratísticos instaurados por el *Canzoniere* de Petrarca. Asevera González Echevarría que “la abundancia de retratos” es “en las historias de Indias otro reflejo de la historiografía medieval” (1983, p. 21). Apresamos, por ende, estas fluctuaciones retratísticas desde un estudio diacrónico, como confluencias clásicas y medievales renovadas por el espíritu renacentista, en un arte que plasma la mirada interpretativa -más o menos realista- del “pintor”: en cómo percibe este al retratado y los porqués de esas proyecciones.

Como se va a ir viendo, los personajes de la *Historia* son ricos en detalles y profundamente susceptibles a la **interpretación** ovetense. Suelen estas semblanzas enfatizar la descripción del modo de ser de esos individuos escogidos, incardinarse en la etopeya. Los más son descritos y desarrollados en profundidad, y presentados (y enjuiciados) según sus actos cristianos y rasgos morales. El punto de vista del narrador los dibuja, los clasifica en *tipos* (protagonistas, antagónicos y corales); y los hace desfilar, más o menos erguidos, dignificados, en función de las relaciones que establecieron tanto con la empresa colonizadora como con él mismo, en papeles de héroes imperiales, buenos siervos cristianos o abominables seres. Para lograr imágenes convincentes, la técnica ovetense combina la precisión descriptiva con la retórica de la persuasión, con estrategias discursivas encaminadas a amplificar las debilidades o las fortalezas, recalando en aspectos como los *vitia*⁴⁶³, la *sapientia* o la *fortitudo* de esos actores de la crónica.

Sobre la entereza moral/cristiana y la belleza física cimienta el autor la semblanza de Margarita de Vergara. El retrato que proporciona Oviedo de su primera esposa devela influencias petrarquistas y un referente en la *Silva de varia lección* de Pedro de Mexía, pero plasma, además, la congoja espiritual de don Gonzalo. El capítulo, dedicado íntegramente a Margarita, nos lega un precioso ejercicio de introspección del esposo, que muestra la idealización del personaje. La **Margarita** de Oviedo aspira a ser la Laura de Petrarca, y el cronista se embriaga de platonismo al expresar el desgarró emocional que le provoca la ausencia de su amada. El lirismo arriba con los epítetos y las metáforas a

⁴⁶³ En el *Tratado del Alma* [1538] (2023), concluye Luis Vives que “son vicios los actos contra lo piadoso y lo lícito, contra lo equitativo, el derecho, las leyes; contra las instituciones de los antepasados, contra las costumbres del país, contra los preceptos de los sabios y los consejos de los prudentes” (2023, Libro III, cap. XXIII, p. 224).

propósito de la hermosura y la pureza de alma de Margarita. En la *descriptio* impera la hipérbole para potenciar la excelsa belleza de la dama:

(...) me casé con Margarita de Vergara, de la cual oso decir, porque hoy viven muchos que la conocieron⁴⁶⁴, que fue una de las más hermosas mujeres que en su tiempo hobo en el reino de Toledo y en nuestra Madrid. La cual, después de su buena disposición corporal, fue tan acompañada de virtudes, que el menor bien que tenía, fue la hermosura exterior⁴⁶⁵, en que a todas sus vecinas hizo ventaja viviendo. (...) Margarita mía, después que nos casamos, se hizo preñada (...). Mas en aquella trabajosa noche, postrera de su mal parto, se tornó tan cana e blanca su cabeza, que los cabellos, que parecían tan fino oro, se tornaron de color de fina plata (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXLX, p. 198).

Recurriendo a la cita erudita (a Mexía y a Plinio), va construyendo la elogiosa etopeya de la dama. De este modo, cimienta el narrador la singularidad de la esposa:

La autoridad que este caballero Pedro de Mexía dice en su tratado, téngola yo por de Plinio, y así como Otavia nunca escupió, así mi Margarita lo mismo. Y porque su padre e otras personas me lo dijeron, yo estuve todavía dudoso o sobre aviso en tanto que Dios me la prestó (que fueron algo más de tres años), y nunca yo ni otra persona de mi morada la vido escupir (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXLX, p. 198).

Este rasgo distintivo de la joven es presentado como un prodigio, como un atributo excepcional. Tan increíble le resulta al cronista que, aun con el testimonio de familiares y conocidos, confiesa que “yo estuve todavía dudoso”. Y es que tal maravilla solo puede vincularse a lo divino, y por eso fue que Dios se “la prestó” durante esos tres años. Interpretamos aquí el posesivo (“mi Margarita”) como una forma de ir apuntalando el patetismo que va a eclosionar en los renglones posteriores, como estrategia para

⁴⁶⁴ Nótese la semántica del verbo escogido por el narrador (“osar”), con significado de atrevimiento. Que el autor sentencie que su Margarita fue la más hermosa de las damas toledanas puede resultarle al lector una afirmación un tanto presumida, fanfarrona. Para que su discurso no caiga en esa presuntuosidad, recurre Oviedo, como le es habitual, al testimonio de terceros para refrendar la verdad de su orgullosa aseveración.

⁴⁶⁵ La hermosura de Margarita representa con claridad la bondad de su alma. Como es sabido, la bondad (el bien) y la hermosura se amalgaman en la concepción platónica del amor. Por ello, alega Vives en el capítulo dedicado al amor (II) de su *Tratado del Alma* que “es natural que la belleza de los cuerpos represente (...) la de las almas con su cadencia, elegancia, proporción y armonía”. Así, “la perfección interior produce la externa; aquella se llama bondad, ésta hermosura” (2023, Libro III, cap. II, p. 144). En su *Batalla I* (Quinquagena IV, Diálogo XV), a propósito de los motivos que aparecen en el escudo de armas de don Juan de Arellano, Fernández de Oviedo vincula, en la descripción de la dama, la belleza con la divinidad:

una dama hermosísima, de la cinta arriba en cavello, e en la frente e a un lado un joyel con un precioso carunco o rubí con algunas perlas, y los cabellos rubios como oro, el vestido azul, e en la mano un ramo de azucenas blancas; y el tallo donde salen verde al natural. E su letra decía desta manera: ‘Bástame veros vos/Para conocer mi Dios (*BYQ*, vol. III, 2000, p. 55).

victimizarse y lograr conmover los afectos del lector. Con esta intencionalidad es traído, asimismo, el curioso ejemplo. Oviedo remite a la *Silva de varia lección* (I, 28), al capítulo en que Pedro de Mexía “cuenta algunas inclinaciones y propiedades de hombres, estrañas y apartadas de las comunes de los otros” (1989, vol. I, pp. 406-413). Entre todas esas cosas “de maravillar” (p. 409), este humanista sevillano (1497-1551) se asombra de que nunca se viera triste o alegre a Sócrates, de que Pontano no sintiera cosquillas en ninguna parte de su cuerpo, del relato de Aristóteles sobre una moza que se crió con ponzoña, de un hombre que meneaba las orejas como los caballos o de otro que contaba con “estraña habilidad”, que “sin menear la cabeza ni llegar la mano, levantaba los cabellos todos (...) y los echava sobre el rostro” (p. 409). Y entre todas esas grandes historias, se cuenta la de “Antonia⁴⁶⁶ (hija de Druso, romano) que en toda la vida escupió” (p. 408).

Respecto al gesto de no escupir, no hallamos otro significado aquí más que el de la rareza, la singularidad. Por otro lado, este rasgo vinculado a Margarita nos resulta insólito -quizá traído solo a cuento para alardear de la cita erudita-, más cuando todas las referencias al acto de escupir rastreadas por Gerbi en la *Historia* remiten a rituales sagrados amerindios:

La idealización de la saliva conyugal se presta para un curioso cotejo con los pasajes en que Oviedo refiere el rito del escupitajo de “Bogotá” y de los caciques postrados o arrodillados que recogían su saliva “como una cosa santa y preciosa⁴⁶⁷ (...), y de Atahualpa, cuya preciosa saliva no debe perderse en tierra, y “una mujer muy principal, que siempre a par dél estaba para este efeto, ponía la mano en que escupiese⁴⁶⁸” (1978, p. 167)

⁴⁶⁶ Nótese que Oviedo escribe ‘Otavia’ donde Mexía refiere a ‘Antonia’.

⁴⁶⁷ Refiere el cronista que estos indios, “gente de buen entendimiento y llegados a razón”, tenían dicha costumbre como un ritual sagrado:

Tiene aquella gente grand acatamiento y obediencia a sus mayores y señores, y no los miran a la cara, y aunque les hablan, han de tener vueltas las espaldas a su señor y la cabeza abajada, ora estén de pie o asentados. Cuando Bogotá escupía, luego se hincaban de rodillas uno o dos de los mayores que hay, se hablaban y volvían la cara atrás, y prestos, tendidos lo brazos, y una toalla sobre ellos tendida, ponían en que escupiese, porque aquella saliva dicen ellos que no debe tocar en tierra, como cosa santa (*Historia*, 119, Libro XXVI, capítulo XXIII, p. 111).

⁴⁶⁸ La saliva de Atahualpa aparece dignificada por aquellos indios “subjetos todos a Atabaliba”:

los cuales, como llegaban delante (...) le hacían grandísimo acatamiento, besándole los pies e las manos (...), porque su gravedad e grandeza deste príncipe era muy grande e la obediencia de sus súbditos conforme a ella (...). Cuando quería escopir, no había de echarse por ahí como la de los otros hombres; e, por tanto, una mujer muy principal, que siempre a la par de él estaba para este efecto, ponía la mano en que escupiese (*Historia*, 121, Libro XLVI, capítulo X, p. 64).

Sea como fuere, el desgarró emotivo entra en escena en la crónica con la inserción del caso de don Diego Osorio que, como Margarita, encaneció por temor a la muerte. “Vengamos a mi desventura y suya”, lamenta el compungido cronista, “y a la fin que hizo, e a las súbitas canas que le vinieron, y esto también ha acaescido a otras personas” (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXLX, p. 198). La anécdota, mucho más prolija en detalles en su *BYQ*⁴⁶⁹, establece semejanzas entre ese súbito deterioro *pre mortem* de su bella esposa y el del insigne caballero:

Y en especial me acuerdo de don Diego de Osorio en Sevilla e puesto en la torre del Oro, e dijéronle, o él lo creyó, que otro día le habían de cortar la cabeza por mandado de la Reina Católica, doña Isabel; y aunque era mancebo y sin tener cana alguna, en una noche se le tornaron los cabellos y barbas tan blancos como un armiño. Esto es muy notorio, e yo lo vi, porque antes que fuese preso lo conocí, y me hallé en la corte paje e muchacho, e le vi después suelto e cano, por lo cual se ponía una cabellera e se hacia la barba a menudo; e ha muy poco tiempo que murió sirviendo de maestrasala a la Emperatriz nuestra señora, de gloriosa memoria, estimado mucho por buen caballero e sabio (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXLX, p. 198)

Tras el fatídico parto, la rubia y larga cabellera de Margarita se torna plata. La evocación admirativa de los cabellos tiñe de nostalgia el final del capítulo, dejando al lector embriagado en mundos de tristeza melancólica:

Y en verdad mis ojos no han visto otros tales en mujer desta vida; porque eran muchos e tan largos, que siempre traía una parte del trenzado doblada, porque no le arrastrasen por tierra, y eran más de un palmo más luengos que su persona, puesto que no era mujer pequeña, sino mediana y de la estatura que convenía ser una mujer tan bien proporcionada y de hermosura tan complida como tuvo (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXLX, p. 198)

Pero lo que va a espantar y desazonar al lector es la aspereza con la que se relata el parto y sus terribles consecuencias. Aunque pudiera pensarse que la oficialidad de su escritura hubiese podido atemperar en la crónica lo truculento de ese realismo descriptivo, al comparar la narración que ofrece en su *Historia* con la de la *Batalla* advertimos que ese tono lúgubre se acomoda en ambos cuadros. Es más, siendo el Diálogo más literario, se nos representa mucho más cruento en detalles el relato de la crónica:

Después que nos casamos, se hizo preñada, e a los nueve meses vino a parir un hijo; e fue tal el parto, que le turo tres días con sus noches, e se le hobieron de sacar, seyendo ya el niño muerto; e para tener de donde le asir, porque

⁴⁶⁹ Batalla I (Diálogo no clasificado, 2000, vol. III, pp. 250-251).

solamente la criatura mostró la parte superior de la cabeza, se la rompieron, e vaciaron los sesos, para que pudiesen los dedos asirle, y así salió corrompido e hediondo, e la madre estaba cuasi finada. El caso es que ella vivió, aunque estuvo seis o siete meses tollida en la cama, muriendo e penando (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXLX, p. 198).

Después de que nos velamos *in facie ecclesia*, se empenó; e a los nueve meses después, al tiempo que ovo de parir, se le murió un hijo en el vientre, e fue menester abrirla, e venir parteros e parteras e cirujanos; e abierta lo que convino, con una moneda, o como lo suelen hacer las parteras en tales trances, quiso Dios que pudo botar fuera la criatura muerta, e la madre estuvo casi en el punto postrero de la vida (Batalla I, Diálogo no clasificado, 2000, vol. III, pp. 250-251).

Margarita de Vergara, en definitiva, se convierte en un personaje conveniente⁴⁷⁰ para la *Historia*; le resulta a Oviedo un resorte idóneo para granjearse la estimación del lector. Aunque desde la escolástica y la teología renacentista se siguieran condenando los excesos de apasionamiento⁴⁷¹, Cicerón ya había aseverado en su momento que “el manejo

⁴⁷⁰ El personaje de Margarita marca la analepsis y ancla el autobiografismo en el discurso. La dama se vincula con el periodo de juventud de don Gonzalo, que se recuerda, en sus más ocasiones, con nostalgia. En esta graciosa escena costumbrista de las *Batallas*, pictórica en la plasmación del detalle folklórico y estilísticamente tan literaria, el escritor rememora una salida festiva con Margarita y cómo ese día sacó a bailar a María de Cabrera.

La sabrosa anécdota le resulta de lo más conveniente para dar a conocer al mundo sus grandes dotes para la danza, a la par que ameniza la prosa de ese Diálogo (Batalla II, Quinquagena 3, Diálogo X):

Y esto fue el año de 1503 en la villa de Madrid, en casa de Pero Núñez de Toledo, Señor de las villas de Cubas e Griñón, porque yo era muy aficionado e amigo de aquel cavallero, que fue sabio e prudente varón e muy leydo. E pocos meses antes avía yo venido de Italia e sería de veinte e cinco años porque pues dixes de suso que dançava bien yo que era mi edad para danzar y dezían que lo hazía yo bien e dióse a propósito que (...) departiendo con Pero Núñez e tractando de su librería, que era mucha e de buenos libros, e estando presentes doña Leonor, su muger, e sus hijas (...), e mi esposa Margarita de Vergara e otras doncellas, estava entrelas aquella beata que he dicho. E aquel (...) señor anciano le rrogó que dançase conmigo, diciendo que allí no avía sino padres e hijos, por su hábito e honestidad della. La qual hazíase de rrogar, ni yo me atreviera a dançar con ella estando en hábito tan rreligioso como ella mostraba e yo vestido a la soldadesca. Pero como él y ella e las mujeres que allí avía se consocian de antes e era ella e ellos doméstica, acordó de hazerlo con un claveçimbano que ahí estava e un músico criado (...) que le tañía. E así dançamos María Cabrera e yo, una baxa e una alta (...)" (*Batallas*, edic. de Avalor Arce, 1989, p. 404).

⁴⁷¹ Entre la doctrina católica late férreo el influjo de San Agustín, quien considera que las tendencias pasionales nublan la razón, si esta no es capaz de someterlas. En la misma línea se pronuncia Vives, que “casi todas las pasiones extremadas (...) perturban de tal suerte el juicio” (2023, Libro III, cap. VI, p. 170). No obstante, en ese *Tratado del Alma* [1538] (2023) Vives ahonda en la teoría de los afectos y en la gestión de las pasiones, desde una perspectiva didáctico moral. En su Libro Tercero el humanista valenciano enumera las pasiones (capítulo I), escudriñándolas con detenimiento en los siguientes capítulos (II-XXIV). Afirma el filósofo que “todo el movimiento del alma es con respecto al bien, o al mal”, que “bajo el amor están el favor, el respeto, la misericordia”, que “la soberbia es un monstruo” (2023, Libro III, cap. I, p. 149), que “la dureza de corazón disminuye la misericordia; así sucede en la ira, en la milicia; y a los que no reflexionan lo que es malo, ya por torpeza de espíritu (...) o por ambición (...)” (2023, Libro III, cap. VII, p. 175), y que “tres formas tiene la crueldad: cuando procura el acto, le ejecuta u omite el contrario” (2023, Libro III, cap. XVIII, p. 210). Distingue Vives aquí “quienes mandan, o emplean artificio o astucia”, a “los verdugos o los soldados” -los ejecutores- y “la crueldad por omisión (...), cuando no nos compadecemos cuando es conveniente” (2023, Libro III, cap. XVIII, p. 210).

de las emociones es la forma más segura de ganarse al auditorio, porque el hombre se deja arrastrar más por éstas que por su razón” (Luján, 1999, p. 113). Por ello, el cronista aboga por un sentimentalismo anclado en la pureza y la virtud, en el que se promueven sentimientos bondadosos que comulgan con la espiritualidad cristiana. Así, con el sufrimiento padecido por la pérdida de su incomparable y amada esposa logra Oviedo apelar los afectos y mover corazones cristianos. Este pasaje, incardinado en el victimismo del autor, despierta la compasión del lector, quien pasa de ser persuadido a conmovido, tras tan lacrimógeno testimonio:

Y como Dios la quiso doctar para la gloria, en que por su misericordia confía que ella está por sus méritos, por falta de los míos, la llevó a la otra vida para que yo quedase en ésta sin ella (...), que ni puedo hablar (...) sin lágrimas, ni dejara de sospirar por ello en cuanto yo viva (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXLX, p. 198).

En el extremo opuesto al retrato de Margarita, hallamos la etopeya de doña Isabel de **Bobadilla** y Peñalosa. No hay mención alguna en la *Historia* al aspecto físico de la esposa de su archienemigo Pedrarias Dávila, pero sí se subraya el carácter decidido de la influyente dama, y se denuncia su sagacidad y sus dotes instigadoras en la Corte, a favor de su marido. En estos renglones relata don Gonzalo cómo procura la Bobadilla por los bienes de su esposo:

Desde a pocos días que murió Lope de Sosa (...), llegué yo al Darién (...), supe la muerte de Sosa, que yo sentí en el ánimo; (...) porque (...) yo había procurado y hecho todo lo que en mí fue para que Pedrarias fuese removido. E túveme por perdido (...); e supe aquí cómo doña Isabel de Bobadilla, (...), había hecho escala (...) e la enviaba el gobernador a Castilla con mucho oro e perlas (...), por la residencia que esperaba que le había de tomar Lope de Sosa, e por tener la hacienda puesta en cobro; que es una de las cosas que en estas partes mucho se usa entre gobernadores e jueces, cuando se les acaba el oficio, que huyen con el dinero antes de la cuenta, o la esperan teniendo alzada la pecunia (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XIV, p. 261).

La crónica también muestra a la Bobadilla cómplice, junto al Obispo Quevedo y a Pedrarias, en el arreglo matrimonial interesado de su hija con Vasco Núñez. Un enlace

A la misericordiosa empatía se incardina Oviedo cuando erige sus vituperios contra los malos gobernadores y capitanes en Las Indias. Que “no es cumplir nuestro deber” el no señalar las faltas; que “al carecer de aquella simpatía”, uno cae en la inhumanidad”, despojándose “del criterio y condición humanos tornando los de los animales” (2023, Libro III, cap. XVIII, p. 210).

que vincularía familiarmente a estos dos conquistadores destinados a no entenderse, y que propiciaría el trágico final del descubridor del Mar del Sur en manos de su suegro:

(...) fray Joan de Quevedo (...) como (...) era sagaz; (...) viendo que el Gobernador era hombre de mucha edad, e estaba enfermo, e tenía hijas, e era cobdicioso, movió este perlado a Pedrarias que casase a una de sus hijas con el adelantado Vasco Núñez (...) porque sería a su propósito⁴⁷²; (...) que era hombre hijodalgo e tenía título de adelantado (...). Y de este tenor le dijo otras muchas palabras (...), e lo mesmo dijo e persuadió a doña Isabel de Bobadilla, su mujer, la cual estaba bien con el Vasco Núñez, y él se había dado mucho a la contentar e servir. En lo cual el gobernador e su mujer vinieron, e se hicieron los capítulos matrimoniales (...) (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XII, p. 253).

A la actitud negociadora de “aquella matrona de ánimo varonil”⁴⁷³ (Mena, 2002, p. 162) aluden también estos dos fragmentos, uno a propósito de una residencia y el otro acerca de la adquisición de la perla “Peregrina”:

El licenciado Salaya se fue a Panamá, donde el gobernador Pedrarias estaba, y en aquella sazón le envió doña Isabel de Bobadilla, su mujer, desde Castilla, aquella granjeada residencia que le mandaron tomar los gobernadores y el Papa Adriano, que entonces era cardenal de Tortosa, e asistía con ellos asimesmo en la gobernación de los reinos de España (...). Esto fue negociado por la mujer del gobernador e por aquel Francisco de Lizaur, que primero se dijo (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XVI, p. 273).

Esta perla es aquella mesma que se dijo en libro XIX, capítulo VII, que la Emperatriz nuestra señora, de gloriosa memoria, la compró después a doña Isabel de Bobadilla, mujer del gobernador Pedrarias Dávila (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. X, p. 246).

Y sobre sus artes atosigadoras, refiere Oviedo así:

En lo cual, el reverendísimo cardenal (...), el condestable de Castilla (...) y el almirante (...) que eran los que gobernaban, importunados por doña Isabel de Bobadilla, mujer de Pedrarias, (...) le enviaron comisión (...) (*Historia*, 119, Lib. XXIX, cap. XIV, p. 259).

⁴⁷² El ardid del Obispo tendría, según Oviedo, un buen fin: aunque con su fallecimiento, y con la crueldad de Pedrarias, el desenlace no fue otro que el asesinato de Balboa:

Para mi tengo yo creído e por muy averiguado que si el obispo estuviera en la tierra, que el adelantado no muriera; pero él pensó que quedaba seguro, con aquel asiento de casamiento, de las cautelas del gobernador y de las del tesorero Alonso de la Puente, que era el que mayor odio le tenía (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XII, p. 253).

⁴⁷³ Apelativo que le brinda Pedro Mártir en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, según refiere Carmen Mena (2002, p. 162, nota a pie n.º 5).

Tan carismática debiera ser la dama, que también le concede Oviedo un precioso espacio -en un par de renglones- del *Memorial*, a propósito del repartimiento de los bienes de Vasco Núñez de Balboa:

Al tiempo que el dicho Gobernador repartía los indios, e indias naborías que el dicho Vasco Núñez tenía después que le degollaron repartiólas entre doña Isabel de Bobadilla, y sus criados y quien quiso e por no las vender con la hacienda como se suele hacer en aquella tierra (*Memorial*⁴⁷⁴, p. 214).

De los retratos maniqueos de ambas damas, bien se percibe la intencionalidad comunicativa del autor. Solo le faltó a don Gonzalo, para promocionarse él y desprestigiar al adversario, apostillar las semblanzas con el cervantino refrán: “Dime con quién andas, decirte he quién eres” (*Quijote*, II parte, 1615).

Aunque mucho tiene que decir del esposo de la Bobadilla. Del “abominable” Gobernador **Pedrarias**, las ocho páginas del *Memorial*⁴⁷⁵ resumen diestramente la imagen que del segoviano difunde Oviedo en la *Historia*: “la mucha edad⁴⁷⁶ de Pedrarias e su cobdicia e poca constancia no son de calidad” (p. 209), “aquella tierra está perdida e destruida, e robada” por sus “muchas crueldades” (p. 209); se apropia de “dineros e perlas para si por cualquier vía” (p. 209), sin informar ni enviarlos a Su Majestad; coacciona y soborna a los oficiales para “que no se entremetan” (p. 210); reparte mal los indios, que vende “muchos indios libres e naborias que no son esclavos” y que han sido “baptizados” (p. 211); intercepta las cartas “y no se dan a quien van, e las que de allá vienen tómanse porque Su Majestad ni su Consejo no sepa verdad e así no osan escribir ni avisar de cosa que allá” (p. 212); hace “comer a perros indios, e otras muchas crueldades” (p. 213) y también las comete contra los españoles, que “ahorcó Sant Martín su criado sin causa en la Isla Dominica” (p. 213) y “hizo degollar a Vasco Núñez e los otros que con el

⁴⁷⁴ *Memorial* (A. de l., colec. Muñoz, t. 76) (Sin fecha), 1914, pp. 209-217.

⁴⁷⁵ Todas las citas de este fragmento se extraen del *Memorial* (A. de l., colec. Muñoz, t. 76) (Sin fecha), 1914, pp. 209-217.

⁴⁷⁶ La edad de Pedrarias va a ser un argumento narrativo explotado por el cronista para derrumbar la aptitud de las facultades del Gobernador. En la *Historia*, y a colación de la muerte de “El gran Justador”, refiere a la nonagenaria edad del esposo de la Bobadilla:

Era ya el gobernador Pedrarias Dávila hombre constituido en mucha edad, e antes pasaba de ochenta años que no le faltaba alguno para llegar a ellos, e aun segund decía, eran noventa. Y como fue hombre templado en el comer y en el regimiento de su persona, conservóse hasta la edad que tengo dicho, que lo llevó Dios en la cibdad de León de Nicaragua (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XIV, p. 430).

Sobre ello también se pronuncia en otra ocasión. Dice Oviedo que andaría Pedrarias a su muerte con setenta y seis años, aunque solía ponerse noventa “e así, haciéndole decrépito, habrán algunas excusa sus errores, si no fueran tan crueles. Pero yo creo que él se engañaba e se hacia de más edad de la que tenía” (*Historia*, Libro XXIX, cap. XXXIV, pp. 352-353).

padecieron” (p. 213), y se apropió de sus riquezas, y las repartió con sus afines. Aunque pocas amistades de oficiales se granjea el Gobernador, que sólo siembra “cizañas, e discordias entre ellos” (p. 215)

Aún en esas lides, el capítulo XI del Libro XXIX merece unas líneas, por múltiples razones. En sus algo más de cuatro páginas, y a propósito de las maldades de Pedrarias Dávila, la peripecia autobiográfica se instaura como recurso para descubrirle al lector los padecimientos sufridos por el cronista en sus responsables y serviciales empeños de hacer llegar las correspondientes quejas al Rey. El capítulo se construye, así, sobre cuatro pilares actantes muy convenientes:

- (1)⁴⁷⁷ La magnificación de la figura del veedor Gonzalo Fernández de Oviedo.
- (2) El desmérito Pedrarias y sus afines.
- (3) Los dos monarcas españoles: el Rey Católico y Carlos V.
- (4) Y el otorgarle protagonismo al *Memorial*

El epígrafe que introduce la narración ya es suficientemente sugestivo:

- (1) “Cómo el veedor *Gonzalo Fernández de Oviedo* fue a España a buscar el remedio de la Tierra Firme, e desde a pocos días que llegó a Castilla, llevó Dios al Rey Católico a su gloria; e cómo continuó su camino e fue a Flandes a dar noticia al rey don Carlos nuestro señor; e cómo fue proveído por gobernador de Tierra Firme Lope de Sosa, un caballero de Córdoba, e su muerte”⁴⁷⁸.

Fijémonos en la focalización. En el título, el narrador presenta al protagonista principal desde una perspectiva externa, en tercera persona y con oficio, nombre y apellidos. Esa focalización externa pudiese estar propiciada por la búsqueda de objetividad del historiador, en un intento de mostrar el relato desde la distancia,

⁴⁷⁷ Esta numeración enlaza la relación expuesta con los ejemplos.

⁴⁷⁸ Pérez de Tudela hace notar que “Oviedo modificó el epígrafe del presente capítulo, después de puesta en limpio la segunda parte (...)”. El título anterior era mucho más extenso y prolijo en detalles. Se subrayan en cursiva las diferencias de la primera redacción:

‘Cómo el veedor Gonçalo Fernández de Oviedo, *autor e historiador destas materias*, fue a España a buscar el remedio de la Tierra Firme, *como procurador e regidor de la cibdad de Sancta María del Antigua del Darién*, e desde a pocos días que llegó a Castilla llevó Dios al Rey Católico a su gloria, e cómo continuó su camino e fue a Flandes, a dar noticia al rey don Carlos, *su nieto e subcesor en los reinos*; e cómo fue proveído por gobernador de Tierra Firme Lope de Sosa, un caballero de Córdoba, *el cual llegado al puerto del Darién murió en la nao, queriéndose desembarcar, e otras cosas que pertenescen al discurso de la historia*” (Nota a pie de Pérez de Tudela, *Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 248).

capturando la historia cual cámara, sin intervenciones ni apasionamientos. No obstante, nada más lejos de la realidad. La alusión a la noble pretensión del veedor, ese “buscar remedio”, y cruzando, además, vastos territorios (de Las Indias a España, y de esta a Flandes) nos están anticipando un discurso que persigue el propio engrandecimiento. Al entrar en el relato, el foco vira y se sitúa dentro del personaje, en sus vivencias y en la evocación subjetiva de lo sucedido. El *yo* hace su aparición estelar en la primera línea de la narración para contextualizarse en tiempo y en espacio⁴⁷⁹, y seguidamente ahondar en las malas mañas de Pedrarias, incentivando el demérito y la vileza del Gobernador, en idéntica forma que en su *Memorial*:

(2) Tuvo una astucia e aviso Pedrarias, e con mucho cuidado; e fue que nunca consintió que en aquella cibdad del Darién hobiese regidores sino puestos por su mano, de criados suyos e personas de él aficionados e parciales, e no fechos al propósito de la república, sino para que en aquel concejo no se tratase ni hiciese ni se escribiese cosa alguna sin que él lo supiese; por lo cual el Rey ni su Real Consejo nunca supieron más de aquello que el gobernador quería que se supiese por lengua de aquella cibdad (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 249).

Aunque las artimañas del Gobernador no son suficientes frente a la sagacidad del Veedor. El Oviedo campeón de la justicia torna a dignificarse en este párrafo: por destapar las malas tretas de Pedrarias, están enemistados; mas, son plurales los testimonios que corroboran el crédito del cronista:

(1) Pero por otras vías e cartas de personas particulares e principales, e aun de los mismos oficiales (*aunque conmigo no estaba bien, porque yo decía que llevaban injustamente aquellas partes de las entradas*), cada uno dellos escribió, e así todos me daban crédito⁴⁸⁰, e todos estaban ya escandalizados con el gobernador (...); e con ellos mismos e otros se probaba, por sus cartas, mucho más de lo que yo pudiera decir (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 249)

⁴⁷⁹ Así se apertura el capítulo, con el *yo* protagónico y su enmarque espacio-temporal, un guiño referencial a lo ya anticipado en un capítulo anterior, y un surtido detalle de ilustres varones -reverendos y buenos religiosos- que lo acompañan en el viaje. Nótese que la carabela es “Real”. Nótese también que la minucia en dar nombres y apellidos persigue consolidar la verosimilitud del testimonio:

Después que yo tuve licencia de Pedrarias para salir de la Tierra Firme, como se dijo en el capítulo IX, me embarqué en una carabela del Rey, de que era maestro e piloto Andrés Niño. E asimesmo, en aquélla venían el provincial de la Orden de Sanct Francisco, llamado fray Diego de Torres, persona reverenda e muy buen religioso, e otro fraile de su Orden, su compañero, llamado fray Andrés de Valdés, que al presente están en la cibdad de Santo Domingo, donde estoy (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 248).

⁴⁸⁰ Las cursivas son mías.

De su llegada a España, Oviedo relata primero su encuentro con el Rey Católico, salpimentándolo de cierto dramatismo. La narración se edifica con la natural picardía ovetense; ejemplifica la obediencia del vasallo y la condescendencia de Su Alteza para con don Gonzalo, propiciando que el lector infiera la cercanía que se establece entre esos actores:

(1) (3) E después que llegué a Sevilla, fui a buscar al Rey, e halléle muy enfermo en la cibdad de Plasencia, en el mes de diciembre, año de mil e quinientos e quince (...) E allí le besé las manos, e le di las cartas e creencias de todos aquellos que le escribieron de Tierra Firme (...) E el Rey me oyó, e me preguntó lo que fue servido saber de mi en cosas generales e del camino e de aquella tierra; pero las que hacían al propósito de la gobernación e de su servicio quiso entenderlas despacio, e así me dijo que en Sevilla para donde iba, me oiría y despacharía. E yo le supliqué que me diese licencia para ir a Madrid a visitar mi casa e mujer, que había cuasi tres años que había salido della; e su Alteza lo hobo bien, e me dijo que, pues le decía que convenía a su servicio que me oyese (...) en llegando a Sevilla (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 249).

Es el detallismo el elemento que carga de inferencias esta prosa. El narrador alude al besamanos -costumbre de cortesía que pudiera haber omitido- e incide en la actitud abierta del Rey para con él: “me oyó, e me preguntó”, explicita Oviedo, y “quiso saber de mi en cosas generales”, aunque también “de aquella tierra”, y todo ello lo quiso entender “despacio”. El hecho de que Su Majestad lo atienda con interés dignifica el testimonio del cronista y lo recubre de un halo de credibilidad.

El fallecimiento del Rey, sin embargo, impele al persistente cronista a un cambio de planes, quien no desiste en su empeño, a pesar de los obstáculos a sortear. Saca partido, de nuevo, Oviedo a la desventura del Católico Fernando para ensalzar sus propias acciones:

(1) (3) Así como yo supe que Dios había llevado al Rey Católico a su gloria, me partí para Flandes a dar noticia al nuevo rey, don Carlos, nuestro señor, de las cosas de Tierra Firme, *sin me cansar, non obstante el largo camino que desde la Tierra Firme yo hacía, ni el trabajo a costa propria*⁴⁸¹ (...) (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 249)

Y entonces el tópico del naufragio irrumpe astutamente en escena, para desvelar los peligros a los que se enfrenta el Veedor en la búsqueda del Emperador. El dato conciso de cada puerto y paraje en el que se ve obligado a detenerse y el victimismo del que

⁴⁸¹ Las cursivas son mías.

adolecen estas líneas cargan de patetismo el discurso. Primero, los vientos lo hacen desembarcar en Funchal; y, luego, siguiendo la vía hacia Flandes, las inclemencias temporales los obligan a detenerse en las islas de Sorlinga:

(1) Y en una dellas estovimos ocho días, haciendo vida peor que la de las Indias, porque no había allí sino una fortaleza ruinada e yerma del rey de Inglaterra, e cuatro o cinco chozas pajizas, y no tales como los búhíos de acá con mucho; con todo, había vino (...), tenían un poco de harina (...); otra cosa de comer no la teníamos (...) Y en esta penitencia estovimos ocho o diez días (...) Plugo Dios que volvió el tiempo como le habíamos menester, e tornamos a la Canal, e fuimos a desembarcarnos a las Dunas, dos o tres leguas debajo de Dobra; e desde allí nos fuimos (...) hasta Cales, e desde Cales fui por tierra a Bruselas, donde hallé al Rey. Y en verdad que estuve en este camino cuasi cuatro meses, e gasté e trabajé más que si dos veces viniera desde Sevilla a esta cibdad de Santo Domingo (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 250)

Tras un aparatoso periplo, el Veedor ha portado hasta esa Corte extranjera su valioso memorial. Motivo principal del relato, el viaje del documento legal se imprime en la *Historia*, otorgándole, por consiguiente, su protagonismo al escrito contra Pedrarias. Por lo que advertimos en este discurso, más escueto y superficial⁴⁸², el encuentro con el Emperador no se presta a tanta alabanza. Y es que el joven Carlos delega toda la responsabilidad a los cardenales Cisneros y Tortosa, y al correspondiente Consejo de España para que se pronuncien sobre estos negocios. Suponemos cierta decepción en don Gonzalo, que viajaba con altas expectativas. Pero pronto redimensiona la escena, que en la crónica, escrita para Su Cesárea Majestad, no ha de haber lugar para desmerecerse ni atribularse. Muy al contrario, el giro estratégico del narrador se devela en las últimas líneas de la secuencia narrativa: ¿qué más conveniente que el personaje de un Rey agradecido y justo para enaltecer la propia imagen y mostrarse ante el lector como digno beneficiario de las gratificaciones y mercedes reales?

(1) (3) (4) “mandó (...) justamente con las otras personas que tenían a cargo las cosas de las Indias me oyesen e viesen el *memorial* que yo había dado a Su Majestad, (...) e después de visto, lo despachasen como conviniese a su real servicio e bien de la Tierra Firme; e que en lo tocaba a mi persona, yo fuese gratificado e pagado de mis gastos e servicios, como criado de su real

⁴⁸² La narración de la audiencia con Carlos V se presenta como un relato aséptico -objetivo- y progresivo. El discurso se estructura en una progresión de acciones: primero “besé las manos al Rey”, luego “mandóme oír a su grand chanciller de Borgoña”, y “después de oído, (...) fui remitido por su Alteza a España”. El elenco de ilustres nombres propios (el canciller de Borgoña, fray Francisco Jiménez de Cisneros, el cardenal de Tortosa “que después fue Papa Adriano”, el secretario Ugo de Urries, “señor de Ayerve”) se expande por la secuencia, adjudicándole sentido histórico y ocupando gran parte del enunciado. Esa brevedad explicativa -tan inusual en un escritor sobreabundante como Oviedo- sugiere el carácter fugaz que tuvo la entrevista.

*casa, teniéndose por servido de mi*⁴⁸³ (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, pp. 250-251)

El parlamento se clausura, sin embargo, con el mazazo que sufre el Veedor ante la negativa a sus peticiones y que se articula en una prosa expresiva y afectada, sita en esa sentimentalidad del agraviado. La indignación se revela en ciertas sutilezas psicológicas que emanan de su pluma, como el epíteto “reverendísimos”, trufado de ironía; o la significativa sentencia del cierre:

Con esta remisión volví a España (...) Yo le dí a aquellos reverendísimos cardenales la remisión o memorial que he dicho, e les supliqué que me oyesen como el Rey nuestro señor lo mandaba; pero nunca fui dellos respondido ni oído ni despachado en cosa que tocase a aquella tierra, ni a la paga de mis gastos e gratificación, que Su Majestad mandó hacerme; y así la tierra se quedó con sus trabajos e otros que se aumentaron cada día, e yo con los míos, e con más de dos mil castellanos menos, que gasté en aquellos viajes. Sea Dios servido de todo (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 251).

Continuando con esos actores convenientes, se cuenta también con ciertos conquistadores a los que Oviedo **profesa especial devoción**, por los lazos de amistad que los vinculan. Este es el caso del capitán **Almagro**, “que era mucho mi amigo” (*Historia*, 120, Libro XLIII, cap. III, p. 11), con quien se siente en deuda y a quien le dedica encomiables renglones de su *Historia*. Uno de esos ejemplos se halla en la I parte de la crónica. El Libro de los Depósitos (VI) alberga un ocurrente capítulo XLIV que, con ingenioso título –“De ciertos capitanes memorables en el mundo por el mucho valor de sus personas, y todos ellos tuertos”-, presenta la lista de seis excelsos y heroicos tuertos de la historia, a la que añade a Diego de Almagro por ser “más grande y valiente que todos esos antiguos” (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XLIV, p. 204).

Sus razones las argumenta el cronista de este modo:

*A este propósito de tuertos, digo yo que pudieran muy bien memorar, con los grandes capitanes tuertos que ha dicho este auctor*⁴⁸⁴, a otro nuestro español, igual a ellos en la desdicha, que perdió el un ojo en una batalla de que quedó vencedor, el cual es el Adelantado don Diego de Almagro (...) que (...) hizo mucha ventaja en dos cosas, en especial: la una, que pasó mayores y más excesivos trabajos que ninguno de los que he dicho, en sus empresas, y las comportó e se hobo en ellas como valeroso capitán, aunque fueron de mayores peligros e necesidades en estas Indias, que las que *Catón en África* experimentó; y la otra en que precedió y hizo ventaja (...) fue en que su

⁴⁸³ Las cursivas son mías.

⁴⁸⁴ Refiere el cronista a la *Silva de Varia lección* de Pedro de Mexía, que toma como fuente de este capítulo.

liberalidad e franqueza fue tan grande, que jamás consintió que se le pasase un día sin hacer mercedes (después que tuvo la posibilidad de hacerlas), ni que hombre alguno del mundo partiese del descontento, si menester había su socorro. E (...) que no se le ofrescía ocasión para repartir lo que tenía con sus milites e amigos, presentes e ausentes (...), en una cosa este adelantado me parece que a los modernos e antiguos hizo, e ventaja: en lo que dio de contado muchos en oro, e plata e joyas, e más ordinariamente, eso que la vida le turó (...) Y digo (...), porque *yo* lo vi pobre compañero e sino oro ni plata; e después sus cosas subcedieron de manera que él e su compañero, el adelantado don Francisco Pizarro, llegaron a tanto, que en el mundo no se sabía (ni pienso que había) otros dos varones, que reyes no fuesen, tan ricos (...). Y de estar en sus personas tan diferentes y desproporcionadas voluntades y condiciones, tanto quanto fueron amigos y conformes seyendo pobres, tanto y más fueron enemigos en la prosperidad, y el uno tan escaso como el otro liberal (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XLIV, p. 204).

Elementos a destacar del fragmento anterior: la apertura humorística (*a este propósito de tuertos*); las inferencias del autor (*digo yo que*); el recurso de la *auctoritas* clásica y, también, contemporánea (*Catón en África, Mexía*); el testimonio de vista (porque *yo* lo vi pobre); y el tópico de la codicia como causa de todos los males. No obstante, este capítulo tan literario prosigue, meciéndose entre la comicidad primera y un broche de clausura muy del estilo ovetense, que amalgama dosis de indignación, denuncia y alabanza:

Lo que aquí se ha dicho, solamente lo trujo a mi memoria el número de los tuertos (que el auctor susodicho hizo de seis) varones notables, y porque este adelantado, sin dubda alguna, es muy digno de ponerle en el número de tan señalados capitanes e príncipes tuertos por el seteno (...) Y dado que la infelicidad de su muerte fue causada por sus enemigos, e más por envidia que por culpa ni méritos de su persona, murió como católico, con pregón de justicia muy injusta, y sin ser juez para condenarle quien le dio la muerte que después han otros escotado (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XLIV, p. 205).

Sin desprendernos de Almagro, suele Oviedo en su discurso cronístico acompañar la alabanza de don Diego con el libelo a los Pizarros. La codicia y la maldad de estos hermanos, opina el cronista, no atiende a cuestionamientos. Cabe puntualizarse que el retrato de Francisco Pizarro, no obstante, se obscure a medida que progresa la crónica. Ciertas partes de la *Historia*, que remiten a las iniciales relaciones entre este capitán y el cronista, devuelven a un Francisco de buen fondo y estimado por Oviedo. El escritor transfiere a sus renglones el pesar que siente por la perdición de don Francisco, que tanto se dejó influenciar por sus otros dos hermanos, pero que un día fue amigo y compañero. La etopeya de este Pizarro se erige mecanismo narrativo para injertar emociones

ovetenses –y contagiárselas al lector- y, a la par, deviene conveniente pretexto para fortalecer la propia credibilidad. De este modo, el *pathos* (la conmoción y el sufrimiento) y el *ethos* (la apología hacia sí mismo) trabajan provechosamente, repercutiendo con efectividad en el ánimo del receptor:

Todo esto (...) se tratará en este Libro XLVI con la menos pesadumbre e prolijidad que yo supiere hacerlo, e *no sin haber lástima del uno e del otro destes dos compañeros*⁴⁸⁵. E *sin pasión* alguna diré lo que será probable e notorio; e aunque alguno sospeche que la tengo, no me debe juzgar por tan desacordado contra mi consciencia, que crea he de escribir ni decir cosa en este caso ni en otro sin *tenerla muy bien sabida y examinada*⁴⁸⁶. Porque, además, *de dar noticia a Su Majestad, por cuyo mandado escribo las cosas destas partes*, e ante su acatamiento no se ha de atrever hombre alguno a hablar ni escribir frustratorios renglones, *Francisco Pizarro e Diego de Almagro fueron mis amigos desde muchos años ha*; y el uno y el otro *rescibieron buenas obras de mi*⁴⁸⁷, cuando yo pude en darles contentamiento. E culpa, ni señal en la cara que se (...) yo no sabré decir sino lo que la verdad permitiere (...) (*Historia*, 121, Proemio, cap. XLVI, p. 32).

Introduce el narrador así su estima hacia esos dos personajes a partir de este sentimiento compasivo. La atenuación literaria, o lítote, ese afirmar negando, le resulta al cronista recurso eficaz para equilibrar la objetividad de su discurso histórico: su oficio reclama asepsia y rigor, pero no puede “negar” las implicaciones personales con la materia narrada. El insigne y regio lector -Su Majestad- que paga la *Historia* reclama absoluta objetividad, afirma el cronista. No obstante, los actantes no le pueden ser indiferentes al historiador, en tanto les unieron antiguos lazos de amistad. El pragmatismo discursivo y la perspicacia de Oviedo asoman en una sentencia autoensalzadora. Conformada para promocionarse, la retórica laudatoria se despliega a partir del sintagma “buenas obras de mi”, que preconiza su imagen de hombre bueno y generoso. Esta representación enriquece la *dignitas* del historiador.

La narración prosigue con el retrato de ambos personajes:

Estos capitanes Francisco Pizarro e Diego de Almagro (...) eran ejemplo de grandes personas; e fue eso principio de su auctoridad e crédito, aunque no era todo tan fundado sobre verdadero amor (segund el tiempo mostró adelante) como por arte e nescesidad. Declárome: Almagro era hábil, diligente, liberal, expedito en lo que había de hacer e hombre de campo;

⁴⁸⁵ Nótese la lítote.

⁴⁸⁶ Recalca el cronista lo fidedigno de su testimonio, desafectado y contrastado.

⁴⁸⁷ Promociona de este modo el autor su conducta ejemplar.

Pizarro lento e espacioso, e al parecer de buena intención, pero de corta conversación⁴⁸⁸ e valiente⁴⁸⁹ hombre por su persona; e ambos muy conformes e unánimes, sin saber el uno ni el otro leer ni escribir, ni tener entre sí cosa conocida ni más apropiada al uno que al otro en sus haciendas (...)

Así que, viéndose ricos, (...) e como buenos amigos, porfiaron cuál sería gobernador e iría a pedir la gobernación a Su Majestad, e por pura importunación de Almagro, cùpole a Pizarro (porque siempre Almagro túvole respecto e deseó honrarle); e así hobo de ir en Españas e trujo la gobernación para sí (...) e diósele el hábito de Sanctiag⁴⁹⁰ (...) (*Historia*, 121, Libro I, cap. XLVI, p. 32).

Tras las semblanzas, la autoloa y el condimento sensiblero, el narrador hace entrar en escena a los malvados, especialmente a Hernando Pizarro, a quien acusará de ser el instigador del daño a Almagro. Escribirá Oviedo en páginas posteriores que fue Hernando mala influencia para su hermano, “que los había de revolver a él [Francisco] e a Almagro” (*Historia*, 121, Libro XLVI, cap. XVIII, p. 110), y que el diablo había traído a Hernando,

⁴⁸⁸ Esteban Mira Caballos, en su biografía del trujillano, no deja lugar a dudas a la condición “iletrada” de Francisco Pizarro (2018, p. 36). Por supuesto, asevera al respecto el historiador que no era esta circunstancia inusual, pues “en la época en la que nació, las letras estaban destinadas a la élite nobiliaria, a la que (...) no tuvo acceso porque se había criado junto a la humilde Francisca Gonzáles” (p. 37). Es más, incluso para firmar, añade el biógrafo sevillano, “el trujillano rubricaba dos señales a modo de garabato y en medio su secretario escribía su nombre” (p. 37). Empero, esa “nula capacidad para comunicarse por escrito y sus mediocres dotes como orador contribuyeron a ganarse la fama entre sus hombres de lacónico” (p. 37), rasgo que registra ‘convenientemente’ en su *Historia* nuestro cronista.

⁴⁸⁹ No obstante, “el hecho de que no tuviese formación académica, ni tan siquiera básica, y que se comunicase con poca fluidez no significa que no tuviese ingenio y capacidad” (p. 37), señala Mira, quien añade, “fue asimismo un auténtico adalid, es decir, un guerrero experimentado que conocía perfectamente el modo de guerrear tanto europeo como americano” (Mira, 2018, p. 40)

⁴⁹⁰ Este hábito es para Oviedo uno de los mayores reconocimientos para los españoles que saben de armas y de valor. En esta secuencia narrativa, una exaltada apología a la nación española, define así a los caballeros de Santiago en sus *Batallas*:

No es menester dezíroslo pues que es historia de nuestro tiempo, e que ay della tantos auctores fidedignos que lo han escripto que hasta la fin del mundo turará la gran fama de César e de sus españoles. Pues si es antigua la origen e linajes Despaña, *ningunos en el mundo les hazen ventaja, pues Noé, el quescapó Dios del universal diluvio, vino a España [al margen Beroso], e Túbal, su nieto, quinto de Japhet, la pobló*. No coxquan dese pie los que desalaban la gente Despaña. Dos causas ay, que causan que malas e extrañas nasciones digan lo que dezís. La una es que por parte de la embidia quesos maldicientes tienen a nuestra nasción, viendo la ventaja que de muchas maneras ha fecho y haze a todas esotras. Y la otra o segunda causa es por parte de los mismo españoles. Y de sí más nobles e más limpios de viçios e pecados que todas las generaciones del mundo, e donde las culpas e delitos con más diligencia e rrigor son punidos e castigados, así como los erejes e sodomitas e otros viçios que en otros rreynos se toleran e disimulan. E aun, esta misma *Orden de Sanctiag*, que para dar el hábito della examinan las personas e linajes, e han de ser de limpia sangre e no sospechosos a la fe ni viçiosos los que tan noble Orden de cavalleros han de ser admitidos (*Batallas*, edición de Avalor-Arce, 1989, pp. 23-24).

Nótense las cursivas (mías): la alusión bíblica, que ensalza los orígenes de los españoles, y la mención a la Orden, y de los requisitos para ser admitidos, “inquisiciones”, dice Oviedo, “que no se usan fuera Despaña, e así andan allá bastardeados los linajes, (...) e todos son admitidos a cualquier dignidad e ofiçios e magistrados” (*Batallas*, edición de Avalor-Arce, 1989, p. 24).

De esto manera, queda patente la distinción que para el cronista supone la concesión de este hábito de Santiago.

quien, “con su soberbia e demasiada codicia” (*Historia*, 121, Libro XLVII, cap. XIV, p. 180), “había metido cizaña entre ellos” (p. 180). A propósito de su estudio sobre el retrato, Vázquez Couto afirma que este, en tanto “configuración artística (...), es la parte del arte dedicada exclusivamente a la verdad del hombre” (2021, p. 349). Si el rostro se considera el espejo del alma, la prosopografía de Hernando resulta esclarecedora y elocuente, acorde a lo “encendido” de su carácter:

Venido Francisco Pizarro de España (...), trujo tres o cuatro hermanos suyos, tan soberbios como pobres, e tan sin hacienda como deseosos alcanzarla. El uno se llamaba Hernando Pizarro, y el otro Joan Pizarro, y el otro Gonzalo Pizarro, e otro Francisco Martín. E de todos ellos, el Hernando Pizarro sólo era legítimo, e más legitimado en la soberbia: hombre de alta estatura e grueso; *la lengua e labios gordos, e la punta de la nariz sobrada en carne, y encendida*⁴⁹¹; y éste fue el desavenidor del sosiego de todos, y en especial de los dos viejos compañeros Francisco Pizarro e Diego de Almagro. E llegaron estos cuatro hermanos a Panamá el año de mill e quinientos e veinte y nueve (*Historia*, 121, Libro I, cap. XLVI, p. 33).

Aunque se confiese amigo de ambos, e, interesadamente alardee de haber mediado por la conciliación entre estos conquistadores, el vínculo de amistad con don Diego es, sin embargo, mucho más sólido, más férreo, en tanto que arriba y se refuerza a partir de relaciones familiares. El hijo mayor de Gonzalo, **el Veedor Francisco González**, sirve y acompaña a Almagro en sus expediciones, y fallece cuando el adelantado y sus hombres están saliendo de Cuzco. Como explica Pérez de Tudela:

[aunque Oviedo se] adjudicara el noble y lucido papel de amonestador a la concordia⁴⁹², como antiguo amigo de ambos. Las simpatías por Almagro están (...) tan claras en sus comentarios, como la aversión que le inspiran los Pizarro en función de clan organizado. Lo que se explica no solo por afección personal y antigua hacia el mariscal, sino teniendo en cuenta también que

⁴⁹¹ Nótese el detalle descriptivo del rostro, con cierto tono caricaturesco.

⁴⁹² Varias son las ocasiones en las que se representa Oviedo con ese rol mediador entre las partes, y con muchas maldades acosan los Pizarros a su estimado Almagro. Así lo narra en este fragmento:

Pero, en verdad, con tiempo e muchas veces yo escribí al marqués don Francisco Pizarro, e como su amigo e fuera de pasión, e desde esta cibdad de Sancto Domingo le signifiqué su perdición si no se apartaba de los rencores e pendencias que con el adelantado don Diego de Almagro tenía; (...) porque aquí (...) se supo de cierto que no dejaban el marqués e sus hermanos pasar un hombre ni una carta ni un clavo de herradura al *pobre Almagro* e a los que con él habían ido; e les cerró el paso de mala manera, (...) ni consintieron que el Rey ni otros supiesen nueva (...) de ninguno de ellos. De esta forma que mucho tiempo antes que Almagro se tornase al Cuzco, ya le hacían la guerra, e le quitaban los Pizarros los alimentos e noticia del Príncipe, e de todos los que tenían nescesidad de saber de sus amigos e debdos (*Historia*, 121, Libro XLVIII, cap. VI, pp. 229-230).

Nótese la cursiva (mía) del epíteto, que tiñe de conmisericordia el relato.

Francisco González de Valdés, el hijo del alcaide, militaba en la hueste almagrista (1959, 117, p. CXXIX).

Las secuencias narrativas, plurales, en las que relata la pérdida de su hijo Francisco, se tornan intensas, dolientes⁴⁹³. El cronista, en ocasiones, recurre a la tercera persona para distanciarse⁴⁹⁴ del momento dramático, como en este fragmento:

El adelantado se dio toda priesa por llegar a Arequipa, que estaba cincuenta leguas del Cuzco, para saber la verdad, y en el camino pasaron un río tan hondable e tan furioso, que fue maravilla no desbaratarse la gente, aunque se ahogó en él el desdichado Francisco de Valdés, veedor de Tierra Firme, hijo del capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista desta General Historia e Indias, porque pueda más al propósito dolerse con los demás e le quepa tanta parte destas desventuras (*Historia*, 121, Libro XLVII, cap. VI, p. 150)

La desafección que pudiese inferirse de esos renglones es, sin embargo, impostada. Porque el apasionamiento ovetense no tiene contención, y menos en asuntos tan personales. El lamento se sucede en la siguiente secuencia narrativa, encadenando tragedias:

E porque su dolor no fue sencillo, le quedaron un niño e una niña, hijos del dicho veedor, e desde a pocos días después que supo la desventurada muerte del hijo ahogado, le llevó Dios el nieto en edad de cinco años, en esta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española (*Historia*, 121, Libro XLVII, cap. VI, p. 150).

Y arribando a su máximo clímax de dolor de este modo, mudando la voz narrativa de tercera a primera persona, e inundado de subjetividad este clamor:

Bendito sea Dios por todo; y aunque seyendo, como soy, hombre pasible, y la falta de tales debdos no puede dejar de lastirmarme, sin dubda la mayor pena que siento en es llevar Dios aquel mancebo, en la flor de su edad de veinte e siete años, con tal manera de muerte. Tengo yo confianza de la misericordia divina que por acelerado que fuese su fin, es pronto e poderoso tu socorro, Señor, para que en tal agonía le dieses memoria de su Dios e

⁴⁹³ Gerbi documenta que en un “manuscrito conservado en la Biblioteca Colombina de Sevilla (H. HARRISSE, *Bibl. Amer. Vetustissima*, Additions Paris, 1872, p. XIII, nota 5)” dejó anotado Oviedo: “Por mis pecados se me ahogó un solo hijo que me quedaba” (Gerbi, 1978, p. 166).

⁴⁹⁴ El epígrafe del capítulo ya es indicador de ese distanciamiento y ensalza la entereza de ese padre doliente:

En que se tracta e cuenta la prosecución e discurso de este camino; en la cual relación se relatan otros trabajos que subcedieron, e cómo el adelantado don Diego de Almagro comenzó a sentir la rebelión de la tierra del Cuzco, e la nesciedad que los cristianos tenían; e cómo entre estas relaciones el cronista topó e vido en ellas cómo se había ahogado en un río el veedor Francisco González de Valdés, su hijo único, e aunque como padre lo sintió, rescita e cuenta la historia en este capítulo (...) (*Historia*, 121, Libro XLVII, cap. VI, p. 148).

Redemptor para se te encomendar, Señor, e que fuese en estado que su ánimo no peresciese (*Historia*, 121, Libro XLVII, cap. VI, pp. 150-151).

De algún modo, el autor ha sacado rendimiento del fatídico suceso para mostrar su humanidad ante el lector. El dato biográfico se ha convertido en materia narrable para perfilar la imagen de ese cronista sufriente, que persiste afincado en aquellas arriesgadas tierras, para dar cuenta de tan insólitos hechos.

El curso de estos acontecimientos determinan y refuerzan su afinidad con Almagro. Y aunque el cronista confiesa haber tenido cercanía con los Pizarro, su aversión hacia ellos no se disimula, siendo estos enemigos de Almagro. Al final, esta antipatía “está balanceada por la admiración en que tiene al noble Almagro” (Gerbi, 1978, p. 374), a quien considera “su héroe” (Gerbi, 1978, p. 431), y, asimismo, por su triste final. Con indignación, escribe el cronista que “todo (...) trae origen del primero desatino e crueldad que Hernando Pizarro usó contra el adelantado don Diego de Almagro, dándole una cruda e injusta muerte, sin ser juez para ello” (*Historia*, 121, Libro XLVIII, cap. VI, p. 229).

Por ello, en el Proemio a su cuadragésimo séptimo Libro el cronista se impone dignificar la memoria de su amigo -que “no se acabará ni perderá su buena e loable fama; e de esto tractará en este libro” (*Historia*, 121, p. 127) y denunciar la ruindad de su asesino. Con irritación arremete contra los Pizarro:

Almagro fue desbaratado e preso, e muerta mucha parte de su gente, y Hernando Pizarro quedó vencedor; el cual *no curó de atender* esos consejos o *términos de justicia* que el Almagro usó con él cuando lo tuvo preso⁴⁹⁵, sino hízole un *proceso a la soldadesca* e mandóle ahorcar en la cárcel, e después, con pregón público, por tirano, lo hizo sacar a la plaza del Cuzco e descabezarlo, *cosa fea e no vista semejante*⁴⁹⁶, por ser Almagro hombre de título e capitán general e gobernador, y el Hernando Pizarro un soldado o capitán particular, puesto que él dio la excusa que su hermano el adelantado don Francisco Pizarro lo había así mandado; el cual iba con más gente en la retroguarda (...); e caso que él lo mandase, no fue juez para ello (*Historia*, 121, Libro XLVII, Proemio, p. 126).

Y así construye el panegírico a su amigo.

⁴⁹⁵ Refiere a un hecho anterior, cuando Almagro toma la ciudad de Cuzco y prende a Hernando Pizarro, se lo procesa y se le perdona la vida.

⁴⁹⁶ Nótense las cursivas (mías), notas que plasman la psicología del autor en el momento de esa escritura. Con brevedad, Oviedo expone la poca justicia de Hernando, quien ejecuta vil e indignamente al gobernador. La sentencia “*cosa fea e no vista semejante*” habla por sí misma.

Queda decir en esta mi introducción, que (...) ninguno hizo ventaja a este infelice adelantado don Diego de Almagro de las cosas que agora diré (...). El ser de su persona era tan valerosa cuanto pensarse puede; su esfuerzo no mediocre, sino de un Alcides o Perseo, o el que quisieron escoger de aquellos famosos Hércules, igualándose a los muy famosos, señalados o osados varones militares; porque (...) en los mayores trabajos e peligros, mirándole los soldados, cobraban nuevas fuerzas e ánimos para resistir su cansancio e hambre e temor (*Historia*, 121, Libro XLVII, proemio, p. 127).

Vuelve el narrador a retrotraer a los héroes clásicos, para establecer una analogía con el carácter heroico de Almagro y magnificar al personaje. Pero su relación sumaria no ha concluido. El historiador regresa de su visita a los clásicos para hallar modelos entre los de su tiempo; luego realza la generosidad y la liberalidad del capitán, y encadena más loables virtudes, en una retórica grandilocuente:

Lo segundo en que hizo ventaja a todos los capitanes de Indias modernos, e sobrepujó los pasados en ellas e aun en el mundo, es que nunca ningún señor (que rey no fuese), dio ni repartió tan largamente tantos ni tan grandes tesoros e haberes, de lo suyo propio, como este. Lo tercero, porque nunca llegó a él hombre (..) que partiese descontento (...) E, porque oigáis, letor, a qué tanto se extendía su liberalidad, diré sola una de las innumerables que usó (...). Pues oid o leed todos los auctores que quisiéredes, e cotejad (...) e veréis cómo este hombre no tuvo par en lo que es dicho (...) A todos era padre y hermano e compañero, abrigo e socorro de los necesitados; (...) dulce le era a él repartir e dar (...) e la cara se le conocía el placer e alegría natural que sentía, cuando se ofrescía ocasión para socorrer a quien había menester (*Historia*, 121, Libro XLVII, proemio, p. 128).

Para dar por finalizado este discurso de enaltecimiento del amigo, no sin antes reivindicar la credibilidad de su testimonio:

E puesto en efeto, solamente quiero acordar al letor que he septenta años y que todo el dinero que ambos adelantados tuvieron no bastaría a hacerme escribir mentira (si yo sé que lo es), ni a dejar de poner aquí la verdad (si no la ignoro). A vueltas destas diferencias y escandalosos tumultos destes gobernadores, hay otras particulares que tocan a la general historia, que no dejarán sin delectación a quien las supiere; y es nescesidad que así la natural como la general historia anden acompañadas (como lo andan) en aquestos tractados e volúmenes de mis vigiliás e libros (*Historia*, 121, Libro XLVII, proemio, p. 128).

Nuevamente, los personajes de la *Historia* caminan en beneficio de su autor. Durante el proceso de escritura, las Margarita y Bobadilla, o los Pedrarias y Almagro, se expanden o se empequeñecen, se trufan o se desinflan de virtudes, en función de su vínculo con don Gonzalo. Compañeros o adversarios, estos individuos comparten con él

intensas peripecias biográficas, y, por ende, le son conocidos en profundidad. Así, que le sirven como garantes de verdad, para acreditarse y afianzar sus testimonios; para jugar con el *pathos* y emocionar al lector.

Luego, están otros corales. El clero secular, sus corruptelas y sus ridículas formas de impartir el bautismo a los indios considera Oviedo que meritan el azote de su prosa, “que no mereciera perdón mi ánimo si tales cosas callase” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXXIV, p. 354). El cronista, que escribe a la par la *Historia* y sus *Batallas*, se viste de docta ejemplaridad señalando la codicia y la falsedad de este colectivo de religiosos, de esos “clérigos tan negociadores y tractantes” (*BYQ*, 1989, p. 447), que se convierten en trasunto de sus diálogos:

Ni quiero perder el tiempo en contaros algunos e muchos pasoso que podría deziros de incontables frayles e clérigos e letrados que han sido harta parte en estos escándalos, e al olor deste oro han venido a estas partes, e el provecho que ellos han hecho la obra lo ha mostrado e estas partes los sienten, e aun la hazienda del Rey e de muchos particulares. Si déstos e otros que callo oviera de hacer (como pudiera) diálogos particulares, yo os digo que se hiziera otra quinquagena más prolixa que las de (...) aquí (*BYQ*, 1989, p. 445)

Y que nos llega en severa condenatoria, en su *General Historia*:

E, aun no deajo de sospechar que se perderán los más de los que se baptizaren de la manera que (...) como algunos capitanes han hecho baptizar a muchos indios. *Y no doy tanta culpa al capitán como al sacerdote* que tan alto sacramento administra tan inconsideradamente (...). Notorio es e infalible lo que dice la misma verdad por la boca de su evangelista⁴⁹⁷: “Que quien creyere e fuere baptizado, se salvará, y el que no creyere, será condenado. *Yo me remito en todo a los sagrados teólogos*⁴⁹⁸”.

Con todo, no puede caber en mi entendimiento que sean cristianos (...) los negros e indios (...) que veo que allegan (...) e ese día, o el siguiente, luego, sin que entiendan cosa alguna de la fe ni de lo que se les dice, los baptizan, *sin que ellos lo pidan ni conozcan el carácter*⁴⁹⁹ que les invisten o quisieron sus amos investirles, e non obstante la incredulidad (...). E que par estos tales nuevos cristianos e así baptizados *me constringan a sacar una cédula*⁵⁰⁰, para que puedan comer carne en la cuaresma, sin saber ellos qué cosa es la cuaresma, ni haber entendido ni oído qué es la fe ni la Iglesia (...). (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXXIV, pp. 355-356).

⁴⁹⁷ Refiere el autor a San Marcos.

⁴⁹⁸ Con esta autoridad, persuade de la lógica de sus razonamientos, que enraízan en fuentes irrefutables.

⁴⁹⁹ Aparentemente, el cronista se exhibe preocupado por el adecuado adoctrinamiento de esas gentes.

⁵⁰⁰ El posesivo “me” nos pone sobreaviso de que la denuncia va más allá, tornándose en un asunto personal. Las cursivas de todo el fragmento son mías.

El alcaide incide en la hipocresía de esos clérigos, que no se preocupan por hacerles entender la doctrina cristiana a esas gentes. Pero, en el fondo de esta queja late el interés económico del Oviedo y los prejuicios que, como señor de esclavos, le suponen estas medidas clericales. Recordemos que al Veedor se le encargan en Las Indias los oficios de “la fundición e marcación e escribanía de minas, e del crimen e juzgado, e el oficio del hierro de los esclavos e indios” (Avalle-Arce, 1963, p. 8). Y que aunque su *Historia* se infla de denuncias contra aquellos que hicieron esclavos a los naborias, Oviedo remite infinitas veces a sus empresas de esclavos, y sus criados aparecen⁵⁰¹ y desaparecen en sus relatos, acompañándolo o sirviéndolo en sus andanzas indianas. Por consiguiente, la inclusión de este personaje colectivo de frailes abusivos es fruto del pragmatismo ovetense, resulta un mecanismo narrativo destinado a la defensa de sus propias finanzas. Nótese así cómo el historiador refiere a que lo constriñen a sacar una cédula por sus esclavos. Seguidamente, se indigna de que “por esta licencia del provisor me lleven un peso de oro, o medio, segund la cantidad” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXXIV, p. 356), y alega que “no lo entiende” (p. 356), pero que prefiere “pagar que disputarlo” (p. 356). No obstante, la verborrea de Oviedo suelen tornarse incisiva en estas lides, y esta ocasión no va a ser la que desmienta esa máxima. Los renglones finales escupen su particular ironía:

Verdad es que el consuelo que nos dan en esto, es decir que tal moneda se allega para hacer una custodia para el Sanctísimo Sacramento de la Eucaristía, e parésceme sanctamente empleados, pero ni sé si place a Dios dello, ni si los esclavos de los clérigos e de los monesterios que en esta cibddada tienen esclavos, pagan esas licencias (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXXIV, p. 356).

El *grupo de conquistadores deshonestos*, en general, también le resulta muy conveniente. En el Proemio al Libro XLV, Oviedo muestra su indignación ante tantos “engaños e ardides” (*Historia*, 121, p. 22) que se dan entre los gobernadores y capitanes “cristianos”, quienes por “adquirir e buscar estas honras temporales e títulos nuevos de honor “(*Historia*, 121, Libro XLV, proemio, p. 23), traicionan a los amigos⁵⁰². En este indigno grupo incluye a célebres conquistadores (a Diego Velázquez, a Cristóbal Olit, a

⁵⁰¹ Referimos aquí un ejemplo: “preguntó (...) a un criado mío” (*Historia*, 120, Libro XLII, cap. XIII, p. 430).

⁵⁰² Dice de estos traidores “que se llaman amigos”, que “yo más los tengo por enemigos familiares e ocultos dañadores” (*Historia*, 121, Libro XLV, proemio, p. 23).

Pedro de Alvarado, e, inclusive, el excelso Hernán Cortés⁵⁰³, -a quien Oviedo retrata con sus deslealtades y sus heroicidades, y cuya imagen queda definida, especialmente, en el Libro XXXIII-), que son retratados con todas sus deshonestidades y artimañas:

De esta manera *lo hizo* del capitán Diego Velázquez con el almirante don Diego Colom, que le hizo su teniente de gobernador en la isla de Cuba, y él tuvo manera cómo el Rey Católico se lo confirmó contra la voluntad del almirante, que a él allí puso. *Lo mesmo hizo* con el dicho Diego Velázquez, Hernando Cortés en la Nueva España, donde le envió por su capitán, e se quedó con el oficio, e le admitió el Rey, e se quedó en blanco Diego Velázquez e con mucha pérdida. *Lo mesmo hizo* el capitán Cristóbal Olit con Hernando Cortés, que le envió a poblar a Honduras, e se le alzó con los navíos e gente. *E lo mesmo hizo* el comendador Alvarado, a quien Cortés envió a conquistar a Guatemala, e tuvo formas cómo el Rey le hizo gobernador de aquella tierra; *e lo mesmo hizo* el capitán Francisco de Montejo en procurar la gobernación de Yucatán, donde él e otros habían ido a costa del dicho Diego Velázquez. *E no hizo menos burla, sino más pesada e fea*⁵⁰⁴, el capitán Vasco Núñez de Balboa al gobernador Diego de Nicuesa, pues demás de se quedar con la gobernación, lo echó en un batel por esa mar, donde nunca más pareció (*Historia*, 121, Libro XLV, Proemio, p. 23)

Quisiera destacar la argucia narrativa en este parlamento. La contundente anáfora y el polisíndeton cumplen con honores su misión, enfatizando y sintetizando, en simultaneidad, lo que más le interesa al autor: que *lo mesmo* hicieron todos. Y con la relación prolíja de nombres y cada uno de esos “microrrelatos” Oviedo afianza la *evidentia* y refuerza la credibilidad de sus argumentos.

No es casual, sin embargo, que el mayor protagonismo lo reciba el célebre gobernador Pedrarias Dávila, a quien tanta ojeriza tiene el cronista. Al segoviano le

⁵⁰³ Baraibar examina las reconsideraciones de Oviedo sobre las actuaciones de Hernán Cortés; cómo se va definiendo la etopeya del afamado conquistador, con luces y sombras, en la *Historia*:

En la *Historia* encontramos una evolución en lo que a la imagen de Cortés se refiere que se ve influida por el contenido de las *Cartas* que Oviedo va trasladando al argumento de su libro 33 y por pasajes concretos e ideas que acuden a la mente del cronista. (...). Según avanza el resumen que Oviedo hace de las Cartas de Cortés, la figura de éste como un excelente militar va cobrando la forma de un héroe y, así, Oviedo lo compara con grandes figuras legendarias. La primera idea de un Cortés desleal para con Diego Velázquez se verá mitigada en los capítulos en los que se impone claramente el conquistador, el héroe militar (...) conforme avanza el libro 33, la imagen de Cortés como gran conquistador terminará por imponerse en el cronista madrileño y esto resolverá las dudas que podía haber sobre él con motivo de su deslealtad para con su superior. Y esto será así hasta que Cortés cometa el error de cuestionar la autoridad de Velázquez como legítimo representante del rey y se atreva a escribir al monarca sugiriéndole que él indagaría sobre el posible mal hacer de aquel y enviaría a Cuba a apresarle si podía demostrarlo. Cortés podía ser un gran conquistador y gobernador de Nueva España, pero en Cuba “no tenía qué hacer” (Baraibar, 2014b, pp.151-152).

⁵⁰⁴ Todas las cursivas del fragmento son mías.

concede la gloria de cerrar esa lista de ingratos y codiciosos, que no se granjeó sin esfuerzos el apodo de *Furor Domini*:

Francisco Pizarro e Diego Almagro, el gobernador Pedrarias Dávila los hizo capitanes e los envió a descubrir desde Panamá por la mar del Sur, e se quedaron después con la gobernación de aquellas tierras; aunque aquello fue algo más honesto que las otras cosas que están dichas, porque Pedrarias fue removido del oficio, y estos capitanes habíanlo trabajado por sus personas e con sus haciendas propias (*Historia*, 121, Libro XLV, Proemio, p. 23).

El sentido moralizante de la *Historia* nos llega aquí con los contraejemplos. Y para apuntalar ese carácter didáctico-moral, el narrador resuelve su parlamento apelando a la prudencia:

Parece que esto es ya una materia o uso común en estas partes, e aun dechado para que otros se aprovechen de lo que es usado; pero también es aviso para que cada uno mire cómo fia del otro y el Rey de todos (*Historia*, 121, Libro XLV, Proemio, p. 23).

Con todo, en cuestiones de confianza, él se presenta otra vez garante de toda la verdad. Y para el ya encanecido cronista esa oportunidad se presta que ni pintada para promover su obrar y recaer en el autoelogio, que “quien pasare esta *General Historia de Indias*, entenderá más particularmente *lo que he querido decir con pocas palabras*⁵⁰⁵ en esta mi introducción del libro XLV” (*Historia*, 121, Libro XLV, Proemio, p. 23).

Cerramos este apartado con otro ejemplo de actantes colectivos, a propósito de los cuales el autor se exhibe cual sabio consejero. El texto, atestado de datos históricos acreditados, resulta marcado por la subjetividad del autor. Su argumento parte de una opinión personal, aunque busque credibilidad con la profusión informativa. El cargo de “adelantado” le suscita al historiador “mal augurio”. Tanto es así que presenta, a modo de inventario, un cúmulo de personajes que ostentaron ese título y no arribaron a buen fin. Con un discurso abigarrado, el narrador construye ese extenso parlamento con la enumeración como figura estrella. Como la relación acoge a más de una veintena de nombres, se ha seleccionado parte del fragmento, que incluye la apertura, unos pocos adelantados y la conclusión del cronista:

Solamente me desplace el título de adelantado, porque, a la verdad, es mal augurio en Indias tal honor e nombre, e muchos de tal título ha habido

⁵⁰⁵ La cursiva es mía, para señalar que el cronista defiende el rasgo de brevedad como una de las virtudes de este discurso.

lastimado fin, como lo podemos ver en (...) Joan Ponce de León, adelantado de la Florida, muerto por los indios; el adelantado Rodrigo de Bastidas, muerto a traición, a puñaladas, por sus soldados; (...) el adelantado Vasco Núñez de Balboa, adelantado de la mar del Sur y descubridor della primero, fue degollado por traidor, e otros con él, sin ser traidores; (...) Francisco de Garay, adelantado de Pánuco, gastó su hacienda con su armada e ir a poblar lo que no sabía, e perdiólo todo, e al cabo murió, e aun quisieron algunos decir que fue entosigado; (...) el adelantado Simón de Alcazaba, matáronle a traición sus milites; el adelantado Diego de Almagro murió bien y como católico; (...) Algo peor que a otros le ha intervenido al adelantado Francisco de Orellana, que fue en demanda de las amazonas al río Marañón, o mejor diciendo, a morir a sabiendas, sin se entender, e así acabó a la boca del río. ¡Plega a Dios que les haya dado la gloria celestial e tomado en descuento de sus pecados sus vidas e fines! (...). El adelantado Pedro de Alvarado murió despeñado, e rodando un caballo por un monte áspero, él estaba debajo y no se pudo apartar, e arrebatóle e llevóle de peña en peña, e dejóle tal, que desde pocos días murió; (...). Así que letor prudente, ved qué título es aqueste de adelantado, que tales deja a los que le han tenido en las Indias. Y parésceme que basta haber nombrado los adelantados que he dicho, para que cualquiera hombre de entendimiento no procure tal título en estas partes (*Historia*, 118, Libro XXIII, cap. XI, pp. 370-371).

Cabe señalar que las supersticiones, los auspicios y los malos presagios formaban parte del acervo cultural de la tradición clásica y popular, abundan en la *Natural Historia* de Plinio y perduran en la cronística de Indias. No es insólito, por consiguiente, hallar este tipo de comentarios en la *Historia*. Como se ha ido defendiendo en este trabajo, tampoco lo es el hallar el elemento subjetivo en esa prosa ovetense, tan arraigada a la experiencia propia. El capítulo concentra al Oviedo apasionado en contar historias, al devoto cristiano que se encomienda al cielo y al autor consciente de su escritura, que apela constantemente al lector, para conducirlo en la lectura y en la vida. Con la historia, con la literatura y con el abanico de personajes a los que da vida.

- 2.1.1.4 ESCRITURA *PRO DOMO SUA*

“(...) por carta de 25 de octubre de 1533 mandaba el monarca al cronista que ‘enviase (...) el cuaderno o tratado donde se proponía demostrar, según tenía ofrecido, que pertenecieron las Indias en la antigüedad a los reyes de Iberia’ ¿No sería esto uno de tantos casos de ofertas precipitadas, de promesas no muy sinceras, hechas con el propósito de halagar o de adquirir notoriedad (...)?

Obsérvese que Fernández de Oviedo prometió por escrito algo que debía lisonjear sobremedida al Emperador (...).”

(Miranda, “Introducción” al *Sumario*, 1950, p. 63)

“(...) e que en lo que tocaba a mi persona⁵⁰⁶, yo fuese gratificado e pagado de mis gastos e servicios, como criado de su real casa, teniéndose por servido de mí.”

(Oviedo, *Historia*)⁵⁰⁷

Desde una perspectiva hermenéutica, ningún acto comunicativo es ingenuo y, por consiguiente, todo escrito persigue unos objetivos y responde a las necesidades de su autor. Para la interpretación de la *Historia*, y para comprender los significados que entrañan las palabras del cronista - “el sentido de los mensajes”⁵⁰⁸ (Arráez, Calles y Moreno de Tovar, 2006, p. 171)- resulta fundamental detectar primero las intencionalidades y pulsiones que lo mueven a escribir: para quién escribe, qué sentidos le otorga a su obra y qué “beneficios” persigue con su escritura.

Frente al controvertido cariz, nada “pacificador”, que paulatinamente van tomando la historia (no solo el dominio, la explotación o la crueldad hacia los indios, sino también el diezmo de centenares de nativos), la crónica acusa un forcejeo argumental, que bascula entre la legitimación de la empresa imperial y la asunción de las tantas “desviaciones” que la desacreditan. El historiador horada sagazmente sus escritos de una narrativa enraizada en el desengaño, el sermoneo y la condenatoria a esos “malos gobiernos”; y esgrime sus mejores argumentos para elevarse modélico y lograr la complicidad narrativa. El obligado calado “verdadero” de su *Historia* lo insta a la denuncia sin lisonjas, y esta estrategia acusatoria, por otro lado, encumbra y exalta sus virtudes individuales, su férreo sentido de deber y fidelidad. Que porque “estos tractados se fundan principalmente en loor a Dios”, escribe orgulloso Fernández de Oviedo sobre sus fines, y “porque la

⁵⁰⁶ Este capítulo de la *Historia* tiene como motivo principal narrar la actuación ejemplar de Oviedo como vasallo de la Corona. El inicio del título que porta el capítulo es ya suficientemente sugestivo: “Cómo el veedor Gonzalo Fernández de Oviedo fue a España a buscar el remedio de la Tierra Firme (...)” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 248).

⁵⁰⁷ Oviedo (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 251).

⁵⁰⁸ Desde la Hermenéutica, el artículo argumenta que el lector debe previamente “conocer la psicología y el espíritu del autor para que la comprensión fluya con naturalidad” y se interprete su mensaje. Remitiendo a Gadamer (1993), se asevera que “es necesario emprender la indagación de ese hilo conductor que nos trae el valor de la palabra, pues el mundo es el todo que se construye con palabras y el lenguaje constituye la única expresión integral, absoluta e inteligible de la interioridad del individuo” (Arráez, Calles y Moreno de Tovar, 2006, p. 171).

Clemencia del César quiere que por su mandato se sepan e se comunique al mundo todo” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXVIII, p. 326), alega “fui temido juez” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XV, p. 266). Señalando “yerros” persigue Oviedo la absolución y benevolencia del lector, pues “menos prudencia es callar e disimular los vicios y pecados agenos” y “a todos compete decir lo que es daño general de la república” (Batalla I, Quinquagena IV, Diálogo XV, vol. III, 2000, p. 53). Justamente en este Diálogo de sus *Batallas* -obra histórica cuya redacción (1535-1556) coincide en tiempo y espacio⁵⁰⁹ con la de la *Historia*- don Gonzalo pone en boca de Sereno, su alter ego⁵¹⁰, este parlamento panegírico, que loa el carácter censor de su escritura historiográfica y memorialística:

Dios os agradecerá y remunerará este vuestro trabajo e venturosa e onrosa ocupación; porque en verdad es muy útil para el honor de España. Y en

⁵⁰⁹ En el Diálogo XXXIX (*Batalla I*, Quinquagena IV, 2000, pp. 175-186), y a propósito de los celos del caballero Cristóbal de Benavides, el Alcaide nos facilita esta información crono espacial. Este coloquio, técnicamente tan afín al método narrativo de su *Historia*, remite a la cita erudita, refuta a Plinio, incorpora el dato biográfico del autor y brinda una sabrosa anécdota, para el deleite de los lectores, que no tiene desperdicio. Por esas concomitancias estilísticas y narratológicas, resulta de interés detenerse, aunque sea de manera sucinta, en esta narración.

La trama se construye en torno a las dudas del caballero – Cristóbal o Sancho, que el autor alterna los nombres- sobre la virginidad de una doncella de su esposa, “que la vestía y desnudaba y que más cerca de sí la tenía” (p. 175), tras la noticia de un “mal parlero” que adujo que tenía amores con esta criada. “Y Sancho de Benavides, como de su natural se era celoso”, cuenta el narrador, “no hubo menester información para creerlo, y pensó y sospechó que pues de la doncella tal se hablaba, que su muger que tan propia y cerca de sí la tenía, que también debía ser mala muger” (pp. 175-176). Ante la sospecha de la traición de su esposa, arguyó un plan: buscó a un escudero que se casase con la doncella y le dijo: “si la hallares corrompida (...) encontinente la has de dar de puñaladas, y yo daré otras tantas a mi muger, porque la vida y la muerte de las dos han de andar juntas” (p. 176). Encantada, e ignorante del ardid, la doncella se desposa con el pretendiente, y ambos “retozan (...) en tal lugar que el Sancho de Venabides los podía ver sin ser él visto” (p. 177), confirmándose de la criada que era “tan virgen como quando nació”. Entonces fue Sancho a liberar a su esposa, que la tenía encerrada, “besándola y halagándola”, y diciéndole “quán buena quenta ha dado de vos y de sí la desposada” (p. 177); y tuvo su parte también el parlero, al que dio “muchos azotes, le cortó las orejas y las narices y le dixo: ‘Así se ha de pagar a los que mienten’” (p. 177).

El caso le es entonces propicio al Alcaide para insertar otra cuestión: si la piedra ágata -que trae el caballero en su escudo- “enseña si la mujer es virgen” (p. 179), según cuenta “aquel *De proprietatibus rerum* (lib.16, cap. 40)” o “Ysidoro en sus *Etimologías* (lib. 16, cap. 4)”. Y entonces llega la refutación de Oviedo a la sabiduría de los clásicos: “Pero para mí, las menos cosas de las que se atribuyen a las piedras creo; porque San Ysidoro leyó lo que dice, y sigue a otros autores. Si él dixera ‘yo he visto o experimentado’, otra razón era creer a un santo tan grande y tan docto” (p. 180). Y recupera a su estimado Plinio, al que “ni quiero creer”, porque “todas esas propiedades son dudosas” (p. 180).

No obstante, el conocimiento personal de Oviedo y la nota biográfica acreditan que otra piedra, la calamita, posee la propiedad de señalar los polos y servir de guía, con tal eficacia que “desde donde yo escribo esto, que es en esta fortaleza de la ciudad de Santo Domingo de la isla Española (que dista diez y ocho grados de la línea equinoccial, a la banda del ártico polo), acierte yo a ir, mediante la propiedad de la piedra, a España, Flandes o Ytalia” (p. 180).

Solo queda, para concluir, la lectura didáctico moral del caso: “el saber de los hombres humanos es poco para comprenderlo todo”, no “podemos creer ni afirmar lo que no tuviéremos visto o experimentado” y “solamente somos obligados a tener y creer lo que tiene y creer nuestra Santa Madre Yglesia Apostólica de Roma” y “dar crédito a los verdaderos expositores de la verdad” (p. 181). O sea, darle crédito a don Gonzalo.

⁵¹⁰ Las *Batallas* cuentan las historias de insignes caballeros españoles a partir de los diálogos de dos personajes: el Alcaide y Sereno, “ambos trasunto del autor” (Moya, 2013, pp. 561-568).

lo que a mi solo me toca por ser español, no os lo podré pagar con lo que tengo; pero conózcome vuestro deudor (...), e si no faltaren ingratos e lenguas mordaces, no os escuse eso de seguir vuestro buen propósito, para que se acabe lo comenzado, pues la paga está segura en Dios para vos (Batalla I, Quinquagena IV, Diálogo XV, vol. III, 2000, p. 52).

Pero cuando los calumniadores lo nombran, su caligrafía se enfurece: que “mirad, letor, que también he yo de morir, e que me bastan mis culpas sin que las haga mayores, si no escribiese lo cierto” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXXXIV, p. 354), que “testigo soy de lo que digo” (*Historia*, 119, Libro XXX, proemio, p. 357) y todo es voluntad del Hacedor.

Detengamos, por un momento, en la analogía que establece entre Dios y Su Cesárea Majestad, que es un *continuum* en la *Historia*. Por muy devotas y cristianas que sean las prendas de Oviedo –que lo son-, quien teje y desteje es, a todas luces, el funcionario público del Imperio, que confecciona su crónica sobre los patrones de la expansión imperial universalista⁵¹¹, y que no en vano acude a la “verdad evangélica” (*Historia*, 117, Libro II, cap. VII, p. 30), a las prédicas del apóstol Santiago y de San Gregorio, para legitimar la posesión española de las Indias desde los tiempos del rey Hespero. “Para Oviedo el término *cristiano*”, afirma Leandro Tormo, no significa “seguidor e imitador de Cristo, ni aun simplemente bautizado, sino castellano, español o europeo, es decir, miembro de la vieja cristiandad” (1982, p. 86). Los asentamientos cristianos, la edificación de templos o los fieles expedicionarios son vehículos expansionistas del supremo Emperador que, como ser elegido por el Hacedor, impone su “divina” hegemonía en el Nuevo Mundo. Para Tormo:

Hay en este texto una identificación entre servir al Emperador y servir a Dios, pues Oviedo estaba convencido que comprobando las funciones de oro y guerreando a los indios estaba haciendo servicio a Dios, lo cual para nosotros es inexplicable si no admitimos la segunda ecuación de este mismo texto, que cristianizar es igual a poblar (1982, p. 87)

Apenas levantados los cimientos de su crónica, el madrileño escritor explicita que su trabajo está hecho para el rey –“*dico ego opera mea regi*” (*Historia*, 117, Libro II, cap.

⁵¹¹ Gerbi hace alusión a esa universalidad del cronista en su elección de elaborar una obra “omniabarcadora” (1978, p. 274), de “hacer de esta un *speculum novi mundo*” (p. 274):

Su *Historia* no es sólo historia, es a la vez crónica y cosmografía, botánica y etnografía, un animado bestiario y un libro de prodigios. *Nihil Americani a me alienum puto* (Gerbi, 1978, p. 274).

I, p. 14)-, retratándose como leal súbdito que la narra “ante tan alta Majestad” *Historia*, 117, Libro II, cap. I, p. 14). Por lo mismo, legitima la veracidad de su obra con su testimonio y una profusa recopilación de fuentes -cabe señalar, el mayor de los corpus documentales entre aquellos primeros cronistas-; “porque César no quiere fábulas” (*Historia*, 118, Libro X, proemio, p. 7); porque los renglones deben ser “copiosos de verdad” (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 9).

Pero esa verdad historiográfica, que considera Oviedo su mejor atributo, es un arma de doble filo para el historiador; tiene un reverso comprometido. Dada la naturaleza de su regio destinatario, la escritura de la *Historia* le demanda cautela. Como lectores modernos del siglo XXI, no podemos nunca olvidar a quién representa Oviedo, cuáles son sus pretensiones y con cuántos dedales teje su crónica, para no salir malparado. Que mucho está en juego y grandes son los adversarios⁵¹² a los que se enfrenta, como para no conseguir el contentamiento de su rey; y, por supuesto, sus mercedes. Y para el deslumbre de ese Real Lector, qué mejor que estofar su *Historia* en un particular oro bruñido: sobre la dorada y apologética exaltación y defensa de la empresa española en las Indias. Por lo tanto, y valga la siguiente redundancia, volvemos a poner en tela de juicio las telas imparciales que viste Oviedo. Porque la *Historia* aspira a ser oficial y propagandística, y quien paga sus cueros lo impele a la sumisión y, alguna rara vez, acaso a la omisión; aunque, como señala Martín García, la ocultación sea pecado capital en su ideario historiográfico:

(...) hemos de tener en cuenta las ideas de la época, que consideraban las nociones de “verdad” y de “mentira” en términos morales. En consecuencia, los *malos historiadores* no se comprometen con lo *verdadero*, pues acuden a prácticas de ocultación; por tanto, carecen de los principios éticos fundamentales para escribir Historia, pues se tornan *mentirosos* (2019, p. 19).

Por ende, verdad, moral y política imperial buscan concilio en la *Historia*. *A priori* esto no debe sorprendernos, pues, para los cronistas:

⁵¹² Castillero refiere a ese relevante desgarro en las telas veraces con las que presume vestir Oviedo su crónica:

La Historia General y Natural de las Indias adolece de un defecto capital, y es que como el autor resulta al mismo tiempo protagonista -como en el caso de los acontecimientos de Panamá-, en los sucesos que se relacionan con su persona se vuelve detallista en extremo, y, en cambio, **suele omitir** hechos importantes cuando sus enemigos y desafectos son los personajes centrales, si su actuación favorécelos en alguna forma (Ernesto J. Castillero, 1957, p. 539).

(...) era indispensable interpretar la Conquista española de las Indias como alegoría teológica, política y aun económica de los designios de Dios. Era necesario adecuar las políticas de la Corona de Castilla en las Indias a la correcta **interpretación** teológica de la conquista y colonización de las culturas indígenas y la apropiada explotación de la naturaleza americana. (Marroquín, 2015, p. 83).

¿Qué es el *Requerimiento*, sino el católico documento que instauro “la legalidad de la toma de posesión de un territorio en nombre de los Reyes de España” (Ballesteros, 1981, p. 93)? Arribados a la isla dominicana, y como miembro de aquella “nutrida expedición” (Ballesteros, 1981, p. 91) del Gobernador Pedrarias Dávila, que había partido de Sevilla en 1514 hacia Castilla del Oro, tiene nuestro Veedor el honor -o el descontento - de ser la voz lectora del texto real a aquellos naturales de ponzoñosas flechas del Puerto de Santa Marta. Y alegamos “descontento”, porque en el episodio interceptamos la exacerbada actitud crítica ovetense, su **fuerte carácter discrepante**, al mostrar abiertamente sus disconformidades ante aquellos ridículos modos de llevar a cabo los designios reales⁵¹³. Con una prosa vindicativa e inquisidora -“quisiera yo que aquel requerimiento...” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. VII, p. 230) , “este tiempo quisiera yo que allí se expresara” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. VII, p. 230)-, la ironía y la burla florecen en la *Historia*, cuando el intransigente cronista se detiene ampliamente en el suceso, para tacharlo de disparate, por lo temerario y ridículo:

E mandó el gobernador que yo llevase el requerimiento, *in scriptis*, que se había de hacer a los indios, e me lo dio de su mano, como si yo entendiera a los indios, para se lo leer, o tuviéramos allí a quien se lo diera a entender, queriéndolo ellos oír; pues mostrarles el papel en que estaba escrito, poco hacían caso” (...). Yo pregunté después, el año mil e quinientos e diez y seis, al doctor Palacios Rubios (...). Mas parésceme que se reía muchas veces, cuando yo le contaba lo desta jornadas y otras que algunos capitanes habían hecho. Y mucho más me pudiera yo reír dél y de sus letras (que estaba reputado por gran varón, y por tal tenía lugar en el Consejo Real de Castilla), si pensaba que lo que dice aquel requerimiento lo habían de entender los indios, sin discurso de años e tiempo. E pues en el capítulo VII se les da lugar, o se les promete, en aquel Requerimiento, que tomen el tiempo que fuere justo para entender (...). Adelante se dirá el tiempo que los capitanes les daban, atando los indios después de salteados, y en tanto,

⁵¹³ La actitud de Oviedo es valerosa y comprensible: ¿Cómo iban a entender los nativos la dimensión teológica y política de ese documento real, que además está escrito en castellano? Para Castellero, “Oviedo estima no otra cosa que un formulismo ridículo que en nada justifica las matanzas de indios que seguían a su lectura”. Véase Ernesto J. Castellero (1957, p. 528).

leyéndoles toda aquella capitulación (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. VII, pp. 227-231).

Y cabe aquí hacer notar una apreciación. En esta narración de ese su primer encuentro con el Nuevo Mundo, Oviedo, sin ser consciente, está anticipándonos la importancia instrumental que adquiere **el verbo** como arma conquistadora de Las Indias; lenguaje que se erige legitimador de la verdad del discurso imperial. Según Moreno,

La verdad presupone una armonía del individuo-conquistador con su medio que le es contingente, y, siendo el lenguaje sobre la realidad una forma de conquista y de transformación de la realidad, éste está regido por ceremonias y acuerdos que engloban a la colectividad y hacen de la verdad un hacer social del español que transforma la tierra americana. El verbo revoluciona (performa) la exterioridad. De tal suerte, un documento puede cubrirse de ese manto de verdad (...). Esta "veracidad" utilitaria, que antecede al discurso y lo moldea, conduce al lenguaje que quiere nombrar el "Nuevo Mundo" a su integración a un imaginario preexistente que lo recubre y dentro del cual prevalece la actitud mental en la que el otro es sólo un elemento periférico y de significación voluble (Moreno Blanco, 1995, p. 79).

Esta actitud del cronista evidencia nuevamente que la verdad del relato nace siempre de la particular apropiación de los hechos que haga el testigo. La pronuncia del Veedor es clara y meridiana: exculpaciones para sus Altezas, recriminaciones para el Gobernador y algo de comicidad para el lector, que el sermoneo con agudeza mejor se sustenta:

(...) y en una casa de aquéllas se entró el general con todos aquellos capitanes que allí se hallaron, e con el contador e factor e alcalde mayor, el licenciado Espinosa y el teniente Joan de Ayora, y en presencia de todos, yo le dije: “ Señor, parésceme que estos indios no quieren escuchar la teología del Requirimiento, ni vos tenés quien se la dé a entender; mande vuestra merced guardalle, hasta que tengamos algún indio éstos en una jaula, para que despacio lo aprenda, e el señor obispo se lo dé a entender”. E dile el Requirimiento, y él lo tomó, con mucha risa dél e de todos los que me oyeron (...) (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. VII, p. 230).

En relación con los vientos retóricos y poéticos que arreciaban en el siglo XVI, atiende Gómez Alonso a cómo estos incorporaron las “**emociones** sagradas y virtuosas” (2000, p.124): se ponen en valor “virtudes e *ingenio* del predicador” (2000, p.124) -en detrimento de la *imitatio*- y nace un interés manifiesto por las Sagradas Escrituras. De entre todas las levitas que viste nuestro cronista, la del sermoneador cristiano y providencialista es la que mejor refleja su **moralidad**. “Sígase la verdad, e venga lo que

viniere”, escribe el autor de las *Quincuagenas*, “que a la verdad del Evangelio me arrimo” (*MGFO*, vol. I, 1974, p. 63), “que la boca que miente mata el ánima” (*Historia*, 117, Libro I, Proemio, p. 12) y la “verdad se haze por las virtudes” (*MGFO*, vol. I, 1974, p. 37). Por ello, a “la gracia del Espíritu Santo e su divino auxilio” (*Historia*, 117, Libro I, Proemio, p. 11) encomienda la escritura, que con obediencia a la Santa Iglesia declara: “protesto vivir y morir” (*Historia*, 117, Libro I, Proemio, p. 11).

Esa ortodoxia **espiritualidad** rezuma en abundancia por la *Historia*, empapando también de **sensibilidad** sus textos. Y derrame considerable se lo lleva, como se ha comentado, el exaltado providencialismo y su servilismo al Emperador, porque el César “es elegido e ungido por la mano de Dios (...), es único, e que no tiene semejante, ni se ha visto tal ombre que pueda ser su igual” (*MGFO*, vol. I, 1974, p. 58). Asevera Salas que “en todos los libros que componen esta monumental historia ha expresado Oviedo los motivos que lo impulsan a escribir. Dios y el mandato imperial andan mezclados” (1959, p. 80). Y resulta interesante, por lo que refiere a la **sustancia anímica**, parafrasear aquí a Josefina Zoraida Vázquez:

¿Cómo no iba a convertirse en uno de los primeros propagandistas del imperialismo español, fervientemente convencido, cuando las grandezas alcanzadas por su patria le habían llegado hasta lo más hondo de su *alma*⁵¹⁴? (1957, p. 509).

Defensor de las dotes adoctrinadoras de la Historia - “que es la historia ministra de la prudencia, e no menos maestra de la vida” (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. LIV, p. 257) -, la crónica se edifica como culto a la verdad, o más bien digamos ‘Verdad’ revelada, en tanto palabra sagrada, que “el saber no viene de los hombres, más de Dios” (*Historia*, 119, Libro XXIX, Proemio, p. 206). Es tanto así que desde el “refugio providencial” (Gerbi, 1978, p. 311) en el que se sitúa, el devoto Oviedo predica fervorosamente los milagros⁵¹⁵ de la Virgen en tierras indianas, mientras la naturaleza se magnifica en loor al Hacedor y el soldado caído, como buen cristiano, logra toda su

⁵¹⁴ La cursiva es mía.

⁵¹⁵ Ha subrayado Gerbi que “Oviedo se destaca de sus contemporáneos (...) por su sana desconfianza científica (...) y por una actitud de reserva rayana en la incredulidad”. No obstante, son numerosos los casos, en los que con absoluta fe relata milagros de santos y de la Virgen. En el Libro XXX, que narra la muerte de Montezuma, intervienen, en favor de los cristianos, la Madre de Dios y el Apóstol Santiago, este último a lomos de un caballo blanco que “con los pies e manos e con la boca mataba muchos” indios. “Ya sé que los incrédulos o poco devotos dirán que mi ocupación en esto de miraglos, pues no los vi, es superflua o perder tiempo novelando”, advierte el cronista, “e yo hablo que esto e más se puede e debe creer” (*Historia*, 120, XXX, XLVII, pp. 227-228). Véase Gerbi (1978, p. 371).

conmiseración. Pero como no faltan en su “pecho **pasiones esculpidas** con letras diamantinas” (*Historia*, 119, Libro XXIX, XVI, p. 272), su escritura se tinte de providenciales moralejas⁵¹⁶, amonestaciones y enjuiciamientos. Saca la vara de los justos el Alcaide para señalar nefandos pecados y reprobar a infieles pecadores: el oro es la perdición de los ambiciosos, los lagoteros deben ser reprendidos y la ruindad de los Soto o Pizarro merece la condenación divina:

(...) que tiene Dios cuidado de suplir los defectos de la justicia que es administrada por los hombres, e desde el cielo castiga, cuando le place, a cada uno segund El ve que conviene (*Historia*, 119, Libro XXIX, XVII, p. 276).

El desánimo del historiador-predicador también cala en la escritura, en una explosión de sentimientos. Porque Oviedo vive y padece su *Historia*, vehementemente. Se ha mencionado ya cómo los Libros de esta crónica van contagiándose, con el correr del tiempo, de lo que denominó Pastor como “discurso narrativo del fracaso” (1983, p. 10). Temprano giro discursivo es este ejemplo del Libro XXIV, en el que Oviedo pasa del cuadro edénico y del gozo contemplador de las Indias de la primera parte de la obra a desalentar, con una oratoria admonitoria y fatalista -según Gerbi, incluso “subversiva” (1978, p. 381) - a aquellos que ilusamente contemplan enrolarse, sean capitanes o soldados:

Señor Capitán, entendedme y entendedos. Cuando hicierdes alguna compañía para venir a las Indias, (...) debríades considerar, primero el rostro de cada uno, y examinada la efigie, veréis parte de la vergüenza (...). El hombre que tomáredes no sea sospechoso a la fe (...), porque ha mucho que los miro en las Indias (...), porque en la hora que no os subcedan las cosas a su propósito, o seréis muerto o vendido dellos, o desamparado cuando entiendan que les distes más palabras en España que las que se habían de gastar con ellos. (...). Y primero que en esta examinación entréis, examinaos a vos, y fundaos en que vuestro fin sea servir a Dios e a vuestro Rey en convertir los indios, y tractarlos bien, y tener la forma de reducirlos a la república de Cristo (...). Y no queráis hacienda ni tesoro que tan caro os cueste, si por ello habéis de perder aquel rescio con que fuiste rescatado y os libró Dios del infierno, (...) que cada uno será pagado como meresce; y no tengáis duda desto, ni penséis que está Dios por lo que aquí parece oro y es fruslera; que todo lo ve y todo lo entiende y todo ha de haber su justo galardón, segund viviéremos. Y esto os acuerdo, capitán, (...) pues que tomáis el más

⁵¹⁶ La intervención de la Divina Providencia, para salvar, pero también para testar la fe del hombre, es un tópico en la crónica indiana. El fuerte influjo de San Agustín se deja sentir en la *Historia*, cuando el historiador interpreta las molestias que causan los diminutos cojijos (piojos) como otra experiencia de conocimiento divina, en tanto viles seres creados por el Hacedor.

peligroso oficio que hay sobre la tierra (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. IV, pp. 400-402).

(...) Y quiero decir al soldado (...). Compañero amigo, si acordáreis de venir a estas Indias, (...) disputad si aquel capitán con quien viniéredes, es hombre que cumplirá con vos lo que os promete. (...). Porque muchos destos capitanes prometen lo que no tienen (...) ¿Cómo no veis que os habla en lo que está por venir y que promete lo que no tiene ni entiende? (...), que (...) peligros y trabajos de la mar y de la tierra (...) son innumerables y (...) que no os gratifica, ni si adolescéis os cura, y aun si morís, no os entierra, (...) y si mal salida o ruin subceso tiene su empresa, échaos a vos la culpa que él tiene, y aunque tenga con que ayudaros, mudándose su fortuna, ya que os dé algo, es todo mal habido. (...) No nos embosquemos más en esta materia, que, si me habéis entendido, yo os digo que *no debéis mover el pie*⁵¹⁷ (...). Diréis vos: ¿pues qué os parece que haga? ¿Dejaré de ir a las Indias, donde tantos van y tornan ricos (...)? Bien me parece que es honesto buscar de comer y nescesario (...), pero que tal camino sea primero bien pensado (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. IV, pp. 402-403)

Y sin abandonar el circunloquio, el narrador concluye su sermón en tono quejumbroso y con un símil apabullante, intimidador:

No perdamos tiempo en esto que ha de aprovechar a pocos; porque en tanto que vaya oro destas partes, no han de faltar hombres que vengan por ello, ni dejarán de morir menos hasta aquí por mis amonestaciones. Pero, a lo menos, ya que no sea creído, quedaré desculpado con Dios (...); y al que le pareciere que **soy áspero** en lo que he dicho, mi fin es hacer lo que debo, y resciba Dios la intención con que a esto me muevo. (...) Pero acordaos, si acá viniéredes, (...) habéis de entender la comparación que yo hago del basilisco⁵¹⁸ al gobernador de mala conciencia, de este animal y cruel **serpiente** que con sola la vista mata al que mira⁵¹⁹. Así lo dice Isidoro en sus *Ethimologias* y Plinio⁵²⁰ en su *Historia Natural* (...). Y aun contra aquéllas

⁵¹⁷ La cursiva es mía, para subrayar la intención imperativa del discurso.

⁵¹⁸ Para el estudio de la *Historia Natural* de Plinio seguimos la segunda edición (2007) de Josefa Cantó, Isabel Gómez Santamaria, Susana González Marín y Eusebia Tarrío. Según explican las editoras, el término *basiliscus* es, en griego, diminutivo de *rey*, y Plinio lo relaciona a la “mancha similar a una corona que tenían en la cabeza” (*Historia Natural*, 2007, 91). Para este erudito latino es este “semejante monstruo” de los más temibles, que:

Con un silbido pone en fuga a todas las serpientes y no impulsa su cuerpo con una ondulación en serie como las demás, sino que avanza levanta y erguida sobre su parte central. Mata los arbustos, no solo al tocarlos sino también al exhalar su aliento sobre ellos, abrasa las hierbas, rompe las piedras; tal es la fuerza de su veneno (*Historia Natural*, Libro VIII, XXXIII.78, 90).

⁵¹⁹ Escribe Cayo Plinio Segundo que la serpiente basilisco posee el mismo poder que el *catoblepas* (según los autores de la edición consultada, extraño animal identificado por Ateneo como la Gorgona). Estos seres supondrían “la ruina de la especie humana, pues todos los que han visto sus ojos mueren inmediatamente” (*Historia Natural*, Libro VIII, XXXII.77 y XXXIII.78, 89-90). Véase Plinio, *Historia Natural* (2007).

⁵²⁰ Plinio va mucho más allá e introduce una breve anécdota para amplificar la letalidad de la ponzoña de esta sierpe, que “se creyó en otro tiempo que una murió de una lanzada desde un caballo, y subiendo su veneno por la lanza, pereció no solo el jinete sino también el caballo” (*Historia Natural*, Libro VIII, XXXIII.78, 90). Se ha señalado (Cazzaniga, 1957, 27-42) a Séneca, y a su obra *De situ et sacris*

se hallan remedios⁵²¹; pero muy mayor ponzoña es y aplica un gobernador contra quien en las Indias muestra un zuño o le mira con mal ojo; porque (...) a quien desdeña, le hace pobre y le mata desesperado, y sin valerle razón ni justicia; porque (...) están los hombres (...) mucho más captivos en estas partes (*Historia*, 118, Libro XXIV, cap. IV, p. 403).

Hayden White defiende que la escritura de la historia “is never innocent, ideologically or otherwise” (1982, p. 137) y que las “narraciones históricas son siempre alegorías morales” (2010, pp. 60-61). Vamos viendo, *grosso modo*, como la *Historia* tiene todos los ingredientes para sustentar estas concepciones whiteanas. Ciceroniana, la crónica se teje para ser ejemplarizante y didáctica. Y los esfuerzos del historiador se tornan mayúsculos por ser escrupuloso en demostrar sus testimonios y acreditar con rigor las fuentes. Es más, la verdad histórica, confiesa Oviedo, arriba “en términos de Revelación” (Martín García, 2019, p. 26). Y, por lo mismo, esta debe ser transmitida al lector tal cual es revelada, de manera fidedigna. Empero, ¿concebimos como posible desterrar el subjetivismo de esta operación aprehensiva de la realidad? Para Sueiro, ambas dimensiones, la objetiva y la subjetiva, cohabitan en la experiencia reveladora⁵²². Por ende, recuperamos aquí nuevamente nuestra tesis, la de la exigencia de entender al autor y *su* “realidad circundante” (González Echevarría, 1984, p. 160), con la urgencia de desentrañar los impulsos que motivan sus verdades y moldean las curvas de su escritura.

Si por eso del apego a Plinio, tomáramos la *Historia* ovetense como si solo fuese un bestiario, de entre todas las especies, clasificaríamos a Oviedo como un robusto **animal político**. Sus desempeños (“notario público de la corte”⁵²³, veedor de fundiciones,

Aegyptiorum – hoy perdida-como posible fuente de Plinio para esta anécdota. Véase Plinio, *Historia Natural* (2007, p. 90).

⁵²¹ Sobre estos escribe Borges en las líneas que el argentino le dedica a este ser imaginario:

El basilisco reside en el desierto; mejor dicho, crea el desierto. A sus pies caen muertos los pájaros y se pudren los frutos; el agua de los ríos en que se abreva queda envenenada durante siglos. Que su mirada rompe las piedras y quema el pasto ha sido certificado por Plinio. El olor de la comadreja lo mata; en la Edad Media, se dijo que el canto del gallo. Los viajeros experimentados se proveían de gallos para atravesar comarcas desconocidas. Otra arma era un espejo; al basilisco lo fulmina su propia imagen.

Véase Jorge Luis Borges (con la colaboración de Margarita Guerrero), *El libro de los seres imaginarios*, Emecé Editores, 1978, p. 48.

⁵²² Revelación que “no desliga la **dimensión subjetiva** de la experiencia creyente de la **revelación objetiva** de Dios”. Véase Samuel Sueiro, “Objetividad de la revelación y subjetividad de la experiencia religiosa”, (2022, p. 522)

⁵²³ Pérez de Tudela aporta un interesante dato sobre este registro: “Por cédula dada en Burgos, a 14-XII-1507, nombraba la reina D^a Juana a Oviedo ‘mi escribano a notario público en la mi corte e en todos mis reinos e señoríos’ (A.G. Simancas, Reg. General del Sello). Véase Pérez de Tudela (1957, p. 417).

gobernador, cronista oficial, alcaide, empresario⁵²⁴ ...) se enraízan a su fervoroso “sentimiento aristocrático de clase” (Pérez de Tudela, 1957, p. 397) y a los códigos cortesanos que proclama Baltasar de Castiglione⁵²⁵. Innato observador e intérprete de los hechos, son muchas las veces que su incontenible lengua no tiene freno. Ya hemos señalado ese rasgo crítico y proteico del Gonzalo más verdadero, al que volveremos para examinar en profundidad. En otras ocasiones, prefiere Oviedo pasar de puntillas y no meterse en camisa de once varas, cuando el asunto no le va a reportar más que perjuicios. Sobre las tensas relaciones entre Hernando Colón y nuestro cronista, Bolaños ha señalado la **pericia cautelosa** de Oviedo para eludir un conflicto⁵²⁶ que alcanzó tamañas dimensiones. Recordemos que, con el relato del piloto anónimo y la identificación de las Indias como las Hespérides españolas, Fernández de Oviedo le estaba negando los derechos descubridores a Colón y a sus herederos. Hernando, a quien Oviedo presenta en los inicios de su crónica como hombre docto y de mucha nobleza⁵²⁷, ajusta, sin embargo, cuentas con don Gonzalo en el capítulo X de la *Historia del almirante*, donde arremete contra el cronista oficial por “propalar versiones sobre su padre muy dañinas para los intereses de los Colón” (Bolaños, 1990a, p. 607). Y aunque, como señala Pérez de Tudela, “la figura de Colón cuenta en nuestro cronista con el admirador sin tasa que pide para ella una estatua de oro” (1959, p. CXX), Bataillon⁵²⁸ tacha de “servilista” (Bolaños, 1990a, p. 608) el **silencio** de Oviedo cuando se está litigando el asunto de los Colón contra la corte,

⁵²⁴ Detalle exhaustivo de las actividades comerciales y ganancias de Fernández de Oviedo en Las Indias nos lo aporta el artículo de Otte. Véase Enrique Otte, (1958, pp. 9-62).

⁵²⁵ Considera Pérez de Tudela que:

Sin caer en hipérbole, se puede afirmar que Fernández de Oviedo, el futuro veedor de Tierra Firme había hecho sustancia propia, desde su juventud, toda la construcción de valores y convenciones que configuraban el arquetipo ideal europeo, cosmopolita, que, doblado de ironía, aparece definido en la obra de Castiglione (1957, p. 401).

⁵²⁶ En la misma línea, se posiciona Myers cuando afirma que:

Oviedo seems to want to support the monarchy in its legal battles with the Columbus family but avoid further angering Columbu's sons, with whom he had served in Don Juan's court. The preface to part II clearly demonstrates the integral role Oviedo's history played in the imperial agenda (...).

Y, además, subraya un nuevo viraje en el discurso ovetense:

Perhaps more significant, after living primarily in America for several decades, Oviedo creates a genealogy for himself and other Spaniards living in America, the so-called *indianos*: 'It was Goths and Spaniards who discovered these Indies'. His new history establishes a new identity for Spanish settlers.

Véase Kathleen Myers (2007, p. 39).

⁵²⁷ Sobre los descendientes del Almirante escribe Oviedo “eran don Diego Colom, hijo legítimo e Fernando Colom, que hoy vive. El cual es virtuoso caballero, y, demás de ser de mucha nobleza e afabilidad e dulce conversación, es doto en diversas ciencias, y en especial en cosmografía” (*Historia*, 117, Libro III, cap. VI, p. 66).

⁵²⁸ Marcel Bataillon, "Historiografía oficial de Colón: de Pedro Mártir a Oviedo y Gomara", en *Imago Mundi* 1.5 (1954): 23-39, citada en Bolaños (1990a, p. 608).

alegando que el cronista niega “ese proyecto por razones de oportunidad más que por respeto a la verdad histórica” (Bolaños, 1990a, p. 608). Para F. Bolaños, no obstante, la respuesta de Fernández de Oviedo es comprensible:

Lo de la falta de "respeto por la verdad histórica", que indica Bataillon, no deja de ser, entonces, una acusación imprecisa y, en el mejor de los casos, exagerada. Oviedo no presenta informaciones erróneas, ni omite eventos claves. Les da, por el contrario, una interpretación particular con base en sus concepciones, **y sus intereses**, lo cual es absolutamente inevitable en cualquier versión histórica de cualquier historiador. Supongamos que Oviedo hubiera presentado una versión que hubiera servido al interés de los Colón. ¿Posibilita eso la presentación de una versión más cercana a la "verdad histórica"? No lo creemos así. Cualquier interpretación implicará siempre en últimas un **interés particular, si no político** (1990a, p. 609)

Según nuestra perspectiva, es el espíritu **acomodaticio** lo que arrastra, en este caso, al historiador a mostrarse crédulo ante rumores populares, adentrándose en “supuestos” lodos de **ingenuidad**. Porque tras tantas jornadas arrimados a Oviedo, no nos parece que las prendas de iluso y acrítico se ajusten a su corpulencia.

Ha señalado Ballesteros que el profundo escrutinio del cronista a su realidad circundante lo mueve a “no desperdiciar dato favorable o adverso” (1981, p. 176), pero don Gonzalo es de los que suele apostillar la noticia para hacer notar su posición frente al testimonio. Fernández de Oviedo es un comentarista nato; el exegeta que interpreta y glosa el texto con apreciaciones que no dejan impasibles al lector. Solo hay que tomar, por ejemplo, el dictamen ovetense a la singular relación del letrado Antonio Pigafetta. Detengámonos brevemente en la verdad pigaffeteana y su tendencia a la fabulación hiperbólica, rasgo que literaturiza⁵²⁹ sobremanera el *Diario* del navegante italiano. De hecho, esclarecedoras son las palabras con las que Gabriel García Márquez inicia su discurso de aceptación del Premio Nobel en 1982:

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una *crónica rigurosa* que sin embargo parece una *aventura*⁵³⁰ *de la imaginación*.⁵³¹

⁵²⁹ A propósito de la férrea subjetividad en la cronística pigaffeteana, véase Mónica Vera (2013-2014, pp. 114-133).

⁵³⁰ Las cursivas de este fragmento son mías.

⁵³¹ Véase Gabriel García Márquez, "La soledad de América Latina. Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982.", *Educere* 18 (59) (2014), 167.

Afirmaciones, estas de Gabo, ilustrativas del hilado imaginativo que puntea las crónicas indianas. Empero, mucha fábula intercepta Oviedo en la relación y carta de Pigafetta como para amordazar a su innata verbosidad crítica:

(...) cuenta este auctor, de la Trapobana, muchas cosas notables, de que yo no quise hacer aquí mención ni aun las acepto (...). A la verdad, en algunas cosas de las que este caballero da en su relación, yo he estado neutral o perplejo, (...) dice que un piloto viejo de los Malucos dijo (...) que no muy lejos de la isla ya dicha Malua, ahí está otra que se llama Aruqueto, donde los hombres y las mujeres no son mayores que un cobdo, y tienen las orejas tan grandes, que sobre la una se extienden y con la otra se cubren. (...) Así que, yo he resumido desta relación **lo que me ha parecido** que conviene con la historia, y a nuestro propósito de la Especiería, dejando otras muchas cosas por **incompetentes** para aquí, y **desechando fábulas y conjeturas** (*Historia*, 118, Libro IX, cap. II y III, pp. 229-237).

Este es el talante que el cronista madrileño adopta frente a la mayoría de sus fuentes. Por ello, ¿nos resulta creíble el retrato de ese Oviedo ‘ligero y desinformado’ que, como apunta don Marcelino, abraza -sin haber contrastado el dato- los cuentos populares sobre el piloto anónimo? ¿O más bien se trata de un relato conveniente -*pro domo sua*-, conociendo cuánto le interesarían estos rumores para legitimar la posesión española de Las Indias desde bien antiguo?

Desde luego, la constatación de que “España e su rey Hesperio señoreaban estas islas o Indias Hespérides” (*Historia*, 117, Libro II, cap. III, p. 20) hubiese aportado buenos réditos al Imperio⁵³², mientras que no deja de sorprendernos el ineficaz *modus operandi* que Menéndez y Pelayo le atribuye a un cronista como Oviedo, siempre tan riguroso con el dato y escrupuloso con sus fuentes:

En las cosas de Colón, que trata en los tres primeros libros, se le ha acusado de parcial y sospechoso; más bien debería llamársele *ligero y mal informado*⁵³³. No conoció más que de vista, y siendo muchacho, al Almirante, pero le admiraba (...). No obstante, don Hernando Colón le maltrata por haber recogido sin crítica cuentos vulgares y rumores ofensivos a la prioridad del descubrimiento hecho por su padre. Es Oviedo el primer historiador que consigna la tradición del piloto muerto en la casa de Colón, pero la consigna **sin darla gran crédito** (‘que esto passase así o no, ninguno con verdad lo

⁵³² Enfatiza Alexandre Coello que “no era lo mismo dominar unas tierras que Colón había cedido a los reyes castellanos que reincorporar a la soberanía de España algo que antaño fue suyo. Paradójicamente, ello contrasta con el reconocimiento que hace en el *Catálogo Real de Castilla* (1532) de que Colón fue ‘el primero inventor o descubridor de estas Indias, enriquecedor de nuestra España’”. Coello, “El héroe y su reverso”, en *Historia y ficción* (2012, p. 33).

⁵³³ Las cursivas son mías.

puede afirmar’), y como ‘novela que anda por el mundo entre la vulgar gente’ (1941, p. 87).

Y la *laudatio* de Manuel Ballesteros al historiador de Indias, loando su metodología y perseverante tesón en la captación y verificación de noticias, aún nos torna más recelosos:

(...) es historiador el que no perdona medio para enterarse de las cosas, por allegar heurísticamente los materiales necesarios y sabemos que Oviedo no cesó en toda su vida de importunar a todos para procurarse información, escribiendo a los gobernadores, al Consejo, o preguntando sobre lo que cada uno sabía (1981, p. 239).

Definitivamente, se nos plantean dudas⁵³⁴. Porque para no haberle dado mucho crédito a estas habladurías, ¡buen calado tiene en la *Historia*! Que arribados a su Libro XXXIII sigue el Alcaide erre que erre, trayendo a cuento al Rey Hespero y, por ende, manteniendo vivo el fantasma del anónimo piloto:

E por los sanos deseos e méritos de César, se encaminaron las cosas a otro mayor derecho e origen del que Moctezuma decía; porque si allí habían ido sus progenitores, no se sabe ni está escrito quién fueron éstos, ni Cortés sabía en este caso lo que le decía, mas de novelar e traer a su propósito confabulaciones de mañoso e sagaz e diestro capitán; excepto si, como se dijo en la primera parte destas historias, en el libro II e capítulo III, estas gentes tenían alguna noticia, de lo que allí se tractó, del rey XII de España, llamado Hespero (*Historia*, 120, Libro XXXIII, cap. IX, p. 42)

Y es que alumbrado por el utilitarismo, y avezado en leyes, resulta Oviedo perseverante litigante y pieza clave en la difusión del saber indiano. Recordemos que, por mandato real, desde 1532 el cronista es receptáculo de las relaciones del funcionariado en Las Indias. Es el canal encargado de informar con sumo detalle al monarca de todo lo que se ha visto y oído en ese lado del Mar Océano. No obviemos, pues, que tan loable oportunidad cubre las expectativas de medro del escribano afincado en aquellas tierras indianas. Audaz estrategia, se acompaña Oviedo, como ya hizo en el *Sumario*, de “la

⁵³⁴ Ottmar Ette considera que muy “agradecido” debió estar Carlos V con el empeño de Oviedo por “cimentar históricamente la legitimidad de su poderío”, que otorgaría argumentos al Emperador para litigar contra los intereses de los Colón. Y se muestra, asimismo, receloso ante esa supuesta convicción de Oviedo:

Sin embargo, hasta qué punto el autor de este *bricolage* de distintos mitos y leyendas creía él mismo en esta justificación, debe juzgarse hoy en día con escepticismo; de todas maneras, este intento de legitimación, que sólo aludía al mundo de las islas y no a la tierra firme de América, no debía haber ejercido ningún efecto a largo plazo, puesto que apenas veinte años más tarde, a mediados del siglo XVI, en López de Gomara no se le concedía ya ninguna importancia (Ottmar Ette, 1992, p. 142).

lengua del imperio”⁵³⁵, eso es, el castellano⁵³⁶ y tiñe de pragmatismo sus discursos historiográficos, como provechosa que debe ser su *Historia* para España. Su prosa satisface, así, el interés cognoscitivo por las materias indianas; responde al interés práctico de los españoles peregrinos en Las Indias y atiende los intereses ideológicos, políticos y económicos de la empresa de Carlos V en el Nuevo Mundo. Que en la recién estrenada década de los treinta, y como explica Gerbi, más tintaba manuscritos sobre el Nuevo Mundo la Europa culta que los propios protagonistas españoles:

(...) el 25 de octubre de 1533 (...) Carlos V le había escrito a Oviedo que mandara inmediatamente a Madrid todo lo que tuviera ya escrito de su *Historia*, haciéndolo seguir de suplementos y añadidos a medida que los fuera teniendo listos. (...) después del regreso de la Niña a Palos -hasta 1535, el año en que se publicó la *Historia* (...) la única relación de la navegación y de los descubrimientos de Colón, estampada en una edición accesible a los españoles, se encontraba en las *Décadas* latinas de Pedro Mártir. No existía siquiera una traducción española de esta obra (o de esa relación al menos, circunstancia que probablemente indujo al humanista Hernán Pérez de Oliva a compilar (...) una reelaboración literaria de la “Ystoria de Colón” (...). Los españoles no comenzaron a conocer su nuevo imperio sino cuando Cortés y luego Pizarro iniciaron sus prodigiosas aventuras. Las cartas del primero se estamparon en España en 1522 y 1525. En 1526, para complacer a Carlos V, publicaba Oviedo su *Sumario*, y finalmente en 1534 se publicaban en castellano las primeras relaciones de la conquista del Perú (Gerbi, 1978, pp. 139-145).

Entusiasmado con la empresa encomendada, y aventajado por el privilegio real, entreteje **filosofías políticas** renacentistas europeas a la materia histórica americana,

⁵³⁵ Recordemos la dedicatoria de Nebrija a la Reina Isabel en su *Gramática*:

Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida reina, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación y memoria quedaron escritas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta; que siempre la lengua fue compañera del imperio y de tal manera lo siguió que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de entrambos. [...] Y porque mi pensamiento y gana siempre fue engrandecer las cosas de nuestra nación y dar a los hombres de mi lengua obras en que mejor puedan emplear su ocio, que ahora lo gastan leyendo novelas o historias envueltas en mil mentiras y errores, acordé ante todas las otras cosas reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano, para que lo que ahora y de aquí adelante en él se escribiere pueda quedar en un tenor y extenderse en toda la duración de los tiempos que están por venir.

Véase Antonio de Nebrija, prólogo a la *Gramática sobre la lengua castellana* (1492), extraído de *Antonio de Nebrija La lengua y la verdad. Cuaderno Didáctico*, Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico. Junta de Andalucía, 2021, p. 24

⁵³⁶ Myers ensalza el talante innovador de Oviedo, quien se aventura a escribir en castellano, “unlike his only predecessor as royal chronicler of the Indies, the Italian humanist Martyr”. La estudiosa ovetense piensa en Nebrija como alguien que allanó el camino:

for someone like Oviedo to use the vernacular, ennobling a return to a tradición begun with Alfonso the Wise’s twelfth-century chronicle. Moreover, the same year Oviedo published his history, Charles V, in a letter to the pope, stipulated Spanish as the official language (1536) (Myers, 2007, p. 32).

proyectando una visión del Nuevo Mundo acorde a los objetivos de Carlos V y, obviamente, a sus **intereses**. Este es el *leit motiv* de su *Historia*, que tiñe y constriñe las distintas capas de su crónica, que determina patrones, hilos, telas y acabados de su magna pieza. El principal propósito de Oviedo es el de “relatar lo que en efecto ha pasado” (*Historia*, 121, Libro XLIX, proemio, p. 233), eso es objetivamente. Pero para María Molina y Josefina Piana, la aprehensión y las perspectivas de Oviedo no pueden ser tomadas literalmente, “**nos obligan a reinterpretarlas**” (1978, p. 85) en el marco de una obra puesta “al servicio del colonizador y de la filosofía política de dominación indiana” (1978, p. 85):

En la *Historia General y Natural de las Indias*, Oviedo, como cronista oficial, va a cumplir un papel relevante para España: las descripciones minuciosas de geografía, fauna y flora, del carácter y las costumbres de los indígenas y los relatos de los hechos de la conquista, van a constituir elementos inapreciables para ajustar los engranajes de la dominación y mejor explotación de América. (Molina y Piana, 1978, p. 84)

Complejo y singular, Oviedo es el enigma a descifrar, la razón de las páginas que conforman estos capítulos. Tejedor de una obra pionera, es éste hombre apasionado que no calla, que “no se queda casi nunca verdaderamente neutral” (Gerbi, 1978, p. 281) frente a los hechos, que tiñe de humana emoción sus escritos ejemplares, que gusta de mostrarse, pero que oculta sus prendas menos “insignes”, porque prima ese interés de salvar su reputación y salvaguardar su nombre para la posteridad.

Del estudio de su vida y obra se infiere que hay un deseo innato, vocacional, sino de historiador, sí de ser memorialista. Mucho antes de ser nombrado cronista oficial don Gonzalo ya ha incursionado en la escritura histórica, con borradores de sus vivencias de juventud en ambientes palatinos, con las anotaciones de sus primeras andanzas en América o con la redacción de su brillante *Sumario*. Autodidacta, su mérito radica en estar llevando a cabo una labor puramente historiográfica: la de dejar consignado el hecho de ese momento vivido y presenciado allá donde esté, porque le nace hacerlo. Es tanto así que podemos diferenciar dos tiempos de escritura: una **vocacional**, urgida por una necesidad personal de escribir, porque quiere fijar en papel sus recuerdos; y otra, la de la **oficialidad**, que deviene de su oficio y en la que Oviedo amalgama todas sus aspiraciones de medro.

Como un signo de modernidad de entre aquellas primeras crónicas del XVI, distinguimos en la *Historia* cierta **visión de futuro**, de una preocupación porque tanto los contemporáneos como las generaciones posteriores “sepan en todo el mundo hechos tan notables” (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXX, p. 418, nota 29), y de ese innegable sentimiento de reivindicación autorial⁵³⁷ que cierra la Tercera y última parte de la crónica en el manuscrito de la Biblioteca de S. M. que localizó Amador de los Ríos. Esa inquietud por dejar huella, de autolucimiento -que se refleja en el discurso grandilocuente con que Oviedo construye su imagen- atraviesa la crónica de manera transversal. Con ciertas ínfulas, el cronista se considera piedra angular sobre la que historiadores posteriores continuarán la historia de las Indias, que “así como mis tractados lleguen a Italia e Alemania e Turquía, e pasen por diversas gentes de la católica república cristiana, o por las provincias que poseen infieles en el mundo” y “serán traducidas y escriptas en diversas lenguas” (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXX, p. 416), igualmente tomarán estas proteicas aportaciones para darles continuidad:

e soy llegado de septenta años, e continuaré las historias de este jaez lo que Dios fuere servido que acompañen la vista, aliento, mano e disposición para escribir lo que más viniere a mi noticia. Lo cual, aunque fuere mucho más de lo escripto por mí, quedará lugar a quien en este oficio de historiógrafo me subcediere para muchos más e más copiosos volúmenes de estas materias; porque no es aquesto relatar la vida de un príncipe, ni muchos, ni de un reino o provincia, sino una relación de Nuevo Mundo e un *mare magno*, en que no puede bastar la pluma ni estilo de uno, ni dos ni muchos historiales, sino de todos aquellos que hobiere e lo supieren hacer y escrebir en todos los tiempos e siglos venideros hasta el final juicio e fin de los humanos (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXX, p. 417)

Por ello, su crónica se autopromociona constantemente. Y como la utilidad⁵³⁸ es principio superior en su *Historia*, esta:

Servirá de guía a los mal aconsejados buscadores de tesoros sepultados. Y de aviso a los incautos compradores de perlas. Servirá de útil aviso a los parientes de los cristianos muertos violentamente en las Indias,

⁵³⁷ La nota, recogida por Pérez de Tudela a pie de página, explicita de puño y letra del autor que su crónica se ha erigido “para que se entiendan las muchas mentiras que han escripto los que desde acá de España han escripto por relaciones falsas estas historias de Indias; porque este auctor escribe muy verdaderamente, por haber residido en aquellas partes e haber visto muchas las más cosas, que aquí escribe. Amén” (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXX, pp. 417-418, nota 29).

⁵³⁸ En esta línea se pronuncia Bolaños al afirmar que “la *Historia general* puede definirse también como un discurso que le ofrece orientaciones concretas a los lectores (presentando ejemplos de hechos dolosos y desastrosos, y hazañas emulables) para el mejoramiento moral y material de sus lectores”. Álvaro Félix Bolaños, “La crónica de Indias de Fernández de Oviedo: ¿Historia de lo general y natural, u obra didáctica?”, *Revista de Estudios Hispánicos*, 25 (3), (octubre 1991), p. 23.

aunque hayan sido “personas baxas y plebeyas”, a fin de que los herederos puedan reivindicar cuanto les corresponda, y las viudas se consuelen y puedan contraer nuevas nupcias. Será, sobre todo, vengativa retribución de las fechorías de sus enemigos personales: Diego Corral, que le hace desaires, no le paga los “derechos” que le debe (...), es pintado con gusto feroz e implacable como un cobarde, un lujurioso, un hombre que se entiende con sicarios (Gerbi, 1978, pp. 273-274).

El forcejeo emocional e intelectual de Oviedo frente a la materia indiana subyace en sus giros discursivos y en las estratagemas narrativas urdidas por el historiador. Aun cuando hacemos nuestras las palabras de Salas al advertir que ser “historiador españolísimo e imperialista⁵³⁹ (...) para la época y la circunstancia no puede tener un marcado sentido peyorativo” (Salas, 1959, p. 133), y sabedores, asimismo, de cuán crítico llega a ser Oviedo en su crónica con aquellos infernales sujetos afines a Pedrarias Dávila⁵⁴⁰, no podemos dejar de señalar que sus anteojos imperiales reproducen muchas veces un espectáculo maniqueo, **falto de neutralidad**, cuando la enfermedad, el hambre y la muerte desfilan junto a indescriptibles fieras, a indios demoníacos y a conquistadores villanos que miden sus fuerzas frente a heroicos súbditos de la Corona española.

En su trabajo “El texto narrativo”, Garrido Domínguez arroja dos preguntas de peso, definidas por el estudioso como “problemáticas”⁵⁴¹: ¿de qué está hecho y para qué sirve un personaje? Abigarradas cuestiones que, desde Aristóteles hasta la fecha, se atomizan en tupidos debates y se encallan en límenes poco luminosos, quizá “por la propia complejidad de la noción de personaje narrativo” (p. 639), por “la diversidad” (p. 639) o porque “el personaje sigue siendo en la actualidad la cenicienta de la narratología” (p. 639). No obstante, para lo que atañe a estas páginas, y como guía para analizar un curioso actante de la *Historia*, tomamos prestada una de sus aclaratorias:

A pesar de todas las variables históricas, la construcción de personajes-héroes (...) incluye una serie de características diferenciales: **atributos físicos y psicológicos, aparición frecuente** o en momentos de especial relevancia, autonomía (puede presentarse solo o en compañía de

⁵³⁹ Para un esquemático acercamiento a faz nacionalista de Oviedo véase de Mario Hernández Sánchez-Barba, “El nacionalismo intelectual de Fernández de Oviedo como variable de época”, *América y la España del siglo XVI*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982, pp. 47-52.

⁵⁴⁰ El Libro XXIX y el *Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo denunciando los abusos de Pedrarias Dávila y sus oficiales en la gobernación de Castilla del Oro* nos devuelven, entre otros, al escritor más exacerbado con ciertos modos colonizadores.

⁵⁴¹ Véase Antonio Garrido Domínguez. “Libro V. El texto narrativo” (2009, p. 639).

otros personajes), mayor importancia funcional y caracterización convencional (Garrido Domínguez, 2009, p. 654).

Descosamos, por consiguiente, de tan miscelánea *dramatis personae*, al capitán Esteban Martín, integrante de la expedición por Tierra Firme del gentil hombre Ambrosio de Alfinger, y que cumple un cometido sustancial en la trama de los primeros y últimos capítulos del Libro XXV. Como se verá, este adalid intérprete -experimentado, valeroso y entregado hasta el ocaso de sus días al servicio de Dios y del imperio- porta la capa, que diríamos hoy, de superhéroe. Dechado de virtudes, además de lengua, Esteban es voluntarioso, diestro en las artes bélicas, y lo que más nos sorprende, dotado de una resistencia física que nos deja atónitos. Ejemplar, a todas luces, en tanto que sus atributos sirven al común interés del expedicionario cristiano. Cumple, de este modo, y por el momento, con las propiedades físicas y psicológicas modélicas a las que hacía referencia Garrido. Pero pasemos a la narración. Oviedo presenta al personaje con rasgos singulares, al poco de iniciar su relato: “amonestados los indios, encontinente se pusieron en armas e hirieron a Esteban Martín, lengua, e a otro cristiano” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. II, p. 11). Este último desdichado, herido en un brazo, moriría en tres días, “y si el Esteban Martín no se supiera curar, también muriera” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. II, p. 11). Apenas acabamos de conocer a este guía y ya nos llueven las primeras gotas emotivas, que van a ir propiciando la cercanía entre personaje y lector. Dato que no pasa desapercibido es, además, el de los poderes curativos de este buen cristiano; pues, como se verá, ya sea por sus mañosas artes sanadoras o por la intervención de la Divina Providencia, sale tantas veces airoso cuando la muerte lo encara.

Asidos a este personaje, lo descubrimos como hilo conductor de una de esas tantas historietas que el cronista intercala con intenciones morales. Estos retazos anecdóticos no son novedosos en la tradición historiográfica; como menciona Louise Bénat-Tachot, pues ya desde “Tito Livio o Salustio la anécdota permitía cristalizar una escena heroica, o de prodigio, que conllevaba un fuerte valor ilustrativo” (2000, p. 105). Al desprender este retal del gran tejido que es la *Historia*, aprehendido como unidad autónoma, la *narratio* nos muestra su estructura, con rasgos ampliamente reconocibles: un marco introductorio, que en Oviedo roza la minucia descriptiva, una “dinámica narrativa concentrada, una cierta escenificación con protagonistas, diálogos en estilo directo y un desenlace final” (Bénat-Tachot, 2000, p. 105). Casi traspasado el umbral del enmarque, el personaje

asoma de nuevo. Su tiempo se ha tomado el narrador para detallar⁵⁴² que, tras el oro, el recorrido por aquellos poblados indígenas (los dubéis, los araucanas, los zamirúas, los pacabuyes, los zondaguas...) se torna cada vez más dificultoso, a causa de la mala disposición de las tierras, por lo que se acuerda:

(...) enviar veinte hombres a Coro y a Maracaibo con Esteban Martín, lengua y hombre diestro, y por capitán dellos, para que supiese del Vascaña y de los otros cristianos, y también para que le trujese más gente. E ordenole todo lo que había que hacer (...). Con este despacho se partió el Esteban Martín, día de Sanct Joan, veinte y cuatro de junio de aquel año de mil e quinientos e treinta y dos años (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. II, p. 13).

El dato nos interesa. Arribados así al capítulo III, el lector ya se ha familiarizado con este actor que va adquiriendo prendas de protagonista, y que es de los poquísimos que hasta entonces poseen nombre. Recuperamos aquí otra de las premisas de Garrido, dada la frecuencia con la que el lector va ya tropezando con Esteban. Para darle mayor relieve, el autor vincula incluso la fecha en la que acontecen los hechos al sujeto en cuestión, otorgándole más brillo escénico. Pero males trances le esperan al bizarro Martín en tierras de los onotos, que al entrar a la villa:

(...) dieron le **cinco flechazos** al Esteban Martín, pero hicieron daño harto en los indios onotos. Tardaron en llegar la gente de Coro hasta Maracaibo **treinta y dos días, y hallaron en la cama a Esteban Martín**; pero esforzóse lo mejor que pudo, y aunque no estaba bien sano, partió con ochenta y dos hombres que llevó de ambos pueblos (...). La tierra de los xiriguanas es de grandes montañas y anegadizos (...) y a la entrada de aquellas tierras envió al lengua Esteban Martín adelante con treinta hombres, para que viese si podrían pasar los caballos. (...) Y pelearon **más de dos horas** con grandísimo ánimo los unos y los otros; e antes que les tomasen las casas, **hirieron a Esteban Martín** e a otros seis cristianos. Pero no murió alguno de ellos (...). E aquel mismo día dieron otro rebate e guasábara, e tornaron a pelear con los nuestros (...) (*Historia*, 119, XXV, cap. II-IV, pp. 13-16).

La tensión dramática va progresando junto a la peripecia y a la estela luminosa que emana del ejemplar vasallo. El intérprete asoma en los momentos más álgidos, recreado con cierto sobrepujamiento por su constancia, sus méritos guerreros - “el cual se dio tan buen recaudo, que les ganaron el pueblo, y los indios subieronse huyendo”

542 El detallismo descriptivo de Oviedo transporta al lector al recorrido de esos poblados americanos. Las gentes y sus costumbres son descritas con minuciosidad, deteniéndose en “el canastico ancho que llaman manari”, en los “dúos en que se asientan” (*Historia*, 119, XXV, cap. III, p. 14) o en las pinturas negras de las caras de los zondaguas, “que jamás se les quita ni se les puede quitar” (*Historia*, 119, XXV, cap. II, p. 12).

(*Historia*, 119, Libro XXV, cap. IV, p. 17)-, y por su fortaleza, “porque todos iban muy cansados y hambrientos (...) e que cada día los indios a los flechar” (*Historia*, 119, XXV, cap. IV, p. 18).

A estas alturas de la historia, el escenario que describe el autor del *Claribalte* es desolador: la orografía se alza hostil, con toda su fragosidad, las flechas ponzoñosas acechan, los caballos se despeñan desnutridos y “porque había muy poco qué comer (...) la carne de los caballos e yeguas que atrás se les quedaban (...) la comieron” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. IV, pp. 16- 17). Pero el trenzado de trágicas vicisitudes solo está allanando el terreno a lo que, *in crescendo*, está por venir.

Con lograda efectividad el narrador hace un alto en el camino tortuoso e intercala un sabroso y distendido diálogo, el primero, por cierto, que se registra en este Libro, entre el gobernador Ambrosio y el lengua. Este coloquio no solo nos atempera el ánimo, sino que es receptáculo de otras dos supremas facultades del adalid: la mansedumbre, que muy gustoso cabalga Esteban con el gobernador, y la prudencia, al aconsejar que sean doce y no seis hombres quienes los acompañen.

(...) llegó el gobernador a caballo, e le dijo: “Cabalgad, Esteban Martín, y vamos adelante”. De lo cual maravillado Esteban Martín le dijo, viendo aquella novedad: “¿Adónde va vuestra merced tan de mañana? Idos, señor, con la gente; que yo me iré luego adelante”. Y él replicó: “Con Vos quiero ir; y llevemos cinco o seis compañeros (...)”. Y Esteban Martín (...) le dijo: “Mejor será que vayan doce (...)” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. V, p. 20).

Sin embargo, el giro coloquial es solo preludeo del clímax que se está confeccionando; que además de su aditamento moral, bien cargadas **de emociones** vienen estas historietas menudas. Para Bénat Tachot, son estas “el equivalente narrativo y emocional de las decenas de viñetas dibujadas que adornan la obra” (2000, p. 106). La tragedia cae en ciernes sobre los cristianos, con la pérdida del gobernador y con Esteban en la cama postrado. Pero, ¡sorpresa, que la pronta recuperación de Esteban es propia de los grandes héroes griegos!:

E ya que iban metidos en un pequeño valle, sin ver ni saber cómo ni dónde se hallaban, se vieron cercados de indios que los flechaban por todas partes; y el Esteban Martín, viendo aquesto, arremetió, poniendo las piernas al caballo contra donde vido el mayor golpe dellos, y el gobernador tras dél, como hombre de grand ánimo; (...) e hallaron otro batallón de indios (...) e

hirieron a entreambos: al gobernador en la garganta, y al Esteban Martín en la mano. (...) Y volviendo los ojos Esteban Martín al gobernador (...) le dieron a Esteban Martín cinco flechazos en el caballo (...). **Muerto el capitán,** (...) estuvieron allí **seis días, porque Esteban Martín estaba muy malo, e porque era mucha parte de la salud de todos la suya;** porque era hombre muy **diestro** y de **mucha suficiencia en las cosas de la guerra. Y se cree que muriera,** si no fuera por la mucha dieta que tuvo quince días⁵⁴³, **sin beber gota de agua ni de otro brebaje;** que es muy grand remedio contra la hierba. A cabo de seis o siete días, que estaba mejor, volvieron a caminar (...)” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. V, pp. 20-22).

Y el retal se nos va tiñendo de rojo y gualda, entre los borbotones de sangre (cristiana, enemiga y animal, que hasta matan a los perros que los acompañan, para cenárselos⁵⁴⁴) y el fulgor de ese oro que rescatan, y que tanto les dificulta el avance y les nubla el entendimiento. Que molidos, no pueden estos hombres con la aurea carga, y ni viven, por “el amor a ese oro”⁵⁴⁵.

Bien oportuno, a exprofeso, asoma entonces el furor moralista del sermoneador⁵⁴⁶ Oviedo, que carga sus tintas contra los codiciosos en tono exhortativo. Su prosa se envuelve de retoricismo, ironía y apasionamiento: la apelación inicial, la interrogación - que potencia el énfasis de las afirmaciones posteriores-, el chascarrillo de los molletes, el trufado de exclamaciones retóricas y la aclamación sentenciosa se amalgaman para hacer mella en el lector, para suscitar las emociones de quien lee. La anáfora se graba en la pupila del lector: “¡Oh...!; ¡Oh, ...! ¡Oh, ...”, y cristaliza en la enunciación de una rabia desatada: “¡Ni os lo hagan creer...!”

¿Paréceos, lector, que esta manera de allegar oro que es apacible, y que se trocaren allí algunas cargas dello por otras de pan, aunque no fuera de molletes de Zaratán y de Barba⁵⁴⁷? ¡Oh miserables entendimientos de

⁵⁴³ Plinio, a quien Oviedo tiene como naturalista de referencia, afirma en su *Historia Natural* que “para el hombre no siempre es mortal la privación de comida durante siete días; está comprobado que algunos han resistido más de once” (*Historia Natural*, CXVIII.283, p. 446). Se citará siempre por *Historia Natural*, edición de Josefa Cantó, Isabel Gómez Santamaria, Susana González Marín [...] *et alt*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2007.

⁵⁴⁴ *Historia*, 119, Libro XXV, cap. VI, p. 23.

⁵⁴⁵ “Y requirieron al capitán Vasuña que enterrase aquel oro, porque no lo podían llevar y los traía molidos, allende de sus fatigas; ni se osaban apartar a cortar un palmito para comer, por amor al oro” (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. VI, p. 24).

⁵⁴⁶ El sermón, como parte de la Oratoria, emerge imbricado a la apelación de los oyentes.

⁵⁴⁷ En el *Refranero Español. Colección de ocho mil refranes populares, ordenados, concordados y explicados. Precedida del Libro de los proverbios morales de Alonso de Barros*, edición y recopilación explicada y ordenada por José Bergua, Madrid, Ediciones Ibéricas, 1942, figura la paremia “Pan de Bamba,

hombres! ¡Oh burlada cobdicia! ¡Oh qué trabajos tan excesivos, procurados para perder las personas e las ánimas! ¡Oh qué muertes tan nuevas y no acostumbradas! ¡Oh qué desesperadas y mal empleadas en servicio del diablo y no de Dios! ¡Ni os lo hagan creer, y vos lo entenderéis mejor que yo os lo sabré decir! (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. VI, p. 24).

Con todo (con la digresión sobre el oro, el motivo del tesoro escondido⁵⁴⁸, el atroz acto de los Cordero y Justo a una india⁵⁴⁹ y con otras tantas desventuras) hemos perdido el hilo del heroico adalid Esteban, ausente en diecisiete páginas⁵⁵⁰ -y, con semejante embrollo narrativo, también en nuestros pensamientos-.

¿Estrategia narrativa o desorden expositivo? Lo cierto es que su reaparición colma de dicha al lector, que lo tiene ya interiorizado como uno de los buenos buenísimos de tal magna aventura. Y si la experiencia es garante de verdad, la nuestra nos llevó a reflexionar sobre cómo con un personajillo fugaz, de reparto, movía tan habilidosamente el narrador nuestros afectos.

Constatada la caracterización del personaje, nos queda, de las premisas de Garrido, demostrar su importancia funcional en el relato. A su vuelta, el capitán Martín consuela al gobernador Espira; encabeza, animoso y valiente, arriesgadas expediciones hacia el nacimiento del río Meta; y en el territorio de los *chogues*, tras ardua batalla, es **herido** de nuevo. Y el lector de la *Historia*, acostumbrado a la indestructibilidad de

molletes de Zaratán, ajos de Curiel, quesos de Peñafiel, y de Cerrato la miel” (p. 352). Coincide con el mismo refrán el *Vocabulario de refranes* de Gonzalo Correas.

⁵⁴⁸ Escribe Oviedo:

E viendo ya que otra cosa no se podía hacer, lo enterraron al pie de un árbol, metido en un cataure o cesta, en un hoyo, e lo señalaron dando cortaduras en los árboles con los pedazos de las espadas. Y enterrado, durmieron allí aquella noche a la par del oro, comiendo palmitos (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. VI, p. 24).

⁵⁴⁹ Caso trágico y cruel, vamos a ver cómo lo sazona el narrador con su ácida ironía e ingeniosa mofa, de qué manera dosifica las emociones. El discurso se inicia en tono cómico (que el lector va ya empachado de palmitos), para dar paso al amoral acto caníbal cometido por los cristianos, y se cierra con un juego verbal, con una burla a los nombres de los pecadores por parte de nuestro devoto cronista y el castigo divino. Enmarquemos antes los hechos: tras enterrar el oro, la codiciosa expedición del capitán Vasuña se arrepiente y deciden regresar para esconderlo en lugar más adecuado:

Llegados, pues, a aquella rica sepultura, descansaron un día, comiendo palmitos y esperando tres cristianos, llamados Joan Ramos Cordero y Joan Justo e un hijo del Cordero, que se habían quedado escondidos para ir por otro cabo. E luego otro día vino el muchacho pro el rastro, e dijo que su padre Cordero y los otros dos habían muerto una india que llevaban e la habían comido, y llevaban parte para el camino; y el muchacho mostraba un pedazo della. A tal Cordero mejor le podían llamar lobo, y al Justo injusto, y al Ramos dragón. ¡Oh mal aventurada compañía! ¡Oh diabólica determinación! Y así les pagó su pecado; que nunca más pescieron estos tres hombres, porque quiso Dios que no faltasen indios que después comiesen de ellos (*Historia*, 119, Libro XXV, cap. VI, p. 24).

⁵⁵⁰ La última mención a Esteban Martín se localiza en la página 22 de la edición que manejamos (BAE, 1959) y reaparece en la página 39.

Esteban, sufre entonces un imprevisto revés, porque Oviedo ha elucubrado otro desenlace, aunque con gloriosos honores:

(...) e hirieron al capitán, con otros seis o siete hombres, malamente; (...) y a cabo de veinte días murió el capitán Esteban Martín. Fue mucha pérdida y confusión para los españoles la muerte (...) y les quitó mucha parte del ánimo, porque aquél era hombre muy valeroso por su lanza, y **grande adalid y de mucho tiento, y de los que se hallan pocos o raros en la guerra.** E así, por la falta de aquél, comenzaban a se juntar en corrillos, y decían: “Volvámonos, pues que **Esteban Martín es muerto**”. Quasidicad que sin aquél les parecía que su trabajo era por demás sin fruto. Y como esto llegó a noticia del gobernador, temiendo de algund amotinamiento, así como hobo un día oído misa, les hizo un razonamiento de hombre prudente, acordándoles que eran españoles, y que en todo el mundo tenían grand fama de gente valerosa e de mucho esfuerzo, y que él se tenía por el más bienaventurado capitán desta vida, por se hallar con tan gloriosa y experimentada y noble nasción, y con tal compañía (...), y decía que viesen que Esteban Martín era un hombre solo, y que pues tan cerca tenían la riqueza, que no desmayase nadie, e que no mostrando flaqueza, diesen de si buena cuenta (...) Acabada su habla, quedaron los españoles muy contentos (...) e le dijeron que todos le seguirían, e que como leales servidores de Sus Majestades, ponían sus personas a todo lo que les subcediese (...) E acordaron de ir a descubrir el dicho río por donde había ido el dicho Esteban Martín (...) E como los nuestros deseaban vengar la muerte (...) atendieron la batalla con mucha determinación y esfuerzo. Y (...) no estuvo un cuarto de hora sin tener los españoles la mejoría, consiguiendo la vitoria (*Historia*, 119, XXV, cap. XIV, pp. 43-44).

A la quinta vez se nos fue el portentoso adalid. Pero cumplió su función en el relato. Como vemos, la propaganda se ha servido audazmente y la arenga ha atemperado los ánimos. Que buenas artes tiene el narrador para la prédica. La historieta ha recreado el padecimiento extremo de los siervos de Sus Majestades, ha desaprobado la codicia y ha despreciado, hasta la burla, a pecadores por sus acciones viles. La muerte de Esteban es el acicate para ensalzar los valores heroicos del vasallo imperial en aquellas tierras hostiles, y difundir las hazañas de tantos singulares cristianos caídos que no tuvieron un insigne nombre. Porque, como afirma Coello,

Los límites del mundo conocido habían cambiado, pero no así la función alegórica del héroe cristiano como modelo de virtud. (...) Parece evidente que Oviedo (...) sentía la obligación de denunciar a aquellos que buscaban su propio interés en perjuicio de los intereses de la Corona (...) y (...) a enmarcar las acciones heroicas de los españoles en el Nuevo Mundo. (...) La representación de sujeto heroico y virtuoso, o en su defecto, del villano, actuaba como un espejo en el que Oviedo proyectó la percepción de

su ideario, y tenía que ver con las categorías retóricas y conceptuales compartidas entre el autor y la audiencia (2012, p. 55).

Al propósito docente de esta *Historia general y natural* enlazamos su imbricada esencia polifacética - de tratado natural, histórico, político, teológico, antropológico, etnográfico, cultural, filosófico o epistemológico-, ligadura aprehendida como un todo en la comprensión totalizadora del Orbe Nuevo. Como señala Bénat Tachot, la *Historia* demanda un acercamiento interdisciplinar, en tanto “el discurso de la crónica irradia en múltiples direcciones” (2002, p. 221), anudando, al mismo tiempo, cognición, ciencia, historia, arte retórica, literatura y autobiografía. Y pragmatismo, que para don Gonzalo la crónica ha de caminar en propio beneficio. Con esta suma complejidad nos desafía Oviedo. Un *mare magnum* inabarcable.

- A las herencias, desafíos

La historiografía colonial del XVI, como el Humanismo mismo, requiere un estudio multidisciplinar, una mirada transversal que establezca puentes entre la Historia, la Literatura y otras tantas disciplinas. Para un análisis cabal, su complejidad híbrida le demanda al investigador ese abordamiento plural, que contemple la interacción de los modelos antiguos y los nuevos, las confluencias culturales y su sincretismo global.

Como se ha ido reiterando en estas páginas, todo nos va conduciendo a la particularidad y a la psicología de Oviedo: a ese individuo que conjuga ideario y modos cronísticos heredados con “las nuevas concepciones renacentistas”⁵⁵¹; al viajero de espíritu mesiánico que atribuye salvaciones a la Divina Providencia; al observador nato que escudriña, disecciona y desentraña con método autopsico, que relata con orgullo de historiador hispano y con una retórica atestada de “resortes psicológicos”⁵⁵². También al ansioso por contar y por contarse, al escritor ensimismado en su *yo*, que se siente con

⁵⁵¹ Subraya Baltasar que estos prendieron “no solo en unas normas de actuación, de comportamiento social o político, sino que se dejaron sentir en el panorama cultural y, por supuesto, literario e historiográfico” (1992, p. 311).

⁵⁵² Me refiero al carácter psicagógico del discurso ovetense. Según Hernández, “en sus orígenes, se concibe a la Oratoria como una capacidad, como un arte pragmático y a la Retórica como una disciplina fundamentalmente transformadora *-psicagógica-* porque, ya según el sofista Gorgias de Leontino (siglo V a. J. C.), enseña a componer discursos que, como drogas del alma, suscitan en los oyentes emociones, cautivan, embelesan y roban la voluntad de los oyentes por medio del sentimiento y del placer. El poder de la palabra -como todo poder- es, efectivamente, ambivalente, posee valores contrapuestos: puede construir y destruir, salvar y condenar, defender y ofender, curar y matar; es una herramienta eficaz y un arma peligrosa” (Hernández, 2002, pp. 35-51, consultado en <https://www.cervantesvirtual.com/obra/las-estrategias-psicologicas-de-la-retrica-0/>)

potestad y arrogancia suficiente para enjuiciar a diestro y siniestro, tan acomodado en su oratoria del sermoneo que atesta las obras de disertaciones morales, libelos y panegíricos. Provechosa y ejemplar – didáctica para el lector común y espejo de príncipe⁵⁵³s para el César-, su magna obra descubre la sustancia del historiador, que, cual avezado periodista, atrapa el dato, lo interpreta y, haciéndolo suyo, lo narrativiza. Revela, asimismo, al escritor que se autoretrata objetivo e imparcial, al que pretende persuadir al lector de no omitir noticia alguna, pues en su decálogo se defiende ante todo la verdad, sin disfraces ni disimulos, “que mucho aviso ha de tener el que escribe para no incurrir en tal negligencia” (BYQ, 1989, p. 23). El peso de la crónica medieval⁵⁵⁴ y los valores cortesanos y caballerescos -asociados a lo militar y a lo religioso⁵⁵⁵ - lidian por hacerse un

⁵⁵³ La prosa ovetense se eleva formativa y aleccionadora, cual manual cortesano y ‘principesco’ de buenas conductas. En este pasaje de sus *Batallas*, la reflexión sobre el mal proceder de soldados y clérigos lleva al historiador a pronunciarse de este modo crítico:

(...) conviene quel príncipe (...) sepa hazer mucho a quien le sirve, e sea humano e bien hablado, e que se acuerde quán estrecha es la orden militar e qué rreglas e estatutos [al margen: los del soldado] tan peligrosos e ásperos en sus batallas e campos, e que [estas dos palabras sobrelineadas] no los castigan como a los frayles, que rrezan tantos salmos, que ayunen a pan y agua, o que se açoten ellos mismos e meneen la mano a su placer, e al pobre soldado que duerma en el suelo, e que no coma ni beva, ni le paguen, e que le açote un verdugo, o le enpiquen o pasen por las picas, e si es cavallero e no ombre baxo ni de los comunes que le quiten la cabeça. El frayle si tomare su castigo en paçiençia mejora su ánima, e el soldado aunque sea paciente queda amenguado e pierde la vida y aun podrá ser que se vaya al infierno con su oficio por bien que le haga. (...) Así que ved qué rreglas eran esas (...) (BYQ, 1989, p. 440).

⁵⁵⁴ Garrido Gallardo nos recuerda que Occidente sitúa la Edad Media “desde el final del Imperio romano hasta el siglo XV”. Es de esperar, pues, que nuestro personaje, nacido en 1478, ilustre reminiscencias de conciencia medieval y participe de ese poso cultural heredado. Entre otros, las relecturas *La De Doctrina Crhstiana* de San Agustín, de las *Ethimologias* de San Isidoro o la *Institutio Oratoria* de Quintiliano, cuya copia completa es encontrada por Bracciolini en 1406, nutren de medievalismo la *Historia General y Natural de las Indias*. Para la cita, véase Garrido Gallardo, “Libro I. Fundamentos del lenguaje literario. Consideración histórica”, p. 36; para la argumentación, José A. Hernández Guerrero y M.^a del Carmen García Tejera, “Libro III. Historia de la Retórica. La retórica durante la Edad Media”, pp. 411-426. Ambos capítulos en *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*, M. Ángel Garrido Gallardo (dir.), L. Dolezel, J. A. Hernández, M.^a del Carmen García [...] *et al*, Madrid, Editorial Síntesis, 2009.

⁵⁵⁵ Se verá en las páginas dedicadas al devenir biográfico del autor cómo Oviedo solicita en 1519 al Emperador para la gobernación de Santa Marta “cient hábitos de Sanctiago para cient hombres hijosdalgos en quien concurriesen la limpieza del linaje e las otras calidades con que se suele admitir este hábito militar” (*Historia*, 119, Libro XXVI, cap. I, p. 62). Como una de las más relevantes de las órdenes religioso-militares españolas, la de Santiago tiene su origen en el Medievo y demandaba nobleza, limpieza de sangre y religiosidad. En su exhaustivo libro sobre esta Orden, Jesús De las Heras explica que:

el máximo plus de nobleza era la pertenencia a la Orden de Santiago (...), que fue fundada en el reino de León en el siglo XII (como milicia en 1170 y con carácter religioso en 1175) para apoyar la Reconquista (...) y defender la cristiandad frente al empuje bélico del islam. (...) La autonomía de la Orden de Santiago se mantuvo hasta finales del siglo XV (1493), en que los Reyes Católicos pasaron a ser administradores (...), y ya en el siglo XVI (1523) fueron incorporadas para siempre a la Corona con autorización del papa Adriano VI (Las Heras: 19-25).

Sobre los requisitos, “en 1507, por decisión del rey Fernando, se exigió a los aspirantes (...) la demostración de hidalguía por vía paterna y materna, y la más pura limpieza de sangre y limpieza de oficio (De Las Heras: 253). Estos también jugaron un papel relevante en “la conquista y el gobierno del Nuevo Mundo (...), santiaguistas fueron Hernán Cortés, Pedro Alvarado, Francisco Pizarro, Pedro Meléndez de Ávila”

hueco en la *Historia*, frente al “renacer humanista que, pese a quien pese, también caló hondo en la Península Ibérica” (Baltasar, 1992, p. 311). Conceptos estos que abarrotan - y “complican”- con múltiples significaciones (religiosas, morales, gnoseológicas, cognoscitivas, antropológicas, filosóficas, ...) un discurso ovetense que aspira a ser integral, totalizador.

- **En la crónica cabe todo**

Ciertamente, con su desmesurada extensión, el carácter aglutinador y la prolongada elaboración -más de tres décadas-, la *Historia se* acrecienta con las “cosas destas Indias” (*Historia*, 119, Libro XXX, cap. III, p. 362), pero también testimonia la forja de Oviedo como cronista del Nuevo Mundo. Su obra, con enorme esfuerzo de conjunto, alcanza formas de **tratado: científico**, cuando la botánica, la zoología, la mineralogía, la geografía o a la etnografía se elevan protagónicas; **filosófico**, cuando diserta sobre el devenir de los acontecimientos, reflexionando acerca de la esencia, las causas y los efectos del encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo; o **historiográfico**, cuando cuenta vivamente Oviedo sus forcejeos con la materia indiana y la escritura. Como una *matrioshka*, la gran crónica alberga en su seno el diario más vivido y personal de las experiencias indianas de don Gonzalo; acoge, cual libro de memorias, su vicisitudes familiares, sus andanzas de juventud por la vieja Europa y sus logros individuales; y, además, atesora, en pequeñas disertaciones, su propio cuaderno de elaboración. Su *Historia* **captura entusiasmos y afanes personales**, y proyecta los estados anímicos del cronista: desnuda su alma. Y, a la par, apresa su conciencia de escritor, vociferando la pugna que entabla con la distribución de la materia y manifestando las teorías formales de su escritura.

A propósito de esta incipiente historiografía americana, Walter Mignolo medita sobre la relevancia del *locus enuntiationis*; reflexiones del argentino que atañen “a las diversas posiciones desde donde” (2005, p. 168) escribe el sujeto autorial **y a sus implicaciones personales, que determinan lo que se narra.**

(De Las Heras: 278). El Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, con quien decidió enrolarse Oviedo antes de su primer viaje a Las Indias, figura de entre los más reputados militares afiliados a esta Orden. Véase Jesús De Las Heras, *La Orden de Santiago. La prestigiosa milicia de ricoshombres religiosos*, Madrid, Edaf, 2010.

¿Desde dónde (tanto geográfica como ideológicamente) se escribe la historia? ¿Quién la escribe, por qué la escribe, para quién la escribe? Todas estas preguntas ponen de relieve la actuación de quien escribe (...). Ponen de relieve, también, que la manera en que se organizan los acontecimientos no depende tanto o solo de su acontecer, sino del locus de enunciación que se crea al narrar (Mignolo, 2005, p. 170).

Todo nos lleva a la figura del autor. Desde las hebras de subjetividad que se embrollan a la materia indiana a la metarreflexión del cronista; desde los desórdenes estructurales a los fervores y enjuiciamientos morales ovetenses, o al tono legalista y político de una escritura *pro domo sua*. Aquellas argumentaciones primeras de Carr engarzan aquí oportunamente, con su reivindicación de que, antes de leer la obra, resulta indispensable **que se estudie al historiador**, para “comprender lo que está haciendo” y “para apreciarla en todo su valor” (Carr, 2006, p. 98).

2.1.2 CODA: EL AUTOR IMPORTA

“Heos dado, letor, las señas tan particulares, para que acordáredes por ellas de ir a buscar este tesoro, lo podáis hallar”

(Oviedo, *Historia*, 119, XXV, cap. VI, p. 24)

Desde nuestra perspectiva de filólogos y de estudiosos literarios, la subjetividad ovetense que emana de la *Historia* representa el mayor de los atractivos, el tesoro escondido de nuestra investigación. Prendidos en esa madeja, recalamos en la vida emocional, en el conjunto de pasiones ovetenses hilvanadas a la *Historia*. Piedra angular en la obra, este *pathos* provee de credibilidad y naturalidad el discurso, lo aproxima al lector. Así, la crónica de Oviedo cobija diestramente el deslumbramiento ante la naturaleza americana y sus secretos; el entusiasmo tras tierras conquistadas; la curiosidad ante los aborígenes; la turbación por los amorales rituales de la tradición indígena; la pesadumbre ante el hambre, la devastación o la pérdida de bienes, mas, también, el clamor a la Divina Providencia; el deleite de gustosos manjares; la irrefrenable vanidad de escritor y el consecuente vilipendio a quienes osaron señalarlo desde sus apoltronados sillones en España; la envidia, la ironía y la ira por los logros de los adversarios, pero, igualmente, el estoicismo y el humor ante lo adverso, que “las fuerzas de cada uno no se manifiestan

sino por las adversidades”⁵⁵⁶; e incluso, las instancias más íntimas del don Gonzalo más tierno y familiar, de ese ser doliente que escribe sobre las pérdidas de sus esposas, de sus hijos y de sus nietos, porque, parafraseando a Salas, “la tierra que tanto ha alabado se va tragando su sangre” (1959, p. 76).

Cual espejo bidimensional, y *a sabiendas*, la *Historia* exhibe a su creador, mientras su creador la refleja, mostrando de él sus luces y sus sombras. Y *a sabiendas*, dijimos, en tanto se erige estrategia narrativa exprofeso. Pues, como bien señala Villar,

Los cronistas lo saben y no lo ocultan: están atrapados en un bucle del que no pueden, pero tampoco quieren, salir, pues lo utilizan además para criticar, satirizar y denigrar lo que no les gusta, para hacer apología de personas y actitudes que creen modélicas o con las que les conviene estar a bien, y para convencer y persuadir (2020, p. 192)

En un apabullante escenario de fondo, basculando entre el Paraíso y el Infierno, Oviedo se auto representa **como un Elegido** por el César y, por ende, por el Creador. Conecta, además, lo vivido a lo escrito, con la intención de vestirse la toga de narrador plenamente autorizado. Acreditado su estatus, investiga, confía y recela de confidentes y malvados, que hasta una daga clavan en su quijada y en su costado. Pero sabrosa para todos los oídos es la anécdota del atentado, y con aptitudes novelescas pinta un aterrador episodio en el que la maquinación, el suspense, la congoja y la venganza atrapan al lector, que, tocado por el halo de victimismo ovetense, no puede si no acrecentar su estima hacia el sufrido escritor. La verdad de la narración no llega solo de su testimonio, los nombres propios de los actantes acreditan su probidad, su lealtad a lo verdadero. Avezado relator, es además Oviedo un capturador de oportunidades: se sitúa en su particularidad, se aferra a sus tantos intereses en Las Indias, “matiza” según estos últimos sus escritos de “verdad” y, cuando precisa, hace danzar su *Historia* entre un baile de máscaras. Lean el relato⁵⁵⁷ en que Simón Bernal intenta asesinar a Oviedo, si desean degustar un primer plato de sus artes narrativas. No tiene desperdicio.

La *Historia* comprendida como filosofía de la historia requiere un aparte. La escritura de Oviedo se retuerce, se rebela y busca salidas a los callejones ciegos y a las trampas con los que el devenir histórico lo desafía, que le desmontan sus planes

⁵⁵⁶ Cita Oviedo a San Gregorio y se guarece en la “omnipotencia de Dios”, que fue quién le otorgó las fuerzas para continuar sus trabajos. *Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XVII, p. 275.

⁵⁵⁷ En *Historia*, 119, Libro XXIX, caps. XVIII- XXI, pp. 276.-277, 280, 282 - 285.

argumentales de colonización impecable e intachable. Obra *in fieri*, no hay vaticinador posible que le avance -más que él mismo- nuevas relecturas de su crónica para poder salir airoso de una condenación popular. La veracidad es esencial en el ámbito de la historiografía indiana⁵⁵⁸ y el Alcaide, ya curtido en estos menesteres escriturales, se ve instado a reajustar el entusiasmo inicial y a dotar de significaciones loables los giros de sus textos americanos.

Kohut da las claves de esas nuevas perspectivas; palabras que nos resultan muy relevantes, en lo que atañe a este apartado, porque demuestran lo que aquí se ha ido defendiendo, cuán útil resulta el acercamiento a la mentalidad del autor:

La *Historia general y natural de las Indias*, es, en su conjunto, la expresión de una filosofía de la historia. La obra se abre con un proemio jubiloso en el que el autor expresa su admiración ante la grandeza y el esplendor del Nuevo Mundo, y termina con la observación escéptica de la devastación llevada a cabo por los españoles. El libro de los naufragios parece fortalecer esta impresión de desastre; sin embargo, y por un giro paradójico, este último libro es la expresión de una esperanza *quia absurdum*, pues los hechos terrestres de la conquista son presentados como sólo el reflejo de la lucha trascendental entre Dios y Satán. Los naufragios que cuenta terminan con la salvación de la mayoría de los naufragos, después de infinitas plegarias, ayunos y autoflagelaciones. La esperanza en la grandeza de las obras de Dios es así más grande que el escepticismo y la desilusión sobre la actuación de los españoles (2007, p. 39).

Demanda, por ende, Oviedo un lector cabal, diestro; un interlocutor dispuesto a no apearse de su farragosa, enciclopédica y desordenada crónica; alguien que no extrañe sus apegos y animadversiones; que sea paciente con su jactancia o con lo cruento de sus relatos; que no decaiga ante su pesimismo, la sobredosis de mordacidad o el “riguroso gusto punitivo” (Gerbi, 1978, p. 273) del historiador, y que comprenda las fluctuaciones y esas tantas contradicciones de las que adolece esta *General Historia*. Que solo un iluso podrá negarnos la tamaña y dificultosa tarea que supone la lectura activa de esta crónica.

Y ni tan siquiera las partes primeras de su *Historia* -las más exóticas y naturalistas- se escabullen del prendimiento ovetense, de este experimentador innato. Sito en la dimensión geográfica de la crónica, argumenta Álvarez López que lo meritorio de Oviedo es haber logrado darle, a partir de esta, cierta unidad a su obra, con una historia natural,

⁵⁵⁸ Como explica Valcárcel, “es la reputación personal (la honra) lo que mueve al autor a escribir la verdad” (1997, p. 479).

que ya sustentó el *Sumario*, y que se presenta como “el hilo conductor en el aparente dédalo de la obra ovetense” (1957, p. 549). Es más, con un riguroso planteamiento defiende este catedrático de Historia Natural que por mucho que se revalorice, en la crónica de Oviedo “la historia humana (...), queda supeditada a lo que Humbolt llamará más tarde la ‘historia de la contemplación del mundo’” (Álvarez López, 1957, p. 549). Coloridas fragancias y suntuosas descripciones cautivan al lector y avalan la frescura de su prosa, cuando es el naturalista quien toma las riendas. Por esta razón, en el estudio dedicado a la representación de la maravilla natural y el exotismo del Nuevo Mundo en la crónica de Oviedo, considera Coello que:

De la misma forma que Petrarca *admiró*⁵⁵⁹ el paisaje del Arno desde lo alto de Fiesole, Oviedo *gozó* de la *intrínseca belleza* del Nuevo Mundo y a través de sus escritos *compartió* con sus lectores una realidad que de otro modo hubiera permanecido *oculta* (2002, p. 69)

Enfatizamos la selección del historiador barcelonés (*admiró, gozó, intrínseca belleza, compartió, oculta*) para incidir en el protagónico papel que juegan las percepciones de Oviedo en el discurso natural de las Indias. El “Veedor” -nunca un apodo fue más apropiado- observa, respira, saborea, toquetea, y se embriaga de las particularidades indianas. Él es el tamiz por el que pasan los materiales que colorean sus textos.

Por esta razón, y a propósito de las descripciones sensoriales de Oviedo sobre la naturaleza americana, Coronado acentúa, asimismo, la necesidad de **conocer al autor**, porque “cualquier producto cultural es fruto (...) del talento de su creador” y “también de sus circunstancias” (Coronado Schwindt, 2022, p. 485). Premisa que ya señaló Karl Kohut, quien insiste en que el conocimiento de la “conciencia teórica”⁵⁶⁰ de nuestro cronista es materia prima imprescindible para interpretar adecuadamente los impulsos y las directrices de su creatividad, de su concepción de la *Historia* como género cronístico, de los obstáculos que tuvo que sortear y, asimismo, de las condiciones en que se gestó su texto.

⁵⁵⁹ Todas las cursivas que rezan en este fragmento son mías.

⁵⁶⁰ Para Karl Kohut, “la escritura de la historia presupone una conciencia teórica -posiblemente solo latente- y la produce al mismo tiempo. En otras palabras, esta es, a la vez, la base que precede a la escritura de la historia y sus consecuencias” (2005, p. 134).

Señalaba Alberto Salas que cuando escribe Oviedo “lo hace con una memoria total de lo que sabe, incluso con una inevitable memoria autobiográfica” y que “todo es traído con naturalidad, como parte de un conocimiento congruente y homogéneo que abarca toda la realidad” (Salas, 1959, p. 112). Ya sea en la *Historia*, las *Batallas* o las *Quincuagenas*, en cualquiera de sus géneros, asoma el prosista desbordante y apasionado, acomodado en el arte de la conversación. El propio cronista reconoce que escribe como habla, sin artilugios, y su incontenible verbosidad -que da lugar al discurso precipitado y repetitivo, trufado de infinitos detalles y fragmentado por la digresión- lo certifica.

Como sustentamos, la *Historia* es ese tapiz donde lo informativo se trenza meritoriamente con lo literario; y donde halla fácil arraigo el tópico *miscere utile dulce*, de Horacio, porque para nuestro Alcaide, prima la conquista y el deleite del lector. “Que en todo recompense Vuestra Majestad con mi deseo las faltas de mi pluma” (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 10), suplica el madrileño, “que tomaré cargo de enmendar la mía, diciéndolo por mejor estilo” (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 10), que “aunque estos que yo escribo no son de mucha industria o artificio ni calidad, no han sido poco laboriosos, ni con la facilidad que otras materias pueden allegar o componer escritos” (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 10), pero “es, a lo menos, muy apacible lección oír y entender tantos secretos de Natura” (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 10). Es justo ahí donde también descansa la faz más “novelesca”⁵⁶¹ del relator y la más poética del Oviedo descriptor, capaz de captar la esencia de las cosas y convertirlas en pura literatura.

Que no pasamos la dimensión creativa, ni sus dotes esteticistas. ¿Por qué quién, en el siglo XVI, podía escribir una obra de tal envergadura como la *Historia* sin grácil elocuencia y con pobreza de estilo? Mucho ha sido denostado su modelo estilístico, que incluso es el propio autor quien lo pisotea, disculpándose ante el lector por sus muchas imperfecciones⁵⁶². Mas si rasgamos un poco sus vestiduras, descubrimos, como bien

⁵⁶¹ Son innumerables los casos que nos devuelven estas facetas y que se estudiarán más extensamente en páginas posteriores. Como ejemplo, el fascinador relato que Oviedo nos ofrece sobre “el mayor nadador que hoy vive ni ha habido grandes tiempos ha”, que fue arrastrado “por debajo del agua por la fuerza de un grandísimo animal marítimo”, que “fue socorrido por la Madre de Dios” y que sobrevivió después de que “más de veinte veces entró debajo del agua”. La minucia descriptiva, el dinamismo de la acción y el tono trágico de este depósito, que halla referentes en la fábula del **peje Nicolao** y un caso relatado por Pedro de Mexía en su *Silva de Varia Lección* (cap. XXIII, I parte), anticipan al relator de naufragios del Libro L. Véase *Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXVIII, pp. 196-197.

⁵⁶² Defiende Oviedo que “pues esta verdad está de mi parte, por respeto me comporto”, mas “sufra el lector con paciencia las faltas de estilo con que procedo, y alcance yo, por cortesía de su comedimiento, aqueste don, para que me quede sospecha que a él soy grato e apacible” (*Historia*, 118, Libro XXII, proemio, p. 341).

apunta Valcárcel, “a un cronista fuertemente preocupado por las implicaciones de la retórica en la historiografía” (1997, p. 445). Todos sus empeños van vertidos a “darlo a entender como ello es, e saberlo decir con la facilidad e ornamento e dulcedumbre que suelen usar los que son diestros y elocuentes escritores” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXV, p. 312). Porque, aunque la cantinela de sus carencias estilísticas es la banda sonora que acompaña a la crónica, “cosa es entre los hombres mirabilísima la elocuencia” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXV, p. 311) y, por ello, pide a Dios que la verdad de sus historias “sean acompañadas de su gracia” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXV, p. 312).

A propósito de su sutileza narrativa, es ilustrativo traer aquella afable anécdota que narra Oviedo de “una ropa forrada de muy singulares martas que tenían muchas canas blancas” (*Historia*, 121, Libro XLIX, proemio, p. 234) y que consideramos todo un deleite para el lector:

Así que, conforme a lo que aquí prometo, diré lo que a la presente materia e libro penúltimo toca, e volveré la pluma a su curso e reposo, no como aquel varón o grand señor rico volvió la ropa de martas sin canas a su camarero, sino con muchas mas de las que yo tenía cuando la comencé a ejercitar en estas historias. Quiero decir, que no incurriré en adulaciones ni simplicidad dañosa que me excuse ni que dé lugar a que la péndola se aparte de la retitud que soy obligado, mediante la gloria del Espíritu Sancto. Mas porque lo que se tocó de suso de la ropa que es dicho, no lo entenderán muchos con tan breve relación, *puesto que no lo sepa yo relatar con la gracia e lindo estilo*⁵⁶³ que la lengua de Pedro Aretino⁵⁶⁴ lo dice, acordarlo he para mi propósito e comparación de suso.

Dice, pues, este auctor, que un cierto señor, mirando un día una caja o arca suya, vido una ropa forrada de muy singulares martas que tenían muchas canas blancas (como las suelen tener las que son cebellinas, de mucho prescio e mejores) e vistiósela, e metióse en su cámara con ella, e quitóle todos los pelos blancos, uno a uno, pensando que en el arca se había encannescido; e quitados, llamó al camarero, e díjole: “Guardad esta ropa, e catadla ahí nueva y hermosa”.

Esta hermosura no la perderá mi historia por mis canas⁵⁶⁵, ni quiero tal sospechar, pues conozco que adquiriéndolas en este ejército historial,

⁵⁶³ La tópica de la *humilitas* pone de relieve la importancia que, pese a negarla, le concede Fernández de Oviedo a las cuestiones estilísticas.

⁵⁶⁴ La escritura de este literato italiano (1492-1556) se distinguió por su elevado calado moral. Son contadas las que Oviedo lo menciona en sus obras. Quizá porque, como señala Avalor Arce, la única obra de Aretino “traducida al castellano en el siglo XVI es el *Coloquio de las damas*” (*MGFO*, vol. I, 1974, pp. 149-150). Obviamente, estos *Ragionamenti* (1534-1538), traducidos en 1548, podrían haber sido leídos por Oviedo en su lengua original, si bien ni el crítico bonarense ni D. Turner (1971, p. 148) hallaron estas evidencias.

⁵⁶⁵ La metáfora de las canas con significado de experiencia y conocimiento, pilares fundamentales de su crónica.

quedará más hermosa⁵⁶⁶ la labor de estos tratados; pues ellas los han hecho mayores, e a mí de más experiencia para continuarlos, cuantas más canas me han nascido, aumentándose con mis libros, hasta llegarlos a tal estado (*Historia*, 121, Libro XLIX, proemio, p. 234)

La historia del conocimiento está en deuda con el hombre renacentista, tan ávido de saber. En el siglo pasado, José de la Peña y Cámara aconsejaba fervientemente captar la esencia de Oviedo, del hombre que también fue escritor:

(...) esforcémonos en conocer a esa gran personalidad tal cual en realidad fue, con sus grandezas y sus miserias, único modo de que conozcamos y aprovechemos el verdadero contenido y significación de su magnífico legado (1957, p. 705).

Este segundo capítulo, titulado “Tradición y modernidad: modelos, fuentes y paradigmas culturales de Fernández de Oviedo”, escudriña **las estancias biográficas, vocacionales y culturales** de don Gonzalo Fernández de Oviedo, ante la sólida imbricación detectada entre el autor y su crónica americana. Nace de una iterativa sensación: la de haber escuchado (más que leído) esta *Historia* tan emocional y fluctuante; erigida como un caótico volcado de memorias personales y testimonios documentales que imprimen de personalidad la narración y trufan de subjetividades el objetivo relato histórico. Y pretende deshilar las complejas relaciones que se establecen entre el referente, el autor y su autoridad.

⁵⁶⁶ Vuelve a incidir Oviedo en la importancia de brindarle al lector una prosa bella, una *Historia* hermosa. Demuestran estas líneas que aquellas afirmaciones suyas sobre “irán mis renglones desnudos de artificios” son una impostación del cronista, en tanto late una férrea preocupación por la dimensión estética de su escritura.

2.2 AL HILO DE UNA VIDA: VOCACIÓN, BAGAJE HUMANÍSTICO E INTELECTUAL DE OVIEDO

2.2.1 EL ARTÍFICE-ARTISTA

“¡Oh, mis obras, mis obras,
hijas del alma!”

(Miguel de Unamuno)⁵⁶⁷

“Es sumamente raro que los hombres cuenten una cosa simplemente como ha sucedido, sin mezclar al relato nada de su propio juicio. Más aún, cuando ven u oyen algo nuevo, si no tienen sumo cuidado con sus opiniones previas, (...) tan condicionados por ellas (...), y sobre todo si le interesa que el hecho suceda de una determinada forma. De ahí resulta que los hombres, en sus crónicas e historias, cuentan más bien sus opiniones que las cosas realmente sucedidas; que uno y el mismo caso es relatado de modo tan diferente por dos hombres de distinta opinión, que parece tratarse de dos casos; y que, finalmente, no es demasiado difícil muchas veces averiguar las opiniones del cronista y del historiador por sus propios relatos”.

(Baruch de Spinoza, *Tratado Teológico-Político*)⁵⁶⁸

“El uso de la palabra centrado en el ejercicio de la persuasión, del conocimiento y de la apropiación de la realidad mediante la imaginación son las principales marcas literarias del macrocampo textual de este periodo”.

(Alicia Poderti)⁵⁶⁹

Tocar la fibra sensible del lector; emocionarlo, convencerlo y cautivarlo. Desafíos que abraza todo escritor en su afán de perdurabilidad; en el vanidoso anhelo de inmortalizar, con mañas y oficio, las percepciones de su alma. De ser para siempre, en su obra.

En el momento de la creación, el artista es todopoderoso: de sus singulares contemplación, lectura y plasmación⁵⁷⁰ de la vida nacen sus retazos artísticos - lo que el

⁵⁶⁷ Miguel de Unamuno, “Para después de mi muerte”, *Poesías* (1975, p. 66).

⁵⁶⁸ Baruch de Spinoza, *Tratado Teológico-Político* [1670] (2003, pp. 91-92).

⁵⁶⁹ Poderti (1996, p. 21).

⁵⁷⁰ En la dialéctica entre esa avidez cognoscitiva, la memoria y la capacidad de representar lo aprehendido anida el *modus operandi* del artista.

filósofo bilbaíno vino a denominar sus “hijas del alma”- y que no son otra cosa sino *esa*⁵⁷¹ particular interpretación que un autor nos lega del mundo. Como particulares versiones fueron las de aquellos primeros cronistas de Indias, quienes proyectaron *literariamente* – y subrayo este término- sus personalísimas asimilaciones del Nuevo Mundo.

Lecturas que, como denominador común, compartían el sentido providencialista, el tono épico-imperialista y el arraigo al imaginario cultural europeo. Retazos narrativos y descriptivos vívidos -tantas veces precipitados por el aluvión de noticias inmediatas- que daban cobijo a testimonios propios y de terceros; a una miscelánea genérica e informativa de relatos, relaciones, memoriales, cartas, entrevistas, diálogos, diarios de viajes... Relatos, al fin, de historias interpretadas. Determinadas por el flujo de reflexiones imaginativas de esos cronistas de raigambre aún medieval que, en el afán de describir lo asombroso y lo hostil de aquel paisaje americano, tintado de insólitas tribus indígenas y de extraña fauna y flora (con guerreras amazonas y espantosos dragones, entre otras rarezas), enriquecieron la realidad con el mito y la fábula, con la fantasía y la alegoría.

Y escritos, fundamentalmente, de vida; que interrogaban a ese *yo* testimonial - autor, narrador y personaje- sobre su experiencia indiana, para narrativizarla; que lo involucraban en la trama, implicando e imbricando a Oviedo con la materia narrada.

Historias, por ende, personalísimas y emocionales, con recuerdos vibrantes, a veces con dolor, otros con gloria.

Sobre las relaciones de la escritura histórica y de ficción, defendía Hayden White la imposibilidad de “recordar” sin afecciones aquellos hechos que nos atañen personalmente, que sentimos como propios. Circunstancia que se trasladaría a las formas de construir nuestros discursos y, por ende, a los modos de narrarlos:

En *Tropics of Discourse* su autor no se ocupa de la naturaleza de los acontecimientos de los que hablan los historiadores, sino de las formas de sus discursos y lo que con ellos transmiten. (...) Estas representaciones son tomadas como verdaderas no por su correspondencia con los hechos del pasado, sino por la manera en que se traman esos hechos. *De modo que el historiador elige determinada trama porque comparte con los suyos o su audiencia ciertos pre-conceptos y ciertas preferencias emotivas*⁵⁷². En una conversación White decía que el pasado tiene que ver con nuestros muertos y

⁵⁷¹ La cursiva es mía.

⁵⁷² La cursiva es mía.

que a ellos no podemos recordarlos con actitud aséptica, científica⁵⁷³. A lo largo de sus escritos también y de varias maneras nos dice que el historiador tampoco puede ser ajeno a sus lectores preocupados por su presente en el que es de gran importancia el pasado (H. Núñez y M. Mungaray, 2012-2013)⁵⁷⁴.

Esta imposibilidad de desafección por parte del historiador, que menciona White, sería el desencadenante de que, en las crónicas de Indias, se dé relación de un mismo hecho desde tan diversos prismas y de formas tan distintas; de que las representaciones históricas caminen subjetivadas -según argumenta el filósofo estadounidense-, afectadas por las implicaciones emocionales de quien las cuenta. Sea como fuere, es el autor quien compone finalmente los relatos, y es él quien decide cómo “tramar” realidades (White, 1992, pp. 156-157). Y, por tanto, es el autor quien, con su escritura, conforma las narraciones; les confiere forma. Sobre el rol hegemónico y supremo del historiador en la escritura de su obra, y la relevancia de sus palabras, se pronunciaba así Ana Caballé:

El acto de representar el pasado, de transformarlo en una relación consecuente de hechos y situaciones *mediante la palabra, otorga al responsable de la representación un gran poder* (eso ya lo vio Maquiavelo). El poder reside en la forma que adquiera finalmente esa representación –su grado de verdad, la agudeza de la mirada, la capacidad de transformar la complejidad del pasado en un discurso comprensible y eficaz–, pero también *en el significado que el historiador atribuye a los sucesos y situaciones dilucidados en el continuum de la experiencia humana de una comunidad. El historiador es, pues, el dueño del paisaje que pinta en su lienzo y está en su poder decidir el alcance representativo, y por tanto simbólico⁵⁷⁵, de los personajes y acontecimientos que describe*. En otro sentido, el historiador es el principal responsable de trazar una línea imaginaria, pero fundamental para que pueda formarse la conciencia histórica individual, entre nuestra experiencia y la de nuestros antepasados (Caballé, 2012, p. 41).

Palabras escritas con significado intencional, cargadas de “fuerza ilocucionaria” (López Eire, 2000, p. 172). Luis Vives⁵⁷⁶, a propósito de la “facundia de narrar” (2023, p. 84), aseveraba que “aun cuando las palabras provengan del alma, no están allí compuestas como se componen en el exterior” (2023, p. 83) y “que el lenguaje necesita

⁵⁷³ Citábamos en el apartado 1.2.1 de nuestra investigación esta conversación personal entre Hayden White y Verónica Tozzi en (Tozzi, 2003, p. 9)

⁵⁷⁴ En <https://www.observacionesfilosoficas.net/metahistoria-discursionnarrativo.htm>

⁵⁷⁵ Las cursivas son mías.

⁵⁷⁶ En su *Arte de hablar*, Vives también consideraba que “no hay cosa que más convenga a la historia que la propiedad del lenguaje, (...) que nunca debe desaparecer de la perspectiva del historiador” (Valcárcel, 1997, p. 431).

a su vez de enseñanza y ejercicio” (2023, p. 84), de cierto artificio para elevarse elocuente. Como el pintor que dota de **personalidad** cada pincelada sobre el lienzo, o el escultor que esculpe las sinuosas transparencias de las figuras veladas, convirtiendo, a nuestros ojos, el mármol en seda, **la Historia ovetense se “teje” a partir de sensaciones humanas primarias** que transmutan en arte, tras un arduo proceso intelectual. Del frío y rugoso hilo al logrado tapiz de colores, terso y vivo; de las cadenas iniciales de pespuntos, bastillas y lazadas hasta la compleja confección final del tejido, el artífice Oviedo no hace más que tomar sucesivas decisiones que involucran a la cognición humana (sensación, imaginación e intelección⁵⁷⁷). Durante su ejecución, para dar forma a su idea y ser “provechoso y honesto”⁵⁷⁸ con la representación de *su* verdad, el afanoso “tejedor” cavila sobre patrones, herramientas y materiales –como la naturaleza de las agujas y el grosor de las telas, de las que dependerán la tensión y la movilidad, o acerca del ensamblaje de sus delicadas hilaturas-, y criba modelos, técnicas o procedimientos, en la persecución de un estilo original y distintivo, un sello propio por el que lo reconozcan, lo retribuyan y lo aclamen.

Él es, en definitiva, el epicentro del arte, en tanto es grano y cosecha, fundamento del logro o del fracaso, porque, en palabras de Oviedo, “no puede el buen árbol hacer mal fruto, ni el malo hazerle bueno” (MGFO, 1974, pp. 465-466)⁵⁷⁹. Por ende, el autor – su vida, su caudal de saberes y todo aquello que lo determina en su creación artística-importa.

Consideraba, además, Pérez de Tudela que “la remuneración más preciosa del estudio de la *Historia* es la contemplación de las formas del espíritu” (*Historia*, 1959, p. VII)⁵⁸⁰ y definía la crónica como:

ese relato personalísimo en el que se nos ofrece la versión más extensa, viva y comunicativa acerca del suceso y de la espiritual conmoción del hombre de Europa al desvelar los horizontes del orbe transatlánticos (1959, p. VII).

⁵⁷⁷ Véase el trabajo de Enric Casaban y Miguel Candel (2013, pp. 81-94)

⁵⁷⁸ Sobre los conceptos de verdad y utilidad, se pronunciaba así Oviedo en sus *Quincuagenas de la nobleza de España* (I, est. XXXI, 367):

E yo, porque hallen gusto los unos y los otros les he querido mostrar estas pepitorias, encomendando a Dios mi buena voluntad y mis renglones, acordándome que es opinión de muchos sabios que no ay libro malo. Y yo así lo digo, que todos los libros son buenos, sino los vanos y eréticos y los que no son provechosos y honestos (MGFO, I, 1974, p. 146).

⁵⁷⁹ Oviedo, *Quincuagenas de la nobleza* (III, est. 10). Consultado en Avalle-Arce, MGFO, 1974, pp. 465-466.

⁵⁸⁰ Véase, también, Pérez de Tudela (1957, pp. 391-444).

Por consiguiente, y aunque sea de forma epidérmica, rastreamos el **semblante espiritual de don Gonzalo en esa crónica** que corre permanentemente anudada al historiador por una maraña de hilos enraizados e inquebrantables. De su lectura, se suscribe ese juego de espejos entre una obra y un autor que caminan décadas al unísono, en férrea amalgama y en continua sinergia. El sino biográfico del escribano determina el ejercicio de su incansable pluma. Y, por otro lado, la escritura delata la vigorosa fisonomía interior de don Gonzalo, espejea sus plurales motivaciones -entre las que subyacen lograr la gracia divina y la remuneración del “real mando de Vuestra Cesárea” (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 12), y desvela, asimismo, su sensibilidad estética.

Como se ha ido defendiendo, su *Historia* adolece de un elevado subjetivismo, navegando constantemente entre empatías y desafecciones. Señalaba Poderti el calado jurídico-político de estos escritos coloniales, incardinados en un “discurso hegemónico” que “permite reconstruir el eje de conflictividades sociales y culturales generado en el Nuevo Mundo. Estos textos tienden a transformarse en verdaderos campos de batalla, en los que la voz dominante se debate en un imprevisto juego de contra-discursos” (1996, p. 20). No es casual, así, que este “ducho e incansable pendolista” (Peña, 1957, p. 655) tienda a “omitir hechos importantes cuando sus enemigos y desafectos son personales centrales” (Castillero, 1957, p. 539), para no favorecerlos y, en cambio, se muestre extremadamente detallista cuando él es el protagonista “en los sucesos que se relacionan con su persona” (p. 539). Y también se derrama en la crónica su ingenuidad, cuando incorpora testimonios de terceros bañados en fantasía y los contempla como creíbles; o se vierte su embelesamiento, cuando este “veedor de la Naturaleza” (Álvarez López, 1957p. 544) le “imprime un realismo encantador” (p. 544) a muchas de las descripciones americanas.

¿Y qué diremos de su arte para “literaturizar” esta pintura de Olao Gotho, arzobispo de Upsala (1490-1558) y autor de la *Historia de gentibus Septentrionalibus*⁵⁸¹ (1555)? La artística descripción, que ocupa gran parte del proemio al Libro XXXVIII, merece analizarse por lo que cuenta de su sensibilidad estética y su arte retórico; por su profuso detallismo; pero, sobre todo, por esa descripción connotativa, que atañe a la lectura interpretativa que Oviedo hace de la obra pictórica. Ciertamente, el cronista socorre la pintura con “lo brevemente escrito” (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio,

⁵⁸¹ En el IBSO, se registran dos ediciones, ambas italianas, de esta obra: (Roma, 1555) y (Venecia, 1565). Véase <https://www.bidiso.es/IBSO/FichaObra.do?id=hidege0000>

p. 332) por el perlado godo. No obstante, el texto corre permanente modalizado, con continuas apostillas del historiador en ese su recorrido por el pliego que, “pintado *et in scriptis*, con una relación del mismo auctor Olao Gotho, se me trujo el año pasado de mill e quinientos e cuarenta años” (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, p. 332). Así, imbuido en consideraciones cosmográficas, y alardeando de su amistad con “Micer Joan Baptista Ramusio, que de oír él que soy inclinado a estas materias, (...) me ha con letras comunicado una nueva geografía que (...) se ha imprimido (...) por industria e letras del doctor varón Olao Gotho” (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, p. 332), Oviedo considera oportuno “deconstruir”, ayudándose de la relación, la escena pintada, para el asombro y la amenidad del lector:

Y porque *soy amigo de que* a cada uno se conserve su crédito, e que no se le usurpe su trabajo, ni se le deje de loar su buena obra, pues que es el auctor de ella quien he dicho (...). *No quiero detenerme en más de lo que toca* a la isla que dije de Islandia, (...) *Mas para recreación del lector, digo que he visto en esta nueva pintura* que aqueste godo describe, e pone en la primera tabla o parte, *que en esa isla de Islandia hay tres excelsos montes, en que está la sumidad o cumbres más altas e superiores dellos cubiertas de perpetua nieve, e al pie de cada uno un horrendo abismo de perpetuo fuego, semejante al de la siciliana Etna o Mongihel, con su horror espantoso, o como aquella caverna de Vulcano (que mejor pudiera llamar monte, porque yo le hi visto y estado en él)*. Uno de los cuales montes dice que vulgarmente se llama Heclafiel, y el otro Crucis, y el tercero Helgafiel, que quiere decir Monte Sancto. Entre aquestos montes hay piedras altas, puestas por memoria de los fechos de los pasados varones, en las cuales se ven escriptas sus memorias antiguas.

La iglesia episcopal se llama Scalhondense.

Hay en la dicha isla cuatro fuentes, por contraria natura distintas, porque la una es *maravillosamente caliente*, e la otra fría, e la tercera es buena para beber e quitar la sed humana, e la cuarta es mortífera (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, pp. 332-333)⁵⁸².

En el libro *Esencia y objeto de la retórica*, López Eire explica que “lo que decimos en un discurso es semántico” (2000, p. 168) y que “lo que queremos decir, la fuerza de lo que decimos movidos por una determinada voluntad y con vistas a un logro concreto (...) es pragmático” (2000, p. 168). Como disciplina y “arte del discurso psicagógico o arrastrador de almas, raciocinios y voluntades” (López Eire, 2000, p. 184), la retórica “enseña a fabricar discursos enderezados a conseguir un efecto deseado” (López Eire, 2000, p. 184), por ello, “en el buen discurso retórico todo es **coherente y es intencional**” (2000, p. 180), todo corre en la persecución del convencimiento del destinatario:

⁵⁸² Todas las cursivas son mías.

¡Qué tristeza si el lenguaje solo sirviera para reproducir la realidad! Felizmente- así lo entendió Gorgias con acierto- (...) hace otras cosas preciosas a las mil maravillas. (...) podemos expresar nuestros sentimientos y tratar de influir en los demás y procurar persuadirlos y ganarlos para nuestra causa y podemos y debemos además deleitarnos con el lenguaje, (...) contando lo verosímil y lo inverosímil y disfrutando con ese lingüístico universo autónomo así fabricado -como decía Aristóteles- (...), porque los hombres instintivamente nos recreamos en la imitación y también en el remate perfecto de la ejecución de la obra (López Eire, 2000, p. 188).

Al examinar el proemio de Oviedo, las aseveraciones de este filólogo salmantino se refrendan; adquieren absoluta consistencia argumental. En la anterior secuencia narrativa ovetense, se infiere que el cronista le está confiriendo absoluta credibilidad a la fuente. Y va a verter todo su instrumental retórico en convencer de ello al lector. El hecho de que su docto amigo Ramusio sea el remitente del envío le supone una garantía. Además, el señor Joan Magno Gotho “arzobispo Upsalense de Suecia, primado y legado apostólico, natural de aquellas partes de Gothia⁵⁸³” (p. 332) es ilustrísima persona, y por ello, digna de crédito. Pero la mayor certeza nos la otorga la secuencia que abre el proemio, en la que se loa la sabiduría del testimonio, que es moderno, letrado y experimentado⁵⁸⁴.

El permanente punto de vista ovetense es, sin embargo, la marca lingüística más reveladora de la subjetividad que emana en este proemio. La primera persona asoma en el texto, rigiendo oraciones que cuentan sobre la actitud del narrador respecto a lo que se está describiendo: “soy amigo de que”, “no quiero detenerme en más de lo que toca”,

⁵⁸³ Incluso la nacionalidad del arzobispo es motivo para la exaltación del personaje, con esta retórica encomiástica propia del género epidíctico:

(...) diré lo que desta materia he entendido; lo cual para mí es cosa muy nueva, e así creo que lo será a otros muchos que mejor tienen entendida la geografía e asiento del universo, alegando e probando con quien lo dice, que es Olao Gotho, natural de aquellas partes y provincia de donde salieron aquellos famosos godos, que tanta parte del mundo conquistaron, y entre los otros reinos se hicieron señores de España. En la cual, hasta el presente tiempo tura en la casa real de Castilla la sucesión gótica e señorío de aquellos godos, pues que la Cesárea Majestad e sus predecesores penden de aquella prosapia, y permanecerá y durará muchos siglos en sus subcesores y descendientes. a gloria y servicio de Dios (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, p. 330).

⁵⁸⁴ El encabezamiento del proemio reza así:

En este último libro (...) he querido poner aquí para confundir las opiniones de los antiguos cosmógrafos y escritores, que tovieron que la tierra que está debajo de los polos es inhabitable; y por lo que vemos e se sabe agora de muchos de la mar que lo han andado, e por lo que un moderno e docto varón nos enseña en sus letras y experiencia e pintura, ve lo contrario (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, p. 330).

La cursiva es mía.

“para recreación del lector, digo que he visto en esta nueva pintura”, “que mejor pudiera llamar monte, porque yo le he visto y estado en él”. El narrador le está presentando al lector su relato descriptivo como deseable, “para su recreación”. Y el léxico de carácter valorativo cumple también su función. Si vamos en la definición de los tres “excelsos” montes, la percepción de lo “horrendo” es la que prevalece. La “perpetua nieve” y el “perpetuo fuego” conducen, desde sus “abismos” particulares, al “horror”. La alusión mitológica a la caverna de Vulcano y el símil con el Etna o Mongibel refuerzan, con la analogía, esa impresión horripilante, que se faculta definitivamente con el testimonio per oculos (porque yo le he visto y estado en él) del narrador.

En la médula de la siguiente secuencia narrativa, tan afectada de subjetivismo como la anterior, el paréntesis injerta la opinión directa del emisor. La trama, que recuerda a un relato de terror, se trufa de efluvios a “azufre” y de “espectáculos de muertos”, con aparecidos que acongojan y “gemidos” de esas “ánimas atormentadas”. La escenificación es apabullante, propia del transmundo infernal. En este punto de horror “sobrenatural”, halla el “yo” salida amparándose en su ideología apostólica y romana:

Cerca de aquestas fuentes, los habitadores de aquella tierra sacan tan grand copia de *azufre*, que lo venden por *vilísimo precio*, e dan mill libras de ello por la décima parte de un florín. Pone el auctor alegado *dos estupendos espectáculos*: entre el fuego, el cual, no pudiendo consumir la estopa, continuamente consume el agua; y entre un cierto caos o sima (*la horrenda profundidad de la cual no se puede comprender con la vista, mas difícilmente se comprende con una cuerda enviada ahajo con una pesa*), *espectáculos de muertos*: y dice que muchas veces acaesce que *los hombres que se han ahogado en la mar, aparecen a los suyos el mesmo día*, no de otra manera que si vivos fuesen. E cuando se les dice que entren en casa, responden suspirando que han de ir al monte Ecla.

*Dice más (...). Dice*⁵⁸⁵ que hay cierto hielo o parte congelada en aquella costa de mar, que se oyen salir della miserables gemidos e llantos de humana voz, que hace fe que allí *son atormentadas las ánimas de los hombres*, segund este auctor *dice. De lo cual yo me remito a lo que la Iglesia Católica de Roma mandare que se crea*⁵⁸⁶ (*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, p. 333).

Y, por su parte, el tópico de la abundancia llevado al extremo y la hipérbole toman asiento seguidamente en la descripción, que sigue atestándose de elementos maravillosos propios del realismo mágico. Piedras “traídas por el aire. como si volasen, no las tocando alguno”, cantidades ingentes de pescado, de manteca, de ganados... Los bueyes tienen

⁵⁸⁵ Nótese que la repetición del verbo de dicción, para puntualizar que es información “dicha” por la fuente.

⁵⁸⁶ Las cursivas son mías.

tanto pasto que revientan de gordos, los músicos acumulan pescados y aves con el tañir de su vihuela, y los enanos de grandes ánimos habitan en Groenlandia. ¿Puede ser más fabuloso este breve proemio?:

No muy lejos de lo que está *dicho*, pone e pinta unas piedras con vehemencia de exhalación *traídas por el aire, como si volasen, no las tocando alguno*.

En otra parte muestra tanta *moltitud* de pescado. en *montones tan grandes* como casas poderosas (...), siembran poco trigo e así cogen poco; pero *dicen*⁵⁸⁷ que si más *abundantemente* sembrasen, *abundarían* de pan, (...).

Hay un altísimo monte que llaman Sancto, e una abadía llamada Elgafiel, la grand renta de la cual es *todo* butiro o manteca, la *abundancia*⁵⁸⁸ de la cual manteca *abundantemente* por toda aquella patria se administra.

(...)

Hay muchos e grandes hatos de ganados; y es tanta la *fertilidad* de los pastos, que si los bueyes no son quitados de donde paseen, revientan de gordos.⁵⁸⁹

*Hay por aquellos mares grandísimas ballenas, a semejanza de grandes montes*⁵⁹⁰. que trastornan e anegan las naves, si con el sonido de las trompetas e con el estrépito de vasos redondos vacíos, cebados en la mar, no son espantadas e detenidas (...)

*Hay*⁵⁹¹ por aquella mar *mucha* guerra entre los navíos de los mercaderes (...).

Pone asimismo una *muy grande* iglesia edeficada con huesos de pescados e ballenas marinas.

Pone muchas cavernas o cuevas, que usan los habitantes contra el frío, como aquellos que en África se esconden, (...).

*Pone*⁵⁹² ciertos caballeros armados (...).

Pinta un citarista o músico, sentado a par de la costa de la mar, tañendo una vihuela de arco, al son de la cual vienen muchos pescados por el agua, e aves, *por do se prueba que*⁵⁹³ en los confines de la tierra la música se estima e precia mucho, pues que alguna vez aplica a sí los peces e las aves.

(...)

Pinta un enano, en la parte o tierra llamada Gruntlandia, combatiendo con otro hombre de grande estatura, significando que allí hay hombres pequeñísimos ele cuerpo, pero pertinaces e de grandísimos ánimos.

(...)

(...) Este nombre Gruntlandia quiere decir arenosa tierra. Y en la parte que la isla de Islandia mira a Gruntlandia está un monte *altísimo* (...); en el cual *pone* este auctor un reloj en lo alto, con letras de plomo, por el cual se

⁵⁸⁷ Se siguen sucediendo las repeticiones del verbo “decir”.

⁵⁸⁸ Nótense las redundancias léxicas para comunicar la abundancia, la copiosidad. Adverbios, sustantivos y adjetivos valorativos trabajan en comunión en toda esta secuencia para afianza este tópico literario.

⁵⁸⁹ Véase la hipérbole en este enunciado.

⁵⁹⁰ La comparación contribuye a relacionar la grandiosidad de los elementos.

⁵⁹¹ Nótense la anáfora, con la reiteración del “hay” en los enunciados sucesivos como recurso enfático.

⁵⁹² La iteración persiste, con la anáfora del vocablo “pone” y con “pinta”.

⁵⁹³ Véase que el autor informa de que el godo “pinta”, pero es el cronista quien reflexiona que la “prueba” es concluyente.

gobiernan los que anclan por aquella mar, e se guardan de los escollos e bajos de Gruntlandia, que es mar peligroso mucho.

Así que, todo lo que es *dicho pinta* o *describe*⁵⁹⁴ muy bien este docto varón Olao Gotho en su primera tabla o parte de las nueve desta su geografía, con polido y elegante estilo; y en las otras ocho tablas pone otras *muchas e maravillosas cosas que yo remito a su tractado*”.

(...)

Concluyo, en que hasta nuestro tiempo no está escrito por auctor alguno (...), ni he oído *cosa de tanta admiración*⁵⁹⁵ como ésta (...) ⁵⁹⁶(*Historia*, 120, Libro XXXVIII, proemio, pp. 333-334).

De entre los relatos bañados en fantasía que merecen el crédito del autor, este es, quizás, el más integral. Y es justamente porque el proemio trae la rara particular de ser la única pieza narrativa que conforma este Libro XXXVI, que, además, clausura la II parte de la *Historia*. Estas poco más de cinco páginas de maravilla, fantasía e ingenua credulidad ponen de manifiesto la capacidad imaginativa de Oviedo y de sus contemporáneos, deudores aún de las creencias medievales. Un artístico broche, a la postre, propio de mundos literarios.

A propósito de unas notas sobre la **imaginación** histórica en tiempos de Colón, reflexionaba Manuel Durán sobre una cita de Alfred North Whitehead. El filósofo anglo-norteamericano había ensalzado la “excelencia de la mente humana” (Durán, 1984, p. 287) de los poetas, quienes, al dictado de las propias percepciones, maquillaban realidades, otorgándoles a estas sensaciones y “cualidades que no les pertenecen” (p. 287)⁵⁹⁷. Vivencia e imaginación, en el caso del rapsoda. “Experiencia al mismo tiempo histórica, real, y **artística**, inventada” (Durán, 1984, p. 294), en el del historiador del Nuevo Mundo. Y, por esta razón, apostillaba, de esta forma, Durán:

Allí donde Whitehead escribe “poetas” nosotros deberíamos también entender “historiadores”, y muy específicamente historiadores de Indias, cronistas, los narradores del descubrimiento y la conquista de América, los narradores de lo que con agudo juego de palabras, con deliberada

⁵⁹⁴ Oviedo emplea aquí el recurso retórico de la diseminación y la recolección. Tras sembrar por el texto los “hay”, “dice” o “pinta”, los recoge y los agrupa al final, a modo de recopilación.

⁵⁹⁵ La conclusión de Oviedo es clara: la materia narrada es digna de admiración,

⁵⁹⁶ Todas las cursivas son mías.

⁵⁹⁷ Escribía Whitehead:

Percibimos los cuerpos como si poseyeran cualidades que en realidad no les pertenecen, cualidades que son por cierto pura creación de la mente. Así, la naturaleza cobra el prestigio que en verdad debiéramos reservar para nosotros mismos: la rosa por su perfume, el ruiseñor por su canto, y el sol por su esplendor. Los poetas se han equivocado de medio a medio. Deberían dirigir sus poesías a sí mismos, y convertirlas en odas de felicitación por la excelencia de la mente humana. La Naturaleza es triste cosa, sin sonidos, sin olores, sin colores; es simplemente el rodar de la materia, sin fin y sin sentido (Citado en Durán, “Notas sobre la imaginación histórica y la narrativa hispanoamericana”, 1984, p. 287).

ambigüedad, Edmundo O ‘Gorman ha llamado *La invención de América*. Inventar es, etimológicamente, encontrar, y por tanto también descubrir. Pero es también, pura y simplemente inventar, en el sentido normal de la palabra hoy en día, es decir, construir en nosotros una realidad mental que poco o nada le debe a la realidad externa (Durán, 1984, p. 287).

Sabemos ahora de las desafiantes dificultades verbales de aquellos primeros testigos para comunicar la realidad americana recién descubierta y sabemos, asimismo, que ningún autor tiene sentido aisladamente, si no se establecen relaciones con su sentido histórico y, especialmente, con la **tradición**. Por ello, se debe aprehender a Oviedo en su contexto. Igualmente, ya sea para la continuidad o para la ruptura de esta última, “resulta harto difícil poder admitir que la creatividad surja de forma sólida al margen del dominio del ‘oficio’” (Aparicio, 2013, p. 86), recuerda Javier Aparicio, “esto es, de los artificios, trucos y ardidés aprendidos en la obra ajena a través de lecturas fructíferas” (p. 86) que “lleven en volandas, y formalicen y sustenten, las intuiciones propias” (p. 86). Como apuntaba Rafael Argullol, todo escritor “navega en un laberinto de influencias” (1999, p. 34)⁵⁹⁸, y en esa telaraña se hallaron inmersos también los cronistas-exploradores de Las Nuevas Indias Occidentales.

Es un hecho que el debate sobre la dimensión literaria de estos textos historiográficos indianos permanece aún hoy activo y candente, desde que irrumpieran las relevantes tesis de Frankl (1963)⁵⁹⁹, de Certeau (1975), Koselleck (1979)⁶⁰⁰, White (1992, 2003, 2010), Mignolo, (1981, 2005), Kohut (2005, 2007), Merrim (1982), González Echevarría (1984) o Beatriz Pastor (1983), entre otros, acerca de las relaciones entre la historia y la escritura.

La obra de Fernández de Oviedo se erige paradigma de esa hibridez textual, como campo exploratorio en el que cronista transforma “los modelos impuestos de acuerdo a las necesidades comunicativas del Nuevo Mundo” (Poderti, 1996, p. 22). La circunstancia americana, con su singularidad, demanda enfoques narrativos plurales; lo insta a un ensanchamiento de miras en su oficio de historiador. La crónica ovetense adopta, entonces, concepciones e instrumentos estéticos diversos, adentrándose en espacios de naturaleza, digamos, “literaria”. “El cruce de prácticas escriturales”, concluye Poderti,

⁵⁹⁸ Véase “Entrevista con Rafael Argullol” (1999).

⁵⁹⁹ Referimos a *“El Antijovio” de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la Contrarreforma y del manierismo*.

⁶⁰⁰ En su ensayo, este teórico de la historia analiza la relación entre la experiencia y las expectativas, y su expresión a través del lenguaje.

“desarticula los esquemas fijos y generan formas que se absorben entre sí” (1996, p. 22). Y en la *Historia*, el lector atiende a cómo “se tipifican las características discursivas que permitirán fusionar descripción, en el asombro y en la fantasía”, (1996, p. 22), a nuevas “configuraciones narrativas, en el relato de los hechos guerreros y las peripecias de viaje” (p. 22) y al proceso de subjetivización que sufre una crónica que alardea de objetivismo. Que se torna formalmente mucho más “literaria”.

No podemos negarle el buen derrame imaginativo que posee la *Historia*, pese a que Fernández de Oviedo, como tantos otros historiadores contemporáneos, se empeñará en diferenciar sus textos históricos -incardinados en la realidad y en la veracidad- de las fábulas (de la literatura):

Y en lo que yo no apuntare o diere señal de dubda, fielmente se me puede creer e haber por certísimo; que el César no quiere fábulas, ni yo las sabré decir, (...) que no hay necesidad de ficiones (...) (*Historia*, vol. 118, Libro X, proemio, p. 7).

Den, pues, los vanos sus orejas a los libros de Amadís y de Esplandián, e de los que dellos penden que es ya una generación tan multiplicada de fábulas (...) (*Historia*, vol. 118, Libro XVIII, proemio, p. 182).

Y tampoco podemos obviar la necesidad de “reconceptualización del término ‘literatura’ (...) en los ‘documentos’ coloniales” (Poderti, 1996, p. 22):

Cualquiera sea su valor historiográfico, esas formas escriturales pueden ser consideradas, en sus modos de producción, a través de ciertas estructuras discursivas que permiten valorar sus cualidades artísticas, sin caer en el modelo estético unilateralmente formal del vanguardismo, según el cual lo estético es algo opuesto a lo real y no de sus modos particulares de reflexión (Poderti, 1996, p. 22).

Sino que aunamos la voluntad historiográfica del cronista – su afán comunicador y verdadero- a la capacidad creativa e imaginativa de don Gonzalo. Ese último desbordamiento, que literaturiza la crónica, muestra la faz más ‘artística’ del cronista; desvela al historiador y al artista, desplegando todo su arsenal de escritura.

Unos *instrumenta*, incidimos, nucleares para la *narratio*, fundamentales, cuando la inefabilidad se acomoda y se interpone en la transmisión de aquellas inauditas materias, “porque los menos saben decir lo que ven” (*Historia*, vol. 120, XXXIX, proemio, p. 338).

2.2.2 EN LAS MALLAS DE LO BIOGRÁFICO

- 2.2.2.1 LA VOCACIÓN

“Cualquiera puede comprender que la historia no es sólo un relato, más o menos fascinante o aleatorio, del pasado, sin que importe quién está detrás de ese discurso. Importa y mucho”.

(Anna Caballé)⁶⁰¹

“Y viendo pasado por mí muchos trabajos y necesidades en diversas partes, (...) notando lo que vía y encomendando a la memoria e a la pluma todo aquello que yo quería que no se me olvidase (...)”.

(Oviedo, *QNE, III*)⁶⁰²

Toda la obra historiográfica de Gonzalo Fernández de Oviedo camina atrapada en las mallas de lo autobiográfico, incardinada en la narrativización de la propia experiencia, con una manifiesta voluntad de remembranza. Sin excepción, igualmente en la frondosa *Historia general y natural de Las Indias*, casi a modo de diario, se plasman las vivencias y memorias del escritor, que florecen y se enredan entre la materia indiana. Su crónica progresa, así, maleable al dictado vital de don Gonzalo, asida a las pulsiones, impresiones, éxitos y reveses que le depara la vida.

Ese **impulso vocacional** por contar y por contarse, además de férreo, es persistente; se prolonga a lo largo de su decurso existencial. Por ello, para el ensamble de su *puzzle* vital, son esos retazos autobiográficos, diseminados por el global de su obra, los más relevantes proveedores de piezas, los que nos suministran sustancial información sobre su apego innato a la escritura. Y, sin embargo, esas formas autobiográficas y experienciales, que se elevan como relevante vehículo para consagrar la verdad⁶⁰³ de la *Historia*, requieren, por parte del cronista, de sus matizaciones. Atendamos un momento a esta paradoja.

En su artículo sobre las narrativas del yo y del fundamento epistemológico de la escritura autobiográfica, Jirky y Pozo recuperan una cita de San Agustín que abre la reflexión respecto a la relación entre el yo testimonial y la verdad:

⁶⁰¹ Ana Caballé, “¿Dónde están las gafas? La biografía, entre la metodología y la casuística” (2011, p. 179).

⁶⁰² En *MGFO* (1974, II, p. 543).

⁶⁰³ La vivencia del sujeto legitima la autenticidad de los hechos, la acredita.

“¿Y de dónde saben, cuando me oyen hablar de mí mismo, que digo la verdad, siendo así que ‘nadie de los hombres sabe lo que pasa en el hombre, sino el espíritu del hombre, que vive en él?’ (San Agustín, 1932: 2, 62)⁶⁰⁴ (Jirku y Pozo, 2011, p. 10).

Según esto, ¿qué grado de veracidad se le debería otorgar a un historiador que sustenta parte sustancial de su escritura en materia ‘auto vivida’, cuando esta nace de percepciones e introspecciones, de la autorreflexión del hecho experimentado, según criterios personales? ¿Es objetivo su relato?

Oviedo, que es historiador tan riguroso como apasionado, y que se distancia de embrollos especulativos⁶⁰⁵, es muy consciente de lo que se trae entre manos. Por ende, toda su retórica va a ir encaminada a legalizar a su sujeto autobiográfico; es decir, va a tratar de convencer al lector de que su “relato retrospectivo (...) es estatuto de la verdad” (Jirku y Pozo, 2011, p. 12), y, además, que debe creerlo fehacientemente. Una prueba de fuego, mayúscula, para el cronista de Indias, y más cuando, en aquellos tiempos, se emparentaba el género autobiográfico con el literario⁶⁰⁶. Los Luciano⁶⁰⁷, Apuleyo⁶⁰⁸ o el anónimo autor del *Lazarillo*, -referentes, por entonces, de escrituras de vida- habían ya traspasado las fronteras de lo real para deambular en los terrenos de lo ficticio. Lides en las que, además, resulta relativamente fácil caer al narrar tantas hazañas épicas, -aventuras y desventuras propias de Amadis y Esplandianes, y también de Claribaltes- por tierras tan alejadas, insólitas y peligrosas como las indianas. De todo ello se desmarcará con empeño el cronista, quien centra todos sus esfuerzos retóricos en ratificar su apego a la verdad historiográfica, en reivindicarse como historiador verdadero -mimético, minucioso y objetivo-, y no como un mero fabulador de mundos ficcionales. Como asevera Valcárcel:

⁶⁰⁴ Refieren las autoras a *Las Confesiones de San Agustín* (1932) [versión española: P. Angel C. Vega]. 2 vols. Madrid: s.n.

⁶⁰⁵ Hace notar Valcárcel que Oviedo es más explorador de la materia, y menos especulador:

Si a Oviedo le hubiera alcanzado la vida para poder leer la *Historia natural y moral de las Indias* del padre José de Acosta, es casi seguro que, ceñudo, no hubiera aprobado el proceder ante la naturaleza indiana de Acosta, observador y, sobre todo, especulador de los fenómenos geofísicos que advertía en el Nuevo Mundo, frente a la actitud contemplativa del alcaide (1997, p. 323).

⁶⁰⁶ “El acto de escribir una autobiografía”, explican Aladro y Dabaco, “permite al autor reemplazar la realidad por una nueva ilusión ‘literaria’, seleccionando los detalles, los sucesos y los acontecimientos, (...) haciéndola verosímil para el lector” (2008, p. 28).

⁶⁰⁷ Autor de *El Gallo*.

⁶⁰⁸ Autor de *El Asno de Oro*, autobiografía ficticia que relata “una metamorfosis que termina en una conversión religiosa de su protagonista” (Aladro y Dabaco, 2008, p. 28).

(...) a mediados del siglo XVI, todo lo que se escribiera en primera persona era considerado por el público lector como obra de imaginación - aunque realista- que pertenecía al ámbito de la poesía, no al de la historia. Los cronistas (...), al utilizar la autobiografía, (...) corrían el riesgo de ser identificados como autores de relatos ficticios en primera persona, de ahí sus frecuentes protestas de que ellos no escriben fábulas, sino hechos reales. En términos de retórica, los cronistas autobiógrafos piensan -o mejor, intuyen- que, en las categorías de los *genera causarum* (defendibilidad), su caso cae dentro del *honestum genus*, mientras que el público lector lo adscribiría al *obscurum genus* (en el extremo opuesto) (Valcárcel, 1997, p. 417)

Los límites de la práctica historiográfica se amplían y difuminan en las crónicas de Indias, cuyo peligro más serio -sentido por los cronistas- es que fueran tomados como simples fabuladores. Contra esta amenaza deben permanecer en constante alerta (...) (Valcárcel, 1997, p. 427).

El caso es que la escritura de vida y de historia se hilan permanentemente en la pluma de Oviedo; de forma que su relato biográfico importa tanto o más al cronista que el de los otros personajes protagónicos que pululan en sus escritos. Y es tal esa tendencia, que incluso nos atrevemos a postular que la forma autobiográfica, que tan insistentemente asoma en la *Historia* como garante de verdad, es, ante todo, un ademán escritural innato -o sea, vocacional- de Oviedo. Que nace de sus entrañas de escritor, como una afección y afición narrativa, como una necesidad natural e imperiosa del sujeto por contarse, y que se evidencia desde sus más tempranos escritos.

Sea como fuere, los relatos autobiográficos requieren de habilidades discursivas persuasivas para empatizar con el lector, para su convencimiento. Como recuerda Martín Huertas, “la autobiografía necesita (...) de un lector que se ponga frente al escritor y acepte o no su pacto de verdad” (2022, p. 444), que asuma que el Oviedo de carne y hueso -el extratextual- y el de la *Historia* convergen en la misma identidad, y que dé por bueno “su compromiso con la verdad” (Martín Huertas, 2022, p. 444). De este modo, desde sus inicios, y hasta el final de la crónica, queda instaurado lo que en la década de 1970 Philippe Lejeune vendría a denominar el *pacto* de lectura autobiográfico, una especie de contrato de fe “en virtud del cual el lector establece espontáneamente una relación de identidad entre autor, narrador e, incluso, personaje a través de la forma discursiva *yo* y la firma” (Antonio Garrido, 2009, p. 675)⁶⁰⁹.

⁶⁰⁹ En “El texto narrativo. El narrador”, añade Antonio Garrido que:
el intento de Lejeune constituye uno de los esfuerzos más importantes realizados con vistas a reintroducir al autor en el ámbito del texto narrativo, puesto que el que dice *yo* en el relato

Magna firma, por ende, porque asienta en la obra los cimientos de esa escritura “de vida” y, por consiguiente, como señala Sánchez Zapatero, “se convierte en el nexo de unión entre lo textual y lo extratextual” (2010, p. 10), entre el testimonio escrito y lo vivido por el hombre Oviedo. Y, así, en tanto la reivindicativa rúbrica es “*nombre* del autor sobre la portada” (Lejeune, 1994, p. 64)⁶¹⁰, el lector da por verdadera esa confluencia identitaria, presto a recorrer el Nuevo Mundo de la mano de don Gonzalo, observador incansable, compulsivo acumulador de datos⁶¹¹ y con una “afición a la escritura fuera de lo común” (Valcárcel, 1997, p. 323). Una “verdadera vocación historiográfica” (Valcárcel, 1997, p. 400) comprendida por este filólogo como una pasión ovetense, como un acto de “gozo”:

Si tenemos en cuenta la enorme cantidad de obras historiográficas que compuso por iniciativa personal, nos damos cuenta de que, en realidad, Oviedo *es un escritor impenitente que goza con la práctica historiográfica*⁶¹². La afición, pues, se ve reforzada por su rimbombante nombramiento de cronista oficial (Valcárcel, 1997, p. 396).

Casi en consenso, los estudiosos reiteran su consideración de que, para entender el trazo de la *Historia natural y general*, es preciso apresar la significación de este personaje central de “la temprana historia de las Indias” (Otte, 1977, p. 123) en su contexto indiano; que, para una investigación proteica de la historiografía ovetense, es fructífero el ocuparse en descubrir las relaciones, las actividades y los intereses que movieron a este singular actante que despuntó en el Nuevo Mundo también por su relevancia política, económica y empresarial.

En el célebre artículo “Oviedo a media luz”, Avalle Arce reconocía que para iluminar “la obra extraordinaria de ese madrileño sin par” (1980, p. 151) había que replantearse “de nuevo toda la panorámica de la vida intelectual de Oviedo, y, como es

-sea el narrador o el personaje- es al mismo tiempo el que *vive* realmente en el mundo objetivo, el que cuenta su vida y el que ha protagonizado determinados acontecimientos (2009, p. 675).

⁶¹⁰ Para Lejeune,

el pacto autobiográfico (...) nos envía en última instancia al nombre del autor sobre la portada. Las formas del pacto (...) manifiestan la intención de hacer honor a su *firma*. El lector podrá poner en entredicho el parecido pero jamás la identidad. Sabemos muy bien la manera en que cada uno se aferra a su nombre (1994, p. 64).

⁶¹¹ La fidelidad informativa de Oviedo se cristaliza en la suma de lo vivido y en “el atinado celo por documentar desde diversos puntos de vista los acontecimientos de que no fue testigo” (Pérez de Tudela, *Historia*, vol. 117, p. CXLVI).

⁶¹² La cursiva es mía.

bien sabido, esta no siempre es fácilmente desligable de la vida física” (p. 151). E insistía también el filólogo argentino en sopesar, al leer la *Historia*, las “relaciones recíprocas entre imperio, soberano y vasallos, todo encuadrado dentro del marco del humanismo cristiano, que pronto tornasola toda la obra de Oviedo” (Avalle Arce, 1980, p. 150).

En la misma línea, incidía Hernández Sánchez Barba en lo proteico de un acercamiento a la mentalidad del hombre-Oviedo para la comprensión de su intelectualidad y su vocación cronística:

(...) que nos muestra la capacidad de la experiencia vital de un intelectual, iluminando la profunda conciencia de una ‘intimidad nacional’, expresión cierta de un profundo e importante nacionalismo expresado en la fantasía, realidad histórica e instancia moral (1982, p. 52)

Por esta razón, resulta fundamental un escrutinio biográfico con el fin de capturar cómo “paulatinamente Oviedo sube los peldaños de la escala social” (Otte, 1958a, p. 10) y cómo consigue aproximarse a insignes personalidades de su época; qué relevancia adquiere, para su oficio de escritor-cronista, “‘la senda de servicio’, que sería la vocación principal de su vida” (Otte, 1982, p. 32) -o, más bien, la vía más plausible de ascenso y progreso- y de qué modo traspasa a su escritura cronística recuerdos dignos de encomio, maravillas indianas asombrosas y, también, la decepción acarreada de fracasos personales e imperiales.

A propósito de su edición del *Sumario*, José Miranda retrataba a Fernández de Oviedo como “hombre de acción” (1950, pp. 7-45): curioso y perseverante, con don de gentes y, lo más relevante, “narrador de vocación” (Miranda, 1950, p. 42). Sustentaremos, por consiguiente, nuestra breve semblanza biográfica fundamentalmente en estas definiciones etopéyicas, hurgando en las entrañas intelectuales ovetenses y en su proclividad hacia la escritura; explorando el *leiv motiv* de esa vocación que determinó toda su existencia. Todo con la pretensión de reconstruir, de forma escueta, su forja de escritor, de cronista oficial de Las Indias.

Cabe señalar que, para el caso de Fernández de Oviedo, esta exploración “biográfica y caracterizadora” no obedece a un capricho banal del investigador, ni es asunto baladí. La apasionante personalidad de Oviedo explota sin disimulos en la escritura, transvasando e impregnando sus textos de “fervor aristocrático, caballeresco y cortesano” (Ezquerro, 1982, p. 25), de espíritu oportunista, devoción religiosa o

sentenciosa intransigencia, elementos que coloran de dogmatismo y moralidad su narrativa histórica. Que determinan la trama narrativa y la retórica discursiva.

La afición por retratar al autor, además, viene de lejos y sentencias como la del crítico francés Sainte-Beuve⁶¹³ (“puedo disfrutar de una obra, pero me es difícil juzgarla sin conocer al hombre mismo”⁶¹⁴) cobran aún más especial significación en la labor que nos ocupa. La compleja personalidad de Oviedo, su acomodo en los márgenes de esa escritura entre lo público y lo privado –“*inbetween*, que denomina Sampedro (2000, p. 384)- y los plurales roles que desempeñó *in situ*, en Las Nuevas Indias Occidentales, mientras zurcía su profusa crónica, instan al merodeo de lo biográfico, cuando es el propio autor quien nos sumerge constantemente en sus mundos vitales.

Don Gonzalo es ese historiador que, sin escribir una autobiografía (¡y sin mucho menos desearlo⁶¹⁵!), “recreó un generoso catálogo de estrategias textuales para integrar, de alguna manera, su vida en su obra” (Sampedro, 2000, p. 384). Es un escritor carismático, de encendida prosa y obstinado carácter, que no deja impasible al lector. Sitos en las antípodas de aquel célebre verso machadiano, huelga decir que no cruza Oviedo los mares “ligero de equipaje”⁶¹⁶. Muy al contrario, en sus arcones, además de la armadura y la pluma, carga con férreos ideales, anquilosados valores y con sus múltiples vidas: la de aprendizaje cortesano, en la casa del duque de Villahermosa o cerca de los Reyes Católicos sirviendo al malogrado Príncipe don Juan; la de sus correrías e intrigas por Italia, al lado de gentes principales (en el Milán de Ludovico Esforza, la Mántua de doña Isabel de Aragón, en los círculos del inquietante César Borja, , junto al desdichado⁶¹⁷

⁶¹³ La defensa sainte-beuveiana de la biografía vinculada al quehacer literario tendrá recorrido en la escuela formalista rusa.

⁶¹⁴ Sainte-Beuve, *Nouveaux Lundis*, 22 de julio de 1862; extraído de Dosse (2007, p. 81).

⁶¹⁵ Nos recuerda Valcárcel que, aunque la autobiografía se estableció como “modelo de comunicación historiográfica” (1997, p. 416) entre los cronistas de indias, lo autobiográfico se vinculaba al “género literario” (p. 417):

a mediados del siglo XVI, todo lo que se escribiera en primera persona era considerado por el público lector como obra de imaginación -aunque realista- que pertenecía al ámbito de la poesía, no al de la historia. Los cronistas, al igual que Lázaro de Tormes, desean narrar su caso (...). Sin embargo, al utilizar la autobiografía, (...) corrían el riesgo de ser identificados como autores de relatos ficticios en primera persona, de ahí sus frecuentes protestas de que ellos no escriben fábulas, sino hechos reales” (Valcárcel, 1997, p. 417).

⁶¹⁶ Rememora esta expresión al célebre verso machadiano del poema “En tren”: yo, para todo viaje (...) /voy ligero de equipaje” (Antonio Machado, *Campos de Castilla*, 1989 [17ª ed. 2009], pp. 130-131).

⁶¹⁷ Recuerda Fernández de Oviedo:

Y el año de 1500, después de que en Roma estuve (...), me fui a Nápoles donde serví en la cámara del serenísimo e infelice rey don Federique, que en gloria está, del cual fui muy bien tractado. (*Quincuagena* III, Est. 23), en Avalle-Arce, *QNE* (1974, vol. II, p. 544).

rey Fadrique de Nápoles, la reina Juana, alias Joven⁶¹⁸, o el Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en Palermo⁶¹⁹); la del Gonzalo enamorado⁶²⁰ y desconsolado viudo de la bella doña Margarita de Vergara; la vida al servicio de la casa ducal de Calabria, su estimado Señor *sine die*; o, la de protegido también por Fray Diego de Deza, la de sus vivencias como Notario de Público y Secretario del Consejo de la Santa Inquisición y luego Escribano Público de Madrid.

Dejando atrás a príncipes, *condottieris*, caballeros y prelados, a su medianía de edad y con una personalidad muy definida, pesa tanto ese accidentado tejido vital como sus afanes de medro. Y todo ello determinará su camino profesional, tal y como señala Ballesteros:

Es nuevamente el correr de sucesos ajenos el que marca la ruta de Oviedo (...) que se mueve al compás del oleaje social, político e histórico de su tiempo. Esto es lo que debemos tener bien presente ahora, al enjuiciar los primeros treinta y cuatro años del futuro cronista. Será este flotar en las aguas que otros mueven lo que le hará tomar la decisión de ser el propio decididor de su destino, a partir de 1512 (...). Y de este modo, como si una preparación especial hubiera determinado su paso por Italia, Oviedo regresa (...) con experiencias de cómo es el mundo, y con un cúmulo de aprendizajes que completan lo que su despierto espíritu ya había captado en las cortes peninsulares, (...) dispuesto para que el nuevo veedor y escribano general pudiese rendir totalmente todo su valor en las Indias (Ballesteros, 1981, p. 88).

Un enrevesado carácter de contrastes, por ende, definen al hombre-Oviedo y caracterizan, asimismo, al escritor. Claroscuros que retratan a ese individuo “todavía medieval” (Pérez de Tudela, 1957, p. 393) y, a la par, afín a los nuevos efluvios renacentistas; a “un hombre encasillable en esa Edad ... entre pétalos y granitos” (p. 393), que aúna “rudezas hirientes” con sensibles y delicadas sutilezas (1957, p. 393). Que aviva

⁶¹⁸ Oviedo se hace cargo del guardarropa y acompaña en su viaje a la reina Juana -hermana del rey don Fadrique, sobrina del Rey Católico y “muger que avie seydo del rrey Fernando segundo alias dicho el Joven” (*Quincuagena* III, Est. 23), en Avalle-Arce, *QNE* (1974, vol. II, p. 545)-.

El recorrido lo lleva primero a Sicilia, luego a Palermo y, finalmente, a España. Durante esos diez meses, permanecerá al servicio de esta reina, que perdió a su esposo en 1496.

⁶¹⁹Tras la coincidencia en Palermo con Fernández de Córdoba, se le ofrecerá a Oviedo la Secretaria del Gran Capitán durante sus gestas por Italia. Se le abren nuevamente las puertas para “servir a otro señor de España”, aunque la empresa se frustra “cuando el glorioso soldado hubo de volver a su retiro” (Ballesteros, 1981, p. 78).

⁶²⁰“E me casé”, cuenta Oviedo en su senectud, “más mancebo e con menos hazienda que fuera menester, pero con buena muger e hermosa e a mi grado” (*Quincuagena* III, Est. 23), en Avalle-Arce, *QNE* (1974, vol. II, p. 545).

su *Historia* con arrebolada verborrea y colérica escritura, y que la impregna de “sensibilidad artística” (García Sáiz, 1982, p. 65) y de “intuición poética”⁶²¹ (Orjuela, 1992, p. 140). La habilidad literaria se imprime en esas inserciones autobiográficas, gestadas sin sobresaltos, derramadas de forma casi inadvertida. Y, así, la escritura de vida irradia en todas direcciones y con múltiples fines, con el yo reflexivo y ensimismado que cavila sobre lo que ha vivido, visto y hecho. En todos esos momentos en que el autor decide traspasar el umbral de la historización de vidas ajenas para varar en la propia, la prosa se ilumina de recuerdos y sentimentalismo. De emocionalidad. Una inmersión memorialística que retrotrae la nostalgia o el gozo, la vanidad o el sarcasmo, el humor, la devoción, el lirismo o cualquier otro estado del ánimo derivado de lo evocado. Y la *Historia*, además de general, natural, política o moral, se torna también en “historia de las

⁶²¹ Además del lirismo con el que adereza sus descripciones, asoma en la *Historia* su vocación de poeta. Orjuela (1992, p. 161) recuerda que al inicio de la edición corregida y enmendada de *La historia general de las Indias agora nuevamente impresa* [Junta de Salamanca, 1547, s. p.] rezan estas décimas dirigidas al Emperador:

Cuando vuestra magestad
Niño començo a reynar
dexávase gobernar
conosciendo ser su edad
tierna para sentenciar
(...)
Y en comenzando a regir
puso el reyno temeroso
y justamente amoroso
porque començó a sentir
Rey severo y piadoso:
Que en la gran seueridad
junta está con la piedad
porque la seuera mano
con castigar al tirano
pone al pueblo en libertad”

Por mucho afán versificador, no ha despuntado, no obstante, don Gonzalo como poeta. Ni los versos de su producción cronística, ni los que recogen su *BYQ* o su *QNE* convencieron ni convencer a los estudiosos. Son numerosos los investigadores, entre ellos Avalor-Arce, que han considerado a Oviedo “poeta mediocre y muy prosaico” (Orjuela, 1985, p. 284).

Aclara Héctor Orjuela que:

“la verdad es que los versos de nuestro autor han sido objeto del total rechazo por parte de la crítica que unánimemente los considera muy inferiores dentro del conjunto de sus escritos y los condena por su insulso prosaísmo, banalidad y pobreza estilística” (1992, p. 149).

Empero, este académico colombiano reivindica que “debe (...) enjuiciarse en su justa medida su curiosa poética y la importancia que el verso tiene en la obra del veedor” (Orjuela, 1985, p. 284), concluyendo, que

estos juicios condenatorios se justifican teniendo en cuenta la forma imperfecta y fragmentaria en que su obra poética ha llegado hasta nosotros y el papel secundario que los estudiosos le atribuido al contenido en verso de las *Quinquagenas*, libro fundamental para conocer la contribución de Oviedo a la poesía (1992, p. 149).

emociones”⁶²². En historia de las conmociones anímicas ovetenses, y en la historia de su vocación de escritor.

A esta última historia interpelamos, en nuestra breve semblanza. Con la pretensión de capturar su diamantina esencia de escritor, examinamos la inclinación innata de Oviedo por atesorar su prodigiosa memoria en trenzados de fina orfebrería caligráfica, y rastreamos las flamas que avivaron ese incandescente tesón por contar Las Indias.

Una indagación, por consiguiente, sobre la “índole personal de Fernández de Oviedo” (Laín, 1979, p. 29) y “su calidad de hombre del **Renacimiento**” (p. 29), en aras, siempre, de una mayor comprensión de esta compleja crónica. Eso sí, un recorrido por el trasunto vital del historiador que se impone necesariamente parcial y focalizado en alumbrar **esa vocación** que parece tener orígenes muy tempranos y que se apagaría casi con su último latido.

- 2.2.2.2 UNA ACTITUD INTELECTUAL

“Fueron sus cualidades intelectuales⁶²³, su modesta profesión de escribano- que él tanto procuraría disimular en la

⁶²² Considera María José de la Pascua:

Hasta fechas recientes, los historiadores habían prestado escasa atención a la historia de las emociones y han sido psicólogos, antropólogos y sociólogos, los que han marcado la pauta a la hora de abordar los temas fundamentales que deben conducir su estudio. Hoy, en cambio, hay un interés general, especialmente entre los historiadores de lo social y lo cultural, (...). Así sucede con un texto fundacional de la historia cultural y pionero en el análisis del tema de las emociones como es *El otoño de la Edad Media* (1919) de Johan Huizinga, estudio en el que las emociones dan tono a la época que se analiza y constituyen fieles indicadores del cambio histórico. (...). Aunque estemos lejos de tener una teoría clara sobre cómo funcionan las emociones (...), sí sabemos que imágenes y palabras constituyen los vehículos de percepción del mundo (2014, pp. 85-86).

⁶²³ A propósito del término “intelectual”, Aurelia Valero, biógrafa (2015) del pensador y escritor José Gaos, nos explica su evolución semántica con el correr de los siglos.

En su ponencia “La biografía intelectual: presupuestos y perspectivas” (2019): (<https://youtu.be/MwGuYpqD8Cg?feature=shared>), la investigadora afirma que, en su origen, éste es “un adjetivo perteneciente al espíritu, al intelecto, pero es sólo desde el siglo XX que se empieza a utilizar como un sustantivo para referirse a ciertas personas dedicadas de manera exclusiva al pensamiento; es decir, a la acción a partir del pensamiento y de la palabra”.

Quiero matizar que apresamos, en este trabajo de investigación, el término desde un sentido más amplio; prendemos la ‘intelectualidad’ de Oviedo en tanto actitud de entendimiento activa; intelectual también en la medida de que se torna agente activo dedicado a cultivar y formular ese conocimiento adquirido. Como propugna Valero, es de esta forma que el abanico de la intelectualidad se ensancha, incluyendo ya no sólo a los profesionales del pensamiento, sino también a cualquier otro personaje implicado en la transmisión del saber.

Ahí incardinamos a este escritor del Renacimiento, al cronista Fernández de Oviedo y Valdés, que por su “intelectualidad” frente al conocimiento -por su capacidad de observación y su valía como transmisor de saberes- merece la denominación de “humanista”.

medida que le fue dado-, su curiosidad, su laboriosidad (virtudes modestas aisladamente, si se quiere) las que le permitieron dar ese salto por encima del tiempo, tan perseguida, y tan pocas veces lograda, que se llama la Gloria y la perdurabilidad”

(Manuel Ballesteros)⁶²⁴

“(…) y su grandeza de ánimo llevaba su obstinación nunca vencida a resultados que se creían antes imposibles”

(Plutarco, *Vida de Alejandro*)⁶²⁵

“(…) pues naturalmente todo hombre desea saber, y el entendimiento racional es lo que le hace más excelente que a otro ningún animal; y en esta excelencia es semejante a Dios en aquella parte que Él dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”

(Oviedo, *Historia*)⁶²⁶

Ya en la Antigüedad defendía Plutarco en sus *Vidas paralelas* que “no escribimos historias, sino vidas” (Ribas, 1982, p. 25)⁶²⁷; que la esencia humana importa y que, como pintores captando “la índole y el carácter” (1982, p. 25) en la pupila del retratado, cabría dibujar cada vida recalando en el *ethos*:

Qué es un hombre por su nacimiento, de qué medios dispone por su índole y ambiente al partir para la prestación a que está llamado, cuáles adquiere por educación, cómo usa de unos y de otros, cómo compensa defectos y aumenta virtudes, hasta qué punto triunfa o fracasa en esto... (Carles Ribas, 1982, p. 18)⁶²⁸

Unos siglos después, cuando estaba muy candente la controvertida apuesta de Giovanni Pico Della Mirandola (1463-1494) por la dignidad del hombre y el intelecto humano⁶²⁹, el gran Leonardo Da Vinci (1452-1419), figura epígono del Cinquecento y

Véase Aurelia Valero, “La biografía intelectual: presupuestos y perspectivas” (@Index: explorando autores y lecturas, organizado por la Biblioteca Nacional de Maestros y Maestras, Ministerio de Educación de Argentina, celebrada el 4 de diciembre de 2019).

⁶²⁴ Ballesteros (1981, p. 243).

⁶²⁵ Plutarco, *Alejandro y César. Vidas paralelas* (1982, pp. 56-57).

⁶²⁶ *Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 7.

⁶²⁷ Remitimos a “Vida de Alejandro, I”, *Alejandro y César (Vidas paralelas)*, 1982, p. 25.

⁶²⁸ “Prólogo”, Carles Riba, *Alejandro y César (Vidas paralelas)*, p. 18.

⁶²⁹ En su “Estudio preliminar” a la obra del filósofo, Silvia Magnavacca (2008) comenta la *Oratio de hominis dignitae* desde un enfoque filosófico. Subraya la estudiosa que “lo decisivo en el *Discurso* es la exaltación del hombre fundada en el libre albedrío” (Magnavacca, 2008, p. 12), una libertad que hace “que

del que se vanagloriaba tanto conocer Fernández de Oviedo⁶³⁰, incidía en la capacidad reflectaria de la obra, capaz de delatar al autor. Concebía este intelectual renacentista que la mimesis debía ser “sabia” (Sigmund Méndez⁶³¹, 2013, p. 82), aliadas siempre teoría y práctica en todo proceso creativo; que la maestría no era algo “mecánico, sino mental” (Sigmund Méndez, p. 82), al que no le faltaba su calado fantástico⁶³². Y se postulaba como un artista visionario, porque no solo evocaba, sino que descubría nuevas formas, en tanto:

un *homo videns* como *homo imaginans*, el que atesora líneas y colores del mundo y que es capaz, desde su visión y su saber interiores, de aprehender las formas de la naturaleza y emularlas a través del arte (Sigmund Méndez, 2013, p. 97).

En consecuencia, aseveraba el maestro italiano que en cada obra se retrataba a sí mismo; que incluso en sus minúsculas genialidades residía parte de su ser, y que, por tanto el suyo era “un arte intelectual, el resultado de grandes reflexiones, y no una espontaneidad intuitiva y sentimental” (Montes de Oca, 2017, p. 26).

cada uno sea artífice de su ser” (p. 12) y que le permite a cada persona co-crearse sobre la base de la Creación Divina” (p.12). De este modo, “cada hombre se autodetermina como ser vegetativo, animal, intelectual o angélico, según la dirección en la que elija definirse, es decir, según lo que su alma decida ser” (p. 172). En palabras de Pico:

Así, pues, a todas las demás creaturas le son dadas, de una vez para siempre, su ser y su consecuente obrar; sólo el hombre puede y debe, en un sentido u otro, hacerlos suyos, precisamente mediante el ejercicio de su libertad (Magnavacca, 2008, p. 167).

Por consiguiente, es el hombre quien decide cómo, “a lo largo de su existencia, ha de ir esculpiendo su propio perfil a través de las elecciones que resultan de tal albedrío” (p. 167). Lo más relevante es que, aunque este “opera sobre una suerte de bloque de mármol originario en el que cada uno realiza su propia escultura”, todo “se articula sobre la base de su inteligencia y su voluntad” (Magnavacca, 2008, p. 67). Véase Silvia Magnavacca, “Estudio preliminar” a *Discurso sobre la dignidad del hombre. Una nueva concepción de la filosofía* (2008, pp. 11-183).

En <https://es.scribd.com/document/378747392/Pico-Della-Mirandola-Discurso-sobre-la-dignidad-del-Hombre-pdf>

⁶³⁰ Sobre la coincidencia espaciotemporal entre Oviedo y Leonardo, aclara Avalor-Arce (1989):

Oviedo estuvo en Milán en los últimos momentos del gobierno del Duque Leodovico Sforza, Il Moro (1499) (...). En cuanto a Leonardo Da Vinci, éste estuvo en Milán desde 1483 hasta la caída de Lodovico Il Moro, y esos años constituyeron un periodo capital en la vida del artista, como lo atestigua la pintura de La última cena, por lo pronto (*BYQ*, 1989, p. 105, nota a pie 108).

⁶³¹ Para el estudio de la intelectualidad del pintor, véase Sigmund Méndez, “Reflexiones teóricas de Leonardo da Vinci sobre la ‘fantasía’, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 35(103), (2013), en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-12762013000200003&lng=es&tlng=es.

⁶³² Sobre esta faceta fantástica del pintor, opina Sigmund Méndez que “según muestran sus apuntes teóricos, Leonardo (...) no evadió destacar su capacidad ‘imaginaria’ e innovadora, donde la *phantasia* trasciende el *status* presencial del *sensus communis*” (pp. 90-91).

Nos trae a la memoria el estudioso una cita del *Libro di Pittura* (§ 13, 138 [ca. 1490-1492]) de Da Vinci que pone de manifiesto esa inclinación del artista:

Si el pintor quiere ver bellezas que enamoren, es señor para generarlas, y si quiere ver cosas monstruosas que espanten, o que sean bufonescas y risibles, o verdaderamente compadecibles, es él señor y dios” (Méndez, 2013, p. 91).

Sobre estas concepciones había deparado, presto y con apetito artístico, el joven Oviedo durante su estancia itálica, antes de embarcarse a las Américas. Recuerdos que calarían en su estética, y que volvían en su senectud para referirlos de este modo en sus *BYQ*:

- ALCAIDE. Así me maravillo yo (...) que penséis que he yo de tener en más la pintura que no veo de ella sino las palabras de los que la loan e ensalzan, que la que mirándola me parece tan propio lo que representa, viendo por la experiencia que ordinariamente todos los artes crecen e se aumentan e se perfeccionan con el uso y ejercicio, y que el tiempo no les niega cosa que se les pueda conceder para más gloria suya. Decía Leonardo de Avinçi [al margen: Leonardo de Avinçi], pintor excelente que yo conocí en casa del Duque de Milán Ludovico (que perdió aquel estado), que la excelencia del (...) pintor consistía, *demás de entender muy bien su arte e medidas, que fuesen de las que muchos las deseasen, e que él desease que sus cosas pintadas pareciesen de mucho relieve. E esto no podrá ser sin saber usar bien de los colores, e que sin fin sea [tres o cuatro palabras ilegibles] más que dineros, e que demás de ser [tres o cuatro palabras ilegibles] bien leído e amigo de la ciencia*⁶³³, porque lo uno [una palabra ilegible] sea grato a los que entienden. Porque es más seguro de quitar los errores de la mente que [una o dos palabras ilegibles] los detalles donde se han pintado (Batalla II, Quinquagena I, Diálogo 5, *BYQ*, ed. Avalle-Arce, 1989, pp. 105-106)⁶³⁴.

Esta secuencia dialogal del alcaide alberga en su seno los presupuestos que el cronista considera esenciales para lograr la excelencia artística. Cual manifiesto, Oviedo alega que, “demás de entender muy bien su arte e medidas”, y perfeccionarlas con “el uso y el ejercicio”, el artífice tiene que lograr que la obra resulte atractiva (“que muchos las deseasen”) y desear, asimismo, que ésta tenga “mucho relieve”. Conocimiento teórico y práctico, ingenio, amena eficacia (no solo que la entiendan, sino “que sea grato a los que entienden”) y mucho tesón parecen ser las claves que llevan a la perfección de cualquier arte. El artista, por ende, para Fernández de Oviedo debe ser una persona facultada y sabia, un intelectual, en su plena acepción de individuo “dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y las letras” (RAE: <https://dle.rae.es/intelectual>). Alguien que sea “bien leído e amigo de la ciencia”.

Mucho se le ha reprochado a Oviedo su falta de formación, cuando “la mayoría de los cronistas no tuvo acceso a una cultura superior” (Valcárcel, 1997, p. 395). Muy

⁶³³ La cursiva es mía.

⁶³⁴ Tal y como se anticipó, hemos modernizado aquí la grafía del texto.

consciente de esas carencias, el historiador suple esas lagunas con un trufado aparato de citas que evidencien su sapiencia, que todo buen escritor debe ser buen lector. Mas no hay engaño absoluto en este alarde, que el privilegiado Oviedo ha bebido su dosis de humanismo en sus incursiones por la Italia renacentista, cruzándose con insignes y doctas personalidades del Cinquecento, y teniendo a su alcance “la lectura de historiadores, tratadistas, poetas, etc. (...), lo cual le imprimió una honda huella en su carácter y su formación intelectual” (Valcárcel, 1997, p. 399). En verdad, buena retribución le dispensa su andadura por las cunas renacentistas: no solamente “la presencia de Italia se advierte a cada paso en los escritos del cronista” [Gerbi, 1978, 179]” (Fabregat, 2003a, p. 69), sino que “durante aquel trienio, Oviedo aprenderá el toscano y adquirirá una biblioteca personal que le acompañará hasta el fin de sus días, allá en la fortaleza caribeña de La Española” (Fabregat, 2003a, p. 69).

Si algo define a Oviedo es, desde luego, su infatigable actitud intelectual, que se devela en sus desempeños de escritor. Su desbordante afición a la escritura (Giuliani, 1991, p. 59) es irrefutable; tan hiperbólica, que ha sido definida como “embriaguez de pluma” (Pérez de Tudela, 1959, vol. 117, p. CCIX). Empero, son sus habilidades “científicas” de observador -innatas y admirables- y su modo minucioso de traspasar al papel esa naturaleza y etnografía americana los que autentifican su “entendimiento de lo indiano”, su intelectualidad. Hemos de hacer hincapié en que, por mucho que el historiador apelara en sus escritos al común de los lectores, Oviedo escribía para los intelectuales europeos (Gierich Carvajal, 2005, pp. 50-53) y, por ello, sus criterios metodológicos imbrican el paradigma científico de la Antigüedad y la autenticidad de sus observaciones personales (Gierich Carvajal, 2005, pp. 50-53). Defiende Myers que “los ojos juegan un papel importante en nuestra inteligencia de estas cosas” (Myers, 2007, p. 65-66), siempre que ese “ver” sea intelectual (Múgica, 2008, p. 448). Este es el proceder del cronista, quien “a camino entre el observador y el especulador” (Valcárcel, 1997, p. 321), contempla y aprehende la Natura con un ver que es mirar, con ese ver activo “que interpreta viendo y ve interpretando” (Múgica, 2008. p. 448).

“La actitud intelectual de Fernández de Oviedo es especialmente abierta y moderna en sus observaciones”, asevera Ladero, debido a “las dotes de observación que tiene y a la precisión descriptiva” (2010, p. 333). En la misma línea, Valcárcel enfatiza,

como “rasgo propio de mentalidad renacentista” (1997, p. 319), esa especial facultad del cronista para pintar Las Indias. “Oviedo se nos presenta como un enamorado del mundo” (1997, p. 319), alega el filólogo, como “atentísimo contemplador” (1997, p. 323) de la Natura que acabará convirtiéndose en “uno de los más completos geógrafos e historiadores naturales de entre los cronistas del siglo XVI” (p. 323). Y elogia con estas palabras la meritoria aportación del cronista a la historia natural:

Desde luego, Oviedo realiza la más amplia exposición cualitativa y cuantitativa sobre ciencias naturales y geografía (física, sobre todo) que sobre las Indias se realizaron en el siglo XVI. (...) La pintura -según el propio Oviedo gusta de decir- que realiza de la geografía física del continente americano, de su flora y de su fauna es sorprendentemente extensiva. En clave descriptiva, trata de apresar en sus palabras la figura y particularidades, junto con su utilidad humana, de los animales y plantas objeto de observación y desconocidos en la tradición occidental. Su curiosidad es insaciable y su determinación de escribir todo lo que sobre las Indias llega a su conocimiento resulta una decisión inquebrantable (Valcárcel, 1997, p. 321).

También, por otros motivos, es esa faceta de empirista y “pintor” de la naturaleza indiana la más sobresaliente. Y es que es esta la que en vida le reporta más glorias “intelectuales”. Recordemos que es con la publicación del *Sumario* (1526) -“traducido, como testimonia el mismo Oviedo, al italiano, francés, griego, latín, alemán, árabe y turco” (Ladero, 2010, p. 327)-, que se siente el cronista integrado en ese selecto grupo de científicos e historiadores que regentaban los Ramusio, Frascatoro, Pontano o Sannazaro y que sentían tanta avidez de conocimiento por la naturaleza del Nuevo Mundo.

Como manifiesta Kathleen Ann Myers, el relato que Fernández de Oviedo edifica de Las Indias se cimenta en dos robustos pilares: transmitir la novedad particular de aquellos territorios a quienes nunca la vieron y, en simultaneidad, sustentar sus argumentaciones sobre un conocimiento empírico y veraz -es decir, en su incuestionable papel de testigo ocular⁶³⁵-. Elemento este, sin duda, imprescindible para su sacro y católico rey de las Españas y de las dos Sicilias⁶³⁶, quien, desde la distancia, debe

⁶³⁵ Atestada está su *Historia general* de sentencias que reivindicaban su condición de testigo de vista, pues “con menor auctoridad enseña el que habla las cosas que oyó, quel que dice las que vio” (*Historia*, vol. 117, Libro II, cap. VII, 29); que “ni el ciego sabe determinar colores, ni el ausente así testificar estas materias como quien las mira” (*Historia*, 117, Libro I, proemio, 9).

⁶³⁶ Loa Oviedo como leal súbdito y cristiano al Emperador Carlos V que “entre todos los príncipes que en el mundo se llaman fieles y cristianos” y “sólo Vuestra Cesárea Majestad al presente sostiene la católica religión e Iglesia de Dios, e la ampara”, porque “en la verdad, no creo que se pueden decir tales los que

propugnar unas leyes justas para administrar adecuada y provechosamente el Nuevo Mundo y, asimismo, requisito necesario para que el lector de la *Historia* “contemple” con los ojos de Oviedo esas gloriosas maravillas americanas por las que alabar a Dios⁶³⁷. “Tanta variedad de secretos” (*Historia*, vol. 117, Libro VI, proemio, p. 142) celebra nuestro cronista en su VI libro de depósitos o “depositario” (p. 141), por la que “dar gracias a Nuestro Señor, y para quedar admirado” (p. 142); tanto misterio de la Natura “personalmente visto e experimentado” (p. 142), y que, “aumentando la república de Jesucristo, nuestro Redemptor, y sirviendo al Emperador” (p. 142) notificará con minuciosidad en su crónica, “entre tanto que el sol me tura”⁶³⁸ (*Historia*, vol. 117, Libro VI, proemio, 142).

De este modo, lo resume Myers:

Histories of the period began to tend toward particularity and relativism yet did not abandon a *Christian framework* or worldview. Along with the lively debates about *the essence of truth, fiction, and history* at the turn of the sixteenth century, the emerging concepts of perspective and relativity gave new importance *to the role of sight and individual experience* -for the *author/artist* as well as the reader/ beholder- in the apprehension of truth in the overall *scheme of God’s world*. Through his examination and configuration of experience and experiment, the *author/artist*⁶³⁹ played a more central role than *his medieval or classical* counterpart in establishing truth. This helps to explain the increase in *autobiographical tendencies*⁶⁴⁰ among works of the period (Myers, 2007, Libro 7, cap. 14, p. 68).

dejaren de dar continuas gracias a Dios por el acrescentamiento de vuestra Cesárea persona e vida; pues en ella consisten las nuestras, e todo el bien de la religión cristiana” (*Historia*, 117, Libro I, p. 12)

⁶³⁷ El texto de Myers sustenta que:

When Oviedo stopped writing about events he had witnessed in Tierra Firme and devoted himself to natural history, to depicting American flora, fauna, and ethnographic items, he confronted a dilemma. How was he to convey in his natural history the particular novelty of the New World to an audience that had never seen America? In order to accomplish this task, Oviedo made his role as a witness and writer an integral part of a complex argument in which he proposed that through the record of his own experience he would enable the king to know the nature of the Indies. This account, the author argued, would help the king to formulate just laws based on truthful knowledge of the Indies and, upon beholding the secrets of New World phenomena, to praise God (Myers, 2007, p. 63).

⁶³⁸ Nótese el uso de esta bella metáfora en esta secuencia narrativa, que le otorga sustancia “literaria” al fragmento.

⁶³⁹ Obsérvese, en esta cita de Myers, el binomio *author/artista*. Una combinación de palabras que la estudiosa enfatiza con el recurso de la repetición, para mostrar la lectura que hace ella del personaje.

⁶⁴⁰ Las cursivas (mías) ponen énfasis en el marco cristiano sobre el que se edifica la *Historia*, la reflexión que se origina entorno a la historia, la verdad y la ficción, el influjo de la tradición, pero, asimismo, el determinante rol de la experiencia testimonial, y la tendencia autobiográfica que toma la crónica. En esas poco más de diez líneas, Myers ha definido los pilares sobre los que se sustenta esta descomunal obra ovetense.

Condiciones vitales e intelectuales, por consiguiente, que determinan la percepción y las lecturas de la realidad indiana -y el sinuoso trazo de la crónica ovetense-, cuando el yo testimonial es investido *auctoritas* y su discurso instituido como verdadero. Es el propio Oviedo, quien en el proemio del *Sumario* (1526), se detiene convenientemente en ese estatus de fidedigno historiador, al circunstanciar a su real Majestad que sus escritos americanos son “todo lo que he podido comprender y notar de las cosas de Indias, (...) lo que tengo penetrado y entendido” (Baraibar, 2010, p. 66), por “natural inclinación” (p. 66) de saber, y que “por la obra” (p. 66), he “puesto los ojos en ellas” (Baraibar, 2010, p. 66). El sujeto-testigo, su experiencia personal y su discernimiento se instauran, de este modo, como nuevas autoridades cognitivas y, por ende, de conocimiento sobre el Orbe descubierto más allá del mar Océano, “un mare magno e oculto; porque, aunque se ve, lo más dello se inora” (*Historia*, vol. 117, Libro IX, proemio, 278).

Sin embargo, en ese sopesar su intelectualidad, no podemos arrinconar al habilidoso narrador, al “autor/artist” que tan enfáticamente mencionaba Myers. Porque su intelecto se revaloriza, se acredita, en esos extraordinarios modos “literarios”. En *Talleres de la memoria*, asevera Karl Kohut de Fernández de Oviedo que “su temperamento literario es demasiado fuerte como para privarse del placer de contar” (Kohut, 2005, p. 142). Y es que allá por donde pasa la pluma de Oviedo, brotan sabrosos relatos, en los que el escritor demuestra el dominio de las técnicas descriptivas; donde un cúmulo de amenas historias acongojan y fascinan al lector, y donde el elemento mimético sufre la embestida del lirismo, en una explosión de emocionalidad.

Aunque afectado de falsa modestia se defina “escritor” a quien la “gracia e ornamento de palabras no acompañan a mi pluma” (*Historia*, 117, Libro VI, proemio, p. 141), resulta relativamente sencillo “desnudar” al *author/artist* en lo literario de su prosa.

Apresemos, en primer lugar, un pasaje autobiográfico; una narración excepcional donde el yo cuenta sus épicas vicisitudes para impedir que ni él, ni el oro, ni sus manuscritos perezcan en el fondo del río. El capítulo posee todos los ingredientes de un relato de aventuras, del viaje de un héroe enfrentado a peligrosos lances. Acerquemos, por consiguiente, nuestro grafoscopio para examinarlo.

Viniendo yo de la Tierra Firme a esta isla, el año de mill e quinientos e quince, pasé el río de Neiva en una balsa de cañas, cerca de donde aquel río entra en la mar muy poderoso e ancho, e iban diez o doce indios nadando en torno de la balsa, guiándola. *Quiero decir aquesto como pasó, porque es bien que los cronistas que desde España escriben las cosas de las Indias, sepan que tan lejos andan de entenderlas (ni entenderse ellos mismos), cuanto tienen apartados los ojos de ver las cosas de acá. Y que si yo no pasara por allí, no pudiera ver una culebra o sierpe que hallé⁶⁴¹ en esta otra parte en la costa de la mar, al pie de la sierra que llaman de los Pedernales. La cual yo medí y tenía más de veinte pies de luengo, e lo más grueso della era mucho más que un puño cerrado; e debieran haberla muerto aquel día, o pocas horas antes, porque no hedía y estaba fresca la sangre della, que le había salido de tres o cuatro cuchilladas que tenía. Tales culebras son de menos ponzoña que otras en estas partes; pero son de mayor temor a quien las mira. Miguel Joan de Ribas, natural de Zaragoza de Aragón, factor que fue de Sus Majestades en Castilla del Oro, e yo veníamos juntos, e otros españoles pocos: el cual, así como yo, pasó en aquella balsa o barca peligrosa (*Historia*, 118, Libro XI, cap. VIII, pp. 35-36).*

El episodio da comienzo con la contextualización del yo en un enmarque crono espacial, en un discurso paradigmático de la reivindicación de la experiencia en la historiografía ovetense, que explota el elemento irónico⁶⁴² para autoenaltecerse. A priori, el protagonismo parece llevárselo el caso de una enorme sierpe que el cronista halla mientras cruza el río en una “balsa de cañas”. Este último elemento, citado tempranamente en la narración, está anticipando la causa de la terrible experiencia que se va a originar. La descripción de la culebra es breve, pero precisa y escalonada. Vara en sus monstruosas proporciones físicas (enfaticadas con el superlativo “más de veinte pies de luengo” y el recurso redundante del pleonasma “más que un puño cerrado”), para fijarse seguidamente en el estado del animal. A partir de los sentidos de la vista y del olfato, el naturalista estima que, por la sangre fresca y por su poco hedor, a la serpiente acuchillada “debieran haberla muerto aquel día”. Y concluye el retrato del reptil referenciando su gran peligrosidad, y exponiendo el tipo de emoción que al humano le produce (“son de menos ponzoñosa (...), pero de mayor temor a quien las mira”). El yo

⁶⁴¹ La cursiva (mía) señala cómo legitima el cronista la verdad empírica de su testimonio, a la vez que se valida, en tanto *testigo per oculos*, como buen “entendedor” de la materia indiana. Nótese la reiteración del verbo “entender” en la misma línea, que involucra al intelecto en esa operación de escribir sobre Las Indias.

⁶⁴² Oviedo es un escritor ceñudo y propenso a ironizar. La turba de murmuradores que lo acechan y que pone en jaque mate su oficio de historiador acaba siendo diana perfecta para su mirada irónica. En esta secuencia narrativa, el madrileño embiste contra los cronistas *per aurículas* que, como Pedro Mártir de Anglería, “desde España escriben las cosas de las Indias”. “Sepan”, falla burlescamente Oviedo dirigiéndose al lector, que no sólo andan dichos apoltronados escritores lejos de entender estas materias, sino que ni tan siquiera logran “entenderse ellos mismos”.

se erige, así, como testigo fidedigno de ese hecho singular que, por aquello de mayor verosimilitud⁶⁴³, pueden corroborar quienes lo acompañan (el aragonés Ribas y otros pocos) en esa “peligrosa” navegación. Un dato, este último, sustancial, que el autor ha procurado expresar desde el inicio en su definición de esa superficie flotante que los transporta por aquel río “muy poderoso e ancho”, una endeble “balsa de cañas” que define el cronista como “barca peligrosa”.

Y pues que el caso lo ha traído a consecuencia, bien es que se diga de qué forma era este pasaje, e cuán al revés de las puentes o barcas que hay en el mundo e que otras gentes usan. Digo que eran seis o siete haces de cañas juntas e atados con bejucos (que sirven en esto mejor que lo harían muy buenas cuerdas), e sobre aquellos haces, fecho un cerco cuadrado de otros haces de caña, tan grueso como un hombre, a la redonda de las primeras cañas. De manera que en la mitad de este artificio, quedó un espacio cuadrado de seis o siete pies, *en que yo iba asentado*, y alrededor nadando aquellos indios que he dicho que guiaban la *barca (o balsa mal compuesta)*, porque se lo pagué e les di algunas cosas de las que ellos presciaban, pero de poco valor⁶⁴⁴. Estos indios eran de un cacique que vivía allí a la costa llamado Alonso de Ovando, a los cuales repartí anzuelos para pescar, e ciertos cuchillos, e al cacique le di una camisa⁶⁴⁵. Había en la anchura del río cuasi un tercio de legua por donde le atravesé de la manera que he dicho; e algunos indios e indias que el factor e yo traíamos de la Tierra Firme, como pasaban nadando

⁶⁴³ Sobre el viajero-escritor [viajero-cronista, para nuestro caso], y la “condición expresiva y referencial de la primera persona del singular” (Arbillaga, 2005, p. 88) en este tipo de relatos de viajes, resulta fundamental el volumen de Idoia Arbillaga.

La estudiosa incide en “la doble naturaleza expresiva representada por esa persona, la cual, por un lado responde al autor, al individuo que realiza el viaje sometido a posibles incidencias físicas, climáticas, etc.” (p. 88), factores que pueden predisponer la escritura, y: “por otro lado, esa primera persona que representa al narrador, a la proyección literaria que de su propia persona realiza en la obra, una proyección que, por veraz y objetiva que sea, no deja de responder a unos recursos literarios que siempre recrean en alguna medida la realidad del individuo” (Arbillaga, 2005, p. 88).

Ciertamente, las crónicas de Indias no pueden aprehenderse meramente como literatura de viajes; en su hibridez, imbrican mucho más. Sin embargo, hallamos en ellas concomitancias con el libro de viaje, en especial cuando recalamos en cronistas-testigos que relatan sus peripecias *in fieri*, durante la exploración de esas tierras americanas.

Alega Arbillaga que “en ningún libro de viaje a Italia pueden ser localizados los relatos de asombrosas y distorsionadas maravillas que sí pueden determinarse en las crónicas de viajes al Nuevo Mundo” (2005, p. 11). En este punto, cabría matizar esa generalización, porque no todos los cronistas de Indias operan de idéntica manera. No podemos comparar el condimento fabuloso de los relatos de Antonio Pigaffeta con la historiografía de Oviedo, mucho más empírica y “verdadera”. En la *Historia Natural* de Oviedo rige el dato exacto y minucioso, el detallismo extremo que capture miméticamente esa naturaleza inquirida, que pinte el paisaje al milímetro. Y si la subjetividad y la figuración asoman en sus Libros, lo hacen como instrumental al servicio de la expresión de la realidad, con apego mimético, y no con afán de fabulaciones. En ese camino, también progresa el libro de viaje. Porque, como literatura, ambos géneros no pueden impermeabilizarse a lo subjetivo, ni pueden obviar lo productivo que resultan, para un discurso descriptivo y/o narrativo, las impresiones estéticas.

⁶⁴⁴ Está aludiendo el cronista al sistema de trueque que se estableció en América entre indios y españoles. Unos intercambios controvertidos desde el punto de vista ético, tildados, desde la perspectiva del occidental, de desequilibrados en su valor y, por tanto, de engañosas hacia los nativos.

⁶⁴⁵ Oviedo inventaría en la narración los objetos que ha entregado a cambio del servicio, como si justificara la equidad en esa empresa.

e se cansaban por ser tan ancho el río, asíanse para descansar de las cañas de la balsa (...). El factor había pasado primero e estaba ya desta otra parte, e volvieron a la balsa por mí, e de aquellas dos veces que atravesó el río, no estaban las cañas tan bien atadas como al principio; e así por esto como por lo que he dicho, donde yo venía asentado me daba el agua cuasi a la cinta, porque para entrar ella entre las cañas, no había cosa que se lo pudiese estorbar, e como todas las cañas son acá macizas e cargaban los indios e indias cansados, siempre se iba hundiendo más esta balsa (*Historia*, 118, Libro XI, cap. VIII, p. 36).

Extremadamente prolijo en el detalle, la llaneza del lenguaje de la secuencia arriba referida compensa la falta de brevedad de este pasaje. Empero, la descripción de la balsa muestra el talento de Oviedo en esos menesteres. Con mimetismo fotográfico, su relato captura la cantidad y la disposición de las cañas que conforman la barca, el grosor de los bejucos, el cerco cuadrado, el espacio de siete pies en el que anda el cronista sentado... Mas lo destacable es la viveza -el dinamismo- que le otorga a esta descripción, que muda de la estática fotografía a una representación cuasi cinematográfica. El lector percibe los vaivenes de esa balsa “mal compuesta”, que pierde consistencia por momentos (“no estaban las cañas tan bien atadas como al principio”), que se ve zarandeada por la bravura del río y por esos exhaustos indios asidos a las cañas para descansar. Una escenografía que coloca a nuestro protagonista Oviedo en un arriesgado trance, con el agua llegándole a la cinta y la balsa hundiéndose cada vez más. El héroe va a tener que demostrar sus habilidades para superar esta prueba, en la que le va la vida. El clímax narrativo, paso a paso, ha ido cristalizándose. Toda la discursividad ovetense se ha dirigido a transmitirle al lector lo peligroso y azaroso de ese viaje; dejándolo a la expectativa de saber cómo se desarrollará el último acto. Veamos el desenlace.

Traía yo allí, del secretario *Lope Conchillos*, e de encomiendas de personas particulares e míos, más de tres mill pesos de *oro* fundido en barras, los cuales yo pensé algunas veces que habían de quedarse en el río. E porque así no acaesciese, antes que en la balsa entrase, até todo el oro en un lienzo muy bien e dile muchas vueltas con un recio volantín o cordel, e dejé un rabo de doce o quince brazas, con pensamiento que en caso que la balsa de todo punto *se hundiese*, *tomaría yo el oro*, o le daría a uno de aquellos más recios indios que mejor nadasen, para que lo sacase, o soltarlo para que se fuese al suelo e quedase el cordel por señal e boyá con un palo que yo le había atado al cabo. *E yo iba descalzo y en camisa, e bien atadas las haldas e las mangas della, para nadar si me conviniese.*

Quiso Nuestro Señor, por su clemencia, que pasamos todos en salvo, aunque con harto peligro e cansancio, porque la corriente del río era mucha e nos abatía e puso cuasi a la boca de la mar; así que, *muy mojado todo lo que llevaba, e mis papeles e memoriales (de que no me pesaba poco)*, arribamos

desta otra parte del río. Esto subcedió porque, de enojado de haber estado cinco días esperando, estuve tres o cuatro leguas más arriba en la costa de aquel río, y en aquel tiempo siempre creció e no nos atrevimos a pasar el vado en los caballos, y enviélos con mis criados, porque me dieron a entender que aquel cacique tenía canoas e que él me pasaría mucho a mi placer; e por falta dellas, hobera de *ser tanto mi pesar, que no me quedara vida para el arrepentimiento y error que había fecho*⁶⁴⁶ (*Historia*, 118, Libro XI, cap. VIII, pp. 35-36).

El yo irrumpe de nuevo, atribuyéndose galones, que la carga que diligentemente transporta nuestro funcionario del imperio no es sólo propia, sino que pertenece también a insignes representantes de la Corona, entre ellos a su amigo Lope de Conchillos⁶⁴⁷, secretario del rey católico y del Consejo real de Indias⁶⁴⁸. Esta mención resulta relevante, porque enaltece la labor y el viaje del cronista. El motivo del oro hace su aparición en el relato, para ocupar toda una secuencia narrativa, en la que el historiador testimonia profusamente los esfuerzos que ha vertido en salvar el aurífero metal. La proeza se las trae -¡es de peso!-, porque porta el veedor “más de tres mill pesos de oro fundido en barras”. Ha llegado aquí el lector al momento culmen de esta historia, cuando se descubre la verdadera naturaleza del héroe frente al dilema. Y ante la prueba más dura, el cronista se autorrepresenta previsor, dinámico y decidido, con una determinante actuación. La subordinada con intencionalidad final (“E porque⁶⁴⁹ así no acaesciese”) y el adverbio

⁶⁴⁶ Todas las cursivas son mías.

⁶⁴⁷ Entre 1508 y 1515, Lope de Conchillos amasaba poder y fortuna. Como refiere Franco Silva:

Lope Conchillos se había convertido (...) en uno de los hombres de la camarilla fernandina que controlaba alguno de los resortes del poder real, en concreto el recién nacido Consejo de Indias al que fue adscrito por el rey Católico, juntamente con el Obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, la cabeza visible (...) del partido aragonés en Castilla y el verdadero hacedor de la política indiana durante la regencia de don Fernando. En ese Consejo comenzó pronto a acaparar puestos, derechos y rentas. En (...) 1508 era ya escribano de minas de la isla Española, poco después fue nombrado para el mismo oficio en Puerto Rico, con derecho a llevar tres reales por cada licencia que se pidiese para sacar oro de esa isla, licencia ésta que las más de las veces utilizaba para obtener de los solicitantes regalos y propinas (...) Así pues, en 1508, Lope Conchillos era ya, como consejero favorito del rey católico, un personaje conocido en la corte castellana y, desde luego, un hombre con el que todo aquel que quisiese obtener del monarca algún favor o sinecura tendría necesariamente que contar (Franco Silva, 2006, pp. 123 y 125).

⁶⁴⁸ Gonzalo Fernández de Oviedo es hombre de confianza de Conchillos; arriba a Las Indias en 1514 como su “representante” (Ballesteros, 1981, p. 92). Las referencias del cronista al secretario se agolpan en la *Historia*, y también en las *BYQ*.

A propósito de las disputas entre Pedrarias y Vasco Núñez, en la narración sobre la residencia hecha a Balboa, Oviedo explica:

Lo primero que el gobernador hizo, otro día después que llegó, fue apartar a Vasco Núñez en secreto, en mi presencia (porque yo iba por escribano general en nombre del secretario Lope Conchillos, e llevaba comisión de proveer por el secretario, en nombre del Rey, todos los otros escribanos del audiencia del gobernador y del alcalde mayor y otros juzgados) (...) (*Historia*, 119, Libro XXVIII, cap. VIII, pp. 232-233).

⁶⁴⁹ Actualizamos la forma arcaica: “e *para que* así no acaesciese”.

temporal “antes” introducen la capacidad de anticipación del personaje, que asegura los bienes previendo un posible hundimiento. Con esta retórica, Oviedo parece alardear de su habilidad resolutive, mediante la descripción pormenorizada de su proceder. El polisíndeton le otorga, además, calado acumulativo a la enumeración de todos esos heroicos esfuerzos de don Gonzalo: “até todo el oro en un lienzo muy bien e dile muchas vueltas con un recio volantín o cordel, e dejé un rabo de doce o quince brazas, con pensamiento que en caso que la balsa de todo punto se hundiese, tomaría yo el oro, o le daría a uno de aquellos más recios indios que mejor nadasen ... o soltarlo para que se fuese al suelo e quedase el cordel por señal e boya con un palo que yo le había atado al cabo”. Y, habiéndose meritado, despliega sus otras armas persuasivas y remata la gesta inyectándole a la escritura su porción de victimismo, que en lamentable estado se nos retrata el desventurado cronista: descalzo y en camisa, bien arremangado e inquieto, que no fuera que el Señor los abandonara y fuera conveniente “nadar”. Empero, la Divina Providencia es clemente y no da la espalda al buen y heroico cristiano, y, como recompensa, todos pasan a salvo. Eso sí, la absolución del héroe no es completa. Elevado coste ha pagado el historiador por su impaciencia (“enojado de haber estado cinco días esperando”) y por su ingenuidad (“porque me dieron a entender que aquel cacique tenía canoas e que él me pasaría mucho a mi placer”), que regresa con los papeles y memoriales mojados, con mucho arrepentimiento y más pesar.

Y como colofón, otorgándole circularidad a la anécdota, e ir resolviendo la historia, el narrador recupera el asunto de la culebra, para no dejar nada en el aire. El enorme reptil abre y cierra la aventura fluvial. No obstante, aún no hay respiro para el lector, porque la tensión persiste en niveles elevados. La sierra de los Pedernales es presentada ahora como el siguiente desafío a superar por el héroe en esta aventura suya. La aspereza orográfica, las noches a la intemperie tropical, el cansancio, y la sed, o la falta de comida (que el único manjar que llevarse a la boca, los cangrejos⁶⁵⁰, no son aptos para “gente asquerosa ni delicada”) son otras de las grandes pruebas físicas que ha de afrontar nuestro valeroso Oviedo en su odisea. De este modo, Oviedo insufla mayor

⁶⁵⁰ Nótese cómo la alusión a los cangrejos y esa definición resultan mecanismos discursivos para amplificar el grado de hambre que padecen los viajeros.

dramatismo a lo narrado. Que no olvidemos que somos espectadores de un relato autobiográfico⁶⁵¹.

Pasados, pues, desta otra parte, hallamos la culebra grande, donde es dicho, e hallamos la sierra de los Pedernales, que es muy áspera, e estovimos dos días y medio en la pasar, e dormimos dos noches en ella, sin hallar agua ni tener que comer (...), sino cangrejos, de los cuales había muchos e buenos (el cual manjar no es para gente asquerosa ni delicada), e al tercero día llegamos a la villa de Azua. (*Historia*, 118, Libro XI, cap. VIII, p. 37).

La conclusión porta su enseñanza, su meollo didáctico: “desta manera se han de enseñar a escrebir los que han de relatar estas cosas”. Con su retórica victimista, apela, además, el cronista a los afectos del lector. El uso de la hipérbole (“si los trabajos que por mí han pasado hasta haberlas aprendido o visto (eso que della sé) aquí se dijesen, doblado sería el volumen de tales historias”) le resulta el recurso más eficaz para manifestar la peligrosidad y las múltiples “fatigas” que corre desempeñando su oficio historiográfico. Y mucho lamenta el escritor que sus materias no sean “más gratas” para quien las lee. Empero, soporta con estoicismo tanta penalidad; asumiendo que es “milagroso” no haber perdido aún la vida en aquellas Indias.

Desta manera se han de enseñar a escrebir los que han de relatar estas cosas de Indias. En verdad, *si los trabajos que por mí han pasado hasta haberlas aprendido o visto (eso que della sé) aquí se dijesen, doblado sería el volumen de tales historias*, e no querría mejor premio de mis fatigas que *saberlas tan bien decir*.⁶⁵², como los he sabido sufrir por la clemencia y misericordia de Dios; el cual muchas veces me ha fecho tan notoria merced de la vida, milagrosamente, que si yo así bien la supiese explicar, bien sé que serían más gratas e de más admiración estas materias a quien las leyese (*Historia*, 118, Libro XI, cap. VIII, p. 37).

⁶⁵¹ El aditamento autobiográfico eleva la tensión dramática, contribuye a una mayor congoja de ese lector de la *Historia* ya tan acostumbrado a animalías extrañas, ríos bravos o estupendas tempestades; a una continuada narración de supremas fatalidades.

⁶⁵² La cursiva (mía) señala la condicionalidad y la consecuencia, en lo concerniente a contarlo absolutamente todo. El uso de la tercera persona del plural del pretérito imperfecto del subjuntivo del verbo ‘decir’ en la prótasis (“si ... se dijesen”) le confiere una mayor relevancia a lo que sabe y calla. Doblar el volumen de estas historias sería, con su prolijidad, para aburrir al lector. Paradójico, en un cronista como Oviedo, que es poco dado a la criba y mucho a la acumulación, que aconseje narrar con mesura, más saberlo decir bien.

En resumen, es este el relato de un viaje heroico. Una historia condimentada con el infortunio y la hazaña, el tópico del oro y del naufragio; en el que interviene lo milagroso-providencial en ese espacio arisco, inhóspito y hostil, que es morada de sierpes monstruosas. Y donde la propia crónica -esos papeles mojados - se torna materia de la narración; en un ejercicio de confluencia literaria.

Y mucho “intelecto” literario poseen, en especial, las *BYQ* y la *QNE*, que albergan al narrador más suelto (menos constreñido al dictado oficialista de escritura, como acontece con la *Historia*), al más ducho y experimentado. Por consiguiente, y para desentrañar más ademanes estilísticos del literato, seleccionamos esta jugosa anécdota de su *QNE*, que entremezcla lo histórico y lo dramático, y que se adereza con humor. Una que, como suele darse en la escritura ovetense, además incorpora su cuña autobiográfica, que trabaja en pro de la verosimilitud.

La Quinquagena en cuestión cuenta el accidentado trance de la muerte de don Enríquez de Guzmán. Una narración que navega en mares del cotilleo -o lo que más ‘formalmente’ ha denominado Mercedes Serna (2023) “ecos de sociedad”-:

*Muy desdichadamente murió*⁶⁵³ el muy valiente y esforzado caballero don Enríquez de Guzmán, capitán general de los católicos reyes don Fernando e doña Isabel, en la frontera de Francia, y residía en la villa de Perpiñán. E en el año de 1497 años, un día del mes de [blanco], se trabó un ruido entre los de la villa e la gente de guerra que el Rey allí tenía por fronteros de Francia. E salió a despartirlos, [al margen en un recuadro: DON ENRIQUE ENRRIQUEZ DE GUZMÁN CAPITÁN GENERAL], primogénito del conde de Alba de Liste don Alonso Enríquez. E llevaba armadura de cabeza e una mujer le arrojó un almirez desde lo alto de una ventana o terrado e dióle en la cabeza tal golpe que en dos o tres días murió. Otros dicen que era mortero de piedra, pero de piedra o de metal todo es una cosa. De Pirro, rey de los epirotas, se escribe que estando peleando una mujer vieja tiró una piedra desde lo alto de una casa e le dio en la cabeza, de la cual herida murió. *Mucho deben mirar los que desparten cómo van y dónde entran*⁶⁵⁴. Este señor era hombre de mucho esfuerzo, e señalándose en la guerra de los moros del reino de Granada, e era tenido por valiente caballero e sabio, pero⁶⁵⁵ muy corto de vista, porque yo lo conocí muy bien, e no veía a leer una carta sin la poner junto a los ojos. Su hijo don Diego Enríquez de Guzmán es Conde de

⁶⁵³ La dramatización abre el caso, con la explicación del hecho trágico. Los adverbios modales enfatizan el calado del suceso doloso.

⁶⁵⁴ Esta es la lección moral que extrae el autor de su relato.

⁶⁵⁵ Oviedo conforma la figura del noble loando sus virtudes y evidenciando sus defectos. La oración adversativa introduce también lo menos loable de Enríquez.

Alba de Lide al presente, e muy gentil señor, e quando mataron, como es dicho, a su padre, aún vivía y vivió algunos años después su abuelo don Alonso Enríquez, Conde segundo de Alba de Lide [*QNE*, Quincuagena III, est. 14, f. 33r] (*MGFO*, vol. II, 1974, pp. 493-494)⁶⁵⁶.

En su investigación sobre la antropología del humor y sus representaciones estéticas, Cisneros Soto definía el humor como “portador de agudeza crítica” (2010, p. 4), como otro tipo de manifestación artística e intelectual muy eficaz para la crítica social⁶⁵⁷, política y cultural. Sobre estos senderos camina la anécdota narrativa de Oviedo, esculpida sobre la risa con ánimos moralizadores y didácticos, poniendo “el humor al servicio de la inteligencia, y la inteligencia al servicio del humor” (Cisneros Soto, 2010, p. 5).

A propósito de este recurso y de su *utilitas*, incluía la mencionada estudiosa una reflexión que nos resulta digna de encomio:

El humor, que no quede inadvertido, no siempre ha de movernos a risa. Tal y como lo realza María Rosa Palazón⁶⁵⁸ siguiendo a Luigi Pirandello, el humor es un Hermes bifronte⁶⁵⁹: una de sus caras llora; la otra, mientras tanto, la consuela haciéndola reír (Cisneros Soto, 2010, p. 8).

Desde luego, la ocurrencia narrativa del escritor de la *QNE* tiene lo suyo, cuando de la desdicha edifica este divertimento noticioso. El probo personaje, que no es otro que

⁶⁵⁶ Siguiendo los criterios ortográficos establecidos al inicio de esta trabajo de investigación, se ha modernizado este texto.

⁶⁵⁷ Contempla Cisneros Soto el humor “desde una perspectiva no solemne -más sí rigurosa- que” incide “sobre las narraciones cívico-históricas”. (2010, p. 4). Esto conduce a “reconocer en la risa su especificidad y potencialidad como creación social y cultural” (Cisneros Soto, 2010, p. 5).

⁶⁵⁸ Remite Cisneros Soto a Palazón Mayoral (1991, p. 387).

⁶⁵⁹ Sobre la representación escultórica y su significación, remitimos a la entrada que proporciona el Diccionario de Bienes Culturales *Tesauros* del Patrimonio Cultural de España para el término “Herma Bifronte”:

"Herma"* en la que aparecen esculpidos, sobre un pilar* cuadrado, dos cabezas* masculinas que suelen representar, una a Baco, normalmente esculpido en edad madura, con amplia barba plana hecha con rizos rígidos dispuestos simétricamente, nariz breve, pómulos altos y con la cabeza adornada con los típicos elementos báquicos (representados por la guirnalda de hojas de hiedra, bayas y pámpanos que circundan el rostro), y la otra a Fauno, semidios de los bosques y acompañante de Baco en todas sus fiestas y ritos.

El origen de estas esculturas se encontraba en Grecia, en el siglo VI a.C., cuando se levantan en los caminos y en las calles pilares cuadrangulares con el busto de Hermes. (...) Las "hermae" se encontraban en los caminos, sirviendo para señalar direcciones, delimitar fronteras y propiedades, pero también se colocaban delante de los templos*, de edificios civiles y en las casas. Hermes, entre otras atribuciones, tiene la de proteger a los viajeros de los posibles peligros que se presenten en el viaje.

En <http://tesauros.mecc.es/tesauros/bienes culturales/1186568.html>

un conde de Alba, es introducido con toda la pompa que merece su título. Este esforzado caballero -que en su nominación nos hace memorar a su *muy esforçado et inuencible Cauallero de la Fortuna propiamente llamado Don Claribalte-*, resulta ser, asimismo, un capitán servicial y valeroso, combatiente en la guerra de Granada, y, además, tenido por “sabio”. Ya nos ha forjado nuestro relator a su personaje modélico, a Don Enríquez Enríquez de Guzmán como arquetipo caballeresco heroico. Pero, al parecer, la Parca estaba chistosa ese día en que se le apareció al Conde, porque en el motivo de su muerte encuentra Oviedo materia para este donoso relato. Y la petrificación del héroe no va a soportar el embiste de la caricatura, en ese proceso de desheorización al que lo somete el historiador.

En verdad, la alusión al fatídico final del rey griego está traída con ingenio. Como nos recuerda Harto, con respecto a los mecanismos de la tradición historiográfica antigua:

No olvidemos que, en realidad, la historiografía clásica, por su carácter didáctico y moralizante, por centrarse en temas bélicos y políticos, por su relación con la épica y la tragedia y por ser en gran medida autobiográfica, no es sino una colección de *exempla* y de relatos protagonizados por *auctoritates* reconocidas por todos (Harto, 2011, p. 512).

La referencia clásica, por consiguiente, se torna recurso retórico fundamental para la *amplificatio* de Enríquez. Por analogía, el relato del épico Pirro, quien tantas hazañas había cosechado, y que pereció en idénticas circunstancias que el Conde, le devuelve toda la solemnidad al finado conocido de Oviedo. Sin embargo, el caso relatado sigue navegando entre dos aguas, tensionado, caracterizando virtudes, pero también defectos. Y, así, la pluma de don Gonzalo vuelve a cargar tintas jocosas, al mencionar la “miopía” de don Enríquez de Guzmán, “que era muy corto de vista, porque yo lo conocí muy bien, e no veía a leer una carta sin la poner junto a los ojos”. Lo trágico y lo cómico parecen hilvanarse, pues, en ese retrato “bifronte” que el escritor pinta; en ese anecdótico relato que no solo ameniza, sino que pretende ser espejuelo instructivo para el lector. Porque, la narración, edificada a modo de *ensienplo*⁶⁶⁰, con su dosis de deleite humorístico y de adoctrinamiento, aglomera los *instrumenta* precisos para captar la atención y persuadir a su destinatario: la nota tragicómica, el encomio, la cita erudita, el símil y la alusión autobiográfica se organizan y se diseminan convincentemente, con finalidad conativa, en

⁶⁶⁰ A propósito del *exempla* y su *utilitas* en el Renacimiento, explica Harto que “los *exempla* aparecen en las obras retóricas muy relacionados con figuras como la *amplificatio* o la *comparatio*” (Harto, p. 521).

una escritura recreativa y, a la par, aleccionadora, que “mucho deben mirar los que desparten cómo van y dónde entran”

Y, para concluir este capítulo nuestro, no podemos negarle a Oviedo su dimensión literaria, su parte de ingenio hermoando el lenguaje, adornando su *elocutio* con juegos de artificios verbales, con la palabra bella. En la siguiente secuencia descriptiva, las fastidiosas moscas acaparan toda la atención del autor de la *Historia*. El texto nos muestra la comunión que se establece entre el naturalista y el “poeta”; la imbricación que se origina entre el discurso pragmático y el literario.

El científico toma, en primer lugar, las riendas de la escritura, con la curiosidad propia de un entomólogo. Se detiene en la evolución demográfica de estos insectos en Las Indias, donde detecta un crecimiento de moscas “españolas”, que, aunque en menor cantidad, se vuelven más virulentas y molestosas en tierras americanas.

Moscas hay de muchas maneras, y de las de España, que solía haber poquísimas o cuasi ningunas, ya las hay e muchas, aunque no tantas como España; pero más enojosas e porfiadas e pican más recio (*Historia*, 118, Libro XV, cap. III, p. 80).

La exposición descriptiva parte de uno de los recursos retóricos más primitivos, el de la comparación. Como ya se ha reiterado en los textos que se han ido analizando, el cronista prende España como arquetipo para establecer similitudes y diferencias con el Nuevo Mundo, como elemento referencial. Empero, del dato informativo que nos suministra Oviedo aquí de las moscas españolas “indianizadas” se puede inferir otra lectura. ¿Pudiera el cronista estar aludiendo a la peligrosidad de vivir en Las Indias? ¿Se podría interpretar que aquellos primeros insectos ibéricos, compañeros de viaje de los colonizadores españoles, y menos recios y fastidiosos, se vieran instados a incrementar su agresividad para adaptarse al medio americano?

Dejando atrás este supuesto personal, volvemos al texto para toparnos con el excelso observador, que escudriña de manera milimétrica las formas de la naturaleza, que prende su cromatismo, o sus comportamientos, y lo documenta con habilidad sin par, cual

reportero del *National Geographic*⁶⁶¹. La pormenorizada explicación que nos lega Oviedo aquí sobre el proceso de aprovisionamiento de ‘alimentos’ que llevan a cabo estos impertinentes insectos es propia de un atento y pertinaz indagador. Define al curioso inquisidor que se aproxima a la naturaleza con la mirada del científico para tratar de

⁶⁶¹ Con rigor, es aconsejable adentrarse en el breve documental con el que *National Geographic* traza los rasgos definitorios del armadillo (https://www.nationalgeographic.com.es/mundo-animales/fascinantes-armadillos_20556), para posteriormente reparar en el profuso retrato descriptivo que nos lega Oviedo, primer naturalista que documenta la existencia de este animal (al que denomina “encubertado”) en Las Indias:

Los encubertados son animales mucho de ver y *muy extraños* a la vista de los cristianos, y muy diferentes de todos los que se han visto en otras partes del mundo y en éstas, y a ninguno *se pueden comparar sino a los caballos encubertados*. Estos son animales de cuatro pies, *e está cubierto todo* de una cobertura o pellejo de una sola *concha durísima*, de color pardo claro, *e por debajo de aquella concha salen las piernas e la cola, e en su lugar sale la cabeza e pescuezo*. Finalmente, es de la manera que un corsier con bardas, *e del tamaño de un perrillo gozque o podenco pequeño*. La cola es de más de un palmo e al cabo *muy delgada, e el hocico luengo, e las uñas hendidas dos veces*, de manera que le queda fecho tres partes cada pie o mano, *e la uña de en medio es algo mayor que las otras, e todas tres agudas, e con aquéllas cavan tan apriesa*, que ha de ser gran cavador el peón que cavare tanto como este animal irá minando en tierra sana, aunque allí ninguna cueva tenga, por poco comienzo o agujero que halle principiado.

Es animal que hace su habitación en torronteras *e en lo llano, e cavando*, como es dicho, con las manos, ahondan sus cuevas *e madrigueras* de la forma que los conejos las suelen hacer. Son excelente manjar *e tómanlos con redes, e algunos matan ballesteros, e las más veces se toman cuando se quemán los campos para sembrar o por renovar los herbajes para las vacas y ganados*. No hacen mal *e son muy cobardes*. Quitándoles aquella concha, están *muy gordos, e cuasi lo más dellos cubiertos de grasa o manteca sobre la carne*. E porque toman mucho la sal, o sin ella son *muy dulces*, no los comen sino salados de un día antes, porque no echándoles sal, son tan gordos que empalagan o dan fastío; pero es buena carne (Lám. 5.^a, figura 2.^a). *Yo los he comido algunas veces, e son mejores que cabritos en el sabor, e es manjar sano*. No podría dejar de sospecharse, si aqueste animal se hobiera visto donde los primeros caballos encubertados hobieron origen, sino que de la vista destes animales se había aprendido la forma de las cubiertas para los caballos de armas (*Historia*, 118, Libro XII, cap. XXIII, pp. 47-48)

No podemos obviar que el cronista está retratando la novedad, un animal que nunca se ha visto, “muy extraño a la vista de los cristianos”. En la similitud con los caballos encubertados halla Oviedo la forma de comunicar lo inefable. El polisíndeton (“e..., e..., e...”) encadena la batería de componentes descriptivos que refieren al tamaño, el pelaje, el color y demás elementos corporales. El adjetivo “durísima” en grado superlativo adquiere especial relevancia en el discurso, porque enfatiza la mucha resistencia que posee la concha del armadillo. Sobresale, asimismo la forma apocopada “muy”, para marcar ese grado. De igual manera, se registra un uso reiterado del diminutivo: para denotar el tamaño pequeño del encubertado, “que es el de un perrillo”. Se acusa también un uso redundante de cierto léxico (“animal”, “caballos”, “sal”, “manjar”) y el juego lingüístico, tan rítmico, de esta aliteración: “*cavan tan apriesa, que ha de ser gran cavador el peón que cavare tanto como*”.

La prosopografía del animal se proyecta de manera organizada, enumerada con coherencia. El descriptor recorre el cuerpo del animal en la distancia, para ir acercando luego la óptica: concha, pies, cola, cabeza y pescuezo. Lo más ínfimo, como el “cabo delgado” de la cola, el “hocico luengo” o particularidades de las uñas se registran al final.

Con el mismo detallismo que se describe el cuerpo, se alude a su carácter y a los beneficios culinarios que de él se obtienen. Como detalles sobresalientes destaca el comportamiento del armadillo (“no hacen mal *e son muy cobardes*”) y que resulta un buen manjar. La experiencia personal del narrador asoma aquí para legitimar la verdad de este rasgo tan relevante del encubertado: “Yo los he comido algunas veces, e son mejores que cabritos en el sabor, e es manjar sano”.

Aunque el yo haga su aparición al final del capítulo, en la vivencia propia -con la inclusión de percepciones propias- y en la sospecha ovetense (“no podría dejar de sospecharse...”), la descripción se articula con suficiente objetividad científica.

descifrar lo concreto y sus leyes (las moscas y su proceder), pero también sus relaciones con la totalidad (insertas en un Todo), en una aprehensión holística.

Poco más de dos siglos después de estas ideas precursoras, Alexandre von Humboldt defendía que el “estudio racional de la naturaleza es la comprensión de la unidad y de la armonía en medio del inmenso agregado de cosas y de fuerzas “(Corbera, 2014, p. 48)⁶⁶² y aconsejaba a los intelectuales de la naturaleza visitar las historias del Padre Acosta y de Fernández de Oviedo, dos escritores españoles del XVI donde encontrar “el germen de tantas verdades importantes en el orden físico” ([Humboldt , 1874, Vol. II, p. 255ss], en CVCervantes⁶⁶³). Siguiendo el sabio consejo de este *πολυμαθής* (polímata) alemán, considerado “padre de la geografía moderna universal” (CIDA)⁶⁶⁴, volvemos a la *Historia*, para continuar examinando el retrato que Oviedo nos lega de esos animalejos voladores ya americanizados:

Hay otras menores, y éstas no las hay en todos tiempos como las que dije primero. Hay otras moscas que andan por los árboles y por el campo: unas verdes e pequeñas, y otras de tantas maneras e diferencias, que es cosa para no se poder acallar de escrebir; pero entre las otras hay unas moscas verdes e pintadas, tamañas como abejas, e crían en tierra e hacen en el suelo unos agujeros e con los brazos delanteros cavan la tierra, e así como van cavando, echan lo que cavan, con las piernas postreras, fuera del agujero o cueva que hacen. Muchas destas hay en esta cibdad de Sancto Domingo por los corrales e patios de las casas, porque como el terreno es cuasi arenisco, pueden hacer la labor que he dicho. Estas moscas matan cigarras de las verdes e pequeñas

⁶⁶² Refiere Corbera sobre ese idealismo:

A pesar de todo, a pesar de la hostilidad que con frecuencia mostraba la naturaleza para con el hombre, de sus bruscos e imprevistos comportamientos que aparentemente ocurrían tan desordenadamente, Humboldt jamás renunció a la armonía del Cosmos, aquella que se percibía en el Universo, ya descrita por Copérnico y Kepler (Humboldt, 2005 a, t. II, 388 y 399), que no sólo se manifestaba en el cielo, sino en el conjunto del Cosmos en el que todos sus elementos se interrelacionaban armónicamente (Corbera, 2014, p. 49).

⁶⁶³ En el trabajo investigador llevado a cabo por Miguel Ángel Puig Samper y Sandra Rebok para el CVC, se incluye la entrada “La revalorización de los primeros cronistas de Indias”, se insertan estas palabras de Humboldt:

Quando se estudian seriamente las obras originales de los primeros historiadores de la Conquista, sorpréndenos encontrar en los escritores españoles del siglo XVI el germen de tantas verdades importantes en el orden físico. (...) El fundamento de lo que hoy se llama física del globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas, se halla contenido en la obra del jesuita José Acosta, titulada *Historia natural y moral de las Indias*, así como en la de Gonzalo Hernández de Oviedo, que apareció veinte años después de la muerte de Colón. En ninguna otra época, desde la fundación de las sociedades, se ha ensanchado tan repentina y maravillosamente el círculo de las ideas, en lo que se refiere al mundo exterior y a las relaciones del espacio (...).

Citado en https://cvc.cervantes.es/ciencia/humboldt/revalorizacion_cronistas_01.htm

⁶⁶⁴ Citado en <https://www.culturaydeporte.gob.es/cultura/areas/archivos/mc/centros/cida/4-difusion-cooperacion/4-2-guias-de-lectura/humboldt.html>

y otros animalejos semejantes, e tráenlos volando, en peso métenlos en sus cavernas, e después que han traído alguna presa de las tales cigarras o un escarabajuelo, metido su cueva, salen e van por más, e cesan en estos caminos. (*Historia*, 118, Libro XV, cap. III, p. 80).

Como es “cosa para no se poder acallar de escrebir”, el naturalista no se ha reservado detalle para próximos libros, que ya nos ha pintado a las moscas de todos los colores y en todas sus formas. El lector ya sabe que las hay tan grandes como las abejas; que cavan con sus patitas delanteras y echan la tierra con las traseras; que en la arenosa isla dominicana abundan por doquier; y que tienen las moscas en sus cavernas su bien provisto depósito de cigarras verdes o escarabajuelos, que son buenas previsoras. Sin “verlas”, ha podido el lector “mirarlas”, gracias a la “pintura” narrativa de Oviedo.

“Arte pictórico y representaciones literarias del paisaje”, explica Corbera (2014, p. 56), que son también abrazados por Humboldt, quien los comprende como otra vía para “conectar con las categorías más elevadas de la naturaleza” (Corbera, 2014, p. 56). Por ello, desplazamos al Oviedo científico para darle protagónico espacio al escritor de vocación, al que más se arrima a la literatura, que es quién ahora toma el mando narrativo. Y que asoma aquí con ese recurso de metaforización de la realidad, dos metáforas - señaladas por mí en cursiva- de las más exquisitas, y que cierran el retrato de las moscas:

De que se colige que esta provisión que hacen mantenimiento, debe ser para el tiempo en adelante. Porque esta moscas no parescen en todo el año, sino cuando las lluvias son pocas e la tierra se comienza a humedescer, e *hace unos soles abochornados*⁶⁶⁵ *que parece que arde el tiempo más, por las aguas que digo* (*Historia*, 118, Libro XV, cap. III, p. 80).

Pero de lirismo viene muy bien surtido este otro capítulo de la *Historia*, que devuelve la “pintura” de estos lirios, descritos con fina sensibilidad poética:

Hay en Castilla del Oro en muchas partes, y señaladamente en el puerto del Nombre de Dios, en la misma playa, junto al mar, gran cantidad de lirios blancos con una manera de flor extremada e cosa muy de ver, como aquí esta dibujada. Nacen espesísimos por aquellas playa, e parescen espadañas,

⁶⁶⁵ Además de la metáfora, se registra la personificación narrativa de los soles, tópico muy común en la poesía renacentista y barroca.

El Tesoro de los diccionarios históricos de la lengua, en la acepción de “Bochornoso” incluye esta cita de la *Historia*, en su edición de Amador de los Ríos:

[“Estas moscas salen quando parece que hace unos soles abochornados”, Oviedo. *Hist. Nat. de Indias*, ed. 1851, t. 1, p. 455]. En <https://www.rae.es/tdhle/abochornado>

excepto que el verdor de aquellas hojas es más claro que el de las espadañas de Castilla. E echan en el medio un tallo o varilla de tres palmos de alto, poco más o menos, y en el medio hace una manera de ñudo, de que salen tres o cuatro o cinco tallos que es cada uno una rosa, e de la mitad del tallo arriba, cada uno dellos se va emblanqueciendo, e la manera e blancor es como la propia azucena, e aquellas seis hojas que penden, son de la misma naturaleza e tez. E de entre esas seis hojas sale una flor blanca, e más delgada la materia, e sube, como aquí está figurada (Lám. 4ª. fig. 6ª)⁶⁶⁶ e hace seis puntas, e de la mitad dellas salen seis lomicos, e en el extremo de cada uno tiene atravesados unos trocitos o palillos amarillos, e de la mitad de la mitad rosa, entre aquellos seis astilicos, sale otro vastaguito o astilejo verde, con una cabecica redonda. En fin, es muy extremada flor, e huele muy bien, e de la manera e no con menos suavidad que las azucenas de Castilla.

Los cristianos las llaman cebollas albarranas, porque abajo, en el nascimiento debajo de la tierra, todo aquel golpe de hojas verdes que parecen espadañas o lirios, salen de una cebolla blanca, pero es error, (...) (son) lirios blancos (...) (*Historia*, 118, Libro XI, cap. VII, pp. 23-24).

La belleza es el pilar que sostiene esta secuencia narrativa. La descripción rigurosa consigue comunicar el aroma de las azucenas; el baile de color, con el verde de los tallos y de las hojas acompañando al blancor de las espadañas, entrelazándose con perfección, y el amarillo de los palillos, culminando la extremada flor. Todo parece ensamblado en absoluta armonía. Todo detallado pormenorizadamente, en una precisa captura pictórica. La ternura la portan, asimismo, los diminutivos (“trocitos”, “lomitos”, “vastaguitos”, “cabecica” ...), que se van hilvanando al ramillete de adjetivos (“extremada”, “delgada”, “blanca”, ...). Las enumeraciones y el polisíndeton le otorgan el elemento rítmico. Y, la analogía final, insuflando circularidad⁶⁶⁷, y suavidad (“es muy extremada flor, e huele muy bien, e de la manera e no con menos suavidad que las azucenas de Castilla”) clausura la escritura con su lindeza, con derrame de poesía.

Con personajes tan doctos e heroicos, como los de Plutarco; con la Natura en la pupila y las palabras pintadas, quizá memorando a da Vinci; con bella prosa poética; así se condensa la actitud intelectual de Oviedo; así, también, el arte ‘literario’ de este author/artist (Myers, 2007, p. 68).

⁶⁶⁶ La descripción de Oviedo se acompaña de una lámina, de un dibujo que sustenta el detallado cuadro que ha ‘pintado’ ya el cronista con su escritura.

⁶⁶⁷ Se establece una coherencia circular. El narrador abre el texto con la alusión a las flores de Castilla de Oro. Seguidamente, mediante la comparación, establece las diferencias con las espadañas de la Castilla (España). Y clausura la narración con la mención a las azucenas de la Castilla ibérica, al buscar nuevamente similitudes con las flores indianas.

2.2.3 LA HISTORIA DE OVIEDO: SEMBLANZA

- 2.2.3.1 SOBRE UNA BIOGRAFÍA

“El tema riguroso del historiador es definir el argumento del drama vital para cada hombre, pueblo o época”.

(José Ortega y Gasset)⁶⁶⁸

“Una biografía no se encierra (...) en las fechas de nacimiento y muerte -aunque también se encierre en ellas, pero solamente del modo que una verja puede encerrar un jardín o un erial-, sino que está inscrita en el tiempo en que vivió el hombre que la constituye, y en el espacio histórico de sus contemporáneos. Pero no sólo de sus contemporáneos, porque un hombre no es un curso vital -que parece que es lo único que puede interesar en una biografía-, sino que es el resultado de unas herencias culturales, de unos hábitos y conocimientos transmitidos de generación en generación. El hombre no es pura anatomía, como no es puro espíritu, sino que es resultado de todo ello y de los tiempos pasados”.

(Manuel Ballesteros)⁶⁶⁹

“(...) no cometemos el error al decir, no la *Historia general*, sino la *Historia de Oviedo*”

(Alberto M. Salas)⁶⁷⁰

En 1951, postulaba el gran Ortega y Gasset que “el ser de una persona”, que “se llama biografía”, es “a mi juicio el género literario supremo” (Ortega, “Pasado y porvenir del hombre actual”, *Obras Completas*, IX, 1960-1961, p. 656). Sobre esta tesis orteguiana, explicaba Manuel Garrido que, para el filósofo, “el drama de la vida adquiere valor específico cuando el historiador define su argumento” (1983, p. 335) y que le corresponde a la razón histórica dar ese “paso de lo abstracto a lo concreto” (p. 335), por

⁶⁶⁸ “Carta a Curtius”, *Epistolario* (o. c. p. 118), citado en Manuel Garrido (1983, p. 335).

⁶⁶⁹ Ballesteros (1981, p. 7).

⁶⁷⁰ Salas (1959, p. 64).

el cual “la teoría general de la vida humana se convierte en *biografía* o descripción de una vida personal concreta” (Manuel Garrido, 1983, p. 335)⁶⁷¹.

Ciertamente, definir los parámetros sobre los que sustentar una biografía es tarea compleja, como lo es también escribirla. Como manifestaba Anna Caballé en su ponencia “La biografía, una disciplina en movimiento” (2022)⁶⁷², el levantar el edificio de una vida humana a través de la escritura **no resulta sencillo**. El biógrafo, igual que el cronista de Indias, tiene que implicarse artesanalmente: tiene que **anar fuentes** documentales, **cribar los materiales** más relevantes de esa vida y moldearlos de manera que resulten **atractivos** y clarificadores. Igualmente, el biógrafo, como el historiador, ha de transmitir honestidad, ha de ingeniárselas para acreditar que la reconstrucción de esa vida es rigurosa y verdadera. En palabras de Dosse, ante todo “el género exige un pacto con la verdad” (2007, p. 410):

La otra gran mutación sufrida por el género biográfico se halla en el ámbito de la verdad. Atrapada por la tensión entre la mimesis y lo imaginario en su representación del pasado, la biografía se ha tomado desde hace mucho tiempo muchas libertades con la verdad. Dependía antes que nada de la esfera del juicio y se presentaba como un discurso de las virtudes. Su discurso era moral (...). Lo que contaba el modelo y la manera en que sus virtudes quedaban aprobadas. (...)

En nuestros días, admitiendo la parte de ficción requerida por la escritura biográfica, el género exige un pacto con la verdad, tal y como Philippe Lejeune define ‘el pacto autobiográfico’ (...) Esta exigencia de verdad acerca la biografía a la disciplina histórica cuyo mayor fundamento se halla en el respeto de un contrato de verdad establecido como tal desde Tucídides. La verdad ha sido siempre el objetivo de la escritura histórica, incluso si su forma de objetividad permanece siempre incompleta, enunciándose en lenguaje equívoco (...), a partir de una subjetividad implicada en un lugar y en una práctica. Este pacto referencial es común en el biógrafo y en el historiador, con la convicción firme de que la “aventura del reconocimiento” es imposible tanto en el uno como para el otro, ya que sus investigaciones aportan conocimientos indirectos a partir de mediaciones (Dosse, 2007, p. 410).

⁶⁷¹ Para un mejor acercamiento al pensamiento orteguiano, véase Manuel Garrido, “El yo y la circunstancia”, *Teorema*, XIII (3-4), Universidad Complutense de Madrid, 1983, 309-344.

⁶⁷² La ponencia forma parte de los ‘Talleres de Tesis Doctorales’ celebrados los días 1 y 2 de diciembre de 2022 en la Facultad de Filología y Comunicación de la Universidad de Barcelona [y que contaron con la participación de Adolfo Sotelo -“Alrededor de Camilo José Cela”-, Mercedes Serna -“Mi trayectoria investigadora: dudas, azares, aciertos y destinos”-, Anna Caballé -“La biografía, una disciplina en movimiento”-, Edgardo Dobry -“Cómo se lee un poema: líneas de investigación en poesía”- y Lola Josa -“Perspectivas, metodologías e inquietudes”-].

Y, por ello, el biógrafo ha de resultar convincente; de forma que el lector se prenda del personaje y, también, de su historia vital. Coincidiendo así con la escritura histórica, el biógrafo ha de habilitar técnicas de persuasión, como lo hace el cronista. “De ahí la importancia de la retórica”, subraya Dosse (2007, p. 412), y “del tipo de narración elegido” para recrear “el efecto de realidad” -en el caso historiográfico- y “el efecto de vivido” -en el biográfico- (Dosse, p. 412).

En cuestiones metodológicas, la mirada del biógrafo también se aproxima, y en mucho, a la del historiador. Ambos parten de ese elemento singular, de un legado -sea hito histórico u obra artística- por el cual interesa explorar al personaje. Y ambos, tanto el escritor de vidas como el de la historia, se ven obligados a definir un argumento, y a “justificar su elección desplegando las varias razones” (Dosse, 2007, p. 99) que motivan ese hilo argumental, las que les hacen tomar una u otra perspectiva. En otras palabras, se ven inquiridos a darle un sentido determinado a esa escritura.

Especialmente en el género biográfico, “se siente la necesidad de explicarse ante los lectores” (Dosse, 2007, p. 94), de confesar las intenciones que mueven a esa biografía. En *La apuesta biográfica*, Dosse lo denomina “la implicación de los biógrafos” (2007, p. 94), sintagma que nos retrotrae a aquella premisa anteriormente citada de Carr: “historiar significa interpretar” (2006, p. 98). Y es que aquí tropezamos con el mayor desafío del biógrafo. Nada más complejo que esta última instancia, considera la doctora Caballé, porque nos conduce a la interpretación (Taller, 2022)⁶⁷³. Hemos de recordar que a diferencia de la autobiografía, que es narración autodiegética, en la biografía el narrador cuenta desde el exterior, en un plano heterodiegético, lo que ha aprehendido de la vida de ese individuo. Una vida presupuestada, por ende, porque el otro nunca se nos presenta entero; porque siempre habrá vacíos que rellenar al biografiar al prójimo.

Ante este desafío, incide Caballé en la necesidad de edificar biografías de investigación rigurosas y coherentemente construidas; avaladas, asimismo, en fuentes primarias; que persigan un sentido determinado y que contengan ingredientes sorprendidos que capten el interés del lector. La narración de una vida no deja de ser un relato, explica

⁶⁷³ Anna Caballé, “La biografía, una disciplina en movimiento”, Taller de Tesis Doctorales (2022).

esta especialista en escrituras biográficas, y no es posible deslindar esa escritura de quien la escribe. Es tanto así, que el biógrafo deja su impronta en la elección de datos, en la dirección hacia la cual conduce su narración y en el modo en el que interpreta esa vida. Desde un enfoque intelectual, por consiguiente, el escritor de vidas actúa como un hermeneuta, que interpreta una vida ajena para darle un determinado sentido. Un sentido que ha decidido, finalmente, el biógrafo⁶⁷⁴.

Pidió Henry Bergson a los biógrafos que “no se ocupen de mi vida, que sólo se ocupen de mi obra” (Dosse, 2007, p. 363)⁶⁷⁵, alegando categóricamente que su vida era privada y que en nada podía arrojar luz al entendimiento de su doctrina. Al arrimarnos a un personaje como Oviedo, no obstante, no identificamos el estudio biográfico como algo accesorio, sino sustancial.

Al trazar el sentido para elaborar su semblanza, descubrimos que la biografía del alcaide cuenta aún hoy con múltiples lagunas por rellenar. En la actualidad, el cronista de Indias espera paciente la mirada de un biógrafo pertinaz y decidido a sacarlo de tanta oscuridad en la que todavía sigue sumido el autor de la *Historia*. Además, -y no por ello obviamos las horas de escudriño de archivos que han dedicado sus biógrafos anteriores- resulta ser que, en gran medida, es la escritura autobiográfica ovetense la que nutre y suministra los materiales de sus biografías. Él es la principal fuente documental de su propia vida. Y ya conocemos, a estas alturas, el afán de vanagloria que padecía el historiador.

⁶⁷⁴ Este fragmento acoge un resumen de ideas de la ponencia impartida por la doctora Caballé en ese Taller impartido en la Facultad de Filología de la Universidad de Barcelona.

⁶⁷⁵ Dosse pone el ejemplo de Bergson, que se oponía categóricamente a la exposición biográfica:

Con fecha del 2 de febrero de 1935, dejó, efectivamente, unas “Instrucciones con respecto a mi biografía”: ‘No hace falta que mencione a la familia: no le importa a nadie. Decir que he nacido en París, en la calle Lamartine. Explicar si acaso, que nunca tuve que ser naturalizado, como se ha pretendido: habiendo nacido en París, sólo tuve que optar, cuando llegué a la mayoría de edad, por la nacionalidad francesa, de acuerdo con el artículo 9 del Código Civil... *Insistir constantemente* en el hecho de que yo siempre pedí que nadie se ocupara de mi vida, que se ocuparan únicamente de mis trabajos. Siempre he sostenido que la vida de un filósofo *no arroja ninguna luz* sobre su doctrina, y no concierne al público. Me horroriza esa publicidad, en lo que a mí respecta, y lamentaría eternamente haber publicado mis obras, si esta publicación supusiera atraer sobre mí este tipo de publicidad. (Dosse, 2007, p. 363).

Empero existe un férreo vínculo entre la vida y la crónica del madrileño, que no podemos soslayar; y más cuando la imbricación resulta sinérgica, cuando cualquier fragmento autobiográfico puede contribuir una mejor interpretación de su escritura historiográfica. Porque existe una correlación y una causalidad entre las peripecias vitales del autor y la escritura de su *Historia*.

Sabedores, pues, de que toda biografía exige un punto de vista, y siguiendo esa máxima del género que alienta al biógrafo a enunciar el sentido, edificamos nuestra breve semblanza sobre un entramado en el que la *Historia* es tan protagónica como el biografiado. En un relato de vida que cuenta la forja de un escritor, de ese “intelectual” que ve coronada su vocación con el nacimiento de su *Historia*. Compañera fiel, la crónica madura como lo hace su artífice; sigue el dictado de sus pasiones y el ritmo de sus pasos, sean en tierras indianas o castellanas; acoge en su seno a la familia de Oviedo, la retrata y la llora con el autor, y rechaza a sus adversarios, engrosándose de vituperios; y con la ilusa esperanza de verse concluida, resta a su lado en la postrera jornada de vida de don Gonzalo, apagándose con él.

Para concluir, pues, daremos razones de esta elección. Partimos del estudio de una *Historia* que nos atrapa por sus formas narrativas y nos topamos con una primera persona autobiográfica que se inmiscuye en los relatos, que se confiesa y se nos enfada, que nos abre continuos senderos de metarreflexión y nos hace partícipe de lo que acontece en su devenir vital. La obra, nuestro punto de partida, nos remonta al autor. Y ese cronista, que sólo nos interesaba por su legado, se nos va tornando de carne y hueso, se nos va haciendo conocido en nuestros tantos encuentros de lectura, durante esos profusos cinco volúmenes de *Historia*. La vida y la obra de Oviedo se entrelazan en sus dos dimensiones. Trabajan en equipo para atrapar al lector. Desde esta óptica, y como lectora, pretendo yo con esta semblanza atraparlos.

- 2.2.3.2 RAÍCES Y FORJA DE UN ESCRITOR EN CIERNES: 1497-1514

“Si otros caballos son más veloces, sus conductores no te aventajan en obrar sagazmente. (...) Piensa en emplear una *metis*⁶⁷⁶ múltiple para que los premios no se te escapen. El leñador hace más con la *metis* que con la fuerza; con su *metis* el piloto gobierna en el vinoso ponto la veloz nave combatida por los vientos, y con su *metis* puede un auriga vencer a otro”.

(Homero, *Iliada* 306-349; XXIII)⁶⁷⁷

Por lo que acontece un día desconocido del mes de agosto de 1478⁶⁷⁸ en Madrid⁶⁷⁹ cobra sentido esta semblanza. Esa fecha señala dos nacimientos: el de Gonzalo, el hijo de doña Juana, y el del futuro autor de la *Historia*.

Los escritos no arrojan luz sobre la identidad de su padre; uno de los muchos secretos que procuró el escritor no desvelar a sus lectores⁶⁸⁰; un misterio que, la *Historia*,

⁶⁷⁶ La *μητις* en la tradición griega hacía referencia a una suerte de inteligencia astuta, a la sabiduría y el ingenio del ser humano para manejarse y sobrevivir especialmente en medios adversos. Martos y Martos, a propósito de Odiseo, explican que el ardid que le permite al heroico Ulises terminar con la guerra de Troya “es, ante todo, una acción intelectual, llena de sagacidad, previsión, flexibilidad, atención vigilante, sentido de la oportunidad y experiencia” (2015, p. 132). Mario Jaramillo, citando a Vernant, especifica:

La *metis* es una forma de inteligencia y pensamiento, un modo de conocer. Implica un conjunto complejo, pero muy coherente, de actitudes mentales y de comportamientos intelectuales que combinan el olfato, la sagacidad, la previsión, la flexibilidad de espíritu y la simulación, la habilidad para zafarse de los problemas, la atención vigilante, el sentido de la oportunidad, habilidades diversas y una experiencia largamente adquirida [Vernant, 1988, p. 11] (Jaramillo, 2017, p. 7).

⁶⁷⁷ Homero, *Obras Completas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1955.

⁶⁷⁸ Cuenta Ballesteros que en el original manuscrito de la *Historia* que cobija la Real Academia de la Historia (colección Salazar, tomo I, folio 128) se documenta esta aseveración: “una cosa diré aquí, que aunque hé setenta años ... e los cumplí en el mes de agosto en que estoi”. Un fragmento, sin embargo, que fue borrado de la *Historia* en revisiones posteriores (Ballesteros, 1981, p. 47, nota 7). A ello también alude Amador de los Ríos en su introducción a la *Historia* (1851, tomo I, p. XIII).

⁶⁷⁹ En la pasión de Oviedo por su ciudad natal se detiene el texto de Ezquerda (1982, pp. 11-27). Este fragmento ejemplifica el sentimiento que inspiraba esta villa en el autor: “así los que nacen en Madrid es muy aprobado e natural que salgan los mejores hombres que allí nacen e muy virtuosos e gentiles cortesanos...” (Ezquerda, 1982, p. 27).

⁶⁸⁰ Sobre este dato, siguen construyéndose hipótesis, y alimentándose el misterio.

En las páginas prologales a la *Historia*, Amador repara en el alarde que Oviedo hace de la calidad de hidalgo de su padre, al que, no obstante, no menciona, y baraja dos nombres posibles: Fernando de Oviedo, regidor de Madrid, o Juan de Oviedo, secretario de Enrique IV (1851, p. XIII).

Pérez de Tudela confiesa, por su parte, que no es posible determinar el nombre de su padre, pero tiene “la certeza [de que] no Juan de Oviedo, secretario de Enrique IV, como apunta Amador” (1957, p. 197), porque en los tiempos de ese rey su padre era “mancebo”. Así lo testimonia Oviedo en su Diálogo II, Batalla I, Quinquagena IV, dedicado al señor Gómez Manriquez:

Habéis de saber que mi padre era mancebo en aquella sazón e deseaba saber e entender lo que veía en su tiempo (...), e guardó muchas memorias de aquellas ocurrencias (...). Y entre

tan atiborrada de datos sustanciosos, silencia enigmáticamente. ¿Quizá ese mutismo, como señaló Peña, vino determinado por los orígenes conversos⁶⁸¹ del cronista? El estudioso parecía convencido de ello, pues, que ese Oviedo “tan hablistán de lo propio y ajeno, tan aficionado a desenmarañar parentelas, linajes y blasones de los demás” (1957, p. 625) omitiera en todas sus obras el nombre de su padre le resultaba cuanto menos sorprendente. O, ¿quizá una afiliación del padre al bando de la Beltraneja⁶⁸² determinó esa ocultación? “Motivos muy poderosos debieron existir”, consideraba asimismo Miranda, para que este historiador “nada remiso en ostentar su condición y en revelar las principales vicisitudes de su persona, nos deje sin dato alguno sobre sus descendientes” (Miranda, 1950, p. 10).

No obstante, se empeña en defender Gonzalo, en sus escritos historiográficos y autobiográficos, que su vocación de escritor le viene de herencia, como un legado que le deja su padre. El alcaide recuerda a su progenitor como “un hombre que holgaba escribir para su acuerdo y memoria todo lo que su tiempo pasaba y él veía o muy cierto constaba” (Quinquagena III, *MGFO*, II, p. 657) y no depara en elogios⁶⁸³, señalando su “buen

ellas (...) os diré ahora (...) e dice así: ‘Muerto el rey don Enrique (...)’ (*BYQ*, 2000, tomo III, p. 15).

Ballesteros también dictamina que le resulta “absurdo y no hay prueba documental alguna” de que su padre fuese Juan de Oviedo, secretario de Enrique IV en 1466 (1981, p. 41).

Peña, inmerso en resolver el enigma, apunta al linaje de los Valdés, que “este apellido Valdés, Gonzalo no deja de traerle siempre a cuento, con una especial importancia”: “No quiere que se le quede en el tintero y le gusta ostentarle precedido de un alias, fórmula que aparece desusada en el época, pero a la que él se muestra muy aficionado: ‘alias de Sobrepeña’ puso en su primera obra el *Don Claribalte*, y ‘alias de Valdés’ puso en todas las demás, y había antes hecho que pusieran en un documento oficial, de especialísima importancia (...) para las armas de su familia”, un mejoramiento de su escudo. (1957, pp. 627-628).

Dato revelador es el que su hijo Francisco (recordémoslo como aquel expedicionario de Almagro que perdió la vida en tierras indianas) se apedillara González de Valdés.

Uría, finalmente, en su investigación sobre el linaje de Oviedo acredita a Juan de Oviedo como tío del cronista (p. 20) y defiende a un tal Miguel de Sobrepeña como padre de Gonzalo. Señala, eso sí, cierta obscuridad en el linaje de los Sobrepeña -motivo por el que desaparecería su mención tras la publicación del *Claribalte*- (p. 23) y arremete contra la naturaleza “hebraica” que le habría atribuido Peña al cronista: “no existe razón alguna en que fundamentar (...) que Oviedo fuese hijo de padre o madre conversos” (p. 25). Para concluir, argumenta: “ahora bien: que entre los apellidos de su padre existiese algún Valdés nos parece más que probable, dada la verdadera plaga de Valdeses que existió”, aunque “no hay necesidad de llevar en este caso el agua genealógico al molino filo-hebraico del parentesco con el secretario de Carlos V, Alfonso de Valdés” (Uría, 1960, p. 28).

⁶⁸¹ A Ballesteros no le parece inverosímil esta conjetura de Peña, dada la naturaleza del círculo de “amistades y protectores futuros de Oviedo” (1981, p. 41)

⁶⁸² Esto se sustenta sobre la hipótesis de la vinculación del padre con Enrique IV, “que se declaró por la Beltraneja” (Ballesteros, 1981, p. 41) y fue “debido a ello, perseguido o malquisto por Isabel [la Católica] y sus partidarios” (Miranda, 1950, p. 10).

⁶⁸³ A Avalle-Arce ese hermetismo a propósito del nombre del padre y, a la par, su utilización recurrente como fuente testimonial le despierta al estudioso cierto resquemor:

Creo que la conclusión es obvia: nuestro memorialista, al narra acontecimientos que él no podía conocer de forma directa, ni tenía tampoco fuente impresa a la que citar, inventa la autoridad histórica de su padre, a quien asimismo finge memorialista, cuando, en realidad, lo que hace es copiar y resumir una crónica manuscrita (Quinquagena III, *MGFO*, II, p. 657)

entendimiento” (p. 657) y su buen oficio, que “de su mano dejó escritas (...) muchas memorias de que yo me he aprovechado” (p. 657).

Sea como fuere, Gonzalo prefiere omitir ese dato nominal y confiar en su *metis* para labrarse un destino por sí mismo. Y, así, a sus tempranos doce años, lo encontramos al servicio del hermano de Fernando el Católico, empezando a familiarizarse con la vida cortesana. No es dato irrelevante para un joven niño tener el privilegio de trabajar en casa de don Alfonso de Aragón, segundo duque de Villahermosa, “uno de los principales magnates de la monarquía” (Miranda, 1950, p. 11). Según asevera Amador de los Ríos, gracias a su señor, en esa ‘Casa de Minerva y de Marte’⁶⁸⁴ (Ríos, 1851-55, p. XIII), que es punto de encuentro de personajes insignes y doctos, arraiga una precoz “afición por las letras” (Ballesteros, 1981, pp. 42-43), su verdadera vocación. Empero, no olvidemos que nuestro biografiado es aún un jovencito en esa época, si no llamarlo un chiquillo, y que su formación, tal y como él no oculta nunca, será autodidacta⁶⁸⁵. Peña, siempre escéptico sobre el linaje del autor de la *Historia*, y que ha explorado las redes socioculturales que hilvanan la vida de don Gonzalo, plantea la posibilidad de que fuese fray Diego de Deza quien le proporcionase ese empleo:

Extraña, un tanto, encontrarnos tan niño en Aragón, en Zaragoza, a un castellano, un madrileño (...) ¿(...) pasó él sólo destinado ya al servicio del duquesito? (...) ¿quién le introdujo en la casa ducal? Todo hace pensar que la Duquesa, pues que era la castellana. Y es el caso, además, que su madre se llamaba Isabel Deza, y tenía deudo con fray Diego de Deza -ambas cosas nos las dice el mismo Oviedo- (...). Si es que fue Deza el que llevó a Gonzalo al palacio ducal, él sería también quien le colocaría después con el príncipe don Juan, de quien era maestro, y quien, andando el tiempo, siendo Inquisidor mayor, le colocaría en la Inquisición” (Peña 1957, pp. 651-653).

⁶⁸⁴ En relación con este sintagma nominal que Amador de los Ríos atribuye a Oviedo -y que no he podido localizar ni en la *Historia*, ni en las *BYQ*, ni en la *QNE*. Peña, no obstante, ofrece sus pertinentes aclaraciones:

Gonzalo, nacido en 1478, tenía, pues, casi exactamente la misma edad que este hijo de sus amos; acaso por ello participara algo en sus juegos y estudios y esto le haga recordar a la de los duques como ‘casa de Minerva y de Marte’: de Marte no hay duque, pues el Duque era un milite experto y progresivo, partidario de las nuevas armas: ‘De muy gran consejo para la guerra, al primero que metió robadequines en Castilla’, nos dice el Cura de los Palacios (Hist. I. 64). La escuela que en esa casa tuviera Gonzalo le duraría, a lo sumo, cinco años, y bien niño, entre sus siete y sus doce (1957, pp. 650-651).

⁶⁸⁵ Peña ironiza antes el panegírico de Oviedo que elabora Amador de los Ríos, quien magnifica la formación del joven Oviedo durante esos años. Sobre esta cuestión edifica Peña su crítica a la ‘Vida’ que reconstruye Ríos en las páginas precedentes a la *Historia* (1851-1855): “De haber cursado estudios posteriormente, en universidades u otras escuelas, nada dijo nunca y todo en él y en su vida está pregonándonos el autodidacto superdotado” (Peña, 1957, p. 651).

Sea de una u otra forma, con estos desempeños se le abren nuevos caminos a Oviedo al servicio de la corte. Y, por ello, desde la remembranza, Oviedo lo evocará con orgullo y con cierta ternura, expresando la deuda contraída con su señor don Alfonso⁶⁸⁶, quien lo ha ‘criado’ y lo presenta en la palaciega corte, donde el mozo se deslumbra ante reyes, caballeros y “principales varones de España”⁶⁸⁷.

Y, allí, en la Casa real, y junto a un príncipe, se encuentra Gonzalo meses después, sirviendo al primogénito de los Reyes, gracias a esa intercesión del obispo dominico Fray

⁶⁸⁶ De su peripecia vital al lado del duque, sacará posteriormente Oviedo sustancia para trufar literariamente sus *BYQ* (1983, tomo I, pp. 181-184), narrando una succulenta anécdota a propósito del duque de Luna, hermano de don Alfonso de Aragón. Al estilo ovetense, la injertamos aquí como un aparte, porque acredita las mañas narrativas del relator de historia. El diálogo contiene la nota autobiográfica, el ensalzamiento de su oficio de cronista, la legitimación del testimonio de vista, su mucho de amenidad y la moraleja final:

SERENO. “¿Es verdad que un montero de este señor duque de Luna le dio una saetada por el muslo andando a monte, y con hierba la saeta, y que el mismo duque se la sacó y se cortó con sus manos un gran pedazo de carne del muslo propio, por lo cual escapó?”.

ALCAYDE. “Dijeron mucha verdad, (...) encontinente se cortó un gran pedazo de carne en torno de la herida, tan sin palabra ni mudanza, como si cortara en carne ajena o de su enemigo. Y salióle mucha sangre que todas se le había de corromper. (...) Pero con todo eso, llegó muy al cabo de la vida (...) Y así se tuvo por uno de los milagros que la madre de Dios ha hecho (...)”.

“Y después de haber pasado todo eso, fue a Nápoles, donde residió algunos años como visorrey de aquel reino, y volvió a España donde vivió muchos años. *Y como yo fui criado del duque de Villahermosa, su hermano, conocí mucho a este señor duque de Luna, y fui muy su servidor.* Y en verdad, que aunque de sus criados y personas de crédito yo había muy bien entendido este caso, se ofreció que el año de mil quinientos diez y nueve estando la Cesárea Majestad en la ciudad de Barcelona, yo pasé por Montserrat y vi aquella pierna de cera y un religioso de aquel monasterio me contó lo que habéis oído de este milagro; y ido yo a Barcelona, hallé allí al señor duque y le (...) se holgó mucho de que le informase de algunas cosas de nuestras Indias (...). Y a vueltas de nuestras pláticas le pregunté si había Su Señoría mandado poner aquella pierna de cera (...); y me dijo que sí, ... y que tenía en el muslo un hoyo tan grande como mis dos puños cerrados.”

(...)

SERENO. “En aquella (...) no se hallará alguno que tal crueldad usara en sí mismo”.

ALCAYDE. “Crueldad fue; como decís, y la más presta y sabía determinación que se pudo pensar; y pensando, el mayor ánimo que pudo haber en hombre humano, y tal, que después de Dios, ese su atrevimiento y esfuerzo le dio la vida”.

Se ha señalado en cursiva el motivo que legitima el testimonio del autor. Y se ha actualizado la grafía del texto.

⁶⁸⁷ En uno de esos tantos pasajes autobiográficos de su *MGFO*, el historiador escribe:

Entended, lector, que ha días que en esta e otras materias escribo y hablo, y no desde ayer, sino sin muelas y dientes me ha puesto tal ejercicio. (...) Y desde el año de 1490, siendo de doce años paje muchacho fui llevado a la corte de los serenísimos e Católicos reyes don Fernando y doña Isabel de inmortal memoria. Y comencé a ver y conocer la caballería y nobles y principales varones de España. Y no os maravilléis si en algunas de las cosas que hasta aquí he escrito y se contienen en estas *Quinquagenas* yo hablo más puntualmente que otro lo haría, porque a la verdad pocos hombres de estado (*y digo muy pocos*) hay en los reinos de Castilla y de León, Galicia, Granada, Navarra, Aragón, Valencia y Cataluña, que yo no los haya visto y conocido a ellos o sus padres o abuelos desde el tiempo que he dicho a esta parte (Quinquagena III, en *MFO*, 1974, tomo II, p. 543).

Nótese cómo el escritor enfatiza con el paréntesis su eximia cortesanía, que “muy pocos” son los que le pueden arrebatar el privilegio de haber conocido a tantos hombres ilustres. La enumeración retórica de comunidades españolas amplifica aún más esa condición, le inyecta mayor relieve.

Diego de Deza. Y volvemos a acusar otra coincidencia en las edades del siervo y el señor. “En 1491, a los trece o catorce años”, explicita Peña, “vuelve ya Gonzalo a Castilla, al servicio de un primo de su amito, el príncipe don Juan” (1957, p. 654). Según cuenta Ballesteros, solo dos meses de edad separan al príncipe don Juan de su mozo de cámara, “y esto hizo que lo prefiriera” (1981, p. 45) de entre todos los otros sirvientes reclutados por sus padres. Nos parece un poco osado aseverar una “especial inclinación del Infante por D. Gonzalo” (Ballesteros, 1981, p. 45), por la distinción social y porque la fuente testimonial es el propio Oviedo, tan dado a la autoloa. Empero, la *Historia*, que tanto estima a su autor y que tanto promociona su don de gentes, va a desplegar tan eficazmente sus artimañas en persuadirnos de ello, que hasta Ballesteros cree a ciencia cierta en esa estrecha vinculación. El biógrafo nos sitúa al joven apegadito al primogénito real, acompañándolo en sus momentos de hastío y en sus noches de lecturas y “recibiendo una educación de príncipe” (p. 45): “así comenzó a fortalecerse, en la mejor aula palatina de la época, la formación humanística del futuro escritor” (1981, p. 45). Aunque, como señala Fabregat, son las memorias con las que Oviedo teje el *Libro de la Cámara Real* las que cuentan la verdad: que esas lecciones reales no estaban al alcance del servicio, y que don Juan asistía a sus clases “sin más discípulo que la persona del mismo príncipe” (2006, p. 14).

Mas, al margen de esto último, ciertamente el desempeño de estos oficios (el de mozo de cámara de príncipe y el de mozo de cámara de llaves⁶⁸⁸) le proporciona a Gonzalo la oportunidad de conocer esos mundos cortesanos, de aprender a desenvolverse con soltura y de apresar en la pupila momentos y personajes de gran calado histórico. Asombrado, el adolescente registra en sus notas todo lo que presencia: “el campamento y ciudad de Santa Fe y el asalto y rendición del último baluarte morisco de Granada” (Salas, 1959, p. 64) en 1492; el atentado al rey Católico⁶⁸⁹ o la arribada a Barcelona del almirante Colón, quien porta las primeras exotocidades indianas para la reina castellana. Y procura también imprimir en su caligrafía el júbilo por las nupcias de los príncipes y el sentir por la infortunada muerte de don Juan -ese fatídico el 4 de octubre de 1497, hecho

⁶⁸⁸ Informa Fabregat que Gonzalo empieza desempeñando el “oficio de mozo de cámara del príncipe, con un sueldo anual de 8.000 maravedís” y luego, “de responsabilidades más altas y recompensa económica más sustanciosa, el de mozo de cámara de llaves” (2006, p. 14).

⁶⁸⁹ Recuerda el escritor de las *BYQ*: “yo me hallé entonces page muchacho de edad de 14 años, en la Cote de los Reyes Católicos, en Barcelona, año ya dicho de 1492. Y esta traición muchos la han escrito, e yo la escribí en la segunda parte del Catálogo Real de Castilla” (*BYQ*, 2000, tomo II, p. 114).

que lo suma en un profundo pesar, que “trunca sus aspiraciones cortesanas” (Orjuela, 1992, p. 13)⁶⁹⁰ y que le originará un giro de rumbo vital.

En este sentido, la curiosidad y la afición escritural -su vocación de relator de historias- se erigen ya desde una temprana edad como innatas en Oviedo. Un rasgo ‘virtuoso’ que se empeñará en reiterar en sus escritos el cronista. Y que, aunque pueda presumirse jactancioso, resulta ser un dato verdadero, sin “visos hiperbólicos” (Pérez de Tudela, 1957, p. 427). Una afirmación ésta en la que también concuerda Peña:

Se le ve siempre gozar manejando la pluma y fueron miles y miles los folios con que con ella llenara de trazos seguros, elegantes, angulosos, generalmente pequeños, minúsculos muchas veces. No sólo han llegado a nosotros autógrafos la mayor parte de sus obras literarias y en varias copias algunas, sino sus cartas, memoriales, pedimentos y hasta sus protocolos de escribano y aún los índices de los mismos. Oviedo fue, antes que ninguna otra cosa, un hombre de pluma, empezando por el sentido más material de la expresión. Es indudable que disfrutaba escribiendo, fuera como escritor, como corresponsal, como memorialista, como pleitista, como procurador, como escribano; pero, en cualquier de esos casos, su gozo empezaba como escribiente” (Peña, 1957. p. 655).

Para O’ Gorman “Oviedo es el primer gran cronista de las Indias” (1972, p. 42). Y esa afirmación no le reviste duda alguna al estudioso. No obstante, le recuerda O’ Gorman al lector que nuestro historiador “no se crea que de golpe y porrazo. (...) precisa e importa mucho saber cuándo, por qué y cómo (...)” (1972, p. 42). Y en esos menesteres andamos, con la conclusión ya de que el argumento de su vocación de escritor no es vanidad ni engreimiento, es la expresión de un dato sincero. Y lo es porque se rastrea ya de forma incipiente en esa época, cuando el joven no sabe que la *Historia*, monumental y compleja, lo está esperando.

⁶⁹⁰ Héctor Orjuela define este momento como un “duro golpe” para el devenir vital de Gonzalo; un trance pretérito que hace aflorar también en las *Quincuagenas* al su *yo* doliente:

No me engaño en contar mis días por ausentes pues que son los más de ellos pasados, y la barba es de la color del papel. Perdí en Salamanca todo el bien que pretendía y esperaba de esta mortal vida, pues allí, miércoles 4 días de mes de octubre, día de san Francisco, a medianoche o pasada, llamó Dios, año de 1497 años, a su gloria el serenísimo Príncipe don Johan mi señor, hijo de los Católicos rey don Fernando y reina doña Isabel que ganaron a Granada, etc. E yo le servía en la cámara o guardarropa dos años antes que el fuese al cielo. Así que allí se acabaron las esperanzad que yo esperaba e me ofrecía esta vida (Orjuela, 1992, p. 14).

Nótese el dramatismo insuflado a la narración: “perdí todo el bien (...) que pretendía y esperaba en esta mortal vida”. El casi octogenario escritor revive esa encrucijada que le deparó el destino, y con ello el padecimiento que le supuso. Véase también el detallismo del enmarque cronológico. Siguiendo los criterios establecidos previamente, se ha modernizado la grafía de esta cita.

Pero mientras su obra maestra lo aguarda pacientemente (para que le dé vida, y la colme de vivencias⁶⁹¹), tiene el muchacho de diecinueve años que seguir medrando. Seis son los que ha pasado al lado de su príncipe, que con su misma edad fallece de tuberculosis. Seis años que, según Peña, han resultado “decisivos en su formación” (1957, p. 656), una época de “trabar relaciones, (...) de conocer (...) a casi todos los personajes de aquel reinado y de los reinados siguientes” (p. 656); “sin duda, (...) los años más felices de su vida” (p. 656). Ahora, tras disolverse la corte, Gonzalo Fernandez de Oviedo va a comenzar a vagar buscando su sitio. Y tras unos meses sirviendo en Zaragoza a sus reyes, decide darse una oportunidad de progreso ensanchando sus miras hacia nuevos espacios; apuesta el madrileño por aventurarse en tierras italianas.

Se inicia así un nuevo periodo, comprendido entre 1498 y 1512, que Fabregat ha denominado “trienio italiano y los años de búsqueda” (2006, p. 15). Sirviendo a distintos nobles, viaja Oviedo por la península itálica y por la isla de Sicilia, empapándose del saber renacentista; cruzándose con insignes personalidades humanistas que determinarán su formación artística e intelectual. Son años de ilusiones y de osadías, de ese arriesgarse, con el atrevimiento que te proporciona esa edad. “Al brío que comunican los veinte años, a la confianza en su arte con las tijeras, se unía en él la noción de superioridad que es común a los graduados en ‘altas escuelas’” (Pérez de Tudela, 1959, 117, p. XXII), infiere el biógrafo, “la meta más o menos consciente de la andanza por tierras extrañas no había de ser otra que la de asentar en casa regia o principesca, donde se colma la aspiración del que ama la vida bella, noble” (p. XXIII),

En el marco de esas andanzas, su primer enclave será la corte milanesa, y 1499. En Milán, y con veintiún años, “se alista bajo las banderas de Ludovico Sforza, el Moro”,

⁶⁹¹ La memoria es uno de los pilares del historiador. En su senectud, cuando la Historia está acogiendo sus últimos libros, el cronista halla de nuevo motivos para registrar esa diamantina estima, imperecedera, hacia el infante don Juan, contando detalles sobre aquellas nupcias:

Pero porque no es fuera del propósito de lo que he dicho de suso, traerá a memoria de los lectores lo que vi en las bodas e casamiento de serenísimo príncipe don Joan, mi señor, de gloriosa memoria, al cual yo serví en su cámara; y será esta recordación alguna recreación de personas graves y generosas de España, de los viejos que viven o aquellos vieron el año de mill e cuatrocientos e noventa y siete. En Burgos, (...) los Reyes Católicos celebraron las bodas del príncipe don Joan, su primogénito, con madama Margarita, su mujer, hija de la Cesárea Majestad del Emperador Maximiliano, y hermana del serenísimo archiduque, que después fue Rey, don Felipe; y estas velaciones fue secretas, con una misa rezada; (...) Y la fiesta de este día fue tan sumptuosa que no faltaron la mayor parte de los grandes e señores de España, e de las señoras más generosas o mayor parte de sus reinos, e todos los atavíos e joyas que de toda España e fuera de ella se pudieron juntar para solempnizar tanta e tan deseada fiesta (*Historia*, 121, Libro XLVIII, cap. VI, p. 230).

duque de Milán”.⁶⁹² Allí conoce a Leonardo da Vinci, a quien sorprende con su habilidoso arte con las tijeras⁶⁹³. Porque, como cuenta el escritor, nunca halló a nadie que con la pluma hiciese tantas virguerías como las conseguía hacer él con las tijeras⁶⁹⁴. Oviedo está intentando encajar en ese nuevo mundo, y como el lucimiento es necesidad en don Gonzalo, va exhibiendo su arte por de tijeras, esperando ser laureado. Técnica talentosa, ciertamente, con la que había amenizado ya a su estimado príncipe Joan, y con la que también logrará encandilar en Mantua, según cuenta, a Andrea Mantenga, “aquel excelente pintor que entonces allí vivía (...) que era otro Leonardo”. (BYQ, 2000, tomo III, p. 261). Y es que, con la caída de Milán, no ha tenido más remedio que volver a mudarse, ahora al servicio de la duquesa de Mantua, Isabel de Aragón.

Empero, la inquietud siempre será rasgo de este escritor que, por su *Historia*, cruzará en múltiples ocasiones los mares. Y esa impaciencia lo hace aprovechar que el

⁶⁹² Plasencia (2017, p. 43).

⁶⁹³ Oviedo reproduce en sus BYQ un diálogo entre Ludovico Sforza y Leonardo Da Vinci, a propósito de su habilidad con las tijeras. La ostentación ovetense se derrama empalagosa por la narración:

Corté un Milán el año de 1499 un motete de canto de órgano puntado a cuatro voces, con las armas del duque, que era la sazón del señor Ludovico Esforza, que por otro nombre le llamaban el Moro; el cual, maravillado de la sotileza de aquella obra, quiso verme cortar, y en su presencia corté todo lo que él quiso mandarme” (BYQ, 2000, tomo III, p. 260).

El diligente español no puede estar más gozoso al poder mostrar sus virtudes, pero mucho más lo está vanagloriándose de los laureles que recibe. El diálogo, que combina el estilo indirecto con el directo, no tiene desperdicio:

E maravillándose de lo que veía, preguntó a un su grandísimo pintor y escultor, llamado Leonardo de Avince (que era por su arte, según algunos decían, el único en Italia) que qué le parecía de lo que yo hacía. Y el Leonardo dijo: ‘Crea Su Excelencia que esta es la cosa del mundo que hasta hoy he visto que más me haya maravillado. Y si no se lo viera cortar, yo no creyera que hombre podía hacer cosa tan sutil con solas las tijeras y sin dibujo alguno, más de solamente a memoria mental mover las manos’. E entonces dijo el duque: “*Si questo spañol fuora el tempo de quey antigui romani, fuora laureato per Dio de le forfectie*” (BYQ, 2000, tomo III, p. 260).

Nótese como la *amplificatio* en el retrato de Leonardo -en especial, el sintagma ‘el único en Italia’- enfatiza aún más el valor del juicio del pintor frente a la habilidad artística de Oviedo. La intervención dialógica del duque, transmitida en italiano, camina en el mismo sentido, legitimando esa aseveración como testimonio verdadero, fidedigno.

Concebimos estas estrategias retóricas, también presentes en la *Historia*, como mecanismos de autoglorificación, como promoción personal.

Porque, como explica Ballesteros, “tanto Leonardo como Mantegna eran favorecidos con la protección de los príncipes, y cabe preguntarse si Oviedo los alaba porque los duques les encargaban la decoración de sus palacios, o porque sinceramente, su arte le placiera” (1981, p. 62).

⁶⁹⁴ Relata en sus BYQ:

Lo uno, que nunca hallé quien tan buena letra hiciese con la pluma como yo con las tijeras. Digo letra mayúscula o antigua latina. Lo otro, que todos los misterios de la pasión, así como la cruz, clavos, martillo, tenazas, lanza, esponja, escalera, columna, gallo, bolsa, dineros y hasta en número de treinta y más misterios, yo los ponía en tanto compás como la uña del dedo index o próximo al dedo pulgar de la mano. Lo otro, que las armas reales de los serenísimos príncipes don Joan e madama Margarita, mis señores, que eran las mismas que el Emperador don Carlos nuestro señor trae, yo las corté algunas veces (...) (BYQ, 2000, tomo III, p. 260).

Cardenal Juan de Borja, sobrino del Papa Alejandro VI, está pasando por Mantua, para entrar a su servicio. Junto a esta figura ilustre recorre Gonzalo distintas ciudades italianas, y en 1500 se lo sitúa en Roma, durante el Jubileo, entre espías e instigadores⁶⁹⁵. Allí acompaña en su último viaje al Legado, ya finado⁶⁹⁶, tras haber caído enfermo emponzoñado. El Alcaide de las BYQ lo evoca en este diálogo cargado de sentimentalismo:

ALCAIDE. El Cardenal que yo lloro es el reverendísimo don Juan de Borja, Arzobispo de Valencia y Abad de San Anton de Milán, y legado de Boloña y de Perosa, natural de la ciuddadd de Valencia (...), cuya muerte, como digo me llegó el ánima e me ha traído a la memoria esos otros trabajos (...) (BYQ, 1989, p. 453)

En la capital romana, nace su amistad con el poeta Sannazaro, y tras unos meses de estancia, se traslada a la corte del rey Fadrique, en Nápoles para servir como ayudante de cámara.

De estas estadias italianas, llenará sus bolsillos de notas, y su cabeza de recuerdos que narrar con posterioridad: la admiración por Da Vinci y la animadversión por César Borgia; el esplendor de la cultura renacentista y la amoralidad romana; el olor a incienso y el sabor de las romerachas... Así, por ejemplo, aludirá a estas últimas en la *Historia*, echándolas de menos desde la Española, muchos años después:

Romerachas es una forma de raíces salvajes que parecen rábanos, las cuales yo comí en Roma e Nápoles e otras partes de Italia, y aquí asimismo muy buenas las he comido. No granan aquí, e por eso ha mucho que ya no las veo en esta isla (*Historia*, 118, Libro XI, cap. I, p. 17).

Y, de este modo, recorrerá las estancias de su memoria en su Libro XLVIII, casi al final de la tercera parte de la crónica, rememorando esos tiempos italianos:

⁶⁹⁵ En su *Quinquagena I (MGFO, 1974, I, p. 200)*, el cronista rememora ese ambiente de “espías disimulados”:

Recuerdóme, y muy bien de ello, que estando yo en Roma el año de mil quinientos en tiempo del Papa Alexandre sexto, cosas veía que con razón llama el texto espías disimuladas a los clérigos, porque sus sagacidades y avisos para negociar y maleficiar nunca se acabarían de decir, como en aquel tiempo andaba aquella curia romana”.

Notamos una impronta erasmista en estas aseveraciones ovetenses.

⁶⁹⁶ Oviedo relata que el Cardenal fue intoxicado en un banquete que se celebró en casa del Duque de Milán.

No me maravillo de ver a los prósperos derribados, ni a los bajos encumbrados, porque suele Dios quitar los potentes de las sillas y levantar a los humildes. (...)

Vi asimesmo al señor Ludovico, duque de Milán, que fue uno de los principales cristianos, e vile derribado e quitado el Estado; e por la traición de los suizos que a sueldo tenía, fue preso e vendido por ellos al rey Luis de Francia, el cual le puso una jaula, donde murió.

(...)

Vi a César de Borja, duque de Valentinoes, próspero, e halléme en Italia cuando ganó muchas cibdades e villas e castillos en la Romaña; e vile después preso en Medina del Campo en la Mota, e donde se supo soltar; pero no supo enmendar su vida e soberbia, e fue a morir en Navarra, donde le mataron españoles, pero peleando como valiente caballero; e caído le desnudaron en cueros los lacayos, por quitarle las armas e lo demás (*Historia*, 121, Libro, XLVIII cap. II, p. 220).

Desde la distancia temporal, todo se relativiza; se relata con menos pesar. El anciano cronista que escribe esas líneas ha vivido demasiado para recordar aquellas andanzas italianas con excesiva gravedad.

En Italia, empero, parece que una desafortunada estrella guía al joven, a este peregrino español que no encuentra lugar definitivo donde asentarse. “Juventud insegura” (Peña, 1957, p. 664), denomina Peña a ese periodo existencial de Oviedo. Claro que si pudiera el alcaide hablarle a su yo de antaño, le diría que tuviese paciencia, que aguardase a lo venidero. Que la *Historia*, con toda su monumentalidad, lo espera. Que es el destino que le tiene asignadas otras tierras donde afincarse; otras obras, menos artísticas, pero más naturales que contemplar; y otras culturas, más insólitas, que asimilar.

Pero la suerte no da explicaciones. Y tan sólo le permite morar en la corte de Don Fadrique poco más de un año. Este enclave será relevante para nuestro personaje, porque la figura del duque de Calabria, hijo del rey Fadrique, será clave para el cultivo intelectual de Oviedo, en años posteriores. Y tampoco quedará en el olvido el padre.

Como explicará el propio historiador en su *BYQ*, lo recordará con honores en el *Catálogo*:

no podría yo decir del Serenísimos rey don Federique tanto bien quanto en su real persona cupo, y en eso yo escribí en la segunda parte del *Catálogo real de Castilla* (que es precedente a esta de estos *Coloquios de la nobleza de España*) lo que supe e oí de su perdición del rey, como testigo de vista, e no me puedo acordar de su infelicidad sin darme pasión ni querría hablar en ella (*BYQ*, 1989, p. 184).

Y, asimismo, lo conmemorará con estas palabras en la *Historia*:

Yo vi al serenísimo rey Federique de Nápoles en su prosperidad e reino, e le vi salir de él e perderle, e ir por el mundo con su mujer e hijos, y él y ellos murieron por casas e tierras ajenas; y sospecho que fue más por pecados de sus súbditos que por los propios, porque fue un muy excelente príncipe, e la reina, su consorte, una sancta, e sus hijos pequeños, que sus pecados serían de niños, porque tal era su edad (*Historia*, 121, Libro, XLVIII cap. II, p. 220).

Mas, en esa primera década del siglo recién estrenada, cuando este rey es despojado por los franceses, Oviedo se ve impelido, muy a su pesar, a dejar la ciudad napolitana y emprender el viaje de destierro, acompañando a la reina joven Juana⁶⁹⁷, hacia Sicilia, y luego, hasta a Palermo, donde se cruza con Gonzalo Fernández de Córdoba⁶⁹⁸.

Es 1501; Gonzalo cuenta con veintitrés años y pocas estabilidades. Ha iniciado amistades con Pontano, Sannazaro -uno de los fieles que acompañan al rey Fadrique en su destierro (Gerbi, 1978, p. 178)- y también conoce a Serafín del Águila. Pero todo ello no le es suficiente. La curiosidad y “su ansia de medro personal, de ascenso, (...), su afán de hacerse con amigos valiosos” (Ballesteros, 1981, p. 66), todas sus ambiciones lo impelen a moverse continuamente. Y, en 1502, junto a la reina Juana, regresa de nuevo a España.

Lo espera la ciudad de Valencia, y luego Zaragoza. Pero Madrid es origen y destino para el joven aspirante a cortesano; es el espacio en el que encuentra a Margarita de Vergara, su primera y tan amada esposa, y en el que decide afincarse y ponerse al servicio del duque de Calabria.

Cuenta Ballesteros que el rey Católico sacaría a este duque de Italia, quien fue traído a España en “calidad de prisionero”, pero recibido con la pompa y beneficios de un rey (1981, p. 71). Y el rey Fernando piensa entonces en Oviedo para incorporarlo como

⁶⁹⁷ Afirma el Alcaide en las *BYQ*: “(...) la Reina joven, mi señora. Cuyo criado e guardarropa yo fui de Su Majestad y tuve a mi cargo la hacienda de su cámara después que se perdió Nápoles n toto el tiempo que su Majestad estuvo en Palermo de Sicilia, e hasta que vino a España, a Valencia” (*BYQ*, 1989, p. 126)

⁶⁹⁸ Para el Gran Capitán van estas líneas de la *Historia*:

Acordarse han los que viven, e los que nascerán oirán, e leerán los notables e valientes y esforzados caballeros e milites, que en nuestros tiempos se han señalado e honrado su patria, desde que reinaron los Católicos Reyes don Fernando e doña Isabel, de gloriosa memoria, los cuales son incontables; e de los que últimamente han adornado la fama de nuestra nasción, por todo el universo se memoran un grand capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Terranova (...) (*Historia*, 121, XLIX, Libro cap. VI, p. 243).

hombre del séquito del duque por una razón de peso: “lo escogió sabiendo que había sido sirviente del Rey (...) Fadrique, padre del Duque, y (...) habituado las costumbres de éste” (Ballesteros, 1981, p. 71).

Esta azarosa elección va a resultar de lo más beneficiosa para Gonzalo, para su forja de escritor:

Veremos que (...) su cultura era grande y (...) su formación en muchas y variadas disciplinas hace pensar que debió tener a su alcance enseñanzas y bibliotecas importantes. No asistió, sin embargo, a ninguna universidad, y aunque fueran de muy subidos quilates las conferencias dadas en la corte de los infantes y nobles, todo esto no era más que un barniz algo desorganizado, que no podía compararse, ni con mucho, al rigor de la universidad salmantina, o de cualquiera de las universidades extranjeras de su tiempo. Hace referencia (...) a los libros que en Italia pudo ver, pero no concreta. El servicio del Duque de Calabria podía darnos algo de la clave, especialmente de sus lecturas de Plinio, que podemos suponer muy fundadamente apenas fuera tomado como referencia en las lecciones cortesanas. El Duque de Calabria había heredado algo extraordinario de su antepasado Alfonso V, nada menos que la prodigiosa ‘Biblioteca d ‘Aragona’, formada cuidadosamente en el Castel Nuovo de Nápoles por el Magnánimo y llevada a Valencia por el Duque de Calabria. En ella se cuentan las obras que Fernández de Oviedo va a irnos citando en sus libros futuros. Los tiempos que sirvió en la casa ducal de Calabria fueron para él ocasión espléndida para completar una formación hecha a la jineta, sobre la marcha (Ballesteros, 1981, p. 72).

La estima de don Gonzalo por el duque es grande. A su servicio resta hasta 1512, fecha en la que el de Nápoles es encarcelado en Játiva. Es cierto que el cronista, tan arrimado al rey católico, no se pronuncia sobre su proceder injusto para con el duque⁶⁹⁹. Hay ciertas actitudes, convendremos, que no son convenientes en la corte, y Oviedo, que ha olisqueado los aromas de las intrigas palaciegas, los conoce bien. Empero, don Fernando de Aragón, duque de Calabria, tendrá el insigne honor de ser el primero a quien el escritor Oviedo dedique una obra. A su apreciado señor brindará, en 1519, su novela sobre esforzado don Claribalte; quizá, como infiere Gerbi, tratando de amenizar las horas de soledad de aquel caballero que aún permanecía enjaulado en aquel castillo valenciano; “expresando la esperanza de que la lectura de ese libros pudiera olvidara por unos instantes sus muchas desventuras, y con el augurio, apenas velado, de que un día le fuera

⁶⁹⁹ Gerbi retrata al duque de Calabria como un personaje “desdichado e intrumentalizado” (1978, p. 178), un ave en “jaula dorada” (p. 174): es ese joven de dieciocho años que trata de huir “para reunirse con su manguada familia” (p. 174) y al que, entonces, “el rey Fernando lo hizo condenar a cárcel perpetua” Gerbi, 1978, p. 174).

dado regresar al trono de sus antepasados, ese trono a que aspiraba desde (...) jovencito” (Gerbi, 1978, p. 178).

Pero eso será en unos años. A principios de los quinientos, los reveses vitales lo tienen desorientado. Tres años después de su feliz matrimonio con Margarita, ésta y su bebé no nato fallecen por terribles complicaciones en el parto. No es el primer lance, que la joven ya habría sufrido otra pérdida anterior. Mas esta acaba arrebatándole la vida.

Por aquello de que el biógrafo es también intérprete, nos tomamos esta concesión. Dicen que la literatura sana el alma. Y quizá en esa biblioteca del duque⁷⁰⁰, el viudo hallara consuelo para acallar tanto pesar; puede que en las lecturas plinianas, atestadas de singulares dragones, terribles venenos⁷⁰¹ y artes mágicas⁷⁰² entretuviera ese espíritu doliente. Porque la angelical dama, con su belleza excelsa y finura, y con su infortunio, encarna en la narrativa ovetense la tópica del amor idealizado. Gonzalo, cual Garcilaso de la Vega, sufre la enfermedad del amor y de la pérdida. Si la *descriptio pullae* de Margarita nos representa a la *donna angelicata*, el amor eterno hacia su primera esposa, (perdurable en el tiempo y que Oviedo confiesa reiteradamente, aun habiendo contraído segundas y terceras nupcias) nos remite al motivo literario del *Amor post mortem*. La materia vital -la autobiográfica- se torna materia narrativa en nuestro autor. Y su amor pétreo hacia Margarita nos lega pasajes literarios tan emotivos como escalofriantes. Así el escritor de vocación consuela al viudo; así, con la palabra escrita se procura una cura el poeta. Una necesidad, porque, como aprecia Ballesteros:

Un amor tan intenso como el que sintió Gonzalo, cortado apenas iniciado y unido a las trágicas circunstancias en que se desarrolló el triste final, dejaron profundamente alterado su ánimo, no siendo su dolor una nube pasajera, sino algo que le atormentó durante mucho tiempo. En realidad durante toda su vida, aunque volvió a casarse, no desmayó en el entusiasmo por *su*⁷⁰³ Margarita de Vergara (Ballesteros, 1981, p. 72).

⁷⁰⁰ Aclara Ballesteros que “mientras Fernández de Oviedo estuvo casado con Margarita y aún años después hasta el año 1512, permaneció al servicio del Duque de Calabria” (1981, p. 71)

⁷⁰¹ Cuenta Plinio que “no faltan terribles venenos, como el de la liebre de mar, que en (...) produce un vómito pestilente solo con tocarla, y después trastornos de estómago” (NH, 2007, p. 228)

⁷⁰² Escribe el historiador romano “que existen muchos tipos de magia; se realizan predicciones mediante agua, esferas, aire, estrellas, lámparas, calderos, hachas y otros muchos medios, además de la comunicación con los espectros y los infiernos (...)”, y añade, “los magos cuentan con algunas justificaciones, por ejemplo, que los dioses no obedecen ni se muestran a los que tienen pecas” (NH, 2007, p. 641)

⁷⁰³ La cursiva es del autor.

En verdad, sobre esta década existencial los escritos ovetense presentan muchas lagunas. Se sabe que, todavía en vida de Margarita, Oviedo viaja con el duque de Calabria, participando en la campaña del Rosellón contra los franceses. Y que, a partir de 1506, Oviedo empieza a desempeñarse como escribano. “El antiguo preceptor del príncipe don Juan” (Fabregat, 2006, p. 17), Fray Diego de Deza, por entonces inquisidor, vuelve a interceder a su favor, y le procura los oficios de “Notario Público y Secretario del Consejo de la Santa Inquisición” (Ballesteros, 1981, p. 75). No parece, por lo que opina su biógrafo, que fueran estas ocupaciones muy del agrado de don Gonzalo, que prefiere en sus escritos sostener “que hacía de escribano” (p. 75), pero sin “manifestar que *es*⁷⁰⁴ escribano” (Ballesteros, 1981, p. 75). En 1507, adquiere una escribanía en Madrid -para Pérez de Tudela (1959, p. XXXVII) perteneciente al converso Fernard García; para Ballesteros (1981, p. 76), propiedad del también posible converso Cristóbal de Vitoria-. Y que, “antes⁷⁰⁵ de 1512⁷⁰⁶ ha contraído un nuevo matrimonio con una cierta Isabel de Aguilar, de quien tendrá descendencia en ese mismo año” (Pérez de Tudela, 1959, p. XL)

Advierte Fabregat que en lo concerniente a la vida familiar, entramos en uno de los puntos oscuros de la biografía (2006, p. 18). Los vacíos y los desajustes cronológicos ponen en cuarentena las fechas de la muerte de Margarita, de la boda con Isabel de Aguilar y del nacimiento de Francisco. No obstante, sabemos que Isabel viaja con Gonzalo al Nuevo Mundo, y que fallece de unas fiebres en 1521. Una muerte que lo deja trastornado, “perdido el seso”, como narra en la *Historia*:

(...) e volví al Darién, de donde había salido en el mes de agosto; e volví un sábado, nueve de noviembre del mismo año de mill e quinientos e veinte y uno. E otro día luego siguiente, que fue domingo, enterré a mi mujer, que había diez días que estaba enferma. E con el dolor de pérdida tan triste para mí, transportado e fuera de sentido, viendo muerta a mi mujer, que yo amaba más que a mí, estuve para perder el seso; porque demás de tan dulce compañía, e ser mi deseo vivir en el estado matrimonial, como cristiano, no era acostumbrado a las mancebas que mis vecinos tenían, e aun algunos duplicados (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XIV, p. 265)

⁷⁰⁴ La cursiva es el autor.

⁷⁰⁵ Edmundo O' Gorman (1972, p. 60) sitúa cronológicamente el segundo matrimonio entre 1505 y 1508.

⁷⁰⁶ Se registran discrepancias y errores con respecto a los datos que aportan los biógrafos sobre la cronología de este matrimonio y la fecha de nacimiento de Francisco. Ballesteros nombra a Catalina de Rivafecha en la alusión a la segunda nupcia (p. 76), mientras que Pérez de Tudela (1959, p. XL) y Gerbi (1978, p. 167) aluden a Isabel de Aguilar. Se descubre, como apunta Pérez de Tudela (1959, p. XL), el nombre de ésta última gracias a las investigaciones de Otte (1958, pp. 9-62).

Sobre el primogénito de Oviedo tampoco no ponen de acuerdo, ni en su maternidad ni en las fechas.

Pero que, según infiere Gerbi, se supera prontamente (1978, p. 167). Porque poco más de tres años tarda el cronista en volver a casarse, que no es de los que guste de vivir amancebado. Su tercera esposa, Catalina de Rivaflecha y Burguillos, se convertirá en su esposa en 1523. Con ella compartirá su vida hasta bien entrada su senectud, como muestra esta confidencia de su Batalla I (Quinquagena III, Diálogo XXII), porque “demás de merecerse” esa buena compañía, a esa edad sabe lo que quiere:

SERENO. En su vejez me dicen que mostraba ser muy enamorada de la señora doña (...).

ALCAYDE. No os engañéis en eso, que mucho más quieren los viejos que los mozos; y el querer los mancebos no es tan fijo ni tan bien ordenado como el de los hombres que tienen la edad crecida. Y certificoos que en mí lo veo, que paso de los 72 años y más quiero a mi mujer que nunca en la mocedad quise; porque, demás de merescérmelo la buena compañía que Dios me dio en ella, sé lo que quiero e tengo entendido que ella me quiere; e por el cuidado que tiene de mi vida, e por la obra e solicitud con que me sirve, conozco que los mancebos no conocen ni pueden sin larga experiencia conocer (*BYQ*, 2000, tomo II, pp. 282-283).

Y de esta unión nacerá su hija Juana (a la que casará con el sobrino del obispo Rodrigo de Bastidas)⁷⁰⁷; al final, su única heredera.

Empero, le queda a Oviedo mucho camino todavía por recorrer. 1512 supone un nuevo viraje existencial. Al perder la protección del duque de Calabria, decide invertir casi todos sus bienes en una nueva empresa, con aspiraciones de medro: acompañar como secretario al Gran Capitán Fernández de Córdoba en sus incursiones francesas. Adversa es la fortuna, nuevamente:

⁷⁰⁷ En lo que concierne a este enlace, explicita Pérez de Tudela:

Para la hija y única heredera (...) procura el alcaide una alianza que conjuga el interés con el afecto que sentía hacia su más constante y fiel amigo, el obispo de San Juan, don Rodrigo de Bastidas, hijo del adelantado del mismo nombre. En efecto, en 1551 se establecía un convenio entre Oviedo y su amigo el prelado, “por el que aseguraron la permanencia de sus apellidos y de sus bienes (...). Solución era conveniente para las dos familias, ya que Fernández de Oviedo, carente de sucesión masculina, no podría continuar su nombre por su hija Juana, que era sola, como hemos visto, y el obispo Rodrigo Bastidas, se encontraba en bien parecida (...) (1959, 117, p. CLXI).

Oviedo vende sus cosas, se compra trajes, contrata criados y se hace con caballos- en una época en que esto era signo de distinción, jerarquía y riqueza- y pasa a la cortecilla o cortejo de Fernández de Córdoba. Pero todo iba a quedar en nada. Fernando el Católico vuelve de su acuerdo (...), [y] el glorioso soldado hubo de volver a su retiro (Ballesteros, 1981, p. 78).

Otro revés, que lo deja con “hacienda gastada sin provecho” (Ballesteros, 1981, p. 78) y que lo devuelve de nuevo a la corte. Aunque ya curtido en “manejos cortesanos” (p. 79) y con don de gentes, el futuro cronista busca el favor de Lope de Conchillos, quien acaba de ser nombrado secretario del Consejo de Indias. En tanto Pedrarias Dávila afronta los preparativos para partir con destino a Castilla de Oro, Fernández de Oviedo logra el cargo de veedor que, tras la muerte de Juan de Quicedo, queda desocupado. Todos esos senderos vitales -los de Conchillos, Quicedo, Pedrarias, e incluso el del Gran Capitán - parecieran que se hubiesen imbricado para que Oviedo virará hacia mundos nuevos. Aquí, en un umbral de un porche vislumbramos a don Gonzalo, y allí, en el puerto en el Puerto de Sanlúcar de Barrameda lo dejamos: en ese glorioso pórtico desde el que partirá hacia Las Indias.

La *Historia* va a dar comienzo; la historia del escritor va a cobrar un mayor sentido.

- 2.2.3.3 CRONISTA DE INDIAS, PADRE DE LA *HISTORIA*: 1514-1535

“(...) y más se pueden decir, demás de los millares y sumas que os he relatado, (...) de este catálogo (...). En el cual yo hubiera hecho más labor y fruto sino me hallara tan ocupado con esta historia grande de las Indias en que como cronista de estas partes su Majestad Cesárea manda que le sirva como lo hago, y no desde Gómara⁷⁰⁸, u otro de los de España, sino desde las mismas Indias, de vista cuando se ofrece, e a lo que no me hallo informándome de los que lo ven y deben ser creídos, porque muchos de los miradores no sienten lo mismo que se ven como se debe sentir”⁷⁰⁹

(Oviedo, *QNE*, III)⁷¹⁰

“¿Pues qué os pudiera contar, señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Ver que un

⁷⁰⁸ Refiere al historiador Francisco López de Gómara, autor de *Historia de las Indias y conquista de México* (1552).

⁷⁰⁹ Se ha actualizado la ortografía, siguiendo los criterios establecidos al inicio del trabajo.

⁷¹⁰ En *MGFO* (1974, II, p. 465).

huevo se une y fríe en la manteca o aceite y, por el contrario, se despedaza en el almíbar; ver que para que el azúcar se conserve fluida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y clara de un mismo huevo son tan contrarias, que en los unos que sirven para el azúcar, sirve cada una de por sí y juntos no. Por no cansarnos de tales frialdades, que sólo refiero para daros entera noticia de mi natural y creo que os causará risa, pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupericio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.”

(Sor Juana Inés de la Cruz, *Carta atenagórica y Respuesta a sor Filotea*)⁷¹¹

Hasta ahora la de Oviedo ha sido la historia de un fracaso. Ese peregrinar por tierras europeas no ha dado aparentemente sus buenos frutos, pero nosotros sabemos que sí ha contribuido a forjar al escritor, a formar intelectualmente al hombre. Oviedo ya es, como lo retratan las certeras palabras de Gerbi:

Era un hombre hecho, a diferencia de casi todos los conquistadores que zarparon muy jóvenes a las Indias. Estaba espiritualmente formado, aunque es verdad que sólo en el Nuevo Mundo se hizo maduro. El resto de su vida, los seis viajes a España, para acusar y defenderse, los cargos desempeñados y las injurias sufridas, los largos años de servicio como alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, las muertes de familiares y descendientes, el lento e inexorable cansancio por tantas desventuras y tantas fatigas, se pierden y se reflejan en la obra” (Gerbi, 1978, p. 164).

La *Historia* va a mostrar a ese *homo viator* que cruza océanos para descubrir el mundo; que, en ese interés por lo periférico -por esas Indias que ahora son propias-, teje una compleja red de conexiones intelectuales entre sus doctos amigos italianos y españoles y América, por su cargo ‘oficial’ de cronista, obviamente, pero también por su avidez de saber.

La *Historia* proyecta la apuesta valerosa de don Gonzalo Fernández de Oviedo por la experiencia. Porque la experiencia es conocimiento; es, como viene a decir Sor Juana, la forma más adecuada de aprender y comprender. Oviedo, ese amante de la escritura, que idolatra la cultura italiana e imposta en sus textos erudición, es, ante todo,

⁷¹¹ *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (1953, p. 100).

un empirista. Sin formación académica, al hombre de los fracasos -el que acaba de dejar atrás un decenio de oscuridad vital- no le va a templar el pulso al contradecir a las autoridades clásicas. Aquel hombre inquieto y desacomodado de antaño encuentra su lugar en tierras indianas, donde se torna gallardo y con valentía rompe con el concepto antiguo de historiar. Que es el yo testimonial quien tiene el dominio de la historia. De esta forma, interpretamos su intelectualidad.

La *Historia* (y aquí abandonamos esta anáfora), que en ese 1514 va a dar comienzo, es primero un documento informativo, ciertamente. Es una de las más completas expresiones historiográficas del descubrimiento del Orbe Nuevo. Pero también es ese espejo bifocal en el que se refleja la fragua del escritor y de su propia obra. En todos estos sentidos, Gonzalo Fernández de Oviedo es rupturista: en su metodología empírica de aprehender el conocimiento de lo indiano, en la hibridez de sus formas narrativas para comunicarlo y en su clara conciencia de autor. El individuo a quien biografiamos ahora -aun con su medievalismo y su enjuto moralismo- representa, con estos menesteres, al Renacimiento. En estas lides, identificaremos al hombre maduro y orgulloso de su empresa, que apuesta por la verdad, la experiencia y la modernidad.

Las Indias⁷¹² van a erigirse así como esa materia proteica que, convenientemente abonada por los afanes de medro y la vocación historiográfica del escritor, hacen germinar la *Historia general y natural*. Unas tierras que atisba Oviedo por primera vez en junio de 1514⁷¹³, al llegar a la isla dominica y a Santa Marta -Castilla del Oro- La partida de la Gran Armada de Pedrarias había causado un gran revuelo en Sevilla, desde donde los hombres habían salido jubilosos y alborotados. “Cuando las chicharras anunciaban el comienzo del verano”, cuenta Mena, “el sonido de cuatro trompetas rompió el letargo de la ciudad, avisando a los sevillanos” (1998, p. 50) sobre aquella Real empresa. “Tan espectacular expedición fue un hecho inolvidable para quienes tuvieron la dicha de contemplarla” (Mena, 1998, p. 60). Más de “2000 hombres” y “22 navíos” (Miranda, p. 15) la conformaron, no faltando voluntarios por embarcar y convocando, como explica Oviedo, insignes personajes.

⁷¹² Avalor-Arce enfatiza el giro radical que supone el Nuevo Mundo para Oviedo:

De ahora en adelante los vendavales de América rigen la vida de Gonzalo Fernández de Oviedo, que bien pronto se comienza a definir en una sucesión de viajes transatlánticos que vienen a puntuar su labor historiográfica (1980, p. 141).

⁷¹³ Los datos biográficos de esta parte se han extraído, fundamentalmente, de Ballesteros (1981) y O’Gorman (1972).

El viaje resulta accidentado, y la narración del cronista desvela minuciosamente los detalles de esa intensa y prolongada travesía. Nótese que el historiador comienza dando los motivos del traslado a Las Indias. Si Pedrarias va como gobernador; el escribano se encargará de “tomar cuentas y cobrar los bienes de Vasco Núñez de Balboa” (O’ Gorman, 1972, p. 60). El texto revela asimismo la causalidad del cargo que ostenta Oviedo -a quien no duda en nombrar el narrador, enfatizándole al lector esa confluencia identitaria-; anuncia la misión mesiánica de esta imperial Armada, y proporciona datos relevantes. Menciona a los viajeros de más relieve, de entre esos dos mil, o más, que van en esas veintidós carabelas. Y fija la cronología: salen de San Lúcar el domingo de Carnestolendas de 1514; retoman el viaje el 11 de abril; se detienen veinte días en La Gomera; y el 3 de junio llegan a la isla Dominica. Todo ello constata que don Gonzalo llevaba buena cuenta en sus notas de todas las particularidades de su primer desplazamiento al Nuevo Mundo:

(...) acordó el Rey de enviar a Pedrarias Dávila con una hermosa armada a conocer de las culpas de Vasco Núñez de Balboa, e a gobernar a Castilla del Oro. en la Tierra Firme.

Y juntáronse para esto tres mill hombres, o más, en Sevilla: y fueron allí los oficiales que el Rey envió para su hacienda, Alonso de la Puente por tesorero, Diego Márquez por contador, Joan de Tabira por factor, Joan de Quicedo por veedor de las fundiciones del oro (éste murió allí en Sevilla, *e yo el cronista, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés*, fui proveído por el Rey Católico de aquel oficio de veedor) (p. 221)

(...) En lo espiritual, fue el obispo don fray Joan de Quevedo, de la Orden de Sanct Francisco, el primero prelado que pasó a la Tierra Firme, con título de obispo de Sancta María de la Antigua e de Castilla del Oro; (...)

En todas estas cosas se verá la intención del Príncipe que lo proveyó, sancta y buena, pensando que el gobernador y prelado siempre serían conformes en el servicio del Dios y del Rey, y en la buena gobernación y administración del Estado y pacificación de los indios y población de la tierra. Pero salió al revés, porque desto que se proveyó para bien y provecho común de todos, se formaron dos bandos y parcialidades que fueron muy dañosas; y unos seguían al gobernador, y otros al obispo apasionadamente. (...)

Aparejada el armada, dilatóse la partida a causa de los tiempos; y por nuevos avisos que de la Tierra Firme fueron, el Rey mandó despedir la mitad de la gente, y no fuesen sino mill e quinientos hombres, (...) Pero todavía creció el número de la gente, y *pasaron bien dos mill hombres o más (...) a tierra: y ésta fué una de la más hermosa gente y escogida que ha pasado a estas Indias.*

(...) Y con *veinte e dos naos* e carabelas, se hizo el armada a la vela (...). Y aquesta armada salió con muy buen tiempo del puerto de Sanct Lucar de Barrameda, *domingo de Carnestolendas, año de mill e quinientos y catorce.*

(...) y la mar andaba brava, forzosamente hizo tornar el tiempo el armada al río; y la nao en que yo iba, así como había salido la postrera, hobo de entrar

la primera; y al entrar por la barra, dió ciertos golpes en tierra. y nos hobiéramos de perder por falta del piloto, y quiso Dios ayudarnos por su misericordia, y que cuasi pendiendo en un bordo por el agua, surgimos dentro del río de Guadalquivir, de donde habíamos salido. (...) Y estuvimos en el puerto dos días, que ni podíamos salir a tierra por el mucho tiempo, ni en el río podían estar quedas las naos, garrando unas e travesándose otras, de manera que todavía corríamos tormenta. Pero en fin, el tiempo abonanzó, (...) y el Martes Sancto, que se contaron *once días de abril de mill e quinientos y catorce*, se tornó a hacer a la vela esta armada e siguió su vía con buen tiempo.

Y desde a ocho o nueve días tomó puerto en la isla de la Gomera, donde nos *detuvimos veinte días* tomando refresco de carnes y de pescados, e quesos, y agua, e leña, e lo que convino para la jornada; e de allí se procedió adelante con muy buenos tiempos. *Y un sábado, tres días del mes de junio*, víspera de Pascua de Espíritu Sancto, surgió esta armada en la isla Dominica, en una aguada donde hay un buen río, y saltó la gente en tierra, y estuvo allí tres días asentado real aparte de aquel río. *Y el siguiente día después que llegamos*⁷¹⁴ fue domingo de Pascua, e se dijo misa solemne y con mucha alegría de todos. (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. VI, p. 223).

Aquella primera estancia en América, empero, será breve. Gonzalo acompaña a Pedrarias por tierras indianas hasta el otoño, regresando en octubre a España. El 12 de julio ha vivido en Sancta Marta la excéntrica aventura de tratar de leerles a los nativos el Requerimiento y ha extraído sus conclusiones sobre Pedrarias y sus modos de gobernar. Ha tanteado el terreno, ha tomado sus apuntes y le toca volver al lado de su esposa:

Oviedo viajó solo. Había dejado en Madrid a su mujer, Isabel de Aguilar, y a sus dos hijos pequeños con la promesa de regresar muy pronto a buscarlos. Hacía sólo dos años que se había casado de nuevo, al enviudar de su primera esposa Margarita (...). Tampoco tuvo suerte con su segunda esposa (...). Isabel (...) marchó a América con Gonzalo y sus dos hijos sin saber que iba en busca de la muerte. Falleció en su casa del Darién en noviembre de 1521, unos meses más tarde de la trágica muerte de su hijo mayor que sólo contaba ocho años” (Mena, 1996, pp. 90-91).

A su regreso, y por varios meses, Oviedo anda tras el rey para dar debida cuenta de sus informaciones sobre el Nuevo Mundo, y de sus malos gobiernos. La *Historia* amplifica con su retórica discursiva la ejemplaridad del veedor, quien cruza mares y padece contratiempos en su empeño de “buscar el remedio de la Tierra Firme” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 248). La ida a Sevilla, en 1516, no va a resultar fructuosa, porque, halla a Fernando muy enfermo y “desde a pocos días que llegué, luego el siguiente mes de enero de mill e quinientos e diez y seis, yendo el Rey Católico a Sevilla, murió en

⁷¹⁴ Las cursivas son mías.

Madrigalejos” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 249). A Bruselas decide entonces desplazarse⁷¹⁵ el empecinado historiador, donde logra entregarle al cardenal Cisneros y a Adriano de Utrecht el memorial que porta para el Emperador, “pero no consigue el despacho de su negocio” (O ‘Gorman, 1972, p. 60). Y es que la madeja se enreda en cuestiones de poder. Un tercer actante, siempre en discordia con el cronista, va a ir moviendo sus hilos sagazmente, y esto no es otro que el dominico Las Casas:

Ante los cardenales, los memoriales del veedor suscitaron escaso interés. Por entonces ya se había producido una primera aproximación entre Cisneros y Bartolomé de Las Casas, cuyos proyectos resultaban incompatibles con los de Fernández de Oviedo. Desoído Gonzalo en sus reclamaciones, y depurado Lope de Conchillos, antiguo protector del cronista, Oviedo se ve obligado a permanecer en Madrid junto a su familia a la espera de nuevas oportunidades (Fabregat, 2006, p. 19).

A poco que repasemos las fechas, y las conflictividades en las que anda metido del veedor, nos hacemos una idea de su talante controvertido. Si por ahora, sus rencillas con Las Casas nacen de la competitividad por obtener unas gobernaciones⁷¹⁶, ya sabemos que esta relación entre el cronista y el Obispo va a ser mucho más ‘controvertida’.

Por otro lado está el “Gran Justador”, quien se ha ganado el sobrenombre de “Furor Domini”. Cabe señalar que esa animadversión por Pedrarias determina el devenir vital del cronista y mueve con empecinamiento su pluma. La *Historia* no tiene mayor adversario declarado; no hay ocultación alguna de esa malquerencia del cronista al gobernador. Los libros de la crónica constituyen un prolongado libelo sobre el esposo de la Bobadilla y en sus retornos a España siempre lleva Oviedo bajo el brazo alguna denuncia contra Pedro Arias Dávila.

De este modo, resume Mena la tormentosa relación entre estos dos personajes históricos, alimentada especialmente por la ojeriza que siempre le tuvo don Gonzalo al conquistador:

⁷¹⁵ El viaje se presenta dificultoso: “Y es verdad que estuve en este camino cuasi cuatro meses, e gasté e trabajé más que si dos veces viniera desde Sevilla a esta cibdad de Sancto Domingo” (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 250).

⁷¹⁶ Recordemos que Oviedo solicita, para el buen gobierno de Santa Marta, que se le apruebe su proyecto de colonización basado en la implantación de caballeros hidalgos. Para ello solicita que se le concedan cien hábitos de la Orden de Santiago. Pero en ese año 1519 cae más en gracia la propuesta que ofrece Las Casas. Y la de Oviedo es rechazada.

Hombre combativo, maniático y resentido, Oviedo fue un estorbo para Pedrarias y para los otros oficiales reales de la colonia con los que nunca guardó buenas relaciones, antes por el contrario los denunció en numerosas ocasiones por estar ‘tan engolfados en los intereses de aquellas partes’ como el resto de la soldadesca. Desde bien pronto se convirtió en el más firme opositor del gobernador y resistió hasta el final el abandono de la sede darienita en su casa de la Antigua, en la cual -según sus propias palabras- ‘se pudiera aposentar un príncipe’-, más por llevarle la contraria a Pedrarias que por otra razón (Mena, 1996, p. 91).

Ciertamente, el año de 1519, siendo un año productivo para Oviedo, va a tener mucho en la intensificación de esa enemistad. Es a finales de este año, como señala O’Gorman, cuando se le concede el cargo de “regidor perpetuo de Nuestra Señora del Antigua, escribano general de la provincia y receptor de las penas de cámara” (O’Gorman, 1972, p. 60). El veedor, que se ha encargado de gestionar el cobro de los bienes del descubridor del Mar del Sur, de Balboa, no cesa en su empeño de “estorbar los lucros ilegales” (O’Gorman, 1972, p. 60) de Pedrarias.

Reza el refrán que “quien busca halla”⁷¹⁷, y poco tarda Oviedo en hallar respuesta del gobernador a tanto incordio. El ‘Gran Justador’, como bien se lo conoce, decide mover ficha y trasladar el poder que tenía Santa María La Antigua a Panamá, convirtiendo a esta última en centro neurálgico de gobierno. Como explica Ballesteros, “hay que tener en cuenta que todos los cargos de Oviedo estaban localizados en Santa María la Antigua” (1981. P. 113) y que, de este modo, “Gonzalo quedaba fuera por completo (...) de la dirección de los asuntos del Darién” (p. 113). De este modo, le llega su castigo al veedor por tantas “intromisiones” (p. 113), que el mucho empeñarse en edificar una ostentosa casa en la villa no le sirve en absoluto, y sólo hace que recrudecer aún más estas “rivalidades” (Ballesteros, 1981, p. 123).

Empero, en ese año de 1519 recoge el escritor los primeros frutos de su inspiración literaria. El 30 de mayo, la ciudad de Valencia es testigo de la publicación de su *Claribalte, libro del muy esforçado e invencible caballero de Fortuna, propiamente llamado don Claribalte que segund su verdadera interpretación quiere decir don Félix o*

⁷¹⁷ Según el ‘Refranero multilingüe’ del Centro Virtual Cervantes “puede que el origen de esta paremia esté en el proverbio bíblico *Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis* (San Mateo 7, 7)”. Véase [https://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/ficha.aspx?Par=59360&Lng=0#:~:text=Significado%3A%20El%20esfuerzo%20y%20la.obtener%20lo%20que%20se%20desea.&text=Comentario%20al%20marcador%20de%20uso.la%20for%20ma%20Quien%20busca%20halla.&text=Observaciones%3A%20Puede%20que%20el%20origen,San%20Mateo%207%20C%207\).](https://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/ficha.aspx?Par=59360&Lng=0#:~:text=Significado%3A%20El%20esfuerzo%20y%20la.obtener%20lo%20que%20se%20desea.&text=Comentario%20al%20marcador%20de%20uso.la%20for%20ma%20Quien%20busca%20halla.&text=Observaciones%3A%20Puede%20que%20el%20origen,San%20Mateo%207%20C%207).)

bienaventurado (...), novela de caballerías que dedica a su estimado señor, el duque de Calabria. Incide Cuesta en el carácter breve de esta novelita – de apenas setenta y cuatro páginas- y en el calado “legendario” (2017, p. 11) y “moralizante” (p. 13) de la fábula. Ambientada en el año 752, cuenta la historia de Don Félix (Claribalte), hijo de duques, que luego se hace llamar el Caballero de la Rosa, y de la princesa Dorendaina. La novela se abre con el pretexto de un manuscrito encontrado sobre tierras extrañas y exóticas (tártaras), un libro de *maravillas*, que el autor dice haber traducido al castellano. Hallamos los tópicos propios de la novela de caballería: virtudes del héroe, códigos y relaciones amorosas, los padres de la doncella, los criados fieles que propician el matrimonio feliz de los protagonistas. Sus páginas exaltan las andanzas y hazañas del caballero, el cómo cae prendado de amor, el rol de los leales sirvientes -Laterio y Fulgencia-, la valentía de Don Félix frente a justas u otras aventuras. Una obra de ficción -de fabulaciones- de la que mucho se arrepentirá de haberla escrito nuestro historiador de verdades:

E los curiosos no se engañen con ficciones o fabulas de ventosos tractados en los que hallarán alabados, como dice el Petrarca, aquellos que el papel o cartas hinchen de sueño, Lanzarote e Tristán, e los otros errante, o caballeros de aventura, que entendida la verdad es contar desatinos y amores vanos. (...) pues que es todo fito y fabricado por hombres atentos a componer mentiras para sacar dineros (...) (Quinquagena III, est. 47, *MGFO*, II, p. 637).

Empero, también en 1519, tras su viaje a Barcelona, logra que Pedrarias Dávila sea sustituido por Lope de Sosa. Parece que sus gestiones van surtiendo efecto, y así de satisfecho lo narra en la crónica:

(...) yo volví con mis negocios, y me duraron hasta el año de mill e quinientos e diez y nueve, que el Rey fue a Barcelona, donde le vino la nueva elección de Rey de Romanos e futuro Emperador. E allí fui oído de nuevo, puesto que había ya cinco años que me turaba la porfía en los negocios con muchos trabajos e costas, e no llevando ya remedio muchas cosas de las que debieran haberse remediado (...) Allí en Barcelona proveyó Su Majestad de gobernador de Castilla del Oro a un caballero de Córdoba, llamado Lope de Sosa, que vivía en Grand Canaria (donde había seído gobernador) , persona tal cual convenía al bien de la Tierra Firme; e yo fui despachado para volver allá con él. E al tiempo que me quise partir (...) llegó nueva cómo el gobernador Pedrarias había degollado al adelantado Vasco Núñez de Balboa e otros (...). E el Emperador nuestro señor me mandó sus cédulas reales que

yo cobrase sus bienes de aquellos sentenciados (...) (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XI, p. 252).

Por consiguiente, torna de nuevo con su familia a Las Indias. No obstante, poco dura la suerte, porque le esperan un cúmulo de fatídicos reveses. El recién asignado nuevo gobernador fallece prontamente y deja a Oviedo en comprometida tesitura frente a Pedrarias. Y, para agravar más el estado anímico de Gonzalo, fallece uno de sus hijos pequeños:

Desde a dos meses después que llegué al Darién, me llevó Dios uno de mis hijos, en edad de ocho años, e junto con este pesar, lo que sentí de la muerte e falta del gobernador Lope de Sosa, muchas veces estuve determinado de me tornar en la mesma nao que fui, si la nesciedad e la vergüenza no me forzaran, porque yo iba cargado de casa e mujer, e muy de asiento (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XIV, p. 261).

Resta Gonzalo en tierras indianas, “resistiendo en Santa María” (Fabregat, 2006, p. 20) y lidiando con los embates de Pedrarias. Los conflictos cada día van a más, y tiene que apañárselas en conseguir Oviedo la plaza de regidor del Darién, tras ser sustituido en su oficio de teniente.

Aunque la vida de Oviedo, tan novelable, aún depara mayores lances. El 19 de septiembre de 1522, mientras que Gonzalo se paseaba por las cercanías de la iglesia de San Sebastián sufre un aparatoso atentado. Sus férreos adversarios⁷¹⁸ convencen a Simón Bernal, un criado, para que cuchillo en mano acabe con la vida del intrigante Oviedo. La narración que lega el historiador es impactante. La escena principia con un diálogo de estilo directo, para continuar con una explicación prolija en detalles:

En fin, al tiempo que yo me quise entrar, como los otros, en la iglesia, me dijo: "Señor, óigame vuestra merced una palabra, en tanto que se viste el clérigo". E así me detuve e nos quedamos el alcalde e yo en la calle, paseándonos delante de la iglesia, en la cual sazón llegó un mancebo, llamado Simón Bernal, boticario, hijo de aquel Luis de Córdoba que tengo dicho que envié preso a España en compañía del bachiller Corral; el cual Simón Bernal había seído criado del deán, e pocos días antes se había despedido de él, e con algunas personas me había enviado a rogar que lo rescibiese por mío, diciendo que me deseaba servir, porque vía que trataba e ayudaba muy bien a mis

⁷¹⁸ El capítulo XVI de este Libro infernal (XXIX) relata el episodio de los caciques de Corobari y Guaturo sublevados, y de la intervención del bachiller Diego de Corral, esposo de la hija de Corobari. Que Oviedo enviase a Corral a España no agradó a Pedrarias

criados e a los que a mí se allegaban. Mas como yo sabía que aquel mancebo había seído criado del deán, mi enemigo, e porque no quería meter en mi casa hombre sospechoso, e porque, demás de eso había enviado preso a España a su padre, no le quise rescebir; y enviéle a decir que yo le agradecía la voluntad que decía que me tenía, e que así la tenía yo muy buena para hacer por él lo que pudiese, ofresciéndolo el tiempo.

Cuando éste llegó donde el alcalde e yo nos paseábamos, delante de la iglesia, quitóse el bonete acatándome, e yo ahajé la cabeza, como quien dice: " Bien seaís venido" e arrimóse a una pared frontero de la iglesia. (...)

Y ese instante llegó por detrás Simón Bernal con un puñal luengo muy afilado (aunque traía otra espada ceñida), e dióme una grand cuchillada en la cabeza, e descendió cortando por debajo de la oreja siniestra, e cortóme un pedazo grande de la punta e hueso de la quijada, y entró hasta media mejilla; e fué tan grande e honda la herida, que me derribó e dió conmigo en tierra; e al caer, dióme otras dos cuchillada sobre el hombro izquierdo, e todo tan presto, que antes que el alcalde le viese, ni yo me reconociese, era fecho lo que es dicho. E el malhechor echó a huir la calle adelante, no queriéndose acoger a aquella iglesia, a par de donde estábamos, porque si allí se entrara, fuera preso (...)

Estando desta manera herido, me llevaron a mi casa, e pedí a mucha priesa un confesor, porque conocí bien el peligro en que estaba; e venido el barbero cirujano, como me vido, no me quería curar, e dijo que para qué había de curar a un hombre muerto (...) (*Historia*, 119, Libro XXIX, XVII, pp. 276-277).

El polisíndeton y las enumeraciones propician el dinamismo de la acción. El descriptor recorre el movimiento del cuchillo con precisión, deteniéndose en la parte corporal donde se inserta. Lo cruento se amalgama con lo violento, y concluye con la huida precipitada del agresor. El suspense está servido. No obstante, unas páginas después, el historiador aclara cómo fue preso y se hizo justicia con el huido. El criado, escondido en un barril, es descubierto y condenado.

Aunque estas cosas no son aplacibles al que lee, como son competentes a curiosidad de litigios, no dejando de ser necesarias para entender e sentir lo que se padece en estas partes con los que gobiernan, (...) Finalmente, él confesó su delicto, (...), e dijo que cuando había procurado de vivir conmigo, era por me matar durmiendo o como mejor le pareciese, (...) e de ventura halláronle metido en una pipa arrimada con otras, (...), e goteando agua para que pareciese que era de brebaje, porque el escondido vertía agua de cuando en cuando por ciertos agujeros (...) el juez revocó la sentencia ele muerte que en rehel día había dado contra él, e mandóle cortar la mano derecha y el pie izquierdo, e condénole más en destierro perpetuo de a tierra e Indias, e confiscó sus bienes (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XIX, pp. 280-283)

Una vez recuperado del lance, Oviedo continua con pleitos y conflictos con Pedrarias no cesarán llevando sus quejas. El 3 de julio de 1523, con su nueva esposa, pone

rumbo a España, llevando en su haber escritos de la *Historia*, para demandar justicia. Pero en el trayecto enferma y se ve obligado a detenerse en Cuba, hospedado en casa de Diego de Velázquez. Tras dos semanas, regresa a Santo Domingo para dejar allí a su familia. En ese breve trayecto lo acompaña Diego Colón. Y en setiembre embarca hacia la península para elevar sus quejas al Consejo de Indias. Estas rezan en *el Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo sobre el mal gobierno de Pedrarias Dávila presentado al Rey*.

Como se puede observar, comienza una etapa de prolífica escritura. En 1524, escribe *La Respuesta a la Epístola moral del Almirante*. Los doce capítulos de esta obra moralizadora se complimentan con una carta que remite a don Fadrique Enríquez, en la que se cavila sobre los vicios y males de la sociedad. De calado erasmista, la crítica recalca en los extravíos de los eclesiásticos. Y un año después se ocupa de la *Relación de los sucedido en la prisión del rey Francisco de Francia desde que fue traído a España y por todo el tiempo que estuvo en ella hasta que el Emperador le dio libertad y volvió a Francia ...* Las poco más de ciento cincuenta páginas que la componen relatan la caída del rey francés y los festejos correspondientes. Asimismo, Oviedo está redactando, desde 1517, su *Libro del Blasón* sobre armas y heráldicas, y también trabaja en su *Catálogo Real de Castilla*.

Y mientras está esperando las resoluciones de sus pleitos en España, ve la luz la traducción del *Corbacho o Laberinto de Amor* (Boccaccio), que algunos han adjudicado al cronista. Y se costea él mismo, en 15 de febrero 1526, la publicación de su *Sumario* (Toledo, Ramón Petras):

(...) compone e hace imprimir a su costa el Sumario o De la natural historia de las Indias, obra breve pero que a guisa de ‘mensajero y significador’ de páginas más dilatadas, anuncia efectivamente aquellas cualidades que hacen del prosista madrileño el primero de los ingenios que intenta una descripción con ambiciones sistematizadoras acerca de las maravillas del orbe nuevo (Pérez de Tudela, 1983, *BYQ*, I, pp. XXI-XXII).

Durante este periodo, llega Pedro de los Ríos a tierras indianas, para ocupar el lugar de Pedrarias como gobernador. Por ende, regresa al Darién mucho menos inquieto. Aunque Oviedo es un acumulador de pleitos. A la llegada ha de habérselas con un “contencioso con Corral [y] Gonzalo encuentra disculpa para rechazar la gobernación de Cartagena, cambia de planes y decide dirigirse a Nicaragua” (Fabregat, 2006, p. 22).

Ya hemos visto con el detalle que describe a las gentes y la naturaleza de esta provincia. En esa provincia de Nicaragua, Oviedo encuentra su espacio. Pero se tornan a revertir los papeles y Pedrarias recupera su gobernación. Se aleja entonces el cronista de esas tierra, hasta arribar a Santo Domingo. Y en 1530, vuelve a pisar tierra española, donde morará durante dos años.

Como señala Fabregat (2006, p. 23), se ha originado otro nuevo cambio rumbo. Su vida se torna más sosegada en lo concerniente a sus “ambiciones políticas” (p. 23). Sus esfuerzos, más intelectuales, se vierten en la escritura, “a las actividades historiográficas y literarias” (p. 23). Por ello, le traspassa a su hijo Francisco el cargo que ostenta de veedor, y con el deseo de abrazar una vida menos agitada, planea regresar a su casa de Santo Domingo. Pero ese 1532 va a ser determinante para su vida:

(...) antes de su marcha, en otoño de 1532, habría de producirse aún uno de los acontecimientos decisivos en la extensa vida de Fernández de Oviedo. Nos referimos al otorgamiento del título de Cronista oficial de Indias, concedido por Carlos V el 18 de agosto de 1532, tras previa petición del Consejo. Con este cargo, que sin duda tanto le agradaba, embarcará (...) rumbo a Santo Domingo, de cuya fortaleza habría de ser nombrado alcalde en 1533, tras el fallecimiento de su predecesor, Francisco de Tapia. A partir de entonces y durante los veinticinco últimos años de vida, Oviedo compaginará sus tareas historiográficas con sus responsabilidades al frente del bastión⁷¹⁹ dominicano” (Fabregat, 2006, p. 24).

Pocos meses antes de este nombramiento, Fernández de Oviedo presenta otro de sus textos de gran envergadura, que casi dos décadas le ha llevado su escritura. Se trata de *El Catálogo Real de Castilla*. Evelia Ana Romano de Thuesen, quien se ocupa en su tesis doctoral de transcribir y editar esta obra, nos la presenta de este modo:

Gonzalo Fernández de Oviedo hace entrega a la emperatriz Isabel del manuscrito del *Catálogo Real* en 1532, unos meses antes que el mismo emperador Carlos V lo nombrara nada menos que primer Cronista Oficial de Indias. (...) La redacción de este documento se remontaría, sin embargo, a unos cuantos años atrás, cuando Oviedo al servicio del duque de Calabria, don Fernando de Aragón, tiene oportunidad de recoger del Rey Católico don Fernando V la propuesta o sugerencia de una relación genealógica de los reyes de España, deseo expresado en las cortes reunidas en Toro en 1505. (...) En 1517 poco se sabe de sus actividades, pero es probable que se encontrara abocado a una doble tarea: la confección de lo que dio en llamar *Genialogía de los Reyes de Castilla* y por otro lado la redacción de su única novela,

⁷¹⁹ Refiere Fabregat a los esfuerzos que dedicó el alcaide durante sus últimos años por actualizar la fortaleza, “reformas con algo coste burocrático” (2006, p. 24).

Claribalte, que será dada a publicar dos años más tarde. La mencionada *Genialogía* no es sino el embrión del *Catálogo*, quedando incluida posteriormente en éste, y que Oviedo habría ofrecido a Lope Conchillos para subsanar con el secretario del Consejo de Indias unas relaciones por entonces bastante deterioradas (...) Hacia 1530 emprende el penúltimo viaje a la Península, durante el cual hará entrega a la familia imperial del *Catálogo Real* y del *Epilogo real de Castilla* y será investido del cargo de Cronista Oficial y alcaide de Santo Domingo (Romano de Thuesen, 1992, pp. 1-6)

Y 1535 vuelve a ser año de empresas literarias. Se pone a redactar una *Breve relación* sobre los oficios (1972, p. 60), a propósito de sus vivencias al lado de don Juan, el malhadado primogénito de los reyes Católicos. Este *Libro de la Cámara Real del príncipe don Juan*, “en cuya composición aún estará trabajando diez años más tarde” (Romano de Thuesen, 1992, p. 7) tendrá como destinatario el príncipe Felipe. Prosigue, asimismo, con la redacción de las segunda y tercera parte del *Catálogo Real*, y entrega sus escritos sobre las Indias.

Y maneja un nuevo proyecto, que se engrosará con materiales acumulados en el transcurso de los años y que son desempolvados para conformar sus *Batallas y Quincuagenas*. Nos referimos a la tercera parte del *Catálogo Real* y al *Libro del Blasón*:

A pesar de que éste nunca se llegara a realizar, Oviedo iba a reutilizar nueve años más tarde la idea y los materiales que planeaba ofrecer en aquel proyectado libro noveno. Éstos iban a formar parte de un proyecto más ambicioso aún si cabe, la ya mencionada colección de más de trescientos diálogos biográficos sobre la aristocracia, castellana en su mayoría, que él había conocido durante su estancia en las cortes españolas e italianas: las *Batallas y Quinquagenas*. En 1535, Oviedo había decidido refundir en las *Batallas* la colección de empresas concebida en 1528 con otro proyecto temporalmente abandonado, la tercera parte de su magno *Cathálogo Real*, tal como éste había sido proyectado en su primera entrega presentada a la emperatriz en 1532⁹⁰. Dicha tercera parte del *Cathálogo Real* debía consistir en una colección de biografías de aristócratas contemporáneos acompañadas de un estudio genealógico al modo de las obras de Pérez de Guzmán y Hernando del Pulgar. Ésta también debía contener una descripción del patrimonio y de las rentas actualizadas de cada noble tal como se había hecho reciente en el *De rebus Hispaniae Memorabilium Opus*, de Lucio Marineo Sículo. Oviedo pretendía así completar su compendio historial sobre la monarquía hispana de modo similar a como pocos años más tarde el cronista real Florián de Ocampo propusiera en el volumen primero de su *Cronica General de España* (Carrillo, Castillo, 1998-1999, p. 148).

El 30 de setiembre de 1535, en Sevilla, en la Casa Juan Cromberger, ve por fin la luz la I parte de la *Historia general y natural de las Indias*. Este suceso es protagónico y singular en la vida de Oviedo, porque ha vertido en su obra más de dos décadas de esfuerzos escriturales y porque será la única vez que el autor vea su *Historia* en la imprenta. Las otras dos partes restantes no se difundirán hasta tres siglos después de su muerte.

Si consideramos lo publicado en la actualidad, es decir, las tres partes manuscritas recuperadas de la crónica que han visto la luz, es lícito atribuirle 34 años a la *Historia*, desde su nacimiento al cierre de la III parte. Aceptando, eso sí, como defiende Salas, “que la haya comenzado en 1514 y que en 1548, como es probable, haya levantado definitivamente la mano de ella (1959, p. 79)”. Y sujetándonos, asimismo, a la cronología del contenido narrado, porque el cronista relata los hechos acontecidos hasta ese año 1549.

Durante ese período, el orgulloso ‘padre’ procura colmar a su *Historia* de todo lujo de detalles y de informaciones, gestionando su crecimiento y tratándola con mimo, para que sea verdadera, eficaz y bella. Sabe que ésta será afamada, que atraerá la curiosidad de muchos y que le sobrevivirá por siglos. En ella tiene volcadas todas sus esperanzas, desde los inicios, en aquel 1514 en el que plausiblemente comienza su redacción. A ella dedica muchas noches de desvelo, muchas jornadas de escritura, depositando conocimientos de la naturaleza americana, anotando sucesos, incorporando añadidos...

Nuestra protagonista, la *Historia* legada por Oviedo -la que espera a los lectores en la biblioteca- posee una estructura tripartita; con una I parte que comprende los primeros 19 libros (I-XIX); una II parte que alberga otros 19 (XX al XXXVIII), y la III que incluye los 12 libros restantes. (XXXIX-L)

Empero, poco conformes estarían los personajes -los *alter ego* de Oviedo- de sus *BYQ* con este estudioso [Salas] que no atendió, en su momento de cálculo matemático, a los diálogos de esa monumental obra. Porque, acudiendo a la retórica del elogio, se exhibe Sereno en inventariar el ingente corpus narrativo en el que se entretiene la pluma del Alcaide, y en esa intervención añade: “en el año de 1552 que ahora comienza (...) veo que comenzáis la cuarta parte de la dicha *Historia general*, que será otro gran volumen” (*BYQ*, 1989, p. 280).

Esa briosa voluntad de querer seguir con la *Historia* mientras que “acompañen la vista, aliento, mano e disposición para escribir” (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXX, p. 417) se imprime sincera y reiterativamente en el discurso de un cronista que pasará ya de los setenta años. Quizá porque es consciente de que el tiempo apremia; quizá porque a su vocación de escritor no se la puede amordazar, que es inclinación poderosa y apetecible

- 2.2.3.4 ESCRITURA DE LA *HISTORIA*, FORTALEZA DEL ALCAIDE: 1535-1557

“Dos universos historiográficos entran en sinergia (...), unidos por (...) la cosmovisión de Oviedo”

(L. Bénat-Tachot)⁷²⁰

“(...) conmigo tengo muchas historias buenas que toda mi vida he andado recogiendo en España y fuera della, tan claras como gentil y limpio cristal o veriles, más preciosos que las esmeraldas, de donde salen estos acuerdos o memorias”

(Oviedo, *QNE*, III)⁷²¹

Una vez entregada su I parte de la *Historia*, Gonzalo regresa a su casa dominica. En enero de 1536 lo que le interesa es continuar redactando su crónica; atender esa tarea que ahora le otorga mayor reputación y mejoras económicas sustanciales. Por su oficialidad, el historiador es receptáculo de relaciones, memoriales, cartas y cualquier otro documento que sea digno de ser incluido en esa *Historia* del imperio.

Miranda ha definido estos años como un período de retiro. Empero, desde una dimensión literaria es esta la época de mayor fecundidad. Posee tantos materiales que verter en su escritura, que esta es su mayor ocupación.

Tras tantos años de activo y de desapacible lidiar, Oviedo piensa ahora en el retiro. Había traspuesto ya los 52 años y sentíase atraído por una vida tranquila y hogareña que le permitiera dedicarse plenamente a las tareas histórico-literarias. Sus largos servicios a la monarquía en Europa y América,

⁷²⁰ Bénat-Tachot (1998, p. 6).

⁷²¹ En *MGFO* (1974, II, p. 466).

el buen concepto que de él se tenía en la corte, su valimiento en el Consejo y el vivo interés del Emperador por la historia del Nuevo Mundo que Gonzalo estaba redactando, le facilitaría mucho la preparación del retiro deseado. (...) Por un lado, obtendría la gracia de que su primogénito lo sustituyera en el oficio de veedor, y por otro, la de ser nombrado cronista general de Indias. El retiro en la función que venía como anillo al dedo para la última etapa de su vida recibiría el refrendo oficial cuando el rey dispuso, a propuesta del Consejo, que el antiguo criado de la casa real, ‘como hombre constituido para reposar, descanse ya en su casa, recoligiendo y escribiendo’ con el mayor sosiego la comenzada historia de aquellas regiones (Miranda, 1950, pp. 31-33)

Mientras, se enfrasca en mejorar la fortaleza, para protegerse contra los piratas⁷²². En 1542, se decide a regresar a España, con la intención de imprimir otra remesa de papeles de su *Historia*. Sin embargo, la guerra de Francia complica mucho la navegación y el cronista tiene que desistir de esa idea. Ha pasado una década en Santo Domingo (1536-1546) y llega el momento de volver al viejo continente. Ha sido un decenio de claroscuros: de fructífera escritura, pero también de dolosas pérdidas. “La adversidad familiar, que tan despiadadamente se ensañó con Fernández de Oviedo, volvería a sumirlo en el dolor” (Miranda, 1950, pp. 34-35). La pérdida, en 1535, de su hijo Francisco, ahogado “durante la célebre marcha de regreso de Perú” (p. 34) de la expedición de Almagro, abate al cronista. Y al dolor del esposo y al del padre, se le suma la del abuelo, tras la noticia de que “uno de sus nietecillos que se criaba a su lado” (Miranda, 1950, p. 35) también ha fallecido.

Así, en agosto de 1546 parte hacia España. Esta estancia se prolongará un poco más dos años, hasta 1549. En noviembre pisa la península con un pleito entre manos. Oviedo es parte contraria en el caso contra el juez López Cerrato, a quien despachó el cronista en 1543 a España. El discurso sobre los malos gobiernos en las Indias lo tiene tan interiorizado que esta vez también le es favorable el litigio. Durante esa década, y quinto viaje a su país natal, escribe aquella obra de corte, el breve tratado de oficios sobre la corte del príncipe Juan. *Libro de la Cámara Real* para otro príncipe, para Felipe II. También en 1548, presenta su traducción a una obra de Pietro da Lucca, *la Regla de la*

⁷²² Sobre este aspecto reflexiona Miranda:

(...) propuso medidas para la defensa de las costas, que ya comenzaban a ser asoladas por los piratas. Barruntó el primer cronista de Indias los peligros que correrían islas tan estratégicas y tan deficientemente protegidas el día que potencias émulas de España dirigiesen fuertes ataques contra sus dominios ultramarinos. Clamó, señalando los peligros, y propuso, indicando la manera de evitarlos; pero, si bien se le escuchó con interés, ningún esfuerzo se hizo para preparar el enfrentamiento con un porvenir preñado de amenazas. Entonces, y después, España se dejaría sorprender por los acontecimientos” (Miranda, 1950, p. 34).

vida espiritual y secreta Teología. Este pequeño librito, que se publica en Sevilla también entraña sus misterios. Como señala Cuesta:

En cuanto a *Regla de la vida espiritual y secreta teología* de Pietro da Lucca, que fue impresa en Sevilla en 1548, no consta la autoría de la obra ni la del traductor. Nicolás Antonio (Madrid, 1783) cita esta traducción como realizada por Fernández de Oviedo; y Eugenio Asensio⁷²³ señala la autoría de Pietro da Luca. Era la primera edición española de este libro que pretendía promover la devoción del lector. De tal manera es mencionada en el título del libro *Regule de la vita spirituale et secreta theologia* que salió de imprenta en Bolonia, en 1504 (Cuesta, pp. 60-61).

Sin embargo, entre esos tantos tesoros literarios que descansan en la espléndida Biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad de Barcelona, esperaba un cuidadísimo ejemplar de esta *Regla* a ser examinado con mimo y reverencia. Y las páginas previas a la obra no dejan lugar a la duda sobre la autoría y el nombre del traductor, que es el propio Oviedo quien se encarga de hacer sus presentaciones mediante una epístola introductoria:

Libro intitulado *Regla de la vida Spiritual, y secreta Theologia*.

Que de lengua toscana en romance castellano tradujo el Capitán Gonçalo Hernandez de Oviedo, y Valdés, Alcayde de la fortaleza de la ciudad y puerto Santo Domingo dela isla Española, cronista y historiador delas Indias yslas y tierra firme del Mar Océano por sus Magestades. La qual translación endereça al muy reverenda y generosa señor doña Marta de Himesa y Ceroni Abadessa del Monesterio de Regina Letí. Que es en la villa de Sant Lúcar de Barrameda: como paresce por la siguiente epístola (*Regla*⁷²⁴, 21 fj ij).

Epístola

My Reverenda y generosa Señora

Quando vine delas Indias y llegué a este puerto, hize relacion a vuestra merced de un breve tractado cuyo título es Regla dela vida spiritual y secreta teología que yo traduxe de lengua toscana en romance castellano. Assí por ayudar a los devotos y fieles próximos, como porque me parescio que enella se nota congregación (A exemplo de vuestra merced) esta muy bien entendida y exercitada la Christiana y scta doctrina de que aqste libro tracta: y que endereçandole a vuestra reverncia por su medio intercessió dessas mis

⁷²³ Cuesta refiere este dato bibliográfico: “«El erasmismo y las corrientes espirituales afines» en *Revista de Filología Española*, 1952; *apud* PÉREZ DE TUDELA (ed.), *Batallas y quinquagenas*, 1983, I, XXI” (Cuesta, p. 60).

⁷²⁴ *Regla de la vida sp[irit]ual y secreta theologia [que de lengua toscana en romance castellano traduxo el capitan Gonçalo hernandez de ouiedo y Valdes ...], Imp[ri]miose e[n] ... Seuilla: por Dominico d[e] Robertis, a 18 dias de hebrero 1548, Sevilla.*

señozas religiosas que en su obediencia militan, yo seré mejor siendo favorecido con sendas Avemarías, y que por este medio dios me bolvera a las Yndias a mi casa a acabar esta peregrinación del mundo (...) (*Regla*, iij.).

Hemos entrado fugazmente en este precioso librito porque su epístola pone de manifiesto nuevamente el arraigo de Gonzalo a la tierra indiana. Solicita a la reverenda que con sus oraciones le favorezcan la vuelta pronta a su hogar, a las Indias, donde le espera su mujer y su hija.

Mas, mientras que eso no ocurra, Oviedo tiene un propósito que lo desvela: que se impriman los papeles de su *Historia*. Ese 1547, en Salamanca, y en la casa de Juan de Junta, se publica una nueva edición de esa primera parte. Entre tanto, y como explica Giuliani, “Las Casas estorba en el Consejo de Indias la publicación de la segunda parte de la *Historia general*” (1991, p. 30).

En enero de 1549, el cronista regresa a la isla dominicana. Lleva en su equipaje la sabiduría de los años y su vocación de escritor. Una tarea que va a verse colmada con la escritura, en esos años cincuenta, de varias obras en simultaneidad: entre 1550 y 1552 se ocupa del *Tratado general de todas las armas*, y del *Libro de linajes y armas*. Y, también, dedica sus horas a las *Batallas y Quincuagenas* y a las *Quincuagenas de la nobleza*. En enero de 1555 se publica la primera parte de esas *Quincuagenas*, obra que lleva escribiendo desde 1546, cuya “primera parte” dedicaba “al príncipe Felipe” (Miranda, 1950, p. 45), y que, como bien señala Cuesta, le ocupará hasta casi el final de sus días:

(...) fecha el texto en Santo Domingo de la isla Española del mar océano: «18 grados de la Equinoccial, alias Tórrida zona, a la parte de nuestro polo Ártico, a 10 de enero de 1555, cuando ya tiene cumplidos 77 de edad» (79 contaba ya al concluir la Parte tercera, como él mismo deja constancia) (Cuesta, p. 16)

Su otra gran producción son las *Batallas*, que ha estudiado con profundidad Pérez de Tudela. Concluye el estudioso que estos diálogos se iniciarían a partir de 1545 y que en 1552 “la lectura de la *Suma de varones ilustres* de Juan de Sedeño (...) le orientó hacia una nueva pauta” (*BYQ*, I, 1983, p. XXVI). De este modo lo exponía Oviedo:

(...) procedí en lo comenzado e mezclé e ingerí los famosos reyes y varones antiguos y modernos, y compuse en todo siete mill e quinientos versos en

estilo común y nuevo, distintos en tres ‘quincuagenas’, que son primera, segunda y tercera partes, cada parte o quincuagena de cincuenta estanzas, e cada estanza de cincuenta versos (Oviedo, citado en Pérez de Tudela, *BYQ*, I 1983, p. XXVI-XXVII)

Encontramos, de este modo, a Oviedo inmerso en la escritura. Le ha cedido a su yerno, Rodrigo de Bastida, la alcaldía de la fortaleza y anda tras las gestiones para la publicación de su *Historia*. En el año 1556, solicita nuevamente que se le otorguen los permisos para imprimirla.

Carlos V se había retirado al monasterio de Yuste y gobernaba en ese momento la princesa doña Juana, hermana de Felipe II. Obtuvo Oviedo permiso para la impresión de la *Historia*, tarea al que puso manos inmediatamente y que no alcanzó a ver (O’ Gorman, 1972, p. 64)

Muere en la ciudad de Santo Domingo en 1557, mientras se imprime *el Libro XX* de la I de la Segunda parte (Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba).

No se publica entera hasta 1851-1855, edición Amador de los Ríos, en 3 volúmenes. Y la edición de Pérez de Tudela, 1959, 5 vol.

LA BAJADA DE TELÓN Y LA MALA ESTRELLA DE LA *HISTORIA*

“(...) pues todas estas mudanzas e desvíos face la estrella (...)”

(Oviedo, *Historia*)⁷²⁵

“Se editaron sólo veinte libros de los cincuenta que, en total, constituyen la obra. Esta primera entrega tuvo una reedición en vida de Oviedo en Salamanca en 1547. Excepto por la edición aislada del libro XX (sobre el viaje de Magallanes) hecha en Valladolid en 1557 —el año de la muerte del cronista— la obra no volverá a editarse hasta que entre 1851 y 1855 Amador de los Ríos, con el auspicio de la Real Academia de la Historia, publica por primera vez la obra completa. Desde entonces ha habido dos reediciones más: la de Juan Pérez de Tudela (Madrid, 1959) para la Biblioteca de Autores Españoles (vols. 117-121) y la de J.

⁷²⁵ Oviedo (*Historia*, 117, Libro II, cap. XI, p. 44).

Natalicio González (Asunción, Paraguay, Editorial Guáranla, 1945)”.
(Bolaños, 1990)⁷²⁶

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, antaño alias de Sobrepeña, muere en la ciudad de Santo Domingo el 26 de junio de 1557. Mientras, en Valladolid, se está imprimiendo el Libro XX de su *Historia*, única novedad a lo ya publicado anteriormente.

La estrella no le ha permitido ver publicada su *Historia*, pero su devenir vital no le ha sido tan adverso. Él mismo se vanagloriaba de sus andanzas, de lo mucho que había vivido:

Nací desde a poco que los Católicos e de inmortal memoria Reyes de Castilla (...) comenzaron a reinar, e pasaron gloriosamente desta vida (...), y en fin he visto los sucesos de España hasta el presente. Alcancé a ver los reyes de Francia a Carlos 8º e Luis 12º, y Francisco, al presente rey en Francia. Alcancé en Inglaterra a Enrique 7, y a su hijo que al presente reina, Enrique 8º. He discurrido por toda España y acuérdome de ellos reyes que ha habido en Portugal desde Alfonso 5 de tal nombre hasta el presente, y he visto a Italia y besé al Papa Alexandre 6º, años de 1500, y he visto las cortes y ejércitos de los reyes y casas que he dicho y sus tronos (...). En fin, nací año de 1478 y estamos en el de mil quinientos y cuarenta (...) y por seis, y por el mes de agosto cumplí 68 años (...). (*BYQ*, 1989, p. 450).

Y tampoco la estrella ha opacado su talento literario. Quizá por esa retórica de la *humilitas* autorial -de esa discursividad que, cadenciosa, sinceraba su carencia de estilo- y quizá también por su falta de formación humanística, sintiérase Oviedo fustigado por sus coetáneos. Pero no lo aplacarían las malas lenguas; muy al contrario, tanto más se crecía el escritor nato.

Desde una consideración historiográfica, Gonzalo es un acumulador. Desorganizado dentro un orden, excesivo y laberíntico en la narración de los hechos, es historiador verdadero en cuanto a su criterio metodológico. Fuentes y más fuentes atiborran una crónica que se ralentiza y agota a quien lee. No es la *Historia*, en muchas de esas páginas, más que un desaliento; soporífera lectura que solo convida a empecinados estudiosos e investigadores, pero que expulsa a lector placentero.

⁷²⁶ Bolaños (1990, p. 557).

No obstante, en su laberinto la crónica guarda rincones preciados, que deleitan a quien los halla. La *Historia*, a mi parecer, demuestra la grandeza del literato que habita en Gonzalo Fernández de Oviedo; la valía artística del relator que atrapa con el dramatismo y el suspense, que acongoja con sus espectáculos de horror, que maravilla 'con sus descripciones pictóricas y sensitivas... La objetividad de la historia se tiñe de subjetividades experienciales que devuelven a un escritor escribiéndose, que nos transporta -sin apenas percibir el cómo- a esas realidades vividas, y que con sus retazos autobiográficos nos abre las puertas de instancias que -presumiblemente- atañen a su intimidad. Y ahí nos ha ganado. Vencer el amilanamiento y adentrarse de lleno en la *Historia* ha dado sus frutos.

En este punto, y para que lo subjetivo no se acomode en esta semblanza, recuperamos las valoraciones de uno críticos que mayor conocimiento tienen del autor y de esta crónica, quien ha editado su *Historia*: Pérez de Tudela.

Permítaseme, en fin, una palabra de valoración personal sobre el estilo y el talante literario de Oviedo, bien entendido que la pronuncio como sinceración personal (...) Escribe el madrileño bajo la apariencia -sólo la apariencia- de que deja correr despreocupadamente su pluma. El resultado estético lo encuentro desigual. Al lado de las monotonías expresivas enlazadas al modo vetusto -y con deportiva insistencia- por medio de la copulativa 'e' surgen las frases jugosas, encantadoras -algunas incluso prodigiosas- en su eficacia incisiva, y aunque sea tantas veces bajo la ignorancia del rigor en la sintaxis, también con fortuna para la frase. Se puedo esto hoy decir después de que el pobre Oviedo ha padecido las desdeñosas agrimensuras y los varapalos del academicismo de las áureas proporciones y de las orgánicas disposiciones. (...) Fernández de Oviedo es con frecuencia un maestro y un artista de la palabra. Con sus diapasones (...) arcaicos (...) que un día disfrutó el idioma castellano (...).

Debajo de ello hay una magnífica seguridad en el propio bagaje. Demasiado tiempo ha pasado nuestro cronista por representante arquetípico de una esforzada cultura autodictada, hipotecado a la ignorancia de las letras -especialmente las latinas-, sometido a insuficiencias formativas y corriendo su vía con los vientos de la moda, para escribir un día el *Claribalte* y repudiar luego, con saña inagotable, novelerías y obras de invención. No es ésa la apreciación que me parezca hoy posible mantener como más exacta. El Oviedo que produce la *Historia general* y culmina sus memoriales "quincuagenarios" dista cuanto se quiera de ser un humanista conforme a la dimensión de la época. Pero no es un iletrado, y, sobre todo, tiene una clara conciencia de lo que significa su obra como resumen de sabiduría y cauce de iluminación y apertura humanista. Tiene la amplitud de lectura que hoy (mejor que ayer) sabemos (...). Y posee ante todo la seguridad reflexiva de lo que representa su propio acervo de cultura nacional: sabe lo que vale su idioma, lo que aporta al mundo cristiano la experiencia español antigua y nueva y está persuadido de que propone una verdad objetiva y demostrable

cuando habla de la superioridad moral que presenta ante el mundo la España (...) de los hijosdalgo, que él mismo siente encarnar a la perfección, como acrisolada en su vida por los infortunios y por los contrastes corrosivos del Nuevo Mundo” (Pérez de Tudela, *BYQ*, I, 1983, pp. XXXVIII-XXXIX).

¿Qué hubiera opinado Oviedo de este retrato? Pregunta que no puede obviar el biógrafo, y que no tiene respuesta certera. Lo único tangible es el legado escritural que deja. La biografía, como ese retrato, no deja de ser una reconstrucción. Y con esta breve nota la compilamos:

Oviedo forma parte de la expedición de la expedición de Pedrarias Dávila. El 11 de abril de 1514 parte como escribano y veedor de fundiciones de oro de Tierra Firme y arriba en junio a Santo Domingo. Once veces cruzará el océano para ir y volver de la península, y finalmente acabará afincándose en aquellas Indias exuberantes y peligrosas, en la tierra que verá crecer su *Historia*. Allí, a contemplar y a presentarnos aquella divina Natura dedicará el observador y escritor de natural inclinación sus esfuerzos y su tiempo. Allí nuestro moderno GPS le hubiese hoy comunicado: ‘ha llegado a su destino’. Se convierte en gobernador de Santa María la Antigua del Darién, en empresario en las Indias, se construye una casa-fortaleza. Ha perdido a su bella Margarita, a esa musa que lo mueve a escribir sus más terribles y poéticos renglones. Estando allí pierde a su segunda mujer de unas fiebres, a sus dos hijos pequeños por ingerir unas almendras ponzoñosas; a su hijo mayor, a quien le ha cedido su puesto de veedor, y que se ahoga atravesando “el río de Arequipa”, en una desventurada incursión de la expedición de su amigo Almagro (Ballesteros, 1981, p. 159); y, también, a su nieto de cinco años poco después del fallecimiento del padre. Padece estoico ese penar, que tinta de dramatismo su literatura. Sufre las animadversión de Las Casas, las intrigas de Pedrarias y de sus afines, que por manos de Simón Bernal atentan contra su vida. En esos años pleita- que nunca le faltaron enemigos-, recoge testimonios, escribe incansable, viaja y reitera en sus intentos de publicación de la II parte de la *Historia*, que se torna empresa imposible. Continúa escribiendo su *Quincuagena de la nobleza*, sus opulentas *Batallas* que entretienen con sus chismes a Sereno y a Alcaide; sigue procurando que su miscelánea *Historia* permanezca viva, que sea fuerte su latido, y firme la verdad de su renglones; dignificándola para que agrade, para que perdure y la laureen en el transcurso de los tiempos. A pesar de la sordera, de la gota, de la enfermedad y sus casi ochenta años, sigue. Escribir no ha cobrado nunca tanto sentido como en ese momento de soledad, cuando ya

solo le queda su hija Juana, y sus memorias. Y la muerte le llega el 26 de junio de 1557 en su fortaleza dominicana. Donde ha decidido quedarse. Donde ha escrito su *Historia* y donde culmina su historia. Una historia apasionante, digna de película.

HISTORIAS CRUZADAS

La historia de Oviedo, intensa y prolongada, se resiste a abandonar a la otra *Historia*. Para finalizar la II parte de la *Historia*, Oviedo construye su discurso sobre una retórica plañidera. La tragedia baja el telón, antes de enunciar el “fin de la segunda parte”:

Pasemos a lo **demás de la tercera parte**, donde continuaré los libros que ella se siguen hasta su definición, cuya memoria me da mucha pena e dolor, porque tengo de relatar y decir los tristes y desventurados fines e muertes de muchos e diversos capitanes e personas señaladas que en estas partes han perdido las vidas; porque para mi condición es grave y desapacible cosa pensar que mi pluma ha de seguir una forma de historia o imitación trágica; y en especial tocando a tantos de nuestros naturales españoles, a vuelta de los cuales, por mis pecados, se me ahogó un solo hijo que me quedaba, del cual yo pensaba en mi postrimería haber mejor gozo. Plega al que así lo plugo que su ánima e de todos los demás estén en gloria, donde está la perfecta y perpetua vida, e la vista de aquel eterno Dios que vive e reina *per onmini saecula saeculorum*. Amen (*Historia*, 119, Libro XXXVIII, cap. XIV, p. 261).

Mas la crónica camina apegada al cronista; rellena las soledades en su senectud. La *Historia*, tan fiel, es obra de vida; ya es familia. Por eso no puede por menos que ensalzarla en la voz dialogal de Sereno. No puede evitar contarle al mundo que seguirá ocupando su vida, que continuará con esa IV parte, hasta acabarla.

SERENO. Yo no puedo creer viendo [al margen nota] e oyendo vuestra relaciones tan particulares de estos caballeros sino que toda vuestra vida os habéis ocupado en solas estas materias. Después acuérdome de aquel gran volumen de la primera parte que escribisteis del *Catálogo real de Castilla*, que el Emperador, nuestro señor, tiene en su cámara escrito de vuestra mano, que sólo aquel bastaba para ocupar una vida más larga que la vuestra. E sé que tenéis otra segunda parte prosiguiendo en el mismo *Real catálogo*, e es grande volumen. Y demás de esto sé que habéis escrito y continuáis como

cronista de sus Majestades la grandísima *Historia natural e general de Indias, yslas e Tierra Firme del mar Océano* en tres partes e cuatro volúmenes repartida, la más peregrina e nueva historia que en el mundo se sabe. Y veo que comenzáis la cuarta parte de la dicha *Historia general*, que será otro gran volumen. Y todo ello escrito de vuestra mano y de esta misma letra. De manera que si yo no os conociese desde muchacho, y hubiese de juzgar de vuestros años por la gran copia de los tratados que he visto vuestros, diría que era imposible un solo hombre haberlos escrito y ordenado, en más que doblados los años que habéis, que son según vuestra confesión hasta en fin del año de 1552 que ahora comienza, LXXIII años y medio, pues decís que nacisteis en el mes de junio o julio de 1478 años. Deseo vuestra vida como la mía, por ver acabada esta obra y las que tenéis entre manos. Y espero que Jesucristo que os la dará, pues lo que escribís es en Su loor y en honra de la nación y cetro de España donde sois natural, e desde que nacisteis sois obligado a lo que hacéis (BYQ, 1989, p. 280).

La historia -en minúsculas y sin cursiva- de Gonzalo Fernández de Oviedo muestra la imbricación vital de dos mundos, el Viejo y el Nuevo. Oviedo será ese eterno madrileño afincado en las Indias y será ese indiano arraigado que siempre torna a Madrid. La *Historia* -ésta sí mayúscula, como su naturaleza- con sus analogías y sus intertextualidades espejea esa misma cosmovisión integradora, en un trasfondo de transferencias de saberes y culturas. Aúna la tradición del hombre europeo y del americano. Pero, además, prendidos a la fervorosa vocación de escritor Oviedo y a sus copiosas realizaciones literario-historiográficas, también descubrimos que su escritura es un punto de encuentro. Es, como bien ha percibido Bénat-Tachot, “un juego de simetría inversa” (1998, p. 5) en la que se “suelen cruzar los temas y los espacios” (1998, p. 5). En 1519, arriba Oviedo de Las Indias con su *Claribalte* escrito, para publicarlo en España; en su fortaleza dominicana redacta sus *BYQ*, su *QN* y su *Catálogo Real*, sobre aquellas ilustrísimas gentes de la aristocracia española; pero es en su país natal donde escribe, en un ejercicio nemotécnico sin par, el *Sumario* sobre la naturaleza indiana. Como su vida, tan apasionada y fluctuante; y como la *Historia*, tan ingente y asimétrica, así es la trayectoria escritural de Oviedo, su cosmos historiográfico.

RETRATO FINAL⁷²⁷

“Pese a la edad, Oviedo no cesa (...). Y así le llegó la muerte. El licenciado Alonso de Maldonado se acercó el 26 de junio d 1557 a la fortaleza de la ciudad ‘donde halló muerto al dicho Gonzalo (...)’. Moría en la tierra que tanto había amado y no en Valladolid, como aseguran algunos (...) Aquel 27 de junio por las anchas calles de la moderna Santo Domingo (...) fue el cortejo funerario del Alcaide. Antes en su cámara le había sido quitada del cuello la cadena de que pendía la llave de la fortaleza, y con la cual había fallecido. El cortejo iba a la Catedral, en cuya bóveda de Santa Lucía se le enterró. Y allí debe yacer. Debe yacer poque la bóveda fue removida para construir un monumento del falso gótico que cobijara los restos de un Colón, que puede ser Cristóbal. Sus cenizas se mezclaron con el polvo de la tierra americana, se fundieron con el humus del mundo nuevo cuyo conocimiento e historia él alumbró.”

(Manuel Ballesteros)⁷²⁸

En la vigilia, a la tenue luz del candil, encorvado sobre el papel, el afanoso Alcaide apresa su memoria para que no la borre el tiempo. Recuerdos trazados minuciosamente, también noticias, entrevistas, pleitos, relaciones y otras muchas fuentes que edifican una *Historia* consistente que, por su envergadura y su saber, ni los siglos podrán derribar.

Evoca su recorrido vital. De sus ansias de medro y de reconocimiento, eclosionó aquel brillante *Sumario*, y las notas de su joven crónica. Por su prodigiosa actividad escritural, ingente y constante, se fue conformando como escritor, curtiéndose con la experiencia.

Mas, aún queda aliento. La IV parte de la *Historia* aguarda...

Quién sabe los secretos que habría depositado en ella.

⁷²⁷ La biografía tiene mucho de artesanal; posee, inevitablemente, algo de inventiva. Mas, que sea siempre en favor de la verdad.

⁷²⁸ Ballesteros (1981, p. 164).

2.2.5 CUADRO CRONOLÓGICO: VIDA Y OBRA

Dato biográfico	Año	Dato bibliográfico
Nace en Madrid, en un día ignorado del mes de agosto. Hijo de Juana de Oviedo y sobrino de Juan de Oviedo, los escritos ocultan el nombre de su padre.	1478	
Entra al servicio del hermano del rey Fernando el Católico, el segundo duque de Villahermosa don Alfonso de Aragón. Entra al servicio del príncipe don Juan.	1490-1491	
Boda del príncipe Juan y de la princesa Margarita. A los seis meses del enlace, fallecimiento de este príncipe heredero. Disolución de la corte del príncipe. Fin de los servicios de Oviedo como mozo.	1497	Esta sustancia biográfica dará lugar a la materia narrativa del <i>Libro de la Cámara Real</i>
Desempeña oficios reales en Zaragoza	1498	
Se inicia su estancia por Italia. En 1502, regresa a España. Al servicio del duque de Calabria. Fallece su primera esposa, Margarita de Vergara	1498-1512	
Primer encuentro con el Nuevo Mundo	1514	
	1519	Publicación <i>Claribalte</i> , novela de caballerías dedicada al duque de Calabria
Fallece su segunda esposa, Isabel de Aguilar	1521	
Matrimonio con Catalina de Rivaflechas	1523	Presentación al Consejo del <i>Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo sobre el mal gobierno de Pedrarias Dávila</i>
	1524	<i>Respuesta a la Epístola moral del Almirante.</i>

	1525	<i>Relación de los sucedido en la prisión del rey Francisco de Francia</i>
Vuelve con Pedro de los Ríos a Las Indias, tras la residencia a Pedrarias.	1526	<i>Sumario de la Natural Historia</i> (15 de febrero 1526, Toledo, Ramon Petras). Traducción del <i>Corbacho o Laberinto de Amor</i> (Bocaccio) (?)
Es nombrado cronista de Indias	1532	<i>Libro del Blasón</i> , (entre 1517-1532).
Fallecimiento de su hijo Francisco. Fallecimiento de su nieto. Retiro. Regresa a Santo Domingo.	1535	<i>El Catálogo Real de Castilla</i> , (entre 1532-1535). I parte de la Historia , (30 de setiembre de 1535, Sevilla, Juan Cromberger).
	1547	Se publica una nueva Coronica de las Yndias (I parte de la Historia) – con la adición de la <i>Conquista del Perú</i> . (1547, Salamanca, Juan de Junta). <i>Adiciones a los officios de la Casa Real</i>
	1548	Traducción de <i>la Regla de la vida espiritual y secreta Theología</i> , de Pietro da Lucca (1548, Sevilla, Domingo de Robertis).
	1549	<i>Libro de cámara Real del Principe Juan</i> , (entre 1545-1549).
	1550	<i>Tratado general de todas las armas</i> , (entre 1550-1551). Está escribiendo <i>Batallas y Quincuagenas</i> .
	1552	<i>Libro de linajes y armas</i> , (entre 1551-1552).
Cede a su yerno Rodrigo de Bastidas la alcaldía de la fortaleza.	1555	<i>Quincuagenas de la nobleza</i> , (entre 1546-1555). Prosigue con la redacción de la <i>Historia</i> .
Gestiones en España para la publicación de la <i>Historia</i>	1556	
Fallecimiento del autor	1557	Obtiene permiso para la publicación del Libro XX de la I de la II parte de la Historia (Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba).

2.3 DEPENDENCIAS CON LA TRADICIÓN

- 2.3.1 EL ARGUMENTO DE AUTORIDADES: UN EJEMPLO

“Otro tipo de razonamiento que se apoya en los hechos, circunstancias, afirmaciones, etc., considerados como ‘ejemplares’ es el argumento de autoridad, mediante el cual se confiere valor probatorio a la opinión de un experto, de un maestro (ipse dixit) de un personaje ilustre. La cita es el instrumento del argumento de autoridad cuando el usuario la aduce como garante de la propia opinión”

(Bice Mortara)⁷²⁹

“¿Para qué quiero yo traer auctoridades de los antiguos (...)?”

(Oviedo, *Historia*)⁷³⁰

En tanto que este trabajo de investigación prioriza la palabra de Oviedo; en tanto que es principal objetivo el darle un lugar protagónico a la voluminosa *Historia*, mostrándola (es decir, acercando sus textos -ésos que tan poco visitan los lectores-, recorriendo su laberíntica prosa para analizarla desde dentro, metiéndonos entre sus sinuosas calles y sus encrucijadas narrativas), y no tanto teorizando sobre ella, emprendemos este breve viaje a las intertextualidades de la crónica desde el interior de la misma, sitios en su escritura. Pues, ¿qué mejor que tomar al autor disertando sobre ellas, legitimando su propia autoridad frente al reverenciado Plinio, su fuente principal por excelencia?

Por consiguiente, nos adentramos en su Libro VI ‘de los depósitos’, un territorio de atractiva miscelánea, para darle volumen al discurso de Oviedo. Un capítulo cuya retórica discursiva está legitimando, como señala Santacruz, “una nueva postura cronística ante la realidad histórico-natural” (2018, p. 21) apegada a “una verdad

⁷²⁹ Bice Mortara (1991, p. 88).

⁷³⁰ Oviedo (*Historia*, 117, Libro VI, cap. V, p. 151).

testimonial (...) que tiene como punto de partida una metodología del *yo*, tan experimental como divulgativa” (Santacruz, 2018, p. 21).

La reflexión del cronista aparece injerta en su descripción sobre los modos que tienen los indios de hacer fuego, de “la manera que los indios tienen en sacar y encender lumbre sin piedra ni eslabón, sino con un palo, torciéndole sobre otros palillos, como agora se dirá” (*Historia*, 117, Libro VI, cap. V, p. 150). El cuadro descriptivo es profuso en detalles, y refleja esa excelsa facultad de observación innata de Oviedo. Esta descripción minuciosa y precisa que nos lega el veedor, que aúna la *topotesia*⁷³¹ y la *pragmatografía*⁷³², logra transmitirle al lector sensaciones de contemplador, como si desde su rincón ‘externo’ estuviese asimismo viendo la escena. La descripción y la narración se imbrican en perfecta sintonía. Para Genette, como nos recuerda Garrido Domínguez, “la descripción, es, naturalmente, *ancilla narrationis*, esclava siempre necesaria pero sometida, nunca emancipada” ([Genette, 1989, p.199], Garrido Domínguez, 2009, p. 746). En esta secuencia, los palos se representan en todas sus formas y dimensiones: los hay “luengos”, “gruesos” y “delgados”; algunos están muy “bien labrados” y tienen “buena madera fuerte” y son “recios”, y, en cambio, otros son “palos secos” o “ligeros”; mientras que la narración se ocupa y se preocupa de simultanear esa ‘pintura’ con el relato pormenorizado y sucesivo de los pasos que dan los indios para lograr encender fuego. El capítulo se inicia con la personificación de la Natura (fijémonos en la mayúscula), un espacio idílico (ahí identificamos la *topotesia*) que cobija maravillas -como ese milagro de hacer fuego- y que se presenta excelso proveedor del hombre.

Cuán proveída es la Natura⁷³³ en dar a los hombres todo lo que les es necesario, en muchas cosas se puede ver cada hora. Esta manera de encender fuego los indios, parecerá cosa nueva en muchas partes, y no poco de maravillar a los que no lo han visto; y es en todas las Indias tan común, cuanto es razón e necesario que sea comunicable el fuego para la vida humana e servicio de las gentes. Y esto hácenlo los indios desta manera⁷³⁴: toman un palo tan luengo como dos palmos o más, segund cada uno quiere, y tan grueso como el más delgado dedo de la mano, o como el grosor de una saeta, muy

⁷³¹ Figura retórica que describe espacios idílicos.

⁷³² Es ese tipo de descripción que atañe a los objetos y también a las acciones.

⁷³³ El narrador le está atribuyendo a la Natura cualidades humanas. La prosopopeya se disemina por todo el capítulo, en el que una Natura idealizada provee y enseña al hombre, con sus secretos, sus maravillas y sus milagros.

⁷³⁴ Obsérvese el recurso pragmatográfico: el narrador amalgama la descripción de los objetos y el modo de proceder con ellos. El dibujo de los elementos se combina con la enumeración de acciones desarrolladas por los indios para lograr hacer lumbre.

bien labrado e liso, de una buena madera fuerte que ya ellos tienen conocida para esto. E donde se paran en el campo a comer o a cenar, e quieren hacer lumbre, toman dos palos secos de los más livianos que hallan, e juntos estos dos palillos ligeros, e muy juntos e apretados el uno al otro, pónenlos tendidos en tierra, y entre medias destes dos, en la juntura dellos, ponen de punta, el otro palo recio que dije primero, e entre las palmas torciéndole o frotando muy continuamente; e como la punta o extremo bajo esté ludiendo a la redonda en los dos palos bajos que están tendidos en tierra, enciéndelos en poco espacio de tiempo, y desta manera hacen fuego⁷³⁵. Esto se hace en esta isla Española y en las otras todas, y en la Tierra Firme: pero en la provincia de Nicaragua e otras partes no traen guardado el palillo que dije que es labrado e liso, de madera recia, que sirve de parahuso o taladro o eslabón, sino de la madera misma de los otros palillos que se encienden y están tendidos en tierra, y son todos tres palillos.

En Castilla del Oro y en las islas, donde los indios andan de guerra e continúan el campo e han menester más a menudo el fuego, guardan e traen consigo aquel palo principal, para cuando van camino; porque está labrado e cual conviene para aquello e para que ande más a sabor entre las palmas, estando liso, e con más velocidad. E así, con aquel tal se saca el fuego más presto e con menos fatiga o trabajo para las manos, que no con los que se hallan acaso, ásperos o torcidos. *La figura de lo cual es de la manera que lo enseñó dibujado*⁷³⁶ (Lám. 2.^a, fig. 2.^a), puesto que sin tal pintura, hasta lo que está dicho para lo entender. Pero todavía es bien, en lo que fuere posible, usar de la pintura para que se informen della los ojos e que mejor se comprendan estas cosas (Historia, 117, Libro VI, cap. V, p. 150).

Obsérvese cómo el autor le otorga especial relevancia al sentido de la vista como mecanismo para conocer. El testigo directo y relator de esos hechos, que nos ha ‘pintado narrativamente’ ese hecho, es también ese intelectual que se ha forjado artista mientras

⁷³⁵ Examinemos la competencia y la coherencia discursiva. El narrador ha organizado el fragmento en lo que, en 1975, Grice vendría a denominar “el principio de cooperación” de los elementos del discurso. Oviedo expone el desarrollo de la acción siguiendo una secuencia coherente: primero toman los indios los palos, luego los juntan, más tarde los tienden en el suelo, y finalmente colocan uno en medio para frotar con él enérgicamente. Se da así una ordenación lógica que se combina con el registro breve y claro. Y es que, desde la lexicográfica, cabe señalar que el registro se presenta sencillo, sin artificios ni ampulósidades. Prima el carácter informativo sobre el estilístico, con adjetivos calificativos (grueso, delgado, liso, bajo, recio...) digamos ‘de uso común’ -que no entrañan complejidad semántica- y con una deixis anafórica (dellos, destes, ellos, esto ...) que coadyuva a dotar de sentido el cúmulo de enumeraciones. Las repeticiones de los verbos “tomar” y “poner” enfatizan, igualmente, la cohesión. Y, en la misma línea camina el polisíndeton: las conjunciones “e”/“y” anudan las acciones encadenadas.

En esta narración descriptiva “a la llana” -como gustaba Oviedo de denominar su estilo- el autor demanda, sin embargo, un lector activo, cuya mirada se torne bifocal: atento, por un lado, a la descripción de los objetos y, por el otro, que atienda al desarrollo de las acciones de los personajes en su consecución del fuego.

Sustentamos, empero, y siguiendo los criterios metodológicos que propone Marimón (2008, pp. 15-16) para el análisis textual de la competencia discursiva, que Fernández de Oviedo dota el relato de orden lógico y de eficacia retórica, por cuanto esta camina con afán informativo. Y de circularidad: nótese el detalle de cómo inicia y cierra esa parte del discurso: abre con “Y esto hácenlo los indios desta manera” y concluye así “y desta manera hacen fuego”.

⁷³⁶ El texto escrito se auxilia con una lámina, un dibujo del naturalista empeñado en comunicar de forma mimética aquellas realidades.

deambulaban por las cunas italianas de cultura renacentista. Por ello, sabedor que por los ojos arriba el conocimiento, nos obsequia con esa y otras tantas láminas en su Historia, que, como consecuentemente argumenta, “todavía es bien, en lo que fuere posible, usar de la pintura para que se informen della los ojos e que mejor se comprendan estas cosas”.

Empero, su mayor y tamaño desafío será convencer al lector de que su sabiduría es, ante todo práctica; que su escritura es “autosuficiente” (Santacruz, 2008, p. 21) y mucho más válida y verdadera que la de los grandes maestros clásicos. Sobre esa intención se edifica el resto del capítulo, en el que vamos a distinguir dos secuencias argumentales distintas, pero concomitantes.

La primera de ellas se recrea veladamente en el elogio a Plinio y a Vitruvio. El autor de la *Natural Historia*, obligatoria parada siempre del cronista madrileño, ya se ha anticipado a nuestro historiador de las Indias en describir el milagroso logro del fuego. Que no es éste un descubrimiento moderno, parece decirnos Oviedo, sino de nuestros primeros ancestros. Por ello, también trae a cuento al romano ingeniero Marco Lucio Vitruvio, quien en su Libro II de su tratado⁷³⁷ dedicado al emperador Augusto, repara en que la fricción del ramaje de los árboles enardecidos por la tormenta ocasionalmente ‘levantan’ llamas. Por ende, Fernández de Oviedo está acreditando la verdad de su testimonio, trayendo a dos doctos eruditos que ya documentaron previamente el hecho.

Quien hobiere leído, no se maravillará destes secretos, porque muchos dellos hallarán escritos, o sus semejantes. Esto, a lo menos, del sacar fuego de los palos, pónelo Plinio en su *Natural Historia*, donde habla de los miraglos del fuego; e dice que torciendo los leños, o ludiendo juntamente, se saca y enciende fuego. De manera que lo que Plinio dice y aquestos indios hacen (en este caso), todo es una mesma cosa. Dice Vitrubio que los árboles por tempestad derribados, e entre sí mismos fregándose los ramos, excitaron el fuego e levantaron llamas, e aqueste origen da este autor al fuego (*Historia*, 117, Libro VI, cap. V, pp. 150-151).

⁷³⁷ Sobre la supervivencia de este tratado de Vitrubio, explica Ruiz Souza:

(...) es conocido gracias a la adaptación que hizo de él en el siglo IV Cetus Faventinus en *De Diversis Frabricis Architectonicae*, y a lo largo de la Alta Edad Media se encontraba en multitud de bibliotecas monásticas de toda Europa, si bien será durante el Renacimiento cuando su fama alcance cotas inimaginables. Alberti, Ghiberti o Palladio, entre muchos otros artistas, lo utilizaron, lo tradujeron, lo publicaron, y será en la Italia del siglo XVI, más que en la del siglo I antes de Cristo, cuando se construyan los edificios más vitruvianos (“Marco Lucio Vitrubio Polión”, Juan Carlos Ruiz Souza)

Véase Ruiz Souza, en ‘Rinconete’, Arte/Claroscuro, Centro Cervantes Virtual, consultado el https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/septiembre_03/23092003_02.htm

Fijémonos en esta aseveración: “De manera que lo que Plinio dice y aquestos indios hacen (en este caso), todo es una mesma cosa”. La comparación resulta aquí figura nuclear del discurso ovetense. Oviedo está acreditando que no inventa y lo hace trayendo a estas dos autoridades. Sin embargo, su argumento va a recalar en la contradicción, a partir de esta interrogación retórica que prosigue. De esta forma se da a inicio a la segunda secuencia argumental:

Mas, ¿para qué quiero yo traer auctoridades de los antiguos en las cosas que yo he visto, ni en las que Natura enseña a todos y se ven cada día? Preguntad a esos carreteros que tienen uso de ejercitar las carretas o carros; y deciros han cuántas veces se les encienden los cubo de las ruedas por el ludir y revolver de los ejes: que esto basta para que a do quiera se aprenda a sacar fuego de la manera que acá se hace e yo tengo aquí dicho. Mas, porque truje a consecuencia e prueba las carretas, no se encenderán si van despacio o vacías, poco a poco; pero, quanto más corriere con velocidad, bien cargada, tanto más aína acude el fuego, y más en unas maderas que en otras. El año de mill e quinientos e treinta y ocho mandó la Cesárea Majestad proveer de artillería gruesa, e muy hermosa, esta fortaleza suya que está a mi cargo; e se trujeron culebrinas de a septenta quintales e más cada una, de bronce, e cañones de a cincuenta e cinco, e medias culebrinas de a cuarenta e algo menos; e después que las naos llegaron a este puerto e se sacaron estas piezas en tierra, hecimoslas llevar a brazos a muchos negros, e trujéronlas hasta esta casa, y como era mucha gente la que tiraba de cada pieza, por muy pesadas que eran, las traían corriendo; pero a cincuenta pasos se encendían las ruedas, y para excusar esto, hice que a par de cada tiro fuesen hombres con calderas llenas de agua, con que iban bañando e matando el fuego, Así que esto es cosa que se ve e es natural *Historia*, 117, Libro VI, cap. V, p. 152).

Como ha visto con rigor Karl Kohut, a Oviedo siempre le sobran relatos en su haber para intercalarlos en su texto, como ocurre aquí. La *Historia* se convierte en esa caja de relatos que siempre posee otra más pequeña dentro, casi dotada de la esa infinitud a que aludía Borges. En este sentido,

Oviedo es precursor de algunos cronistas posteriores en cuya obra de la *Historia* se diluye en historias, caso de Juan Rodríguez de Freile o Bartolomé Arzáns de Orsúa, aspecto que ha sido estudiado en relación con los orígenes de la narrativa hispanoamericana” (Kohut, 2007, p. 38).

Pero retomemos el relato. El autor trae el caso de los carreteros, hombres indoctos, para sustentar el tópico de la experiencia. Y opera de idéntico modo insertando un pasaje autobiográfico, a propósito de las mejoras que en 1538 llevó a cabo para salvaguardar su fortaleza dominicana, instalando cañones y artillería gruesa. Con prolijidad, relata el

transporte de esos materiales pesados, en una descripción que trae los ecos del chirriar de esas ruedas y del calor desprendido por tanta fricción. El conocimiento práctico es, por consiguiente, la máxima autoridad ahora. Y, en consecuencia, enfatizando retóricamente su discurso, de todo su *instrumenta* escritural escoge el funcionalismo de esa interrogación, y lo despliega enérgico: “Mas, ¿para qué quiero yo traer autoridades de los antiguos en las cosas que yo he visto, ni en las que Natura enseña a todos y se ven cada día?”.

El razonamiento del cronista se nos presenta en este punto como una aporía (*ἀπορία*), en tanto se sustenta en dos argumentos fundamentados, pero contrarios. Porque, si como asevera, no le encuentra el autor sentido al empleo de la *autoritas* clásica para acreditar el testimonio, ¿por qué al inicio del capítulo, y como en tantos otros, asoman Plinio y Vitrubio? ¿cuál es entonces la razón para traerlos?

Analicemos el pensamiento de Oviedo para obtener respuestas, siendo conocedores de las férreas defensas ovetenses por el topos de lo “he visto y he conocido” y a sabiendas, de igual modo, de que todo el corpus historiográfico de Fernández de Oviedo se vertebra sobre el alarde erudito, impregnando su escritura de alusiones a la tradición clásica-medieval-cristiana.

En ese siglo XVI, el valor del testimonio se torna fundamental para acreditar la honestidad de la historiografía indiana. La verdad, diosa que rige la historia, debe seguir reinando, por muy fabulosas que puedan resultar las maravillas del Nuevo Mundo. “La historia (...) es provechosa cuando y sólo si es verdadera”, recuerda Kohut (2007, p. 24) Nace, por ello, la necesidad de visitar a los maestros antiguos, de apropiarse de lo que otros escribieron y de establecer analogías. Este ha sido el criterio metodológico más utilizable en los procesos de evangelización y resulta ser modelo práctico también para escribir historia. Pensemos, además, en la tamaña empresa a la que se afrenta Oviedo, en “su papel de historiógrafo, geógrafo, biólogo y etnólogo” (Kohut, 1992b, p. 53), que irremediamente debe conducirlo a visitar fuentes especializadas y acreditadas sobre esas disciplinas. Es tanto así, que si Oviedo confía en primer lugar en su experiencia, “los modelos antiguos y contemporáneos constituyen el segundo principio metodológico” Kohut, 1992b, p. 53) de la *Historia*. La Antigüedad se convierte en paradigma a seguir,

en el espacio donde hallar referentes, en un escritor que tiene acceso a los tratados humanísticos contemporáneos:

Podemos desechar, pues, la literatura humanística contemporánea como modelo de la obra (...), sea porque realmente no le suministró nada que pudiera utilizar, se poque sencillamente no la conocía. Muy diferente es el caso de la literatura antigua. La biblioteca de Fernández de Oviedo permitir concluir que fue sobre todo ahí donde buscó los modelos, donde encontró los métodos y conocimientos necesarios para su trabajo (...) La parte más difícil de esa tarea era la descripción de la naturaleza, por la increíble abundancia de fenómenos desconocidos hasta entonces. De ahí se explica la preferencia obvia pro la *Historia natural* de Plinio. Fue éste el autor que Fernández de Oviedo admiró más entre los de la antigüedad clásica y cuya obra consultó una y otra vez (Kohut, 1992b, p. 58).

Fermín del Pino ha señalado el romanismo que inunda esta historiografía temprana sobre Las Indias. Un romanismo que campea en la *Historia*, y que se exhibe en el discurso de la analogía, en busca de similitudes entre lo visto y lo que vieron, como una necesidad.

Y así la paradoja a la que aludíamos halla razonamiento en este punto. Porque Oviedo se encuentra en ese impasse entre tradición y modernidad, en ese recurrir a lo antiguo, pero luego refutarlo con la propia experiencia. La alusión a Plinio se incardina en el texto que hemos analizado como elemento necesario para alardear de conocimiento erudito, para acreditarse como naturalista, mas posteriormente el cronista verdadero no puede más que rebatirlo. Porque aquella naturaleza indiana le cuenta otra historia distinta a la de Plinio. De este modo lo expresa Santacruz:

Oviedo rompe con la concepción clásica de la historia, por lo que rechaza a (re) escribir desde la tradición. La bibliografía europea puede hacer familiar y dar verosimilitud a la alteridad, pero no puede ser la fuente primera de observación de lo específicamente americano, en peligro, entonces de idearse únicamente desde la superposición del imaginario europeo.

(...) Su *Historia*, más que de lecturas clásicas, va cargada de independencia y empirismo. El discurso culturalista de un paso atrás para impulsar una progresiva desautorización del canon retórico discursivo occidental como único mecanismo válido para afrontar la novedad. (...) Y (...) arranca la escritura autosuficiente de Oviedo, esa en la que ‘lo que yo digo y escribo, es de sola mi pluma y flaca diligencia⁷³⁸’ (Santacruz, p. 21).

⁷³⁸ (*Historia*, 117, Libro VIII, proemio, p. 244).

- 2.3.2 SOBRE LAS AUTORIDADES DE LA *HISTORIA*

“Cada lenguaje es tradición, cada palabra, un símbolo compartido; es baladí lo que un innovador es capaz de alterar”

(Jorge L. Borges)⁷³⁹

“La actitud de Oviedo con respecto al menor valor de las fuentes escritas e, incluso, a la utilización del español en lugar del latín como vehículo lingüístico de la historia, lo sitúan en las fronteras culturales de dos épocas, desde donde tiende puentes de reciprocidad entre lo que había un poco más atrás en el tiempo y lo que vendría después con los intereses científicos: énfasis en la experiencia. Eso le ha valido que haya sido tachado de populista y la puesta en entredicho de su formación cultural. Su manera de pensar acerca de lo que debe contar la historiografía lo vincula con los cronistas medievales, sus antecesores, para quienes solamente tiene valor histórico lo que ha sido visto y oído, pero revela, además, un acercamiento a la similar mentalidad inquisitiva y empírica que se venía fraguando con el Renacimiento”

(Margarita Vásquez)⁷⁴⁰

Mas ¿para qué quiero yo probar con Plinio ni otro antiguo auctor las cosas que cada día vemos e son notorias a todos los hombres?

(Oviedo, *Historia*)⁷⁴¹

Ya hemos reflexionado en páginas anteriores a propósito del calado humanístico de Oviedo. Kohut (1992), Lerner (1992) o Gierich-Carvajal (2005) han sustentado que existen suficientes argumentos en la *Historia* para demostrar que Gonzalo Fernández de Oviedo, aun con su autodidactismo, representa también el modelo del humanista renacentista⁷⁴² en España. Que Oviedo no puede evitar traer autoridades para explicar el

⁷³⁹ Véase el “Prólogo” a “El informe de Brodie”, en *Jorge Luis Borges. Cuentos completos* (2011, p. 351)

⁷⁴⁰ Margarita Vásquez Quirós, *Historia y ficción en el “Sumario de la Natural Historia de las Indias” de Gonzalo Fernández de Oviedo*, edición de José Antonio Baujín, Academia Panameña de la Lengua, 2020, pp. 35-36

⁷⁴¹ Oviedo (*Historia*, 118, Libro XV, cap. IV, p. 82).

⁷⁴² El concepto de humanismo renacentista requiere de apreciaciones. Según subraya Kristeller:

(...) el término humanista, acuñado en el apogeo del Renacimiento, provenía, a su vez, de otro anterior: es decir, “humanidades” o *studia humanitatis*. Autores romanos tan antiguos como Cicerón y Gelio emplearon este término con el sentido general de una educación liberal o literaria, uso que continuaron los sabios italianos de finales del siglo XIV. En la primera mitad del siglo XV, *studia humanitatis* vino a significar un ciclo claramente definido de

Nuevo Mundo. Pero que su criterio es el del científico que contrasta las pruebas y las refuta, si le es menester. Y, asimismo, hemos defendido que la cita autorizada le resulta a Oviedo instrumento idóneo para reivindicar su erudición, siempre cuestionada por sus coetáneos. Para Lerner, además, su “lectura crítica de Plinio (...) es interpretativa” (1992, p. 18), su concepción es universalista⁷⁴³, y, por ende, su filosofía es renacentista:

disciplinas intelectuales -a saber, la gramática, la retórica, la historia, la poesía y la filosofía moral-, entendiéndose que el estudio de cada una de esas materias incluía la lectura e interpretación de los escritores latinos usuales y, en grado menor, de los griegos. (...) Dicho campo tenía como centro un grupo de materias cuyo interés primero no eran ni los clásicos ni la filosofía, sino algo que podríamos describir aproximadamente como literatura. Esta singular preocupación literaria dio su carácter peculiar a ese estudio tan intenso y extenso que los humanistas dedicaron a los clásicos griegos y, en especial, a los latinos (...). La contribución de los humanistas consistió en aportar la firme creencia de que, para escribir y hablar bien, era necesario estudiar e imitar a los antiguos. Esto nos permite entender por qué en el Renacimiento los estudios clásicos rara vez, si es que alguna, estaban separados del objetivo literario y práctico de los retóricos: escribir y hablar bien (Kristeller, 1982, pp. 42-39).

⁷⁴³ Hay en Oviedo una actitud de universalizar el Nuevo Mundo con el Viejo. Obsérvese el siguiente fragmento de la crónica.

Yo sospecho que la natura es la guía de las artes, e no sin causa suelen decir los florentines, en un su vulgar proverbio: "*Tuto il mondo e como a casa nostra.*" Y así me parece, en la verdad, que, de muchas cosas que nos admiramos en verlas usadas entre estas gentes e indios salvajes, miran nuestros ojos en ellas lo mismo, o cuasi, que habemos visto o leído de otras nasciones de nuestra Europa e de otras partes del mundo bien enseñadas. En consecuencia de lo cual, se escribe que Dirachio o Durazo, alias Epidauro, cibdad de venecianos, del cual nombre mismo hay otra cibdad en Acaya, en que estuvo, o está, un templo hermosísimo en honor de Esculapio, e allí los romanos, siendo fatigados de pestilencia tres años, leídos los libros de las Sebilas, hallaron que por otro remedio alguno no podrían sanar e que la última señal de su salud era llevar a Roma a Esculapio, cuya estatua era en forma de serpiente. Y de aquí se me ha puesto en la memoria (segund el curso grande de la idolatría destes indios), que en honor deste Esculapio, debía ser aquella memoria de la casa del gran príncipe Atabaliba, en el pueblo de Cajamalca, dentro de la cual está una sierpe muy grande de piedra, como más por extenso se dirá en la tercera parte destas historias, en el libro XLVI, capítulo VII, donde se tractará de la prisión de aqueste príncipe. Y el que dubdare desta mi sospecha, acuérdesse que el mismo demonio que mostró a idolatrar los antiguos, ese mismo es el maestro que esa misma condenada idolatría ha sembrado entre aquestos indios. Y el más antiguo simulacro o imagen del diablo es aquesta de la sierpe, en figura de la cual, fueron engañados nuestros primeros padres, como más largamente lo manifiesta la Sagrada Escritura (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XLIX, p. 218).

En este capítulo, el cronista abre el discurso ensalzando la naturaleza, que se presenta unificadora, en tanto es “guía de las artes”. El autor parte del concepto simbólico -y tan renacentista- de la naturaleza como musa, en tanto fuente de inspiración de los artistas, y sustenta su argumento acudiendo a la tradición popular europea, para traer un proverbio italiano que refuerza esa noción de totalidad. Seguidamente, introduce la analogía entre los romanos y el pueblo de Atabaliba. La narración se atesta de nombres propios que aluden a grandes villas italianas, a templos sagrados, a la santa ciudad de Roma..., para que el lector infiera lo muy leído que es el cronista. Y para integrar en un todo a esas gentes diversas, recurre a la mitología griega y a la historia de la vara de Esculapio, dios griego relacionado con la medicina.

Cuenta el mito que Esculapio era capaz de curar e, incluso, de devolver la vida a los fallecidos con el poder de esa vara. Un báculo simbólico de la tradición griega, representado con una serpiente enrollada al bastón, y que Oviedo identifica en casa del gran Atahualpa.

La coincidencia de ese símbolo, empero, aún va más allá, porque no es tópico sólo de la mitología, que también en la Patrística la serpiente aparece cargada de simbolismo. Para su argumentación, el cronista ha acudido a la *auctoritas* de la Sagrada Palabra, a los maestros clásicos y a la tradición popular. Su conclusión se eleva con coherencia: “Y el que dubdare desta mi sospecha, acuérdesse que el mismo demonio que mostró a idolatrar los antiguos, ese mismo es el maestro que esa misma condenada idolatría ha

Estos textos de Oviedo (...) deben encuadrarse dentro del marco de las grandes discusiones contemporáneas, de clara filiación humanista: antiguos y modernos; valor de la experiencia sobre el conocimiento libresco; lectura crítica de los modelos; y, sobre todo, la unidad del género humano y su intrínseca dignidad. Precisamente, este último concepto es en Oviedo firme convicción y nace no solamente de la ideología humanista que nutre mucho de su pensamiento, sino también como resultado de la observación directa de costumbres desde el aventajado punto de mira de un mundo totalmente nuevo. La tradición no podía explicar la comunidad de usos en pueblos sin contacto histórico alguno; debía pues explicarse por la unidad del género humano. Por ello, encontrará el origen de los cantares de gesta y romances a través de los areitos de los indios (Lerner, pp. 20-21).

La *Historia*, además, viene colmada de explicaciones ovetenses sobre ese su criterio metodológico, respecto a su modo de historiar:

Los que no las han visto o no han leído, pensarán que en estas y otras cosas yo me alargó; y en la verdad, antes me tengo atrás, porque soy amigo de no perder mi crédito y de conservarle en todo cuanto pudiere. Y para este efeto busco testigos algunas veces en los auctores antiguos, para que me crean como auctor moderno e que hablo de vista, contando estas cosas a los que están apartados destas nuestras Indias, porque acá, cuantos no fueren ciegos, las veen. Y para este efeto, quien dubdare lo que he dicho destos animales, infórmese de Plinio (...). Y el que fuere informado deste y otros autores, verá que yo no digo aquí tanto como ellos escriben; mas puédolo testificar mejor que Plinio, pues que él no dice haberlas visto, e yo digo que estas otras las he comido muchas veces, y es cosa tan común e notoria, que no hay acá cosa más experimentada ni más continuamente vista (*Historia*, 118, Libro XIII, cap. VIII, p. 63).

Alega el autor “busco testigos algunas veces en los auctores antiguos, para que me crean como auctor moderno e que hablo de vista”. En esa combinación – la tradición y la experiencia- incardina Fernández de Oviedo en concepto de modernidad. Una retórica de la experiencia, mas que modula el cronista *pro domo sua*, dilatando su semántica, como bien ha visto Coello, a múltiples “significados” (Coello, 2012, p. 21):

sembrado entre aquestos indios. Y (...) [con el] fueron engañados nuestros primeros padres, como más largamente lo manifiesta la Sagrada Escritura”. De esta forma, se impregna en el texto cronístico la mentalidad universalista de Fernández de Oviedo.

Como explica Lerner, esa actitud pecaminosa e idolatra que ahora observa en el indio también se registró en las civilizaciones romanas. Las analogías integran a las unidades en un todo, a los pueblos en un solo cosmos, creado por Dios. Así Oviedo “universalizará también el gobierno del demonio sobre los antiguos y sobre los habitantes del Nuevo Mundo”, subraya Lerner, “a través de la explicación única de la idolatría” (1992, p. 20).

Somos conscientes de que el término “experiencia” tenía muchos significados. Oviedo no estaba interesado en la comprobación directa y objetiva de los hechos naturales, sino en la elaboración de un discurso intelectual basado en su práctica y vivencias personales, sobre la naturaleza, la geografía y la botánica del nuevo continente (...) (Coello, 2012, p. 21, nota 29).

Y, al final, la experiencia de don Gonzalo arrincona al sabio. Especialmente se aprecia en la *Historia*, cuando tomamos las citas a Plinio, la fuente por excelencia de Oviedo. Carrillo Castillo considera que, aunque Plinio frecuente la *Historia* con asiduidad, el cronista suele contradecirlo. No obstante, no se trata de una “*castigatio* del texto de Plinio” (Carrillo, 2001, p. 93); sino de una operación de “imitación/apropiación de la *persona*” (p. 93) y superación -lo que supone acreditarlo, refutarlo y revisitarlo otras veces-:

El nombre de Plinio aparece con mucha más frecuencia, pero lo hace mayoritariamente en términos de diferencia y desafío -contraponiendo viejo y nuevo imperio, latín y castellano, lo libresco y lo vivido-, de modo que Oviedo demuestra su superioridad sobre Plinio, tanto en la utilización de sus armas como en el uso de otras nuevas y más ciertas (Carrillo, 2001, p. 2928).

Tal y como se ha visto con el ejemplo en el punto anterior, la narrativización de la experiencia de Oviedo, sin embargo, no resulta suficiente autoridad si no viene legitimada por la palabra del docto o del insigne personaje de crédito. El argumento de verdad de Oviedo no se sostiene por sí solo en una época en la que era imposible despojarse de la autoridad de los maestros. Como defiende Carrillo Castillo, Oviedo tuvo que acudir a la tradición grecolatina para, con la analogía, legitimarse; tuvo que “trasvertirse de autoridad clásica, de nuevo Plinio” (Carrillo, 2003, p. 15) para lograr desvincular la narrativa de su *Historia* de la mera fabulación. Así lo explica el estudioso:

La puesta en acto de esta voz ortodoxa que, según Fernández de Oviedo, debía emanar naturalmente de la experiencia no era en absoluto una tarea sencilla. Sobre todo porque la especificidad de dicho espacio, un espacio periférico y carente de demarcaciones claras, exigía del autor un esfuerzo continuo de definición del propio lugar de enunciación, a la vez que la escenificación explícita del acto de comunicación y de inscripción a través del cual su palabra capturaba la realidad de los hechos y de las cosas. Ello implicaba la puesta en marcha de un complejo mecanismo de auto-referencialidad y de meta-historicidad que se iba a convertir en la espina dorsal de la obra.

La noción de autoría individual, tal como se utilizaba en la España del primer tercio del siglo XVI, era demasiado frágil para soportar un esfuerzo de legitimación de esa magnitud. Tal como aparece ilustrado en el grabado que abre la primera obra impresa de Fernández de Oviedo, la novela de caballería *Claribalte*, publicada en Valencia en 1519, el autor aparece arrodillado entregando sumisamente el libro a su dedicatario el Duque de Gandía, bajo cuya protección simbólica se coloca la obra. El nombre del aristócrata real que recibe el libro, el Duque, y del aristócrata literario que lo protagoniza, Claribalte, absorben la identidad simbólica de la obra, dejando a su autor en un segundo plano (...)

Sólo al final, en un breve poema dedicado por el editor a Fernández de Oviedo, éste aparece explícitamente citado como productor de la obra.

Siete años más tarde, en un gesto de arrogancia poco común, nuestro autor decide poner su nombre en el título mismo de su siguiente obra: *Oviedo, de la natural hystoria de las Indias*, aparecida en Toledo en 1526. (...) Sin embargo, para llevar a cabo tal paso de gigante Fernández de Oviedo ha debido travestirse de autoridad clásica, de nuevo Plinio, y asimilar la identidad de su persona y de su obra a la pompa imperial que por aquella época iniciaba sus años más felices. Será bajo la sombra del águila bicéfala, a los pies del imponente escudo de los Habsburgo y entre las columnas de Hércules adornadas con el plus ultra de Carlos V, en que se inscribe, en letras pequeñas, el nombre “Oviedo” y el título de la obra. Difícilmente el individuo Fernández de Oviedo podía encarnar a título personal la voz que exigía su ambicioso proyecto de representar la naturaleza del Nuevo Mundo. (Carrillo, 2003, pp. 14-15).

La crónica de Indias, en su hibridez, se ha construido sobre las intertextualidades. La *Historia* es fiel reflejo de ello. Es historia que cuenta lo atestiguado y lo recopilado. Y en la historiografía busca referentes. Como Polibio, nuestro historiador narrativiza la experiencia, incardinándose de este modo en su verdad. Como Tucídides, Oviedo cita con rigor todas las fuentes documentales que testimonian el dato que él no ha presenciado. Y como cronista general de Carlos V, aglomera un profuso corpus de relaciones, memorias y misivas de terceros, que detalla con esmero. Este criterio metodológico de historiar, que se presume innovador viene, sin embargo, de antaño, de los historiadores clásicos. “La autoridad moral del hombre sabio” explicita Coello recordando las argumentaciones de Antonio Maravall⁷⁴⁴, “no se vio súbitamente reemplazada por la autoridad del testigo ocular e investigador de los acontecimientos” (Coello, 2012. p. 23). Circunstancia que tiene bien asumida Oviedo a la hora de edificar su crónica y que nos anticipa en su primer proemio de la *Historia*:

⁷⁴⁴ Refiere Coello al autorizado estudio de Maravall (1986, p. 438).

(...) pues dijo Plinio de la suya, en el proemio de la *Natural Historia*, que es cosa difícil hacer las cosas viejas nuevas; e a las nuevas dar auctoridad; y a las que salen de lo acostumbrado, dar resplandor; e a las obscuras, luz; y a las enojosas, gracia, e a las dudosas, fe. Basta que yo he deseado y deseo servir a Vuestra Cesárea Majestad y contentar a quien viere mi obra, y si no lo he sabido hacer, loarse debe mi intención (*Historia*, 117, Libro I, proemio, p. 10).

Argumento que reitera y que matiza en sus muchas digresiones metarreflexivas:

E junto con esto, diré en qué manera sigo o, mejor diciendo, quiero o deseo imitar al Plinio, e tocaré brevemente las opiniones que hay sobre a quien él enderezó su *Natural Historia*. E asimismo diré la opinión que yo tengo cerca de haberse sabido estas islas por los antiguos, e ser las Hespérides: e probarélo con historiales e auctoridades de mucho crédito (...) (*Historia*, 117, Libro II, proemio, p. 13).

Y porque huelgo mucho cuando topo en algund buen auctor cosa que parescen a las que escribo, digo que Plinio (23), entre las diferentes maneras que escribe de las cabras, pone unas que llama *orige*, e por otro nombre son dichas *camoze* e de algunos son llamadas *soh*. Estas dice que tienen el pelo contra la cabeza o al revés: que es lo mesmo que tengo dicho deste animal llamado *bivana* (*Historia*, 118, Libro XII, cap. XXIX, p. 52).

Muchas veces tuve yo a locura a aquel hidalgo lo que hacía en se sangrar, de la manera que he dicho, con las sanguijuelas; pero después, desde a mucho tiempo, lo hallé escrito en Plinio (6). El cual dice que hacen estas sanguijuelas el mesmo provecho que las ventosas, e que son medicinales para aligerar el cuerpo de la sangre; pero que es inconveniente, porque cada año, en el mesmo tiempo, se requiere hacer la mesma medecina o sangría. Y también dice que alguna vez dejan hincada la cabeza e hacen la herida insanable, e mata a muchos, como intervino a Mesalina, patricio e consular, el cual se las había puesto en las rodillas.

Y para esto se temen que no sean rojas o coloradas, e por tanto, dice este auctor que es bueno que se corten con las tijeras, etc. (*Historia*, 118, Libro XV, cap. VI, p. 84).

Mas a Plinio hay que sumarle el cúmulo ingente de insignes autoridades que desfilan por la *Historia*, que resulta torrencial. “Over one hundred books formed Oviedo ‘s textual universe”, enfatiza Myers (2007, p. 29). Ciento diecinueve autores había reconocido Turner en su revisión en los años sesenta, y confesaba que muchos habrían quedado por atisbarse, que tamaña es la crónica. Aristóteles, Cicerón, Isocrates, Platón, Séneca o Viturvio son algunos de esos ilustres clásicos que se cuelan en la retórica

ovetense. Pero los sucesos fantásticos, las hazañas imperiales y sus personajes heroicos reclaman análogos ejemplos, haciendo campar en el entramado textual epopéyicos Cides y Bernardos del Carpio que se engarzan a los míticos Hércules y Ulises; cantares de gesta y literatura de aventuras atestados de sujetos heroicos, de Esplandianes, Amadises o Claribaltes -como modélicos caballeros de Santiago- que se alían a los semidioses grecolatinos para darle cuenta al Emperador de todas las proezas imperiales. Esta *Historia* para reyes se torna encomiástica, aduladora y propagandística, y acude al panegírico, a la arenga, a los *exempla* y a la cultura popular -al mito y el folclore tradicional- para que la *Historia* luzca modélica, didáctica y épica. La literatura, como la pintura, “oficia de notario de la realidad” (López Martínez, 2018, p. 64), y como tal, la *Historia* se erige como ese excelso retrato ecuestre que Tiziano pinta de Carlos V⁷⁴⁵, estereotipada por los antiguos ideales caballerescos e incardinada en el enaltecimiento de su rey, de Dios y del universalismo del imperio español. Pero, asimismo, cohabitan en ese espacio los escritores italianos, por los que tiene especial predilección (Petrarca, Dante, Ramusio...) y otros tantos españoles célebres, desde Alfonso X a Pedro de Mexía. Y no puede faltarle al fervoroso cristiano la cita bíblica. La *Historia*, con sus exigencias de verdad y tintada de providencialismo, recurre, por supuestísimo, a la tradición pastoral judeocristiana. Todo un trenzado de fuentes literarias que amalgaman la herencia y la novedad; una mezcolanza de lecturas ovetenses que dialogan entre sí para acreditar la verdad y la virtud del historiador.

⁷⁴⁵ El cuadro en cuestión, “CARLOS V EN LA *BATALLA DE MÜHLBERG*”, (1548), amalgama la tradición clásica y la cristiana, la épica y la gloria pero sin la arrogancia y la codicia del poderoso. Así se describe en la entrada del Museo del Prado:

El retrato conmemora la victoria de Carlos V sobre la Liga de Smalkalda en Mühlbergel el 24 de abril de 1547. (...) Lleva una armadura realizada hacia 1545 por **DESIDERIUS HELMSCHMID** (1513-1579), en cuyo peto, y como era habitual desde 1531, aparece una imagen de la **VIRGEN CON EL NIÑO**. **PANOFSKY** señaló la convergencia en esta imagen de dos nociones no excluyentes entre sí, al mostrar a Carlos como heredero de la tradición romana y encarnación del **MILES CHRISTIANUS** TAL como lo caracterizó **ERASMO** en el *Enchiridion* (1503). Significado acorde a ambas interpretaciones tendría la lanza, alusión a la de **LONGINOS** y arma de **SAN JORGE**, caballero cristiano por excelencia, pero símbolo también del poder supremo de los césares. (...) En esa tesitura la corte no deseaba proyectar una imagen de Carlos como campeón del catolicismo o arrogante vencedor de sus propios súbditos, sino la de un emperador capaz de gobernar un heterogéneo conjunto de estados y religiones. (“CARLOS V EN LA *BATALLA DE MÜHLBERG*”, Museo del Prado, en <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/carlos-v-en-la-batalla-de-muhlberg/e7c91aaa-b849-478c-a857-0bb58a6b6729>).

A partir del estudio de Turner (1971), la crítica ha tomado una mayor conciencia del conglomerado de libros que sostiene los cimientos de la *Historia*. Para Kohut ese “elenco de libros llama la atención” (1992a, p. 51) y los clasifica por su interés temático:

La biblioteca contenía obras de la antigüedad clásica, de literatura italiana, y en menos grado, de literatura española. Los centros de interés eran la historia, la geografía, la llamada historia de la naturaleza, la astronomía y relaciones de viaje. Pero lo más importante es el hecho de que Fernández de Oviedo no solo poseía esos libros, sino que los leía y los consultaba continuamente para la elaboración de su obra, como lo han comprobado Gerbi y Rech⁷⁴⁶ (1992a, Kohut, p. 51).

Myers proporciona, por su lado, una enumeración de los autores que ha considerado más relevantes:

Daymond Turner’s study of the books Oviedo cites in his works (1971) reveals that the chronicler demonstrated knowledge of a broad spectrum of classical, humanist, Castilian, and New World historiographical texts. Oviedo cites, among other Greco-Roman authorities, Cicero, Herodotus, Plutarco, Pliny, Ptolemy, and Thucydides; he mentions humanists such as Giovanni Pontano and Leonardo Bruni; he looks to Castilian chronicles on Enrique II and Alfonso VIII as well as that by Hernán Pérez de Guzmán; he cites Alfonso X’s legal text *the Siete Partidas*; and he discusses New World author’s texts, such as Amerigo’s Vespucci’s letter of 1504, Peter Martyr’s *De Orbe Novo*, and the manuscript version of the work by the cosmographer Alonso Santa Cruz. In addition to these historiographical works, Oviedo cites numerous literary works, ranging from the chivalric romance *Amadis de Gaula* to works by Dante, Petrarch, and the fifteenth-century Spanish poet Juan de Mena; philosophical and philological works, such as those by the humanists Erasmus, Antonio Nebrija, and Juan Luis Vives, who was deeply influenced by Erasmus; and religious and moral works, such as the popular lives of the saints, the *Flos Sanctorum*, Ludolphus’s *Life of Christ*, and numerous works by St. Augustine. Each of these textual categories established a set of knowledge and range of conventions for writing a history (Myers, 2007, p. 29)

Gierich-Carvajal en su artículo, además de mencionar a Plinio, Eusebio y Trogus, Teofrasto, Isidoro, Albert Magno, Landino, Justino, César Augusto, Dioclesiano o Livio, registra también la influencia de:

Aristóteles, Caesar, Cato, Catull, Cicero, Columella, Curtius Rufus, Diodorus Siculus, Diogenes Laertes, Dion Cassius, Dionysius von Halikarnaß, Eutrop, Frontin, Herodian, Homer, Isocrates, Josephus, Nebrija,

⁷⁴⁶ Refiere Kohut al conocido libro de Gerbi (1978), y a la cita de la p. 206, que ya referimos con anterioridad en este trabajo, en el punto 1.2.1.

Livius, Lukan, Martial, Ovidio, Platón, Plinio el Viejo, Plutarco, Ptolomeo, Salustio, Séneca, Strabo, Sueton, Thukydidés, Valerius Maximus, Marcus Varro, Vegetius, Vergil, Vitruvius und Jenofonte (Gierich-Carvajal, 2005, p. 50, nota 224)

Y el estudio de Gerbi recalca, asimismo, en ese entretejido de influencias literarias, examinando con mayor detenimiento las fuentes italianas renacentistas: a los poeta del Trecento (1978, pp. 183-187), a los historiadores y humanistas del Quattrocento (1978, pp. 187-190), y a los contemporáneos a Oviedo, con especial atención a Ramusio, Bembo, Frascatoro (1978, pp. 193-199).

La *Historia*, empero, es quien los acoge a todos. Por consiguiente, es a través de una inmersión por los textos ovetenses que procedemos a reencontrarnos con algunos de ellos.

Cayo Plinio el Viejo es una parada obligada. “Plinio es el mentor de toda su obra naturista” (Ballesteros, 1981, p. 183). García Pinilla y Rivero García, quienes han inventariado las fuentes clásicas y medievales de la *Historia*, concluyen asimismo que Plinio es “el autor más citado, junto a las abundantes referencias a las Sagradas Escrituras” (1991, p. 14). Y, en otra de sus investigaciones, García Pinilla, junto a Estévez Sola, contabilizan que Oviedo cita “más de 160 veces” (1992, p. 150) a Plinio en la *Historia*. Mas no le sorprende al lector de la *Historia* esta presentación, que en el viaje por la crónica ovetense va de copiloto Plinio. El romano halla acomodo especialmente en la primera y segunda parte de la crónica. Así, en la edición de la BAE -que manejamos-, Plinio es citado en 55 páginas en el volumen primero (117); en 44 páginas en el segundo (118); en 10 páginas en el tercero (119); en 13 páginas en el cuarto, y en 9 páginas en el último tomo (121). Puede apreciarse, con estos datos, una tendencia menguante de las citas plinianas a partir de la mitad de la segunda parte de la *Historia*, cuando el discurso natural – y con él, Plinio- queda relegado, para dar mayor protagonismo a los acontecimientos históricos.

Sobre Plinio, cabe destacar que la influencia de este historiador clásico “en las obras de los humanistas, y también en los autores medievales no fue, en efecto, insignificante” (Ramos, 2013, p. 54). Según la estudiosa, la obra pliniana “era considerada un auténtico repertorio del saber antiguo sobre la naturaleza” (Ramos, 2013, p. 54). Plinio era una autoridad latina que tras siglos se erigía “depositario, por

antonomasia, de conocimientos naturales” (Carrillo, 2004, p. 90). No obstante, como señala este filósofo, desde el bajo medievo, y como compendio de curiosidades, Plinio había sido “leído y citado de forma fragmentaria, como una gran enciclopedia, y nunca objeto de imitación en cuanto género” (Carrillo, 2001, p. 2926). ¿Qué relevancia tenía, pues, la *Naturalis Historia* en el siglo XVI?

Ramos, al examinar la recepción de Plinio en los círculos humanistas renacentistas, concluía:

(...) Plinio el Viejo era considerado la antítesis por antonomasia del estilo ciceroniano en el Renacimiento, (...) El interés que los humanistas demostraron por el texto de Plinio estaba en consonancia con lo que sucedía en Europa y con lo que Erasmo decía en su *De ratione studii* (...) Pero será fundamentalmente la consideración de la *NH* como tesoro lexicográfico, uno de los rasgos más valorados por prácticamente la mayoría de humanistas y científicos de todos los tiempos, quienes al mismo tiempo, reconociendo el estilo modesto de este tipo de escritos, consideran en términos muy positivos el talento de Plinio como escritor, por haber sabido atraer y deleitar al lector con su compendiosa descripción de la naturaleza y el mundo, por la riqueza de términos y locuciones latinas utilizadas, y por su *lenitas*. (...) Y si no bastara (...), Vives sentencia:

“...Si quisiere unir a todos éstos a Plinio Segundo, no vendrá a sumárseles un autor solo, sino una biblioteca entera y, sin duda, bien provista, ¡tal es la enjundia de este escritor y la riqueza de su léxico! ¿Quién que lo dejare de lado osará llamarse filólogo?”
(Ramos, 2013, pp. 77-80).

Estilo modesto, amenidad y mezcla de curiosidades naturales que presentaba la *NH* de Plinio; aspectos que rastreamos también en la *Historia* ovietense. Pero también el criterio expositivo, la ordenación de la obra natural pliniana, es lo que le sirve de modelo a Oviedo para vertebrar sus libros de la naturaleza indiana. Mucho se ha denostado el método de Plinio, tildado incluso de carente. Defecto también señalado en la *Historia* de Oviedo. En verdad, suscribimos las palabras de Álvarez López cuando tildaba de injustas estas críticas:

(...) ofrecería (...) la obra pliniana, aun a vueltas de sus defectos y sus limitaciones, (...) fuente viva y asequible (...), enraizada en el subsuelo del alma popular (...). Para Oviedo ella fue su biblia de la naturaleza (...). Sin ser un erudito humanista ni un científico (...) se habría perdido sin hilo conductor en el laberinto de una naturaleza nueva: más acaso una erudición

mayor, (...) hubiera deformado su visión natural y espontánea, o hubiera aprisionado su juicio con comparaciones equívocas (...).

Se ha censurado a Plinio, al pretender abarcar la historia natural del mundo conocido en su tiempo, la falta de método (...); la apreciación es notoriamente injusta, (...). Ahora bien, si una enciclopedia de la naturaleza conocida por el hombre antiguo tenía tales dificultades (...) ¿cuáles no tendría la irrupción de tantos descubrimientos y novedades para ser ofrecida al hombre moderno? Apenas podía dar la existencia de un cronista margen para recoger materiales y acumularlos, quedaba poco hueco para su reelaboración y ordenación científica y crítica, y menos aún para pedir a quien tal intentaba, aquella elegancia literaria, sin duda echada por algunos de menos, hasta acusar de fárrago o reiteración a aquel que (...) se exculpa de antemano, señalando su mayor preocupación por otros objetivos. (...)

Precisa, por todo ello, (...) buscar el hilo conductor (...), y no sin motivo, por lo contemporáneo, toda la perspectiva del cronista se extiende por el espacio en una visión geográfica (...)

En la *Historia*, (...) concluidos estos primeros tratados, la geografía se manifiesta como norma narrativa con todo su imperio: pasado el pórtico del descubrimiento, mostrada una anticipada visión de la Naturaleza (...), se emprende el tema gigantesco del ‘asiento y geografía de la Tierra Firme’ (...). Es esta idea geográfica fundamental, y no la mera historia, la que preside la elaboración de la segunda y la tercera partes. La *Historia* confirma así (...) su carácter de serlo de los descubrimientos y de las exploraciones (Álvarez López, 1957, pp. 543-550).

Por ello, resultará rupturista la deliberación de Oviedo al tomarlo como paradigma estructural y temático de los libros “naturales” de su *Historia*:

La elección de Oviedo significaba, por tanto, una intención de distanciamiento respecto a los géneros preexistentes y una ambiciosa afirmación de intenciones, al hacer de “lo natural de las Indias” el objeto reconocible de su obra. Oviedo no pretendía simplemente transmitir información temáticamente afín a la contenida en la historia natural de Plinio, sino proyectar la misma autoridad y capacidad estructuradora y normativa que poseía la obra romana, sobre un material aún carente de límites e identidad claras dentro de su horizonte cultural e ideológico europeo. La coyuntura política favorecía el que Oviedo pretendiera presentarse a sí mismo como el Plinio del nuevo imperio carolino, haciendo respecto al nuevo mundo lo que aquel había hecho respecto al viejo (Carrillo, 2001, pp. 2926-2927).

El desorden traerá de cabeza a Oviedo, con el único sostén de Plinio. He ahí el rasgo más influyente del romano. La crónica nos devuelve las preocupaciones del escritor, sus confesiones manuscritas:

Pero lo que yo aquí diré, no quiero contarlo a los que no me conocen, ni a los que viven fuera de España; e por tanto, *dico ego opera mea*

regí, e como quien la relata a su rey propio e ante tan alta Majestad. Pues Plinio contó su proemio por primero libro, sea así mi introducción precedente⁷⁴⁷ en quien comiencen los míos, e aqueste llamemos el segundo (*Historia*, 117, Libro II, cap. I, p. 14.).

(...) se colmará este libro depositario, o sexto⁷⁴⁸, porque después, más fácilmente, en los libros siguientes e destintos pueda escrebir e acumular⁷⁴⁹ las otras materias que fueren muchas de una especie e natura, o cuasi. Y podré yo llevar la orden que he deseado tener⁷⁵⁰ en esta *Historia Natural y General de las Indias*⁷⁵¹; porque en los libros precedentes, de que he tractado hasta aquí, fue nescasario ir mezcladas muchas materias⁷⁵², a causa de decirse los viajes e descubrimientos destas partes que hizo el primero almirante dellas, e otros capitanes, como en relatar su vida e méritos dél e de sus subcesores, y de la manera de gobernación suya, e de la que otros después del tovieron, y también para dar noticia de la *verdad* de la historia⁷⁵³ en muchas cosas e trances belicosos e diferentes que acaescieron e otros auctores, en diversas epístolas o décadas e volúmenes, han escrito desde España; y también para dar a entender la *verdadera*⁷⁵⁴ cosmografía de las tierras e provincias (*Historia*, 117, Libro VI, proemio, pp. 141-142).

Así que, tornando a mi propósito de la comparación fecha desta isla con la de Inglaterra e Secilia⁷⁵⁵, a consecuencia de lo qual he traído todo lo que está dicho, digo asimismo que no se han acabado de decir otras particularidades desta tierra, que se podrán notar de los capítulos adelante escritos, porque aqueste no sea prolijo, e aun porque la *brevedad* del tiempo no ha dado lugar a saberse otras cosas muchas que adelante se sabrán, e *porque la orden no se pervierta e vaya reglada*⁷⁵⁶, así en lo que toca a los árboles. como a los animales, e al pan e agricultura de la propia isla, e a otras materias e particularidades de medicina, e de los ritos e cerimonias e costumbres desta gente de Indias. Y en especial desta isla, de que agora se tracta, hay mucho más que decir e notar, allende de lo que está dicho y escrito hasta aquí. Por

⁷⁴⁷ Obsérvese cómo adopta el criterio clasificatorio de Plinio para estructurar la *Historia*. Este criterio no solamente se aplica a la macroestructura de la obra; también, lo sigue internamente, inventariando la naturaleza según el sistema pliniano.

⁷⁴⁸ El libro de los depósitos es un cajón de sastre en el que el historiador incorpora relatos misceláneos. Mucho de la *NH* de Plinio hay en este Libro, porque el romano intercalaba también anécdotas entre sus descripciones naturales.

⁷⁴⁹ Nótese el léxico escogido por Oviedo: el mismo cronista afirmaba que escribe o acumula.

⁷⁵⁰ He aquí la preocupación del escritor, uno de los mayores desafíos a los que se enfrenta al estructurar un obra que se presenta desbordante y fluctuante, en tanto se escribe sobre la marcha, *in fieri*.

⁷⁵¹ La retórica propagandística se disemina con esmero a lo largo de la obra, nombrándola y ensalzándola.

⁷⁵² La mezcolanza, el carácter enciclopédico, es un rasgo que el mismo Oviedo admite, y que es un rasgo de convergencia con *NH* de Plinio.

⁷⁵³ Asoma aquí el tópico de la historia como relato verdadero.

⁷⁵⁴ Véase que el cronista reitera el término. Nos hallamos en los primeros libros de la crónica y las repeticiones retóricas se erigen instrumentos eficaces para convencer al lector. De este modo, el autor afianza la veracidad de esa crónica que apenas principia.

⁷⁵⁵ Se ha ido defendiendo este trabajo que la figura de la analogía es de los mecanismos retóricos más explotados por el historiador. Sobre esa construcción comparativa logra el cronista describir la naturaleza americana, 'dibujándola' a partir de las similitudes y las diferencias con la del Viejo Mundo.

⁷⁵⁶ Vamos rastreando los conceptos retóricos de la brevedad (*brevitas*), claridad y verdad del discurso.

tanto, iré distinguiendo e particularizando lo que hasta el tiempo presente ha venido a mi noticia (*Historia*, 117, Libro III, cap. XI, p. 81).⁷⁵⁷

El influjo del romano pervive mientras perdura la escritura de la *Historia* ovetense. Mas, ¿cómo y cuándo descubre Oviedo al latino? Carrillo ha reparado en que la pliniana *Natural Historia* podría haber arribado a manos del joven Gonzalo cuando servía al lado del príncipe don Juan. “Si creemos en sus palabras”, deduce Carrillo, “la primera vez que leyó a Plinio fue alrededor de 1497” (2004, p. 86). La breve nota cronológica que injerta Oviedo en ese capítulo del Libro VI -que narra el caso de su Margarita que nunca escupió y que ya analizamos en este trabajo en el punto 2.1.1.3- sugiere que Oviedo pudo “familiarizarse” ((2004, p. 86) bien temprano con esta clásica:

(...) y éstos se recentaron cuando leí el capítulo XXVIII de su tratado, e topé allí como Antonia, hija de Druso Romano, que en toda la vida nunca escupió. Esto, *aunque mucho tiempo ha (e más de cuarenta y cinco años), que lo leí la primera vez, e muchas después en Plinio*, nunca lo tuve por tan cierto como después que me casé con Margarita de Vergara (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXLX, p. 198).

Y esa palabras textuales de Oviedo - “e muchas después en Plinio”- conducen a pensar que, como lector, visitaría con relativa asiduidad la enciclopedia pliniana. Quizá, como menciona Carrillo, durante sus estancias italianas, acudiendo a la biblioteca de Ludovico o la de Juan de Borgia. “Particularmente en Nápoles”, supone Carrillo, “Oviedo pudo asistir a las lecciones de la Academia donde, demostrado queda en las obras de Giovanni Pontano y Jacopo Sannazaro, el gusto clasicista se mezclaba íntimamente con el interés por el mundo natural” (2004, p. 86). Sea como fuere, esta relación de dependencia, de amor y desamor, del cronista hacia el romano resultó fructífera. Oviedo, en su identificación y distinción con Plinio, demuestra su erudición y su modernidad:

La densa relación de intertextualidad que Oviedo estableció con la obra de Plinio implicaba, además, un acto de personificación, una apropiación y reactualización en el presente de la voz de autor latino. En este sentido, la actitud que adopta Oviedo en la *Historia* (...) respecto al texto de la antigüedad representa una ruptura en cuanto a la tradición (...). (Carrillo, 2004, p. 86).

⁷⁵⁷ Las cursivas del texto son mías.

Un última deuda contrae con Plinio nuestro Oviedo: la inmersión a la cultura que le procura a través de su *NH*. Como ha señalado la crítica, con Plinio al cronista se le abren nuevos mundos literarios por los que discurrir. Así, tan poéticamente, lo refiere Álvarez López:

Bendigámosle la racha de viento que arrancándole a aquel último refugio le lanza a (...) sus lecturas y con su Plinio como mentor. Con Plinio van algo de Aristóteles (aparte de lo mejor que hay en Plinio mismo, de esta procedencia), Columela, las Escrituras, San Isidoro, Alberto Magno, el Tostado, Eusebio... (Álvarez López, 1957, p. 543).

Plinio le presenta a San Isidoro, le muestra a San Alberto Magno. Como han concluido tras sus tareas de investigación

El Oviedo compilador, que citó a Plinio más de 160 veces a lo largo de su obra y a San Isidoro más de 30, vuelve a aparecer cuando se sirve de otras obras de carácter enciclopédico o historial de autores posteriores, como es el caso de San Alberto Magno, San Antonino de Florencia o el Tostado. Parece que su intención es entroncar con toda una tradición historiográfica, que, sin circunscribirlo al modelo de historia natural (Plinio, parte de San Isidoro y de San Alberto Magno), haga de su trabajo una obra histórica en su sentido más pleno y no una mera 'relación' como tantas de su momento. Se muestra así evidente la intención del autor cuando utiliza los dos adjetivos "Historia General y Natural" en el título (Estévez Sola y García Pinilla, 1992, p. 150).

Y Oviedo los relee, los adecuenta y los convida a su *Historia*, para que lo acrediten para que certifiquen la verdad testimonial del anfitrión, como muestra esta cita.

Dice Isidoro que las perlas se llaman *uniones*, porque se halla una e nunca más dos más juntas, y con esto se conforma el Alberto Magno en su tratado *De proprietatibus rerum*, y ambos autores tienen que engendran del rocío en cierto tiempo del año, e otros cosas dicen que el curioso de esta materia podrá ver, si quisiere, e sus tratados sujetarlos. Pero muy más largamente lo escribe Plinio, y mejor que ninguno de los auctores que yo he visto (*Historia*, 118, Libro XVIII, cap. VIII, p. 203)

Prosigamos pues, con ellos, y con Las Sagradas Escrituras, y demos ya un breve repaso al resto de influencias literarias de la *Historia*.

Las Sagradas Escrituras, en general, y **San Isidoro** y **San Alberto Magno**, en particular son fuentes también relevantes en la configuración del discurso historiográfico ovetense

Es de sobra comprensible que una *Historia* oficial como la de Oviedo repose en el panegírico al soberano. La crónica es elogio de príncipes, primero al rey católico, luego al Emperador -al César- y, en último término, a Felipe II. También la crónica enaltece sobremanera a nobles y heroicos conquistadores, a esos vasallos de armas y letras tan ejemplares. Esta tónica que tanto arraigó en el medievo- había sido rechazada por San Isidoro. Como señala Curtius, Isidoro condenaría “el estilo panegírico como invención del frívolo y mentiroso pueblo” (Curtius, 1995, p. 226). Con todo, y aunque Oviedo acceda a la palabra del Santo a través de Plinio, se rastrea un punto de convergencia entre las concepciones de ambos autores, que bien merece ser destacado. Nos referimos al impulso omniabarcador de las *Etimologías*, esa voluntad isidoriana de erigirse transmisor de un saber holístico, y que entroncamos con el afán totalizador e integral de Oviedo a la hora de comunicar la materia indiana.

Incorporamos estas palabras de Soto, a propósito de la obra isidoriana, para evidenciar ese punto común con la *Historia*:

Los veinte libros que componen las *Etimologías* son una muestra apabullante del saber del que se podía disponer en la Hispania visigoda del siglo VII. Europa entera, la Europa de los siglos VII a XV, se formó en buena medida con la lectura de estos veinte libros de las *Etimologías*. En ellos podemos encontrar disciplinas, saberes y temas tan variados como la gramática, la retórica y la dialéctica, la aritmética, la música, la geometría y la astronomía, la medicina, el derecho, la cronología, las Sagradas Escrituras, los ciclos del tiempo, las bibliotecas y los libros, las fiestas y los principales oficios, la naturaleza de Dios, de los ángeles, de los santos padres, la jerarquía y organización de la iglesia, la sinagoga y el judaísmo, la vida y obra de los más célebres filósofos, herejes y poetas, el estudio de las otras religiones, las noticias sobre los pueblos de otras tierras, sobre sus lenguas, instituciones, costumbres y las relaciones que se tenía con ellos o de donde provenía el conocimiento que de ellos se tenía, el estudio de los nombres, la anatomía del ser humano, sus malformaciones y los fenómenos a él ligados, los animales, tanto los familiares y cercanos, como los exóticos y casi fabulosos, los elementos que componían el universo y la materia, los mares, ríos y diluvios, la geografía, los tipos y elementos de los asentamientos urbanos y rurales: las ciudades, villas, aldeas, etc., las formas de comunicación que podían emplearse, los pesos y medidas, los minerales y los metales, la agricultura, la guerra: armas, táctica, etc., los espectáculos y juegos, los distintos tipos de

embarcaciones, la pesca, los edificios y las vestimentas, los alimentos y bebidas, el ajuar doméstico, las herramientas... (José Soto, 2020)⁷⁵⁸

Sin la formación erudita del santo, la prosa de Oviedo adopta este proceder para ‘pintarnos’ las poblaciones indígenas, la fauna y la flora; como Isidoro, a su discurso le importan los minerales y los metales, las armas, los espectáculos, las vestimentas, y, también lo milagroso.

Tras Plinio, es Isidoro la autoridad más citada en la *Historia*, contabilizada por más de treinta veces. Son citas que muestran, asimismo, al escritor vanagloriándose de su saber

Así que, el lector tenga atención, porque aunque Plinio habla largamente de las perlas, y el Alberto Magno en el *De proprietatibus rerum*, e Isidoro en sus *Ethimologías* (donde los curiosos podrán ver, muchas cosas desta materia que aquí yo repetiré), diré otras de que ninguno destes excelentes auctores hicieron mención (*Historia*, 118, Libro XIX, proemio, p. 187).

De manera que los poetas no tuvieron por las Hespérides sino a estas islas de nuestras Indias, cuanto más que dize Isidoro (*Ethim.*, lib. XIV, cap. VI) *Hesperidum insulae vocatae à civitate Hesperide, quæ fiunt in finibus Mauritaniae, sunt enim ultra Gorgades sitæ2 sub Athlanteum littus in intimis maris finibus*, etcétera. No discrepa esta sentencia con lo que se tocó de suso de Beroso, alegando a Higinio, que Atlante y Hespero fueron hermanos, e no de Mauritania, sino de Italia; y deste Hespero se dijo Hesperia, España, e no de la estrella, y que Italia y España deste rey se nombrasen Hesperias (*Historia*, 117, Libro II, cap. III, p. 17).

San Alberto es otro de los visitan la *Historia*, y que hemos podido identificar en las citas anteriores. Job es una alusión recurrente de Oviedo. En esta otra, menciona a San Gregorio:

Ni se puede sospechar que humanas fuerzas pudiesen comportar lo que éstos sufrieron, sino por serles Dios favorable, puesto que Sanct Gregorio en sus Morales dice que el uso alivia todas las cosas; y asía es de creer que, como varones habituados a la mala vida e de tanta fatiga, con la costumbre de su sufrimiento, merecieron ver el fin que la historia aquí expresará, aunque no tan bien escrito como yo quisiera (*Historia*, 119, Libro XXXII, cap. II, p. 398).

⁷⁵⁸ Véase José Soto, “Isidoro de Sevilla, el humanista visigodo que educó a la Europa medieval”, *Despertaferro*. En <https://www.despertaferro-ediciones.com/2020/hispania-visigoda-san-isidoro-de-sevilla/>

En estas líneas, la tónica de la falsa modestia se conjuga con la del cansancio y la consolación.

El antirromanismo de Oviedo: Lucio Marineo Sículo

Son varios los estudiosos que han señalado el antirromanismo de Oviedo. Antonello Gerbi considera que “la actitud de Oviedo frente a la antigüedad clásica es compleja, y sufre la influencia de su patriotismo antirromano” (1978, p. 319). Una aversión que aflora, asimismo, por la conciencia de una “doliente debilidad en el conocimiento de la lengua de Cicerón” (p. 319) y que se revela “en un desprecio a la tradición, cuando la experiencia directa es posible” (Gerbi, 1978, p. 319). Por su parte, también Simón Valcárcel incide en ese rasgo. “Oviedo no profesa ninguna devoción a la civilización latina, de ahí su defensa de los godos, su buceo en la pseudohistoria mitológica para demostrar que la Indias ya habían sido posesiones españolas” (Valcárcel, 1997, p. 399). En la mentalidad del cronista se agolpan convicciones de impronta medieval y influencias de la historiografía humanista: “Oviedo se vio motivado a adoptar esta actitud de antirromanismo por su intenso nacionalismo”, concluye Valcárcel, “para demostrar la mayor antigüedad de España sobre Grecia y Roma y la legítima posesión de las Indias por la Corona” (Valcárcel, 1977, p. 399). Y, finalmente, Jaime Gil (1983), quien, en la misma línea, dedica un artículo a examinar este asunto ‘antirromano’. Gil sustenta que Oviedo desmitifica a Roma para mitificar España (Gil, 1983, p. 338), “que dicha superioridad se fundamenta en los tópicos nacionalistas de Numancia y Viriato (...) y de la elección providencial dentro del contexto del *traslatio imperii*” (p. 338). Y en esa argumentación hace alusión al desaire que le hace Oviedo a Lucio Marineo Sículo en un capítulo de la *Historia*.

Lo reproducimos íntegramente, para examinarlo:

Pero pues venimos a hablar en las minas del Darién, como en parte conviene, quiero desengañar a los que hobieron dado crédito al cronista Lucio Marineo⁷⁵⁹ en lo que dijo en aquella obra de las *Cosas memorables de*

⁷⁵⁹ Esta primera secuencia narrativa nos enmarca al personaje y la posición del narrador. Lucio Marineo, humanista siciliano, autor de *De rebus Hispania memorabilibus*, y que Oviedo cita en su versión castellana (Alcalá, Miguel de Eguía, 1530 y 1533), es presentado como testigo de oídas. Bien sabe el lector de la *Historia* de qué modo lanza sus dardos el cronista contra Mártir de Anglería o tantos otros que creen saber

España, en el libro XIX, en el capítulo que quiso hablar en estas Indias, sin verlas, no se contentando de haber dicho tantas cosas en lo de España (mal informado)⁷⁶⁰, en especial cuando quiso tractar de algunas particulares genealogías, en las cuales se apartó de lo cierto. Vino a las Indias entre sueños, y dijo entre sueños, porque aunque durmiendo hablara, no pudiera decir tan al revés de la verdad lo que dijo⁷⁶¹; e por eso es menester que el que escribe lo que no ve, mire bien de quién se informa⁷⁶².

Él dice que los Reyes Católicos enviaron a Pedro Colom con treinta y cinco naos e con grand número de gentes a descubrir otras islas, mayores mucho que las de Canaria, que tienen minas de oro, e se saca mucho en ellas, e muy bueno; e que como navegó sesenta días, llegó finalmente a tierras muy apartadas de España, en las cuales todos los que de acá van, afirman que hay antípodas debajo de nuestro hemisferio. Y quanto a estos errores, dice que no fue Pedro, sino Cristóbal el Almirante Colom; e quanto a las carabelas, fueron tres; e quanto al viaje, yo le escribí en la primera parte desta *General Historia de Indias*. Pero lo que yo más le culpo es que dice que porque destas islas muchos han escripto en latín e romance, no hay nescesidad que él escriba; pero una cosa que no es dina de dejar por olvido la dirá⁷⁶³, de la cual, segund él piensa, otros que destas regiones escribieron, no hicieron mención. E por cierto tampoco él debiera hacerla de tan grand falsedad, y es que dice así: "Así es que en una región que vulgarmente se llama Tierra Firme (de donde era obispo fray Joan de Quevedo, de la Orden de Sanct Francisco) fue hallada una moneda, con el nombre e imagen de César Augusto, por los que andaban en las minas a sacar oro; la cual hobo don Joan Rufo, arzobispo de Cosencia, y como cosa maravillosa la envió a Roma al Sumo Pontífice; la cual cosa, a los que en nuestros tiempos se jactaban de haber hallado las Indias e ser los primeros que a ellas habían navegado, quitó la gloria e fama que habían alcanzado. Por aquella moneda consta que los romanos habían llegado grande tiempo había a los indios" (48).

Todo esto es de Lucio Marineo, e la mayor falsedad del mundo; porque en aquella mesma tierra que éste señala, no como cosmógrafo, sino como novelero, dice dónde el fray Joan de Quevedo fue obispo. Ved qué paralelo e certificación de la altura e grados o señas tan donosas de la tierra.

Pero esa que quiso decir, es Sancta María del Darién, cabeza de Castilla del Oro, de la cual aquí yo tracto; y yo fui allí, cuando ese obispo fue, por veedor de las fundiciones e de las minas del oro, e residí en la tierra hasta que el obispo se murió, e después algunos años, e si esa medalla o moneda pareciera, yo era uno de aquellos a quien primero se había de dar noticia

de las tierras americanas desde sus apoltronados y mullidos sillones europeos. Por ende, ya ese inicio está anticipando que el cronista va a cargar las tintas contra el italiano.

⁷⁶⁰ La inserción de este aparte enfatiza el mal oficio del italiano: no es testigo ocular y no contrasta sus fuentes. Sigue Oviedo incardinado en la retórica de la experiencia.

⁷⁶¹ Nótese la semántica del verbo "ensoñar" vinculado a "imaginar", a "inventar". Oviedo le está comunicando al lectora que el personaje es un fabulador de historias, que cae en falsedades. Y no hay peor atribución para un cronista que esta. Con este retrato está parodiando al historiador.

⁷⁶² Con esta sentencia, el experimentado Oviedo alecciona al lector. Que la Historia ha de ser maestra de vida.

⁷⁶³ El componente irónico se despliega en esta oración.

della, *por mi oficio*⁷⁶⁴, e *porque iba pena de la vida*⁷⁶⁵ *al que encubriese tal cosa*. E si el arzobispo tal novedad e moneda envió al Papa, al arzobispo engañó quien se la dio, y él al Papa; y este auctor a cuantos tal desatino han oído, si le creen. Quanto más que *él cuenta este disparate*⁷⁶⁶ *calificado, en desprecio de los españoles* e del Almirante don Cristóbal Colom, e *quiere dar el premio a los romanos*, que es otra menestra o manera de lagotería muy falsa. *Ni los romanos nunca supieron destas partes, ni el Sículo tal ha visto escrito*. Los españoles sí, antes que hobiese romanos, porque, como tengo dicho, estas islas son las Hespérides, así llamadas de Hespero, que fue duodécimo Rey de España, e subcedió a Hércules Egipcio⁷⁶⁷ en el año veinte de Mameto, seiscientos e cincuenta y ocho años después del diluvio, e quinientos diez y seis después de fundada España; e antes que Troya se edificase ciento septenta y un años, e antes que se fundase la cibdad de Roma seiscientos y tres años, e mill e seiscientos e cincuenta y ocho antes que Jesucristo encarnase. Todo esto está más largamente dicho en el libro II, capítulo III de la primera parte desta *Historia General de Indias*. Y *porque sepa Lucio Marineo Sículo cuál es aquella tierra donde fue obispo Joan de Quevedo, digo que es la cibdad que he dicho atrás que despobló Pedrarias Dávila, e se llama Sancta María del Antigua del Darién*; porque Darién se llama el río que por allí pasa, el cual entra en el golfo de Urabá, e estaba aquella cibdad en siete grados e cuarenta minutos, que son dos tercios de un grado, desta parte de la línea equinocial, a la parte de nuestro polo ártico⁷⁶⁸.

Tornemos a nuestra historia. (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXX, pp.329-330).

Las Hespérides: Viterbo, el Tostado y otras autoridades insignes

Como se ha visto, Oviedo recurre a la afamada autoridad de Annio de Viterbo, también llamado Pseudo Beroso, para sustentar el argumento de que La Indias eran las Hesperides españolas. La otra fuente documental de Oviedo es Alonso Madrigal el Tostado, a quien el cronista denomina El Abulensis. Este cree que las Hesperides, las islas Afortunadas, están cerca de África. Pero Oviedo lo refuta, argumentando que anda errado, y que esas islas son, en verdad, el Nuevo Mundo.

⁷⁶⁴ El narrador está aquí legitimándose. La alusión al ‘oficio’ es la credencial que lo autovalida. No hay, en absoluto, en este texto rastro de falsa modestia.

⁷⁶⁵ Con esta argumentación, imposta gravedad al caso.

⁷⁶⁶ El sustantivo roza el vituperio.

⁷⁶⁷ Obsérvese el empleo del mito herculino para sustentar su tesis de las Hespérides españolas.

⁷⁶⁸ El despliegue del dato geográfico clausura el discurso con broche de oro. El autor está haciendo alarde de su conocimiento de la zona. En verdad, no es jactancia. Recuérdense sus desempeños en Santa María, donde residió y fue regidor.

Dice el Abulensis (lib. III, capítulo LXXIX) sobre Eusebio (*De los tiempos*⁷⁶⁹) que fueron tres Atlantes: uno de Archadia, e otro de Mauritania (que vulgarmente llamamos Marruecos), y que Hespero fué hermano deste segundo, y que ambos pasaron en África a la parte de Occidente, en tierra de Marruecos, e que el uno dellos tuvo el cabo de África contra Occidente, y que el otro tuvo las islas cercanas, que llaman las islas Fortunadas, e los poetas las llaman Hespérides, nombradas de Hespero. Mas yo creo quel Tostado se engañó en pensar que los poetas dicen Hespérides a las Fortunadas o de Canaria, ni tampoco los historiales; porque dice Solino (*De mirabilibus mundi*, capítulo LXVIII) estas palabras: *Ultra Gorgades Hesperidum insulæ sunt, sicut Sebosus affirmat, dierum quadraginta navigatione in intimas maris sinus recesserunt*. Estas Gorgades, según Tholomeo e todos los verdaderos cosmógrafos, son las que agora se llaman de Cabo Verde, generalmente, y en particular se dicen por los modernos isla de Mayo, isla Brava, etc. Pues si desde las Gorgades, en navegación de cuarenta días están o se hallan las Hespérides, no pueden ser otras, ni las hay en el mundo, sino las que están al Hueste o Poniente del dicho Cabo Verde, que son las de aquestas nuestras Indias; las cuales están derechamente al Occidente de las Gorgades y de necesidad se han de hallar en los cuarenta días de navegación, o en poco más o menos tiempo, como Seboso dice; e así, Colom las halló en el segundo viaje que hizo, volviendo a estas partes, quando reconoció la isla Deseada, e Marigalante, e las otras islas que están en aquel paraje, como en su lugar se hará particular mención. Y en lo que diçe Seboso de cuarenta días de navegación, está muy bien medido e considerado el camino; e si agora acaesce navegarle algunas veces en menos tiempo, puédelo causar el ser mejores los navíos, e los hombres más expertos e diestros agora en el navegar que en aquella edad o sazón que él lo dijo (*Historia*, Libro II, cap. III, p. 19).

En este capítulo III de su Libro II trata el autor de ratificar su tesis, y lo hace con un desmesurado despliegue de autoridades y, asimismo, con citas latinas. Obsérvese cómo incorpora una cita de fraile agustiniano

Item: Ambrosio Calepino, en su tractado de dictiones latinas e griegas, dice así: *Hesperides appellatæ sunt Hesperii, fratris Athlantis*: las Hespérides son llamadas e se nombraron así, de Hespero, hermano de Atlante (*Historia*, Libro II, cap. III, p. 19).

Otros clásicos grecolatinos

En su estudio sobre los mitos clásicos, Fabregat refiere a una miscelánea de autores clásicos que se dejan ver por la *Historia*: Ovidio, Virgilio, Hesiodo, Tucídides, Teofrasto,

⁷⁶⁹ Nótense las alusiones a Eusebio (*De los tiempos*), a Solino (*De mirabilibus mundi*) -con cita en latín incluida-, a Tholomeo y a Seboso.

Apuleyo... (Fabregat, 2003, p. 71). El cronista los trae por diversos motivos. En esta secuencia, la *auctoritas* viene a propósito de unas parras salvajes:

Quiero decir que se harían bien acá esas viñas altas con las propias plantas o parras de acá, sabiéndolas curar; porque yo he visto acá, en las Indias, un pie de una parra destas tan grueso o más que el brazo de un hombre recio, e no tengo dubda ni dejo de creer que donde la Natura, de su oficio, produce estas cosas semejantes, que mejor se harán ayudando en ello los hombres por el regar e otras diligencias que los hombres alcanzan de los secretos de la agricultura, así como el enjerir, el podar, el estercolar, excavar e regar a sus tiempos, y otras cosas muchas que se podrían decir conforme a la doctrina del Crescentino y de Columella, que largamente tractó desta materia, e Teofrasto en sus *Tractados de las plantas*, e aun Virgilio en sus *Geórgicas*, e Plinio en su *Natural Historia*, e otros muchos auctores graves. Y sin dubda, la culpa de no haber acá muy buenas viñas, ni está en la planta, ni en la tierra tal defecto, sino en la industria humana e flojedad de los hombres; pues vimos en esta isla Española que el Almirante don Diego Colom tuvo una viña de donde a espuestas o canastas se traían las uvas; y él estaba muy puesto en esta granjería, e como fué a España, o por descuido de sus mayordomos, o no andar su dueño en ello, se perdió (*Historia*, 117, Libro VIII, cap. XXIV, pp. 262-263).

Los italianos

Ya se ha mencionado la influencia del humanismo italiano en nuestro historiador. Sus relaciones con Ramusio y Bembo vendrían a raíz de un encuentro en el que Andrea Navagero aportaría al Emperador el Sumario. El otro librito que traía bajo el brazo era las Décadas de Orbe Novo de Anglería. El destino querría que fuese Ramusio el encargado de revisar toda esa literatura, tras el fallecimiento de Navagero. El sabroso relator, que poco le costaba alardear, recordaba de este modo que “varones de mucha ciencia” habrían estado discuriendo a propósito de su obra:

Yo no quiero reprobar nintuna opinión destas, sino remitir la decisión al muy enseñado e dotísimo varón Hieronimo Frascator, médico veronés, el cual en nuestros tiempos es famosísimo astrólogo, e uno d los que más alta e sotilmente han escripto del movimiento de los cielos. Pero parece que es cosa recia, aunque se tome la mayor parte, ser mayor el atajo que yo digo que toda la redondez; y no consintió el magnífico señor Joan Baptista Ramusio, secretario de la ilustrísima señoría de Venecia, que se me diese culpa de tal error, si le había, sino , como noble e doto, atribuyendo la culpa al impresor, quiso responder pro mí con mucha gracia e dotrina, fundando que yo había dicho bien. Y junto con esta humanidad (e sin conoscerme) [Ramusio] me escribió dándome noticia de lo que en el estudio

de Padua, entre varones de mucha ciencia e caballeros e otras personas, en este caso se había altercado, y pidiéndome que yo le escribiese asimesmo cómo sentía lo que he dicho (...). Y en este caso yo he satisfecho a aquel prudente varón e a otros señores, pues mis letras llegaron a sus manos (*Historia*, 119, Libro XXIX, cap. XXX, p. 334).

Erasmus de Rotterdam

A propósito de Oviedo, escribía Bataillon que “el erasmismo ayudó a este hombre a hacerse consciente de su dignidad de escritor, y lo confirmó en la ambición de instruir en vez de divertir” (Batallón, 1966, p. 643). Y es que no poco didáctica y moral es la *Historia*. Bataillon considera que “Fernández de Oviedo debe tener su lugar en (...) los libros de verdad que el erasmismo español opuso a las invenciones fabulosas de los libros de caballerías (...)” (p. 643):

Pues bien, Oviedo fue tocado visiblemente por el erasmismo. Cita con elogio la Preparación para la muerte de Erasmo; piensa en sus Coloquios cuando pinta el poco edificante espectáculo que ofrecía una turba de sacerdotes más preocupados de amontonar oro que de evangelizar a los indios. Él, que desde su juventud había entrado en contacto bastante íntimo con el humanismo italiano, parece haber sufrido, como tantos otros, tardíamente, una especie de conversión erasmiana (...) En el prefacio de su Libro XVIII de su *Historia de las Indias* deplora una vez más la popularidad de los libros como el *Amadís*, el *Esplandían* y sus semejantes, dice que el patrono de esta literatura de ficción es el diablo, ‘padre de la mentira’, y pide a Dios que guie su pluma en el respeto de la verdad ¿No es muy significativo encontrar una vez más, asociado a tendencias erasmizantes, un ideal literario de verdad y de razón? (Batallón, 1966, p. 643).

Recogemos, empero, un pasaje de la crónica en que Oviedo hace alusión a “su libro de la lengua”:

El templo famoso de Diana Efesia, del cual el muy doto varón Erasmo hace mención en aquel su libro de la lengua, e más largamente Plinio en su *Natural Historia*, el cual dice que es la verdadera admiración de la magnificencia greca, e que toda la Asia le edificó en doscientos y veinte años, etc.(*Historia*, 119, Libro XXXII, cap. V. p. 408)

Pedro de Mexia, la Silva

Un depósito (y aun tres), pome en este capítulo XXXII, en tanto que llega la historia a su tercera parte o volumen, donde se tractará de las cosas del gran príncipe o rey Atabaliba. Y porque ha pocos días que tengo noticia de un tractado nuevamente escrito por un caballero de Sevilla, llamado Pedro Mexía, e a su libro llama *Silva de varia lección*, no se puede negar que el auctor es doto y su obra provechosa, y el estilo no menos elegante que subido en quilates de mucho valor; y conozco yo, de su ingenio y letras, que bastan a esa obra e otra mayor. Mas diré dos cosas aquí, antes que diga los tres depósitos que ofrecí de suso: la primera es que en nombre o título del libro me parece muy bien acomunado e puesto muy al proprio e cual le debe tener un volumen semejante; porque, así como en él se tractan muchas e diversas cosas, e en la silva o bosques son diferenciados los árboles e plantas que producen, e los animales e aves que en ellos hablan e se crían, así le dió el nombre, conforme a la traza e materias que en su mente (del escriptor) estaban ya elegidas y notadas y bien vistas por él, para que, desechando o desviando la prolijidad de los originales (como prudente copilador), cogiendo la flor de tantas e tan suaves memorias e de tan notables lecciones, viésemos en breves renglones no que muchos e grandes volúmenes contienen. La segunda cosa que me ocurre, o en que este nuevo tractado *Silva de varia lección* me ha dado casa de hablar en su loor y en el primor de su auctor, es haberle topado su industria un nombre, que parece peregrino, o no visto antes, y solo; y en la verdad es muy usado, porque, como dice el sancto doctor Isidoro en sus *Ethimologías*, quiero decir que esa varia lección tiene otro título e nombre proprio, y es *Comentarios*; y así, lo que escribió César, dictador, se llama *Comentarios de César*, porque sumariamente escribió sus propios fechos. Y esto que yo escribo en este libro VI de la *Natural Historia de Indias*, el mismo y proprio nombre que se le puede dar, es *Comentarios*; puesto que, así como este caballero Pedro Mexía, huyendo del proprio nombre, dió a su obra otro tan proprio como el mismo, e la llamó *Silva de varia lección*, así yo, cuando intitulé este sexto libro, por no le llamar *Comentarios*, le nombré *Libro de los Depósitos*. Y lo que tuve escrito dél, se imprimió en año de mill e quinientos e treinta e cinco años, y después se ha acrescentado en él todo lo que esta segunda impresión tiene más que la primera, que es mucho, y cada día puede ser más; porque estos tractados o comentarios son de calidad que nunca faltará qué recoger para recreación de los hombres que desean saber y no se apartan de tan loable y virtuoso ejercicio como es leer, con tanto que esa ocupación sea en libros provechosos y verdaderos y no panegíricos, *in cuius compositione homines multis mendaciis adulantur*, como el mismo Isidoro en el lugar alegado lo dice (*Historia*, 117, Libro VI, cap. XXXII, p. 190).

La información es profusa y detallada. El autor, en una secuencia metarreflexiva, le da a conocer al lector sus influencias literarias, las analogías con los nombres. El motivo del género -la silva- le da para edificar esta comparación: “como en él se tractan muchas e diversas cosas, e en la silva o bosques son diferenciados los árboles e plantas que producen”. Afirma que en 1535 obtiene el libro de Mexía al que retrata con la retórica

del elogio. El autor de la *Silva* es “docto”, “ingenioso” y su obra es “provechosa”. Y, aunque trae autoridades para sustentarlo, la fuente más fidedigna es su testimonio: “y conozco yo”. La secuencia se cierra con la cita de Isidoro. El santo no era dado a lo encomiástico. Paradójicamente, Oviedo acababa de erigir su panegírico a su docto amigo, Pedro de Mexía.

El Turco

Otra de las citas singulares la del Turco. La reflejamos aquí porque evidencia el temor que padecían aquellos actantes españoles en tierras indianas, que cada vez eran más conscientes de los peligros que les acechaban por la costa. Oviedo había solicitado en varias ocasiones mayores medidas de seguridad al Consejo. Y había protegido con cañones su fortaleza dominicana. Veamos la cita:

Pues, entre todos los príncipes que en el mundo se llaman fieles y cristianos, sólo Vuestra Cesárea Majestad al presente sostiene la católica religión e Iglesia de Dios, e la ampara contra la innumerable e malvada seta e grandísima potencia de Mahoma, poniendo en exilio su principal cabeza y Gran Turco, con tanta efusión de sangre turquesca, y con tan señaladas victorias en la mar y en la tierra, como en los años pasados de mill e quinientos y treinta e dos, y de treinta e tres años se vido, estando allando otros reyes cristianos, esperando en qué pararían vuestros subcesos; e dió nuestro misericordioso y justo Dios tal evento e salida a tan inmortal triunfo, que en cuanto hobiere hombres, jamás será olvidado; y así será en la celestial vida acepto y remunerado, que Vuestra Cesárea Majestad sea glorificado con los bienaventurados rey Ricaredo, primero de tal nombre, y su hermano Sant Hemergildo, mártir, de los cuales, tan larga dependencia y origen trae vuestra real prosapia e silla de España; y de quien hablando el Burgensis dice que entrando en España sesenta mill franceses, envió desde Toledo el rey Ricaredo a Claudio, su capitán general, y los venció, e mató e prendió la mayor parte dellos; y por tanto dijo: *Nulla unquam in hispaniis victoria viator vel similis invenitur*. Lo mismo escribe el arzobispo don Rodrigo, a quien en esto siguió el Burgensis, y mejor lo pudieran decir estos excelentes varones si vieran lo que obraron vuestros capitanes y vasallos el año de mill e quinientos e veinte e cinco años contra el rey Francisco e su caballería e poder de Francia en la prisión de su persona, e de los más e más principales de sus reinos y Estados en el cerco de Pavía, o si vieran lo que se espera que ha de obrar Dios en vuestra buena ventura e invicto nombre (*Historia* 117, Libro I, p. 12).

La secuencia narrativa parece propia de un relato de caballerías: reyes y más reyes desfilando, vasallos, varones y algún que otro mártir, todos congregado para combatir “la innumerable e malvada seta e grandísima potencia de Mahoma, poniendo en exilio su

principal cabeza y Gran Turco, con tanta efusión de sangre turquesca”. El influjo de la literatura de caballería y el poso del pensamiento medieval se rastrean en este capítulo. Sobre el temor que provocaba este personaje en el Nuevo Mundo, ha investigado Taboada, quien concluía:

Urgente era, pues, extremar las precauciones para que las Indias siguieran siendo un refugio, libre de las amenazas islámicas del Viejo Mundo. Lentamente se empezó a excluir de ellas a cualquier individuo mínimamente relacionado con el islam, el judaísmo o la herejía (...) preocupados por el avance turco, y que algún eco habrán tenido, (...). De (..) Gonzalo (...) muestra(..)la idea de una Cruzada española. Podrían encontrarse expresiones al respecto en su historia de las Indias, pero donde con más frecuencia saltan es en *Las quinquagenas de la nobleza de España*, obra miscelánea fechada en Santo Domingo en 1555 que contiene alguna referencia a la temprana colonización caribeña, pero sobre todo noticias sobre la política y guerras de Europa, con mención de las fechorías de los ismaelitas, el cerco de Viena, los turcos y su alianza con el rey de Francia, la esperanza en su destrucción y la parte que en ella cabía a los tesoros de las Indias. En tales apuntes Oviedo exhibía conocimiento de la historia y costumbres turcas (Taboada, 2018, pp. 362-363).

Concluimos aquí porque el inventario sería extensísimo. Las reminiscencias medievales y los grandes anales, (la crónica de Alfonso X el Sabio, la obra de Alonso de Cartagena -el Burgensis-, Juan de Mena y Los trescientos, multitud de héroes míticos, Petrarca, Dante o Séneca son muchos de los que se quedan por citar. Porque esta Historia parece no tener fin.

La finalidad de este apartado era mostrar el bagaje de lecturas que poseía Oviedo, y que, en tanto, también transmisor de cultura, han aparecido por aquí gracias a su Historia.

3. MECANISMOS NARRATOLÓGICOS DE LA *HISTORIA*: PRÓLOGOS Y OTROS CAPÍTULOS ESCOGIDOS

3.0 RETÓRICA E HISTORIA, COMUNIÓN RENACENTISTA

“La realidad se hace literatura en el Renacimiento”
(Rosa Navarro)⁷⁷⁰

“El orador- así lo dispone la retórica- no se puede ir por los cerros de Úbeda, no ha de perder de vista un solo instante el objetivo principal (...), no puede ser frívolo a la hora de disponer su discurso eligiendo y ordenando las ideas y las palabras (*res* y *verba*), (...) no puede permitirse el lujo de cometer pecado contra la *perspicuitas* (la perspicuidad o claridad lingüística o comprensibilidad intelectual del discurso) ni contra la *puritas* (la pureza o corrección idiomática del discurso tanto en las palabras una a una por separado como en los complejos verbales), ni contra el *ornatus* (la moderada belleza de las palabras y pensamientos, *res* y *verba*), virtudes de la locución sometidas, todas ellas, a la virtud central de lo *aptum*, de lo *prépon*⁷⁷¹”.

(López Eire)⁷⁷²

⁷⁷⁰ Rosa Navarro, “La literatura como espejo de la realidad”, *Les lletres hispàniques als segles XVI, XVII i XVIII*, edición de Tomàs Martínez Romero, Publicacions de la Universitat Jaume I, Castelló de la Plana, 2005, p. 129.

⁷⁷¹ Lo *prépon* es el “criterio soberano de la retórica” por el que “todo ha de ser coherencia y oportunidad en el discurso retórico” (López Eire, 2000, p. 170). Y ese “todo” atañe a la *res* (ideas) y a la *verba* (las palabras), a “sus operaciones de montaje” (p. 170), a la gestación de un “discurso honrado (*genus honestum*), (...) porque así obtendrá la aprobación unánime del público” (p. 170). Un discurso que huya de la ininteligibilidad (*genus obscurum*), de la ambigüedad (*genus anceps*) y que procure ser equilibrado, que cumpla “las máximas de cooperación señaladas por Grice para el éxito de la comunicación, a saber” (p. 171):

que se proporcione la cantidad de información requerida (*máxima de la cantidad*) y que se comunique con claridad (*máxima de la manera*), y con relevancia o pertinencia (*máxima de la relación*) y diciendo siempre la verdad (*máxima de la cualidad*). A estas máximas hay que añadir la de la capacidad de comunicación y entendimiento entre el hablante y el oyente (*máxima de la intercomunicabilidad*), postulada por Searle (1969). (López Eire, 2000, p. 171).

En lo que atañe a Grice, véase (1975, pp. 41-58) y “Máximas de Grice” (Garachana, 2012; en <http://www.ub.edu/diccionarilinguistica/content/m%C3%A1ximas-de-grice>).

Para Searle (1969), véase asimismo la traducción castellana de Valdés Villanueva, para Cátedra (1990) y cedida para Planeta Agostini (1994), disponible para su consulta en <https://www.textosenlinea.com.ar/libros/Searle%20-%20Actos%20de%20Habla.pdf>

⁷⁷² López Eire (2000, p. 170)

El análisis del arte narrativo de la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo nos remite directa y necesariamente a la retórica. Ni es rasgo sorprendente, ni tampoco distintivo de nuestro cronista, empero.

Bien sabemos que la retórica es conquista; que es “práctica y técnica”⁷⁷³ (Mortara, 1988, p. 9) para comunicar y persuadir con la palabra. Es la capacidad de comunicar “con convicción, de hacer blanco lo que es negro y a la inversa, y todo lo demás, (...) ser brillante en la expresión” (Ruíz Castellanos y Víñez Sánchez, 1996, p. XIII). Y de ahí su actualidad y su necesidad.

Podríamos afirmar que con la retórica el lenguaje se faculta catedrático; que se realza y se completa como arte:

(...) los llamados filósofos de la sospecha, Marx, Nietzsche y Freud, se enfrentaron al hecho del lenguaje encarando dos tipos de celos que éste ha producido en la humanidad: que no dice exactamente lo que dice, hay un sentido por debajo; y que hay formas de lenguaje que no son verbales, el lenguaje rebasa la forma verbal.

La retórica se puede definir como el arte del bien decir, de embellecer la expresión de los conceptos, de dar al lenguaje hablado o escrito eficacia bastante para deleitar, persuadir o convencer. El lenguaje, vehículo en principio de la retórica, sirve para persuadir (...), pero no es él quien persuade en realidad, sino algo que está por debajo, (...) algo ajeno (...) (Cagigas, 1996, p. 133).

Pineda, quien ha estudiado las afinidades entre la preceptiva historiográfica renacentista y la retórica de los discursos, recordaba esa ‘inclinación retórica’ (2007, 97) de la historia, enraizada desde bien antiguo, y que reverdeció con refulgiros en el Renacimiento. Cuando se alude a la retórica, se piensa en los maestros clásicos y en sus preceptivas, en Aristóteles, en Cicerón, en Quintiliano... En el siglo XII, como señala Curtius, aún se conserva “el ideal antiguo, según el cual la retórica debe ser integrante de toda cultura” (I, 1995, p. 119), el que mueve a “Marciano Capela a casar a Mercurio con la doncella Filología” (Curtius, I, 1995, p. 119). Empero, es a partir del Quattrocento florentino que la retórica florece como forma de expresión que contamina todas las artes.

⁷⁷³ Sobre esto explicita Mortara que, “cuando se dice ‘retórica’, pues, quiere decir ‘práctica’ y ‘teoría’: elocuencia y sistema de normas que han de respetarse para ser ‘elocuentes’ y que son objeto de estudio sistemático (1988, p. 9).

Al elogio⁷⁷⁴ que Juan de Salisbury le haría con anterioridad a la retórica, se le sumaría el de Leon Battista Alberti, que impelería “a los pintores que se familiarizasen ‘con los poetas y retóricos’, quienes podrían darles sugerencias para el hallazgo (*inventio*) y la configuración de los temas pictóricos” (Curtius, I, 1995, p. 120). De esta forma, el caudal de la antigua retórica vendría, como un torrente, a “determinar (...) la expresión artística de Occidente” (Curtius, I, 1995, p.121) La excelsitud de la retórica, –la “reina de las artes”, como la llamó algún humanista-, (Pineda, 2007, p. 27) encandilaba también a historiadores. “Así, a la manera de las *artes rhetoricae* se fueron forjando las *artes historiae*, y tal vez ello contribuyera a que la historia fuera considerada antes que nada un tipo más de discurso retórico, aunque con sus propias peculiaridades” (Pineda, 2007, p. 27).

Es bien sabido, (...) que esta disciplina ocupó durante el Renacimiento un lugar más relevante en el programa educativo que durante la Edad Media. Dentro de los *Studia Humanitatis* los conocimientos de retórica conformaban junto con los de gramática, de poética, de historia y de filosofía el saber integral del estudiante de humanidades. En la etapa histórica comprendida entre 1350 y 1600 la retórica alcanzó tal difusión que llegó a invadir todas las áreas de la civilización (Artaza, 1989, p. 21).

En el siglo XVI, la esplendorosa retórica, con toda su tradición y acompañada de sus partes⁷⁷⁵, se expandía mucho más, viajando con los cronistas de Indias a comunicar el Nuevo Mundo.

3.1 LA *INVENTIO*

“Y (...) nació el arte de la retórica, que es una artesana de la persuasión por la palabra-discurso, por el logos, que es en griego una cosa y la otra: palabra y discurso, por un lado, y razón y pensamiento, por el otro. Es la retórica tan amplia de materia de estudio y de alcance en

⁷⁷⁴ “Quien conozca perfectamente el arte de la expresión será un perito en cualquier doctrina a que lo aplique” (Curtius, I, 1995, p.119, n. 41).

⁷⁷⁵ Cinco partes para la dialéctica; tres (*inventio*, *dispositio* y *elocutio*) para la narración.

sus aplicaciones que Sócrates, tal vez con cierta ironía, la calificó de ‘divina’”.

(López Eire)⁷⁷⁶

Escribe David Pujante que “la aventura de construir un discurso es la aventura de interpretar una parte del mundo” (2003, p. 80). La *inventio* no solo supone el hallazgo de esas ideas -esos materiales “ajenos al arte retórica y los propios del arte retórica” (2003, p. 79)-, sino también la interpretación de estas. Prendido a la *Rhetórica ad Herennium*, Pujante nos proporciona su definición:

la invención es el descubrimiento (*excogitatio*) de las cosas verdadera o verosímiles que hagan probable la causa (*Rhet. Ad. Heren. I. 2*). *Excogitatio*, que es la palabra utilizada por el autor, podemos traducirla no sólo como *encuentro por medio de la reflexión*, sino también como *imaginación*, como *invención*, como *la facultad de imaginar*⁷⁷⁷ (Pujante, 2003, p. 79).

La *inventio* es, por tanto, investigación. Es el instrumento que conglomerar ideas y las interpreta, en la búsqueda de aquellas que le sean válidas para defender su causa. Sus implicaciones son, por consiguiente, enormes y muy relevantes; se torna “esencial para la economía del sistema en su conjunto” (Mortara, 1988, p. 67):

El griego *héuresis* y latín *inventio* (...) significan (...) búsqueda y hallazgo de argumentos adecuados para hacer plausible una tesis. (...) lo que para la tradición clásica era la *inventio* (...), actualmente es la ‘teoría de la argumentación’ de Perelman (Mortara, 1988, p. 67)

La *dispositio* se tornará, por ende, indispensable para la *inventio*. Según Quintiliano, la madeja inicial de confusión de ideas se desenreda cuando estas dos operaciones trabajan al unísono. De esta forma, se hallan y se preparan -se interpretan- los elementos argumentales para que el discurso logre ser persuasivo: se “decide, determina y constituye (...) si la causa existe, en qué consiste, y cómo es” ((Pujante, 2003, p. 81). No se trata, pues, de una lluvia de ideas inconexas; es el “*excogitatio*, el encuentro por medio de la reflexión” (p. 79). Veamos cómo se traslada todo esto al caso particular de Oviedo.

⁷⁷⁶ López Eire (2000, p. 32).

⁷⁷⁷ Las cursivas son del autor.

Durante los capítulos anteriores se ha examinado la subjetividad y la objetividad del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, el desarrollo vital que ha podido condicionar su formación y su oficio de escritor, sus fortalezas y flaquezas escriturales. Sus impacencias, sus afanes de medro, sus filias y sus fobias..., sabemos que todo ello se ha vertido en una obra que, sin ser autobiografía, tiene mucho de autobiográfica.

El bagaje cultural y su intelectualidad nos han acercado más a la figura del escritor. Su teoría y metodología han quedado definidas, con la apuesta ovetense por la narrativización de la experiencia, con el soporte de fuentes fidedignas y autorizadas, por supuesto. En este conglomerado ha encontrado los argumentos, las razones, para explicar “la cuestión”, sus causas. El discurso se ha cobijado, desde los inicios, en el imperialismo y el providencialismo. El escritor ha asumido la misión profética de informar sobre el Nuevo Mundo, enalteciendo la empresa española de colonización y pacificación en Las Indias. El pragmatismo ha dictado el pulso escritural de Oviedo.

El *ars narrandi* ha sido determinante, cuando el lenguaje se ha presentado insuficiente para contar lo inerrable. El discurso de la abundancia -la prodigalidad de América- eclosiona tintado de maravillas y riquezas su historia natural. El énfasis discursivo se representará en una *elocutio* atestada de amplificaciones, hipérbolos y loas a aquel paraíso terrenal. Este primer momento de excelsa contemplación, empero, se diluirá con el devenir de los acontecimientos históricos. Se instaurará, entonces, la retórica del fracaso. El historiador tendrá que ‘idear’ nuevos argumentos, que no salven y lo salvaguarden; que lo distinguan como ejemplar vasallo cristiano y español, y no se lo identifique con los codiciosos y crueles conquistadores que diezman poblaciones indígenas.

La *Historia* se colma de moralismo y acervada crítica contra los abusos de los malos gobernantes. Los argumentos del cronista no solo impregnarán la Historia, sino que se verterán hacia el exterior; traspasarán la frontera de la escritura cronística para elevarse en pleitos y memoriales. De las once veces que, supuestamente, Oviedo cruza el océano, más de la mitad porta el viajero quejas denunciando errores y proponiendo remedios. El Nuevo Mundo es la idea nuclear por excelencia; Las Indias siempre ocupan su pensamientos. Y, por ello, las hazañosas vicisitudes de don Gonzalo para lograr ser

oído por el Consejo volverán a franquear esa frontera, ahora en sentido inverso, satisfaciendo con lo vivido la escritura.

En la exposición de los hechos, ha primado la verdad y el estilo llano, en detrimento de la brevedad. La *Historia* no posee una retórica ampulosa y elevado, sino un estilo humilde, pero el desorden temático, la hibridez genérica, y la copiosidad – por su carácter enciclopédico, pero también por su elocución verborreica- no propician una lectura sencilla.

Al ir exponiendo la materia indiana el veedor-gobernador-cronista-alcaide Oviedo ha tenido que tomar decisiones que atañen a la teoría y a la técnica narrativa, pero antes se ha visto urgido a esquematizar y organizar sus “ideas”.

El título de la obra nos acerca a lo complejo de esa tarea. La *Historia*, a simple vista, se bifurca en dos discursos férreos y diferenciados: el discurso de la naturaleza y el discurso histórico. Pero bien sabemos que la crónica navega en esa hibridez genérica y temática, tan difícil de delimitar. El discurso moral, el filosófico y, el que nos interesa para este trabajo, el filológico y literario se entretajan en esas dos macros discursividades. Resumamos, en un esbozo, la ideas nucleares que han regentado estos discursos.

EL DISCURSO HISTÓRICO Y NATURAL

- *La Historia natural*

Ante todo, su discurso se edifica sobre la deidad suprema, la verdad.

Incardinado en la palabra verdadera, el profeta comunica la maravilla natural de las tierras indianas. La naturaleza de Las Indias es motivo principal de la *Historia*, es el catalizador primero de la escritura cronística ovetense. El *Sumario* anticipa, en su brevedad, ese discurso encomiástico de la naturaleza amerindia.

Entre los temas más sobresalientes, subyace, en primer lugar, el discurso del paisaje indiano idealizado. El sobrepujamiento en las descripciones de la hermosa naturaleza es motivo reincidente en la crónica. De la tónica de Virgilio y de Ausonio se

impregna el Oviedo descriptor, quien ‘canta’ con admiración y algún que otro resorte poético a la excelsa Natura. Ésta se nos presenta gloriosa, divina -como el Hacedor- y realzada con la figura retórica de la personificación. Emilfork pone énfasis en una paradoja de esta discursividad de la hiperbolizada naturaleza:

(...) por mucho que jure apartarse de las historias fabulosas para ceñirse a la historia verdadera, la medida de lo grandioso sigue siendo lo fabuloso; Oviedo no hace más que confirmar lo que quiere negar al parangonarse con ello” (Emilfork, 1982, p. 24).

El tema de la naturaleza deviene una preocupación intelectual para Oviedo. El autor, impregnado de la tradición medieval y de los aires renacentistas, se aferra a la concepción de la ‘*Natura parens*’, la naturaleza como madre, proveedora de todo bien por designios del Hacedor. El tópico poético de la invocación a la naturaleza recorre las páginas de la *Historia*, impregnado de sentido religioso. Una naturaleza unificadora, que aúna al Maestro y a su obra (a Dios, al individuo y a la materialidad natural). Por otro lado, se consolida el tópico de lo inefable, lo indecible. El autor “no encuentra palabras” (Curtius, 1995, p. 231). Además, se la acompaña con el tópico de la abundancia. En su ideario, el pragmático cronista tiene como motivo argumental comunicar la *utilitas* de toda aquella materialidad. Como ha señalado Santacruz, “el tema del *locus amoenus*, de dimensión literaria, cede su protagonismo al discurso de la abundancia. De la contemplación se pasa a la manipulación, y (...) mercantilización de la naturaleza” (2017, p. 307). Este discurso de lo natural, si bien no se abandona, mengua de intensidad, cuando entran a escena los acontecimientos históricos. En el cajón de la *inventio* el autor tiene guardado otro argumento: “el de la escritura de la hazaña” (Emilfork, 1982, p. 35).

- *La Historia general*

Incardinado siempre en el discurso de lo verdadero, su motivo es ‘dar noticias’ a la Corona, desempeñarse en su oficio de historiador. Las prioridades de la *inventio* eclosionan sobre el argumento del poder: el del imperio, el de la iglesia y el propio. El medro y el lucro devienen actantes principales, cuando el hombre se halla en tierras extrañas y con necesidades personales.

La *Historia* se torna propagandística. La escritura ensalza la figura del rey y soberano, se convierte en elogio de príncipes. Asimismo realza la superioridad de España

sobre el Nuevo Mundo. Y también se autoglorifica. No hay crónica escrita que se la pueda comparar.

El cronista asume la escritura como una misión espiritual, y en este argumento halla amparo. La historia progresa como *magistra vitae*, objetiva, didáctica y sincera. La Providencia guía el trazo del escritor, tantas veces sometido a los peligros de esa osada aventura indiana. El tópico del cansancio, el victimismo y la falsa modestia resultan provisiones argumentales de la *inventio*, para retratarse ejemplar. El historiador asoma, por consiguiente, como ministro de fama: propaga y proclama la gloria del imperio; y demanda autorreconocimiento, las con debidas mercedes por sus esfuerzos.

El discurso ser torna apelativo. Todos los argumentos deben ser convincentes, coherentes y claros; todo mira hacia el lector.

En el proceso de expansión y colonización, el paisaje épico y los personajes heroicos se vuelven protagónicos, se asientan como argumentos principales. El discurso político y el moral se imbrican y se disponen en sinergia con la narración epopéyica de los acontecimientos. La alabanza de príncipes, el panegírico del soberano y, también, de otros actantes de poder alcanzan su mayor relieve. El *sapientia et fortitudo*⁷⁷⁸, para subrayar la destreza y la prudencia, o el elogio de las armas y las letras discurren con finalidad práctica, para difundir etopeyas magnánimas y acontecimientos de gran relieve. Para ello, se recurre, asimismo, a la alabanza de los antiguos, de los insignes nombres de la historia, de autoridades.

Y como argumento nuclear se eleva la pacificación de Las Indias. El término es empleado por Oviedo en multitud de renglones, para cristalizar, de manera diamantina, esa idea suprema. Entra en escena el debate de civilización y barbarie. La otredad como argumento capital, tras el devenir 'indeseado' de los acontecimientos. El indígena sodomita, idolatra y antropófago se disputa el papel del 'malo' con el conquistador abominable y codicioso. El Libro de los naufragios, del desastre, clausura una *Historia* que principió abrazada al discurso idealizado de la belleza y la abundancia del paraíso americano.

⁷⁷⁸ Destreza militar y prudencia. En Curtius, I, p. 252-258.

3.2 LA DISPOSITIO

Como se ha dicho, la *dispositio* se halla estrechamente ligada a la *inventio*. La coherencia, la cohesión y la pragmática del discurso le deben mucho a esta operación retórica. Así lo expone López Eire en su *Esencia y objeto de la retórica* (2000):

(...) la operación retórica de la disposición (*dispositio*) e, en efecto, en sí misma todo un proceso de *semiosis* (o de confección de un texto o discurso significativo completo) en el que confluyen (...) la semántica, la sintaxis y, por tanto, la lingüística del texto y la pragmática.

Pues, efectivamente, cuando yo traslado a la dimensión horizontal del texto (hay que decir las cosas una detrás de la otra) o sintagmático las ideas logradas con la invención (*inventio*) en el eje vertical o paradigmático, o sea, cuando someto los materiales semánticos referenciales a la horizontalidad del texto, me encuentro a la vez en las áreas de la semántica y de la sintaxis, pero, además, estoy ya en el campo de la lingüística del texto y la pragmática, por cuanto que el orden con que estoy disponiendo o aparejando los materiales en la disposición repercuten en todas las partes del discurso retórico precisamente, pues responde a una bien trazada estrategia que previamente - en las operaciones de invención (*inventio*) y disposición (*dispositio*)- me he montado yo como orador con la finalidad exclusiva de influir sobre el oyente, a quien considero no un mero elemento pasivo, sino un factor fundamental para el éxito de mi discurso, para que mi discurso retórico resulte satisfactorio (López Eire, 2000. pp. 178-179).

Actualmente, Lausberg (1966, pp. 265-399) sistematiza el arte de la *dispositio* en *exordium* o *proemio*, *narratio*, *argumentatio* (*probatio* y *refutatio*) y *peroratio*.

En estas páginas examinamos, a modo general, la macroestructura y la microestructura de la *Historia*, y reparamos en la relevancia que Gonzalo Fernández de Oviedo le concede al proemio, donde inserta gran parte de su teoría narrativa.

- La disposición de la *Historia general y natural de Las Indias*

Obra in fieri

Embarcado en la tamaña tarea de escribir una *Historia* que integre todo lo concerniente al Nuevo Mundo, el escritor se enfrenta al desafío de la casi simultaneidad

del hecho y de su escritura. “Oviedo no escribe”, afirma contundente Salas, “está escribiendo sobre cosas que no sucedieron, sino que están sucediendo” (1959, p. 89). Es la *Historia*, por consiguiente, una obra *in fieri*, que se construye sobre la marcha, sin tiempo para retoques, porque la siguiente noticia empuja a la escritura, impele a ser tintada, antes de que caiga en el olvido. Son cúmulos de testimonios -a veces coincidentes y, otras veces, contrarios-, de informes, relaciones, epístolas y otros materiales diversos que esperan su turno en la magna crónica. Magna porque su glorioso destinatario es Real, y porque los otros seguro que por aquel entonces también eran ilustres lectores.

Esta esencia de obra siempre ‘abierta’, inacabada, por estar siendo escrita en ese preciso instante que se acontece la historia, la dista de ser una mera enciclopedia de datos. Se alegaba con anterioridad que la *inventio* y la *dispositio*, amalgamadas, son operaciones de interpretación, que demanda una reflexión para la coherencia y cohesión argumental. Las palabras de Emilfork sustentan esa operación intelectual ovetense:

Su obra es una historia *on the go*, simultánea a muchos de los eventos que quiere relatar. La *Historia general y natural* va recogiendo y configurando en una escritura el proceso de apertura, expansión y corporeización de las tierras americanas al tiempo que van ocurriendo. No es una recolección de hechos, sino un momento muy importante de lo que O’ Gorman ha llamado ‘invención de América’ (Emilfork, 1982, p. 23).

Estructura de la *Historia*

En su macroestructura la crónica se vertebra sobre una distribución relativamente uniforme, tripartida. La primera parte alberga una Epístola dedicatoria al Cardenal Fray García Gofre de Loaysa y los primeros diecinueve libros; la segunda parte compila un proemio principal y los diecinueve libros siguientes; y la tercera contiene los últimos doce libros. En total cincuenta libros distribuidos de la siguiente manera:

- La **I** contiene 19 libros: Epístola, Libros I al IXX.
- La **II** contiene 19 libros: Libros XX al XXXVIII.
- La **III** contiene 12 libros: Libros XXXIX al L.

En su forma interna, la *Historia* no se presenta homogénea. Si bien es cierto que secuencia es “proemio, libro y capítulos”, en ocasiones, el cronista altera esa división.

I parte

Así, el Libro I es sencilla y únicamente un proemio.

El Libro II cuenta con un proemio y catorce capítulos.

El III, un proemio y doce capítulos.

El IV, un proemio y ocho capítulos.

El V, un proemio y doce capítulos.

El VI, proemio y cincuenta y tres capítulos.

El VII, un proemio y diecinueve capítulos.

El VIII, un proemio y cincuenta y cuatro capítulos.

El IX, un proemio y treinta y cuatro capítulos.

El X, un proemio y ocho capítulos.

El XI, un proemio y doce capítulos.

El XII, un proemio y cuarenta capítulos.

El XIII, un proemio y diez capítulos.

El XIV, un proemio y diez capítulos.

El XV, un proemio y ocho capítulos.

El XVI, un proemio y dieciocho capítulos.

El XVII, un proemio y veintiocho capítulos.

El XVIII, un proemio y tres capítulos.

El XIX, un proemio y quince capítulos.

II parte

Proemio a la II parte.

El XX, un proemio y veinticinco capítulos.

El XXI, un proemio y once capítulos.

El XXII, un proemio y tres capítulos.

El XXIII, dieciséis capítulos.

El XXIV, diecisiete capítulos.

El XXV, veintidós capítulos.

El XXVI, treinta y un capítulos.

El XXVII, catorce capítulos.

El XXVIII, ocho capítulos.

El XXIX, un proemio y treinta y cuatro capítulos.
El XXX, un proemio y tres capítulos.
El XXXI, un proemio y once capítulos.
El XXXII, un proemio y ocho capítulos.
El XXXIII, un proemio y cincuenta y siete capítulos.
El XXXIV, un proemio y nueve capítulos.
El XXXV, un proemio y siete capítulos.
El XXXVI, un proemio y dos capítulos.
El XXXVII, un proemio y cuatro capítulos.
El XXXVIII, un proemio y una Sumaria relación.

III parte

El XXXIX, un proemio y cuatro capítulos.
XL, un proemio y dos capítulos.
XLI, un proemio y cuatro capítulos.
XLII, un proemio y dieciséis capítulos.
XLIII, un proemio y tres capítulos.
XLIV, un proemio y tres capítulos.
XLV, un proemio y tres capítulos.
XLVI, un proemio y veintidós capítulos.
XLVII, un proemio y veintitrés capítulos.
XLVIII, un proemio y seis capítulos.
XLIX, un proemio y dieciséis capítulos.
L, un proemio y treinta capítulos.

La ordenación de la *Historia*

En el planteamiento de la obra, Oviedo ya acusó los problemas de organización estructurales desde el *Sumario*. Para la crónica, tuvo que decidir el cronista entre el orden cronológico o el geográfico y, finalmente, apostó por el segundo sistema, siguiendo el criterio clasificatorio de Plinio.

A pesar de la independencia histórica proclamada por Oviedo, la *Historia naturalis* de Plinio se imponía a la *Historia general y natural* con la fuerza de un modelo de autoridad, tal y como evidencia la estructura y la organización. Según apunta Walter Mignolo, la *Historia naturalis* no sólo inspiró la obra de Oviedo, sino que también su orden. Este énfasis puesto por Oviedo en los aspectos estructurales del modelo de Plinio suponía (...) una ruptura radical con el modo de aproximarse a la vasta enciclopedia latina (...) Oviedo mostraba en la edición de 1535 (...) un sentido del orden mucho más consciente y consistentes que en (...) el *Sumario*, orden que no dejaba de identificarse con el pliniano” (Carrillo Castillo, 2004, pp. 98-101).

La inclusión de los proemios, también influencia de Plinio, se presentaba como un resorte de ordenación auxiliador. Como explica Coello, Oviedo adoptaba el “modelo teratológico pliniano como eje organizativo” (Coello, 2012, p. 142) para la historia natural. Esos prólogos se erigieron de guía y de espacio de reflexión sobre la materia que se iba a abordar. En esa capacidad de elucubración se distinguía el proemio del título, que en ocasiones, también ocupaba su sustancial espacio.

Como señalaba Gerbi, las ‘supersticiones’ numéricas del cronista también jugaron un rol determinante. Incardinado en la simbología de los números, desde una interpretación teológica, los dotaba de significación:

El número ocho, que correspondía al libro pliniano sobre los animales terrestres, se refería a los ocho vientos y a los ocho pasajeros el Arca de Noé, símbolos geográficos relativos a la extensión de la Tierra y a la población universal, ambas desconocida por Plinio en sus dimensiones totales. El número doce, que identifica al libro de Oviedo, aludía en cambio a los artículos de la fe cristiana, a los meses y a las constelaciones, a los dones del Espíritu Santo y a una larga serie de ejemplos extraídos de lo divino y lo profano. La relación entre Plinio y Oviedo era la existente entre el número ocho y el número doce, la parte y el todo, el pasado y el presente, la guerra y la paz, la promesa y el cumplimiento de una misión providencial cuyo fin era la conversión universal (...) (Carrillo Castillo, 2004, pp. 98-101).

Desde la perspectiva de lectora de la *Historia*, el proemio es regalo. Posee la habilidad de anticiparnos qué escribe y porqué lo escribe Oviedo, antes de entrar en la sinuosidad de su escritura. El proemio es una declaración de intenciones: aclara la temática, sirve de guía, y, además se colma de metarreflexión. En los proemios de la *Historia* se ha quedado atrapada la teoría narrativa del autor, sus cavilaciones, sus intencionalidades y sus arrestos de escritor. En los proemios late su psicología; se tornan espacios ‘literarios’ de elevado subjetivismo. La *Historia*, además, progresa a manera de

diario. El topos de la fecha y el topos del espacio son protocolos anclados en la prosa histórica ovetense. Y es usual que el discurso se demore, se ralentice, atestado de injerencias.

Los desórdenes sintácticos, los lapsus y las omisiones, los espacios en blanco que dejaba el cronista por rellenar, y que solo se aprecian en los manuscritos (Myers, 2007, p. 164), también cuentan mucho, por lo que no cuentan. Obviamente, hay casos en que la *Historia* llega sesgada, por razones alíneas al autor. En el capítulo I del libro XLV el lector pierde el hilo conductor, por los saltos temporales y la falta de información que la crónica nos arrebató. Lohmann, quien lo ha denominado “capítulo trunco”, lo abrevia de este modo:

(...) con seguridad habrá quedado confuso⁷⁷⁹ si ha advertido (...) una laguna (...) del distanciamiento entre Pizarro y Almagro, en Panamá, a mediados de 1530, el relato, sin transición alguna, prosigue bruscamente con la felonía del cacique de la isla de La Puná, que debió fraguarse en las postrimerías de 1531. De esta suerte se escamotea la reconciliación entre ambos caudillos, los preparativos para la tercera y definitiva expedición hacia el Perú, el penoso tránsito por la costa ecuatoriana, incluida la mortífera epidemia de verrugas, y las primeras estratagemas urdidas por Tumbalá para aniquilar a los conquistadores. Vale decir que queda sin consignarse todo lo que ocurrió a lo largo de un año y medio cumplido, repleto de acontecimientos del más subido interés (Lohmann 1982, p. 73).

Según constata Lohmann, resultaría haber sido una “distracción del copista (...), que nos privó de la información” (1982, p. 74), y no del autor.

Aunque con Fernández de Oviedo todo es plausible, “que callando seré prudente (...). Pues sea ahora perdonado no lo que digo sino lo que callare” (*MGFO*, I, p. 83).

⁷⁷⁹ Confieso haber tenido que releer varias veces ese capítulo, sin lograr establecer una secuencia coherente del relato. Tropezar con el artículo de Lohmann fue una revelación muy agradecida.

UN PROEMIO

“Dios te libre, lector, de prólogos largos”
(Jorge L. Borges)⁷⁸⁰

LIBRO VIII

Este es el libro octavo de la primera parte de la *Natural y General Historia de las Indias*, islas e Tierra Firme del mar Océano, el cual trata de los árboles fructíferos, por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, capitán de la fortaleza y cibdad de Sancto Domingo y coronista del Emperador y Rey, nuestro señor.

PROEMIO

*Plinio, en su libro XII de la Natural Historia, trata de*⁷⁸¹ los árboles odoríferos, y en el XIII, trata de los árboles forasteros y extraños, y de los ungüentos y otras particularidades muchas, y secretos de medicina, porque él escribe de todas las partes y auctores del mundo que a su noticia llegaron, y de lo que leyó de muchos. *Y así como en su historia quiso o se esforzó comprender el universo, tuvo más que decir de lo que yo podré aquí acumular; porque lo que yo digo y escribo, es de sola mi pluma y flaca diligencia*⁷⁸², y destas partes, y él rescribe lo que muchos escribieron y lo que él más supo; y así tuvo menos trabajo en tales acumulaciones. Habla, en su libro XIV, en las vides; y en el libro XV, en los árboles fructíferos; y en, el XVI, en los árboles salvajes; y en el XVII, dice de los árboles insertos (o inestati, que es lo mismo que injerir). *Todos estos seis géneros que él reparte en esos libros, entiendo yo comprender en cinco*⁷⁸³, que serán el VII precedente y este VIII, y en los tres siguientes (o al menos lo que acá yo hobiere alcanzado de tales materias.). Y si tantas aquí no se escribieren, será por ser la tierra nueva a nosotros, e aun la mayor parte della secreta en cosas semejantes, y por tanto, será poco lo que en esta primera parte se pueda dello escribir, a respecto de lo que se espera saber adelante. *Y porque no sea la lección tan breve, con solo aquello que en la primera impresión tuvo, se dirá asimismo lo que de tales materias*⁷⁸⁴ hasta el presente tiempo yo hobiere alcanzado en ellas, así en las islas como en la Tierra Firme. *Porque como es*

⁷⁸⁰ Véase el “Prólogo” a “El informe de Brodie”, en *Jorge Luis Borges. Cuentos completos* (2011, p. 351).

⁷⁸¹ El proemio se abre con la cita de autoridades a Plinio.

⁷⁸² Oviedo trae a la autoridad del historiador. Enaltece al autor porque se “esforzó en comprender el universo”. Nos hallamos ante una actitud intelectual, de interpretación de la realidad observada.

⁷⁸³ Oviedo toma al maestro, pero para emularlo. Es *imitatio* compuesta.

⁷⁸⁴ El autor detalla su criterio de ordenación; incide en el mínimo detalle.

*grandísima parte deste mundo aquella tierra, o una mitad del, e de muchos reinos colmadas estas Indias*⁷⁸⁵, así habrá más que decir en cada una destas cosas todos los días que yo viviere (e aun en los del que me subcediere en este caso), y se podrán ir acrescentando en estos cinco libros de la agricultura de acá. *Quiero, pues, hacer en este presente libro VIII*⁷⁸⁶, en el capítulo primero, una breve relación en que se expresen los árboles y plantas que se han traído de España, que en esta isla ni en el imperio destas Indias no las había; y después proseguiré por los árboles que son acá naturales y fructíferos (de cualquier género que a mi noticia hayan llegado), de los que hay en aquesta isla Española y en la Tierra Firme, porque las materias de un género anden juntas; y en cuanto a los árboles salvajes e de otras maneras, se tractará adelante, en el libro IX, pues que es la materia diferente e apartada. *Pido al lector que donde le pareciere corta mi información, tenga respecto al trabajo*⁷⁸⁷ con que se inquieren estas cosas en partes nuevas, y donde tantas diversidades y géneros de materias concurren, y *al poco reposo que los hombres tienen*⁷⁸⁸, donde les faltan aquellos regalos y oportunidad con que otros autores escriben en las tierras pobladas de gentes polidas e prudentes, e no entre salvajes, como *por acá andamos, buscando la vida y acertando, cada día, en muchos peligros para la muerte*⁷⁸⁹. (*Historia*, 117, Libro VIII, proemio, pp. 244-245).⁷⁹⁰

El argumento central del discurso es proporcionarle un orden al lector. La Naturaleza se presenta pródiga y nueva, pero los hombres corren innumerables peligros en esas tierras.

⁷⁸⁵ El historiador enaltece la naturaleza indiana, con el discurso de la abundancia y continúa ofreciendo el orden que tiene preestablecido.

⁷⁸⁶ Nótese la discursividad coloquial, el lenguaje llano. El historiador escribe como habla.

⁷⁸⁷ Apela el autor al lector para que sea benevolente. Esta retórica no es gratuita, incentiva la empatía del lector.

⁷⁸⁸ Plantea Las Indias como ese espacio de abundancia y maravilla, pero también como un espacio de terrible esfuerzos.

⁷⁸⁹ Con esta retórica de victimismo, el autor busca mover los afectos del receptor. Este motivo va a ser explotados por el autor de forma reiterada. El autor camina anclado en la queja y el cansancio. El tópico de la peligrosidad india se hace patente desde ya estos primeros proemios.

⁷⁹⁰ Todas las cursivas son mías.

3.3 LA ELOCUTIO

“La tercera operación retórica se ocupa de los mecanismos de confección discursiva referentes a su línea de manifestación textual. Cierra, por tanto, el proceso de producción del texto. *Eloqui* es -según (...) Quintiliano en *Instituio oratoria* (VIII PR.15)- exteriorizar (*promere*), es decir, sacar a la luz, por medio de la expresión lingüística, lo ya concebido por la mente, y hacerlo llegar hasta su fin (*perferre*): fin como lugar material, que son los auditores; fin como finalidad, la persuasión de dichos auditores”

(David Pujante)⁷⁹¹

“Oviedo (...) en lo que él vio y presencié es minucioso, colorido y excepcionalmente sensual”

(Alberto M. Salas)⁷⁹²

3.3.1 RASGOS ELOCUTIVOS DE LA *HISTORIA*

La crónica de Indias, en su necesidad de relatar el Nuevo Mundo, explora todas las sendas. Emprende su viaje en las naves de Eneas; contempla los peces voladores de ese Mar Océano con la curiosidad de Plinio; cabalga por escarpadas montañas cual Cid Campeador; reposa a los lindes de bosques legendarios entre Palmerines y Amadíses; aprehende la tierra extraña con la avidez integradora de San Isidro y la sabiduría del rey Alfonso, la celebra con bailes populares, y atrapa sus armonías y su excelsitud con los ojos de Leonardo.

La *Historia general y natural de las Indias*, como paradigma de esa historiografía colonial indiana del siglo XVI, es hibridez genérica, miscelánea temática; es oralidad indígena y taller de experimentos narrativos; es cultura e intertextualidad. En su fluir de relatos épicos, dramáticos o divinos y en la descripción detallada, cuasi pictórica, y

⁷⁹¹ Pujante (2003, pp. 189-190).

⁷⁹² Salas (1959, p. 10).

sensitiva de las realidades americanas, la historia y la literatura caminan hermanadas. Para comunicar, para persuadir y para deleitar. Tanto es así que los mundos reales y ficcionales se diluyen, que lo antiguo se reviste de modernidad, y la palabra tiene que ser socorrida con el ingenio. Con este tapiz, el texto progresa sin normas, guiado tan solo por la luz de la antigua retórica, que tiene que convertir a la historia -de aquellas Indias- en maestra de vida. Veamos cómo luce el tejido de la *Historia*.

La escritura de Oviedo se incardina en un estilo llano y persuasivo. La palabra tiende a la oralidad; fluye clara, redundante en sus formas, pero contundente. La voz del narrador, en orgullosa lengua castellana, suena imperativa y hegemónica: ‘dejad, lector...’, ‘mira, lector...’. El yo narrativo clama atención, que se lo atienda y que se lo crea. El pacto narrativo y el rigor de historiador caminan en simultaneidad. Y, establecida la convergencia entre el yo autorial, el yo narrativo y el yo personaje, el escritor despliega sus estrategias retóricas para **persuadir** de la verdad de sus argumentos, de la objetividad de su historia. Aunque sus artes retóricas no puedan tacharse de elevadas, la *Historia* reposa sobre el férreo pilar de la persuasión. En la construcción de ese sujeto histórico, el *ethos* se revaloriza, se reivindica continuamente, casi siempre en primera persona. En esos momentos, el discurso se cimienta sobre la figura de amplificación retórica y la falsa modestia, elaborando un panegírico de sí mismo. Verdadero, honesto, de férrea moralidad, el sujeto se construye un autorretrato decoroso. Y lo logra con el lector. La honestidad, las empatías, las confidencias, las ironías y el humor en Fernández de Oviedo son argumentos de la *Historia*. Una crónica en comunión con el sujeto autobiográfico, que gobierna el discurso narrativo; que asoma cuando y donde quiere, irrumpiendo para inferir o clarificar el yo lo vi, y, por tanto, yo tengo la verdad. Es la narrativización de la experiencia. Y es la subjetivización de la crónica. Las apelaciones al lector son continuas, aunque las formas dialogales asomen solo muy de tanto en tanto en la crónica. Las fórmulas más elementales, eso sí, de la discursividad, son explotadas con reincidencia. La figura de la interrogación retórica, las enumeraciones, la gradación, el polisíndeton. Pero la reina del discurso historiográfico ovetense es la analogía. Las comparaciones, los símiles y las metáforas se agolpan en el texto, para establecer relaciones entre los dos mundos, el Nuevo y el Viejo: el que se comunica, y el que sirve de modelo. Hemos referido a la subjetivización del discurso narrativo y al autobiografismo, pero el historiador procura en todo momento la objetividad con el caleidoscópico mosaico

testimonial que incorpora. Atendemos a esa conflictiva relación en tradición y ruptura: *autoritas* y empirismo. Se teje la intertextualidad. Porque si algo es Oviedo es que es un representante de transferencias culturales: en él converge la cultura europea medieval y renacentista con el saber indiano. Una tierra, la americana, que lo arraiga y que lo impele a quedarse. La enunciación del Nuevo Mundo navega entre la verdad y la idealización y la verdad y la desilusión. La mitificación, el *locus amoenus*, la maravillas americanas y el tópico del Paraíso devuelven un retrato de la Natura objetivo e idealizado a la par. En sus descripciones minuciosas, fotográficas, la naturaleza asoma cual es; cuando la subjetividad hace su entrada y modaliza el discurso, la Naturaleza se construye gloriosa, abundante y fabulosa. Del tópico de la abundancia se arriba al inventario sistemático y taxonómico de Las Indias, con un discurso mercantilista. Oro, perlas y otras exuberancias alcanzan protagonismo singular.

Sin embargo, estos mismo elementos propician la codicia, los abusos y las crueldades en tierras indoamericanas. De la representación del Jardín del Edén a la del reino del Mal; del espacio de la idealización al de la desilusión. Y de estos dos espacios, a la ficcionalización de ambos mundos. El *locus amoenus* se obscurece con las tragedias y las injusticias humanas. La naturaleza prodiga se vuelve hostil y azotan huracanes y tormentas, que solo la Providencia Divina puede aplacar. La ficcionalización del dramatismo y el discurso del fracaso se incardinan a partir de la mitad de la segunda parte de la *Historia*.

La retórica despliega sus mecanismos de persuasión. El discurso pasa del panegírico al libelo, en una narrativa de alto contenido moralizante. El carácter grave y sentencioso asoma en los *exempla*, y en la *inductio*.

El mito del Viejo Mundo subyace con finalidad pragmática en la *Historia* y se amalgama a los de la cultura americana. Empero, no es Oviedo cronista de creer en fábulas que no ha podido acreditar. Solo una autoridad irrefutable puede hacerlo crédulo. El conquistador se retrata, esencialmente por sus virtudes, lo que se transmite es la etopeya. Es ese buen cortesano y caballero ejemplar, que se viste con trajes heroicos, en un discurso que mitifica la conquista, que es pacificación. Son los Colón, Almagro, Cortés... En el bando opuesto, la contra ejemplaridad y el discurso desmitificador. La retórica del fracaso, de la consolación. Estos son los Pedrarias, Hernando de Soto y

Pizarro, Y en el centro del discurso el enjuiciador Oviedo, que ínfulas de erasmismo señala a codiciosos, sean conquistadores o religiosos.

3.3.2 LOS PROEMIOS: ANÁLISIS TEXTUAL

Historia, 117, Libro VI, proemio, pp. 141-143.

Este es el libro sexto de la primera parte de la *Natural y General Historia de las Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano*; el cual tracta de diversas materias e géneros de cosas, e asimismo se llama libro de los depósitos.

PROEMIO

Poco tiene que hacer en decir *la verdad*⁷⁹³ el hombre libre⁷⁹⁴ que desea usar della; pero saberla referir como mejor parezca o suene a los que la oyen, ha de ser por gracia especial, junto *con el arte o hermosa forma de narrar* las cosas, en que el orador o escritor quiere dar a entender lo que ha de rescitar o escribir,⁷⁹⁵ para que con más delectación sea escuchado. Y como esa gracia *e ornamento de palabras no acompañan a mi pluma*,⁷⁹⁶ doy le por *guía a mi Dios, a quien suplico, con mis indignas oraciones, que la favorezca*⁷⁹⁷, para que, loando su omnipotencia, pueda proseguir e concluir estas materias que aquí se tractan, de tal manera *que yo*⁷⁹⁸ *las sepa dar a entender*⁷⁹⁹ como ellas son. Y a la sombra de la divina misericordia, nunca pienso desacordarme que el *sancto Job*⁸⁰⁰ dice: "Mientras tura mi aliento en mí, y el espíritu de Dios en mis narices, no hablarán mis labios maldad, ni mi lengua pensará la mentira".

Y con esta determinación, digo que *es tanta la abundancia de las materias*⁸⁰¹ que me ocurren a la memoria, *que con mucha dificultad las puedo acabar de escrebir*⁸⁰² e distinguir, e no con poco trabajo ni con pocas minutas, continuar e conformar aquellas cosas que conciernen e son en algo semejantes e más apropiadas a la historia que se sigue. Y porque tractando de algunas particulares de que hay clara distinción e son desemejantes en sí, no se compadesce a cada una dellas darle libro distinto, por su breve narración e

⁷⁹³ La verdad como suma deidad que rige la Historia.

⁷⁹⁴ Es la idea de la libertad del hombre que se defiende con Picco della Mirandola, *El discurso de la dignidad del hombre* (1486).

⁷⁹⁵ Oviedo refiere al arte de narrar, de saber comunicar persuadiendo y deleitando.

⁷⁹⁶ Se erige *la captatio benevolentiae*, la falsa modestia del autor que apela a los afectos del lector mediante este mecanismo literario.

⁷⁹⁷ Invocación para que la divinidad lo acompañe en sus desempeños intelectuales. Es una concepción plenamente renacentista.

⁷⁹⁸ El yo siempre nuclear. El discurso avanza modalizado.

⁷⁹⁹ Esta operación apela al intelecto: es una aprensión activa, es ver y aprender, un ejercicio de conocimiento.

⁸⁰⁰ Trae la *autoritas* de las Sagradas Escrituras, la palabra de Job.

⁸⁰¹ Se atiende a un discurso enaltecedor de la naturaleza prodiga.

⁸⁰² La *amplificatio* enfatiza el argumento: "es tanta que...".

volumen, *porné, de aquestas tales*⁸⁰³, como *en depósito común*⁸⁰⁴, en este libro VI, las que me acordare y supiere de tal calidad y diferencia; porque, cuanto *más raras y peregrinas* fueren, y no de compararse las unas a las otras, tanto más será cada cual dellas *más digna de ser sabida*⁸⁰⁵ y no puesta en olvido.

Y comenzaré en las casas y moradas que éstos indios tenían; tras lo cual, se dirá del *juego del batey*⁸⁰⁶, que es el mismo que el de la pelota, pero en diferente manera y pelota ejercitado; y asimismo se dirá de *dos huracanes o tempestades señaladas y de mucho espanto*⁸⁰⁷ que hobo en esta isla Española⁸⁰⁸; y así procediendo en cosas diferenciadas de unas en otras, como en secresto o armario, se colmará este libro depositario, o sexto, *porque después, más fácilmente, en los libros siguientes e destintos pueda escrebir e acumular las otras materias que*⁸⁰⁹ fueren muchas de una especie e natura, o cuasi, **Y podré yo llevar la orden que he deseado**⁸¹⁰ tener en esta *Historia Natural y General de las Indias*; porque en los libros precedentes, de que he tractado hasta aquí, fué nescesario ir *mezcladas*⁸¹¹ muchas materias, a causa de decirse los viajes e descubrimientos destas partes que hizo el primero almirante dellas, e otros capitanes, como en relatar su vida e méritos dél e de sus subcesores, y de la manera de gobernación suya, e de la que otros después dél tovieron, y también *para dar noticia de la verdad de la historia*⁸¹² en muchas cosas e trances belicosos e diferentes que acaescieron e otros auctores, en diversas epístolas o décadas e volúmenes, han escripto desde España; y también para dar a entender la verdadera cosmografía de las tierras e provincias de que se ha hecho mención; e de la gente natural destas partes o islas, e cómo fueron *conquistadas*; ⁸¹³y de otras cesas notables que quedan memoradas en los cinco libros antes deste. (p. 142)

Avísos, letor, ⁸¹⁴que en lo que está por decir, siempre hallaréis cosas nuevas ⁸¹⁵ en este libro del depósito, y *en los que adelante entiendo*

⁸⁰³ La necesidad de ordenar las materias y de guiar al lector propia la metarreflexión en este proemio.

⁸⁰⁴ La idea de miscelánea. Se trata de El libro de los depósitos, el VI, que agrupa un cúmulo relevante de capítulos de índole varia. Toma como modelo la *Silva de varia lección* de Pedro de Mexía.

⁸⁰⁵ El libro es presentado por el autor como un compendio de curiosidades dignas de saber.

⁸⁰⁶ Entre las cosas curiosas, Oviedo incluye el juego de la pelota, que describe con extremo detallismo en el capítulo correspondiente.

⁸⁰⁷ De un motivo lúdico, el autor pasa a otro de gran espanto, dotando de dramatismo, y presentando la materia como lectura atractiva. La *dispositio* de los dos argumentos próximos y contrapuestos resulta clave para el logro emocional del lector.

⁸⁰⁸ Nótese la enumeración, que intenta esquematizar el orden temático.

⁸⁰⁹ El autor proporciona las razones, que caminan para el beneficio del resto de la obra.

⁸¹⁰ La negrita es mía y subraya el motivo central del proemio, su funcionalidad.

⁸¹¹ El léxico viene cargado de significado; aquí sugiere el carácter de mezcolanza de las materias.

⁸¹² Redunda de nuevo en la tópica del discurso verdadero. Las repeticiones se imprimen en el lector, enfatizan el argumento.

⁸¹³ Refiera aquí al participio “conquistadas” y no “pacificadas”, que será como lo denominé más adelante.

⁸¹⁴ Como se ha expuesto en este trabajo, el lector es protagonista de la *Historia*, con él dialoga el autor de forma permanente. Con esta llamada de atención dirige al lector por el texto, para favorecerle la interpretación del mismo.

⁸¹⁵ Oviedo introduce un nuevo elemento, la novedad. El depósito aporta cosas curiosas, nuevas y misceláneas. El adverbio temporal “siempre” refuerza el argumento.

*escrebir*⁸¹⁶, Y llámole del depósito o depositario, porque todo lo que aquí se dirá en suma, compete más particularmente a diversas provincias o partes donde en efeto cuadran puntualmente tales historias.

*Asimismo hallaréis, letor*⁸¹⁷, *grandes ocasiones y muchas causas y razón para dar gracias a Nuestro Señor, y para quedar admirado, cualquiera discreto varón,*⁸¹⁸ *con tanta variedad de secretos no usados ni oídos*⁸¹⁹ *hasta nuestros tiempos tan particularmente (o nunca sabidos muchos dellos), hasta que la experiencia e la milicia e armas de nuestros españoles los han, con su virtud y trabajos, personalmente visto e experimentado y notificado*⁸²⁰, *aumentando la república de Jesucristo, nuestro Redemptor, y sirviendo al Emperador e a su real silla e ceptro de Castilla, cuyo es aqueste grandísimo imperio; dándome a mí por ejercicio, en esto que escribo, una materia tan famosa e alta e copiosa, que la vida del antiguo Nestor, que tanto supo e tanto vivió (como dice Francisco Petrarca, con la de aquel rey gaditano llamado Argantonio, no fueran tan largas, juntadas con la mía, o acrescentándose las dos en el número de mis años, que pueda yo llegar al cabo lo que se puede escribir en este caso*⁸²¹. *Homero afirma de Nestor que vivió longuísimo tiempo, e que por doctrina e experiencia, fué, sobre todos los griegos, sapientísimo, e en las armas excelente; el cual venció los de Tesalia, e fué con Teseo e Peritoo contra los centauros, e se halló en la una e en la otra guerra troyana, e en ambas peleó en favor de los griegos. Ovidio dice que vivió doscientos años, Argantonio, rey gaditano. dice Plinio*⁸²² *que reinó ochenta años, y que comenzó a reinar seyendo de edad de cuarenta. Así que, segund estos auctores, trescientos y veinte años vivieron estos dos que he dicho, Pero en la brevedad de mi vida, diré lo que fuere Dios servido que por mí se continúen estas materias; donde con mis canas, pasado ya de los sesenta e nueve años que ha que vivo, ningún día se me pasa fuera desta ocupación algunas horas, trabajando todo lo que en mí es y escribiendo de mi mano, con deseo que, antes del último día de los que me quedan, yo pueda ver corregido y en limpio impreso lo que en todas tres partes*⁸²³ *de aquesta General Historia de Indias yo tengo*⁸²⁴ *notado.*⁸²⁵

816 El autor sigue promocionando su libro, incentivando a su lectura.

817 La apelación se presenta anafórica, introduciendo las dos secuencias narrativas.

818 Nótese el énfasis, la exaltación. También el empleo de los cuantificadores. El empleo del polisíndeton.

819 La novedad es aludida de nuevo, pero ahora ligada al término “secretos”.

820 La tópica nos trae la retórica de la experiencia.

821 Se asiste al autoenaltecimiento del autor. Trae a la autoridades -a Néstor, a Petrarca, a Argantonio- y ensalza la labor que lleva a cabo: “que escribo, una materia tan famosa e alta e copiosa,”

822 Homero, Teseo, Ovidio, Plinio... el desfile de personajes ilustres es evidente.

823 Explicita en este l parte de su obra que tiene anotadas las II y III partes de la crónica.

824 Nótese cómo cierra el discurso: introduce el dato autobiográfico (las canas, la edad). Juega con la retórica del cuerpo e idea de brevedad de la vida. La autoloa a sus desempeños lo retratan como escritor esforzado, pero escritor que escribe sirviendo al imperio y al Hacedor.

825 Todas las cursivas son mías.

Y entre tanto que el sol me tura⁸²⁶, estoy agora, en este año de la Natividad del Redemptor de mill e quinientos e cuarenta e ocho⁸²⁷, dando orden⁸²⁸ como en este año, o en el siguiente, se reimprima esta primera parte, acrescentada y enmendada, y más ornada que estuvo en la primera impresión. E asimismo se imprimirá la segunda, y yo quedaré continuando la tercera⁸²⁹; en la cual no me faltará voluntad para concluirla, pues que está una grand parte della escrita en minutas. Y espero en Nuestro Señor que poco tiempo después que estas dos partes parezcan, saldrá la última, en que se procede hasta lo que en mi tiempo está descubierto e visto por los capitanes y ejércitos de Sus Majestades en la Tierra Firme e mares della, así en este nuestro horizonte e polo ártico, como en la otra parte, ultra la Equinocial, del otro hemisferio o polo antártico. (p.143)

En resumen, este proemio camina con la finalidad de introducir orden al Libro de los depósitos VI. Anticipa la materia, incentivando la curiosidad del lector. Promociona la *Historia*, que es nombrada en tres ocasiones, que es de más grandes y mejores. En 1548, el autor solamente había podido publicar la I parte de la crónica

Proemio; Libro VII, 117, pp. 225-226.

Este es el libro séptimo de la primera parte de la *Natural y General Historia de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano*, el cual tracta de la agricultura.

PROEMIO

Pues ha placido a Dios darme⁸³⁰ tiempo para que sea ocupado en la particular distinción y relación de los libros que de cada género de cosas podrá hacerse volumen e cantidad que pueda recrear, con cada materia dellos, en muchas cosas, a los letores, quiero en aqueste séptimo principiar en la agricultura, e decir qué manera de pan e principal mantenimiento tenían los indios, e hay naturalmente en esta isla Española, por la industria y ejercicio de los hombres della. Y porque deste pan hay dos maneras, e muy diferentes la una de la otra, diré de ambas, y cómo se siembra e coge, e cómo después se hace el pan y el vino del mismo pan, e qué propiedades tiene⁸³¹. E asimesmo diré de algunas plantas e legumbres, e otras cosas que estas gentes cultivan para su uso e substentación, e de los otros particulares o acesorios bastimentos que tienen e fueren a este propósito; porque, en muchas cosas

⁸²⁶ Nótese la metáfora.

⁸²⁷ El topos cronológico no vara solamente en la fecha, detalla incluso la festividad de la Natividad.

⁸²⁸ De nuevo el motivo del orden se menciona.

⁸²⁹ Sigue aludiendo a la escritura e impresión de la *Historia*. Se eleva todo el proemio en una retórica propagandística.

⁸³⁰ El providencialismo y el mesianismo del autor subyace en este inicio.

⁸³¹ Las enumeraciones retóricas y el polisíndeton le otorgan carácter acumulativo.

désta, que en este y en los siguientes libros se tractarán, esté dicho y especificado lo que en las mismas materias e géneros semejantes conviniere hacerse mención en las otras islas, de quien adelante se ha de tractar en esta parte primera; y aun para que en *la segunda y tercera desta General Historia*, que han de hablar en las cosas de la Tierra Firme, esté ya dicho algo dello⁸³². Porque ni yo canse, con memorar muchas veces lo que estoviere manifestado, *ni el letor, por esta causa, aborrezca la lección*.⁸³³ Pues que lo que toca a la gobernación, no es lo que principalmente se me manda escrebir, ni su Cesárea Majestad quiere saber de mí, pues en su Real Consejo de Indias asisten tan grandes e señalados varones como el reverendísimo señor cardenal arzobispo de Sevilla, don frey García Jofre de Loaysa⁸³⁴, confesor de la Cesárea Majestad, e presidente e gobernador general del mesmo Consejo destas partes; y en tanto que la Cesárea Majestad estuvo fuera de España (así en Alemania en la resistencia de los turcos, como en África en la victoriosa empresa e toma de Túnez e la Goleta), presidió el ilustre señor don GarcíFernández Manrique, conde de Osorno, con magníficos, scientes y nobles varones conscriptos e diputados para la gobernación deste Nuevo Mundo; e de cada parte e provincia dél tiene continuos avisos de todo lo que conviene a las cosas de justicia e subcesos de Indias. E después que Dios llevó al cardenal y al conde ya dichos, preside en el Real Cuarto de Indias el muy ilustre señor don Luís Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar e conde de Tendilla, capitán e alcaide de la grande e muy nombrada cibdad de Granada. *Puesto que para llevar ordenada mi historia se haya dicho alguna cosa de los gobernadores y gobernados*⁸³⁵, no por eso dejaré en olvido las otras cosas que hacen al caso de la propiedad y novedades destas tierras y de su fertilidad; e pues ya se dijo de los ritos e cerimonias e idolatrías e otros vicios e méritos de los indios⁸³⁶, diré, en este libro VII, de sus mantenimientos e cosas tocantes a la agricultura. E acabado eso, *se tractará en libros particulares de los animales terrestres, e de los de agua, e de las aves, e los animales insectos o ceñidos, e de los árboles fructíferos e salvajes, e de las maderas y árboles medicinales*⁸³⁷, y de las plantas e hierbas, y en fin, de todo lo que prometí expresar y ofrescí que escribiría, segund lo dije en el proemio principal o libro primero, y en el segundo desta primera parte o volumen⁸³⁸; porque lo que de aquí adelante se ha de seguir, es lo que más hace al caso de la admiración de tan nueva e peregrina historia.

832 Todo este pasaje trabaja en pro de la organización interna del libro.

833 Tópico de falsa modestia. Alude al hastío, en una *captatio benevolentiae*. La tónica literaria del cansancio.

834 Al Cardenal le dedica la carta Epístola que abre la crónica.

835 De nuevo, el orden es argumento de este discurso

836 Introduce aquí el autor el motivo de los indios idólatras

⁸³⁷ El encadenamiento de sintagmas van unidas por el polisíndeton. Esta formulación recuerda a la isidoriana.

838 Nótese cómo hace referencia a la materia anterior y a la venidera, ofreciendo un orden coherente.

En resumen, este proemio se presenta casi como un inventario de las materias que se van a tratar y el orden que el autor va a seguir.

Proemio, Libro XIII, 118, p. 56

Este es el libro décimo tercio de la primera parte de la *Natural y General Historia de las Indias*, islas y Tierra Firme del mar Océano, el cual trata de los animales de agua.

PROEMIO

Maravillosas son las obras de Dios, e muy diferentes en géneros las cosas animadas en diversas provincias e partes del mundo, así en sus especies e formas, como en su grandeza e proporción, y en sus efetos e particularidades; y en tanta manera, que ni de los animales de la tierra, ni de los pescados e animales del agua, *no se puede acabar de escrebir ni saber*,⁸³⁹ por diligencia humana, ni han bastado las vidas de los hombres que en esto se han ocupado, a decirlo todo, ni faltarán cosas que notar a todos los que son vivos o vernán después de nos. Y por tanto *diré aquí, en este libro décimo tercio*⁸⁴⁰, de los animales del agua que hay en estas mares e islas destas Indias, y en especial en esta de que aquí se trata. *Porque en esta materia yo prosiga asimismo el estilo de Plinio, como en otras cosas, e aunque no lo diga tan bien como él, hablaré, a lo menos, conforme a verdad, y como testigo de vista*⁸⁴¹ en las más cosas de que aquí se hiciere mención; e no tan solamente en haber visto tales pescados, pero habiendo comido de los más dellos, para que también pueda en el gusto, como en la forma dellos, testificar lo que he podido comprehender e considerar destas cosas. *Así que el letor oiga con atención*,⁸⁴² e habiendo por máxima lo que tengo dicho, *entienda que no lee fábulas, ni cosas aquí acumuladas por pasar tiempo en hablar con ornada oración o estilo, como algunos hacen, porque de todo esto carecen estos tractados, e solamente son escriptos para notificar verdades y secretos de la Natura, llana e verdaderamente escriptos, a gloria e loor de Dios.*⁸⁴³

Este proemio introduce como novedad la defensa del testigo de vista, que acredite la verdad de la historia. Verdad que es suma deidad para el cronista y por la que dice

⁸³⁹ Nos hallamos ante la idealización de la naturaleza indiana y el tópico de lo inenarrable. Tanta abundancia, tanta maravilla, que el lenguaje no puede comunicarla.

⁸⁴⁰ Se van configurando los proemios como guías de lectura, que clarifican el orden de las materias.

⁸⁴¹ El testimonio de vista hace su aparición tras mencionar a la máxima autoridad, a Plinio.

⁸⁴² Apelación, nuevamente, al lector, para advertirlo de que esté atento a sus palabras.

⁸⁴³ Viene Oviedo ha injertar su criterio metodológico: la alusión a la autoridad, la reivindicación del testigo de vista, la verdad de la historia – y no fábulas- y la palabra llana, sin “ornada oración”, pero verdadera.

sacrificar el ornato y el estilo. Que más vale una crónica verdadera y llana, que una fábula hermoçada.

Proemio, Libro XXIX, 119, pp. 204-205.

Este es el libro décimo de la segunda parte, y es el vigésimo nono de *la General y Natural Historia de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano*, el cual trata de la provincia y gobernación de Castilla del oro, que comúnmente se suele llamar Tierra Firme.

PROEMIO

Cansado quedará el lector de algunas materias de las que hasta aquí habrá leído, si su lección ha sido continuada, y aun indignado con los que trataron la muerte al general Diego de Nicuesa, segund se ha dicho en el libro precedente; pero en éste verá la justicia de Dios, y la cuenta que tuvo para punir en esta vida a todos los que fueron en se la quitar; y así se debe presumir que como justo y misericordioso se hobo Dios con los delincuentes, y con el que padesció, sin lo merescer. a los que tan cruda y desapiadadamente le echaron en un bergantín, con otros trece hombres, por la mar, donde nunca más parecieron ni se supo del ni dellos cosa cierta. Entiéndolo yo desta manera. A Diego de Nicuesa, como hombre, no le faltarían pecados para sus trabajos y muerte, y ya que la hobo de tal manera, es de pensar el que aquella penitencia y exilio mortal procedió de la clemencia divina, en parte satisfactoria de sus culpas, para ir más aparejado en la vía de salvación.

Y téngolo por cierto, porque de personas que se hallaron presentes, supo que e oyeron decir en su partida, con lágrimas, llamando a Dios: Ostende faciem tuam, et salvi erimus. Muéstramos. Señor, tu rostro, y seremos salvos.

Vasco Núñez de Balboa, Martín de Zamudio, Lope de Olano, Diego Ribero, el bachiller Diego de Corral. Diego Albítez, Joan de Ezcaray, Luis de Mercado, Alonso Pérez de la Rúa, Hernando de Argüello, escribano Luis Botello, Remando Muñoz, Andrés de Valderráhano, y Francisco Pizarro, que después fue marqués *por su mal*, y le mataron en el Perú, como se dirá en la tercera parte destas historias, y Esteban Banante y otros que quedan nombrados, de quien justa querella podrá tener Diego Nicuesa que todos fueron en le destruir, todos hobieron mal fin en este siglo para que asimesmo tuvieren menos que purgar en la otra vida. Excepto sino fue como Sanct Gregorio dice en su *Morales*, comenzar a pagar acá lo que acullá en el infierno nunca se acaba de padescer. Pero como está en medio la sangre de Jesucristo, a él habrá placido que en esta vida han pagado el mal que hicieron, porque mediante la divina misericordia, pudiesen conseguir acullá la gloria eterna. Esto verá en su lugar apuntado quien continuare la lección de los dos libros precedentes, y en aquéste llegare al cabo.

Las cursivas (mías) subrayan la apelación al lector, a quien guía el cronista en la interpretación del Libro. Cita a los que injustamente procuraron el fin de Nicuesa. Acude al testimonio de vista y a las Santas Escrituras para legitimar el discurso, que camina subjetivado con la expresión “entiéndolo yo de esta manera”. Subyace el antipizarrismo.

3.3.3 FLORILEGIO. OTROS CAPÍTULOS SELECTOS: ANÁLISIS TEXTUAL

Historia, 118, libro XIII, cap. I, pp. 56-57: la descripción de la industria indígena

De los pescados del mar e de los ríos, e de la manera que los indios pescan, e de los que hay en general en el agua dulce o salada.

El manjar más ordinario de los indios a que ellos tienen grande afición, son los pescados de los ríos e de la mar; e *son muy diestros*⁸⁴⁴ en las pesquerías e artificios de que usan para los tomar. Porque, *así como en España pescan algunos con caña, de la misma manera los indios lo hacen con*⁸⁴⁵ varas delgadas e domables e cuales convienen para ello, e con cuerdas e volantines e con redes de algodón e muy bien hechas, lo más continuamente. Y también con corrales e atajos hechos a mano, de estacadas, en los arracifes, donde la mar, en las costas, cresce e mengua, y en parte a esto, apropiadas; y también desde sus canoas, o barcas que son de la manera, que tengo dicho e más *particularmente se dirá adelante*,⁸⁴⁶ Y también usan de cierta hierba que se dice *baigua* (en lugar de belesa o varbasco), la cual, desmenuzada en el agua, ora sea comiendo della el pescado, o por su propia virtud penetrando el agua, embeódanse los pescados e desde a poco espacio de tiempo *se suben sobre el agua, vueltos de espaldas o el vientre para suso, dormidos o atónitos, sin sentido, e los toman a manos en grandísima cantidad*.⁸⁴⁷ Esta *baigua* es como bejuco, e picada e majada aprovecha para embarbascar e adormecer el pescado, como he dicho. Pero demás del pescado que así matan en los ríos, toman, de las otras maneras que dije de suso, grande cantidad.

Y a mi creer, *estos pescados de acá son más sanos que los de España*⁸⁴⁸, porque son de menos flema, pero no de tan buen sabor puesto que acá los hay muy buenos; *así como lizas grandes y pequeñas, e jureles, e bermejuelas, e mojarras, guabinas, palometas, dihahacas, sábalos, róbalos, parguetes, corvinetas, cornudas, pulpos, tollos, cazones, sardinetas, agujas, lenguados, acedias, salmonados (no digo salmones), ostias, almejas, e marisco de muchas manera: langostas, cangrejos, jaibas, camarones; rayas muchas, y en algunas partes muy grandes; anguilas, morenas, muchos e muy grandes*

⁸⁴⁴ Nótese el elogio al indio. Oviedo muestra su admiración por muchas de las habilidades que observa en el indio. Como se dijo durante esta investigación, ‘del indio se aprende’.

⁸⁴⁵ El historiador parte de la analogía para describir la industria de los indígenas para pescar. La comparación sirve como punto de partida para esbozando los cuadros descriptivos.

⁸⁴⁶ El escritor no solo atiborra la prosa de elementos descriptivos; aprovecha también la ocasión para anticipar, como hace en los proemios, la siguiente materia.

⁸⁴⁷ Describe aquí el cronista la manera de pescar esos peces que saltan por el agua y se pescan a manos llenas.

⁸⁴⁸ La analogía, como se ha podido ir comprobando en este trabajo, sustenta la mayor parte de la discursividad de la *Historia*. Siempre hay alguna comparación, y en sus más ocasiones es la naturaleza indiana, como es este caso, la que sale victoriosa.

*tiburones, lobos marinos, tortugas muy grandes e otras pequeñas, que los indios llaman hico teas, muchas doradas (éste es uno de los buenos pescados de la mar), peje vihuela, pescados voladores muchas (e no de la forma de los que en las mares de España llaman golondrinos, pero muy menores), e de cada cosa o género de los que he dicho, muchos y en grande cantidad. Muchos marrajos e votos; toñinas; ballenas asaz*⁸⁴⁹. Pero no curemos de extender más esta materia en la generalidad, pues todos estos pescados hay en las mares de España; y los que dellos son de ríos, en los ríos de allá, asimesmo. Vengamos, pues, a la especialidad e particular relación de algunos de los que es dicho de suso e hay en estas partes. *Porque este libro no solamente ha de servir en esta parte primera de aquesta Natural Historia de Indias, pero excusarme ha de replicar en la segunda, o tornar a reescribir muchas cosas de éstas a que me podré referir cuando convenga hablar en ellas en los libros de adelante*⁸⁵⁰. Mas, porque dije debajo desta generalidad, que los indios pescan con varas, imitando al pescar de caña de España, e con cuerdas o volantines, digo que estas dos maneras de pescar aprendieron ellos de los cristianos⁸⁵¹, porque los indios no tenían anzuelos. Así que, dejadas estas dos maneras de pesquería, aparte de las otras que he dicho, sin ellas se aprovechaban e pescaban continuamente de otras formas, e también con judrias e con cierta manera de garlitos en los ríos. Así que, vengamos a los particulares pescados (*Historia*, 118, libro XIII, cap. I, pp. 56-57).

El capítulo ofrece la mirada admirativa del cronista hacia el indio. Asimismo, también innatas dotes de observación y su capacidad para describir las realidades casi miméticamente.

⁸⁴⁹ Esta tendencia acumulativa, sintagma tras sintagma, forma parte de la estilística ovetense. Es el historiador aficionado a las enumeraciones, encadenamientos, y otras figuras retóricas similares.

⁸⁵⁰ Con esta afirmación, Oviedo reivindica esa esencia de la *Historia* de ir escribiéndose y reescribiéndose, siempre en marcha y siempre abierta.

⁸⁵¹ Se ha alegado, por los primeros calificativos que Oviedo les otorgó, que el cronista consideraba a los indios irracionales. Se puede contrastar aquí que don Gonzalo les atribuye, en ocasiones, más habilidades que a los europeos.

Historia, 118, Libro XIX, cap. VII, p. 202: relato de la naturaleza indiana tormentosa

De una tormenta e terremoto que súbitamente acaesció en la provincia de Cumaná en la Tierra Firme, la cual tempestad derribó la fortaleza o castillo que los cristianos tenían, de que se hizo mención en el capítulo de suso, e cómo se labró e se hizo otro castillo.

El año de mill e quinientos e treinta⁸⁵², *en el mes de septiembre, en un día sereno e tranquilo, en un instante, a las diez horas del día, en la provincia de Cumaná*⁸⁵³ se levantó la mar en altura de cuatro estados, e juntamente dió la tierra un horrible bramido⁸⁵⁴, e inundóse la tierra, sobrepujando la mar sobre ella, y encontinente comenzó la *tierra a tembla*⁸⁵⁵, e lo continuó por tres cuartos de hora. Del cual grandísimo temblor, *cayó la fortaleza que tengo dicho en el precedente capitulo, e abrióse la tierra por diversas partes, e hiciéronse muchos pozos, los cuales producían una agua negra que hedía a azufre.*⁸⁵⁶ Hundiéronse muchos pueblos de indios, y de ellos murieron muchos, unos porque los mataban las casas e *otros que del miedo y espanto perdieron las vidas*⁸⁵⁷. Abrióse una grande sierra que está más de cinco leguas desviada de la mar, y la abertura della fué tan grande, que se vee desde a más de seis leguas apartados della. Tornadas las aguas a sus límites, e habiendo *por miraglo escapado los cristianos que estaban en la fortaleza, el alcaide, por no ser echado de la tierra y conservarla en servicio de Sus Majestades, con la gente que allí tenía consigo, hizo un baluarte y reparo a la redonda de una esquina de la fortaleza que quedó en pie, y en aquel baluarte y reparo se sostuvo catorce meses, en los cuales se edificó otra nueva fortaleza cerca de la caída*⁸⁵⁸. Y dejando después el reparo, se metió y pasó en la fortaleza nueva. Esto fué en el año de mill e quinientos e treinta y uno. E aquesta fuerza es la que al presente tiene segura el agua para la isla de las Perlas, y señorea el río de Cumaná e parte de la provincia, que no se osan los indios mover ni hacer los atrevimientos y rebeliones que solían hacer continuamente.⁸⁵⁹

El relato acoge distintas focalizaciones. Es el relato autobiográfico el que abre la acción, para luego pasarle la voz al narrador externo. El biografiado se queda atrapado en la ‘ficción’ mientras que el narrador lo observa desde fuera. Además esta anécdota se adhiere a la narrativa de los infortunios, que tantas páginas dio a la historiografía colonial de Indias.

⁸⁵² El historiador resulta metódico en sus relatos. Normalmente introduce el topos crono espacial. Así asegura el enmarque de la descripción o del relato.

⁸⁵³ Véase que nos ha facilitado inclusive la hora en que aconteció el grave fenómeno atmosférico.

⁸⁵⁴ El escritor-literato aparece en ocasiones con su lenguaje metafórico. Aquí la mar “brame”,

⁸⁵⁵ Otro guiño literario, con la personificación de la tierra que posee la facultad humana de temblar.

⁸⁵⁶ Motivo autobiográfico y dramático es el derrumbe de su fortaleza. No solo la tierra tiembla y el mar brama, sino que el interior emanan gases. La escenificación es dantesca.

⁸⁵⁷ La humanidad corriendo pavorosa. La locura es tal que los lleva a la muerte.

⁸⁵⁸ Obsérvese que el narrador y el personaje se han distanciado. Quien relato nos presenta al Alcaide de la torre desde el exterior del relato.

⁸⁵⁹ Las cursivas son mías.

Historia, 118, Libro XII, cap. X, p. 226. La maravilla: el *mamieco-diatta*

Desde allí fueron los españoles a Gilón, isla donde entendieron que había *hombres con orejas luengas*, en tanta manera que *les llegaban a las espaldas*: y maravillados de oír tal cosa, supieron por relación de indios que no muy lejos de allí había otra isla, donde no solamente tenían grandes orejas, pero tan excesivas que, cuando les era necesario, *con una sola oreja se cobrían todo el cuerpo*⁸⁶⁰. Pero como nuestros españoles buscaban la Especiería y *no estas fábulas*, siguieron su camino derecho a los Malucos; los cuales, ocho meses después que su capitán Magallanes murió en Mathán, hallaron cinco islas que se dicen Ternate, Mutir, Tidore, Mate, Macchián, y están desta é de la otra parte de la línea equinoccial, é algunas están cerca unas de otras. En una nascen clavos de girofle, en la otra las nueces moscadas, y en otras cinamomo; e son pequeñas e muy estrechas: los reyes de las cuales pocos años antes comenzaron a creer que las ánimas eran inmortales, no por otro argumento enseñados sino que habían visto un hermoso pájaro que nunca se sentaba en tierra ni sobre cosa alguna que fuese de tierra; mas cuando le vían venir del cielo, era cuando muerto caía en tierra. E aquellos mahometanos que tractan en esas islas, afirman que este pájaro nasce en el paraíso, é que el paraíso es aquel lugar, donde están las ánimas de los que son muertos, e por aquesta causa aquellos señores se hicieron de la secta de Mahoma; porque dicen que ella promete muchas cosas maravillosas de aquel lugar de las ánimas. Lllaman á aquel pájaro *mamieco-diatta*⁸⁶¹, é tiénenle en tanta veneración, que aquellos reyes cuando van a combatir, se tienen por seguros é piensan que no pueden ser muertos, teniendo ese pájaro, aunque sean puestos en la delantera, segund su usanza. Deste pájaro yo hablé en la primera parte destas historias, en el libro VI, capítulo XV, más largo, porque tuve uno dellos. (118, Libro XII, cap. X, p. 226).

(...)

Los nuestros españoles fueron bien acogidos é tractados de todos aquellos señores, los cuales espontáneamente se pusieron debajo de la obediencia del Emperador rey, nuestro señor, como lo había fecho el rey de Tidore. Pero como los españoles no tenían más de dos naos determinaron de traer destas especias de cada cosa un poco, e del clavo asaz, porque aquel año había habido grand abundancia, e de tal suerte, que pudieran las naos traer grand cantidad. Habiendo, pues, henchido las naos de clavo⁸⁶², e habiéndoles dado presentes para traer al Emperador, se pusieron en viaje, para dar vuelta a la patria. Era el presente espadas de la India e otras cosas; mas la más gentil cosa de todas era aquel pájaro *mamieco-diatta*, el cual teniéndole sobre sí en el combate, piensan ser seguros e vencedores aquellos príncipes. Y destos trujo a España el capitán Johan Sebastián del Cano cinco o seis - e después en otro

⁸⁶⁰ El mito y la maravilla hacen su incursión en el relato, pero el cronista no les concede credibilidad.

⁸⁶¹ Lo mismo ocurre con este pájaro maravilloso, que posee poderes sobrenaturales. Oviedo reconoce haber tenido un pájaro de esos, y nos remite a capítulos anteriores.

⁸⁶² La abundancia americana y las especias centran la atención de la última secuencia.

tiempo trujo otros el capitán Andrés de Urdaneta, el cual, como dije de suso, me dio a mí uno desos pájaros⁸⁶³: y este fue en la segunda armada con el capitán general frey García Jofre de Loaysa. E quedó allá este y otros españoles algunos años, e trujo más larga e apunta da e particular relación de aquellas partes, como lo diré adelante en este mismo libro (*Historia*, 118, Libro XII, cap. X, p. 227).

Nótese el rigor del historiador, quien incorpora estas noticias fabulosas, para dejar escrito que duda de su veracidad. Los españoles no van a buscar gigantes ni monstruos de dos cabezas, va a encontrar el camino de las especias.

***Historia* 121, Libro L, cap. XXX, p. 417. (fragmento, fin de la *Historia*)**

*Ande verdad sobre todo*⁸⁶⁴; e díjala e óbrela cada uno como mejor supiere y entendiere, ⁸⁶⁵que es más cierto e conforme al servicio de Dios, *al cual yo doy infinitas gracias por la misericordia*⁸⁶⁶ *que conmigo ha usado; pues sin elegancia ni circunloquios ni afeites ni ornamento de retórica*⁸⁶⁷, sino llanamente, ha dejado llegar a tal estado esta *General e Natural Historia de Indias, conforme a verdad*.⁸⁶⁸ La cual ha que continúo desde el tiempo que estas partes se descubrieron por el Primero Almirante de ellas, don Cristóbal Colom, *año de mill e cuatrocientos e noventa y dos, hasta el presente de mill e quinientos e quarenta y ocho*⁸⁶⁹; e pues ha cincuenta años que en esto entiendo, creer se debe que es historia sin sospecha e digna de crédito, puesto que yo no pasé a estas partes con los primeros españoles que la vieron,; pero hálleme en la corte de los Reyes Católicos, don -Fernando e doña Isabel, de inmortal memoria, en el real e campo e cristiano ejército que tenían sobre la grand cibdad de Granada, cuando fue despachado, el año que he dicho, para esta empresa, el que tan loable efeto puso en ella. Y conoscíle e vile muchas veces a él e a los demás principales que se hallaron, como por el discurso de estos tractados lo digo; e soy llegado a tal edad, que comienzo a pasar de septenta años, e continuaré las historias de este jaez lo que Dios me tiene servido (...) ⁸⁷⁰.

⁸⁶³ El dato biográfico vuelve a injertarse en la narración; el relator no puede contenerse de contar su caso.

⁸⁶⁴ Con la alusión a la verdad absoluta cierra la crónica.

⁸⁶⁵ *El otro argumento principal es comunicarla, narrarla.*

⁸⁶⁶ El agradecimiento a la divinidad muestran el providencialismo de Oviedo.

⁸⁶⁷ El tópico de falsa modestia y la retórica del escritor sin dotes ornamentales asoma otra vez. Es la última ocasión de granjearse el afecto del lector, la *Historia* se acaba. Aunque en la mentalidad del cronista tuviese ya la Cuarta Parte planificada.

⁸⁶⁸ La reiteración de la verdad.

⁸⁶⁹ El enmarque cronológico, evocador. Que le hace repasar el camino andado: da paso al devenir biográfico, paralelo al de la *Historia*.

⁸⁷⁰ Se omite esta secuencia narrativa porque ya se ha analizado en páginas anteriores.

Solamente quiero decir o *dar un aviso la letor* ⁸⁷¹ contra la malicia de algunos historiales, que hablan en Indias sin verlas; y es que atienda el letor en dos cosas: la una desde dónde escribe el que lo dice; e la otra, que no debe dejar de considerar que hallará algunos pasos, que yo he escripto y esotros remiendan, mudando las palabras, porque parezca que es suyo lo que cuentan, e van a dar de pies en lo que de mis tractados han hurtado; e tal ha habido, que cuasi la letra en partes dice lo que he dicho; e tal que promete decir maravillas adelante en cosas de las Indias, estandose en Europa e nunca las haber visto. Fácil cosa es entender tales hurtos al que lee e siente, e yo les perdono ese error e me huelgo de lo que he padescido en estas partes para escribir lo que de ellas se contiene en estos cincuenta libros. E daré principio a la cuarta parte en este años de mill e quinientos e cuarenta y nueve de la Natividad de Nuestro Redemptor Jesucrito ⁸⁷².

Gonzalo Fernández de Oviedo concluye de este modo su Libro L. La verdad, la Providencia, el esfuerzo vital e intelectual para llegar a esta última secuencia en la que reza una promesa para el lector y ese ‘amén’ del fervoroso cristiano, la mención a Jesucristo.

⁸⁷¹ Demanda la atención de quien lee, para que atienda a su última reflexión.

⁸⁷² El testimonio ocular sustenta esa verdad que ha ido reiterando. Avanza que hay una cuarta parte.

4. CONCLUSIONES

A partir de los textos, esta investigación ha escudriñado el *modus operandi* del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en su crónica; sus ademanes escriturales, los aciertos narrativos y las mermas estructurales y estilísticas que se acusan en su magna obra.

Como se ha ido reivindicando, el trabajo le otorga absoluto protagonismo a la *Historia*, que sigue siendo una gran desconocida para el común de los lectores. Si bien es cierto que muchos son los pasajes de la crónica ovetense que asoman -y se reiteran- en manuales y numerosos artículos y, además, que lo hacen desde la interdisciplinariedad investigadora, quedan aún por alumbrar cientos de secuencias narrativas que poseen su enjundia literaria, y que solo son apercibidas por los pocos intrépidos que, con mucho tiempo y más tesón, afrontan la tamaña empresa de leer la monumental crónica de don Gonzalo. Por ende, en el cúmulo de estas páginas investigadoras también reside otro objetivo, o más bien, un férreo anhelo: el de lograr aproximar este texto de Oviedo al lector. Con el develo de tantos rincones de subjetivismo, de sensualidad descriptiva, de autobiografismo o de interesantes intertextualidades literarias se espera que esa compleja *Historia*, que deviene laberíntica, escarpada y de una vastedad desalentadora, devenga, en alguna forma, un territorio escritural menos inexplorado.

En verdad, en formalizar teóricamente la escritura de la *Historia* se han detenido y, con trabajos muy loables, muchos estudiosos. Por ello, se ha procurado que en esta investigación predominase, y muy especialmente, el análisis práctico del texto, escudriñando y evaluando en el ejemplo tintado de la crónica lo que del escritor-Oviedo y de su estilística se ha ido, con más o menos acierto, referenciando durante siglos. El *logos* ovetense y sus conformaciones escriturales son, por ende, los verdaderos protagonistas en este viaje investigador; la razón de todo este estudio. Un examen que nos ha llevado al desentrañamiento de los *instrumenta* ovetenses, de esos mecanismos narratológicos explotados en una *Historia* que camina trenzada por la biografía, la historia y la literatura. Y una crónica en la que los prólogos han resultado piezas nucleares, siendo llave de acceso directo al taller escritural de don Gonzalo. Porque en ellos se aglutina, cual manifiesto vanguardista, la conciencia y la voluntad del escritor; en esos sustanciosos

proemios reposan los porqués de sus devaneos narrativos y de sus criterios metodológicos, y se evidencian, asimismo, sus afanes literarios.

Desde los lides filológicos, se ha emprendido una aproximación a la crónica desde una dimensión abarcadora, que combinase retórica, literatura y lengua. La *Historia* se ciñe cardinalmente a los cánones retóricos de la historiografía humanista del XVI. El discurso se erige, se estructura y se elabora siguiendo las bases expresivas del *ars bene dicendi*, sobre un andamiaje retórico que aúna la finalidad informativa con la interpretación de lo aprehendido. Un conocimiento adquirido, éste, que se valida por la credibilidad que le transmiten a Oviedo sus informadores y, más frecuentemente, por la experiencia propia, por la observación y vivencia del hecho concreto. De esta forma, el provecho, la persuasión y el deleite (*docere, prodesse et delectare*) estatuyen la prosa ovetense. Y es valiéndose de los preceptos retóricos, de los mecanismos narratológicos del lenguaje, que Fernández de Oviedo expone y legitima sus argumentos; que los organiza según conveniencia, movilizandolos afectos; y que los embellece y enriquece, que el ornamento (*ornatus*) y la corrección expresiva (*puritas*) caminan a favor de la *perspicuitas*, la cualidad expresiva que insufla pragmatismo al discurso.

Con todo ello, en ese prolongado viaje exploratorio por la cronística ovetense, la *Historia nos ha contado mucho de sí misma*. Sabemos de su lectura que la ópera prima de Gonzalo Fernández de Oviedo deviene el más extenso y detallado tapiz narrativo sobre las materias y sucesos acontecidos en aquel Nuevo Mundo, tras la arribada del Almirante Colón hasta 1549. Que se escribe, casi en su totalidad, en tierras americanas y apegada al devenir de los hechos, y que se erige preferentemente sobre dos grandes pilares temáticos: el discurso naturalista y el discurso histórico. Empero, hemos descubierto que el discurso esteticista, que no entiende de temáticas, atraviesa transversalmente toda la obra. Porque, aunque lo trate de disimular, late una preocupación diamantina en el cronista por las formas de su escritura, porque su estilo obtenga el beneplácito de los lectores.

Tras leer por tres ocasiones la crónica en su totalidad, se ha constatado que *Historia* reviste una complejidad que no aminora con su relectura y que son muchas las ocasiones en las que la obra se torna farragosa e indigesta. Y es que no solo se debe a su desproporcionada dimensión, con esos 50 Libros que acoge en su seno (cinco volúmenes en la edición de Pérez de Tudela) o a esa esencia aglutinadora, enciclopédica, que, desde luego, no es ni mucho menos el mejor acicate para el lector. Todo ello se agrava aún más

con ese discurso denso y enredado de Oviedo, que, por mucho que se escribiera “a la llana”, llega atestado de digresiones anecdóticas, alardeos eruditos o injerencias autoriales que quebrantan las tramas argumentales y derrotan hasta al más entregado lector. Empero, pese a su desorden expositivo, no cesa el cronista de demostrar sus empeños por hilvanar con cohesión y congruencia su crónica. Una obra que historiográficamente merita por su talante precursor, al legarnos la primera esquematización coherente de los hechos históricos que se van sucediendo.

Al propósito docente de esta *Historia general y natural* enlazamos su imbricada esencia polifacética - de tratado natural, histórico, político, teológico, antropológico, etnográfico, cultural, filosófico o epistemológico-, ligadura aprehendida como un todo en la comprensión totalizadora del Orbe Nuevo. Así, omniabarcadora, la *Historia* se nos desvela como una *matrioshka*. La gran crónica alcanza formas de **tratado científico**, cuando la botánica, la zoología, la mineralogía, la geografía o a la etnografía se elevan protagónicas; **filosófico**, cuando diserta sobre el devenir de los acontecimientos, reflexionando acerca de la esencia, las causas y los efectos del encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo; **historiográfico**, cuando cuenta vivamente Oviedo sus forcejeos con la materia indiana y la escritura; sustancia de **diario vivido** y personal, acogiendo las memorias, las vicisitudes familiares y las andanzas del hombre que la escribe; y **cuaderno de escritura**, atesorando en la misma crónica las reflexiones sobre su propia elaboración.

De lo más estimable, es el criterio descriptivo la mayor virtud de la cronística ovetense. La naturaleza indiana, edénica y tormentosa a la par, es descrita con una precisión encomiable. Con todo, la novedad y la infabilidad del lenguaje representan uno de los mayores desafíos, y de ello también se hace eco el cronista en la *Historia*. La analogía – el definir el Nuevo Mundo a partir de sus semejanzas con el Viejo- se erige entonces como uno de los recursos más explotados por Oviedo, cuando lo visto le resulta inenarrable.

La verosimilitud y la complicidad con el lector rigen el trazo de su escritura. Hay en Oviedo una clara conciencia de su oficio de escritor y mucho afán de reconocimiento. Por ello, sea cual sea la temática, la base metodológica del cronista siempre reposa férrea en la obligación real de decir la verdad. O, al menos, es esto lo que él difunde. La escritura,

por ende, se ciñe y se constriñe en torno a la capacidad de ser veraz y ejemplar, con un discurso que zigzaguea entre la intencionalidad informativa y la necesidad persuasiva.

Ese afán suasorio -pilar sobre el que reposa el peso retórico de la obra- va a determinar el trazado de su prosa: la apuesta por el castellano, por el estilo llano y coloquial, la veta autobiográfica, el desorden expositivo ligado a la digresión, el gusto por el *exemplum*, el estilo confesional, el tono sentencioso, la nota irónica, el gracejo humorístico o el autoensalzamiento. Todo trabaja para validar su *yo*, para lograr ser convincente y afianzar su reputación de cronista verdadero y autorizado.

Arquitectónicamente, la *Historia* se edifica siguiendo unos patrones organizativos bien afianzados: partes, libros, capítulos, proemios y epístolas dedicatorias, para una mejor disposición de la materia. Y adopta la metodología de la NH de Plinio para clasificar la naturaleza indiana. No obstante, si la crónica se torna laberíntica, es, mayormente, por su desestructura interna. Pareciera que se escribe conforme fluyen los pensamientos del cronista, espontánea y caótica. El acusado desorden expositivo de la crónica responde más a las impacencias del autor por contar y contarse que a los deseos de amenizar al lector.

El autor es muy consciente de este desorden. No solo en los proemios, sino cualquier secuencia discursiva le es propicia al narrador para procurar cierto orden estructural. Son plurales las apelaciones al lector, guiándolo por los vericuetos de su escritura; anticipando o refrescando materias. Solo el estudio de los epígrafes que acompañan a cada capítulo desvela el descomunal empeño que pone Oviedo en organizar su madeja narrativa.

Asimismo, se ha señalado el barroquismo de su prosa. Se ha alegado que la formación autodidacta de Oviedo propicia un alardeo incesante de erudición en la crónica, para contrarrestar las críticas a su falta de latinidad y de sapiencia. El conocimiento del devenir vital del cronista -de su biografía- y el examen de su forja como escritor ofrecen argumentos para defender la faz humanista e intelectual de don Gonzalo, que una parte de la crítica niega; y para comprender la causalidad de ese reiterativo ademán de ostentación verbal que tanto lo caracteriza. No obstante, ciertamente la intertextualidad se aposenta en la *Historia*, como uno de los recursos estilísticos más férreos de la

historiografía ovetense. Y esa escritura “a la soldadesca” se torna abigarrada, al atestarse de citas y de apropiaciones.

La *Historia* se teje, así, en un *continuum* de imitaciones; pero también de refutaciones y renovaciones. De este modo, arriba la *imitatio* compuesta, la emulación. El principio del conocimiento científico y racional, “lo visto y lo vivido”, se impone al canon, con la victoria del uso de la razón (lógica) empírica.

Por ende, la crónica amalgama el énfasis de la experiencia y la sabiduría de la tradición: la cultura grecorromana, el saber libresco del hombre del Medievo, el poso de lo arcaico y popular, de la patrística, de lo sobrenatural, lo fabuloso, lo utópico y lo mítico. Su alarde sapiencial se incardina, asimismo, en su filia por la cultura italiana.

Y como se ha tratado de defender durante toda esta investigación, el *yo* se torna epicentro de la *Historia*. Su verbo es incontrolable; su portentosa memoria, que se erige instrumental de apoyo para legitimar sus argumentaciones, vuela libre y descontrolada; y su jactanciosa necesidad de contarse, de relatar con apasionamiento sus vivencias, atiborra los discursos.

Se atiende a una continua “narrativización de la experiencia”, en su calidad de digno testigo de vista. Y, para que esa dignificación progrese sin atisbos de duda, toda la crónica descansa sobre la *amplificatio* que arma el propio Oviedo en torno a la exaltación de su ejemplar *virtus* y a sus méritos como cronista verdadero. Su escritura cronística manifiesta constantemente que su artillería retórica camina hacia la exaltación de su valía humana y profesional: a su coherencia ética, a su fidelidad a Dios y al César, a su reivindicación de pertenencia a un grupo social privilegiado -como cronista oficial-, a su perseverancia y laboriosidad en esos desempeños, a sus talentos innatos de observador, a su demostrada competencia para narrar la materia indiana o a esa sacrificada y comprometida entrega a ese peligroso oficio, por el que se vio en trance de perder la vida en más de una ocasión... Prendidos en la *elocutio* ovetense, se localiza fácilmente la autoloa en las hipérbolas y las admiraciones exclamativas, en la metafóricidad y en las analogías; se rastrea la autovindicación también en la ficcionalización del *yo* autobiográfico y confesional -que se erige ejemplar, y que, acomodado en ese lugar común de la *conmiseratio*, desfila dramatizado para mover afectos-, y en las elecciones

lexicográficas, que le insuflan al yo autor y personaje poco menos que consistencia heroica; o, incluso, en el principio del *decorum* con su tan explotada falsa modestia, porque, ésta se traduce en otro de los plurales mecanismos de Oviedo para estimular la benevolencia del lector. La modalización, las analepsis, las gradaciones, las repeticiones, los epítetos, las aclamaciones..., todo ese arte retórico se conjuga y se dispone favorablemente en la *Historia* para caracterizar a ese yo modélico y auténtico. Un enfoque tan apologético, rezumante de tanta vanidad, que desemboca en la construcción de un yo sobredimensionado. Empero, de todas las gestas vitales a las que se enfrenta don Gonzalo, la más desafiante y, por ende, la de mayor envergadura, es la de la conquista del lector.

Por otro lado, cuando el historiador no es testigo directo de los hechos, procura diversas fuentes testimoniales. Los informantes desfilan por la *Historia* con nombres y apellidos, y con alusiones a sus orígenes y su honorabilidad. Y es que estas fuentes deben merecerle credibilidad; en caso contrario, o no las incluye, o deja constancia de su escepticismo frente al atestiguante. Esta metodología persigue la preciada objetividad, propósito medular para cualquier historiador. Aunque, bajo la pátina objetiva que abrillanta la *Historia*, asoman siempre los intereses y las motivaciones de don Gonzalo, quien comenta enardecido sus fuentes, dignificándolas, desautorizándolas o dándoles rápido carpetazo en función de la conveniencia, de la afinidad o de la animadversión que le inspira el testigo. Es su criterio el que finalmente se encumbra máxima autoridad.

Sus consideraciones son imperialistas y providencialistas, y se incardinan en aspectos históricos y prácticos. La *Historia* aspira a ser oficial y propagandística; por ende, verdad, moral y política imperial buscan concilio en una escritura que se torna, a la par, exaltadora y enjuiciadora. Oviedo tiñe de pragmatismo sus discursos historiográficos, que provechosa y didáctica debe ser su *Historia* para España.

Su prosa satisface, así, el interés cognoscitivo por las materias indianas; responde al interés práctico de los españoles peregrinos en Las Indias y atiende los intereses ideológicos, políticos y económicos de la empresa de Carlos V en el Nuevo Mundo. Mas, ante todo, a los suyos especialmente, con una escritura *pro domo sua*. El obligado calado “verdadero” de su *Historia* lo insta a la denuncia sin lisonjas, y esta estrategia acusatoria, por otro lado, encumbra y exalta sus virtudes individuales, su férreo sentido de deber y fidelidad.

Los actores de la *Historia* se modulan según conveniencia del autor, caminan en su beneficio. Durante el proceso de escritura, las Margarita y Bobadilla, o los Pedrarias y Almagro, se expanden o se empequeñecen, se trufan o se desinflan de virtudes, en función de su vínculo con don Gonzalo. Compañeros o adversarios, estos individuos comparten con él intensas peripecias biográficas, y, por ende, le son conocidos en profundidad. Estos le sirven como garantes de verdad, para acreditarse y afianzar sus testimonios; para ensalzarse o victimizarse, jugar con el *pathos* y emocionar al lector.

En la misma línea, la inclusión de los personajes corales -la colectividad de conquistadores codiciosos y de frailes abusivos- es fruto del pragmatismo ovetense, para elevarse como historiador fidedigno y de intachable moralidad, y defender sus múltiples intereses en Las Indias.

Más polémica es su descripción de la otredad, del indígena. No comulgamos con la imagen cristalizada y simplificada del Oviedo hostil y enemigo de indios; un cliché que ha podido proyectarse en una lectura parcial y acotada de la crónica, y que difundió tenazmente el Padre Las Casas. En estas lides, la *Historia* devuelve a un yo en plena metamorfosis, que modula sus miradas hacia el amerindio tras un mayor conocimiento del Nuevo Mundo y esas realidades cambiantes. Ciertamente, el cronista prejuiciado persiste en su condena, durante toda la crónica, a las actitudes nefandas y abominables de los naturales, aferrado a sus convicciones religiosas y al sentido pragmático de su escritura. Sin embargo, el historiador adopta una actitud paternalista, cuando los codiciosos y crueles cristianos devastan sin piedad ni medida esos pueblos amerindios. La brutalidad define por igual a los temidos caribes y los desalmados conquistadores, en muchos momentos de la *Historia*, como si el cronista no pudiera determinar cuáles de esos actores resultan más inhumanos. Además, no duda el etnógrafo en admitir que del indígena se aprende. Oviedo es un informador nato y enardecido, y como tal, camina empeñado en registrar absolutamente todo lo concerniente a esos naturales (lo que le perturba, le conmueve y, también, lo que le encandila) con los recursos que dispone.

Como se ha dicho, el alcaide otea lo indígena bajo el prisma religioso y en función de su belicosidad. Se enerva ante la corrupción espiritual del indio que idolatra al Maligno, que ha olvidado a Dios y que se niega a abrazar el mensaje cristiano que les han

traído los españoles. Con celo apostólico, su prosa se torna iracunda, violenta y despectiva hacia esas gentes ‘bestiales’ que practican la antropofagia y los sacrificios humanos, y que guerrear a los buenos cristianos. Frente a estos naturales, considera Oviedo legitimada la “guerra justa”.

Pero, asimismo, en su registro de la alteridad, Fernández de Oviedo dibuja a sociedades complejas, con jerarquías y relaciones comerciales sólidas, a príncipes sabios y dignos, gentes bien dispuestas y laboriosas, incomparables a los españoles en tantos “oficios”, con un acervo cultural apuntalado y con proteicas lenguas, que poblaran sustancialmente de indigenismos el castellano de la *Historia*. Su postura frente al natural es pragmática. El indio bautizado es necesario. La gobernación y la imagen del Imperio están en juego. Por ello, su actitud se aproxima a la del custodio, que defiende la tutela cristiana y la preservación del amerindio, intolerante y espantado ante el diezme de naturales.

Hemos reivindicado en esta investigación el absoluto protagonismo del texto ovetense. También en este punto es de vital importancia. Es la *Historia*, con sus tantas páginas dedicadas a los nativos, la que finalmente define la mirada de Oviedo hacia el Otro, y la que brinda los mejores contraargumentos a las tesis lascasianas. Una lectura cabal y holística de los cincuenta Libros, asidos en comunión, desdibujan el retrato que le hizo Las Casas y proyectan la imagen de otro Oviedo, mucho más respetuoso con las sociedades indígenas.

El desentrañar la subjetividad de esta crónica ha sido objeto principal de esta tarea investigadora. Se ha rastreado la modalización de su escritura, examinando las modalidades oracionales (y su intencionalidad comunicativa: desiderativa, dubitativa, imperativa ...), el logos valorativo (a partir de sustantivos, adjetivos, adverbios, deícticos...), el uso tan recurrente en Oviedo de cuantificadores y de superlativos, el empleo de las perífrasis verbales, el derrame moralista, irónico y humorístico...

Hemos concluido que la *Historia* captura entusiasmos y afanes personales, y proyecta los estados anímicos del cronista: desnuda su alma. La forma autobiográfica, tan hegemónica en la obra, se eleva vehículo para la comunicación y consagración de la historia verdadera. Empero, en aquellos tiempos, se emparentará este género al literario.

Los Luciano, Apuleyo o el anónimo autor del Lazarillo, -referentes, por entonces, de escrituras de vida- habían traspasado las fronteras de lo real para deambular en los terrenos de lo ficticio. Lides en las que, además, resulta relativamente fácil caer al narrar tantas hazañas épicas, -aventuras y desventuras propias de Amadises y Esplandianes, y también de Claribaltes- por tierras alejadas, insólitas y peligrosas. De todo ello se desmarcará el cronista, quien centra todos sus esfuerzos retóricos en ratificar su apego a la verdad historiográfica, en reivindicarse como historiador verdadero -mimético, minucioso y objetivo-, y no como un mero fabulador de mundos ficcionales. El ingente corpus de fuentes testimoniales que acumula en la *Historia*, y que cita con escrupulosidad encomiable, constituye su primera arma defensiva de certificación. Y el aporte de la experiencia propia -y personalísima- proclama y legitima definitivamente la verdad de lo narrado. De hecho, para Oviedo, es este último resorte que, en esencia, lo capacita y lo distingue como buen cronista, lo que lo dignifica como historiador. El autor, el narrador y el personaje-testigo coinciden en ese *yo* textual, como autoridad incontestable, como garante de verdad, que corrobora o desmonta a maestros clásicos y a fuentes informantes. Mas ¿lo es realmente? El asunto de la veracidad tiene su enjundia, porque la verdad también deviene de las intuiciones, de los presupuestos, la criba y las óptica del cronista con respecto a la materia.

A la par, la *Historia* apresa su conciencia de escritor, vociferando la pugna que entabla con la distribución de la materia y manifestando las teorías formales de su escritura.

Por todo ello, y pese a las pretensiones de objetividad ovetenses, la defendemos como una de las crónicas indianas más personales y fluctuantes. Es tanto así que, indisoluble, la *Historia* no puede abstraerse de su historiador. Las implicaciones de Oviedo con la materia narrada son absolutas y nada inocentes; es autobiógrafo, actor y autor y, en ese juego de polivalencias, dichas voces se elevan en beneficio propio.

Historiar significa interpretar. Oviedo es el prisma que determina la escritura de la *Historia*. Para don Gonzalo, su obra se erige como historia colectiva, totalizadora; una historia oficial que debe aglutinar a todos los actantes. No obstante, la naturaleza americana y los acontecimientos históricos cohabitan con el testimonio personal. Una gran parte de la confiabilidad del historiador se cimenta finalmente en sus propias

percepciones y vivencias, con ese “yo” protagónico que tamiza y “comenta” la información; que la investiga y la registra plagándola de inferencias y juicios morales, involucrándose de tal modo con el dato que él mismo acaba siendo parte nuclear de su propia materia narrativa. Aunque en honor de la verdad acuda a esa tupida de red de informantes, él, y solo él, selecciona u omite, ordena y decide cómo narrar la materia recopilada. Por consiguiente, el autor importa. Que es Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés quien mueve los hilos de esta crónica.

Mostrar la prosa de la *Historia* ha sido, ante todo, el mayor propósito de este trabajo de investigación. Ingente, como la crónica, ha sido la bibliografía que he hallado sobre el autor; estudios rigurosos que han teorizado formalmente el modo escritural de Fernández de Oviedo. Desde que Amador de los Ríos lo rescatase de las sombras, Oviedo cuenta.

Pero sus renglones asoman fragmentados, en secuencias relativamente breves, que dejan en la obscuridad el resto de la crónica. Desde aquí, se ha pretendido dar voz a su escritura, que su eco resonase con la lectura, dejando la voz del crítico de fondo.

Con anhelos de difundir la *Historia* se ha ido andando este camino; porque después de lo que me ha aportado en estos cuatro años de estudio, es ya una deuda contraída. Por ello, le cedo un último espacio. Acabo, tal y como se iniciaron estas páginas; con Gonzalo, con su voz.

(...) en poco tengo que ninguno sea más aficionado a las otras lenguas que a la mía; porque como no estudié e no vaqué a ellas, e como soldado a la llanas digo en la materia lo que he visto y entendido e treinta años de experiencia e curso que ha que pasé a estas Indias e las veo, bien sé que así como mis tractados lleguen a Italia e Alemania e Turquía, e pasen por diversas gentes (...), serán traducidas y escriptas en diversas lenguas; pero todas las veces que los intérpretes o trasladadores se quisieren apartar o desviar, por su descuido, de lo que digo, texto o afirmo, han de ocurrir a estos originales como más auténticos e ciertos de la verdadera *Historia* de estas nuestras Indias (...). (*Historia*, 121, Libro L, cap. XXX, p. 416).

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía principal

- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Batallas y Quinquagenas*, transcripción de José Amador de los Ríos y Padilla; prólogo y edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso, 3 vols., Real Academia de la Historia, 1983 (vol. I), 2000 (vols. II y III).
- _____. *Batallas y Quinquagenas*, prólogo y edición de Juan Bautista A Valle-Arce, Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1989.
- _____. *Florilegio histórico de las Indias*, Asturias, Grupo Editorial Asturiano, 1992.
- _____. *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra-Firme del mar océano por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés primer cronista del Nuevo Mundo*, edición y prólogo de José Amador de los Ríos, 4 vols., Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851-55.
- _____. *Historia general y natural de las Indias*, edición y prólogo de José Natalicio González, 14 vols., Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944-45.
- _____. *Historia general y natural de las Indias*; edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, 5 vols., Madrid, BAE, Atlas, 1959.
- _____. *Historia general y natural de las Indias*, edición de J. L. Giuliani, Editorial Bruño, 1991.
- _____. *Libro de Cámara Real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario*, edición de Santiago Fabregat Barrios, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006.
- _____. *Libro del muy esforçado et inuencible Cauallero de la Fortuna propiamente llamado don Claribalte (1519)*, prólogo de Agustín G. de Amezúa, Fundación Conde de Cartagena, 1956.
- _____. "Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo denunciando los abusos de Pedrarias Dávila y sus oficiales en la gobernación de Castilla del Oro", en *Vasco Núñez de Balboa*, Ángel Altolaguirre y Duvalé, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de la Intendencia e Intervención Militares, 1914, pp. 209-217.
- _____. *Quinquagenas de la nobleza de España*, en *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, edición de Juan Bautista A Valle-Arce, vols. I y II, North Carolina Studies in The Romance Languages and Literature, Chapel Hill, 1974.
- _____. (traductor), *Regla de la vida spiritual y secreta theologia*, Pietro da Lucca, Sevilla, Dominico de Robertis (impresor), 1548.
- _____. *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia*, Gonzalo Fernández de Oviedo, en *Gonzalo Fernández de Oviedo, Prisión del Rey de Francia (1525-1533)*, edición y estudio de Jorge Martín García, Textos Recuperados XXXVI, Ediciones Universidad de Salamanca, 2019
- _____. *Sumario de la natural historia de las Indias*, edición de Juan Bautista A Valle-Arce, Salamanca, Biblioteca Anaya, 1963.
- _____. *Sumario de la historia natural de las Indias*, edición, introducción y notas de José Miranda, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- _____. *Sumario de la historia natural de las Indias*, edición de Álvaro Baraibar, Madrid, Vervuert, 2010.

- _____. *Sumario de la historia natural de las Indias*, edición de Alfredo Rodríguez López-Vázquez y Arturo Rodríguez López-Abadía, Madrid, Cátedra, 2016.
- _____. *Los viajes de Colón*, nota preliminar de Jaime Delgado, Colección Cisneros, Madrid, Atlas, 1944.

Bibliografía secundaria

- ABBOT, Paul Oskar, “La retórica y el Renacimiento: una perspectiva de la teoría española”, en *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista*, Madrid, Visor, 1999, pp. 121-132.
- ABOL-BRASÓN ÁLVAREZ-TAMARGO, Manuel, “La familia desconocida del primer cronista de las Indias Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Verba volant, scripta manent. Escritos en homenaje a Agustín Hevia Ballina, archivero de la Iglesia*, María Concepción Paredes Naves (coord.), Archivo Histórico de Asturias, pp. 13-33.
- ALADRO, Jorge y DABACO, David, “Un estudio de la autobiografía de los siglos XVI y XVII”, *Compostela aurea* [recurso electrónico], Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro, Santiago de Compostela 7-11 de julio de 2008, Santiago Azaustre y Santiago Fernández (coords.), 2008, 27-32. En https://minerva.usc.es/xmlui/bitstream/handle/10347/10629/pg_028-033_cc197b.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- ALBADALEJO, Tomás, “Retórica”, *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*, Miguel A. Garrido (dir.), L. Dolezel, J. A. Hernández, M^a del Carmen García [...] et al., Madrid, Editorial Síntesis, pp. 929-1028.
- ALONSO, Rodolfo, “No usamos el lenguaje. Somos lenguaje”, *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*, 27, 106, 2019, 30-31.
- ALONSO BAQUER, Miguel, “La ética de la conquista y la moral de los conquistadores”, *Militaria. Revista de Cultura Militar*, 4 (1992), Madrid, Editorial Universidad Complutense, 15-43.
- ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, Ángel, *Vasco Núñez de Balboa*, Madrid, Imprenta de Patronato de Huérfanos de la Intendencia e Intervención Militares, 1914.
- ALVAR EZQUERRA, Manuel, *Vocabulario de indigenismo en las crónicas de Indias*, Madrid, CSIC, 1997.
- ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique, “La historia natural de Fernández de Oviedo”, en *Revista de Indias*, 69-70 (julio -diciembre 1957), Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”. Madrid, CSIC, pp. 541-602.
- ÁLVAREZ MARQUÉZ, M.^a del Carmen, *La impresión y el comercio de libros en la Sevilla del Quinientos*, Serie Historia y Geografía n.º 121, Sevilla, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, 2007. En [https://books.google.es/books/about/La impresi%C3%B3n y el comercio de libros en.html?id=XbMy57T-03AC&redir_esc=y](https://books.google.es/books/about/La_impresi%C3%B3n_y_el_comercio_de_libros_en.html?id=XbMy57T-03AC&redir_esc=y)
- APARICIO MAYDEU, Javier, *Continuidad y ruptura. Una gramática de la tradición en la cultura contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 2013.
- ARBILLAGA, Idoia, *Estética y teoría del libro de viaje. El ‘viaje a Italia’ en España*, Málaga, Analecta Malacitana, 2005.
- ARISTÓTELES, *Retórica*, ed. Quintín Racionero, Madrid, Gredos, 1990.

- _____. *Poética*, ed. José Alsina, Barcelona, Icaria, 1997.
- _____. *Política*, introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés, Madrid, Gredos, 1988.
- ARGUYOL, Rafael, en "Entrevista con Rafael Argullol", *El destino de la literatura. Diez voces*, Barcelona, Acontilado, 1999.
- ARTAZA, Elena, *El ars narrandi en el siglo XVI español. Teoría y práctica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1988.
- ARRÁEZ, Morella, CALLES, Josefina y MORENO DE TOVAR, Liuval, "La Hermenéutica: una actividad interpretativa", en *Sapiens*, 7(2) (2006), Caracas, 171-181.
- ARRIZABALAGA, Carlos, "Comentarios a un pasaje de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, 23 (2) (2007), 318-330.
- ARROM, Juan José, "Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios", *Casa de Las Américas*, XXIV, 141 (1983), 114-123.
- ASENSIO, Eugenio, "La carta de Gonzalo Fernández de Oviedo al cardenal Bembo sobre la navegación del Amazonas", en *Revista de Indias*, 1 (enero de 1949), Madrid, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". CSIC, 569-577.
- AVALLE ARCE, Juan Bautista, "Introducción" al *Sumario de la natural historia de las Indias*, edición, prólogo y notas de Juan Bautista Avalle-Arce, Salamanca, Biblioteca Anaya, 1963, pp. 5-19.
- _____. "El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, alias de Sobrepeña", *Dintorno de una época dorada*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1978a, pp. 101-117.
- _____. "Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Dintorno de una época dorada*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1978b, pp. 119-135.
- _____. "Oviedo a media luz", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIX, 1 (1980), 138-151.
- _____. "Preliminares" a *Batallas y Quinquagenas*, prólogo y edición de Juan Bautista Avalle-Arce, Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1989.
- _____. "Una obra olvidada de Gonzalo Fernández de Oviedo y su crisis espiritual", *Prolija Memoria. Estudios de Cultura Virreinal*, Vol. 1 (1) (2004), 9-27. En <https://repositorio.unam.mx/contenidos/57477>
- BAL, Mieke, *Teoría de la narrativa. Una introducción a la Narratología*, 13ª ed., Madrid, Cátedra, 2020.
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel, "Gonzalo Fernández de Oviedo", Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981.
- BALTASAR PÉREZ, María Dolores, "Fernández de Oviedo. Hito innovador en la historiografía", *Congreso de Historia del Descubrimiento. 1492-1556. Actas (Ponencias y comunicaciones)*, Vol. 4, Madrid, Real Academia de la Historia, 1992, pp. 309-340.
- BARAIBAR, Álvaro, "Estudio preliminar" al *Sumario de la historia natural de las Indias*, Madrid, Vervuert, 2010.
- _____. "Las miradas de Gonzalo Fernández de Oviedo sobre la naturaleza del Nuevo Mundo", *Estudios Ibero-Americanos*, 40, 1, (2014a), 7-22.
- _____. "Hernán Cortés en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Revista Complutense de Historia de América*, 40 (2014b), 139-154.

- _____. “Hacia un discurso sobre la ciudad del Nuevo Mundo: el caso de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro*, 5, 2 (2017), 347-355.
- _____. “Las funciones del lector en la narrativa de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Colonial Latin American Review*, 31, 1, (2022), 57-73.
- BARTHES, Roland, *La aventura semiológica*, Paidós Ibérica, 2009.
- BATAILLON, Marcel, Erasmio y España, México Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1966.
- BEAGON, Peter, “Peter Martyr’s use of Pliny”, en *International Journal of the Classical Tradition*, 21(2014), 223–244. DOI [10.1007/s12138-014-0350-2](https://doi.org/10.1007/s12138-014-0350-2)
- BECKFORD, Sarah, “Conjecture and credibility: Oviedo”, en *Territories of History. Humanism, Rhetoric and the Historical Imagination in The Early Chronicles of Spanish America*, The Pennsylvania State University, 2007, pp. 43-86.
- _____. “Historical Representation in the Spanish Humanist Context: Juan Luis Vives”, en *Territories of History. Humanism, Rhetoric and the Historical Imagination in The Early Chronicles of Spanish America*, The Pennsylvania State University, 2007, pp. 15-41.
- BELLINI, Giuseppe, “Alexandre Coello de la Rosa, *Historia y ficción. La escritura de la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1578- 1557)*. Valencia: Universitat de Valencia 2012. 170 páginas”, reseña a *Historia y ficción. La escritura de la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1578- 1557)*, en *Iberoamericana*, XII, 52 (2013), 219-220.
- BELLUGA TOUS, Pedro, *Espejo de Príncipes [1530]*, selección, prólogo y notas de Albert Calderó i Cabré, traducción de Àngels Calderó i Cabré, Estrategia Local (edición no venal), Barcelona, 2000
- BÉNAT-TACHOT, Louise, “Figura y configuración del ‘enemigo americano’ en las crónicas de Indias”, en *Las teorías de la guerra justa en el siglo XVI y sus expresiones contemporáneas*, México, Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, 1998. Disponible en: <https://books.openedition.org/cemca/574?lang=es>
- _____. “El relato corto en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *La formación de la cultura virreinal, La etapa inicial*, Karl Kohut, Sonia V. Rose (eds.), Vervuert-Frankfurt, Iberoamericana-Madrid, 2000, pp. 103-124.
- _____. “La trayectoria editorial de la ‘Historia general y natural de las Indias’ de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés”, en *Del autor al lector: libros y librerías en la historia*, C. Castañeda, México, Ciesas, 2002, pp. 201-225.
- _____. “Gonzalo Fernández de Oviedo y la gesta de los cortesanos”, *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer (coords.), Iberoamericana Vervuert, 2016, pp. 119-150.
- BERGUA, José (ed.), *Refranero Español. Colección de ocho mil refranes populares, ordenados, concordados y explicados. Precedida del Libro de los proverbios morales de Alonso de Barros*, Madrid, Ediciones Ibéricas, 1942.
- BLAKE, Jon Vincent, “Fernández de Oviedo ante López de Gómara”, en *Romance Notes*, 16, 2 (1975), 536-542. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/43801349>
- BORGES, Jorge Luis, (con la colaboración de Margarita Guerrero), *El libro de los seres imaginarios*, Emecé Editores, 1978.

- _____. *Jorge Luis Borges. Cuentos completos*, Colección Palabra en el tiempo, Barcelona, Lumen, 2011.
- BOLAÑOS, Álvaro Félix, “Panegírico y libelo del primer cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Thesaurus*, tomo XLV, 3 (1990a), 577-649.
- _____. “El primer cronistas de Indias frente al *mare magno* de la crítica”, *Cuadernos Americanos*, año IV, 2(20) (1990b), 43-61. Disponible en: <http://www.cialc.unam.mx/ca/ne/NE-20.pdf>
- _____. “La crónica de Indias de Fernández de Oviedo: ¿Historia de lo general y natural, u obra didáctica?”, *Revista de Estudios Hispánicos*, 25 (3), (octubre 1991), 15-33.
- _____. “El subtexto utópico en un relato de naufragio del cronista Fernández de Oviedo”, *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 216, Beatriz González Stephan y Lúcia Helena Costigan (coords.), coedición con “Equinoccio” Ediciones de la Universidad Simón Bolívar y The Ohio State University, Caracas, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 1992, pp. 108-126.
- _____. “‘Las Hespérides’ de Gonzalo Fernández de Oviedo: historia, pseudo-historia e imitación”, *Hojas Universitarias*, 38 (jun. 2017), 273. Disponible en: http://editorial.ucentral.edu.co/ojs_uc/index.php/hojasUniv/article/view/1536.
- BUENO JIMÉNEZ, Alfredo, “Los perros en la conquista de América: historia e iconografía”, *Chronica Nova*, 37 (2011), 177-204.
- CABALLÉ, Anna, “¿Dónde están las gafas? La biografía, entre la metodología y la casuística”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 46, 2011, 169–180.
- _____. “¿Cómo se escribe una biografía?”, *Rubrica contemporánea*, 1, 2 (2012), 39-45.
- _____. “La biografía, una disciplina en movimiento” [ponencia], Taller de Tesis Doctorales 2022, celebrado durante los días 30 de noviembre, 1 y 2 de diciembre de 2022 en la Facultad de Filología y Comunicación de la Universidad de Barcelona.
- CALDERÓ I CABRÉ, Albert, “Prólogo” a *Espejo de Príncipes* [1530], Pedro Belluga Tous, Estrategia Local (edición no venal), Barcelona, 2000, pp. 9-16.
- CARR, Edward H., *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Ariel, 2006.
- CARRILLO, Jesús, “Cultura cortesana e imperio: el Libro Blanco de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Locus amoenus*, 4 (1998-1999), 137-154. Disponible en: <https://revistes.uab.cat/locus/article/view/v4-carrillo>
- _____. “Gonzalo Fernández de Oviedo, Plinio y la génesis de la historia natural y moral”, *Actas XXI Congreso Internacional de Historia de las Ciencias*, CDRoom vol. 39, 158 pp., México, 2001. Simposio “El género americano de las *Historias Naturales y Morales*: un modelo cognoscitivo de la diversidad cultural desde el mundo latino”, Leoncio López-Ocón, Fermín del Pino y Rafael Chabrán, Organizers, pp. 2924-2935.
- _____. “La teatralización de la verdad en Fernández de Oviedo”, *Iberoromania. Revista dedicada a las lenguas y literaturas iberorrománicas de Europa y América*, 58 (2003), 9-24.
- _____. *Naturaleza e Imperio. La representación del mundo natural en la ‘Historia General y Natural de las Indias’ de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Madrid, Doce Calles, 2004.

- CASABAN Enric, y CANDEL, Miguel, "Imaginación e intelección. Mecanismos de la construcción del conocimiento: un problema científico-filosófico recurrente", *Daímon. Revista Internacional de Filosofía*, 58 (2013), 81-94.
- CASTANY PRADO, Bernat, "Asnos en el paraíso: la influencia de la filosofía escéptica en la creación del mito del buen salvaje", *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 4 (2), 2016, 149-168. Disponible en <https://www.redalyc.org/journal/5175/517554419012/html/>
- CASTELLANOS, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Madrid, BAE, Atlas, 1944.
- CASTILLERO, Ernesto J., "Fernández de Oviedo, veedor de Tierra Firme", en *Revista de Indias*, 69-70 (julio -diciembre 1957), Madrid, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". CSIC, pp. 541-602.
- CASTILLO DURÁN, Fernando del, "Rasgos novelísticos de Gonzalo Fernández de Oviedo en el naufragio de Alonso de Zuazo", *Mezclar el mundo. Transmisión y circulación de paradigmas culturales en el Nuevo Mundo*, Milagros Arano, Cristina Gimeno-Maldonado y Ana María Guillamón (eds.), Colección Monografías del CEAC, Madrid, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2021, pp. 11-31.
- CAZZANIGA, Ignazio, "L'episodio dei serpi libici in Lucano e la tradizione dei 'Theriaka' nicandrei", *Acme*, 10, 1-3 (1957), 27-42.
- CERTEAU, Michel de, *L'Écriture de l'Historie*, París, Gallimard, 1975.
- CHINCHILLA, Ernesto, "Algunos aspectos de la obra de Oviedo", *Revista de Historia de América*, 28 (1949), 303-330.
- CISNEROS SOTO, María Berenice, [Tesis de grado], "Historia del arte y antropología del humor: humorizar la imagen estética del cura Hidalgo o *Demasiados rasgos provocarían confusión*", dirigida por María Rosa Palazón Mayoral, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2010.
En <https://hdl.handle.net/20.500.14330/TES01000655447>
- COBO BORDA, J. G., "El Sumario de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 428 (1986), 63-77.
- COELLO DE LA ROSA, Alexandre, "¿Indios buenos?, ¿Indios malos?, ¿Buenos cristianos?, la cara oscura de las Indias en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés", *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 5 (2001), 79-104.
- _____, *De la Naturaleza y el Nuevo Mundo: Maravilla y Exoticismo en Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1558)*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2002.
- _____, "Historias naturales y colonialismo: Gonzalo Fernández de Oviedo y José de Acosta", *Illes i Imperi*, 8 (2006), 45-67.
- _____, *Historia y ficción: La escritura de la 'Historia general y natural de las Indias' de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (1478-1557)*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2012.
- _____, "El proceso de escritura del *Sumario (1526)* de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en el seno de circulaciones y transferencias culturales con el humanismo italiano", en *Pedralbes*, 36 (2016), 143-178.
- COLLINGWOOD, R. G., *La Idea de la Historia* [1946], México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- CONOVER BLANCAS, Carlos, *Del buen cautivo y del mal salvaje. Naufragios y cautiverios de Jerónimo de Aguilar*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

- CONTRERAS, Remedios, "Intentos de publicación de la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo anteriores a Amador de los Ríos", *América y la España del siglo XVI*, edición de Francisco Solano y Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982, pp. 117-130.
- COSTA, Júlio Manuel Rodrigues, "Handwritten signatures, previous owners and circulation of a copy of Gonzalo Fernández de Oviedo's book 'about the Natural History of The Indies', *Asclepio*, 69 (1) (2017), 179
<https://www.researchgate.net/deref/http%3A%2F%2Fasclepio.revistas.csic.es%2Findex.php%2Fasclepio%2Farticle%2Fview%2F734%2F1135>
- CORBERA MILLÁN, Manuel, "Ciencia, naturaleza y paisaje en Alexandre von Humboldt", *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 64 (2014), 37-64.
- CORONADO SCHWINDT, Gisela, "Las tramas textuales y sensoriales de la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo (1492-1535)", *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 22 (2), 2022, 481-497.
- COVARRUBIAS CORREA, A., "Vir bonus: el modelo retórico-educativo en Quintiliano", *Veritas. Revista de Filosofía y Teología*, IV (21), 2009, 289-303.
- CRO, Stelio, "La correspondencia epistolar entre el cardenal Bembo y Fernández de Oviedo: implicaciones históricas", *América y la España del siglo XVI*, edición de Francisco Solano y Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982, pp. 53-64.
- _____, "Los cronistas primitivos de indias y la cuestión de los antiguos y modernos", en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: 18-23 agosto 1986, Berlín*, vol. I, edición de Sebastian Neumeister, Vervuert Verlag-Frankfurt am Main, 1989, pp. 415-424.
- CUESTA DOMINGO, Mariano, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fundación Ignacio Larramendi, Biblioteca Virtual de Polígrafos, 2017. Edición digital, DOI: <http://dx.doi.org/10.18558/FIL057>
- CRUZ, Juana Inés de la, *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, Milano-Varese, Istituto Editoriale Cisalpino, 1953.
- CUESTA PASTOR, José M. y PASTOR SECO, Yvonne, "Magia y tradición: Un ejemplo homérico", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LII, 1 (1997). En <https://dra.revistas.csic.es/index.php/dra/article/download/350/354>
- CURTIUS, Ernst Robert, *Literatura europea y Edad Media Latina*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- DE LAS HERAS, Jesús, *La Orden de Santiago. La prestigiosa milicia de ricoshombres religiosos*, Madrid, Edaf, 2010.
- DE LA PASCUA SÁNCHEZ, María José, "La escritura privada y la representación de las emociones", *Educación los sentimientos y las costumbres: una mirada desde la historia*, Mónica Bolufer, Carolina Blutrach, Juan Gomís (coords.), Universidad de Cádiz, 2014, pp. 81-108.
 En <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/34/10/05delapascua.pdf>
- DE LA PEÑA Y CÁMARA, José, "Contribuciones documentales y críticas para una biografía de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Revista de Indias*, 69-70 (julio -diciembre 1957), Madrid, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". CSIC, pp. 603-705.

- DE SANTIAGO GUERVÓS, Francisco Javier, "Retórica y cortesía", *Dic, mihi, musa, virum. Homenaje al profesor Antonio López Eire*, Acta Salmanticensia. Estudios Filológicos 326, Universidad de Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2010. pp. 629-637.
En <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=421912>
- DEL RÍO NOGUERAS, Alberto, «El desvío del paradigma de género en el *Claribalte*, novela de caballerías de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Salastano de interpretación textual*, Colegio Universitario, Huesca, 1985, 99-119.
- _____. "Diálogo e historia en las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo", *CRITICÓN*, 52 (1991), 91-109.
- DEL PINO, FERMÍN, "Culturas clásicas y americanas en la obra del Padre Acosta", en *América y la España del siglo XVI (I)*, edición de Francisco de Paula Solano y Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983, pp. 327-362.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Joaquín Ramírez, México, Porrúa, 2007.
- _____. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, edición, estudio y notas de Guillermo Serés*, Madrid, Real Academia Española-Barcelona, Espasa, 2011.
- DOSSE, François, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Josep Aguado y Concha Miñana (trad.), Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2007.
- DURÁN, Manuel, "Notas sobre la imaginación histórica y la narrativa hispanoamericana", en *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Alejo Carpentier Rodríguez Monegal y otros, Caracas, Monte Ávila Editores, 1984, pp. 287-296.
- EGAÑA ROJAS, Daniel, "Comerse las Indias. La alimentación como clave clasificatoria del Nuevo Mundo en la obra de Fernández de Oviedo", *Anuario de Estudios Americanos*, 72 (2), Sevilla, julio-diciembre 2015, 579-604.
- EGIDO, Aurora, "Eugenio Asensio, un humanista singular", *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, (dic. 2009), 75-102.
<https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/tropelias/article/view/5476>
- ELIAS ZEITLER, Tomás, "Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur", en *Historiografías*, 9 (enero-junio, 2015), pp. 65-80.
- EMILFORK, Leonidas, "La doble escritura americana de Oviedo", *Revista Chilena de Literatura*, 19 (abril, 1982), Universidad de Chile, pp. 21-38.
- ENGUITA, José M.^a, "Indoamericanismos léxicos en el *Sumario de la natural historia de las Indias*", *Anuario de Letras*, 17 (1979), 285-304.
- _____. [Tesis doctoral], "La influencia americana en el léxico de la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo", dirigida por Tomás Buesa Oliver, Universidad de Zaragoza, 1980.
- _____. "Fernández de Oviedo ante el léxico indígena", *BFUCh* (Homenaje a Ambrosio Rabanales), XXXI (1980-1981), 203-210.
- _____. "Datos lingüísticos sobre la provincia de Cueva en la *Historia general y natural de las Indias*", *Revista de Indias*, 45 (176), 1985, CSIC, 405-420.
- _____. "Voces araucanas en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Anuario de Lingüística Hispánica*, 12-13, 1 (1996-1997), 299-318.

- _____. "La diferenciación léxica de Hispanoamérica en los siglos coloniales del siglo XVI", *BFUCh* (Homenaje a Ambrosio Rabanales), XXXVII (1998-1999), 493-511.
- _____. *Para la historia de los americanismos léxicos*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2004.
- _____. "Voces quechuas en en la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Filología y lingüística: estudios ofrecidos a Antonio Quilis*, 2 (2006), 1679-1700.
- ESTEVE BARBA, Francisco, *Historiografía indiana*, Madrid, Editorial Gredos, 1964.
- ESTÉVEZ SOLA, Juan Antonio, y GARCÍA PINILLA, Ignacio Javier, "Las fuentes medievales y modernas de la *Natural y General Historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, *Humanismo latino y descubrimiento*, Juan Gil y José María Maestre (coord.), Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992, pp. 131-150.
- En <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8343493>
- EZQUERRA ABADÍA, Ramón, "El Madrid de Fernández de Oviedo", *América y la España del siglo XVI*, edición de Francisco Solano y Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982, pp. 11-27.
- ETTE, Ottmar, "Funciones de mitos y leyendas en textos de los siglos XVI y XVII sobre el Nuevo Mundo", *De conquistadores y conquistados. Realidad, justificación, representación*, Karl Kohut (ed.), Vervuert Verlag-Frankfurt am Main, 1992, pp. 131-152.
- FABREGAT, Santiago, [Tesis doctoral], "Estudio y edición crítica del *Libro de la Cámara Real del Príncipe Don Juan e oficios de su casa e servicio ordinario de Gonzalo Fernández y Valdés*", dirigida por Miguel Ángel Pérez Priego, UNED, 2001.
- _____. "Presencia y función de los mitos clásicos en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Epos*, XIX, (2003a), Madrid, UNED, 67-88.
- _____. "Una revisión de la obra histórica y literaria de Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557). La edición crítica del '*Libro de la Cámara Real del príncipe don Juan (1546-1548)*'", en *Actas del XXIII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románica*, edición de F. Sánchez Miret, vol. IV, Tübinga, Max Niemeyer, 2003b, pp. 89-97.
- _____. "Estudio preliminar" al *Libro de Cámara Real del príncipe don Juan, oficios de su casa y servicio ordinario*, edición Santiago Fabregat Barrios, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006, pp. 11-77.
- FAZIO FERNÁNDEZ, Mariano, *La América ingenua: breve historia del descubrimiento conquista y evangelización*, Madrid, Ediciones Rialp, 2009.
- FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, (1992). "La controversia entre Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas. Una revisión", *Boletín Americanista*, 42-43 (1992), 301-347. En <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2937090>
- FIGUEROA CANCINO, Juan David, "Regiones muy ricas de oro y gemas. Información y representaciones sobre piedras preciosas en las primeras fuentes impresas sobre América (1493-1526)", *Fronteras de la Historia*, 22, (2) (julio-diciembre 2017), 114-138.
- _____. "Las primeras relaciones del Nuevo Reino de Granada revisitadas (1539-1550): autores y temas centrales", en *Historia y sociedad*, 34, (2018), 125-145. En <https://revistas.unal.edu.co/index.php/hisysoc/article/view/66652>

- FRANCO SILVA, Alfonso, "El primer oro de Las Indias. La fortuna de Lope de Conchillos, secretario de Fernando el Católico", *HID*, 33 (2006), 123-171.
- FRANKL, Víctor, "El Antijovio" de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la Contrarreforma y del manierismo, Madrid, Cultura hispánica, 1963.
- FUETER, E. D. *Historia de la historiografía moderna*, I, Biblioteca Histórica, Argentina, Editorial Nova, 1953.
- GADAMER, Hans-Georg, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977.
- _____, *Poema y diálogo*, Barcelona, Gedisa, 1993.
- GAMBOA M., Jorge Augusto, "La encomienda y las sociedades indígenas del Nuevo Reino de Granada: el caso de la provincia de Pamplona (1549-1650)", *Revista de Indias*, vol. LXIV, núm. 232 (2004), 749-770. En <https://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/download/433/501/918>
- GARCÍA MÁRQUEZ, G., "La soledad de América Latina. Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982", *Educere*, 18 (59), (2014), 167-170.
- GARCÍA PINILLA, I, y RIVERO GARCÍA, L. *et. alt.*, "Las fuentes clásicas de la *General y Natural Historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Suplemento del Anuario de Estudios Americanos. Historiografía y Bibliografía*, XI (VIII) (enero de 1991), 13-10.
- GARCÍA SÁIZ, M.ª. C., "Acerca de los conocimientos pictóricos de Gonzalo Fernández de Oviedo", *América y la España del siglo XVI*, edición de Francisco Solano y Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982, pp. 65-72.
- GARCILASO DE LA VEGA, *Obras completas (nueva edición integral)*, Wisehouse Classic, Biblioteca Ibérica, Wisehouse Publishing, 2021.
- GARGATAGLI, Ana "España: retórica, política y traducción", *Escrituras de la traducción hispánica*, Universidad Austral de Chile, 2009, pp. 11-24.
- GARRIDO, Manuel, "El yo y la circunstancia", *Teorema. Revista Internacional de filosofía*, XIII (3-4), Universidad Complutense de Madrid, 1983 (ejemplar dedicado a: Ortega en perspectiva (1883-1983)), 309-344.
En <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/2043893.pdf>
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio, "Libro V. El texto narrativo", *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*, M. Ángel Garrido Gallardo (dir.), L. Dolezel, J. A. Hernández, M.ª del Carmen García [...] *et alt*, Madrid, Editorial Síntesis, 2009, pp. 597-796.
- GARRIDO GALLARDO, M. Ángel (dir.), *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*, L. Dolezel, J. A. Hernández, M.ª del Carmen García [...] *et alt*, Madrid, Editorial Síntesis, 2009.
- GAYLORD RANDEL, Mary, "El lenguaje de la conquista y la conquista del lenguaje en las poéticas españolas del Siglo de Oro", en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: 18-23 agosto 1986*, Berlín, vol. I, edición de Sebastian Neumeister, Vervuert Verlag-Frankfurt am Main, 1989, pp. 469-476.
- GENETTE, Gerard, *Ficción y dicción*, Barcelona, Lumen, 1993.
- GERBI, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- GEUNA, Marco, *Guerra giusta e schiavitù naturale. Juan Ginés de Sepúlveda e il dibattito sulla Conquista*, Milano, Edizioni Biblioteca Francescana, 2014.

- GIERICH-CARVAJAL, María Carolina, [Tesis doctoral], "Die Rezeption der Antike in Spanisch-Amerika und ihre Bedeutung für die Staatsbildung", Buenos Aires, 2005.
<https://opus4.kobv.de/opus4-ku-eichstaett/files/9/Doktorarbeit+Gierich-Carvajal%2C+Rezeption+der+Antike+....pdf>
- GIL, Alberto, "Retórica y humildad. Reflexiones sobre el ethos del orador", *Revista empresa y humanismo*, 9 (1) (2006), 75-96.
- GONZÁLEZ, JAIME, "El antirromanismo de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Revista de Indias*", 43(1983), Madrid, CSIC, 335-342.
- GÓMEZ ALONSO, Juan C., "Retórica y Poética en los siglos XVI y XVII: la operación de la Memoria", *Edad de Oro*, XIX (2000), 121-130.
- GÓMEZ-PABLOS, Beatriz, "Enguita Utrilla, José María. *Para la historia de los americanismos léxicos*, Frankfurt am Main: Peter Lang, 2004, 282 pp.", reseña de *Para la historia de los americanismos léxicos*, en *Rilce: Revista de Filología Hispánica*, 24, (1) (2008), 199-204.
- GONZÁLEZ ARENAS, Mauricio y GAMBOA, César, "Actitudes homofóbicas entre los indígenas del Nuevo Mundo: los casos azteca, inca y mapuche en fuentes del siglo XVI y XVII", *Revista Española de Antropología Americana*, 45, 2 (2015) (Dossier: Cerros e iglesias. Estudios sobre religiosidad popular en los Andes), 359-377. En <https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/54931>
- GONZÁLEZ ARIAS, Cristian y SATT ROMÁN, Juan, "Modalidad deóntica como expresión de la regulación social en el discurso político ciudadano en las cadenas de comentarios en blogs de periodismo", *Ibérica. Revista de la Asociación Europea de Lenguas para Fines Específicos*, 32 (2016), 201-220.
<http://revistaiberica.org/index.php/iberica/issue/view/14>
- GONZÁLEZ BOIXO, José Carlos, "La búsqueda de la fuente de la juventud en la Florida: versiones cronísticas". *Nuevas lecturas de "La Florida del Inca"*, edición de C. de Mora y A. Garrido, Frankfurt a. M., Madrid: Vervuert Verlagsgesellschaft, 2008, pp. 289-308. <https://elibro-net.sire.ub.edu/es/lc/crauib/titulos/55310>
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto "Humanismo, retórica y crónicas de la conquista", *Isla a su vuelo fugitiva. Ensayos críticos sobre la literatura hispanoamericana*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1983, pp. 9-26.
- _____., "Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista", *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Alejo Carpentier Rodríguez Monegal y otros, Caracas, Monte Ávila Editores, 1984, pp. 149-166.
- GONZÁLEZ OCHOA, José M.^a., "El Siglo de Oro y las crónicas de Indias: la invención de un continente. Tres cronistas riojanos", *Berceo*, 163 (2012), pp. 129-152.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, David, "Las traducciones castellanas de las *opere vulgari* de Boccaccio", *Revista de Literatura Medieval*, XXXIV (2022), 63-110.
<https://recyt.fecyt.es/index.php/RLM/article/view/93180/70292>
- GRICE, Paul H., "Logic and conversation", en *Syntax and Semantics. III Speech Acts*, Cole y Morgan (eds.), Nueva York, Academic Press, 1975, 41-58.
- _____., "[Logic and Conversation](#)", en *Studies in the Way of Words*, Paul Grice, Harvard University Press, 1989, 22-40.
- GUILLAMÓN PÉREZ, Ana María, "La batalla entre el Bien y el Mal en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, V (2020), 1-31.

- _____., “Análisis del Memorial de Gonzalo Fernández de Oviedo denunciando los abusos de Pedrarias Dávila y sus oficiales en la gobernación de Castilla del Oro”, en *Transferencia de saberes y de textos en el archivo virreinal de las Indias*, Tiempo emulado. Historia de América y España n. 85, Madrid- Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2022, pp. 33-57.
- GUTIÉRREZ, Cándida y MARTÍNEZ, José A., “La prueba testifical en las fuentes literarias”, en *La prueba y medios de prueba. De Roma al derecho moderno. Actas del VI Congreso Iberoamericano y III Congreso Internacional de Derecho Romano*, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, pp. 329-376.
- JARAMILLO BAENA, Mario, [Tesis de Grado] “La *metis* y su relación con los dioses y los hombres. Estudio sobre las diversas manifestaciones de la *metis* en la Antigua Grecia”, Repositorio Institucional Universidad EAFIT, 2017.
En <http://hdl.handle.net/10784/11816>
- JIRKU, Brigitte E. y POZO, Begoña, “Escrituras del yo: entre la autobiografía y la ficción”, *Quaderns de filologia. Estudis literaris*, XVI (2011), 9-21.
En <https://ojs.uv.es/index.php/qdfed/article/viewFile/3944/3585>
- HANKE, Lewis, *La humanidad es una: estudio acerca de la querrela que sobre la capacidad intelectual y religiosa de los indígenas americanos sostuvieron en 1550 Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- HARRISE, HENRY, *Bibliotheca Americana Vetustissima. A description of the works relating to America published between the years 1492 and 1551*, Madrid, Librería General Victoriano Suárez, 1958.
- HARTO TRUJILLO, M^o. Luisa, “El exemplum como figura retórica en el Renacimiento”, *Humanitas*, 63 (2011), 509-526.
- HARTOG, François, “¿La escritura de la historia universal?”, *El impacto de la cultura de lo escrito*, Torres Septién (coord.), México D. F., Iberoamericana, 2008, pp. 15-32.
- HERNÁNDEZ GILABERT, Miguel, *Breve antología. Miguel Hernández*, recopilada Ángel Caffarena Such, ilustrada por José Díaz Pardo, *Litoral. Revista de la poesía y el pensamiento. Vida y muerte de Miguel Hernández*, 73-74-75 (1978), 13-38.
Edición digital en Biblioteca Cervantes Virtual, Alicante, 2023:
<https://www.cervantesvirtual.com/obra/breve-antologia-1157532/>
- HERNÁNDEZ GUERRERO, José A., “Las estrategias psicológicas de la Retórica”, *Logos, Revista de Retórica y Teoría*, 2 (2002), pp. 35-51; consultado también en <https://www.cervantesvirtual.com/obra/las-estrategias-psicologicas-de-la-retrica-0/>
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Bernat, *Bartolomé de Las Casas*, Madrid, Taurus, 2015.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario, “El nacionalismo intelectual de Fernández de Oviedo como variable de época”, *América y la España del siglo XVI*, edición de Francisco Solano y Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982, pp. 47-52.
- HOMERO, *Obras Completas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1955.
- HUMBOLDT, Alejandro von, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, 4 tomos, Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, 1874.

- KAGAN, Richard L., *Los cronistas y la Corona. La política de la Historia en España en las Edades Media y Moderna*, Colección Los Hombres del Rey, Madrid, Centros de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons Historia, 2010.
- KOHUT, Karl, *Historia y Ficción: Crónicas de América*, coordinación a cargo de Ysla Campbell, Colección Conmemorativa V Centenario del Encuentro de Dos Mundos II, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992a.
- _____., "Fernández de Oviedo, historiador y literato. Humanismo, cristianismo e hidalguía", *Estudios Latinoamericanos (Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos)*, 15 (1992b), pp. 55-118.
- _____., "Crónicas y teoría historiográfica. Desde los comienzos hasta mediados del siglo XVI", *Talleres de la memoria. Reivindicaciones y autoridad en la historiografía indiana de los siglos XVI y XVII*, edición de Robert Folger, Hamburg, Wulf Oesterreicher, Lit Verlag, 2005, pp. 125-160.
- _____., *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, edición de Karl Kohut, México, El Colegio de México, 2007.
- KOROTKIKH, Natalia, [Tesis doctoral], "Filosofía de la historia de América: los cronistas de Indias en el pensamiento español", dirigida por Agapito Maestre Sánchez, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filosofía, 2018.
- KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, 1979.
- KRISTELLER, Paul Oskar, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- _____., "La retórica en la cultura medieval y renacentista", en *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista*, Madrid, Visor, 1999, pp. 11-32.
- LA MOTHE LE VAYER, François de, *Diálogos del escéptico*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2005.
- LACA, Brenda, "Matizaciones, modalizaciones, comentarios", Guía didáctica del discurso académico escrito, coordinado por Graciela Vázquez, Madrid, Edinumen, 2000, pp. 95-105.
- LADERO QUESADA, M. A., "La descripción del Nuevo Mundo en la primera mitad del siglo XVI. Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo", *Estudios de Historia de España*, 12(2), 2010, 313-337.
En <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/descripcion-nuevo-mundo-siglo-xvi.pdf>
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, "Fernández de Oviedo ante la naturaleza del Nuevo Mundo", Sesión de apertura del curso académico 1978-1979, Madrid, Instituto de España, 1979, pp. 27-46.
- LAS CASAS, B.; SEPÚLVEDA, J. G.; SOTO, D., "Contra Ginés de Sepúlveda: entendimiento, capacidad y civilidad de los indígenas americanos (1550-1551)", *Teoría y crítica de la psicología*, 1 (2011), 20-26.
- LAUSBERG, Heinrich, *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la Literatura*, 3 volúmenes, Madrid, Gredos, 1966.
- _____., *Elementos de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1983.
- LE GOFF, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 2008.

- LEJEUNE, Philippe, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994.
- LEÓN CÁZARES, María del Carmen, "Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés", *Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española. Tomo I: Historiografía civil*, Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coord.), Rosa Camelo y Patricia Escandón (coord. Vol. II), México, Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas, 2012, pp. 197-234.
- LEONETI, Franscesca, "Las crónicas de Indias: fronteras de espacios y confluencia de géneros", *Frontiere: soglie e interazioni. I linguaggi ispanici nella tradizione en ella contemporaneità*, A. Cassol; D. Crivellari; F. Gherardi; P. Taravacci (eds.), Universidad de Trento, 2013, pp. 319-331.
- LERNER, Isaías, "La visión humanística de América: Gonzalo Fernández de Oviedo", *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas "España en América y América en España": Buenos Aires, Argentina, 19, 20, 21, 22 y 23 de mayo de 1992*, vol. 1, 1993, ISBN 987-99595-1-5, pp. 183-200.
- _____, "Prólogo" a *Silva de Varia de lección*, Pedro de Mexía, edición de Isaías Lerner, Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, Madrid, Editorial Castalia, 2003, pp. 11-26.
- LOSADA, Ángel, *Apología de Juan Ginés de Sepúlveda y de fray Bartolomé de Las Casas*, Madrid, Editora Nacional, 1975.
- LOPES DE ALMEIDA, Carlos Henrique, [Tesis doctoral], "La vocación literaria en el pensamiento historiográfico de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés", dirigida por Pedro Carlos Lousada Fonseca, Universidad Federal de Goiás, 2013.
- LÓPEZ EIRE, Antonio, *Esencia y objeto de la Retórica*, Acta Salmanticensia Estudios Filológicos 278, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2000.
- LÓPEZ GARCÍA, Ángel, "Retórica y Lingüística: una fundamentación lingüística del sistema retórico tradicional", *Métodos de estudio de la obra literaria*, José María Díez Borque (coord.), Madrid, Taurus, 1985, pp. 601-654.
- LÓPEZ GRIGERA, Luisa, *La retórica en la España del Siglo de Oro*, 2ª ed., Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995.
- LÓPEZ LÓPEZ, Alba María, [Tesis doctoral] "El origen de los nativos americanos como controversia de los siglos XVI y XVII. La aportación de Diego Andrés Rocha (1607-1688)", dirigida por Bernat Hernández, Universidad Autónoma de Barcelona, 2021.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, María Isabel, *Varios hilos de la historia. La literatura de Luís Zapata*, Madrid, Arco Libros, 2018.
- LÓPEZ-VIDRIERO, M.ª Luisa, "Treze cuestiones de Amor: una edición 'a hurtadas' de Andrés de Burgos en 1541", en *El libro antiguo español*, edición de L. López-Vidriero y P. M. Cátedra, Madrid/Salamanca, Universidad de Salamanca/BNE/Sociedad Española de Historia del Libro, 1992, pp. 301-305.
- LUJÁN ATIENZA, Ángel Luis, *Retóricas españolas del siglo XVI. El foco de Valencia*, Revista de Literatura 48, Madrid, CSIC, 1999.
- LLEDÓ, Emilio, "Literatura y crítica filosófica", *Métodos de estudio de la obra literaria*, José María Díez Borque (coord.), Madrid, Taurus, 1985, pp. 419-463.
- MACHADO, Antonio, *Campos de Castilla*, edición de Geoffrey Ribbans, Madrid, Cátedra, 1989 [17ª ed. 2009].

- MAGNAVACCA, Silvia, “Estudio preliminar” a *Giovanni Pico Della Mirandola. Discurso sobre la dignidad del hombre. Una nueva concepción de la filosofía*, Buenos Aires, Ediciones Winograd, 2008, pp. 11-183.
- MANERO SALVADOR, Ana, “La Controversia de Valladolid: España y el análisis de la legitimidad de la Conquista de América”, *Revista Electrónica Iberoamericana*, 3(2) (2009), 85-115.
- MAÑAS NUÑEZ, Manuel, *El ciceroniano: o sobre el mejor estilo*, Clásicos latinos, medievales y renacentistas, Madrid, Ediciones Akal, 2009.
- MARIMÓN LLORCA, Carmen, *Análisis de los textos en español. Teoría y práctica*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2008.
- MARAVALL, José Antonio, *Antiguos y modernos: visión de la historia e idea del progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- MARTÍ, Antonio, *La preceptiva retórica española en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1972.
- MARTICORENA ESTRADA, Miguel, “Una traducción desconocida de Fernández de Oviedo”, *Estudios americanos*, 67-68 (1957), 299-300.
- MARTÍN GARCÍA, Jorge, [Tesis doctoral], “Edición y estudio de la *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, dirigida por Pedro Manuel Cátedra García, Universidad de Salamanca, 2017. En https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/137446/DLEH_MartinGarcia_edicionyestudio.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- _____. “Las fuentes y los objetivos de la Historia en la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Gonzalo Fernández de Oviedo, Prisión del Rey de Francia (1525-1533)*, edición y estudio de Jorge Martín García, Textos Recuperados XXXVI, Ediciones Universidad de Salamanca, 2019, pp. 17-54.
- MARTÍN HUERTAS, Concepción, “Autobiografía y compromiso: los nuevos desafíos del yo en la literatura española actual”, *Castilla. Estudios de Literatura*, 13 (2022), 425-451, <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.425-451>
- MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso, *Compendio de Retórica. El arte de hablar en público*, Valladolid, edición del autor, 2020.
- MARROQUÍN ARREDONDO, Jaime “Sensual abuela: la historiografía de Gonzalo Fernández de Oviedo en los orígenes de la ciencia moderna”, *Alteridades*, 25(50), 2015, 81-93.
- MAYORAL, José Antonio, *Figuras retóricas*, Madrid, Síntesis, 1994.
- MAYORGA, Esteban, “La piña, la iguana y su representación en prototipos”, *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de su cultura*, 21 (2009). Consultado en <https://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v21/mayorga.htm>
- MEDINA-MOYA, José L., “El proceso de comprensión en el análisis de datos cualitativos de educación”, *Magis. Revista Internacional de Investigación en Educación*, 7 (14), julio-diciembre 2014, 39-54.
- MENA GARCÍA, Carmen, *Sevilla y las flotas de Indias. La Gran Armada de Castilla del Oro (1513-1514)*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Fundación El Monte, 1998.
- _____. “Doña Isabel de Bobadilla y Peñalosa: una dama de ‘animo varonil’ en la conquista de Tierra Firme”, en *Actas del IX Congreso Internacional de Historia de América*, tomo II, Mérida (Badajoz), 2002, pp. 161-172.

- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino “De los historiadores de Colón”, *Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria*, VII, edición de Enrique Sánchez Reyes, Santander, Aldus, 1941, pp. 69-122.
- MÉNDEZ, Ángel Luís, [Tesis doctoral], “Estudio y análisis del discurso narrativo en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, dirigida por Haydee Vitali, New York University, 1992.
- MÉNDEZ, Sigmund, “Reflexiones teóricas de Leonardo da Vinci sobre la ‘fantasía’, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, XXXV, 103(2013), 35-97. Consultado en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-12762013000200003&lng=es&tlng=es.
- MERRIM, Stephanie, “The Castle of Discourse: Fernández de Oviedo’s *Don Claribalte* (1519) or ‘Los correos andan más que los caballeros’”, *MLN*, 97, 2 (mar. 1982), 329-346.
- MEXÍA, Pedro, *Silva de Varia Lección*, edición de Isaías Lerner, Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, Madrid, Editorial Castalia, 2003.
- MIGNOLO, Walter, “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”, en *MLN*, 96 (1981), 358-402.
- _____. “La semiosis colonial. La dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas”, *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Beatriz González y Lucia Helena Costigan (coords.), Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1992, pp. 29-47.
- _____. “La historiografía incipiente: formas de la memoria en las tradiciones amerindias y en la tradición europea”, *Talleres de la memoria. Reivindicaciones y autoridad en la historiografía indiana de los siglos XVI y XVII*, edición de Robert Folger, Hamburg, Wulf Oesterreicher, Lit Verlag, 2005, pp. 161-182
- _____. “El lado oscuro del Renacimiento”, *Universitas humanística*, 67, (enero-junio 2009), 165-203.
- MIRA CABALLOS, Esteban, *Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista del Perú*, Barcelona, Crítica, 2018.
- _____. “La leyenda negra: mito y realidad en la conquista de América”, *El Hinojal. Revista de estudios del MUVI*, 12 (2019), 94-101.
En <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6939884.pdf>
- MIRANDA, José, “Introducción” al *Sumario de la historia natural de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, pp. 7-74.
- MOLINA DE LINES, María y PIANA DE CUESTAS, Josefina, “Gonzalo Fernández de Oviedo, representante de una filosofía política española para la dominación de las Indias”, *Memoria del Congreso sobre el Mundo Centroamericano de su tiempo (24, 25, 26 y 27 de agosto de 1978). V Centenario de Gonzalo Fernández de Oviedo*, edición de Gabriel Ureña Morales, Nicoya, Costa Rica, América Central, 1978, pp. 77-87.
- MONTES DE OCA NAVAS, Elvia, “Leonardo Da Vinci, un gran artista del Renacimiento”, en *Colmena*, 67/68 (octubre 2017), 19-30.
En <https://lacolmena.uaemex.mx/article/view/5785>
- MORENO BLANCO, Juan, “El lenguaje de las crónicas de Indias: entre la expresión del imperio español y la expresión americana”, *Forma y Función*, 8 (1995), Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 75-82.

- MORO, Tomás, *Utopía*, edición conmemorativa 1516-2016, Colección Tezontle, edición de Gerardo Villadelángel, prólogo de Roger Bartra, epílogo de Jorge F. Hernández, traducción de Agustín Millares, ilustraciones de Fernando Carabajal, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- MORTARA GARAVELLI, Bice, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1991.
- MOYA GARCÍA, Cristina, “El Gran Capitán en las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Pictavia Aurea: Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional “Siglo de Oro”*, edición de A. Bèque y E. Herrán Alonso, Toulouse, Presses Universitaire du Midi, 2013, pp. 561-568. En <https://books.openedition.org/pumi/2844>
- MÚGICA RODRÍGUEZ, Cristina, “Apuntes para pensar las Meditaciones del Quijote de José Ortega y Gasset con el psicoanálisis”, *Acta Poética*, 29 (2) (otoño 2008), 439-459.
- MUÑÍZ MUÑÍZ, María de las Nieves, “Sobre la traducción española del *Filocolo* de Boccaccio (Sevilla, 1541) y sobre las *Treize elegantes demandes d’amours*”, *Criticón*, 87-88-89 (2003), 537-551.
En https://cvc.cervantes.es/literatura/criticon/PDF/087-088-089/087-088-089_543.pdf
- MYERS, Kathleen, *Fernández de Oviedo’s Chronicle of America. A New History for a New World*, University of Texas Press, 2007.
- MURPHY, James J., *Sinopsis Histórica de la retórica clásica*, Madrid, Gredos, 1989.
_____. *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista*, Madrid, Visor, 1999.
- NAVARRO, Rosa, “La literatura como espejo de la realidad”, *Les lletres hispàniques als segles XVI, XVII i XVIII*, edición de Tomàs Martínez Romero, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2005, pp. 129-131.
- NAVAS OCAÑA, María Isabel, “La retórica en España. Una aproximación desde la teoría literaria”, *Estudios humanísticos. Filología*, 28 (2006), 119-142.
- NIETO SORIA, J. M., “¿La segunda parte del *Catálogo Real de Castilla* de Gonzalo Fernández de Oviedo en un manuscrito de la British Library?”, *En la España Medieval*, 37 (2014), UCM, 403-434.
- NISARD, Juan María Napoleón Deseado, *Los grandes historiadores latinos*, Colección Era, Serie Precursores, volumen IV, Buenos Aires, Editorial Intermundo, 1946.
- NÚÑEZ, Herminio y MUNGARAY, Marcela, “Metahistoria, discurso narrativo y representación histórica en Hayden White”, *Observaciones filosóficas*, 15 (012-2013).
En <https://www.observacionesfilosoficas.net/metahistoria-discursonnarrativo.htm>
- OAKESHOTT, Michael, *Experience and its Modes*, Nueva York, Cambridge at the University Press, 1933.
- ODDO, Coraly, [Tesina de Máster], “Estudio del vocabulario indígena del *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Civilisations Contemporaines et Comparées*, Sous la direction de M. Francisco Albizú-Labbé, professeur à l’Université du Sud – Toulon Var, 2010.
- O’CONNOR, J. P., [Tesis Doctoral], *Diego López de Ayala and the Intellectual Contours of Sixteenth Century Toledo* Chapel Hill, University of North Carolina, 2011.
- O’GORMAN, Edmundo, *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI. Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Fray Bartolomé de Las Casas, Joseph de Acosta*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1972.

- _____. *La invención de América: investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, México, Fondo de Cultura Económica, Cultura SEP, 1984.
- ORJUELA, Héctor H.: "Orígenes de la literatura colombiana: Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XL, 2 (1985), 241-292.
- _____. *Letras de Fundación. Orígenes de la literatura hispanoamericana*, Santafé de Bogotá, Editorial Kelly, 1992.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote* [1914], edición de Julián Marías, México, Cátedra-REI, 1987.
- _____. "Pasado y porvenir del hombre actual" [1951], *Obras completas*, tomo IX, Madrid, Edición Revista de Occidente, 1962.
- _____. "Carta a Erns Robert Curtius", *Epistolario*, Madrid, Revista de Occidente, 1974.
- OTTE, Enrique, "Una carta inédita de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Revista de Indias*, 16 (1956), Madrid, "Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". CSIC, pp. 437-458.
- _____. "Aspiraciones y actividades heterogéneas de Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista", *Revista de Indias*, 18 (1958a), Madrid, "Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". CSIC, pp. 9-62.
- _____. "Documentos inéditos sobre la estancia de Gonzalo Fernández de Oviedo en Nicaragua (1527-1529)", *Revista de Indias*, 18 (1958b), Madrid, "Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". CSIC, pp. 627-651.
- _____. "Un episodio desconocido de la vida de los cronistas de indias, Bartolomé de Las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo", *Ibero-amerikanisches Archiv.*, 3 (2), (1977), Iberoamericana Editorial Vervuert, 123-133.
- _____. "Gonzalo Fernández de Oviedo, alcaide", *América y la España del siglo XVI*, edición de Francisco Solano y Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982, pp. 29-46.
- _____. *Cartas privadas de emigrantes a Indias: 1540-1616*, Consejería de Cultura. Junta de Andalucía, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1988.
- PADGEN, Anthony, "Introducción", en *Naturaleza e Imperio. La representación del mundo natural en la 'Historia General y Natural de las Indias'*, Jesús Carrillo, Madrid, Calles, 2004, 11-15.
- PALAZÓN MAYORAL, María Rosa, *Reflexiones sobre estética a partir de André Breton*, México, UNAM, 1991.
- PARDO GALVÁN, Sergio, "Contra Fernández de Oviedo: memoria, virtud, alegría, veracidad y animosidad de los indígenas americanos (1559)", *Teoría y crítica de la psicología*, 1(2011a), 27-32.
- _____. "Comentario de los textos de Fray Bartolomé de las Casas: Contra Fernández de Oviedo (1559) y Contra Ginés de Sepúlveda (1550-1551)", *Teoría y crítica de la psicología*, 1(2011b), 33-38.
- PARDO TOMÁS, José, *Oviedo, Monardes, Hernández. El tesoro natural de América. Colonialismo y ciencia en el siglo XVI*, Nivola Libros y Ediciones, 2002.
- PASCUAL, Agustín, *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Agustín Pascual*, Madrid, Imprenta y fundición de M. Tello, 1876.
- PASTOR, Beatriz, *Discurso narrativo de la conquista de América*, Ediciones Casa de las Américas, 1983.

- _____. *El segundo descubrimiento: la Conquista de América narrada por sus coetáneos (1492 - 1589)*, prólogo de Julio Ortega, Barcelona, Edhasa, 2008.
- PATISSO, Giuseppe, "Juan Ginés de Sepúlveda e la percezione del Nuovo Mondo tra Hernán Cortés e Fernández de Oviedo", *Guerra giusta e schiavitù naturale. Juan Ginés de Sepúlveda e il dibattito sulla Conquista*, Marco Geuna, Milano, Edizioni Biblioteca Francescana, 2014, pp. 69-87.
- PENDÁS GARCÍA, Benito, "Renacimiento: luces y sombras (Las formas de la cultura europea, I)", *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 97 (2020), pp. 277-302.
- PÉREZ BALTASAR, M.^a Dolores, "Fernández de Oviedo, hito innovador en la historiografía", *Actas Congreso de Historia del Descubrimiento*, Real Academia de la Historia. Confederación Española de Cajas de Ahorros, Tomo IV, Madrid, 1992, pp. 309-331.
- PÉREZ DE TUDELA Y BUESO, Juan, "Rasgos del semblante espiritual de Fernández de Oviedo: la hidalguía caballeresca ante el Nuevo Mundo", en *Revista de Indias*, 69-70 (julio -diciembre 1957), Madrid, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". CSIC, pp. 391-444.
- _____., "Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo", edición y estudio preliminar a la *Historia general y natural de las Indias*, BAE, Atlas, Madrid, 1959, pp. I-CLXXV.
- _____., "Advertencia a los tomos II y III", *Batallas y Quinquagenas*, Gonzalo Fernández de Oviedo, transcripción de José Amador de los Ríos y Padilla, prólogo y edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso, vols. II y III, Real Academia de la Historia, 2000, pp. 7-12.
- _____., "Fernández de Oviedo y sus *Batallas y Quinquagenas*", *Batallas y Quinquagenas*, Gonzalo Fernández de Oviedo, transcripción de José Amador de los Ríos y Padilla, prólogo y edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso, vol. I, Real Academia de la Historia, 1983, pp. VII-LXII.
- PÉREZ VALLE, Eduardo, *Centroamérica en los cronistas de Indias. Oviedo*, introducción y notas de Eduardo Pérez Valle, Serie Cronistas n.º 4, Managua, Banco de América, 1977.
- PINEDA, Víctor, "La preceptiva historiográfica renacentista y la retórica de los discursos: antología de textos", en *Talla Dixit*, 2 (2007), 95-219.
- PLATAS TASENDE, Ana María, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Espasa Calpe, 2007.
- PLINIO, Cayo, *Historia Natural*, edición de Josefa Cantó, Isabel Gómez Santamaria, Susana González Marín [...] et al, Madrid, Ediciones Cátedra, 2007.
- PLUTARCO, *Alejandro y César (Vidas paralelas)*, introducción de E. Valentí Fiol, prólogo y notas de Carles Riba, Colección Biblioteca Básica Salvat, Navarra, Salvat Editores, 1982.
- PODERTI, Alicia, "Textos coloniales. Tipología textual y prácticas escriturales", *Revista Andes*, Salta: Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología, 7 (1996), 1-33.
- POSADA RAMÍREZ, J. G., FELIPE DÍAZ, P. y AGUIRRE GARCÍA, J. C., "La dependencia de la verdad a las pasiones*", *Anagramas*, vol. 12, n.º 23 (julio-diciembre 2013), pp. 159-174.

- POZUELO YVANCOS, José M., "La ficción", *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*, Miguel A. Garrido (dir.), L. Dolezel, J. A. Hernández, M^a del Carmen García [...] et al, Madrid, Editorial Síntesis, pp. 797-928.
- PUPO-Walker, Enrique, *La vocación literaria en el pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Gredos, 1982.
- _____. "Nature in the New World: From Christopher Columbus to Gonzalo Fernández de Oviedo by Antonello Gerbi and Jeremy Moyle", reseña a *Naturaleza en el Nuevo Mundo*, en *Hispanic Review*, 57, 3 (1989), 403-404.
- PUJANTE, David, *Manual de retórica*, Madrid, Editorial Castalia, 2003.
- RABATÉ, Philippe, "Estrategias de escritura y creación de un saber común en la Silva de varia lección de Pedro Mexía", en Bègue, A. y Herrán, E., *Pictavia Aurea: Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional "Siglo de Oro"*, Toulouse, Presse universitaires du Midi, 2013, pp. 621-629. Disponible en <https://books.openedition.org/pumi/2886>
- RAMÍREZ DE VERGER, Antonio, "Introducción" a *Historia del Nuevo Mundo* [escrita mitad siglo XVI; editada en 1780], Juan Ginés de Sepúlveda, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 9-50.
- RAMOS MALDONADO, Sara, "La *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo: lectura en clave humanística de un clásico", *Ágora. Estudios Clásicos em Debate*, 15 (2013), 51-94.
- REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, *Catálogo de la colección de Don Juan Bautista Muñoz*, 3 vols., Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1954-1956.
- RIBAS, Carles, "Prólogo" a, *Alejandro y César (Vidas paralelas)*. Plutarco, introducción de E. Valentí Fiol, prólogo y notas de Carles Riba, Colección Biblioteca Básica Salvat, Navarra, Salvat Editores, 1982, pp. 9-22.
- RICOUER, Paul, *Tiempo y narración 1. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995.
- _____. *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós, 1999.
- RIOSECO, Virginia, "La crónica: la narración del espacio y el tiempo", *Andamios* 5(9), México, (diciembre-2008). En http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632008000200002
- RIPOLL, Gisela, "Diseción de anatomía humana. Vía latina (Roma), la primera imagen", *Bulletin de l'Association pour l'Antiquité Tardive*, 30, 2021, Brepols, Turnhout (2022), 7-20.
- RODILLA, José M.^a, "Anotaciones de *realia* y *similia*. Fortunas y adversidades en dos ediciones: el *Claribalte* y los *Infortunios* de Alonso Ramírez", *Crítica textual. Un enfoque multidisciplinario para la edición de textos*, México, UNAM, 2009, 35-42.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ-VÁZQUEZ, Alfredo y RODRÍGUEZ LÓPEZ-ABADÍA, Arturo, "Introducción" al *Sumario de la Historia Natural de las Indias*, Madrid, Cátedra, 2016, pp. 9-75.
- RODRÍGUEZ RIAL, Nel, "*Meditaciones del Quijote* de Ortega y Gasset o 'experimentos de nueva España'", *Diacrítica*, 19(1) (2005), Universidade do Minho (Portugal), 9-67.
- ROMANO DE THUESEN, Evelia Ana, "Un autógrafo inédito de Gonzalo Fernández de Oviedo: la historia de España escrita desde el Nuevo Mundo", *Actas Irvine (AIH)*, 3 (Encuentros y desencuentros de culturas: desde la Edad Media al siglo XVIII), coord. Juan Villegas, 1992, 93-101.

- _____. [Tesis doctoral] “Transcripción y edición del *Catálogo Real de Castilla*, autógrafo inédito de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés”, dirigida por Juan Bautista Avalle-Arce, University of California, 1992.
- RUBIES, Joan Pau, “Travel writing and Humanistic culture: A blunted impact?”, en *Journal of Early Modern History*, 10 (1-2), (2006), 131-168.
- RUIZ PÉREZ, Pedro, “El Renacimiento. Notas sobre la formación de un concepto”, *Alfinge. Revista de Filología*, 13 (enero 2001), 98-123.
- RUIZ LEÓN, M.^a del Carmen y LACUEVA MUÑOZ, J., “El fondo documental Enrique Otte del Centro de Estudios Andaluces: procedencia, descripción e inventario”, *Naveg@merica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* [en línea], 3 (2009).
En <https://revistas.um.es/navegamerica/article/view/75021/72341>
- SÁENZ, Carlos Luis, “Don Gonzalo Fernández de Oviedo” (poema), en *Memoria del Congreso sobre el Mundo Centroamericano de su tiempo (24, 25, 26 y 27 de agosto de 1978). V Centenario de Gonzalo Fernández de Oviedo*, edición de Gabriel Ureña Morales, Nicoya, Costa Rica, América Central, 1978.
- SALAS, Alberto M., *Tres cronistas de Indias: Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de Las Casas*, México, D.F. [etc.], Fondo de Cultura Económica, 1959.
- SALINAS, Pedro, *Ensayos completos*, 3 vols., Madrid, Taurus, 1983.
- SANCHEZ, Josué “La primera visión europea estética de los indoamericanos en la invasión de América”, *Anuario Americanista Europeo*, 9 (2011), 81-99. En [La primera visión europea estética de los indoamericanos en la invasión de América \(hal.science\)](http://hal.science)
- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier “Autobiografía y pacto autobiográfico. Revisión crítica de las últimas aportaciones teóricas en la bibliografía científica hispánica”, *Ogigia. Revista electrónica de estudios literarios*, 7 (2010), 5-17.
- SANTACRUZ ANTÓN, Alberto, “La construcción de la idea de América desde la maravilla del Nuevo Mundo: unas notas sobre la evolución del discurso de la abundancia en Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y el Inca Garcilaso de la Vega”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 43, No. 85 (2017), pp. 301-314.
- _____. “Lo que yo digo y escribo, es de sola mi pluma y flaca diligencia”: la primera imagen de América en Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Convergencia y transversalidad en humanidades: Actas de las VII Jornadas de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Alicante* / coord. por E. Cutillas, 2018, pp. 19-24.
- SCOTT, Heidi V., “Fernández de Oviedo’s Chronicle of America: A New History for a New World, by Kathleen Ann Myers”, *History. The Journal of Historical Association*, vol. 94 (316) (2009), 522-523.
- SEARLE, J.R., *Speech Acts*, Cambridge, 1969. Trad. esp. *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*, Barcelona, Planeta Agostini, 1994.
<https://www.textosenlinea.com.ar/libros/Searle%20-%20Actos%20de%20Habla.pdf>
- SEPÚLVEDA, Juan Ginés de, *Historia del Nuevo Mundo* [escrita mitad siglo XVI; editada en 1780], introducción, traducción y notas de Antonio Ramírez de Verger, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

- SERÉS, Guillermo, "Introducción", *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Guillermo Serés, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2016.
- SERNA, Mercedes, *Crónicas de Indias: antología*, Madrid, Cátedra, 2000.
- _____. "Ecos de sociedad en las *Batallas y quinquagenas*, de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Hipogrifo*, 11 (1), (2023), 851-864.
- SORIA, Giuliano, *Fernández de Oviedo e il problema dell'indio*, Roma, Bulzoni, 1989.
- SOTO, José, "Isidoro de Sevilla, el humanista visigodo que educó a la Europa medieval", *Despertaferro* (octubre 2020), Universidad de Granada. En <https://www.despertaferro-ediciones.com/2020/hispania-visigoda-san-isidoro-de-sevilla/>
- SAMPEDRO, Benita, "Historia oficial versus historia personal: las fronteras del 'yo' en la crónica de indias de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Madrid 6-11 de julio de 1998*, coord. por Florencio Sevilla Arroyo, Carlos Alvar Ezquerro, Vol. 1, 2000, ISBN 84-7039-846-6, pp. 376-384.
- SOLANO, F. y DEL PINO, F. (eds.), *América y la España del siglo XVI*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982.
- SPANG, Kurt, "Géneros literarios", *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*, Miguel A. Garrido (dir.), L. Dolezel, J. A. Hernández, M.ª del Carmen García [...] et al., Madrid, Editorial Síntesis, pp. 1211-1344.
- SPINOZA, Baruch de, *Tratado Teológico-Político* [1670], edición, traducción y notas de Atilano Domínguez Basalo, Madrid, Alianza Editorial, 2003.
- SUEIRO, Samuel, "Objetividad de la revelación y subjetividad de la experiencia religiosa", *Estudios Eclesiásticos. Revista De investigación E información teológica Y canónica*, 97 (381-382) (2022), 521-553. <https://doi.org/10.14422/ee.v97.i381-382.y2022.008>
- TABOADA, Hernán G. H., "Los avances del Turco y el miedo en las Indias", *eHumanista* 40 (2018), 354-373
- TERNAUX, PAR H., *Bibliothèque Americaine ou Catalogue des ouvrages relatifs a L'Amérique*, Amsterdam, B. R. Grüner-Publisher, 1968.
- TORMO, Leandro, "Cristianización en Fernández de Oviedo", *América y la España del siglo XVI*, edición de Francisco Solano y Fermín del Pino, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1982, pp. 85-101.
- TOULMIN, Stephen, "El fin de toda coherencia", *El futuro de la cosmología*, 1981. En <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2045666.pdf>.
- TOZZI, Verónica, "Conversación personal entre Hayden White y Verónica Tozzi", *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, introducción de Verónica Tozzi, Barcelona, Ediciones Paidós/ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2003.
- TEGLIA, Vanina María, "Armonías cristianas en el siglo de las utopías: erasmismo en el Nuevo Mundo", 'IV Congreso Internacional de Letras: Transformaciones culturales. Debates de la teoría, la crítica y la lingüística en el Bicentenario', Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2010a, 927-932. Disponible en <http://eventosacademicos.filo.uba.ar/index.php/CIL/IV-2010/paper/viewFile/2759/1177>

- _____. “Tradiciones e Imperio en la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Espacios Nueva Serie. Estudios Literarios y del lenguaje*, 6 (2010b), 179-200.
- _____. [Tesis doctoral] *Representaciones utópicas de América en la primera mitad de siglo XVI: polémicas y divergencias entre los cronistas*. La Historia general y natural de Las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y la Historia de las Indias de Bartolomé de Las Casas, dirigida por Dra. Beatriz Colombi, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2011.
- _____. “Una corte de caballeros para el Nuevo Mundo: los proyectos (utópicos) de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 2, 1, 2012a, en <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/1075>
- _____. “El nativo americano en Bartolomé de Las Casas: la proto-etnología ‘colegida’ de la polémica”, *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 54, 2012b, 217-247.
- _____. “Paraíso e Infierno en la geografía del Nuevo Mundo: Bartolomé de Las Casas y Fernández de Oviedo”, *Las crónicas coloniales. Fuentes para historias comparadas*, edición de Liliana Regalado de Hurtado, Perú, PUCP, 2013, pp. 117-143.
- _____. “Las crónicas de Indias: testimonios de verdad de un mundo sobrenatural”, *Letras*, 84 (enero-junio 2021), 58-76.
- TURNER, E. Daymond, “Biblioteca ovetense: A Speculative Reconstruction of the Library of the First Chronicler of the Indies”, *Papers of the Bibliographical Society of America*, 57 (1963), 157-83.
- _____. “Gonzalo Fernández de Oviedo’s *Historia general y Natural*- First American Encyclopedia”, *Journal of Inter-American Studies*, 6, 2 (abril, 1964), 267-274.
- _____. “Los libros del alcaide: La biblioteca de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en *Revista de Indias*, 1 (enero de 1971), Madrid, Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”. CSIC, 139-198.
- _____. “Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, prosista”, *Revista de Indias*, 89-89 (enero de 1983), Madrid, Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”. CSIC, 327-334.
- _____. “Forgotten Treasure from the Indies: the Illustrations and Drawings of Fernández de Oviedo”, *Huntington Library Quarterly*, 48 (1985), 1-46.
- UNAMUNO, Miguel de, *Poesías*, edición de. M. Alvar, Barcelona, Labor, 1975.
- URDAPILLET MUÑOZ, MARCO, “El bestiario medieval en las crónicas de Indias (siglos XV y XVI), en *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 58, 2014, 237-270.
- URIA RIU, Juan, “Nuevos datos y consideraciones sobre el linaje asturiano del historiador de las Indias Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Revista de Indias*, 20 (enero de 1960), Madrid, Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”. CSIC, 13-29.
- VALCÁRCEL MARTÍNEZ, Simón, *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1997.
- VALERO, Aurelia, “La biografía intelectual: presupuestos y perspectivas”, [ponencia] dentro del marco “@Index: explorando autores y lecturas”, organizada por la Biblioteca Nacional de Maestros y Maestras, Ministerio de Educación de Argentina, celebrada el 4 de diciembre de 2019. Disponible en <https://youtu.be/MwGuYpqD8Cg?feature=shared>

- VALERO MORENO, Juan M., "Un autógrafo recuperado de Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) y la biblioteca de Lorenzo Ramírez de Prado (1583-1658). A propósito de una nueva edición del *Libro de la Cámara Real*", *Bulletin of Hispanic Studies*, 86 (3) (2009), Liverpool University Press, 361-377.
- _____. "Gonzalo Fernández de Oviedo y Petrarca. Las estancias de la memoria", *Studi Rinascimentali*, 11 (2013), 199-234.
- VÁSQUEZ, Margarita, *Historia y ficción en el Sumario de la Natural Historia de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, ed. José A. Baujín, Panamá, Academia Panameña de la Lengua, 2020.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, "El indio americano y su circunstancia en la obra de Oviedo", *Revista de Indias*, 69-70 (julio-diciembre 1957), Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", Madrid, CSIC, pp. 483-519.
- VÁZQUEZ COUTO, David, "Retrato: imagen del hombre y origen del arte", *Co-herencia*, 18 (35) (julio - diciembre de 2021), 341-378.
- VERA, Mónica, "Proceso de singularización en la escritura colonial en Antonio Pigafetta: fluctuaciones entre el 'yo', el 'nosotros' y el 'ellos'", *Telar*, 11-12 (2014-2014), 114-133.
- VENIER, Martha Elena; VILLANUEVA, Fernando; FRAPPE, Arturo, *Documentos de la Conquista*, Universidad Autónoma de San Luis de Potosí, Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades, 2014.
- VERNANT, J.P., y DETIENNE, Marcel, *Las artimañas de la inteligencia. La Metis en la Grecia antigua*, Madrid, Taurus, 1988.
- VEYNE, Paul, "¿Cómo se escribe la Historia? Foucault revoluciona la Historia", Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- VILLAR PIÑEIRO, José Luis, "Formas de expresión de la subjetividad en los cronistas religiosos de Indias", *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, V (2020), 140-195.
- VIVES, Juan L., *Tratado del alma [1538]*, traducción por José Ontañón, prólogo de Martín Navarro, introducción por Foster Watson, Madrid, Ediciones de Lectura, 1916. En <https://resources.warburg.sas.ac.uk/pdf/nah4525b2599681.pdf>
- _____, *El arte retórica. De ratione dicendi [1533]*, estudio introductorio de Emilio Hidalgo-Serna; ed. Ana Isabel Camacho, Barcelona, Anthropos, 1998.
- _____, *Tratado del alma [1538]*, Barcelona, *Linkgua Pensamiento 108*, Red Ediciones, 2023.
- WALKER, ENRIQUE P., *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Gredos, 1982.
- WATSON, Foster, "El padre de la psicología moderna", Introducción a *Tratado del alma*, J. Luis Vives, Madrid, Ediciones de Lectura, 1916, pp. XII-XXXVIII. En <https://resources.warburg.sas.ac.uk/pdf/nah4525b2599681.pdf>
- WESTERVELD, Govert, *Gonzalo Fernández de Oviedo y sus obras. Tomo I*, Murcia, Academia de Estudios Humanísticos de Blanca, 2020.
- WHITE, Hayden, "The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation", *Critical Inquiry*, vol. 9, no. 1 (septiembre, 1982), 113-137.
- _____, *El contenido de la forma. Narrativa y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

- _____, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, introducción de Verónica Tozzi, Barcelona, Ediciones Paidós/ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2003.
- _____, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2010.

